

Prismas

Revista de historia intelectual

25₂₀₂₁

Artículos y reseñas. Argumentos: Reinhart Koselleck y la temporalidad histórica. Dossier: Prensa periódica, intelectuales y mundialización: “momentos globales” en la esfera pública de Buenos Aires (1870-1940)

Universidad Nacional de Quilmes

Prismas

Revista de historia intelectual

25

2021



Anuario del grupo Prismas
Centro de Historia Intelectual
Departamento de Ciencias Sociales
Universidad Nacional de Quilmes



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

Universidad Nacional de Quilmes

Rector: Alejandro Villar

Vicerrector: Alfredo Alfonso

Departamento de Ciencias Sociales

Directora: Nancy Calvo

Vicedirector: Néstor Daniel González

Centro de Historia Intelectual

Director: Elías Palti

Prismas

Revista de historia intelectual

Buenos Aires, año 25, número 25, 2021

Consejo de dirección

Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Anahi Ballent, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Martín Bergel, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Alejandro Blanco, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Laura Ehrlich, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Gabriel Entin, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Flavia Fiorucci, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Adrián Gorelik, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Ricardo Martínez Mazzola, Universidad Nacional

de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Jorge Myers, Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Elías Palti, Universidad Nacional de Quilmes / Universidad

de Buenos Aires / CONICET

Oscar Terán (1938-2008)

Editora: Flavia Fiorucci

Secretaría de redacción: Anahi Ballent y Laura Ehrlich

Editores de Reseñas y Fichas: Gabriel Entin, Ximena Espeche y Martina Garategaray

Comité Asesor

Peter Burke, University of Cambridge

José Emilio Burucúa, Universidad Nacional
de San Martín

Lila Caimari, Universidad de San Andrés / CONICET

Roger Chartier, Collège de France

Stefan Collini, University of Cambridge

Fernando Devoto, Universidad Nacional de San Martín

François-Xavier Guerra (1942-2002)

Charles Hale (1930-2008)

Iván Jaksic, Stanford University

Tulio Halperin Donghi (1926-2014)

Martin Jay, University of California at Berkeley

Claudio Lomnitz, University of Columbia

Sergio Miceli, Universidade de São Paulo

José Murilo de Carvalho, Universidade Federal
do Rio de Janeiro

Adolfo Prieto (1928-2016)

Maria Alice Rezende de Carvalho, Pontificia Universidade
Católica de Rio de Janeiro

Pierre Rosanvallon, Collège de France

José Szabón (1937-2008)

Lilia Moritz Schwarcz, Universidade de São Paulo /

Princeton University

Gregorio Weinberg (1919-2006)

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>.

Forma parte del Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas desde 2010, año desde el cual es publicada en el portal Scielo:

www.scielo.org. Además, está indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI)

y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ). E integra los siguientes portales y bases de datos: Dialnet, Amelica,

la Biblioteca Saavedra Fajardo y Foro Ibero-ideas. En 2004 *Prismas* obtuvo una Mención en el Concurso “Revistas

de investigación en Historia y Ciencias Sociales”, Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Maqueta original: Pablo Barragán

Diseño de interiores y tapa: Silvana Ferraro

Corrección de originales: María Inés Silberberg

Administración de OJS: Ana M. Viñas

La revista *Prismas* recibe propuestas de artículos en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>.

Roque Sáenz Peña 352 (B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires. Tel.: (01) 4365 7100 int. 5737.

Correo electrónico: prismas@unq.edu.ar / página web del Centro de Historia Intelectual: www.historiaintelectual.com.ar

Sobre las características que deben reunir los artículos, véase la última página y las “Instrucciones para autores/as”

en la página editorial de *Prismas* en el portal web.

Índice

Artículos

- 11 *La filosofía política de Gerrard Winstanley y su entrelazamiento con las teorías del Estado moderno. Teología, monismo y tendencias hacia un poder político ilimitado*, Mario Leonardo Miceli
- 27 *Claude Lefort: marxismo, burocracia, totalitarismo. Un pensamiento de izquierda al margen de la Guerra Fría*, Hugo Vezzetti
- 49 *El primer herrerismo. Liberalismo conservador, realismo internacional y ruralismo (1873-1925)*, Gerardo Caetano
- 71 *El intelectual de partido y el moderno Prometeo. El “ideal socialista” de Augusto Bunge*, Francisco J. Reyes
- 91 *Bibliotecas populares elementales. Nacionalismo, inmigración y política bibliotecaria durante la década de 1910*, Javier Planas

Argumentos

- 115 *Reinhart Koselleck y la temporalidad histórica*, Elías J. Palti
- 119 *Introducción a Estratos del tiempo*, Reinhart Koselleck
- 125 *En torno a la presunta oposición entre tiempo natural y tiempo histórico*, Lucila Svampa
- 133 *La estratigrafía de los Estratos del tiempo*, Faustino Oncina Coves

Dossier

- Prensa periódica, intelectuales y mundialización: “momentos globales” en la esfera pública de Buenos Aires (1870-1940)*
- 147 *Introducción*, Martín Bergel y Martín Albornoz
- 159 *Los tres tiempos de la Comuna de París en Buenos Aires*, Martín Albornoz y Claudia Roman
- 171 *Espectaculares y especulares. Las celebraciones del fin de la esclavitud brasileña en la capital argentina*, João Paulo Coelho de Souza Rodrigues y Ori Preuss
- 179 *“A cada uno lo que es propio”. Vanguardia periodística y cobertura global en los diarios de Buenos Aires a fines del siglo XIX*, Lila Caimari

- 187 *El caso Dreyfus en La Prensa. Modernización periodística y sensacionalismo en Buenos Aires*, Flavia Fiorucci e Inés Rojkind
- 199 *En busca del país de los crisantemos. Enrique Gómez Carrillo y las derivas de la guerra ruso-japonesa en la prensa porteña*, Martín Bergel
- 209 *La aviación en Buenos Aires y el fenómeno noticioso global (1908-1910)*, Pablo Ortemberg
- 219 *“La Gioconda en Buenos Aires”. Prensa policial, detectivismo y lecturas del mundo a comienzos del siglo xx*, Diego Galeano
- 229 *Notas sobre las repercusiones del affaire Caillaux en la prensa de Buenos Aires*, Emiliano Gastón Sánchez
- 237 *Al mundo cruzando el charco. La prensa de Buenos Aires y el imaginario de un fútbol global durante el Campeonato Mundial de 1930*, Manuel Muñiz
- 245 *La escena española. Notas sobre la labor política y periodística de Dardo Cúneo durante la Guerra Civil Española*, Juan Buonuome

Reseñas

- 257 Dominique Kalifa (dir.), *Les noms d'époque. De “Restauration” à “années de plomb”*, por Andrés G. Freijomil
- 260 Rosa E. Belvedresi (dir.), *La filosofía de la historia hoy: preguntas y problemas*, por Omar Acha
- 263 Camille Creyghton, *Résurrections de Michelet. Politique et historiographie en France depuis 1870*, por Andrés G. Freijomil
- 267 Benedict Anderson, *Una vida más allá de las fronteras*, por Pablo A. Blitstein
- 271 Fabio Wasserman (ed.), *Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX)*, por Luis Fernández Torres
- 274 Gustavo Sorá, *A History of Book Publishing in Contemporary Latin America*, por Ezequiel Grisendi
- 278 Diego Galeano, *Delincuentes viajeros. Estafadores, punguistas y policías en el Atlántico sudamericano*, por Ana Cecchi
- 281 Aimer Granados y Sebastián Rivera Mir (coords.), *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo xx*, por Natalia Bustelo
- 284 Carlos Aguirre y Charles Walker, *Alberto Flores Galindo. Utopía, historia y revolución*, por Raúl O. Fradkin
- 288 Rebeca Villalobos Álvarez, *El culto a Juárez. La construcción del héroe (1872-1976)*, por Camila Perochena
- 291 José Carlos Mariátegui, *Antología*, editada por Martín Bergel, por Alexis Iparraguirre
- 294 Vania Markarian, *Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en Uruguay durante los Sesenta*, por Benedetta Calandra
- 296 Eric Zolov, *The Last Good Neighbor. México in the Global Sixties*, por Ernesto Semán

- 299 Flavia Fiorucci y José Bustamante Vismara (eds.), *Palabras claves en la historia de la educación argentina*, por Eugenia Roldán Vera
- 302 Miranda Lida, *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946)*, por Laura Sesnich
- 305 Magalí Andrea Devés, *Guillermo Facio Hebequer. Entre el campo artístico y la cultura de izquierdas*, por Juan Buonuome
- 308 Cecilia Tossounian, *La joven moderna in Interwar Argentina: Gender, Nation, and Popular Culture, 1920-1940*, por Valeria Manzano
- 311 Cora Gamarnik, *El fotoperiodismo en Argentina. De Siete Días Ilustrados a la agencia Sigla*, por Mariano Zarowsky
- 314 Natalia Milanesio, *Destape: Sex, Democracy, and Freedom in Postdictatorial Argentina*, por Sofía Mercader
- 317 Adrián Velázquez Ramírez, *La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición argentina (1980-1987)*, por Nicolás Freibrun

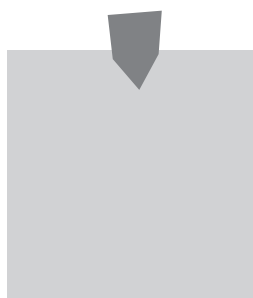
Fichas

- 323 Libros fichados: Yann Potin et Jean-François Sirinelli (dirs.), *Généralisations historiennes, XIX^e-XX^e siècle* / Gisèle Sapiro (dir.), *Dictionnaire International Bourdieu* / Stefan Müller-Doohm, Jürgen Habermas. *Una biografía* / Andrea Gambarotto, *Vital Forces, Teleology and Organization. Philosophy of Nature and the Rise of Biology in Germany* / Dora Barrancos, *Historia mínima de los feminismos en América Latina* / Marixa Lasso, *Erased: the untold story of the Panama Canal* / Horacio Tarcus, *Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles* / Ivette Lozoya López, *Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973)* / Florencia Guzmán y María de Lourdes Ghidoli (eds.), *El asedio a la libertad. Abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur* / Beatriz Bragoni, *San Martín. Una biografía del Libertador* / María Vicens, *Escritoras de entresiglos. Un mapa trasatlántico. Autoría y redes literarias en la prensa argentina (1870-1910)* / Catalina Fara, *Un horizonte vertical. Paisaje urbano de Buenos Aires (1910-1936)*

Obituarios

- 333 Marc Fumaroli (1932-2020), Andrés G. Freijomil
- 339 Dominique Kalifa (1957-2020), Lila Caimari

Artículos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

La filosofía política de Gerrard Winstanley

y su entrelazamiento con las teorías del Estado moderno.

*Teología, monismo y tendencias hacia un poder político ilimitado**

Mario Leonardo Miceli

Universidad Católica Argentina / CONICET

Introducción

El siglo XVII inglés es ampliamente reconocido como repertorio de una gran variedad de novedosas ideas que fueron surgiendo en la temprana Modernidad, tanto a nivel teológico y filosófico como en referencia a disciplinas ligadas a la política, el derecho o la economía. A mitad de siglo, en el transcurso de las décadas de 1640 y 1650, se desarrollaron los procesos que posteriormente se conocieron como Revolución Inglesa o Puritana o hasta como la Gran Rebelión.¹ En este período surgieron una gran variedad de textos que empezaron a diagramar, con distintos grados de sistematización, una serie de conceptualizaciones que luego cobraron vida propia a lo largo de los siglos venideros. Dentro del ámbito de la filosofía política, suelen citarse de manera primordial los casos de Hobbes, Harrington y Locke, pero a la par de ellos también son plausibles de interesantes análisis una gran gama de publicistas, menos conocidos hoy en día, pero que en ese momento supieron situarse en el núcleo de las discusiones, tanto a nivel teórico como práctico, replanteando conceptos que iban desde la justificación de la autoridad y la comunidad hasta los pormenores del significado de términos como Estado, pueblo, nación, república, ciudadanía, iglesia y gobierno, entre otros. En este marco, el siguiente artículo se propone analizar la filosofía política de uno de esos publicistas, Gerrard Winstanley, quien tuvo durante un breve período de tiempo una inusitada notoriedad dentro del contexto de replanteos sobre la legitimidad de la monarquía y la posibilidad de implantar nóveles formas de organizar la comunidad.

Conocido por ser el líder del grupo denominado como *diggers* (cavadores), que cobraron notoriedad principalmente cuando en abril de 1649 ocuparon unas tierras en St. George's Hill en Surrey y comenzaron un proyecto de comunismo agrícola, que luego se replicó en otros lugares cercanos a Londres, como Cobham, Iwer y Wellingborough, Winstanley es ponderado especialmente por la publicación hacia 1652 de *Law of Freedom in a Platform*, donde explicó las características políticas, sociales y económicas de su ideal comunitario. Este publicista, estudiado desde hace varias décadas, es considerado por numerosas investigaciones como un

* Agradecemos el aporte efectuado por el Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCYT) y la Pontificia Universidad Católica Argentina (UCA) en el marco del PICT 2016-2097.

¹ Austin Woolrych, *Britain in revolution, 1625-1660*, Oxford, Oxford University Press, 2002, pp. 2-3.

precursor del marxismo. El artículo propone analizar la filosofía política de este autor desde una perspectiva poco estudiada, entreviendo cómo en sus esquemas político-económicos se entremezclan conceptos que posteriormente se asociarán a las características clásicas del Estado moderno, junto a algunas particularidades que podrían ligarse a la creación de un poder carente de límites, con matices análogos a modelos que con el tiempo se encontrarán en el núcleo de gobiernos autoritarios y totalitarios. Estas variantes se examinarán asimismo a la luz de la filosofía y la teología que encuadra todo el pensamiento político de Winstanley, intentando vislumbrar las conexiones que a nivel teórico se daban con su proyecto político, y considerando especialmente sus concepciones de pueblo, nación y las funciones del gobierno que debía surgir a partir de la revolución. Esto permitirá en parte reconsiderar algunas tesis sobre este autor en el marco de una mejor comprensión de sus teorías en la época y en un contexto de lenguaje particular, sobre la base de las prescripciones metodológicas de trabajos clásicos sobre historia de las ideas.² Asimismo, se considerarán las críticas a estas metodologías, que proponen en cambio el descubrimiento de ciertas cuestiones relativamente constantes, más allá de que varíen en sus detalles, y que llevan a que el hombre moderno se reencuentre con “patologías” típicas de su época.³ En este sentido, el estudio de Winstanley puede brindar nueva luz aun para entender nuestros problemas actuales sobre las implicaciones de definir al pueblo o la nación de ciertas maneras y los límites que deberían tener las instituciones estatales.

El monismo como fundamento de la comunidad política

La cuestión que cabe poner de manifiesto primeramente, y que se transformará en la clave para entender el posterior planteo a nivel de régimen político, es aquella que podría denominarse como un monismo subyacente a lo largo de todas las obras de Winstanley, con lo cual nos referimos particularmente a su tendencia a recrear conceptos que buscan homogeneizar entidades bajo un elemento único y primordial que les otorga sentido. El núcleo de este tópico se encuentra en la igualdad y unión que propone cuando se trata de describir cuál debería ser la relación de los individuos entre sí y para con la naturaleza y Dios. La cuestión se prefigura ya desde sus primeros textos de carácter teológico, cuando argumenta que sobrevendrá la llegada de la divinidad a través del Amor, uniendo a la creación en la paz.⁴ En otro de estos textos de

² Quentin Skinner, “Meaning and Understanding in the History of Ideas”, *History and Theory*, vol. 8, n° 1, 1969, pp. 3-53.

³ Introducción de Samuel Moyn a Pierre Rosanvallon, *Democracy past and future*, Nueva York, Columbia University Press, 2006, pp. 13-14.

⁴ Gerrard Winstanley [1650], “Fire in the bush”, Text Creation Partnership, 2007-01, Ann Arbor, MI y Oxford, pp. 38 y 42. Los textos de Winstanley fueron estudiados en su idioma original y las traducciones corresponden al autor de este artículo. Además, deseo aclarar una categorización que se hace respecto de las obras de Winstanley, entre aquellas primeras de carácter teológico y las que fueron surgiendo posteriormente, de tinte más estrictamente político-económico. Entre las primeras se encontrarían *The saints paradise*, *The breaking of the day of God*, *The mysterie of God y Truth lifting up its head above scandals*. En lo que respecta a las segundas, incluirían principalmente *The True Levellers' Standard Advanced*, *A New-years Gift for the Parliament and Armie*, *A watch-word to the city of London and the Army*, y por supuesto *The Law of Freedom in a Platform*. Además de estos textos, se citarán otros panfletos, petitorios y cartas. En cada caso se explicitará el año de publicación que aparece en las fuentes consultadas. De todas formas, no debemos guiarnos del todo por estas fechas porque, por ejemplo, en las obras teológicas, que habrían sido escritas primero, figuran años de publicación a la par o posteriores a las de carácter político. Para mayor detalle, véase John Gurney, *Gerrard Winstanley. The Digger's life and legacy*, Londres/Nueva York/Manchester, Pluto Press, 2013, p. 30.

carácter teológico-apocalíptico advierte que Dios, descrito como *Spirit Reason*, “unirá a cada creatura en una unidad [*oneness*], haciendo que cada uno defienda a su prójimo y por ende que sea un asistente para preservar el todo”.⁵ Esta figuración monista y panteísta tiene a la vez un importante correlato con una especie de antinomianismo muy presente en todas sus obras y que queda resumido en sus textos *The Saints Paradise* y *The Mysterie of God*. En ellos asevera, aun con tintes de violencia escatológica, que la ley recta no está en la letra ni en los mandamientos bíblicos sino en Dios, y se irá manifestando en el interior de las personas, uniendo al Padre con sus criaturas en un único espíritu.⁶ Esta visión de un cuerpo único conformado por miembros que tuvieron esa experiencia individual y escatológica con la divinidad se emparenta asimismo con la conceptualización que en algunos textos desarrolla respecto de la palabra “santos”. Su idea de santidad es pergeñada para una comunidad de personas imbuidas de ese espíritu especial que no se adquiere por el estudio (actividad que según Winstanley es propia de los profesores y los intelectuales que pervierten el mensaje cristiano) ni por el cumplimiento de ciertas leyes, tal como profería el antinomianismo. Esta comunidad de santos es la que justamente se conforma como un cuerpo indivisible, donde cada uno pierde por completo su individualidad, unidos en sangre y espíritu para transformarse en un único testigo del mensaje divino.⁷ Toda esta perspectiva reaparece aun en los textos posteriores que van adquiriendo un carácter más político, pero donde todavía reverbera lo teológico. Así, proclama que todos deberían vivir como una “Casa de Israel, unidos en el amor fraterno de un Espíritu”, con el objetivo de que, con la abolición de la propiedad privada, todos los hombres trabajen en conjunto como “Hijos de un Padre, miembros de una Familia”.⁸ Esta unión de las personas se presenta

⁵ “[...] knits every creature together into a onenesse; making every creature to be an upholder of his fellow; and so every one is an assistant to preserve the whole [...]” (Gerrard Winstanley [1649], “Truth lifting up its head above scandals”, Text Creation Partnership, 2007-01, Ann Arbor, MI y Oxford, pp. 1 y 7).

⁶ Gerrard Winstanley [1650], “The saints paradise”, Text Creation Partnership, 2008-09, Ann Arbor, MI y Oxford, pp. 30-31; Gerrard Winstanley [1649], “The mysterie of God”, Text Creation Partnership, 2006-02, Ann Arbor, MI y Oxford, p. 7. Esto es sin duda una clara característica del antinomianismo, el cual, más allá de la diversidad de los movimientos que se agrupan bajo este concepto, todos parten de la idea de que ningún acto de la voluntad humana lleva a la salvación, sino que ello se logra exclusivamente por el poder de la obra de Cristo y la intimidad individual (y escatológica) que cada uno adquiere con él (David Como, *Blown by the spirit. Puritanism and the emergence of an antinomian underground in pre-Civil-War England*, Stanford, Stanford University Press (Kindle Edition), 2004, pos. 666). Este antinomianismo panteísta tiene asimismo relación con la vida de Winstanley. Investigadores contemporáneos advierten cómo hacia 1648 rechazó las confesiones religiosas de *Seekers* y bautistas a las que habría estado asociado previamente, porque ellas serían solo formas externas de culto y no llevaban a la verdadera unión con el Espíritu único (John Gurney, *Brave community. The Digger movement in the English Revolution*, Manchester, Nueva York, Manchester University Press (Kindle Edition), 2007, p. 96; Ariel Hessayon, “Early Modern Communism: The Diggers and Community of Goods”, *Journal for the Study of Radicalism*, vol. 3, n° 2, 2009, pp. 22-24). De hecho, uno de sus mayores biógrafos apunta que nunca fue un miembro demasiado activo de estas confesiones, y concluye que su “despertar religioso” fue algo repentino y completo (James D. Alsop, “Gerrard Winstanley: What do we know of his life?”, en Andrew Bradstock (ed.), *Winstanley and the Diggers, 1649-1999*, Nueva York, Routledge, 2013, pos. 633-693 y 735-745). Cabe recordar que esta crítica a una expresión exterior de la religión tiene un origen en el iconoclastismo muy presente en las confesiones puritanas conectadas al calvinismo continental, en su rechazo al carácter sacramental de la iglesia y a diversas cuestiones ceremoniales tanto del catolicismo como del surgiente anglicanismo (John Coffey y Paul C.H. Lim (eds.), *The Cambridge Companion to Puritanism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008, pp. 2-4; Mario Góngora del Campo, *Tesis. Conflictos religiosos y sociales del Estado y la burguesía en Inglaterra. Siglos XVII y XVIII*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2016, pp. 268-278).

⁷ Gerrard Winstanley [1649], “The breaking of the day of God”, Text Creation Partnership, 2006-02, Ann Arbor, MI y Oxford, p. 23.

⁸ “[...] working together, and feeding together as Sons of one Father, members of one Family [...] they may live together as one House of Israel, united in brotherly love into one Spirit [...]” (Gerrard Winstanley [1649], “The True

además en una íntima conexión con el disfrute de una tierra común, la cual no puede ser negada en razón y equidad por el Parlamento, el Ejército y los Jueces.⁹ Por último, esta noción aparece en su obra cúlmine *Law of Freedom* insistiendo en que “el gobierno une a todo el pueblo de una tierra en un corazón y una mente”, dándole seguidamente un carácter teológico al comparar este accionar con la obra de Moisés para con el pueblo de Israel.¹⁰

La idea fuerza que está detrás de todos sus escritos es que la comunidad debe ser una unidad totalmente indisoluble y homogénea, similar a aquello que investigaciones modernas asocian al concepto de *communitas* como un grupo simple, inarticulado, que se genera por la disolución de los vínculos interpersonales¹¹ y que se convierte a la vez en el poder constituyente y en un poder constantemente latente para la posible de-constitución y deslegitimación de los gobiernos.¹² Por otra parte, tiene un trasfondo teológico ligado a corrientes puritanas, para las cuales el rol del individuo en la creación se sume dentro de una vocación disciplinada que desprecia fuertemente cualquier tipo de desigualdad institucionalizada al estilo medieval, sobre la base de una moral práctica correctora, para la recreación de una comunidad de fieles iguales, que se vigilan mutuamente y que solo temen a Dios.¹³

Esta concepción a la vez tiene una faceta propia del momento histórico que vive porque ese cuerpo único también es presentado bajo un correlato político de la historia inglesa, donde se busca recrear el significado del pueblo o nación como un cuerpo indivisible de personas que vienen siendo sojuzgadas durante siglos, especialmente a partir de la invasión de Guillermo el

Levellers' Standard Advanced, The Diggers' Manifesto”, en Andrew Hopton (ed.), *Gerrard Winstanley. Selected Writings*, Londres, Aporia Press, 1989, pp. 15-17). Esta era una idea que en la Inglaterra revolucionaria había ganado una presencia no menor, claro ejemplo de lo cual es el curioso parecido entre estos postulados del *digger* con dos famosos textos anónimos que cobraron gran difusión, y que prefiguraban que la igualdad de los hombres ante Dios conllevaba la prohibición de sojuzgar al prójimo, tanto a nivel político como socio-económico (Anónimo [1648], *Light Shining in Buckinghamshire*, Amazon Kindle Edition, Red Revenant, 2016, n. 27-32; Anónimo [1649], “More light shining in Buckinghamshire”, en George H. Sabine (ed.), *The works of Gerrard Winstanley*, Nueva York, Russell & Russell, 1965, p. 627).

⁹ Gerrard Winstanley [1650], “A New-years Gift for the Parliament and Armie”, en Christopher Hill (ed.), *The law of freedom, and other writings*, p. 184. Esto también refleja un carácter panteísta en la presentación de la Tierra como Madre, figuración que se encuentra muy presente en las obras de Winstanley y en textos firmados por la comunidad de *diggers* (VV.AA. [1650], “A declaration of the grounds and reasons why we the poor inhabitants of the town of Wellinborrow...”, Text Creation Partnership, 2008-09, Ann Arbor, MI y Oxford, n. 5). El tema es estudiado por numerosas investigaciones que relacionan a Winstanley con el estoicismo y hasta con el actual ecologismo (Andrew Bradstock, *Radical religion in Cromwell's England. A concise history from the English Civil War to the end of the Commonwealth*, Londres, I. B. Tauris, 2011, p. 66; Jean-Pierre Cavaillé, “Community of goods: an unacceptable radical theme at the time of the English revolution”, en Laurent Currelly y Nigel Smith (eds.), *Radical voices, radical ways. Articulating and disseminating radicalism in seventeenth- and eighteenth-century Britain*, Manchester, Manchester University Press, 2016, p. 44; Daniel Johnson, “Winstanley's Ecology”, *Monthly Review: An Independent Socialist Magazine*, vol. 65, n° 7, 2013, pp. 21-28).

¹⁰ “This commonwealth's government unites all people in a land into one heart and mind. And it was this government which made Moses to call Abraham's seed one house of Israel...” (Gerrard Winstanley [1652], “The Law of Freedom in a Platform”, en Christopher Hill (ed.), *The law of freedom, and other writings*, p. 292).

¹¹ Lior Barshack, “Constituent Power as Body: Outline of a Constitutional Theology”, *The University of Toronto Law Journal*, vol. 56, n° 3, 2006, pp. 193-195.

¹² Miguel Vatter, *Constitución y resistencia: ensayos de teoría democrática radical*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2012, p. 276; Toni Negri, “El poder constituyente”, en Toni Negri (ed.), *Imperio, multitud y sociedad abigarrada*, La Paz, CLACSO, 2008, pp. 103-104.

¹³ Michael Walzer, *La revolución de los santos. Estudio sobre los orígenes de la política radical*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 229-237 y 318-319; Christopher Hill, *The world turned upside down. Radical ideas during the English revolution*, Londres, Penguin Books, 1991, pp. 42-43; Michel de Certeau, *El lugar del otro. Historia religiosa y mística*, Buenos Aires, Katz, 2007, pp. 34-41.

Conquistador en el siglo xi.¹⁴ Winstanley se enmarca así en una tendencia a usar la supuesta evidencia histórica como forma de argumentación política, la cual surgió en gran parte con los monarcómacos calvinistas en la Francia del siglo xvi.¹⁵ El uso de este hecho histórico para justificar la actividad revolucionaria en la Inglaterra de mediados del siglo xvii ha sido profundamente analizado,¹⁶ y existen estudios que llegan a advertir la presencia de esta idea aun en la revolución norteamericana.¹⁷ En Winstanley se reproduce innumerables veces la conquista normanda como el inicio de un régimen injusto y pecaminoso, mito al estilo soreliano que a la vez le sirve para dar significado al pueblo o nación como aquel cuerpo que preexistía a la invasión y que luego fue subyugado durante siglos.¹⁸ Es un claro ejemplo de aquello que Pocock analizaba como las “movidas” y “contra-movidas” que realizan los autores en un contexto de lenguaje pero efectivizando mediante la misma una actualización y modificación de ese contexto.¹⁹ Winstanley retoma la discusión de la conquista normanda pero para imprimir al concepto de pueblo inglés un significado acorde a su marco filosófico-teológico monista. La revolución se entiende así como la gran obra de hundimiento de este poder normando y de todas las leyes políticas y religiosas que impusieron durante siglos.²⁰ Esto se produciría de manera escatológica y condensado en el breve período de tiempo de la generación que está llevando a cabo esa misma revolución, en una concepción de acortamiento y aceleración del tiempo cuyo objetivo será la culminación de las tribulaciones antes del fin de la historia. Este pensamiento, emparentado con herejías medievales, se desarrollará extensamente en las revoluciones modernas, aunque, a diferencia del planteo *digger*, ya sin la presencia de la divinidad sino como propio desarrollo de la historia.²¹ Este milenarismo panteísta a la vez recuerda la asociación que hace Pocock entre *anti-Normanism* y *antinomianism*, citando particularmente a Winstanley, porque el demoler las leyes normandas era análogo a destruir las leyes a nivel teológico, como buscaba el antinomianismo.²² Por último, Winstanley conjuga de manera más que elocuente dos defini-

¹⁴ Cabe mencionar que en los textos de Winstanley no aparece ningún tipo de diferenciación teórica o conceptual entre los términos *people* y *nation*, lo cual era una característica propia de varios autores de la época, aun sin diferenciar estos términos ni siquiera respecto de *kingdom* o *state* (Quentin Skinner, “A Genealogy of the Modern State”, *Proceedings of the British Academy*, vol. 162, 2009, pp. 337–338).

¹⁵ Quentin Skinner, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, p. 320.

¹⁶ Alun Howkins, “From Diggers to Dongas: The Land in English Radicalism, 1649–2000”, *History Workshop Journal*, n° 54, 2002, p. 5.

¹⁷ Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge (MA), Belknap Press, 1967, pp. 75–76.

¹⁸ Gerrard Winstanley [1649], “A Letter to the Lord Fairfax and his Councell of War”, en George H. Sabine (ed.), *The works of Gerrard Winstanley*, Nueva York, Russell & Russell, 1965, p. 287; Gerrard Winstanley [1649], “A Declaration from the Poor oppressed People of England”, en Christopher Hill (ed.), *The law of freedom, and other writings*, p. 107; Gerrard Winstanley, Iohn Barker y Thomas Star [1649], “An appeal to the House of Commons, desiring their answer: whether the common-people shall have the quiet enjoyment of the commons and waste land...”, Text Creation Partnership, 2008–09, Ann Arbor, MI y Oxford, p. 6; Winstanley, “A New-years Gift for the Parliament and Armie”, p. 168; Winstanley, “The Law of Freedom in a Platform”, p. 372.

¹⁹ J. G. A. Pocock, “Historia intelectual: un estado del arte”, *Prismas*, n° 5, 2001, pp. 156–161. Debe considerarse además que esta utilización de la conquista normanda para enmarcarla en una definición del pueblo inglés se ve ampliamente desarrollada también por el grupo de los *levellers*, que tuvieron mucha relevancia en los procesos políticos de la década de 1640 y que en ocasiones eran emparentados (erróneamente) con los *diggers*.

²⁰ Gerrard Winstanley [1649], “A watch-word to the city of London and the Army”, en Christopher Hill (ed.), *The law of freedom, and other writings*, pp. 126 y 141.

²¹ Reinhart Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 48–54.

²² J. G. A. Pocock, *The ancient constitution and the feudal law. A study of English historical thought in the seventeenth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, p. 320.

ciones de pueblo que hoy mismo se analizan continuamente en la filosofía política contemporánea: la del pueblo entendido como una parte del conjunto de la sociedad que es sujeta a dominio, haciendo de la verdadera democracia la rebelión contra este régimen, frente a otra que lo figura como el cuerpo todo de la realidad social, único capaz de auto-constituirse.²³ El monismo de Winstanley, que recrea la figura de un pueblo o nación que tiene a la vez un carácter panteísta teológico y una explicación histórico-política propia de Inglaterra, le permite jugar con ambas posiciones, la de una parte (aunque mayoritaria) que se opone a los cuerpos privilegiados del Medioevo pero que a la vez se convertirá en un todo homogéneo.²⁴

Un pueblo, una nación, un gobierno, un Estado

Sobre la base de este monismo, su idea de gobierno se recrea bajo una indisoluble conexión con esa entidad homogénea, lo que termina conectado al monismo de poder típico del orden estatal moderno en sus aspectos políticos, jurídicos y militares.²⁵ Al pueblo uno le corresponde un gobierno no fragmentado, con una organización que tiende a una cierta simpleza pero que no por ello pierde su potencial para asegurar el nuevo orden, que en principio llegaría espontáneamente como fruto del buen ejemplo que crearían prácticas comunitarias como las de St. George's Hill.²⁶ Esta actividad conjunta, que comenzaría con los pocos elegidos (los primeros "santos"), pero que luego se iría replicando espontáneamente, sería la que en última instancia haría innecesario un sistema político y jurídico-penal.²⁷ Ahora bien, esta actitud no aparece así delimitada en toda su obra, y a la par de lo expuesto se hace presente la necesidad de encarar desde un poder institucionalizado la recreación del nuevo hombre,²⁸ para terminar en la propuesta concreta de un sistema jurídico-político que es descrito por el clásico investigador de la revolución inglesa, Christopher Hill, como no punitivo pero sí correctivo.²⁹

La cita anterior abre la discusión hacia un primer claro ejemplo de aquello que trato de exponer. Resulta bastante leve considerar el régimen que Winstanley propone en su *Law of Freedom* como "no punitivo", ya que el autor prevé todo un sistema reglamentado e institucio-

²³ Jean-Luc Nancy, "Tres fragmentos sobre nihilismo y política", en Vincenzo Vitiello *et al.* (eds.), *Nihilismo y política. Con textos de Jean-Luc Nancy, Leo Strauss, Jacob Taubes*, Buenos Aires, Manantial, 2008, p. 30.

²⁴ Nótese en este sentido que el esquema de Winstanley no es compatible con una visión de la democracia que presenta al pueblo como una suma de partes y donde aparecen entidades que representan a esas partes (Carlos Strasser, *Democracia III. La última democracia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, p. 30). El *digger* no podría permitir esto porque implicaría diferenciaciones que a su entender son fruto del pecado. Tampoco en su filosofía política se hace plausible plantear las contemporáneas discusiones entre la articulación de mayorías y minorías, sino que impera el ideal opuesto de la regla de mayoría como un ideal de unanimidad (Giovanni Sartori, *Elementos de teoría política*, Buenos Aires, Alianza, 1992, p. 36), complementándose con una imagen del Estado soberano que se hace espejo de ese modelo de sociedad monista (Norberto Bobbio, *El futuro de la democracia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985, pp. 12 y 27-28).

²⁵ Hermann Heller, *Teoría del Estado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990, p. 145.

²⁶ Gurney, *Brave community. The Digger movement in the English Revolution*, pp. 106-107. Para esta cuestión véase Gerrard Winstanley [1649], "A declaration to the powers of England, and to all the powers of the world", British Library, General Reference Collection X.708/41878, p. 37.

²⁷ Gerrard Winstanley [1650], "An appeale to all Englishmen, to judge between bondage and freedom", Electronic reproduction, Ann Arbor, MI, UMI, 1999, Early English books online, Digital version of Thomason Tracts y 246:669f15.

²⁸ David W. Petegorsky, *Left-Wing Democracy in the English Civil War. A study of the social philosophy of Gerrard Winstanley*, Londres, Victor Gollancz (Kindle Edition), 1940, pos. 4027.

²⁹ Hill, *The world turned upside down. Radical ideas during the English revolution*, pp. 135-136.

nalizado para el control continuo de las personas. Por ejemplo, propone un sistema de castigos prefijado para aquellos que incumplían la ley, que primero debían ser advertidos por los *over-seers*, segundo escarmentados a latigazos, tercero puestos como sirvientes de un *task-master* por tres meses y, si continuaban en el incumplimiento, convertidos en siervos de por vida, perdiendo todos sus derechos ciudadanos y hasta siendo expulsados de su casa.³⁰ Creo que resultaría difícil considerar esta política como no punitiva, y sin duda se convierte en ejemplo del poder que Winstanley creía que debía tener la agencia estatal frente al individuo.³¹ En el mismo texto Winstanley se encarga de enfatizar que “un soldado es un magistrado como cualquier otro funcionario, y de hecho todos los funcionarios estatales son soldados, porque representan el poder; y si no existiese el poder en manos de los funcionarios, el espíritu de rudeza no obedecería a ninguna ley o gobierno sino a sus propios deseos”.³² Sin aquello que siglos más tarde Max Weber definiría como un monopolio de la violencia física legítima, la comunidad se pierde debido a la rudeza (¿acaso pecaminosa?) de ese pueblo que paradójicamente es el contralor último de los magistrados. De esta forma, Winstanley desea asegurar que las estructuras políticas que propone se transformen en ese complejo de normas que, en la teoría del Estado moderno, imponen mediante la coerción una serie de obligaciones vinculantes para los sujetos,³³ construyendo estructuras que mantengan el consenso y la participación de los gobernados pero obteniendo comportamientos sociales conformes al aplicar un acto racional de gobernar sobre la conducta de las personas.³⁴ Aquel Winstanley que creía en un ideal de comunismo agrario que se expandiría por el mero ejemplo de sus actividades, ahora se acerca a un concepto de razón estatal asociada a la capacidad de un grupo que desde el poder recrea una comunidad autosuficiente mediante un acto de voluntad³⁵ y que también se emparenta con la perspectiva calvinista de la recreación de un individuo que se ve como el producto de una obligación del hacer.³⁶ En este *hacer* el hombre nuevo es formado por las instituciones de manera no natural ni espontánea, pero obteniendo un resultado que no es un mero artificio sino un ser

³⁰ Winstanley, “The Law of Freedom in a Platform”, p. 380. Esto a la vez demuestra la situación de la familia en la utopía de Winstanley, que es considerada una institución básica de la comunidad pero que puede ser desarticulada en pos del bien mayor (Rino Cammilleri, *Los monstruos de la Razón. Viaje por los delirios de utopistas y revolucionarios*, Madrid, Rialp, 1995, p. 52). Por otra parte, estas propuestas de sistema penal lo vuelven a emparentar con el calvinismo, en principio por la clara analogía con el pasaje bíblico donde se proponen los pasos a seguir para con un pecador, pero también porque existían reglamentaciones similares en la Ginebra de Calvino (VV.AA. [1547], “Ordonnances des églises de campagne”, <<http://www.regard.eu.org/Livres/5/Calvin.homme.d.Eglise/05.php>>).

³¹ Darren Webb, “The Bitter Product of Defeat? Reflections on Winstanley’s Law of Freedom”, *Political Studies*, vol. 52, n° 2, 2004, pp. 207-209.

³² “A soldier is a magistrate as well as any other officer, and indeed all state officers are soldiers, for they represent power; and if there were not power in the hand of officers, the spirit of rudeness would not be obedient to any law or government but their own wills.” (Winstanley, “The Law of Freedom in a Platform”, p. 333).

³³ J. Simmons, “Justification and Legitimacy”, *Ethics*, vol. 109, n° 4, 1999, pp. 746-748.

³⁴ Pierangelo Schiera, “Legittimità, disciplina, istituzioni: tre presupposti per la nascita dello Stato moderno”, en Giorgio Chittolini, Anthony Molho y Pierangelo Schiera (eds.), *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 1994, pp. 18-22; Michel Foucault, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p. 120.

³⁵ Francesco Gentile, *Inteligencia política y razón de Estado*, Buenos Aires, Educa, 2008, p. 25.

³⁶ Giovanni Turco, “Protestantismo e modernità. Soggettivismo religioso e soggettivismo politico nell’analisi di Balme, de Maistre e Taparelli”, *Espíritu*, vol. LX, n° 142, 2011, p. 367. Esto puede mostrar ciertos indicios de que la idea de un Estado que actúa a través de medios coactivos no estaba ligado solo a la nascente estructura del Estado capitalista (Guillermo O’Donnell, “Apuntes para una teoría del Estado”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, n° 4, 1978, p. 1184), sino que era un esquema que buscaba ser usado aun por aquellos como Winstanley que se encontraban en las antípodas de ese modelo de racionalización político-económica.

humano que se reconcilia con la misma naturaleza.³⁷ En analogía a las características del Estado moderno, se monopoliza todo tipo de actividad comunitaria mediante la legislación entendida como un proceso de conformación voluntarista y no espontánea³⁸ y que termina en la recreación de un hombre acorde a ese régimen pensado racionalmente pero que Winstanley advertiría que es compatible con los designios divinos.

Es cierto que Winstanley deja en claro que el poder último siempre radica en el pueblo o nación, pero en su teoría se hace patente la complejidad sobre cómo comprender la relación entre poder constituyente y soberanía, y si el gobierno puede convertirse en un aparato absoluto y trascendente al pueblo.³⁹ En este marco Winstanley no escatima en metáforas muy fuertes para expresar el poder que deberían tener los magistrados para mantener el orden, advirtiendo por ejemplo que “si cualquier hombre se comporta incorrectamente hacia su prójimo en cuestiones civiles, los Poderes de una tierra deben castigarlo en acuerdo a la naturaleza de la ofensa, y por ende ser un terror contra toda maldad”.⁴⁰ Surgen asimismo otros ejemplos de políticas puntuales, especialmente en el inicio revolucionario que daría origen a la conformación de la comunidad perfecta. Así solicita que el poder político destituya a aquellos que tilda como sacerdotes reaccionarios incompatibles con el nuevo régimen, a los cuales suma también jueces que sufren del mismo mal.⁴¹ En este esquema, el Parlamento no solo es descrito de manera teórica como una institución que pueda poseer ciertas funciones, sino que se lo pinta como el medio por excelencia para la instauración de la nueva era, el símil de un Dios Creador capaz de borrar el pasado, aboliendo todas las leyes de los gobiernos anteriores, para poner “en funcionamiento nuevas leyes para el bien y libertad del pueblo, pero con el conocimiento del pueblo”.⁴² Como advierte, al final siempre el pueblo se presenta como el contralor último, pero no deja de ser plausible la duda respecto de cómo podría encararse la relación entre poder constituyente y constituido, teniendo en cuenta que el poder que se le otorga al Parlamento es absoluto, y este es reconocido como la única corte que puede resolver las controversias.⁴³ El pueblo es el contralor último del gobierno, pero esto no se reproduce en ningún tipo de esquema institucional, lo que genera la posibilidad de un gobierno ilimitado una vez que la soberanía se haga carne.⁴⁴

Por otra parte, en *Law of Freedom*, Winstanley detalla una mirada de funcionarios que poseen tareas específicas para la conservación del sistema armónico. Así, propone la designación de *overseers* que, entre otras funciones, deben vigilar que los miembros de la comunidad

³⁷ Frank E. Manuel, “Hacia una historia psicológica de las utopías”, en Frank E. Manuel (ed.), *Utopías y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, pp. 110-111. Esta forma de pensar es muy similar a aquella que el clásico libro de Talmon describe respecto de ideologías del siglo XVIII (J. L. Talmon, *Los orígenes de la democracia totalitaria*, México, Aguilar, 1956, pp. 3-4). En este marco se estudia el rol que jugaba la recreación de una conducta particular dentro de su ideario religioso, necesaria para la instauración del nuevo régimen donde ya no existiría la pobreza ni la opresión (Gurney, *Gerrard Winstanley. The Digger's life and legacy*, pp. 28-29).

³⁸ Dalmacio Negro Pavón, “Bosquejo de una historia de las formas del Estado”, *Razón española*, n° 122, 2003, pp. 276-281.

³⁹ Kevin Attel, “Potentiality, actuality, constituent power”, *Diacritics*, vol. 39, n° 3, 2009, pp. 45-46.

⁴⁰ “[I]f any man walk unrighteously towards his fellow creature in civil matters: the Powers of a land must punish him, according to the nature of his offence, and so to be a terror to all unrighteousness” (Winstanley, “Truth lifting up its head above scandals”, p. 46).

⁴¹ Winstanley, “The Law of Freedom in a Platform”, p. 280.

⁴² “[...] to enact new laws for the ease and freedom of the people, but yet not without the people's knowledge” (*ibid.*, p. 341).

⁴³ Winstanley *et al.*, “An appeal to the House of Commons, desiring their answer”, p. 5.

⁴⁴ Edmund Morgan, *La invención del pueblo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, pp. 85-86.

no tomen más provisiones de las debidas ni usurpen los recursos de sus vecinos, los que además asisten a los *peace-makers* para el mantenimiento de la paz social.⁴⁵ Winstanley pretende que cualquiera pueda participar y adquirir cargos, y hasta suele ser crítico de una formación técnica-administrativa de personas selectas.⁴⁶ Pero cuando se presta atención a la organización de magistrados que postula, no puede dejar de surgir la comparación con ciertos conceptos modernos de burocracia, en el sentido de un poder que es asignado y delegado a oficiales a lo largo y ancho del territorio, a través de cadenas de mando que multiplican el poder.⁴⁷ En este marco, aun en trabajos clásicos donde se enfatizan las críticas de Winstanley a la presencia de un cuerpo estable de funcionarios, se acepta igualmente la extensa red que proponía para la recopilación y reporte de todos los eventos de relevancia que se sucedan en la comunidad.⁴⁸ Este sistema estaba pensado para que todas las personas estén informadas de los avances a nivel técnico y científico, pero el punto es que para su funcionamiento se hacía necesaria la configuración de una increíble red de funcionarios mucho más avanzada de la que venían gestando las monarquías absolutas.⁴⁹ En particular como en algún sentido el Estado que propone Winstanley se acerca a esa configuración de estricta máquina técnica basada en una estructura racional mucho más eficiente y especializada que cualquier institución tardo-medieval.⁵⁰ El funcionariado de Winstanley se transforma en un complejo de estructuras cuyo final es la implementación técnica de una formación político-cultural del hombre que ya está predefinida y que no puede discutirse. A nivel teórico Winstanley llega así a esa paradoja que advierten los trabajos clásicos sobre las teorías de las revoluciones, que se alimentan de la esperanza de una ruptura violenta y total respecto del curso ordinario de la actividad humana⁵¹ y se autoproclaman contra la estratificación y diferenciación en sí mismas, pero finalmente terminan aceptando una nueva estratificación y diferenciación, a través de esquemas donde no escatiman las estructuras de administración y control social.⁵²

Esta perspectiva, por otra parte, se complementa con esa necesidad típica del Barroco de encontrar instancias de mediación que se transformen en los representantes simbólicos del poder político⁵³ a fin de imponer ciertos criterios de obediencia y uniformidad doctrinal en las sociedades convulsionadas por las guerras de religión.⁵⁴ Es cierto que Winstanley sería muy crítico de cualquier tipo de institucionalización de esta mediación. Su rechazo a ciertas iglesias, el clero

⁴⁵ Winstanley, “The Law of Freedom in a Platform”, p. 327.

⁴⁶ James Holstun, “Communism, George Hill and the Mir: Was Marz a nineteenth-century Winstanleyan?”, en Andrew Bradstock (ed.), *Winstanley and the Diggers, 1649-1999*, Nueva York, Routledge, 2013, pos. 3590-3601; Johnson, “Winstanley’s Ecology”, p. 29.

⁴⁷ Tom Burns, “Sovereignty, Interests and Bureaucracy in the Modern State”, *The British Journal of Sociology*, vol. 31, n° 4, 1980, p. 494.

⁴⁸ Petegorsky, *Left-Wing Democracy in the English Civil War. A study of the social philosophy of Gerrard Winstanley*, pos. 4219.

⁴⁹ M. J. Braddick, *State formation in early modern England, c. 1550-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004, pp. 2, 14, 47 y 96.

⁵⁰ Gianfranco Miglio [1981], “Genesi e trasformazioni del termine-concetto Stato”, en Gianfranco Miglio (ed.), *Le regolarità della politica. Scritti scelti raccolti e pubblicati dagli allievi*, Milán, Giuffrè, 1988, p. 808.

⁵¹ Raymond Aron, *El opio de los intelectuales*, Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1957, pp. 44-48.

⁵² Jules Monnerot, *Sociología de la revolución*, Buenos Aires, Eudeba, 1981, pp. 255-257.

⁵³ Elías J. Palti, *An Archaeology of the Political: Regimes of Power from the Seventeenth Century to the Present*, Nueva York, Columbia University Press (Kindle Edition), 2017, pos. 951.

⁵⁴ William J. Bouwsma, *The waning of the Renaissance*, New Haven, Yale University Press, 2002, pp. 163-164; John Hale, *The Civilization of Europe in the Renaissance*, Nueva York, Simon & Schuster, 2011, p. 475.

oficial, los tribunales y hasta los profesores universitarios serían ejemplo de ello. Otro claro ejemplo aparecería si se recuerda que la relación con la divinidad se profería sin mediador alguno, como un encuentro directo con Dios. Y vimos que la revolución político-económica está directamente emparentada con ello. Sin embargo, creo que la figura de la mediación no está ausente en sus textos. Un ejemplo podría ser el de esos “santos” que primeramente comprenderán el mensaje, o aun los miembros de proyectos como el que lideró en St. George’s Hill. Estos serían los que “mostrarían” el verdadero camino. Pero aun dentro del ámbito más jurídico-político, toda la estructura que detalla especialmente en *Law of Freedom* se convierte en parte en una mediación, pensada para impedir la vuelta al pasado pecaminoso y para reformar a los hombres en su totalidad, aun a aquellos que voluntariamente no quieran hacerlo (recuérdense los castigos por el incumplimiento de la ley). También debe considerarse que propone que en las parroquias se imparta una especie de instrucción ciudadana, advirtiendo que debería prohibirse tajantemente la interpretación de las leyes civiles.⁵⁵ La uniformidad no es propuesta a través de una iglesia oficial de Estado que regule la conducta.⁵⁶ Sin embargo, los templos son resignificados y pasan a ser un espacio de adoctrinamiento para la continua formación del hombre nuevo, transformándose en un claro ejemplo de una cierta redivinización del hombre y la sociedad.⁵⁷ A ello debe sumarse que, a diferencia de otros grupos radicales como los *Ranters*, que proponían que la revolución se extendiese aun a las prácticas más básicas de la moralidad, en Winstanley todavía sigue presente un fuerte control moral, despotricando contra los pecados de la avaricia, la codicia y la lujuria.⁵⁸ Más allá de los tintes racionalistas y materialistas que se rastrean en sus obras,⁵⁹ sigue imperando por detrás la obsesión calvinista por la disciplina y el control para la transformación del hombre caído en un hacer práctico concreto para la gloria de Dios.⁶⁰ Esto importa particularmente para la hipótesis que aquí planteo porque en su esquema la renovación moral ya no está a cargo de una institución independiente del poder político, como había reclamado durante siglos la Iglesia Católica, sino que se vuelve parte de las funciones gubernamentales. Deseo señalar especialmente que esto tiene un tinte muy moderno. Su propuesta podría ser asimilable al control moral que ya había existido en esquemas como la Ginebra calvinista o hasta la Inquisición española. Pero lo interesante del ideario de Winstanley es que esta función ahora se cumple a través de estructuraciones secularizadas. El modelo de educación, reforma del hombre y control que estipula se fundamenta en principios muy distintos a los de una entidad como la Inquisición española. Su proyecto busca que el Estado promueva una reforma del hombre que rompa con el pasado y así no podría aceptarse bajo ningún punto de vista la visión de una entidad como la Inquisición. Esto es así porque, más allá de que podía ser controlada por el soberano estatal y no necesariamente por Roma (como en la España del siglo xvi), el *digger* nunca acep-

⁵⁵ Winstanley, “The Law of Freedom in a Platform”, p. 345.

⁵⁶ Julián Verardi, “Estudio introductorio” a Winstanley, Gerrard, *La ley de la libertad*, Buenos Aires, Biblos, 2005, pp. 57-61.

⁵⁷ Eric Voegelin, *La nueva ciencia de la política*, Buenos Aires, Katz, 2006, p. 133.

⁵⁸ Winstanley, “Fire in the Bush”, p. 73.

⁵⁹ Perez Zagorin, *A history of political thought in the English Revolution*, Whitstable, Latimer Trend & Co. Ltd., 1965, pp. 48-52; Pablo Romero Gibella, “El radicalismo en la revolución inglesa: crisis constitucional y crisis de conciencia en el siglo del absolutismo”, *Historia Constitucional (revista electrónica)*, n° 3, 2002, <<http://hc.rediris.es/03/index.html>>, p. 235; Marie L. Berneri, *El futuro. Viaje a través de la utopía*, Barcelona, Hacer, 1983, p. 106; Hill, *The world turned upside down. Radical ideas during the English revolution*, p. 179.

⁶⁰ Daniela Bianchi, “Introducción”, en Gerrard Winstanley (ed.), *Il piano della legge della libertà. L’utopia sociale degli zappatori*, Turín, Claudiana, 1992, pp. 51-53.

taría la imposición de un modelo de hombre que se basara en premisas morales y costumbres del pasado. Ahora es el poder secular de la nueva comunidad utópica el que tiene esta función.⁶¹

Esta fuerte centralización del poder puede verse aun en aquello que se reconocería como la esencia de la soberanía estatal, planteado por Winstanley de manera un tanto poética, al alegar que el gobierno debe ser “una pared de fuego alrededor de la Nación para protegerla del enemigo externo”.⁶² Esa nación que se autocreaba por la redención escatológica y la liberación histórica del yugo normando, ahora posee una entidad jurídico-política que la contiene. Winstanley se inscribe en el origen de la relación entre Estado moderno y nación, lo que significa asimismo una evolución respecto de las monarquías absolutas donde el carácter nacional muchas veces era circunstancial.⁶³ Nación y Estado se conjugan entre sí de una manera indisoluble y la unidad estatal pasa a ser reconocida como la entidad política por esencia, en concordancia con el proceso de conformación del Estado europeo centralizado, soberano frente a cualquier otra instancia de poder, ya sea *de iure o de facto*, y que elimina las potestades universales del Imperio y de la Iglesia.⁶⁴ Esto resulta paradójico porque en varios de sus escritos pretende que la redención escatológica llegue a la humanidad toda, y hasta en variadas ocasiones prefigura la extensión del modelo que comenzará en Inglaterra hacia el resto del mundo.⁶⁵ Esta perspectiva se emparenta directamente con su afán de reconvertir al hombre a su estado realmente natural (y que la historia pervirtió con el advenimiento de la propiedad privada) y con el monismo anteriormente descripto, ya que sus promesas “declaran la restauración de la Humanidad a su rectitud original, llevándola a ser de un corazón y una mente”.⁶⁶ El problema es que, más allá de esta tendencia mundialista profética, cuando describe las estructuras políticas que busca reivindicar, imperan características que son claramente análogas a la configuración de la soberanía estatal moderna. Ambas tendencias parecen complementarse a pesar de su aparente contradicción, por ejemplo haciendo referencia a que “nuestra propia Tierra se acrecentará con todo tipo de comodidades, y el pueblo se unirá en el amor, para mantener fuera al Enemigo extranjero que lo amenaza, y que lo seguirá amenazando, como un Ejército análogo al de Ratas y Ratones malditos para destruir nuestra herencia”.⁶⁷ Inglaterra es la portadora del nuevo men-

⁶¹ Puede marcarse que aún en esa época existían personajes que veían en las propuestas de movimientos radicales (aun antes de los textos de Winstanley) peligrosas prefiguraciones de gobiernos ilimitados. Un claro ejemplo de ello se aprecia en las intervenciones de conservadores como Henry Ireton en los conocidos como debates de Putney (VV. AA. [1647], “The Putney Debates”, en W. Clarke (ed.), *Puritanism and Liberty*, Chicago, Chicago University Press, 1951, p. 82).

⁶² “[A] wall of fire round about the Nation to keep a forraign enemy” (Winstanley, “A Letter to the Lord Fairfax and his Councell of War”, p. 286).

⁶³ Perry Anderson, *Lineages of the absolutist state*, Londres, NLB, 1974, p. 39.

⁶⁴ Stephen D. Krasner, “Abiding Sovereignty”, *International Political Science Review / Revue internationale de science politique*, vol. 22, n° 3, 2001, pp. 231-233; Carl Schmitt, *El nomos de la tierra*, Buenos Aires, Struhart & Cía., 2005, pp. 47 y 117.

⁶⁵ Winstanley [1649], “The mysterie of God”, p. 15; Winstanley [1649], “The True Levellers’ Standard Advanced, The Diggers’ Manifesto”, p. 14; Winstanley, “Fire in the bush”, p. 4.

⁶⁶ “Now these, and such like promises, declares the restoring of Mankind to his originall righteousness, and that they shall be brought to be of one heart, and of one mind” (Gerrard Winstanley [1650], “An humble request, to the ministers of both Universities, and to all lawyers in every Inns-a-Court To consider of the scriptures and points of law herein mentioned...”, Text Creation Partnership, 2008-09, Ann Arbor, MI y Oxford, p. 4). Ya se ha señalado que una frase muy similar aparece en *Law of Freedom*.

⁶⁷ “[...] our own Land will be increased with all sorts of Commodities, and the People will be knit together in love, to keep out a forreign Enemy that endeavours, and that will endeavour as yet, to come like an Army of cursed Rats and Mice to destroy our inheritance [...]” (Winstanley [1650], “A New-years Gift for the Parliament and Armie”, p. 165).

saje, pero a la vez necesita de un poder que los defienda de todos aquellos que quieran destruir el nuevo modelo, para luego llevar ese modelo al resto del mundo.⁶⁸ Se tiende consecuentemente a la consolidación de un régimen basado en el respeto de la soberanía de Inglaterra y su gobierno, hecho que parecería más que lógico si se tiene en cuenta su aversión a cualquier tipo de religión que busque institucionalizarse y jerarquizarse por fuera de las estructuras de la comunidad homogénea. Aunque suene paradójico respecto de sus proyectos comunistas (que supuestamente luego se extenderían a todo el orbe), Winstanley forma parte de ese proceso que se consolidará con el Iluminismo, donde se realiza una fuerte crítica a las autoridades religiosas que están por fuera de los límites estatales y que a la vez llevan a la formación de comunidades transnacionales, lo cual se planteaba como incompatible con los principios de ciudadanía.⁶⁹ El pueblo o la nación se complementan así con un territorio que se plantea como propio de manera indisoluble, hecho que en Winstanley cobra especial caracterización si se recuerda el énfasis que continuamente ponen sobre la importancia de la relación entre la comunidad y la tierra. El autor señala este punto sobre la base de su ideal de comunismo agrario, frente a la extirpación que significó el régimen de propiedad privada instaurado según su mito redentorista por Guillermo el Conquistador. Pero más allá de su particular interpretación de la historia y de sus esperanzas milenaristas, sus ideas no dejan de enmarcarse en ese moderno proceso que Hannah Arendt planteaba como una particular alienación donde se reemplazó la identificación de la familia con una parte privadamente poseída del mundo por la complementación de la sociedad con una propiedad tangible, aunque colectivamente poseída, que es el territorio de la nación-Estado.⁷⁰

Conclusiones

Creo que los textos de Winstanley pueden ser motivadores no solo para entender la historia inglesa del siglo XVII sino también para recrear nuevas perspectivas sobre temas de filosofía política vitales para la comprensión de nuestros propios problemas actuales. Las tesis de Winstanley resultan en este marco un buen laboratorio para indagar y repensar cuáles pueden ser las relaciones entre la noción de pueblo como poder constituyente, los tipos de gobierno que podrían surgir como consecuencia, las virtualidades de las revoluciones, o las justificaciones a nivel teológico que daban sustento a las nuevas caracterizaciones que en la época se producían respecto del poder político. Estos tópicos en general suelen asociarse a las ideas que surgieron a partir de la Revolución Francesa (el gran ejemplo es el mismísimo concepto de “poder constituyente”), pero considero que ya en la revolución de la Inglaterra de mediados del siglo XVII florecieron ideas que sin duda presagiaban las discusiones políticas que siguen desarrollándose hasta hoy en día.

⁶⁸ En Winstanley se produce así una paradoja que luego se replicará en varios republicanos humanistas de la modernidad europea donde se propone que una comunidad política tome las armas en defensa de la humanidad, transformando al enemigo de esa comunidad en enemigo de la humanidad toda (Andrés Rosler, *Razones públicas. Seis conceptos básicos sobre la república*, Buenos Aires, Katz, 2016, pp. 243–244).

⁶⁹ José Casanova, “Public Religions Revisited”, en Hent de Vries (ed.), *Religion: Beyond the Concept*, Nueva York, Fordham University Press, 2008, p. 108.

⁷⁰ Hannah Arendt, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2015, p. 284.

En este marco, las ideas de Winstanley se convierten en un aliciente para entender no solo el surgimiento, como apuntan variados estudios, de germinales ideas socialistas, marxistas o de democracia radical, sino también de conceptos que se encuentran en el núcleo de esa institucionalización de las prácticas políticas en torno al Estado moderno soberano que venía conformándose desde el siglo xv aproximadamente. Este artículo propuso un primer puntapié inicial para estudiar esta cuestión, y en especial las virtualidades de recreación de poderes políticos ilimitados, tema que recorre toda la historia moderna y no solo la inglesa. Un acercamiento a este tipo de textos puede ayudarnos a entender mejor cómo fueron surgiendo en la Modernidad una serie de ideas que luego se convirtieron en el centro de la discusión para comprender, a la par de la evolución de la democracia fundamentada en la soberanía popular, los futuros fenómenos del autoritarismo y el totalitarismo.

En este marco, los textos de Winstanley poseen aristas que de una u otra forma pueden emparentarse con estos fenómenos o hasta tradiciones de la Modernidad. Ello, por una parte, incluye las nuevas valoraciones que cobraron los conceptos de pueblo y nación y su injerencia en la participación política activa, ideas que están presentes en varios de los movimientos radicales de la Inglaterra revolucionaria. Pero por otro lado estos conceptos tan ligados a las tradiciones democráticas o hasta republicanas, entre otras, están además enmarcados dentro de variantes que se asocian, a mi entender claramente, dentro de la conformación del Estado moderno soberano, si se recuerda resumidamente la preeminencia que tiene en el líder *digger* la idea de una comunidad política y económicamente organizada y centralizada, independiente de cualquier injerencia externa y diagramada a partir de un funcionariado sistematizado. Finalmente, y en gran parte como corolario de estas últimas características, creo que no pueden dejar de entreverse aquellas propuestas de Winstanley que podrían terminar en la conformación de un gobierno ilimitado. Sin duda, los fenómenos del autoritarismo y el totalitarismo poseen una complejidad suma y hasta sería completamente anacrónico aplicarlo a ideas del siglo xvii, pero no por ello creo erróneo considerar ciertos matices que podrían emparentar el ideario de Winstanley con estas teorías y prácticas políticas propias del siglo xx. En este marco, me atrevería a introducir una cierta ironía. En muy variados trabajos a Winstanley se lo postula como un claro pre-marxista, sin importar demasiado que el *digger* desarrolla su ideario en un contexto socio-económico que dista de la industrialización decimonónica. Sobre esa base me pregunto por qué sería tan osado presentar algunas de sus ideas en comparación con los totalitarismos. ¿Acaso estaríamos legitimados para hacer comparaciones con el marxismo, pero no con los gobiernos que surgieron en parte como resultado del mismo? Por otro lado, no me siento en absoluto innovador al emprender este camino. En cierto sentido estoy siguiendo las huellas de trabajos clásicos como los de Voegelin, Talmon o Monnerot, los cuales se citaron a lo largo del artículo. En esta línea de comparación con los totalitarismos, podrían recordarse algunos puntos de su ideario que son más que meros detalles: la visión homogénea del pueblo o nación (en donde parece perderse cualquier viso de individualidad), la reinterpretación de la historia para plantear a la revolución como un proceso de liberación milenaria, el intento de recrear un hombre nuevo (pero que es a la vez el verdadero hombre natural) a través del régimen político, la presentación de una estructura político-administrativa que tendría la capacidad de controlar aspectos muy íntimos de la vida personal, o hasta la particularidad de un régimen jurídico supuestamente “no punitivo” sino solo “correctivo” pero que, como se citó, puede terminar en la cuasi esclavización de aquellos que incumplen la ley. □

Bibliografía

- Alsop, James D., "Gerrard Winstanley: What do we know of his life?", en Andrew Bradstock (ed.), *Winstanley and the Diggers, 1649-1999*, Nueva York, Routledge, 2013.
- Anderson, Perry, *Lineages of the absolutist state*, Londres, NLB, 1974.
- Arendt, Hannah, *La condición humana*, Buenos Aires, Paidós, 2015.
- Aron, Raymond, *El opio de los intelectuales*, Buenos Aires, Ediciones Leviatán, 1957.
- Attel, Kevin, "Potentiality, actuality, constituent power", *Diacritics*, vol. 39, n° 3, 2009, pp. 35-53.
- Bailyn, Bernard, *The Ideological Origins of the American Revolution*, Cambridge (MA), Belknap Press, 1967.
- Barshack, Lior, "Constituent Power as Body: Outline of a Constitutional Theology", *The University of Toronto Law Journal*, vol. 56, n° 3, 2006, pp. 185-222.
- Berner, Marie L., *El futuro. Viaje a través de la utopía*, Barcelona, Hacer, 1983.
- Bianchi, Daniela, "Introducción", en Gerrard Winstanley (ed.), *Il piano della legge della libertà. L'utopia sociale degli zappatori*, Turín, Claudiana, 1992.
- Bobbio, Norberto, *El futuro de la democracia*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985.
- Bouwisma, William J., *The waning of the Renaissance*, New Haven, Yale University Press, 2002.
- Braddick, M. J., *State formation in early modern England, c. 1550-1700*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.
- Bradstock, Andrew, *Radical religion in Cromwell's England. A concise history from the English Civil War to the end of the Commonwealth*, Londres, I. B. Tauris, 2011.
- Burns, Tom, "Sovereignty, Interests and Bureaucracy in the Modern State", *The British Journal of Sociology*, vol. 31, n° 4, 1980, pp. 491-506.
- Cammilleri, Rino, *Los monstruos de la Razón. Viaje por los delirios de utopistas y revolucionarios*, Madrid, Rialp, 1995.
- Casanova, José, "Public Religions Revisited", en Hent de Vries (ed.), *Religion: Beyond the Concept*, Nueva York, Fordham University Press, 2008, pp. 101-119.
- Cavaillé, Jean-Pierre, "Community of goods: an unacceptable radical theme at the time of the English revolution", en Laurent Currelly y Nigel Smith (eds.), *Radical voices, radical ways. Articulating and disseminating radicalism in seventeenth- and eighteenth-century Britain*, Manchester, Manchester University Press, 2016, pp. 41-59.
- Como, David, *Blown by the spirit. Puritanism and the emergence of an antinomian underground in pre-Civil-War England*, Stanford, Stanford University Press (Kindle Edition), 2004.
- De Certeau, Michel, *El lugar del otro. Historia religiosa y mística*, Buenos Aires, Katz, 2007.
- Coffey, John y Lim, Paul C.H. (eds.), *The Cambridge Companion to Puritanism*, Cambridge, Cambridge University Press, 2008.
- Foucault, Michel, *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Gentile, Francesco, *Inteligencia política y razón de Estado*, Buenos Aires, Educa, 2008.
- Góngora del Campo, Mario, *Tesis. Conflictos religiosos y sociales del Estado y la burguesía en Inglaterra. Siglos XVII y XVIII*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2016.
- Gurney, John, *Brave community. The Digger movement in the English Revolution*, Manchester, Nueva York, Manchester University Press (Kindle Edition), 2007.
- Gurney, John, *Gerrard Winstanley. The Digger's life and legacy*, Londres/Nueva York/Manchester, Pluto Press, 2013.
- Hale, John, *The Civilization of Europe in the Renaissance*, Nueva York, Simon & Schuster, 2011.
- Heller, Hermann, *Teoría del Estado*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Hessayon, Ariel, "Early Modern Communism: The Diggers and Community of Goods", *Journal for the Study of Radicalism*, vol. 3, n° 2, 2009, pp. 1-49.
- Hill, Christopher, *The world turned upside down. Radical ideas during the English revolution*, Londres, Penguin Books, 1991.

- Holstun, James, "Communism, George Hill and the Mir: Was Marz a nineteenth-century Winstanleyan?", en Andrew Bradstock (ed.), *Winstanley and the Diggers, 1649-1999*, Nueva York, Routledge, 2013.
- Howkins, Alun, "From Diggers to Dongas: The Land in English Radicalism, 1649-2000", *History Workshop Journal*, n° 54, 2002, pp. 1-23.
- Johnson, Daniel, "Winstanley's Ecology", *Monthly Review: An Independent Socialist Magazine*, vol. 65, n° 7, 2013, pp. 20-31.
- Koselleck, Reinhart, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003.
- Krasner, Stephen D., "Abiding Sovereignty", *International Political Science Review / Revue internationale de science politique*, vol. 22, n° 3, 2001, pp. 229-251.
- Manuel, Frank E., "Hacia una historia psicológica de las utopías", en Frank E. Manuel (ed.), *Utopías y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1982, pp. 103-135.
- Miglio, Gianfranco [1981], "Genesi e trasformazioni del termine-concetto Stato", en Gianfranco Miglio (ed.), *Le regolarità della politica. Scritti scelti raccolti e pubblicati dagli allievi*, Milán, Giuffrè, 1988.
- Monnerot, Jules, *Sociología de la revolución*, Buenos Aires, Eudeba, 1981.
- Morgan, Edmund, *La invención del pueblo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Nancy, Jean-Luc, "Tres fragmentos sobre nihilismo y política", en Vincenzo Vitiello et al. (eds.), *Nihilismo y política. Con textos de Jean-Luc Nancy, Leo Strauss, Jacob Taubes*, Buenos Aires, Manantial, 2008.
- Negri, Toni, "El poder constituyente", en Toni Negri (ed.), *Imperio, multitud y sociedad abigarrada*, La Paz, CLACSO, 2008.
- Negro Pavón, Dalmacio, "Bosquejo de una historia de las formas del Estado", *Razón española*, n° 122, 2003, pp. 271-310.
- O'Donnell, Guillermo, "Apuntes para una teoría del Estado", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 40, n° 4, 1978, pp. 1157-1199.
- Palti, Elías J., *An Archaeology of the Political: Regimes of Power from the Seventeenth Century to the Present*, Nueva York, Columbia University Press (Kindle Edition), 2017.
- Petegorsky, David W., *Left-Wing Democracy in the English Civil War. A study of the social philosophy of Gerrard Winstanley*, Londres, Victor Gollancz (Kindle Edition), 1940.
- Pocock, J. G. A., *The ancient constitution and the feudal law. A study of English historical thought in the seventeenth century*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987.
- , "Historia intelectual: un estado del arte", *Prismas*, n° 5, 2001, pp. 145-173.
- Romero Gibella, Pablo, "El radicalismo en la revolución inglesa: crisis constitucional y crisis de conciencia en el siglo del absolutismo", *Historia Constitucional (revista electrónica)*, n° 3, 2002. Disponible en <<http://hc.rediris.es/03/index.html>>.
- Rosanvallon, Pierre, *Democracy past and future*, Nueva York, Columbia University Press, 2006.
- Rosler, Andrés, *Razones públicas. Seis conceptos básicos sobre la república*, Buenos Aires, Katz, 2016.
- Sartori, Giovanni, *Elementos de teoría política*, Buenos Aires, Alianza, 1992.
- Schiera, Pierangelo, "Legittimità, disciplina, istituzioni: tre presupposti per la nascita dello Stato moderno", en Giorgio Chittolini, Anthony Molho y Pierangelo Schiera (eds.), *Origini dello Stato. Processi di formazione statale in Italia fra medioevo ed età moderna*, Bolonia, Il Mulino, 1994.
- Schmitt, Carl, *El nomos de la tierra*, Buenos Aires, Struhart & Cía., 2005.
- Simmons, J., "Justification and Legitimacy", *Ethics*, vol. 109, n° 4, 1999, pp. 739-771.
- Skinner, Quentin, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, vol. 8, n° 1, 1969, pp. 3-53.
- , *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- , "A Genealogy of the Modern State", *Proceedings of the British Academy*, vol. 162, 2009, pp. 325-370.
- Strasser, Carlos, *Democracia III. La última democracia*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- Talmon, J. L., *Los orígenes de la democracia totalitaria*, México, Aguilar, 1956.

Turco, Giovanni, "Protestantesimo e modernità. Soggettivismo religioso e soggettivismo politico nell'analisi di Balmes, de Maistre e Taparelli", *Espíritu*, vol. LX, n° 142, 2011, pp. 311-377.

Vatter, Miguel, *Constitución y resistencia: ensayos de teoría democrática radical*, Santiago de Chile, Ediciones Universidad Diego Portales, 2012.

Verardi, Julián, "Estudio introductorio" a Winstanley, Gerrard, *La ley de la libertad*, Buenos Aires, Biblos, 2005.

Voegelin, Eric, *La nueva ciencia de la política*, Buenos Aires, Katz, 2006.

Walzer, Michael, *La revolución de los santos. Estudio sobre los orígenes de la política radical*, Buenos Aires, Katz, 2008.

Webb, Darren, "The Bitter Product of Defeat? Reflections on Winstanley's Law of Freedom", *Political Studies*, vol. 52, n° 2, 2004, pp. 199-215.

Woolrych, Austin, *Britain in revolution, 1625-1660*, Oxford, Oxford University Press, 2002.

Zagorin, Perez, *A history of political thought in the English Revolution*, Whitstable, Latimer Trend & Co. Ltd., 1965.

Resumen / Abstract

La filosofía política de Gerrard Winstanley y su entrelazamiento con las teorías del Estado moderno. Teología, monismo y tendencias hacia un poder político ilimitado

Este artículo se propone analizar el proyecto esquematizado por el líder de uno de los movimientos radicales de la Inglaterra de mediados del siglo XVII, Gerrard Winstanley, desde una perspectiva de filosofía política. Se intentará entrever cómo en su planteo de un nuevo régimen político-económico se entremezclan conceptos que posteriormente se asociarán a las características clásicas del Estado moderno y aun llegarán a esbozar un poder ilimitado para la formación de un nuevo tipo de hombre. Estas variantes se estudiarán a la luz de la filosofía y la teología que encuadra todo el pensamiento político de Winstanley, intentando vislumbrar las conexiones que a nivel teórico se daban entre su concepción monista de comunidad política, el pueblo como un todo homogéneo, su milenarismo escatológico y el esquema político-institucional que deriva.

Palabras clave: Cavadores - Estado moderno - Monismo - Autoritarismo - Teología y política

Gerrard Winstanley's Political Philosophy and its intertwining with Modern State Theories. Theology, Monism and Tendencies towards an unlimited Political Power

The purpose of this article is to analyse from a political philosophy perspective the project outlined by the leader of one of the radical movements during mid-seventeenth century England, Gerrard Winstanley. The aim is to explain how some concepts linked to the classical characteristics of the Modern State are interwoven into his political proposals, going so far as to set out an unlimited power for the creation of a new type of human being. These variables will be studied in light of the philosophy and theology that frames Winstanley's entire political thought, with the purpose of envisaging the connections that on a theoretical level appear between his monist conception of the political community, the people seen as an homogeneous whole, his eschatological millenarianism and its derived political and institutional model.

Key words: Diggers - Modern State - Monism - Authoritarianism - Theology and Politics

Fecha de recepción del original: 30/11/2019

Fecha de aceptación del original: 31/7/2020

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1204>

Claude Lefort: marxismo, burocracia, totalitarismo

Un pensamiento de izquierda al margen de la Guerra Fría

Hugo Vezzetti

UBA / CONICET

La recepción de la cultura marxista francesa en la Argentina, dominada desde mediados de los sesenta por un sesgo hacia la teoría y por los textos de Louis Althusser, ha relegado debates previos que ponían en el centro no las lecturas de Marx sino las políticas comunistas, el partido y el modelo soviético. Lo que presento en este artículo es un fragmento de un trabajo mayor, que comenzó como una exploración del althusserismo en sus relaciones con la izquierda psicoanalítica.¹ Esa investigación me llevó a indagar en las intrincadas discusiones de la obra de Althusser, que involucraban no solo el impacto de sus libros sino su ubicación en la ciudadela comunista y sus relaciones con la ortodoxia del partido. Mi problema cambiaba: las modalidades de la implantación del althusserismo en la izquierda intelectual argentina a menudo han oscurecido las condiciones y los debates iniciales de un proceso que, en la década siguiente, va a cambiar radicalmente esa cultura. Un núcleo determinante de esas luchas políticas y teóricas era una crítica del modelo soviético que, nacida del marxismo, prolongó sus efectos hasta las denuncias del totalitarismo en los setenta.

El tema es muy amplio y ramificado. Y esa historia ha sido contada hacia atrás, desde la crisis de 1968, a partir de la coyuntura que determinaba el declive del círculo comunista e instalaba en la escena intelectual a autores antes relegados, en especial Claude Lefort y Cornelius Castoriadis. En ese marco, me ha interesado indagar en Lefort los comienzos de un pensamiento que no solo se rehusaba a la visión bipolar y la “defensa de la URSS”, sino que encontraba en la impugnación del estalinismo y del régimen soviético un modo de intervenir muy tempranamente en los debates teóricos y políticos del marxismo.

No es posible desarrollarlo en este artículo, pero mi investigación ha buscado trazar una suerte de paralelo, y contraste, entre las trayectorias de Althusser y Lefort, comparables por el común origen universitario, el compromiso temprano con el marxismo y la militancia comunista. Es sabido que siguieron caminos muy diferentes; y el núcleo de aquello que los separaba comprendía no solo la relación con el Partido Comunista Francés [PCF] y la cuestión de la URSS sino la idea misma del partido como síntesis encarnada de la voluntad revolucionaria. Mientras Althusser permaneció en el PCF hasta el final de su vida, Lefort abandonó rápidamente la orga-

¹ Hugo Vezzetti, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

nización trotskista y, desde los comienzos de su vida intelectual, mostró su voluntad de autonomía y su rechazo de la sujeción a un partido o una ortodoxia.

El período investigado corresponde a los años de lo que ha sido llamado “la guerra fría de los intelectuales”, desde la posguerra hasta, aproximadamente, las repercusiones producidas por el XX Congreso del PCUS y por la intervención soviética en Hungría.² El esquema bipolar del mundo, más allá de la confrontación militar, ordenaba el campo intelectual, y se va a mantener como un mapa ideológico en el que intervenían las disputas por el marxismo. En los cincuenta, antes y después de la muerte de Stalin, en esa matriz se recortaban los problemas mayores de la izquierda intelectual, más allá del círculo del PCF. Pero, como suele suceder, un esquema interpretativo ilumina algunos problemas y contribuye a dejar otros en los márgenes. Un núcleo menos investigado en las tramas de la cultura marxista se desplegaba al margen y en contra del tablero implantado por esa representación bifurcada del campo intelectual. Por ejemplo, en casi la única mención de Lefort incluida en su historia de los intelectuales, Ory y Sirinelli lo ubican entre quienes “rehusaban la partición bipolar del mundo”, junto a autores bastante diferentes que integraban una “tercera vía” en la que estarían incluidos también Camus y el Sartre de la inmediata posguerra.³ Lo menos que puede decirse es que esa somera clasificación no ayuda a iluminar lo que estaba en juego en las intervenciones polémicas que el joven Lefort desplegaba en esos años, simultáneamente en *Les Temps Modernes* [LTM] y en *Socialisme ou Barbarie* [SOB].

En ese corpus, la crítica a la cultura comunista “real” revela zonas menos exploradas de la historia del marxismo y de las condiciones de la recepción fuera de Francia. De otro marxismo o, si se quiere, de otra “nueva izquierda”, más radical, que quedó relegada frente a la nueva “vieja izquierda” que se impuso en esos años y arribó a América Latina. En efecto, en el debate sobre lo “nuevo” y lo “viejo” lo que terminó prevaleciendo, más allá de la impugnación de los partidos comunistas tradicionales, era una configuración que mantenía inmodificable un núcleo duro de lo viejo: el leninismo a la vez como visión del poder y como teoría del partido. Ese es el marco de mi investigación, que aporta algunas preguntas a los temas recortados en este artículo.

Claude Lefort y la crítica marxista de la URSS

Para la cultura de izquierda francesa, la cuestión soviética no era solo una discusión sobre la situación internacional, externa al campo intelectual y político. Involucraba posiciones, afiliaciones y rupturas: alrededor de la “defensa de la URSS” y de las visiones condensadas en la figura compacta del *estalinismo*, se diseñaban muchos de los debates que van a recorrer ese espacio desde los cincuenta. Una historia del antiestalinismo puede seguirse en las posiciones de Maurice Merleau-Ponty, en el recorrido que va de *Humanisme et terreur* (1947), un libro que apoyaba un compromiso con el régimen comunista, a las posiciones críticas de *Les aventures de la dialectique* (1955). Otros debates en la izquierda marxista abarcaron la cultura comunista y el experimento soviético, las visiones sobre la clase obrera y su partido. Y en un

² Pascal Ory y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France*, París, Armand Colin, 2002, cap. 8.

³ *Ibid.*, pp. 165-166.

tiempo más largo se abrieron a las controversias que acompañaron el rumbo de lo que puede llamarse el post (o el neo) estalinismo, hasta un acontecimiento mayor que trastoca el campo intelectual, en mayo de 1968.

Desde la inmediata posguerra, la obra crítica del joven Lefort ofrece rasgos propios, repartida entre el medio académico y la militancia en la izquierda radical. Alumno de Merleau-Ponty, se orientó tempranamente a la filosofía al mismo tiempo que asumía una idea del compromiso que lo llevaba a la política. Se incorporó al *Parti Communiste International* [PCI], trotskista, desde 1943 y luego, en 1948, junto con Castoriadis, creó la agrupación *Socialisme ou Barbarie*. La revista comenzó a salir al año siguiente en el tiempo en que ambos dejaban el partido. En esos mismos años, Lefort desplegaba una obra crítica de la cultura marxista y la política comunista en los artículos que publicaba en *LTM*, la revista fundada por Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty en 1945. Había llegado a la revista por invitación de Merleau-Ponty y encontraba allí un espacio para promover un marxismo alejado de cualquier ortodoxia. Siguió colaborando en la revista hasta 1954, cuando se produjo la ruptura entre Sartre y Merleau-Ponty.

Me interesa destacar la posición de Lefort en esos años, en una trama que comunicaba la vida académica con la militancia. Obtiene la agregación en filosofía en 1949 y es profesor en Nîmes y en Reims. En 1951 ingresa a la Sorbonne como asistente de Georges Gurwitsch en sociología; y en 1952 es nombrado en el CNRS, también en sociología. De 1966 a 1971 enseña en la Universidad de Caen.⁴ Por otra parte, volcado a la política, mantiene una militancia que había comenzado en los años de la Ocupación. Miembro del partido trotskista hasta 1949, fue uno de los líderes de la aventura de *SOB*, hasta 1958. Cuando deja la agrupación participa de la creación de una revista de “auto-expresión obrera”, de orientación consejista, *Informations et liaisons ouvrières* (ILO), luego *Informations et correspondances ouvrières* (ICO), que sale hasta 1973. También participa del Círculo Saint-Just, junto con Castoriadis, Vidal-Naquet, Vernant, Chatelet, etc.⁵ En los setenta crea o participa de sucesivas revistas intelectuales volcadas al debate político. Invitado por Edgar Morin, colabora en *Arguments* (1956-1962), fundada por comunistas que rompen con el PCF y con el molde estalinista del marxismo. Luego integra los comités de *Textures* (1971-1975), *Libre* (1977-1980) y *Passé-Présent* (1982-1984).⁶

Basta lo señalado para advertir lo que queda excluido en una lectura de su obra en clave solo teórica: ninguno de los temas que lo ocuparon (burocracia y partido, autonomía de clase y autogestión, revolución democrática y totalitarismo, el estalinismo sin Stalin y el *Gulag*, etc.) puede ser abordado como el itinerario de una filosofía académica. Casi todos sus textos, incluso los que luego se convierte en libros, son ensayos e intervenciones sobre los problemas de su tiempo. *Tiempo presente* ha sido, justamente, el enunciado bajo el cual agrupó un conjunto de textos heterogéneos recopilados en 2007.⁷ Lefort encarna el raro caso de un filósofo político

⁴ En 1971 defiende su tesis de doctorado, “Machiavel, le travail de l’œuvre”, dirigido por Raymond Aron. Véase <<https://www.babelio.com/auteur/Claude-Lefort/32600>>. Publicada al año siguiente: *Le travail de l’œuvre. Machiavel*, París, Gallimard, 1972.

⁵ Dick Howard, “Claude Lefort: une biographie politique”, *Raison présente*, n° 176, 4° trimestre 2010. Disponible en <https://www.persee.fr/doc/raipr_0033-9075_2010_num_176_1_4258>.

⁶ Jacques Juilliard; Michel Winock, *Dictionnaire des Intellectuels Français*, París, Seuil, 2002, p. 838; sobre *Arguments*, véase pp. 91-93.

⁷ Claude Lefort, *Le temps présent. Écrits 1945-2005*, París, Belin, 2007. Véase Gabriel Entin, “Claude Lefort, *Le temps présent: Écrits 1945-2005*”, *Prismas*, n° 14, 2010.

que, salvo su tesis, no tiene ninguna obra extensa que presente su pensamiento. Es notorio el contraste con algunos de quienes se formaron con él, como Marcel Gauchet o Pierre Rosanvallon. Ese rasgo de su obra se mantiene en sus libros: *Un homme en trop* (1976), sobre Solzhenitsyn y el Gulag, y *La complication* (2000), sobre François Furet y la “ilusión” comunista, son intervenciones de un intelectual que pone en juego la teoría.

Dicho esto, me concentro en el tiempo en que extendía el espíritu contestatario de *SOB* hacia un polo de agregación central de la cultura intelectual de izquierda, la revista de Sartre. Impulsaba una nueva legitimidad del marxismo desde la filosofía, al mismo tiempo que mostraba el camino posible de una lectura independiente de toda tutela partidaria; no solo del PCF sino de todo partido, incluso del trotskismo del que provenía. Esa veta crítica se mostraba ya en uno de sus primeros artículos en *LTM*, sobre el fascismo. El motivo era la reedición de una obra clásica de Daniel Guérin, *Fascisme et grand capital*, escrita antes de la guerra (1936).⁸ Encontraba la oportunidad de discutir las tesis de Trotsky, para quien el fascismo era una guerra civil burguesa, paralela y opuesta a la verdadera contradicción encarnada en la lucha del proletariado. En 1926 había anunciado que el fascismo no podía durar. Es a partir de ese pronóstico errado que Lefort despliega sus tesis fundadas en reconocer una originalidad del fascismo que no puede reducirse a la significación económica.

Lo importante, en ese comienzo, es que se abre a una interrogación sobre el marxismo en torno a dos cuestiones. Por un lado, está el problema del lugar de la teoría a la luz de la historia. ¿Cuál es la historia “verdadera”? Definida desde la teoría, como lo hacía Trotsky, chocaba con la historia “efectiva”, que mostraba que el fascismo sí podía durar y repetirse. Se ponía en cuestión el estatuto de esa verdad cuando se trataba de cernirla en la historia. El problema teórico se prolongaba en un problema práctico: ¿cómo organizar la revolución proletaria si la historia de hecho no responde a esa verdad “de derecho”? En consecuencia, la lucha de clases en la historia “concreta” no se “deduce” de una teoría del capitalismo o de los principios de una dialéctica situada por encima de la “experiencia vivida” de la clase obrera. El lenguaje de la fenomenología se prolongaba en un abordaje de esa experiencia que ponía de relieve no la necesidad y la determinación sino la *contingencia*. Ni la dialéctica ni la revolución son necesarias. El pasado indeterminado “se abre a un porvenir que no está dado de antemano”.⁹

Eran los tiempos en que la figura política en *LTM* era Merleau-Ponty. Y Lefort encontraba un espacio para una crítica marxista del comunismo real que incluía las ideas y la trayectoria de Trotsky. En línea con las posiciones que se exponían en *SOB*, acusaba a Trotsky de no haber sido consecuente en la impugnación de la burocracia del partido. Apuntaba más allá de Stalin: si el estalinismo era la manifestación desmesurada de una “degeneración” (en el vocabulario trotskista) de la organización revolucionaria, la raíz no estaba en el Líder sino en la organización. Por lo tanto, la crítica trotskista de la burocracia carecía de un fundamento sólido en la medida en que convivía con la “glorificación” del partido; además de que el mismo Trotsky había sido uno de los fundadores de lo que era presentado como un aparato de opresión.¹⁰

⁸ Claude Lefort, “L’analyse marxiste et le fascisme”, *LTM*, n° 2, noviembre de 1945, en Lefort, *Le temps présent*.

⁹ *Ibid.*, pp. 34-35.

¹⁰ Claude Lefort, “La contradiction de Trotsky et le problème révolutionnaire”, *LTM*, n° 39, diciembre de 1948 - enero de 1949, en Claude Lefort, *Éléments d’une critique de la bureaucratie*, París, Droz, 1971. Segunda edición, París, Gallimard, 1979.

Desde esos años, entonces, Lefort desplegaba un trabajo de elucidación del marxismo, que era a la vez teórico y político. Lo hacía paralelamente en dos escenarios, que se correspondían con las dos revistas en las que participaba. Encontraba en *LTM* el espacio de un trabajo teórico, en una posición subordinada en la constelación dominada por Sartre. En *SOB*, en cambio, sus intervenciones se focalizaban sobre el proyecto militante, en un momento que se veía favorable para una reorientación revolucionaria de las luchas obreras: el trabajo de las ideas abarcaba sobre todo los debates sobre la conciencia proletaria y la organización. Si en mi lectura de Lefort paso de un escenario al otro, en una lectura paralela de las dos revistas, es porque busco reintegrar la unidad subyacente de un pensamiento que se distingue solo porque en uno y otro caso responde a incitaciones o provocaciones distintas. Y por el papel decisivo, formativo puede decirse, que cumplen las polémicas paralelas con Sartre y con Castoriadis.

Socialisme ou barbarie

SOB nació en agosto de 1946 como una fracción dentro del PCI, en el marco de la sección francesa de la IV Internacional. Era la expresión de una vanguardia política e intelectual de extrema izquierda que desafiaba las posiciones y las ortodoxias en la cultura comunista. En 1949, el primer número de la revista daba cuenta de la difusión de distintos documentos críticos y de la separación del PCI. En *SOB* se llevaba a cabo el cuestionamiento más radical de la experiencia soviética. La impugnación a la URSS era total: ni “Patria del socialismo” ni “Estado obrero degenerado”, directamente se trataba de un régimen capitalista burocrático de Estado, que mantenía la división de clases bajo nuevas formas de explotación.

Las trayectorias posteriores de Lefort y Castoriadis han llevado a recuperar la dimensión intelectual y teórica de esa iniciativa, en desmedro de una voluntad de intervención política dirigida a la clase obrera. Pero *SOB* pretendía ser una revista teórica y obrera al mismo tiempo, nacida de un proyecto militante, sostenido en la intransigencia revolucionaria, la sensibilidad antiburocrática y el privilegio de la acción.¹¹ La revista se publicó hasta 1965, aunque Lefort se separó en 1958. A posteriori, cuando las figuras mayores del grupo, Lefort y Castoriadis, emergen como autores destacados en la escena intelectual, se reconoce que ese trabajo de las ideas, inicialmente marginal, alcanzó un impacto poderoso en el pensamiento y la imaginación que dominaron la escena de mayo de 1968. Aquí me interesa detenerme en los comienzos, en la voluntad de ruptura de un grupo que se ponía a la izquierda de la izquierda.

Un largo artículo, “Socialisme ou barbarie”, presentaba las tesis mayores, teóricas y políticas, del grupo.¹² La denuncia de la URSS no ahorra calificativos: “falso socialismo”, “inseparable de los campos de concentración, la explotación social más intensa, la dictadura más

¹¹ Sobre la historia del grupo véase Marcel van der Linden, “Socialisme ou Barbarie: A French Revolutionary Group (1949-65)”, *Left History*, n° 5 (1), 1997. Marie-France Raflin, *Socialisme ou barbarie. Du vrai communisme à la radicalité*, Tesis, Institut d’Études Politiques de París, 2005. François Dosse, *Castoriadis. Una Vida*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2018.

¹² *SOB*, n°1, marzo-abril de 1949. Posteriormente, Castoriadis se adjudicó la autoría. Véase Cornelius Castoriadis, *La sociedad burocrática*, Barcelona, Tusquets, 1976, vol. 1, pp. 89-143. El archivo de la revista puede consultarse en <<http://www.soubscan.org>>. Castoriadis usaba el seudónimo “Pierre Chaulieu” y Lefort era “Claude Montal”. Véase Dosse, *Castoriadis*. También Van der Linden, *Socialisme ou Barbarie*.

atroz, el cretinismo más extendido”.¹³ Se trata, decían, de un régimen capitalista de nuevo tipo, “capitalismo burocrático”, sostenido en una clase social, la burocracia, destinada a reemplazar a la burguesía en una etapa de crisis del capitalismo clásico. En la situación francesa (y por extensión el Occidente europeo) denunciaba igualmente la defección de los sindicatos y los partidos que en nombre de la defensa de la URSS solo servían a la dominación y la explotación capitalista del Estado soviético.

La novedad teórica residía en el intento de dar cuenta de una nueva forma de explotación que ya no estaba fundada en la propiedad privada de los medios de producción. La posición de la clase dominante respondía a un aparato que aseguraba una separación nítida entre dirigentes y dirigidos, y que comenzaba en el nivel de la producción. El régimen se condensaba en el “Estado-patrón”. Y dado que en la URSS se había alcanzado la concentración completa de las fuerzas productivas, los beneficios de la explotación recaían en la burocracia política y económica: técnicos e intelectuales, dirigentes del partido y los sindicatos, cúpulas militares y policiales. A partir de las relaciones de poder que aseguraban la posición dominante de las cúpulas, en una dictadura sin controles democráticos ni jurídicos, las condiciones del proletariado eran, afirmaba el artículo, incluso peores que en el capitalismo occidental, semejantes a los países coloniales y atrasados.¹⁴ Es difícil encontrar en la literatura antisoviética que proliferaba en los años de la Guerra Fría una impugnación tan radical, que reunía la denuncia de la burocracia, del régimen de explotación, de la dictadura de clase y de los campos de concentración; y que no dejaba de evocar al régimen nazi en la caracterización del terror de Estado.

Caben tres señalamientos. Por un lado, esa visión del régimen, que se extendía a los estados satélites y denunciaba la complicidad de los partidos del movimiento comunista, rechazaba tajantemente la consigna de la “defensa de la URSS”, compartida ampliamente por sectores de la izquierda independiente.¹⁵ Seguidamente, la impugnación no ponía el acento en los crímenes de Stalin sino en el carácter del régimen. La figura del *totalitarismo* soviético, que va a dominar en el debate de las izquierdas de los años setenta, encuentra muchos de sus temas en las páginas de *SOB*, treinta años antes. Por último, el blanco alcanzaba la propia concepción del partido bolchevique, en el que se veía el germen de un aparato de opresión sobre las masas y el instrumento de la nueva clase privilegiada. En consecuencia, el proyecto revolucionario sostenido en las páginas de *SOB* postulaba como uno de sus objetivos fundamentales la lucha por la autonomía del proletariado, la que debía asegurarse ante todo en la organización de la producción: de allí la insistencia en la *autogestión* y en el control democrático de las dirigencias. Tal era el núcleo de los problemas condensados en la condena de la burocracia, que cambiaba radicalmente la idea de la “dictadura del proletariado” y promovía una “democracia para el proletariado”.¹⁶

Las intervenciones de Lefort se mueven en esa trama, entre el proyecto revolucionario orientado a la autonomía obrera y el espacio universitario, sostenido en el proyecto de una lectura autónoma del marxismo que se apoyaba en la filosofía fenomenológica y las enseñan-

¹³ *SOB*, n°1, p. 7.

¹⁴ *Ibid.*, p. 19.

¹⁵ Castoriadis ya había enfrentado ese sentido común del progresismo francés. Véase “Sur le régime et contra la défense de l’URSS”, *Bulletin intérieur du PCI* [Parti Communiste International], n° 31, agosto de 1946; en Castoriadis, *La sociedad burocrática*, vol.1.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 33-34 y 44.

zas de Maurice Merleau-Ponty. De esa obra me concentro en lo que revela de los cambios en la cultura marxista y el mundo comunista, sobre todo en algunas polémicas que son como estaciones necesarias en un itinerario de formación en el que despliega su pensamiento sobre la sociedad y lo político. Lo hace desde una posición única de quien podía polemizar al mismo tiempo con Claude Lévi-Strauss y con el propio Sartre y en la que la teoría y la política constituirían planos inseparables de su voluntad intelectual.

En 1951 escribía un comentario de *Sociologie et Anthropologie* de Marcel Mauss, que se había publicado con una introducción de Lévi-Strauss.¹⁷ Caben dos observaciones. Por un lado, va de la filosofía a las ciencias sociales: enseña sociología y desde esa posición encuentra un modo de abordar la sociedad que renuncia a la estricta determinación económica. Marx se equivocó, dice, cuando trasladó al pasado, a las sociedades llamadas primitivas, claves extraídas de las formaciones modernas. El rodeo por la antropología contribuía a una indagación que ponía a prueba las convicciones del marxismo.¹⁸ Seguidamente, exponía su crítica al formalismo y el “cientificismo” del texto de Lévi-Strauss que introducía la obra de Mauss. Se puede decir que anticipaba una crítica teórica del estructuralismo *antes* de que este se instituyera como corriente dominante del pensamiento francés. Afirma que las estructuras borran a los agentes de la historia, señala una “reificación” de la acción humana, apela al “hombre total”, etc.: ideas que lo acercan al humanismo del joven Marx. La fenomenología del sentido, el énfasis en la acción humana ofrecen una visión que encuentra su sustento en una “totalidad” de la experiencia social: en esa polémica Sartre seguramente estaba de su lado.

En ese mismo año escribe un comentario crítico sobre la obra de Abram Kardiner.¹⁹ El problema ahora era el cruce entre la *antropología cultural* y el psicoanálisis, y puede pensarse que fue una puerta de entrada para un interés por el psicoanálisis que se va a desplegar en los años siguientes. Pero la cuestión central, más que Freud, era el pensamiento sobre la sociedad, la cuestión de las relaciones entre individuo y sociedad, el reduccionismo que busca o propone relaciones causales. Al mismo tiempo destacaba en lo que llamaba un psicoanálisis “ampliado” el intento de “explorar el trasfondo social”, en un sentido que evoca, dice, el propósito de Mauss y de Marx (es claro que se refiere a las obras de juventud) que han buscado “la identificación del hombre total y de la sociedad total”.²⁰ Lo destacable es que no se libra a una crítica marxista de la antropología cultural; más bien, el lenguaje de la fenomenología es aplicado a la constitución de lo social en un sentido que completa, o corrige, los conceptos marxistas. Si el marxismo proyecta hacia atrás una forma de sociedad (las clases y la determinación económica) que solo es pertinente para una sociedad histórica, la antropología de las sociedades llamadas primitivas ofrece un sustento para un pensamiento de lo social separado de la base económica. Vuelve sobre Kardiner casi veinte años después.²¹ Me interesa señalar una dirección, que en parte es una construcción que el propio Lefort hace de su obra: una idea de la historia que rompe a la vez con el determinismo marxista y con la orientación formalista.

¹⁷ Claude Lefort, “L'échange et la lutte des hommes”, *LTM*, n° 64, 1951; reeditado en Claude Lefort, *Les formes de l'histoire*, París, Gallimard, 1978.

¹⁸ Véase “Préface”, en Lefort, *Les formes de l'histoire*, pp. 16-17.

¹⁹ Claude Lefort, “Notes critiques sur la méthode de Kardiner”, *Cahiers Internationaux de Sociologie*, n° 10, 1951. El artículo fue luego publicado como “L'idée de ‘personnalité de base’”, en *Les formes de l'histoire*.

²⁰ *Ibid.*, pp. 113-114.

²¹ Claude Lefort, “Ambiguïtés de l'anthropologie culturelle: introduction à l'oeuvre d'Abram Kardiner”. Es la introducción a *L'Individu dans sa société*, París, Gallimard, 1969.

De esos comienzos polémicos recorto algunos problemas, con un foco en la voluntad de renovar la cultura marxista, incluyendo las formas prácticas y organizativas de una experiencia proletaria que Lefort concebía bajo las formas de la autogestión y la autonomía. Me interesa abordar ese camino crítico a través de algunas intervenciones. En un primer tiempo, Lefort es quien introduce en *LTM* la cuestión de los campos de concentración soviéticos. Luego, hacia 1952, el problema era más claramente la URSS, la clase y, por extensión, el papel del partido en la estrategia revolucionaria. Es el tiempo de una polémica bifurcada, con Sartre en *LTM* y con Castoriadis en *SOB*. Finalmente, hacia 1956, los focos críticos se extienden a las repercusiones del XX Congreso del PCUS y el debate sobre la revolución y la contrarrevolución en Hungría.

Los campos de concentración soviéticos

Lefort introduce el *affaire* Kravchenko en *LTM*; y es claro que no refleja la posición de la revista.²² Victor Kravchenko era ucraniano y había sido miembro del PC de la URSS desde los años veinte. En 1944, cuando estaba en los Estados Unidos como parte de una comisión militar soviética, aprovechó para desertar y pedir asilo político. En 1946 publicó *I Chose Freedom: The Personal and Political Life of a Soviet Official*, un libro de memorias que era al mismo tiempo una denuncia integral del régimen soviético. Traducido en Francia, el libro se convirtió en motivo de un debate enconado.²³

Por supuesto, Lefort buscaba separarse de la propaganda anticomunista y distinguía la crítica del régimen de la impugnación de la revolución proletaria. De paso denunciaba que las intervenciones de la prensa reaccionaria solo proporcionaban una “coartada” a los estalinistas del mundo. Tomaba el libro de Kravchenko como un documento excepcional que venía a desmontar “el mito de que la revolución seguía viva en la URSS”.²⁴ Su mira estaba puesta en la sociedad soviética, analizada desde el único punto de vista importante para él: la lucha de clases. No era una crítica humanista, sino que encontraba en el libro la brutal confirmación de las tesis sobre la degradación del sistema de poder, el abandono de los objetivos de la revolución proletaria y la instauración de una dominación de clase a cargo de una nueva capa dirigente. El despotismo no era el resultado de los desvaríos de Stalin, sino la derivación de un régimen de poder que reforzaba la voluntad omnímoda del partido y de la burocracia en desmedro de la autonomía y la democracia obreras.

En verdad, más que a los comunistas, se dirigía a los que llamaba “estalinizantes”, quienes, a pesar de Stalin, apoyaban lo que consideraban un “régimen histórico progresivo” que preparaba el camino al socialismo: una franja de izquierda no comunista que podía estar representada por Sartre y su revista. El juicio sobre la URSS, decía, no puede descansar en criterios de eficacia sino que apunta al núcleo de un análisis marxista: el régimen soviético ¿constituía

²² Claude Lefort, “Kravchenko et le problème de l’U.R.S.S.”, *LTM*, n° 29, febrero de 1948. El texto no aparece como artículo sino en la sección “Opinions” y se acompaña de una nota de la redacción. Merleau-Ponty, redactor en jefe, escribía los editoriales y seguramente es el autor de la nota. Reeditado en Lefort, *Éléments d’une critique de la bureaucratie* (cito por esta edición).

²³ El libro fue editado en Nueva York por Charles Scribner’s Sons, 1946. Véase Gary Kern, *The Kravchenko Case: One Man’s War On Stalin*, Nueva York, Enigma Books, 2007. Sobre Francia, véase “Kravchenko (affaire)”, Julliard; Winock, *Dictionnaires des intellectuels français*, pp. 787-789.

²⁴ *Ibid.*, p. 118.

o no un avance hacia una sociedad sin clases? Así planteado el problema, no se trataba de discutir si los errores de la planificación podían corregirse, porque siempre sería “la planificación de la clase dirigente”. Hay evidencias suficientes, decía, de que el sistema productivo es irracional e incoherente, pero mejorarlo solo conseguiría reforzar el régimen burocrático y el poder de la clase dominante.

¿Cómo incluir el terror de Estado en este razonamiento? Me detengo aquí porque el análisis revela hasta qué punto, en el pensamiento de Lefort, la cuestión central era la burocracia y la nueva clase dominante. El terror era efecto y no causa de la estructura de dominación propia del régimen burocrático. Lefort encontraba los conceptos en las fuentes del marxismo: era consecuencia de las contradicciones y las luchas en el interior de la clase dirigente. Lo que en el capitalismo se expresaría por la concurrencia, en la URSS se mostraba de manera aguda y brutal en el plano político y social por las prácticas del terror. En ese sentido, no era el mismo terror que el del fascismo de Hitler o de Mussolini.²⁵

Dos años después, en 1950, escribía sobre otra obra testimonial, del militante yugoeslavo Anton Ciliga.²⁶ Era el libro de un revolucionario que daba cuenta de su experiencia en la URSS y al mismo tiempo ahondaba en una crítica política y teórica del curso de la revolución soviética. Lefort partía de una posición análoga y lo que le interesaba en esa crítica, más que los campos, era la deformación de las capas dirigentes, siguiendo la tesis de que Stalin y el estalinismo eran efectos de una construcción previa. Lefort perseguía los indicadores que ilustraban la formación de un poder burocrático; buscaba las condiciones sociales, técnicas, administrativas, que permitían explicar la implantación de una nueva clase dominante que en muchos casos extraía su fuerza y su personal de los propios sectores obreros. Descubre, según ese testimonio, que son los comunistas, más que los obreros sin partido, los que mayormente se integran con facilidad a la nueva burocracia.²⁷ Aborda esa experiencia afirmando, todavía, en la tesis de la unidad de la clase y de su fundamento en la conciencia de clase. Y encuentra, creo, en esa alteración, en una élite del proletariado separada de la clase y reconvertida en burocracia, una de las claves del fracaso de la revolución.

Como es sabido, la cuestión de la URSS, el régimen y los campos que siguió en la revista, involucró a Merleau-Ponty y llevó a la ruptura con Sartre. Merleau-Ponty se había ocupado del tema en 1948 con un artículo bastante menos radical que la intervención de Lefort.²⁸ Luego escribió un editorial, que también firmaba Sartre, que se ocupaba de los campos de prisioneros en la URSS.²⁹ Todo el episodio de la ruptura entre Sartre y Merleau-Ponty es conocido. Solo me interesa repasarlo para iluminar las posiciones de Lefort. El título del editorial evocaba la obra de David Rousset, *Les Jours de notre mort*, de 1947, escrita a partir de los testimonios de deportados

²⁵ *Ibid.*, p. 132.

²⁶ Claude Lefort, “Le témoignage d’Anton Ciliga”, *LTM*, n° 60, octubre de 1950. La obra de Ciliga era conocida desde fines de los años ‘30, pero vuelve a difundirse, ampliada en dos tomos, en 1950: Anton Ciliga, *Dix ans derrière le rideau de fer*, t. I. *Au pays du mensonge déconcertant*; t. II. *Sibérie, terre de l’exile et de l’industrialisation*, París, Plon, 1950.

²⁷ *Ibid.*, pp. 148-151.

²⁸ Véase Maurice Merleau-Ponty, “Communisme et anticommunisme”, *LTM*, n° 34, julio de 1948. Reeditado como “La politique paranoïque”, en *Signes*, París, Gallimard, 1960.

²⁹ Maurice Merleau-Ponty; Jean-Paul Sartre, “Les jours de notre vie”, *LTM*, n° 51, enero de 1950. Merleau lo recoge como un texto propio con el título “L’URSS et les camps”, Merleau-Ponty, *Signes*. Sartre confirma la autoría en *Merleau-Ponty vivant*, *LTM*, n° 184-185, octubre de 1961; trad. esp.: *Historia de una amistad*, Córdoba, Nagelkop, 1965, pp. 29 y 43. Sobre Sartre y Merleau-Ponty véase Esteban Molina, “J.-P. Sartre y la cuestión del totalitarismo. Notas sobre una polémica”, *Δαίμων. Revista de Filosofía*, n° 35, 2005.

a los campos nazis. El mismo Rousset se ocupaba ahora de los reglamentos del trabajo forzado en la URSS. Era una figura de la izquierda, víctima del nazismo, que homologaba el régimen de detención en la URSS con la Alemania nazi y llamaba a los antiguos deportados a formar una comisión para investigar la situación de los campos soviéticos. En una escalada del *affaire* Kravchenko, la denuncia de Rousset provocó una polémica dura con otro antiguo deportado comunista, Pierre Daix, quien lo acusaba de formar parte de un complot que promovía la guerra contra la URSS.³⁰

No quiero detenerme en el episodio, solo resalto la secuencia que se inaugura con el primer artículo de Lefort sobre las denuncias de Kravchenko, sigue con el texto de Merleau y desemboca en la polémica de Lefort con Sartre. Mi foco no está en la historia de la revista sino en lo que allí se revela, en un espacio representativo de la izquierda intelectual independiente, de los alcances y los límites en un debate en el que la crítica del curso represivo en la URSS no se separaba de la discusión sobre el socialismo, la democracia obrera, el partido y las vías legítimas, éticas y políticas, del proyecto revolucionario. La posición de Merleau, que no es la de Lefort, enunciaba un juicio político y ético sobre la experiencia soviética del socialismo a partir de las evidencias del trabajo forzado en los campos. Son esos hechos los que llevaron a juzgar el sistema del poder: “no hay socialismo cuando un ciudadano de cada veinte está en un campo”.³¹ A diferencia de la intervención asertiva de Lefort, que nacía de una definida caracterización del régimen burocrático, en el texto de Merleau predominan las preguntas: ¿puede hablarse todavía de socialismo?; ¿la deriva autoritaria corresponde solo a la fase estalinista?, ¿depende de la organización bolchevique, de la planificación, de la producción colectiva?³² Esbozaba una justificación para distinguir los campos soviéticos del *Lager* de los nazis: no había cámaras de gas. Y es claro que se mostraba menos dispuesto a romper con el consenso de izquierda de la “defensa de la URSS” e insistía en la crítica marxista del capitalismo. Merleau no era comunista, Sartre dice que profesaba un “marxismo heurístico”, lo que debe entenderse como una convicción básica sostenida en la crítica al capitalismo.³³ Es notorio en ese sentido el intento de equilibrar las denuncias, aunque ello implique equiparar situaciones que eran difícilmente igualables: si la URSS borra a millones de trabajadores forzados, prisioneros de los campos, decía, el capitalismo borra a los desempleados, el trabajo colonial y la discriminación racial.³⁴ La posición y las cuestiones que interesaban a Lefort eran otras y se revelan en las polémicas de esos años. En esa etapa de su trabajo intelectual parece cernir sus ideas en el debate, avanzar a través de las polémicas, con Castoriadis y con Sartre: en ambas, la clase y el partido ocupan el lugar central.

El proletariado y su organización

Lefort y Castoriadis compartían el rechazo a la tesis leninista de una conciencia revolucionaria implantada al proletariado desde fuera. Pero Lefort era el más reactivo a que el grupo buscara

³⁰ Pierre Daix, “Pourquoi D. Rousset a-t-il inventé les camps soviétiques? Une champagne de préparation a la guerre”, París, *Les Lettres françaises*, noviembre 1949.

³¹ Maurice Merleau-Ponty, “La URSS y los campos”, *Signos*, p. 328.

³² *Ibid.*, pp. 329-330.

³³ Véase Sartre, *Historia de una amistad*, p. 60.

³⁴ *Ibid.*, p. 335.

configurarse según el molde de un partido de vanguardia. Se distanciaba del proyecto de una organización revolucionaria capaz de conducir y coordinar las luchas obreras hacia la toma del poder. Las diferencias con Castoriadis emergieron prontamente en torno de la cuestión de la organización y pueden verse en los artículos respectivos publicados en la revista. La polémica tiene dos tiempos. Comienza en 1952 y culmina en 1958 con el artículo sobre el partido que acompaña la renuncia de Lefort al grupo.³⁵

En la discusión sobre el proletariado y la organización reside un núcleo duro de su juicio sobre el comunismo soviético, que es parte de un debate interno en el grupo *SOB* sobre objetivos y programa. Lefort intervenía tempranamente dispuesto a discutir lo que nadie discutía: el imperativo de la construcción del partido del proletariado como una suerte de “postulado de la revolución”.³⁶ El problema se sintetizaba en el de la relación entre el partido y la clase. Para Lefort, en la historia y las luchas del proletariado se encuentran las condiciones de una conciencia política que no pueden venirle de fuera. “Experiencia” es el término clave y debe ser entendida como un “progreso en la autoorganización”. Consiguientemente, el partido es solo un instrumento forjado en un momento histórico determinado, en una época dada de la acción del proletariado. Si se trataba de abolir la oposición entre dirigentes y dirigidos y evitar que el partido se convirtiera en un poder separado de la clase, no alcanzaba con el rechazo a una formación de revolucionarios profesionales. La crítica más radical apuntaba a rechazar una idea del partido que no tendría ya cabida en un nuevo tiempo de la revolución que debía tomar debida nota de los fracasos en la URSS.

El propósito de un abordaje concreto e histórico de la lucha de clases se exponía en el trabajo siguiente.³⁷ Ya en el lenguaje de la “experiencia” estaba presente la inspiración fenomenológica que rechazaba “fijar” a la clase como una abstracción, un sujeto dado y con rasgos establecidos de una vez y para siempre. La crítica de lo que llamaba “seudomarxismo”, que reduce la historia a categorías económicas, se funda en las obras de juventud de Marx: la sociedad y su desenvolvimiento no pueden ser abordados con independencia de los hombres concretos y de las relaciones (de cooperación o de lucha) que establecen entre sí. La representación contraria, en la que la clase proletaria queda separada de su trabajo y su actividad humana reducida a una relación entre cosas, es, justamente, el núcleo de la figura marxiana de la *alienación* que ahora era aplicado a un marxismo que consideraba abstracto.

No se hablaba de “humanismo” ni menos aun de la crítica teórica del Marx “joven” en esos años; la nueva ortodoxia vendrá a implantarse más tarde por la obra de Althusser. Pero en esa crítica que rescataba la figura de la alienación Lefort proporcionaba por anticipado un argumento que invertía los términos del debate: el falso materialismo reproducía esa misma alienación que negaba en la teoría. En la medida en que borraba a los hombres, terminaba alimentando la modalidad burocrática de una dominación que había encontrado su manifestación más palpable en el estalinismo.

³⁵ Pierre Chaulieu [Cornelius Castoriadis], “La direction prolétarienne”, *SOB*, n° 10, julio-agosto de 1952. Claude Montal [Claude Lefort], “Le prolétariat et sa direction”, *SOB*, n° 10, “L’expérience prolétarienne”, *SOB*, n° 11, noviembre-diciembre de 1952. Finalmente, “Organisation et parti” (*SOB*, n° 26, noviembre-diciembre de 1958). Los artículos de Lefort se han incluido en *Éléments d’une critique de la bureaucratie*.

³⁶ Claude Lefort, “Le prolétariat et sa direction”, en *Éléments d’une critique*, pp. 59-60.

³⁷ Lefort, “L’expérience prolétarienne”.

¿Cómo superar el “bolchevismo”, definido como una racionalización de la condición obrera que implantaba una inteligencia separada de la clase? El artículo proponía el programa, finalmente fallido, de una investigación, un “análisis concreto”, mediante testimonios y encuestas, de las relaciones sociales que constituyen una clase. Desembocaba en el programa de una sociología concreta en el que los agentes principales debían ser los propios obreros. Pero en el despliegue de ese programa inspirado en la fenomenología surgía un problema que tocaba los cimientos de la teoría: ¿hasta qué punto los testimonios singulares, diferentes por edad, trayectoria, formación, características laborales, motivaciones, podían proporcionar un conocimiento de la clase como agente universal?

Finalmente, Lefort se despidió del grupo *SOB* con una intervención sobre el partido; la crítica puede sintetizarse en una serie de tesis.³⁸ Primero, distingue la necesidad de una organización de la necesidad de una “dirección revolucionaria”, es decir de la forma-partido. En la medida en que anuda la forma burocrática con el problema de la dirección y la conducción, la burocracia, y por ende el partido, se convierte en el problema político mayor a partir de la evidencia de que ha sido la forma de poder que ha llevado a restaurar la explotación y la dominación social y política del proletariado en la URSS. Plantear el problema ya en la organización comunista bajo el capitalismo, antes de la revolución, es un modo de prevenir ese fracaso. Segundo, el estalinismo no es una desviación fundada en la personalidad del líder o, más en general, en los errores o las traiciones de los dirigentes. Las “bases materiales” residen en el sistema de privilegios y jerarquías que consagran a una nueva capa social de cuadros sindicales y políticos como una “nueva clase dominante”. Tercero, ¿cómo aplicar ese marco de análisis a las organizaciones a las que había pertenecido, ante todo el PCI, el partido trotskista? Era claro que ese partido no participaba de ninguna explotación y difícilmente podía afirmarse que sus cuadros acumularan excesivos privilegios. Y sin embargo, Lefort veía ya allí, en pequeña escala, los riesgos del burocratismo. Señalaba sobre todo la raíz de la que derivaba todo el andamiaje ulterior, la organización se consideraba “el partido del proletariado, su *dirección* irremplazable; y juzgaba la revolución por venir como el simple cumplimiento de su programa”; al igual que el PCF “veían en el proletariado una masa a dirigir. Solo pretendían *dirigirla bien*”.³⁹ Cuarto, la autonomía obrera es el criterio fundamental de una agrupación revolucionaria. Es “la gestión de la producción por los trabajadores”, sin la cual se termina consagrando una nueva burocracia. Esa autonomía se pone en juego ante todo respecto del sindicato y el partido. Finalmente, la argumentación conduce a una idea fuerte sobre el socialismo a construir, que solo puede ser definido como “una democracia de los consejos”.⁴⁰ Los problemas de lo político y el poder emergían, en el pensamiento de Lefort, en el marco de ese primer abordaje de una configuración revolucionaria obrera dominado por el ideal de una autonomía construida desde abajo, del rechazo de la centralización y la burocracia. Es el nudo de ideas que lleva a trastocar el molde leninista del partido, que, observaba Lefort al pasar, había sido forjado según el modelo del Ejército. Por supuesto, el correlato de esa crítica era un ideal exigente de militante que debía ser, sobre todo, un “agente”, no un dirigente, de los trabajadores.⁴¹

³⁸ Lefort, “Organisation et parti”.

³⁹ *Ibid.*, pp. 99, 100, ambas cursivas en el original.

⁴⁰ *Ibid.*, pp.101-102.

⁴¹ *Ibid.*, pp.103-104.

Sartre, el bolchevismo y el partido

En 1952 Sartre comenzó a publicar “Los comunistas y la paz” y la polémica con Lefort se desplegó hasta 1954.⁴² En esa polémica se ponían en juego y de algún modo se amplificaban los argumentos ya expuestos en *SOB*. Pero la posición de Lefort no era equivalente en las respectivas discusiones. Con el bolchevismo tardío de Sartre el desacuerdo era terminante y definitivo: toda su trayectoria anterior lo predestinaba a ello y en la polémica esgrimía el arsenal completo de la impugnación sobre la URSS y los comunistas franceses. Con Castoriadis y los camaradas militantes la actitud era distinta en la medida en que compartían un consenso básico en contra del modelo de un partido de revolucionarios profesionalizados. En un caso chocan dos lecturas incompatibles, irreductibles, del marxismo. En el otro, con Castoriadis, la discusión permanece abierta, ya que polemiza y al mismo tiempo permanece en la revista, al menos hasta 1958; y continúan juntos en diversas empresas intelectuales hasta avanzados los setenta. Aunque abandona el proyecto militante y se distancia del marxismo como horizonte teórico exclusivo de un pensamiento sobre la política, sigue leyendo a Marx y encuentra en él una indicación sobre la división en la sociedad que se reelabora con sus lecturas de Maquiavelo en los años siguientes.⁴³

Aunque apenas puedo desarrollarlo, creo necesario ofrecer una presentación breve de la situación de Sartre y del texto que da origen a la polémica. La historia de las relaciones de Sartre con los comunistas arranca en el fin de la guerra. En 1945 crea *LTM* y busca convertir a la revista en un foro intelectual independiente de los partidos. En 1947 participa de la fundación del *Rassemblement démocratique révolutionnaire* (RDR), una agrupación socialista independiente que no alcanza a conformarse como un partido y no dura más que un par de años. Las empresas sartreanas siempre se recortaban respecto de los polos existentes; en general, respondían a una figura de intelectual dominada por el imperativo del “compromiso”, pero a través de un camino propio, un “Partido Sartre”, separado de unos y de otros.⁴⁴ Si la revista se situaba en un lugar “tercero” respecto de las publicaciones marxistas y de la católica (*Esprit*), su afiliación de izquierda en el RDR mostraba la voluntad de distanciarse a la vez del PCF y de la socialdemocracia. ¿Cómo situar el acercamiento al PCF y lo que Merleau-Ponty llamó el “ultrabolchevismo” de Sartre a partir de esos antecedentes?⁴⁵

En principio, responde a una coyuntura limitada y particular, que no dura más de cuatro años: la alianza con los comunistas empieza a romperse con la revolución en Hungría, en 1956, y culmina con una franca ruptura que lo reorienta hacia el “tercermundismo” y el maoísmo. De modo que la polémica con Lefort no deja de sostenerse en cierto malentendido. Sartre pasa de

⁴² Jean-Paul Sartre, “Les communistes et la paix” I, II y III, *LTM*, n° 81, julio de 1952, *LTM*, n° 84-85, octubre-noviembre de 1952, y *LTM*, n° 101, abril de 1954; incluido en *Situations VI, Problèmes du marxisme*, París, Gallimard, 1964; trad. esp.: Buenos Aires, Losada, 1965. Claude Lefort, “Le marxisme et Sartre”, *LTM*, n° 89, abril de 1953. Jean-Paul Sartre, “Réponse à Lefort”, *LTM*, n° 89, abril de 1953, incluido en *Situations VII, Problèmes du marxisme 2*, París, Gallimard, 1965; trad. esp.: Buenos Aires, Losada, 1966. Claude Lefort, “De la réponse à la question”, *LTM*, n° 104, julio de 1954. Los textos de Lefort sobre Sartre están solo en la primera edición de *Éléments d’une critique de la bureaucratie*, París, Droz, 1971, no fueron incluidos en la edición citada de Gallimard.

⁴³ Véase Entin, “Claude Lefort, *Le temps présent: Écrits 1945-2005*.”

⁴⁴ Annie Cohen-Solal, *Sartre 1905-1980*, Barcelona, Edhasa, 1989, p. 341.

⁴⁵ Maurice Merleau-Ponty, “Sartre y el ultrabolchevismo”, *Les aventures de la dialectique*, París, Gallimard, 1955; trad. esp. de León Rozitchner, Buenos Aires, Leviatán, 1957. Sobre las relaciones de Sartre con la izquierda en esos años véase Cohen-Solal, *Sartre 1905-1980*, pp. 428-438.

firmar el editorial sobre los campos en la URSS, que enfureció a los comunistas, a involucrarse como un “compañero de ruta” con las posiciones del PCF. Lo hace en un momento especial, en el marco de una escalada represiva en la confrontación del gobierno con el PCF, que comienza, hacia 1950, con el caso de Henri Martin, un marinero comunista condenado a cinco años de cárcel por oponerse a la guerra en Indochina. Sartre se sumó rápidamente a la protesta y a una petición de gracia: apoya la causa de un perseguido y se acerca a la organización que lo defiende. Se puede pensar que traslada al partido estalinista la condición de víctima de la represión estatal, en un contexto de radicalización política que incluía la Guerra de Corea y la creciente presencia norteamericana en el conflicto en el sudeste asiático. El macartismo, desde los EE.UU., se extendía al escenario intelectual de la izquierda global. Eran los tiempos más álgidos, probablemente, de la “Guerra fría de los intelectuales”. El conflicto se agrava en 1952 en ocasión de una manifestación convocada por el PCF contra la visita del general norteamericano Matthew Ridgway, comandante de la NATO. El partido decidió llevarla a cabo a pesar de la prohibición policial; hubo represión y detenidos, entre ellos el secretario del PCF, Jacques Duclos. Sartre no vacila, convencido de que debe ponerse del lado de los oprimidos, y escribe, día y noche, la primera parte de “Los comunistas y la paz”.⁴⁶

Por una parte, denuncia la brutalidad policial, defiende el derecho a la resistencia, se compromete con un partido al que veía sobre todo como la organización de los perseguidos y los humillados frente a la amenaza de una dictadura burguesa. Por otra, en una especie de iluminación existencial, se descubre frente a esa escena brutal de la guerra de clases. Dice: “Se rompieron los últimos lazos, se transformó mi visión: un anticomunista es un perro, proyecté sobre la burguesía un odio que no acabará sino conmigo”.⁴⁷ Desde esa visión, no solo se acerca a la organización de los comunistas sino que hace suyas, con la fe de un converso, las tesis sobre la necesidad del partido para la constitución del proletariado como clase.

A Lefort no le interesa nada de todo eso. Su mira tampoco estaba en el Gulag sino que encontraba la oportunidad de exponer su crítica de la URSS y del partido; es decir, de ofrecer un ejercicio de marxismo teórico y práctico. En la segunda parte de su ensayo Sartre se había referido al partido como la expresión “necesaria” de la clase: sin él, decía, “no hay unidad, no hay acción, no hay clase”.⁴⁸ En ese punto intervenía Lefort, en un debate sobre la clase y el partido que era a la vez teórico, histórico y político. Era un debate teórico sobre el marxismo que armaba su propio corpus de citas de Marx; y era un debate acerca de la larga y accidentada formación de la clase obrera, una historia que le parecía relegada en la visión de Sartre. Toda su argumentación apuntaba a rechazar la disyunción entre la lucha reivindicativa y la conciencia revolucionaria, una división que desconoce, decía, la historia de discursos, programas, organizaciones surgidas del movimiento autónomo de la clase. Lefort buscaba reponer esa historia a partir del postulado de que la experiencia es más importante que el partido. Y para discutir el bolchevismo, comenzaba por distinguir lo que respondía a la particular situación del proletariado ruso: no se podía deducir de una experiencia histórica particular, en 1917, una solución necesaria que se trasladaba a las condiciones contemporáneas de la lucha.

⁴⁶ Cohen-Solal, *Sartre 1905-1980*, pp. 429, 433-435.

⁴⁷ *Ibid.*, pp. 434-435.

⁴⁸ Sartre, “Los comunistas y la paz”, II, en *Problemas del marxismo I*, p. 164.

La querella abarcaba el marxismo: ¿cómo leer a Marx? Cada uno se autorizaba en las citas que convenían a sus argumentos. Lefort recuperaba sobre todo al Marx que postula que el lugar y las formas de inserción del proletariado en el sistema de producción son inseparables de su existencia social como clase. La clase se forma en la relación social de trabajo: vuelve una y otra vez sobre esa matriz primera, las “relaciones de producción”. Es allí donde la visión sartreana quedaría en evidencia en la medida en que concibe la producción como “el cuerpo en una filosofía espiritualista”, la “encarnación” de un “proletariado metafísico” mal unido a un grupo humano situado, en circunstancias históricas y económicas dadas. Sartre parte, decía, de “unidades discretas”, no de la existencia social de la clase, y en la medida en que reniega de la propia experiencia de autoorganización debe introducir al partido como principio de unidad.

El debate necesariamente incluía la cuestión del estalinismo. En principio, para Lefort no era un accidente afincado en la personalidad del jefe; pudo tener un sentido histórico ligado a un momento de la experiencia obrera. Si la deformación estalinista no era azarosa, debía ser indagada en sus condiciones ideológicas en la propia clase obrera. Por ejemplo, en el propósito de una planificación más racional de la industria y de la sociedad, de evitar las crisis y prevenir el desempleo: esa no era una base puramente ilusoria. El problema se presenta cuando la dirección burocrática se cristaliza en un sistema renovado de explotación que aplasta la participación y el control de la clase. En esa situación, el despliegue autónomo de la experiencia proletaria se torna incompatible con las formas de la dirección. El partido no encarna la clase, decía, sino que es la expresión de sus avances y sus contradicciones; lo que deja sin resolver los problemas de esa mediación entre la clase y su organización. Lo que denuncia, en todo caso, es el riesgo mayor de que la política burocrática convierta al proletariado en un elemento pasivo y disciplinado, sometido a una minoría dirigente. En la visión de Lefort, el aparato de mando, según un modelo militar, se refuerza con la representación de la clase como una masa y se consolida con la instauración del sistema de explotación. Invierte el sentido de la crítica sartreana del espontaneísmo, que vendría a relegar, o directamente a suprimir, una experiencia que sintetiza la acción autónoma del proletariado. Finalmente, en el bolchevismo de Sartre denuncia la reducción de la clase a una masa pasiva que solo sirve para justificar la “omnipotencia del partido”.⁴⁹

“Experiencia” es el término más repetido, el que sintetiza la posición de Lefort, y podría decirse que se opone e invierte el postulado leninista. El desacuerdo básico se concentra allí: o el partido es la condición de la clase y por lo tanto de su propia existencia histórica o es la experiencia, el aprendizaje social, el sustento de una conciencia y de una acción unificada de la clase lo que encuentra su expresión en el partido. O sea, la clase produce el partido y no al revés. El retorno a Marx impone una crítica del *Qué hacer*, o, en todo caso, exige atender al contexto y la acción de Lenin, al contraste entre la teoría y la práctica en el tiempo de la revolución: Lenin buscaba incorporar obreros en puestos de decisión, apostaba al poder de los soviets, criticaba a la burocracia, buscaba que el sujeto de la praxis revolucionaria fuera la clase antes que el partido. En esa visión, hay un Lenin revolucionario que sostiene la autonomía de la clase que debe ser preferido frente al teórico del partido recogido y canonizado por la ortodoxia.

⁴⁹ Cito los textos de Lefort de la versión on line que carece de paginación: “Le marxisme et Sartre”, en <<https://www.cairn.info/elements-d-une-critique-de-la-bureaucratie--9782600041546-page-59.htm>>. “De la réponse à la question”, disponible en <<https://www.cairn.info/elements-d-une-critique-de-la-bureaucratie--9782600041546-page-80.htm>>.

Sartre responde y redobra la apuesta, incluso acusa a Lefort de ser un intelectual separado de la clase y que no puede hablar por ella, una crítica que, por supuesto, también le cabía a él. El proletariado no existe, dice Sartre, sin el partido que le proporciona “un pasado y una memoria” y que tiene “las claves de interpretación de su experiencia colectiva”. Ese proletariado postulado por Lefort tiene actividad y conciencia pero “no tiene inercia”, en la medida en que no se toma en cuenta la resistencia y, finalmente, la lucha de clases: en las ideas de Lefort retornaría el idealismo de Hegel.⁵⁰ En esa polémica emergía un nudo de la cuestión del proletariado en el pensamiento de Marx en el que se superponen dos figuras: una, catastrófica, pinta al obrero como un subhombre, deformado y degradado por la máquina capitalista; la otra lo convierte en el agente histórico de la revolución. Si el obrero cae en ese pozo de degradación ¿cómo puede ser capaz de encargarse del destino del hombre? Si es pasivo, ¿cómo va a transformarse en el agente de la historia? Marx planteaba el condicionamiento recíproco de la pauperización progresiva y de la misión histórica del proletariado, pero si se trata de transformar la miseria en un factor de la revolución, permanece el problema de la acción y de la organización.

La filosofía era arrastrada a la contienda. Sartre y Lefort se acusaban mutuamente de inventar una metafísica del proletariado. Sartre impugnaba en Lefort, hegeliano sin saberlo, la visión de un colectivo autónomo que desplegaba su dialéctica, habitado por un proyecto revolucionario que quedaba como una causa final situada fuera de la historia. Un Sartre kantiano, retrucaba Lefort, postulaba una conciencia clara, el partido, que repone la racionalidad en el devenir. Las acusaciones son recíprocas: Lefort idealiza la clase, Sartre construye un partido que es un *a priori* de la experiencia. Pero la crítica más contundente de Lefort era política en la medida en que impugnaba la consagración de la burocracia como una forma social sostenida en una relación de obediencia.

En la discusión resaltan algunos problemas que serán centrales en las direcciones ulteriores del pensamiento lefortiano: en verdad, no hay una simple ruptura entre el momento marxista y su obra posterior sobre el totalitarismo y la democracia.⁵¹ Por un lado, ya está ahí, en el partido, el motivo de un régimen político que concentra el poder, la ley y el saber y pretende edificar y dirigir una sociedad sin divisiones. Es un tema que ha sido muy estudiado en el pensamiento de Lefort, que se sostiene, como esta polémica, a la vez en la filosofía y en la historia. Pero hay otro núcleo de problemas que emerge, aunque Lefort nunca lo reconoció. Sartre a su modo señalaba las dificultades para cernir esa “experiencia” fundadora de la clase. Allí residía un nudo problemático que será decisivo en el giro crítico que aleja a Lefort de la filosofía marxista: la tesis del proletariado como un agente histórico elevado a una función universal. El postulado de la unidad de la clase terminaba socavado en el intento mismo de la aprehensión concreta de una “experiencia proletaria”. Es lo que mostraba el programa fallido de investigación sobre la vida obrera: cuanto más se profundizaba en la descripción de esa experiencia menos se encontraba a la clase como sujeto colectivo y agente de la historia.⁵²

⁵⁰ Jean-Paul Sartre, “Respuesta a Claude Lefort”, en *Problemas del marxismo 2. Situaciones VII* (1965), Buenos Aires, Losada, 1966, pp. 14-16, 28-29, 48.

⁵¹ Véase Leonardo Daniel Eiff, “Lefort y la revolución. Trayectoria y concepto”, *Papeles de Trabajo*, Buenos Aires, UNSAM, año 7, n° 12, 2° semestre de 2013.

⁵² Véase Gilles Labelle, “Parcours de Claude Lefort, de l’‘expérience prolétarienne’ de l’‘aliénation’ à la critique du marxisme”, *Politique et Sociétés*, vol. 34, n° 1, 2015.

Retrospectivamente, Lefort juzgaba que ese artículo sobre la “experiencia proletaria”, contemporáneo de la polémica con Sartre, resumía sus convicciones de esos años. Formado en la tradición trotskista, inclinado al obrerismo, se proponía dar carnadura concreta a la noción abstracta de la “conciencia de clase”.⁵³ En los años en que se separa de *SOB* se distancia también del credo marxista, aunque no deja de leer a Marx junto con los autores que lo van a acompañar en el trabajo de volver a pensar la sociedad y lo político, sobre todo Maquiavelo y Tocqueville. Se desplaza de la “experiencia” social a la matriz simbólica que da forma a esa experiencia. Y a la vez que abandona el postulado de la clase universal y su misión histórica deja atrás la noción correlativa de la revolución concebida como momento absoluto, una ruptura radical que cambia la historia, una visión que coincide con la de una sociedad indivisa, coherente y dueña de su desenvolvimiento.⁵⁴

El totalitarismo

Después de la ruptura con Sartre, en el tercer tiempo de su camino crítico, Lefort se ocupaba del problema del totalitarismo a partir de una doble incitación, la revolución húngara y el XX Congreso del PCUS. En 1956 escribía un largo artículo sobre la URSS a la luz de las revelaciones del XX Congreso; es un análisis que va de la burocracia como clase al partido y las relaciones en el Estado y la sociedad.⁵⁵ El régimen, decía, pretende desembarazarse de la “personalidad” de Stalin y permanecer intacto mientras se acomoda a los nuevos parámetros del capitalismo global.⁵⁶ Cambiaban algunas formas pero no los resortes de un régimen sostenido férreamente en la unidad de la dirección burocrática del Estado y la sociedad. De modo que conjurar a un Stalin “monstruoso” sería un modo de negar la significación histórica del estalinismo, el papel político en la edificación de una forma de poder que concentraba todas las funciones, económicas, políticas, judiciales. No es la “personalidad” sino el lugar “*simbólico*” del Líder supremo lo que hay que indagar: apuntaba, entonces, a una dimensión constitutiva de lo político.⁵⁷

Indaga en lo que permanece, lo que no dependía de la personalidad de Stalin. En los orígenes del estalinismo lo determinante, decía, ha sido la creación de una nueva forma política: el “partido totalitario” que concentra el poder, se identifica con el Estado, subordina las instituciones, suprime todo control y aplasta cualquier disidencia interna.⁵⁸ Ni nace de la voluntad de un hombre ni termina con él. La edificación de un aparato centralizado que reúne todas las responsabilidades, máxime en las condiciones complejas y diversas de las repúblicas soviéticas, llevó décadas, desde el comienzo de la revolución. Por lo tanto, es en el bolchevismo, al menos en una de sus derivaciones, donde reside la raíz del régimen. Y en la medida en que no se admita que el nudo reside en el partido, la proclama reformista quedará reducida a un arreglo

⁵³ Claude Lefort, “Entretien avec L’Anty-Mythes” (1975), en Lefort, *Le temps présent*, p. 230.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 237.

⁵⁵ Claude Lefort, “Le totalitarisme sans Staline”, *SOB*, n°14, julio-septiembre de 1956; reeditado en *Éléments d’une critique de la bureaucratie*; cito por esta edición.

⁵⁶ *Ibid.*, pp. 156-158.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 169; cursivas en el original.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 170.

que mantiene lo esencial. Ese partido, decía, no es solo un “aparato de coerción”, una “casta burocrática” y un “movimiento ideológico destinado a proclamar la misión histórica sagrada del Estado”: es “el agente esencial del totalitarismo moderno”.⁵⁹

Lo que me interesa destacar es que la elucidación del partido nacido del bolchevismo abría la vía para una indagación de las condiciones y los rasgos permanentes del totalitarismo, concebido ya no solo como un régimen político sino como una “forma de sociedad”. Ya aparecía allí, en 1956, una idea que será central en su pensamiento sobre la democracia, a la que llega por la vía de el espejo invertido y deformado que le ofrece esa forma social edificada por el totalitarismo. En la pretensión de negar la separación de esferas (económica, política, ideológica, jurídica) se encuentra el lazo profundo del programa totalitario con las divisiones y los conflictos que intenta bloquear.

Pocas semanas después de publicado el artículo sobre el totalitarismo y el XX Congreso se desencadenó la revolución húngara, aplastada brutalmente por los tanques soviéticos. Lefort escribe de inmediato en *SOB*, en un número dedicado casi en su totalidad al levantamiento.⁶⁰ Ya no se trata de un análisis distanciado sino de dar cuenta del acontecimiento presente, el totalitarismo *en acto*. Describe los hechos, se apeg a las evidencias y a los actores para destacar el peso de las corrientes obreras y el programa socialista de los revolucionarios. Busca demostrar que el sostén mayor del régimen que intentaba establecerse residía en los consejos obreros; y dado el carácter semicolonial de la relación con la URSS justifica las demandas de independencia nacional. El análisis se detiene en el papel de los consejos, las decisiones surgidas de los colectivos autogestivos, las propuestas que apuntan a establecer una dirección obrera en las fábricas. Encuentra en esa experiencia un proyecto que busca romper con la división entre dirigentes y dirigidos y la planificación desde arriba. En tanto que se trata, ante todo, de derribar una dictadura, apoya las reivindicaciones democráticas: libertad de expresión, derecho de huelga, supresión del partido único, elecciones libres. La resistencia al despotismo del Estado totalitario ha conseguido reunir a casi todos: participan las clases medias, estudiantes, intelectuales, pequeños propietarios, campesinos. Pero Lefort está convencido de que el poder alternativo, capaz de enfrentar y reemplazar la dominación de la dirigencia burocrática sometida al centro soviético, reside en los consejos. Por supuesto, admite los conflictos políticos y de clase en el movimiento revolucionario. Como en toda revolución, como en octubre de 1917, la forma del poder en el final no estaba asegurada, pero veía (o quería ver) que sin la intervención de las tropas rusas la alternativa más sólida hacía pensar en el nacimiento de una república de los consejos.

“La primera revolución antitotalitaria” es una definición aplicada a los sucesos de Hungría años después.⁶¹ Pero ya en 1956, cuando escribía en caliente sobre los sucesos, afirmaba que las demandas democráticas y el ejercicio inicial de las nuevas libertades tenían un efecto explosivo sobre una maquinaria de Estado totalitaria que encontraba uno de sus resortes más eficaces en el régimen de partido único y las restricciones a la libertad de prensa. Finalmente, el estalinismo sin Stalin mostraba su rostro horrible y siniestro en el terror ejercido contra un pueblo mayormente desarmado. La conclusión coincidía con las tesis largamente expuestas, en

⁵⁹ Lefort, *Éléments d'une critique*, p. 190.

⁶⁰ Claude Lefort, “L'insurrection hongroise”, *SOB*, n° 20, diciembre de 1956-febrero de 1957.

⁶¹ Claude Lefort, “La première révolution antitotalitaire” (1977); intervención en un coloquio organizado por la revista *Esprit* sobre los acontecimientos en Hungría; en *Le temps présent*.

SOB y en *LTM*, sobre los campos de concentración, la burocracia, el partido y la autonomía de clase: ninguna reforma podía transformar ese régimen de Estado y esa forma social.

Por último, Lefort ejercía su crítica sobre el modo en que la “crisis del estalinismo” repercutía en el clima intelectual francés, en particular en la revista de Sartre.⁶² En 1958 ya no estaba en *LTM* y encontraba en ese medio, y en el propio Sartre, el blanco de un proceso a la inteligencia de una izquierda que acomodaba su juicio a sus alineamientos ideológicos y aceptaba en Polonia o en Hungría violencias y restricciones desde el Estado que en cambio denunciaba en Francia. Es decir, una izquierda cuyos juicios políticos estaban determinados por el postulado de que un poder que se define como comunista o socialista debe ser apoyado más allá de sus “errores”.

Un primer problema concernía a la posición del intelectual “comprometido”. Si se admite que en el partido reside la verdad, un intelectual comunista, obligado por su función a la libertad de conocimiento y de crítica, queda en una posición imposible: si permanece y sirve al aparato, renuncia a la inteligencia, si critica o abandona el partido, es un traidor. “El intelectual comunista es a la vez necesario e imposible.”⁶³ ¿Cómo resuelve esa encerrona el “jesuitismo progresista”, un término acuñado por Lefort para dar cuenta de una modalidad de la hipocresía intelectual que encuentra en Sartre su encarnación más acabada? Brevemente, postula (premisa mayor) que el movimiento comunista encarna “la verdad de la historia”, también afirma (premisa menor) que, aunque participan de esa verdad, en la singularidad de su acción los partidos comunistas pueden cometer errores o incluso ser estúpidos. Frente a la posición del intelectual comunista (si piensa traiciona y si no piensa es estúpido), resalta la astucia del intelectual progresista, nunca estúpido, que puede “enunciar la verdad del partido” desde fuera.⁶⁴ En definitiva, la relación del partido con la verdad sería, para un Sartre, a la vez necesaria (en cuanto misión y finalismo histórico) y contingente en sus acciones singulares. Todo el artículo no hace más que ilustrar la duplicidad y la ambigüedad del texto de Sartre sobre la revolución húngara, tanto más orientado a impugnar al estalinismo cuanto más dedicado a sostener a la burocracia de Estado enquistada en el partido y reafirmar por principio a la URSS como patria y faro del socialismo.⁶⁵

Lefort sacaba otras conclusiones del alzamiento aplastado en Hungría: habría demostrado que el proletariado puede llevar adelante una revolución sin partido, sin cuadros, sin aparato y sin organización clandestina, en un movimiento organizado y consciente a partir de su organización en consejos. El razonamiento de Sartre disimulaba el antagonismo de clase *contra* el partido y *contra* el aparato de Estado de un modo que traicionaba los objetivos socialistas para reducirlo a la expresión pasajera de un descontento.⁶⁶

Cuando vuelve sobre esos textos, Lefort admite que la profundización de la crítica del partido y del modelo bolchevique de dirección fue girando de la burocracia hacia el totalitarismo como problema político. Pero finalmente encontraba que la figura de una organización alternativa, basada en los consejos, no era menos problemática y arrastraba la misma ficción de

⁶² Claude Lefort, “La méthode des intellectuels progressistes”, *SOB*, n° 23, enero-febrero de 1958. En *Éléments*.

⁶³ *Ibid.*, p. 241.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 242-243.

⁶⁵ Véase Jean-Paul Sartre, “Le fantôme de Staline”, *LTM*, n° 129-130-131, noviembre de 1956-enero de 1957. En *Situations VII*; trad. esp.: *Problemas del marxismo 2*.

⁶⁶ Lefort, “La méthode des intellectuels progressistes”, pp. 253-254.

homogeneidad que renegaba de la división social. Ya no podía sostener la idea de una sociedad en la que los focos múltiples del conflicto pudieran converger en la praxis de una clase cerrada sobre sí misma.⁶⁷ En la coyuntura de mayo de 1968 la figura y el pensamiento de Lefort reciben un reconocimiento nuevo; y otra vez, como en 1956, pudo exponer y aplicar sus ideas sobre el terreno. El rechazo de las tradiciones opresivas de la vieja izquierda lo situaba en la posición de reconocer y celebrar la creatividad colectiva de un movimiento que se alzaba contra todas las jerarquías y todos los aparatos de dominación, sin programa y sin dirigentes establecidos.⁶⁸ La división entre dirigentes y dirigidos, que era la fórmula acuñada de la burocracia, proporcionaba el sentido de esas luchas: el ejercicio de una libertad en la acción que no buscaba asaltar al poder y que buscaba a tientas sus propios límites. En la acción estudiantil creía ver una práctica de autogestión colectiva, una matriz política, ideal si se quiere, que por un momento se había trasladado a la sociedad.

El pensamiento de Lefort va a transitar, en los años siguientes, de la crítica del poder burocrático a una elucidación de la novedad de la democracia que encuentra su punto de partida en la indagación política del totalitarismo. Allí reside el núcleo inicial de una teoría de la democracia que parte de reconocer la condición originaria del conflicto y la división social. Lefort estableció, como nadie en esos años, el marco para una demarcación entre democracia y comunismo que no solo no reproducía los estereotipos de la Guerra Fría, sino que encontraba en la figura del totalitarismo un modo de pensar lo político separado del relato liberal. Había empezado a retirarse del espacio intelectual del marxismo en el mismo momento en que Althusser comenzaba su camino ascendente. Pero no se retiraba totalmente: desprovisto de la fe en la revolución proletaria, siguió frecuentando la obra de Marx e intervino en los debates de la izquierda intelectual en la década siguiente. □

Bibliografía

Cohen-Solal, Annie, *Sartre 1905-1980*, Barcelona, Edhasa, 1989.

Dosse, François, *Castoriadis. Una Vida*, Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2018.

Eiff, Leonardo Daniel, “Lefort y la revolución. Trayectoria y concepto”, *Papeles de Trabajo*, Buenos Aires, UNSAM, año 7, n°12, 2° semestre de 2013.

Entin, Gabriel, “Claude Lefort, *Le temps présent: Écrits 1945-2005*”, *Prismas*, n° 14, 2010.

Howard, Dick, “Claude Lefort: une biographie politique”, *Raison présente*, n° 176, 4° trimestre de 2010. Disponible en <https://www.persee.fr/doc/raipr_0033-9075_2010_num_176_1_4258>.

Juilliard, Jacques y Michel Winock, *Dictionnaire des Intellectuels Français*, París, Seuil, 2002.

Kern, Gary, *The Kravchenko Case: One Man's War On Stalin*, Nueva York, Enigma Books, 2007.

Labelle, Gilles, “Parcours de Claude Lefort: de l’‘expérience prolétarienne’ de l’‘aliénation’ à la critique du marxisme”, *Politique et Sociétés*, vol. 34, n°1, 2015.

Molina, Esteban, “J.-P. Sartre y la cuestión del totalitarismo. Notas sobre una polémica”, *Δαίμων. Revista de Filosofía*, n° 35, 2005.

⁶⁷ Claude Lefort, “Entretien”, *L’Anti-Mythes*, n°14, abril de 1975; en *Le temps présent*, pp. 241-242.

⁶⁸ Claude Lefort, “Le désordre nouveau”, en Cornelius Castoriadis, Claude Lefort, Edgar Morin, *Mai 68: la Brèche*, Arthème Fayard, 1968; trad. esp.: *Mayo del 68: la brecha*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2009.

Ory, Pascal y Jean-François Sirinelli, *Les intellectuels en France*, París, Armand Colin, 2002.

Raflin, Marie-France, *Socialisme ou barbarie. Du vrai communisme à la radicalité*, Tesis, Institut d'Études Politiques de Paris, 2005.

Van der Linden, Marcel, "Socialisme ou Barbarie: A French Revolutionary Group (1949-65)", *Left History*, n° 5 (1), 1997.

Vezzetti, Hugo, *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la Guerra Fría*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016.

Resumen / Abstract

Claude Lefort: marxismo, burocracia, totalitarismo. Un pensamiento de izquierda al margen de la Guerra Fría

El artículo investiga la obra temprana de Claude Lefort. Se concentra en la crítica marxista del modelo soviético que comenzó en la posguerra y prolongó sus efectos más allá de la muerte de Stalin. Indaga los comienzos de un pensamiento que se rehusaba a la visión bipolar de la "Guerra Fría" y encontraba en la impugnación del régimen soviético un modo de intervenir tempranamente en los debates teóricos y políticos del marxismo. El trabajo se concentra en las polémicas que Lefort despliega en *Les Temps Modernes* [LTM] y en *Socialisme ou Barbarie* [SOB]. En un primer tiempo, Lefort introduce en LTM la cuestión de los campos de concentración soviéticos. En un segundo tiempo, hacia 1952, el problema era más claramente la URSS, la clase y, por extensión, el papel del partido en la estrategia revolucionaria. Es el tiempo de una polémica bifurcada, con Jean-Paul Sartre en LTM y con Cornelius Castoriadis en SOB. Finalmente, hacia 1956, los focos críticos se extienden a las repercusiones del XX Congreso del PCUS y el debate sobre la revolución y la contrarrevolución en Hungría.

Palabras clave: Claude Lefort - Marxismo - Totalitarismo - Guerra Fría - Historia intelectual

Claude Lefort: Marxism, bureaucracy, totalitarianism. A variety of left-wing thought on the outside the Cold War

This article investigates the early work of Claude Lefort. It concentrates on the Marxist critique of the Soviet model that began in the postwar period and prolonged its effects beyond Stalin's death. It explores the beginnings of a thought that refused the bipolar vision of the "Cold War" and found in the rejection of the Soviet regime a way to intervene in the theoretical and political debates of Marxism. The work focuses on the controversies that Lefort displays in *Les Temps Modernes* [LTM] and in *Socialisme ou Barbarie* [SOB]. At first, Lefort introduces the question of the Soviet concentration camps in LTM. In a second period, around 1952, the problem was more clearly the USSR, the class and, by extension, the role of the party in revolutionary strategy. It is the era of a bifurcated controversy, with Jean Paul Sartre in LTM and with Cornelius Castoriadis in SOB. Finally, around 1956, the critical focus extended to the repercussions of the XX Congress of the CPSU and the debate on the revolution and the counterrevolution in Hungary.

Keywords: Claude Lefort - Marxism - Totalitarianism - Cold War - Intellectual History

Fecha de recepción del original: 5/11/20

Fecha de aceptación del original: 2/2/21

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1205>

El primer herrerismo.

Liberalismo conservador, realismo internacional y ruralismo (1873-1925)

Gerardo Caetano

Universidad de la República, Uruguay

Introducción

Luis Alberto de Herrera (1873-1959) fue tal vez el líder más importante en la historia casi bicentennial del Partido Nacional y uno de los dirigentes políticos más influyentes en el Uruguay del siglo xx. Lo fue incluso sin llegar a ocupar la presidencia de la República, cargo que ambicionó durante toda su vida y al que se candidateó en siete oportunidades sin éxito.¹ Sin embargo, fue a partir de su extenso protagonismo político que se configuró la fracción hegemónica dentro del campo del nacionalismo durante casi todo el siglo pasado, con el interregno del “momento” del liderazgo de Wilson Ferreira Aldunate entre 1971 y 1988.² Desde la primera elección de Herrera como presidente del Directorio de su partido en 1920 y su primera comparecencia como candidato presidencial del Partido Nacional en 1922, el herrerismo ha sido en efecto el sector mayoritario de ese partido y también la fuente de su matriz ideológica principal, por cierto que no sin controversias. No resulta entonces casual que su bisnieto, Luis Lacalle Pou, ocupe en la actualidad la presidencia de la República de Uruguay, que asumió el 1º de marzo de 2020, al frente de la llamada “Coalición Multicolor”.

Si bien Luis Alberto de Herrera no fue el que inició la proyección política de su saga familiar en el Uruguay y en el Río de la Plata,³ fue sin duda el que construyó el “herrerismo”

¹ Fue candidato a la presidencia de la República en 1922, 1926, 1930, 1942, 1946, 1950 y 1958. Obtuvo la presidencia del Consejo Nacional de Administración en 1925, que ocupó hasta 1927, y también integró por la minoría el Consejo Nacional de Gobierno entre 1955 y 1959. Fue legislador en múltiples ocasiones, así como constituyente en 1917 y en 1934.

² Wilson Ferreira Aldunate (1919-1988) originariamente integró el llamado “nacionalismo independiente”. Legislador y ministro, en 1971, articulando la unión entre los movimientos Por la Patria y Nacional de Rocha, fue candidato presidencial en fórmula con Carlos Julio Pereira, y obtuvo la mayoría del partido. Fue senador hasta el golpe de Estado de 1973 y luego desde el exilio uno de los más duros opositores a la dictadura. Retornó al país en 1984 pero fue detenido a su llegada e impedido de ser candidato presidencial en las elecciones de ese mismo año. Su liderazgo dentro del partido duró hasta su muerte, acaecida en 1988. A partir de las elecciones de 1989 que dieron la presidencia a Luis Lacalle Herrera, el herrerismo recuperó la hegemonía dentro del Partido Nacional, que con pequeños altibajos ha mantenido hasta el presente.

³ Los Herrera provenían de una vieja familia andaluza originaria de Jerez de la Frontera. Herrera cultivaba en general una gran exaltación del tradicionalismo, lo que expresó de manera particular en el culto a sus antepasados. En ese marco, ya en 1749 puede ubicarse por estas tierras rioplatenses al primero de su familia en llegar, Antonio de Herrera,

como grupo político (siempre dentro del Partido Nacional aunque con ramificaciones connotadas que derivaron hacia otras tiendas)⁴ y como corriente ideológica, que llegó a trascender también en su protagonismo intelectual en el campo historiográfico.⁵ Pudo hacerlo porque a su condición de militante político sumó con especial destaque la de intelectual y “hombre de ideas”, con una larga obra como “ideólogo”, doctrinario, historiador, ensayista, periodista y estudioso de las relaciones internacionales.⁶ De ese modo, su estudio restringido como dirigente político no resulta el más adecuado y no alcanza para aquilatar la integralidad de su influencia. Aunque se ufanaba de ser pragmático y de rechazar todo academicismo, su dimensión intelectual fue consistente. Esta circunstancia resulta tan evidente que, en forma reiterada, figuras que incluso no militaron en su partido o que lo hicieron de manera fugaz y episódica, han referido la existencia de un “herrerismo intelectual” –tal vez genérico pero efectivo– cuya influencia alcanzó límites expandidos.⁷

En el presente artículo se apunta a identificar las notas fundamentales de lo que llamaremos el “primer herrerismo”, cuya configuración se ubicará entre los comienzos de la militancia política de Herrera (que puede datarse en 1892, antes de cumplir los 20 años, en ocasión de su primer discurso público registrado, que fue en homenaje a Leandro Alem en representación de los estudiantes universitarios de Montevideo) y el año 1925, en el que obtuvo uno de sus esca-

que se afincó en Buenos Aires. Su hijo Luis de Herrera e Izaguirre fue un pionero de los saladeros bonaerenses. Uno de sus hijos, Luis de Herrera y Basavilbaso, fue el que efectivamente inició la trayectoria política de la familia: soldado en Ituzingó y en la campaña de las Misiones, fue luego senador, Jefe Político de Montevideo y luego Ministro de Guerra y Marina bajo los gobiernos de Bernardo Berro (1860-1864) y de Atanasio Aguirre (1864-1865). Llegó a coincidir en ambos gobiernos con su hijo Juan José de Herrera, padre de Luis Alberto y una figura fundamental en su vida. Este fue primero fusionista y luego se integró al Partido Nacional, diplomático y canciller muy importante en los tiempos del inicio de la Guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, revolucionario en 1870, en 1886 y en 1897, legislador y miembro destacado de los llamados “directorios pelucones” del nacionalismo finisecular. Fue esa la matriz que Herrera siempre reivindicó como el sustento de su vida y de sus definiciones.

⁴ Por ejemplo, el expresidente uruguayo José Mujica inició su militancia política en el herrerismo, en el sector liderado por Enrique Erro, quien en 1971 compareció bajo el lema “Frente Amplio” y fue electo senador por el mismo.

⁵ Herrera fue un persistente historiador de perfil revisionista, autor de más de una docena de libros sobre temas de historia uruguaya y regional. Quien en tiempos más recientes se ha especializado en este tema es la historiadora uruguaya Laura Reali. Además de su libro *Herrera. La revolución en el orden. Discursos y prácticas políticas (1897-1929)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2016, al que nos referiremos en detalle más adelante, ha escrito varios artículos muy específicos y monográficos sobre la producción historiográfica de Herrera y sus contactos con escritores argentinos y paraguayos. Entre ellos, remitimos a la lectura de los siguientes: “Entre historia y memoria: la producción de Luis Alberto de Herrera en los orígenes de un relato revisionista sobre la Guerra del Paraguay”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos. Coloquios*, 2006. Disponible en <<https://nuevomundo.revues.org/1725>>; “El ‘buen ejemplo’ británico contra el modelo jacobino en la Revolución Francesa y Sud América de Luis Alberto de Herrera”, en Frega-Vegh (comps.), *En torno a las “invasiones inglesas”. Relaciones políticas y culturales con Gran Bretaña a lo largo de dos siglos*, Montevideo, FHCE-UDELAR, 2007; “Miradas alternativas sobre la historia rioplatense: la propuesta de Luis Alberto de Herrera y sus intercambios con autores argentinos y paraguayos (1900-1930)”, en *Res Gesta*, Rosario, N° 46, 2008, entre otros. Para un estudio sobre los “usos políticos” de su historia, cf. José Rilla, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Montevideo, Debate, 2008.

⁶ Su bibliografía resulta en verdad muy profusa y diversa. Para un listado y análisis de la misma puede consultarse en Carlos Real de Azúa, *Herrera: el nacionalismo agrario*, Montevideo, Editores Reunidos y Editorial Arca, 1969 (Enciclopedia Uruguaya, 50); Carlos Zubillaga, *Herrera: la encrucijada nacionalista*, Montevideo, Arca, 1976; Laura Reali, *Herrera. La revolución en el orden*; entre los acercamientos intelectuales más específicos.

⁷ Tal vez sea Alberto Methol Ferré quien ha encarnado de manera más profunda y persistente esa adhesión a la noción de “herrerismo intelectual”. Cf. Gerardo Caetano y Diego Hernández Nilson (coords.), *Alberto Methol Ferré. Reflexiones sobre geopolítica y la región*, Montevideo, Planeta, 2019; Alberto Methol Ferré, *El Uruguay como problema*, Prólogo de Gerardo Caetano, Montevideo, Colección de Clásicos Uruguayos, 2017.

sos triunfos electorales que lo llevó a desempeñar la presidencia del Consejo Nacional de Administración.⁸ Esta referencia a un “primer herrerismo fundacional” resulta especialmente relevante a nuestro juicio. Por lo general se ha omitido esta identificación, lo que dificulta aquilatar los cambios coyunturales y las continuidades de más largo aliento en su trayectoria. Asimismo, la consideración de la coyuntura internacional y nacional en la que esa síntesis primera de su pensamiento se construyó aporta elementos interpretativos importantes para comprender la matriz ideológica de Herrera, sus bases intelectuales así como la evolución de algunos de sus itinerarios posteriores.

El “primer herrerismo” y su urdimbre intelectual

Las tres notas definitorias que se destacaron en esa construcción inicial del herrerismo fueron a nuestro juicio: el “liberalismo conservador antijacobino”, su visión sobre lo que entendía debían ser los fundamentos de una inserción internacional “realista” para el Uruguay de la época (que venía a sumarse a su nacionalismo de origen) y su perspectiva “ruralista”. En esta primera construcción ideológica, debe enfatizarse que las definiciones políticas e intelectuales de Herrera tendieron a converger en relación directa con la interpretación que él mismo otorgó a la coyuntura internacional y nacional que por entonces vivía. Esas tres orientaciones fundamentales coinciden precisamente con la publicación en el mismo período de tres de sus obras principales: *La Revolución Francesa y Sudamérica* (1910), *El Uruguay Internacional* (1912) y *La encuesta rural* (1920), las dos primeras escritas en Francia y la última a su retorno al país y ya plenamente instalado en la lucha política interna.⁹ Estas tres obras, realmente claves –tal vez las más importantes en perspectiva ideológica– en el pensamiento y en la praxis política de Herrera, curiosamente suelen analizarse por separado, en relación con los temas específicos que cada una de ellas aborda. A nuestro juicio, esa vía compartimentada de análisis no es la mejor. Las tres obras conforman un corpus conjunto, no casualmente definido en una coyuntura histórica específica, que solo puede entenderse a cabalidad si se articulan sus principales definiciones en una construcción coherente y vinculada en forma estrecha. En ese sentido, y a partir de este señalamiento, la presentación de una síntesis de este “primer herrerismo” adquiere gravitación política e historiográfica.

Forjador de una de las “dinastías” políticas más gravitantes en el republicano Uruguay, como se ha señalado, su rol debe ser considerado con atención en los campos de la “historia intelectual” y de la “historia de las ideas”, tanto en referencia a su país de “origen y vocación”, como también a la red más difusa pero sin duda existente –como se ha referido de manera sucinta en la nota 5– de sus interlocutores en la cuenca del Río de la Plata (eje de su visión geopolítica) y aun más allá, en un ejercicio prolongado que promovió con ahínco. Ideólogo del “liberalismo conservador” y antijacobino militante desde su indisimulada preferencia por la

⁸ Como consecuencia de la nueva Constitución que entró a regir en 1919, el Poder Ejecutivo se convirtió en bicéfalo, con un presidente (encargado de la seguridad interna, la defensa y las relaciones exteriores) y un Consejo Nacional de Administración que tuvo a su cargo la conducción de las funciones secundarias del Estado. Este último era renovable por tercios cada dos años.

⁹ Estas obras, como todas las suyas, han sido reeditadas en múltiples ocasiones por el Poder Legislativo del Uruguay y por otras instituciones.

matriz anglosajona, en especial en relación a su admirado Burke,¹⁰ fue también portador de una especial preocupación por proyectar desde una perspectiva “realista” los fundamentos de la política exterior uruguaya, historiador revisionista, ensayista y militante gremial del ruralismo, periodista político, en una vida que fue larga pero sobre todo especialmente intensa. El acervo de su frondoso archivo personal pone en evidencia una actividad casi frenética, sustentada en un vitalismo que no decayó ni siquiera ante la vejez.

En relación a su definición como “liberal” y “conservador”, el propio Herrera nunca rehusó definirse como perteneciente “a las clases conservadoras” y como un “liberal antijacobino”, posturas fuertemente articuladas entre sí, que reiteró en forma insistente como una síntesis de “autodefinición”, sobre todo en los comienzos de su vida política. La vasta historiografía sobre el herrerismo, incluso la de historiadores de su propio partido, ha coincidido de manera general con este registro.¹¹ Esta autodefinición de Herrera se asentó casi siempre en la afirmación orgullosa de un “liberalismo conservador” que ostentó siempre como la contracara del batllismo, su adversario de todas las horas. En ese sentido, puede señalarse a nuestro juicio que así como José Batlle y Ordóñez (1856-1929) se constituyó en el líder más representativo del “republicanismo solidarista”, Herrera supo configurarse como su principal contendiente en tanto cabeza del “liberalismo conservador” o “individualista”, precisamente las dos grandes familias ideológicas que han matizado los pleitos fundamentales de la política uruguaya durante el siglo xx.¹²

El liberalismo conservador del primer Herrera fue antes que nada “hijo de su tiempo”. Hacia fines del siglo xix y comienzos del xx, la articulación entre liberalismo y conservadurismo, que muchos podrían registrar como un oxímoron, resultaba una definición fuertemente referida a las ideas de Burke y en menor grado a las de Tocqueville. Por una parte, desde la lectura apasionada de Burke, Herrera asumió como propias las características liberales del conservadurismo anglosajón. Asimismo, en relación a su experiencia francesa, de vida y de lecturas, así como a la visión sobre la Europa continental que observaba con atención, en él podían converger en la misma dirección su vivo rechazo al desborde jacobino en que había devenido la Revolución Francesa con una visión fuertemente “anti igualitarista”, que tendía a fundar la libertad en una suerte de naturalización de la desigualdad.¹³ Su desconfianza en el

¹⁰ Su referencia al anglo-irlandés Edmund Burke aparece en varios de sus libros, discursos y correspondencia. Debe destacarse en este sentido su lectura atenta del libro de Burke, *Reflections on the Revolution in France, And on the Proceedings in Certain Societies in London Relative to that Event. In a Letter Intended to Have Been Sent to a Gentleman in Paris* (1ª ed.), Londres, J. Dodsley in Pall Mall, 1790.

¹¹ Al respecto puede verse Carlos Zubillaga, *Herrera. La encrucijada nacionalista*, Montevideo, Arca, 1976, en especial el capítulo I, titulado “Autodefinición”. Pero esa perspectiva también ha sido públicamente reconocida sin rubor por su nieto, Luis Alberto Lacalle Herrera, expresidente uruguayo entre 1990 y 1995 (aunque insistiendo en el necesario discernimiento entre “conservador” y “reaccionario”) o por la historiografía partidaria más reciente. Cf. VV. AA., *Luis Alberto de Herrera. Caudillo de multitudes*, Colección “Los blancos”, vol. viii, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2019. En la misma perspectiva podría citarse la opinión de otros historiadores o ensayistas uruguayos como Arturo Ardao, Carlos Real de Azúa, Juan Oddone, José P. Barrán, Benjamín Nahum, Raúl Jacob, Clara Aldrighi, Gerardo Caetano, José P. Rilla, Laura Realí, Magdalena Broquetas, Alfredo Alpini, Daniel Corbo, Alfredo Traversoni, Emilio Frugoni, Gustavo Gallinal, Alberto Zum Felde, entre otros muchos. Coinciden también con esta visión los investigadores extranjeros que lo han estudiado, como Milton Vanger, Göran Lindahl, Henry Finch, Russell Fitzgibbons, Olga Echeverría, Ernesto Bohoslavsky, entre otros. Como puede advertirse, la consideración específica de la amplia bibliografía de quienes han estudiado su pensamiento desborda los límites de este artículo.

¹² Cf. Gerardo Caetano, *La república batllista. Ciudadanía, republicanismo y liberalismo en Uruguay (1910-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2011.

¹³ En un vasto conjunto de referencias teóricas que se orientan en esta dirección podrían citarse: Aurelian Craiutu, *Liberalism under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires*, Oxford, Lexington Book, 2003; Iván

doctrinarismo abstracto y su muy fuerte recelo a la perspectiva de un pueblo desbordado por la acción política que deviniera en “turba”, lo hacían adherir a la escuela más crítica de la revolución, con Taine a la cabeza.

Desde su profundo rechazo al “canon revolucionario” de la historia europea y sobre todo francesa que pudo analizar con minuciosidad desde París entre 1908 y 1912, fue entonces su “antijacobinismo” la argamasa más firme para vincular liberalismo y conservadurismo. También esa visión pudo proyectarse rápidamente en una clara adhesión a la economía capitalista, a las bondades del mercado y a la primacía del individuo frente al Estado. En la misma perspectiva, las previas de la Gran Guerra que pudo observar con atención y preocupación profundizaron su nacionalismo de origen y sobre todo su realismo geopolítico, avivado tanto por lo que veía en una Europa convulsionada como por las circunstancias adversas que el pequeño Uruguay vivía por entonces —y desde hacía décadas— en su difícil radicación en la cuenca del Plata.¹⁴ Finalmente, la orientación ruralista le venía no solo de sus orígenes sociales sino de la convicción en que ese era el instrumento fundamental para replicar al “jacobinismo uruguayo”, que en su concepto representaba mejor que nadie el batllismo de José Batlle y Ordóñez, tan estatista como urbano y de soportes filosóficos idealistas, peligrosamente igualitarista y con desdén manifiesto a las jerarquías.

Esa matriz inicial que combinaba “liberalismo conservador” y “antijacobinismo”, nacionalismo y realismo geopolítico, con ruralismo, convergieron en Herrera desde un basamento intelectual consistente pero muy operativo, distante por definición de toda postulación esencialista o doctrinaria.¹⁵ También habilitó en él una cierta disponibilidad a ciertos “autoritarismos virtuosos” en momentos críticos. Esta última anotación ayuda a explicar su preferencia por los “andadores monárquicos” frente a “repúblicas radicales o jacobinas”, su admiración por el rol histórico de Porfirio Díaz en México o por lo que hacia 1912 juzgaba como el “momento cuspide” de Alemania y de su espíritu de rigor y disciplina.¹⁶ Esto último haría más comprensible, como se verá, su discreta germanofilia durante la guerra que se avecinaba.

En el mismo sentido, aunque como se ha anotado siempre se reivindicó como “un buen y tranquilo liberal”,¹⁷ años después no vacilaría en apoyar de manera protagónica el “golpe de

Jaksic y Eduardo Posada Carbó, *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011; Serge Bernstein, *Los regímenes políticos del siglo XX. Para una historia comparada del mundo contemporáneo*, Barcelona, Ariel Historia, 1996; Luis Barrón, “Liberales conservadores: Republicanismo e ideas republicanas en el siglo XIX en América Latina”, en *Latin American Studies Association*, Washington, 2001; Luis Arranz Notario, *El liberalismo conservador en la Europa continental. (1830-1939). Los casos de Francia, Alemania e Italia*, en *Revista de Estudios Políticos*, n° 102, Madrid, Centro de Estudios Políticos e Institucionales, 1998; Robert Nisbet, *Conservadurismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1986; entre otros muchos. También han sido relevantes para nuestro análisis los debates sobre el necesario discernimiento entre liberalismo y republicanismo, que se puede ejemplificar con obras como Nancy Rosenblum (comp.), *Liberalism and the moral life*, Cambridge, Harvard University Press, 1991; Quentin Skinner, *La libertad antes del liberalismo*, Madrid, Taurus, 2004; Félix Ovejero, José Luis Martí, Roberto Gargarella (comps.), *Nuevas ideas republicanas: autogobierno y libertad*, Barcelona, Paidós, 2003; Andrés de Francisco, *La mirada republicana*, Madrid, Catarata, 2012, entre otros.

¹⁴ Ambas nociones, que ya por entonces en verdad eran obsesiones para Herrera, se verán plenamente confirmadas en la relectura que se expone más adelante de sus obras *La Revolución Francesa y Sudamérica* y *El Uruguay internacional*.

¹⁵ Martín Vicente, “Trazando círculos cuadrados: en torno al liberal-conservadurismo como ideología”, en *Intersticios*, vol. 8, n° 1, marzo de 2014, Madrid, pp. 73-94.

¹⁶ Estas ideas se confirmarán muy particularmente en *El Uruguay Internacional*.

¹⁷ Así lo afirmó en una de las sesiones de la Constituyente en agosto de 1917. Cita tomada de Zubillaga, *Herrera: la encrucijada*, p. 22.

Estado” del entonces presidente Gabriel Terra en 1933,¹⁸ ni ocultaría sus simpatías por el franquismo y el fascismo.¹⁹ Durante la segunda Guerra Mundial llegó a ser acusado por sus detractores de “nazi fascista”, aunque a menudo esa etiqueta, devastadora en un país tan “aliadófilo” como el Uruguay de entonces, encubrió el rechazo a su militante postura “neutralista”, en tiempos en que al menos en dos instancias (en 1940 y en 1944), los Estados Unidos soñaron con establecer bases militares en el territorio del país.²⁰

La política como vocación

Como se ha señalado, los Herrera provenían del viejo “patriciado” en un país joven, como ha dicho Carlos Real de Azúa.²¹ Los rasgos definidores de esa “raíz” eran políticamente liberales “a la inglesa” y socialmente conservadores. Venía de una cuna doctoral, anticaudillista por antonomasia, aunque terminó siendo “caudillo civil” e “hijo de multitud” dentro de su partido. Esto último no opacó una muy fuerte conciencia patricia y de jerarquía social. Ya había sido revolucionario acompañando a Aparicio Saravia en 1897 y 1904, diplomático uruguayo entre 1902 y 1903 ante los Estados Unidos y Canadá, electo en 1905 para integrar la Cámara de Representantes, durísimo opositor a Batlle y Ordóñez durante su primera presidencia, escritor de libros y folletos sobre sus temas favoritos –historia, política, diplomacia–, periodista siempre, cuando en 1908 se casa con Margarita Uriarte, viuda de Heber Jackson. Es entonces que viaja varias veces a Europa, y reside principalmente en París entre 1908 y 1912. Allí publica sus libros ya referidos de *La Revolución Francesa y Sudamérica* (en español en 1910 y en francés en 1912) y *El Uruguay internacional* (1912). Esa fuerte experiencia internacional, primero como diplomático en Norteamérica y luego como activo observador en Europa, pudo aterrizar de inmediato en el marco de su retorno a la militancia política en su país. Vuelve a la Cámara de diputados en 1914. Participa activamente en la campaña previa a la elección decisiva del 30 de julio de 1916 para elegir a los integrantes de la Asamblea Nacional Constituyente, instancia en la que el Partido Nacional y los colorados anticolegialistas logran una resonante victoria sobre el batllismo, en comicios que, además de promover la democracia política en el país, significaron un auténtico plebiscito sobre los proyectos reformistas desplegados durante los años anteriores.²²

¹⁸ Cf. Gerardo Caetano y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo (1933)*, vol. III: *El golpe de Estado*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1991.

¹⁹ Cf. José Pedro Barrán, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2004; Carlos Zubillaga, *Una historia silenciada. Presencia y acción del falangismo en Uruguay. (1936-1955)*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/ Linardi y Risso, 2015; Carlos Zubillaga, *Una historia silenciada. Las relaciones diplomáticas de España y Uruguay durante el primer franquismo (1936-1955)*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/Linardi y Risso, 2017; Ana María Rodríguez Aycaguer, *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya (1935-1938)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009. Sobre este aspecto se abundará más adelante.

²⁰ Antonio Mercader, *El año del león. 1940: Herrera, las bases norteamericanas y el complot nazi*, Montevideo, Aguilar, 1999.

²¹ Carlos Real de Azúa, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, ASIR, 1961, reeditado en 1981 por Ediciones de Banda Oriental, con prólogo de Tulio Halperin Donghi.

²² Cf. José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, *Batlle, los estancieros y el Imperio Británico*, vol. VIII: *La derrota del batllismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

En 1920 dos hechos marcan un momento decisivo en su trayectoria: en marzo hace pública *La encuesta rural*, estudio sobre las condiciones del medio agropecuario y de su población más humilde, propuesto por él y respaldado por unanimidad en el consejo directivo de la Federación Rural el año anterior, al tiempo que en mayo es electo por primera vez presidente del Directorio del Partido Nacional. Lo primero venía a coronar una fuerte militancia como gremialista ganadero y ruralista, entre cuyos hitos había destacado su rol principal en la fundación de la Federación Rural en diciembre de 1915, en plena arremetida de los sectores conservadores y empresariales contra el batllismo. Lo segundo no solo confirmaba su ascenso vertiginoso –y también disputado, como se verá– en la interna partidaria, sino que también perfiló las señales de un liderazgo modernizador de nuevo tipo, orientado a encabezar las luchas electorales de un partido de masas, con proyección nacional tanto ciudadana como rural.

Afirmado en un nuevo estilo, con una gran hiperactividad y un “sentido lúdico de la política”, una oratoria mimética que podía combinar ideas, humor y giros de imprevisibilidad, desde una confrontación irreductible con Batlle y Ordóñez y una conducción personalista y a menudo ortodoxa de su partido, Herrera pudo confirmar nuevamente una hegemonía desde el inicio contestada dentro de su colectividad política. Su primacía fue ratificada en las elecciones internas que debió disputar en 1922 contra los “lussichistas”, el grupo doctoral que rechazaba su personalismo, en muchos aspectos renovador pero finalmente caudillesco. Ese mismo año fue por primera vez candidato a la presidencia de la República por el Partido Nacional, que perdió con el candidato colorado José Serrato aunque obtuvo una gran votación. En las primeras elecciones directas a la presidencia, en el marco de la nueva Constitución, vigente desde marzo de 1919, el Partido Nacional con Herrera de candidato obtenía un guarismo histórico de casi el 47% de los sufragios.

Durante esos años la primera confirmación del “herrerismo” y del propio Herrera estuvo signada por varios procesos relevantes. Fue un auténtico “agitador” de los sectores empresariales en general y de los productores ganaderos en particular, en procura de lograr su definitiva inserción en la lucha política partidaria, integrándolos al Partido Nacional o para que al menos engrosaran las filas del ala derecha del Partido Colorado, los “riveristas” antibatllistas liderados por Pedro Manini Ríos.²³ En ese marco resistió fuertemente la iniciativa liderada por ciertos círculos empresariales para constituir un “partido empresista”, al que llamaron “Unión Democrática”, en 1919, en procura de obtener representación directa en el Parlamento para defender sus intereses y su agenda. Luego de una campaña muy costosa, el novel partido culminó su experiencia con una contundente derrota.²⁴

La incorporación tardía de los empresarios en la política partidaria y la articulación práctica de los partidos tradicionales (en realidad de sus derechas) con las cámaras empresariales ya era un objetivo especialmente importante para Herrera. Gremialista agropecuario y ruralista desde la primera hora, su proyecto político tenía allí uno de sus núcleos fundamentales. Reiteraba sobre el particular en su libro “Una etapa”, publicado en 1923:

²³ En 1913, en la mitad de la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez, Pedro Manini Ríos encabezó la primera escisión del batllismo en oposición a su propuesta de reforma constitucional colegiada y a su proyecto reformista. Manini Ríos fundaría luego el Partido Colorado General Fructuoso Rivera, que sería el ala derecha del coloradismo hasta su disolución formal en 1938.

²⁴ Cf. Gerardo Caetano, *La República Conservadora (1916-1929)*, vol. 1: *El “Alto” a las reformas*. Montevideo, Fin de Siglo, 1992.

Pesando mis palabras, defino al estanciero moderno como el más eficiente agente de progreso que posee la República [...]. Nunca vi, en ningún país y en ningún ambiente, mejores y más desinteresados profesores de energía. Al aire quedan los afiebrados doctrinarismos, esgrimidos como cuchillos para herir. [...]. Hay que contestar a las doctrinas subversivas [...] yendo al pueblo [...]. Obra honesta, obra benemérita, obra cristiana, es mezclarse con las masas, allegarles calor, incitarles al altruismo, brindarles cariño. [...] 1923 es la consecuencia directa de 1916.²⁵

Esa tensión fundamental entre los “estancieros modernos” y el “pueblo”, si bien provenía de Burke y de sus muchas lecturas, derivaba sin duda de todo un aprendizaje político directo vinculado con las exigencias de la competencia electoral. Dos años después, retomada la presidencia del Directorio nacionalista, en el marco de la consolidación de la transición política iniciada con la nueva Constitución de 1919 y completada con las leyes electorales de 1924 y 1925,²⁶ el Partido Nacional gana las elecciones de febrero de 1925, aprovechando el voto fuera del lema colorado de los “vieristas”.²⁷ Luis Alberto de Herrera se convertía en el presidente del Consejo Nacional de Administración, con lo cual acercaba como nunca antes a su partido a los umbrales de obtener las mayorías del gobierno en un proceso que, sin embargo, luego se vería frustrado.²⁸ La primera configuración del herrerismo, tanto en lo político como en su dimensión más intelectual, podía ser reconocida plenamente.

Liberalismo conservador y antijacobinismo

Como se ha señalado, este “primer herrerismo” se construyó a partir de la defensa de un proyecto político e ideológico muy claro, identificado en especial con ciertos núcleos fundamentales. El liberalismo conservador y antijacobino constituía el corazón de la propuesta. No casualmente, su gran libro doctrinario en la materia versó sobre la revolución francesa y sus impactos –a su juicio “perturbadores”– para América del Sur. Lo escribió y publicó en París, como se ha visto, pero en todo momento su visión ya estaba focalizada en la confrontación directa de lo que él consideraba el “jacobinismo uruguayo”, el batllismo.

En su libro titulado *Herrera. La revolución del orden. Discursos y prácticas políticas. (1897-1929)*,²⁹ que recoge parte de su tesis de doctorado en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, la historiadora uruguaya Laura Reali ha realizado un detallado y profundo estudio sobre el libro *La Revolución Francesa y Sudamérica*, que incluye entre otros

²⁵ Luis A. de Herrera, “Una etapa”, en Herrera, *Selección de Discursos y Escritos Periodísticos*, vol. 30. Serie Teorización Política, Montevideo, Poder Legislativo, 1998, pp. 145, 151, 153, 247 265 y 291.

²⁶ Cf. Daniel J. Corbo, *Cómo se construyó nuestra Democracia (1897-1925). Los pactos fundacionales de nuestra democracia pluralista*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2019.

²⁷ El “vierismo” fue la segunda escisión del batllismo, encabezada por el sucesor de Batlle en la presidencia de la República entre 1915 y 1919. Este último año y ya como presidente del Consejo Nacional de Administración fundó el Partido Colorado Radical, distante del batllismo por sus reformas y por el tipo de organización partidaria que el líder reformista había establecido en su partido.

²⁸ La expulsión del “radicalismo blanco” liderado por Lorenzo Carnelli, que en más de un sentido puede sostenerse que fue empujada por Herrera, privó al Partido Nacional del margen de votos necesarios para triunfar en 1926 y en 1928, obteniendo de esa manera la presidencia de la República y la mayoría en el Consejo Nacional de Administración.

²⁹ Laura Reali, *Herrera. La revolución del orden*.

aspectos sus “condiciones de producción”. Así se puede registrar que la primera edición del texto fue publicada en París en 1910 por la editorial Paul Dupont. En 1912 apareció una segunda edición del libro en francés, publicada por Bernard Grasset, con un prólogo del traductor Sebastián G. Etchebarne. Esta segunda versión en francés, si bien no alteró las ideas fundamentales de la obra de Herrera, incorporó algunos ajustes formales y ciertos agregados menores.³⁰

Más allá de las primeras reacciones que generó en el momento de su edición en Francia, con el tiempo este libro adquirió el carácter de obra doctrinaria por excelencia de Herrera, con una gran influencia ideológica sobre sus seguidores.³¹ El primer núcleo de su contenido fundamental fue un fervoroso “antijacobinismo” proyectado en términos de “antirrepublicanismo” “a la francesa”, expandido a su juicio por todo el continente sudamericano como “plagio pernicioso”.

América Latina no estaba preparada para el desposorio republicano. [...] Porque el pueblo efectivo, hábil, capaz de derechos y deberes republicanos era una metáfora en nuestro continente. [...] Todavía bajo el ardor de la dura brega, [...] nuestros padres se entregaron ciegos, seducidos, deslumbrados, a los dogmas delirantes de la Revolución Francesa.³²

Para Herrera, con un pueblo “oscuro y amorfo” y sin la indispensable “moderación liberal”, el “error de la copia” profundizaba todos los males.

¿Podían las entrañas de América dar fruto superior al caudillaje? [...] ¿Acaso el delirio avanzado del sufragio universal, de la igualdad absoluta y de la democracia pura no aumentaban la intensidad del mal orgánico, por el hecho de escudar en teorías a una gran fuerza imperfecta? ³³

Ya desde el vamos Herrera afincaba buena parte del perjuicio en la emulación sudamericana de una visión equivocada sobre la libertad, afirmando con Constant y con Renan, entre otras muchas referencias que citaba de manera torrencial,³⁴ la supremacía de la “libertad moderna” frente a la “libertad antigua” o de las “repúblicas de la Edad Media”.

³⁰ Sin embargo, Reali subraya tres aspectos en cuanto a la versión francesa como producto de la labor del traductor: “una disminución de la fuerza expresiva, un ejercicio poco logrado de transmisión de contenidos propios a las circunstancias, actores y vocabulario del escenario sudamericano y, finalmente, la expresión de un pensamiento menos matizado que el del texto original”. Reeditado en múltiples circunstancias, en el presente artículo se tomará la versión original, en la edición del Instituto Manuel Oribe y de la editorial Arca en 2009.

³¹ El doctor Ignacio de Posadas, uno de los principales referentes intelectuales del Partido Nacional en las últimas décadas, ha elogiado esta obra de Herrera: “Los términos de la polémica, que luego derivó en lucha fratricida y guillotina para los perdedores, era soberanía popular versus soberanía de la nación. Lo que, traducido, significaba: hacer caso a la turba en las calles o reconocer que una nación no es solo la presión popular de hoy, sino la conjunción de pasado, presente y futuro. No deja de ser interesante comparar esta visión de Herrera con la de Friedrich von Hayek, adalid del pensamiento liberal europeo”. Cf. Ignacio de Posadas, “La Filosofía Política de Luis Alberto de Herrera”, en VV.AA., *Luis Alberto de Herrera. Caudillo de multitudes*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2019, p. 135.

³² Luis Alberto de Herrera, *La Revolución Francesa y Sudamérica*, Montevideo, Instituto Manuel Oribe/Arca, 2009, pp. 39 y 40.

³³ *Ibid.*, p. 116.

³⁴ Pese a su invocación privilegiada de las ideas de Burke y de otros autores anglosajones, tampoco ocultaba sus menciones incluso mayoritarias a referentes del pensamiento francés: Tocqueville, Taine, Renan, Barrès, madame de Staël, Guizot, Quinet, Sorel, Boutmy, Bourget, entre muchos otros. También había tenido sus acercamientos con autores de otras matrices como Nietzsche, Van Dyke y una pléyade de referentes iberoamericanos, como Lucas Ayarragaray, Bartolomé Mitre, Guillermo Prieto, Faustino Sarmiento, Manuel González de la Rosa, Manoel de Oliveira Lima, entre otros muchos.

La libertad política –decía– es incompatible con las enormidades doctrinarias de la Revolución Francesa, que la identifican con las más abusivas prerrogativas individuales. [...] Como consecuencia [...] de tan perniciosa sugestión destaca el concepto errado que poseemos de la libertad. Entre el modelo que de ella ofrecen las sociedades anglosajonas y sus parecidos, y el modelo surgido del drama de 1789, optamos por este último.³⁵

En esa dirección, sus diatribas en torno a la noción de “pueblo” y de sus “realidades sudamericanas”, en un símil con las “masas jacobinas” de la revolución, se suceden de modo casi interminable a lo largo de toda la obra: “populacho”, “turba”, gente proveniente del “indio, corajudo y resignado, pero inepto” y del “negro, importado como ser inferior”, “masas informes, en su mayor parte compuestas de mestizos”, “plebe dictadora”, “borrasca”, “muchedumbres contradictorias”, “multitudes ingenuas”, “juventudes tropicales”, entre otras muchas. Tanto la falta de ese “grillete de la realidad” como el espíritu demagógico en la visión de las sociedades, “las que eran, no las que debían ser”, habían abonado para Herrera el camino para la adopción acrítica del “igualitarismo jacobino” en América. Ante semejante desenlace, como se anticipa, para él hubiera sido incluso preferible un “andador monárquico” transitorio antes que esa “copia servil [...] de los principios de la Revolución Francesa [...] para atenuar el vuelo de nuestros defectos anárquicos y antisociales”.³⁶

Herrera apuntaba ante todo a una reivindicación de la matriz anglosajona y de su cultura política sobre las ideas predominantes de la influencia francesa en América del Sur, con particular énfasis en el Uruguay. “La mistificación democrática de Sudamérica viene de aquella semilla exótica. En el culto de las instituciones libres, mucho más que 1789, representan las fechas anteriores de 1688 en Inglaterra y 1776 en América del Norte.”³⁷ En ese marco tan nítido de sus preferencias, sus cargas sobre la herencia de la revolución en Sudamérica eran enormes:

La Revolución Francesa nos ha arrancado la risa de los labios, esa sana y hermosa risa que ilumina el rostro del anglosajón [...]. También de ella deriva el odio de clases. La Revolución Francesa rompe todas las normas morales de la sociedad a título filosófico o anárquico. [...] Los absolutismos igualitarios de 1789 atacaron en su base el concepto de la disciplina social.³⁸

Aunque su interpretación se inscribía en la discusión historiográfica ya clásica sobre la revolución, alineado sin reservas con la “escuela conservadora” y con Taine como el “príncipe de los historiadores contemporáneos”,³⁹ el núcleo principal de las preocupaciones de Herrera radicaba en su rechazo visceral a la “Francia política”, no solo durante la revolución sino también en períodos más contemporáneos.⁴⁰ No se trataba en este punto solo de su preferencia por In-

³⁵ Luis Alberto de Herrera, *La Revolución Francesa*, p. 134.

³⁶ *Ibid.*, p. 57. Debe señalarse también que en su obra aparecen elogios a los artiguistas y a otros iberoamericanos de la revolución, señalando sin embargo que eran “patriotas” y que nada tenían que ver con la Revolución Francesa: “Ni el llanero de Páez; ni los gloriosos gauchos de Artigas; ni los corajudos paraguayos, erguidos en Tacuarí contra el invasor argentino; ni los brasileños del Grito de Ipiranga; ni los soldados ilustres de Chacabuco y Boyacá, pidieron prestado un solo latido al drama transatlántico para dar más energías al vuelo patriótico de sus corazones”. *Ibid.*, p. 81.

³⁷ *Ibid.*, p. 171.

³⁸ *Ibid.*, p. 174.

³⁹ *Ibid.*, p. 149.

⁴⁰ Cf. *La actualidad social en Francia*, cap. XII.

glaterra, Norteamérica y sus “primos” anglosajones. También eran preferibles “el pueblo alemán en la cúspide de la prosperidad material y moral”,⁴¹ “la maravillosa resurrección de Italia”, “las libertades suizas, holandesas y belgas”. Concluía Herrera desde su atalaya parisina, apenas cuatro años antes del estallido de la Gran Guerra: “En resumen, puede afirmarse que Francia es el país más enfermo de toda Europa”.⁴²

Aunque declarando su temor a “ser considerado reaccionario”, aclaraba que el problema no era “la cultura francesa” en sus perfiles generales sino su influencia política en “el problema republicano” de Sudamérica. De allí que su denuncia radical sobre el “engaño” del continente se afirmaba en su “compra” de los radicalismos jacobinos, asentados en una visión rupturista del suceder histórico y en una perspectiva antitradicionalista que odiaba:

Aquí se intenta triunfar contra el pasado, retándolo a desafío, como a un gran delincuente, y despertando a las generaciones desaparecidas, para enjuiciarlas. [...] Destruir todo para reconstruirlo de otra manera. Sólo la teoría pura, el ensayo inductivo, clamoroso y apasionado, de todos los radicalismos [...].⁴³

De esta “hipérbole sudamericana”, a su juicio, podían resultar excepciones Chile y el Brasil, “salvados del derrumbamiento, aquel, por su organización aristocrática, y este, por el amparo que le prestara la monarquía constitucional”. Tal vez podía aspirar a disimular esos rasgos también la Argentina, “por la fiebre de los negocios”. Pero resultaba prístino que el país sudamericano que menos se salvaba en su visión de este “contagio” maldito era el Uruguay, pese a su admirado Artigas y con la principal responsabilidad de su enemigo dialéctico, el batllismo. Aunque no lo nombrase en forma directa, su acusación contra “los engendros legislativos”, el “simulacro de los comicios”, el “triumfo canónico en las urnas de las policías sobre los ciudadanos”, “el destierro de los Cristos”, “la persecución de las creencias”, “la pretensión de perturbar la marcha moral del mundo con nuestras ideas”, “la demagogia debilitante de la patria”, entre otras, tenían un destinatario muy claro y directo: el reformismo de José Batlle y Ordóñez. La acusación de “jacobinismo” en relación con el batllismo ya había estado muy presente en la polémica entre José Enrique Rodó y Pedro Díaz en 1906, a propósito del retiro de los crucifijos de los hospitales públicos. En su obra doctrinaria de 1910, a Herrera le venía muy bien esa metáfora para encarnar en clave uruguaya la alteridad radical de su visión liberal conservadora.

El “Uruguay internacional”

Una de las particularidades del pensamiento de Herrera fue desde el comienzo su esfuerzo por inscribir sus reflexiones políticas y doctrinarias en el marco de una visión nacionalista y con proyección geopolítica. Para él resultaba indispensable inscribir al Uruguay en su región, la

⁴¹ Las referencias elogiosas a Alemania, a su pueblo y a su cultura son frecuentes en el texto. Tal vez confirmen cierta “germanofilia” discreta en Herrera, que pudo advertirse durante la Primera Guerra Mundial en su profusa correspondencia, que obra en su archivo personal, radicado en el Museo Histórico Nacional. Lamentablemente, los estudios históricos sobre la visión de los políticos y los diplomáticos uruguayos sobre la Primera Guerra Mundial son muy escasos.

⁴² *Ibid.*, p. 208.

⁴³ *Ibid.*, p. 234.

cuenca platense, pero sobre todo a partir de su ubicación entre los gigantes vecinos del Brasil y la Argentina. Esa temprana vocación internacionalista y regionalista le venía sin duda de su padre, canciller y diplomático uruguayo en los tiempos decisivos de la Guerra de la Triple Alianza. La había nutrido también en su propia actividad diplomática en Norteamérica, así como en el rumbo elegido para su labor historiográfica.⁴⁴ Como ha señalado su nieto Luis Alberto Lacalle Herrera en el prólogo a una de las reediciones de *El Uruguay internacional*, este libro era “hermano” de su reflexión doctrinaria sobre la revolución francesa, los dos publicados por primera vez en París con apenas un bienio de diferencia. Una vez más se pone de manifiesto la relevancia del registro más sistemático de este “primer herrerismo”.

Como se ha anotado, el contexto internacional y regional en el que se publicaba el libro resultaba especialmente inquietante. No era solo el incremento de la situación prebélica en Europa, que terminaría estallando en 1914 y que él observaba de manera paradójica desde Francia pero con un fuerte recelo anti francés.⁴⁵ Sin duda lo que preocupaba más a Herrera por entonces era lo que él interpretaba como una situación de peligro real para la independencia uruguaya, amenazada por la llamada “doctrina Zeballos”.⁴⁶ Esta remitía a las ideas y la acción del excanciller argentino, que había impulsado su teoría de Uruguay como país de “costa seca”, en procura de obtener para la Argentina el dominio total de las aguas de los ríos fronterizos de la Plata y Uruguay. En aquella coyuntura especial, todos los viejos principios de la política exterior uruguaya del siglo XIX venían a ponerse en juego: el manejo sabio de la condición de “Estado frontera” entre la Argentina y el Brasil, la afirmación del interés nacional como objetivo superior, el carácter imperioso de una visión profundamente “realista” en el manejo de los asuntos internacionales, la primacía del Derecho Internacional y de la adhesión a la Comunidad Internacional sobre el espacio de la política en los vínculos con el Uruguay y el mundo, la relevancia de la vieja “lucha de puertos” y de la “cuestión de las aguas” en las complejas relaciones bilaterales con la Argentina, el asunto de la defensa de las fronteras y de la independencia nacional como temas cruciales, entre otros.⁴⁷

A partir del recuerdo preciso de lo ocurrido algunas décadas antes con el Paraguay y Bolivia, Herrera citaba al escritor y comerciante inglés lord William Henry Koebel para afirmar con él que Uruguay estaba “sandwiched –oprimido– por los grandes territorios de Argentina y Bra-

⁴⁴ Cf. de Luis Alberto de Herrera: *La tierra charrúa*, Montevideo, 1901; *Desde Washington. Correspondencias enviadas a “El Día”*, Montevideo, 1903; *Labor diplomática en Norte América*, Montevideo, Tipografía uruguaya de Marcos Martínez, 1905; *La doctrina Drago y el interés del Uruguay*, Montevideo, Tipografía uruguaya de Marcos Martínez, 1906; *La diplomacia oriental en el Paraguay*, Montevideo, Barreiro y Ramos, 1911.

⁴⁵ Muy otro era el sentir de José Enrique Rodó el 14 de julio de 1915, ya iniciada la guerra: “Glorificando [...] los latinoamericanos el 14 de julio, ratificábamos un principio de libertad humanitaria, corroborábamos un sentimiento de simpatía internacional, formulábamos un voto de victoria. Y hasta tanto que ese voto se cumpla lo renovaremos en los sucesivos catorce de julio, [...] para confirmar y engrandecer nuestro homenaje de adhesión a la Francia de 1789, a la Francia de 1914”, en *Obras completas de José Enrique Rodó. Compilación y prólogo por Alberto José Vaccaro*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1956, p. 780.

⁴⁶ Cf. Dante Turcatti, *La política internacional del Batllismo*, Montevideo, Arca/CLAEH, 1981; Gerardo Caetano, “A cien años de la muerte del barón de Río Branco: la contemporaneidad del tratado de rectificación de límites en el río Yaguarón y la Laguna Merim”, en *Cuadernos del CLAEH*, n° 100, Montevideo, 2ª serie, año 33, 2012.

⁴⁷ Herrera ha sido considerado uno de los principales constructores de los principios de la política exterior uruguaya. El libro canónico a este respecto es el de Carlos María Velázquez, *La política internacional en el pensamiento de Luis Alberto de Herrera*, Shrewsbury, Wilding and Son, 1968. Cf. también Héctor Gros Espiell, *Temas internacionales*, Montevideo, Melibea Ediciones, 2001; Romeo Pérez, *Política exterior uruguaya. Siglo XX*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2011; entre otros.

sil”. A partir de esa premisa, recordaba que el país había sido “campo de batalla y de intriga de sus grandes vecinos”, en lo que radicaba a su juicio “la razón madre de los pasados infortunios: la injerencia de los limítrofes en la vida nacional y la alianza de nuestros partidos con esos limítrofes”. Por ello desconfiaba por principio de la invocación de “fraternidad” o de los legados de una “historia común” en relación a los vecinos, reafirmando que el “culto vigoroso del patriotismo, [...] superior a los partidos, [...] sin güelfos ni gibelinos, con historia común”, era el único soporte posible para la independencia y para la idea de nación de un país como el Uruguay. Desde las referencias de la historia y desde su nacionalismo raigal, Herrera no vacilaba en afirmar incluso que esa independencia se había construido “a pesar de Argentina y a pesar de Brasil”.⁴⁸

Como en todo “país pequeño”, la experiencia internacional –en la que destacaba por distintos motivos los casos de Suiza, Polonia y Bélgica en Europa o de la misma Cuba en el Caribe– indicaba que el Uruguay no podía permitirse “negligencias” ni “ingenuidades” en su política exterior, en especial en relación a sus gigantes vecinos. “Como en los negocios, en asuntos internacionales decide poco el argumento de la mutua afección. Por lo demás, el abrazo de las naciones fuertes, aunque exprese un cariño, puede sofocar.”⁴⁹ La visión de la Argentina y el Brasil –el “segundo círculo” luego del “interés nacional”, dentro de su visión geopolítica de los “círculos concéntricos”– aparecía en su perspectiva de análisis muy condicionada a la coyuntura de entonces. El impacto positivo del Tratado con Brasil de 1909 para la rectificación de límites en el río Yaguarón y la laguna Merim, así como la acción amistosa para con Uruguay del Barón de Río Branco en los años anteriores, contrastaban fuertemente con las heridas dejadas por los conflictos generados especialmente en 1908 por el canciller argentino Estanislao Zeballos.⁵⁰

Si bien ello condicionaba el carácter rotundo de los juicios, no modificaba en su núcleo la visión geopolítica de Herrera sobre cómo actuar frente a sus vecinos.

Todo asegura que el Uruguay quedará cada día más rezagado con respecto a sus fronterizos. [...] Los pueblos dignos de vivir deben aprender a cuidarse en vez de reclamar de sus fronterizos regalos de misericordias. [...] Ya es hora de que nos curemos de entusiasmos tendenciosos y frágiles [...]. Ni brasileños, ni argentinos, tanto en los hechos como en el pensamiento.⁵¹

En su visión sobre el resto de América Latina sin duda destacaba su compromiso particular con el Paraguay, “aquel país tan hermano del nuestro por la identidad de destinos”, con el que mantendría siempre una relación de fraternidad proverbial.⁵² Sin embargo, en su obra de 1912 destacaban muy especialmente sus juicios sobre México, en los que volvía a mostrarse en toda su dimensión de antijacobino y liberal conservador, incluso con cierta disponibilidad al autoritarismo, como en *La Revolución Francesa y Sudamérica*. Desde el recuerdo de su primera visita a México, Herrera se sentía obligado a no disimular sus muy polémicas opiniones sobre aquella sociedad:

⁴⁸ Luis Alberto de Herrera, *El Uruguay Internacional*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/Instituto Manuel Oribe, 2007, pp. 71-72, 77-78 y 126.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 123.

⁵⁰ Cf. Gerardo Caetano, *La república batllista. Ciudadanía, republicanismo y liberalismo en Uruguay (1910-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2011, pp. 110 y ss.

⁵¹ Herrera, *El Uruguay Internacional*, pp. 99 y 103.

⁵² Herrera se comprometió en forma constante con el Paraguay. En 1932 viaja a ese país para ofrecer sus servicios en la “Guerra del Chaco” contra Bolivia y fue promovido a general.

Bien definidos están los matices: una clase dirigente, valiosísima como no la hay mejor en este continente [...], y la masa del pueblo, inferior, sofocante, integrada por indios mansos, ajenos en absoluto a la cultura cívica. Empeora el problema la ausencia de inmigración. De manera que no existe la esperanza de que la sangre indígena se diluya en venas europeas, mejorando. [...] ¿Cómo fundar democracia efectiva con elemento social tan deficiente, incapaz, por razones orgánicas [...] Inútil dar sufragio a individuos petrificados en el atraso moral [...].

Desde ese duro diagnóstico hacía fundar su elogio a Porfirio Díaz, la pena por su renuncia y su “terror” ante el futuro de la revolución desatada en 1910.

Indispensable el porfirismo para salvar a la república y la independencia. [...] Difícil procesar [...] la reacción, también comprensible, que provocó la renuncia del viejo guía [...], el incendio de la guerra civil, pavorosa, interminable. [...] Dos años lleva ya de auge la anarquía sangrienta. Mientras tanto, el peligro americano crece.⁵³

Si su visión apocalíptica sobre México podía dejar enseñanzas al Uruguay, una primera convicción, realimentada por la coyuntura de los conflictos recientes, se orientaba a la “cuestión de las aguas” y su proyección natural a la “lucha de puertos” con la Argentina, en la que siempre había que luchar por estar “libre del yugo aduanero”. A partir de la relevancia estratégica que le otorgaba al estuario del Río de la Plata, Herrera no vacilaba a la hora de sostener que la independencia uruguaya hundía “sus mejores raíces en las aguas platinas” y que “la cabeza de la nación descansa junto al mar”. Tampoco dudaba en prevenir que “se tuviera a (la isla) Martín García por un Gibraltar”, recordando la aseveración de Mitre, que ya había advertido que allí estaba “la llave del Río de la Plata”. “Somos tan dueños del Río de la Plata como el otro ribereño y, si lo olvidáramos así, las voces triples del interés, del porvenir y de la historia, nos llamarían a cuenta de responsabilidades.”⁵⁴

Desde ese nacionalismo afirmado y organicista, que concebía a un Uruguay sin derecho a compartir el “río madre” como “un cuerpo sin piernas”, Herrera salía a reafirmar la necesidad de combinar una diplomacia realista con una defensa militar efectiva, que a su juicio debía sustentarse en la aplicación del servicio militar obligatorio.⁵⁵ Desde el rescate de una tradición de diplomacia constante y de “pueblo de soldados”, planteaba esa simbiosis a su juicio indispensable.

Es indudable que los uruguayos necesitan imponerse una aspiración diplomática, servirla en todo instante o inculcarla en el pensamiento común, por encima de sectarismos y mande quien mande. [...] Fomentemos los orientales nuestra riqueza, apresuremos la cultura espiritual de nuestro pueblo y venga, sin demora, el servicio militar obligatorio.⁵⁶

⁵³ Herrera, *El Uruguay Internacional*, pp. 363-365.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 45. En los años 40, en plena Segunda Guerra Mundial y con el enfrentamiento del proyecto de instalación de una base norteamericana en territorio uruguayo, Herrera extendería su visión: “Nunca un Gibraltar en el Río de la Plata”. En ese momento la metáfora incluía al Uruguay todo y lo delicado de “agraviar” la relación con sus vecinos.

⁵⁵ El tema del servicio militar obligatorio fue propuesto y generó fuertes polémicas en otros momentos de la historia uruguaya, con Herrera siempre a favor.

⁵⁶ Herrera, *El Uruguay Internacional*, pp. 256, 312 y 313.

En la misma dirección, nuevamente desde la clave conceptual de cómo “ser nacionalista” y “realista” desde un “pequeño pueblo”, en su visión el Uruguay debía tener en la “concordia” interior la “piedra angular” de su política exterior. Esto implicaba promover en los temas que alertaban al “patriotismo” y al “nacionalismo” el renunciamiento a “las pasiones de partido” y a “los antagonismos de fracción”. Aunque también para Herrera, ruralista desde siempre, como veremos, esa fuerza “moral” necesaria tal vez alcanzara su máxima virtud desde “una democracia rural”, utilizando el ejemplo del juicio frecuente que por entonces obtenía Bulgaria en Europa. “Nuestras hermosas muchedumbres campesinas, con tanta injusticia desdeñadas por la presuntuosidad urbana, caben dentro de esa definición honrosa. También aquí los hijos del campo son riñón de la patria.”⁵⁷

Desde esa apelación nacionalista de base ruralista, Herrera no dejaba de invocar a Artigas y su propuesta confederal, aunque lo hacía “padre de la nacionalidad” del Uruguay y símbolo de la lucha contra el centralismo de Buenos Aires:

El nudo de nuestra historia lo ata el artiguismo. Esa tradición no llena solo páginas de nuestro pasado, esa tradición es la patria misma. [...] Amplia razón asiste a la unitaria Buenos Aires para ver un Anti Cristo en el jefe nato de las provincias rebeldes a su yugo.⁵⁸

La visión internacional de Herrera se completaba con la perspectiva geopolítica que le generaba el posicionamiento del Uruguay en relación a las grandes potencias mundiales. También en este aspecto sus claras preferencias se orientaban hacia el mundo anglosajón. En primer término sobresalía su invocación del rol benéfico del Imperio Británico para el Uruguay, desde la mediación de lord Ponsonby hasta los vínculos comerciales y las inversiones inglesas de décadas anteriores. En relación a los Estados Unidos, sin embargo, su visión resultaba más dual. Por un lado, no trepidaba en denunciar su creciente orientación “imperialista”, que ilustraba marcando las enormes diferencias que separaban a Franklin (“enviado sereno de una humildad republicana”) del “imperialista presidente Roosevelt, victimario de pueblos y apóstol de la política del big-stick [...] cernida sobre los organismos débiles de nuestro hemisferio”.⁵⁹ Sin embargo, también se mostraba convencido de la importancia para los intereses nacionales de tener el respaldo “cordial” del “gigante del norte” en la región.

Para el Uruguay reviste excepcional importancia la amistad de aquella gran potencia. Una simple insinuación de Estados Unidos llamaría al orden a cualquiera de los vecinos que alentara, a nuestro respecto, veleidades enfáticas. Pero, ¿y su imperialismo, se dirá? también ¿Acaso Argentina no lo gasta mucho más inquietante para nosotros y acera por medio? Ningún interés apremiante llama aquí al coloso, demasiado atareado con sus degluciones en el otro trópico.⁶⁰

Esta clave de geopolítica pragmática podía articularse bien con su liberalismo conservador y con su nacionalismo. Implicaba asimismo una visión contrastante respecto a la política mucho

⁵⁷ *Ibid.*, p. 332.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 130 y 131.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 85 y 86. Cuando visitó al Uruguay en noviembre de 1913, Teddy Roosevelt a su pedido se reunió con Herrera, de quien había leído *La Revolución Francesa y Sudamérica*.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 280.

más “idealista” y cerradamente panamericanista del Partido Colorado en su conjunto, incluso del batllismo.⁶¹

Ruralismo militante

Todas estas ideas, presentes en sus dos grandes obras parisinas, también podían asociarse sin mayores contradicciones con su fuerte certeza sobre el “destino rural” del Uruguay, fundamento de sus definiciones ruralistas. La centralidad del conflicto campo-ciudad se había profundizado en el Uruguay del 900. La llegada al gobierno del batllismo, con sus propuestas de reforma rural (el aumento del impuesto territorial desde las ideas georgistas, el proyecto de recuperación de las tierras fiscales para su posterior redistribución, los planes de colonización orientados fundamentalmente a los inmigrantes), habían hecho resurgir entre los ganaderos –y Herrera lo era– el temor ante lo que preveían como “políticas confiscatorias” o la expansión del “igualitarismo comunista” al “tranquilo” medio rural. Para frenar las reformas resultaba indispensable la organización gremial y política de los productores, así como una propuesta alternativa para mejorar la situación del “pobrerío rural”, por lo general unido por tradición a las huestes del Partido Nacional.

Como se ha anotado, Herrera fue desde el comienzo un auténtico “agitador” del empresariado rural, en procura de involucrarlo de manera directa en la contestación política y social contra las políticas reformistas del batllismo. Su actuación parlamentaria en 1914 contra el proyecto de Contribución Inmobiliaria en Montevideo y, en especial, su fuerte prédica contra el proyecto de Contribución Inmobiliaria rural para el ejercicio 1915-1916 le valieron un fuerte prestigio entre los gremialistas ganaderos. A este respecto, le escribía el hacendado Tomás J. Perdomo en una carta fechada el 24 de diciembre de 1915 dirigida a Herrera:

La clase conservadora –los “ricos” como le llaman los desarrapados– le debe toda su gratitud. No pueden defenderse sus intereses, que son los intereses del País, con más entusiasmo y valentía. [...] Le sobra a Ud. razón: del exceso del mal surgirá el remedio.⁶²

Faltaban entonces muy pocos días para la constitución formal de la Federación Rural en el marco de su Congreso constitutivo, que culminaría en los últimos días de diciembre de 1915. A Herrera le cupo un rol protagónico en todo ese proceso de fundación de la Federación, en procura de un alineamiento político mucho más activo de esta nueva gremial de ganaderos, a la que se quería mucho más combativa que la vieja Asociación Rural fundada en 1871. Lo que él llamaba “la alianza de los estancieros” constituía en su perspectiva un núcleo especialmente relevante para “frenar” el impulso “jacobino” del batllismo, a la vez que un puntal en la proyección social de su “nacionalismo agrario”.

⁶¹ La confrontación eterna entre batllismo y herrerismo encontró un aspecto singular en el contraste entre sus proyectos de política exterior: idealismo vs. realismo, panamericanismo vs. nacionalismo latinoamericanista. Al respecto se puede consultar, dentro de una amplia bibliografía, Isabel Clemente, *Política exterior del Uruguay (1830-1985)*, Montevideo, FCS, 2005.

⁶² Museo Histórico Nacional, Archivo personal de Luis A. de Herrera, Carpeta 3631, documento 97. Carta de Tomás J. Perdomo a Herrera fechada en Miguelete el 24 de diciembre de 1915.

Fue en ese contexto de activa militancia ruralista que en 1919 Herrera propuso al consejo directivo de la Federación la apertura de una amplia encuesta entre los miembros de la institución, en procura de un estudio sobre salarios, condiciones de trabajo y “maneras de vivir” de los peones de estancia. Los directivos de la Federación la aprobaron con “unánime simpatía”, interesados –como se señalaba en la resolución correspondiente– en “estudiar a fondo el tema y estar en aptitud de oponer una palabra de verdad y de sinceridad, perfectamente fundada, a la gratuita propaganda de agravio que ahora se renueva contra los propietarios rurales”.⁶³

La encuesta constaba de diez preguntas y su Informe Final, en el que se sintetizaban los diagnósticos y las propuestas de los estancieros afiliados, fue presentado en el Congreso Rural de marzo de 1920 y luego publicado en formato libro. Un connotado directivo de la Federación, Alejandro Victorica, a propósito de la encuesta de Herrera, propuso que se abrieran “libretas especiales del Banco Hipotecario” para los empleados de las estancias (desde capataces a peones), en procura de que estos ahorrraran al año lo correspondiente a un mes de salario, al que se agregaría por parte del patrón “otro mes, como compensación y como suplemento por sus trabajos”.⁶⁴

En el Informe sobre su encuesta, Herrera comenzaba por presentar el más vivo contraste entre los mundos de la estancia y de los rancharíos.

[...] el peón –decía– es la víctima del rancharío [...] que constituye una calamidad pública: madriguera de malevos y rateros; foco de enfermedades de todo género; sin higiene, sin escuelas, sin conducta. [...] Ahí radica el cáncer rural. [...] A su frente, enérgico contraveneno, álzase la estancia [...], [que] fue desde los orígenes y continúa siéndolo, escudo de nuestra civilización... [...] Insisto en que se trabucan lamentablemente los términos cuando no se discernen matices entre las peonadas de estancia y la población amorfa de los rancharíos, separadas aquellas de esta por diferencias fundamentales de hábitos, trabajo y honradez.⁶⁵

A partir de esta dicotomía en la que volvía a aparecer la alteridad de ese “pueblo” alejado por alguna circunstancia de los beneficios de las influencias jerárquicas, se desplegaba de inmediato la crítica moral al *modus vivendi* de los rancharíos, la reivindicación de una “moral de exigencias” alejada de esa “filosofía del hedonismo” que, según Herrera, resultaba inherente a la praxis del batllismo. Desde ese fundamento, para mejorar la “suerte de las clases humildes de campaña” proponía una “jornada moralizadora” con foco en la erradicación del “juego” (“verdadera plaga nacional”), del “alcoholismo” (“quien sepa algo de ruralismo no incurrirá en el absurdo de imputar a los estancieros culpa en el pavoroso desarrollo de la ebriedad”), contra la “prostitución” (base de un “medio amoral”).⁶⁶

Las claves de respuesta a estos “flagelos” comenzaban por una reforma radical en “la educación de nuestros criollitos, más práctica, más eficiente, menos verbosa”, distante de “las ciencias exactas y no exactas, cuyas luces se cruzan y producen, por interferencia, [...] un ovillo de enredos en la mentalidad virgen de los asustados guríes”. Para ello había que difundir “el conocimiento simplista, útil, apropiado a la imperfección de los pagos y de sus hijos humil-

⁶³ Luis Alberto de Herrera, *Selección de escritos sociales II. La encuesta rural (1920)*, Montevideo, Poder Legislativo, 1990, p. 199.

⁶⁴ *Ibid.*, pp. 199 y 200.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 208-210.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 212-214.

des”. A esto debía sumarse un salario adecuado y moderado, “sin subvertir el orden de los establecimientos y amenazarlos de ruina” (“el buen peón siempre sale barato y se le recompensa en proporción”), que alejara para siempre del medio rural “la lucha de clases, con su cortejo de odios” y las ideas del “salario mínimo” o “compulsivo”, que provocaban a su juicio la caída “de la libertad de trabajar” inherente al peón.⁶⁷

La clave de su idea de “ruralidad” radicaba pues en el entendimiento “natural” entre los estancieros y sus empleados, que alejaba las condiciones de vida y los reclamos del “peón” de los del “obrero urbano”. “La vida del paisano es menos dura, más intensa en su austera simplicidad, más sazónada por satisfacciones, que la vida del jornalero metropolitano, mordida por incesantes reclamos angustiosos...” Era desde ese medio “más sano” de la campaña que Herrera podía remarcar sus distancias respecto “al ambiente artificioso y debilitante de la ciudad”, contra la “blanda molicie urbana”, en particular respecto a Montevideo, “la ciudad del sur, engañadora y falaz”.⁶⁸

A partir de su filosofía ruralista, una vez más Herrera podía arremeter contra el batllismo, esa alteridad permanente que terminaba por concentrar sus rechazos. Él era “el peor enemigo”, el que “al hostilizar sistemáticamente al propietario rural hiere al país”, con su “humanitarismo de corte literario” y teñido de “afeminamiento”, con sus propuestas de “agricultura a palos”, con su “ruidosa y declamatoria y jacobina propaganda en fácil boga”.

Se pretende —concluía— llevar el contagio de las verbas socializantes al espíritu del paisano; romper a pedradas la quietud de su alma, serena como un lago. Envenenarlo se quiere con demencias ácratas, volviéndolo airado contra el estanciero, que siempre fue su providencia, y contra la estancia, puntal de la propia vida y también de la nacionalidad en marcha.⁶⁹

Se trataba pues de un ruralismo compacto, sin matices, forjado desde la convicción del “destino rural” y pecuario del Uruguay, articulado siempre con su “conservadorismo liberal” y “antijacobino”, con su idea de nación, promotor de la imagen de la “estancia patriarcal” como el microcosmos que había que proyectar como espejo virtuoso al conjunto de la sociedad. Miraba las relaciones entre economía y sociedad desde la perspectiva no vergonzante de un orgulloso estanciero, que al menos por entonces no se sentía a sus anchas en la ciudad sino en la campaña. Como se ha visto, no se desentendía de lo que percibía como los problemas de los más humildes, pero su visión al respecto se construía desde una posición conservadora y realista, recelosa por principio de todo doctrinarismo o del pensamiento utópico, que rechazaba no solo como infértil sino también como peligroso.

Una visión política e intelectual con proyección de futuro

En aquel Uruguay de los fastos del Centenario y de la euforia popular por los éxitos deportivos, como se ha señalado, se completaba la forja tanto política como intelectual del “primer herre-rismo”. La identidad ideológica y política del proyecto, como se ha podido constatar, lo ubi-

⁶⁷ Herrera, *Selección de escritos sociales II*, pp. 224-229.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 232-235.

⁶⁹ *Ibid.*, pp. 222, 232, 246 y 250.

caba en un juego de alteridades y polaridades radicales con el batllismo: representaba al “liberalismo conservador” e “individualista” frente al “republicanismo solidarista”; al “realismo” frente al “idealismo” en materia de su visión sobre las relaciones internacionales y la política exterior posible para un país como el Uruguay; el “nacionalismo ruralista” frente al “cosmopolitismo urbano”; la “tolerancia” frente al “laicismo”. En más de un sentido puede decirse que el herrerismo, en términos del continuo “derecha-izquierda”, buscó construirse en confrontación directa con el batllismo, concebido desde el inicio como el “jacobinismo” uruguayo. Allí radicaba su alteridad neta, aunque Herrera, que sepamos, nunca se reconoció de “derechas”. Sin embargo, además de “jacobino”, ya en los años 20 endilgaba al batllismo los epítetos de “extremista”, “socialista”, “comunista” y hasta “ácrata”.

De todos modos, en ese “primer herrerismo” ya primaban en forma nítida las ideas que siempre defendería, más allá de movidas tácticas. Acusado a menudo de “camaleónico” en sus posturas políticas, una mirada consistente de “larga duración”, que precisamente parta del registro de esta matriz del “primer herrerismo”, permite reconocer la coherencia básica de sus definiciones más profundas, tal vez “amortiguadas” por un mayor pragmatismo, que comenzó a ganarlo sobre todo a partir de la década de los cuarenta.⁷⁰

Sin embargo, en medio de las tensiones ideológicas y políticas de aquel mundo que se encontraba ya en los umbrales de la Gran Guerra, no resulta descabellado ni antojadizo mencionar —como se ha adelantado— que había una cierta disponibilidad en su pensamiento ante los nacionalismos con liderazgos fuertes y de proyección de masas, ante esas visiones que reafirmaban cierto culto a la disciplina de los ejércitos. También algunas de sus perspectivas geopolíticas podían acercarlo a los bordes de cierta receptividad ante las primeras resonancias del “primer fascismo” en los años 20, que llegó a insinuar todavía con cierta sobriedad. Sin embargo, en los años treinta su respaldo al franquismo y al fascismo no tendrían disimulo. Sobre el particular, se citarán solo dos referencias, entre muchas otras que podrían mencionarse. Fue afiliado —con su esposa y su hija— a Falange Española en el Uruguay y férreo defensor del régimen franquista durante toda su vida.⁷¹ Asimismo, durante su visita a Italia en julio de 1937, en la que fue declarado “huésped oficial” y en la que se lo condecoró con la *Gran Cruz de la Orden de la Corona de Italia*, pronunció un recordado discurso en la *Radio Italiana*, en uno de cuyos fragmentos señalaba:

¡La Nueva Italia! En ninguna parte de Europa he presenciado más convincente espectáculo. Los ideales antes rotos y dispersos, cual los mármoles del Forum mutilado, se han reconstituido, se han refundido y rebrotan en el bronce de una epopeya civil consumada y deslumbrosa. ¡El nuevo Risorgimiento! Porque no es un partido ni una fracción contra otra fracción: es la comunidad en masa y en marcha abriendo su propia ruta. En el centro de este formidable

⁷⁰ En particular fue su adhesión a la propuesta de reforma constitucional de 1951, que impulsó la sustitución de la presidencia por un ejecutivo colegiado, lo que implicó a menudo el calificativo de “camaleónico”, dada su persistente prédica antioficialista. Sin embargo, sus razones para variar su postura en 1951 fueron tácticas (evitar el retorno de Luis Batlle a la presidencia) y estratégicas (consolidar la coparticipación de los dos grandes partidos en el gobierno, idea que siempre defendió).

⁷¹ Cf. Carlos Zubillaga, *Una historia silenciada. Presencia y acción del falangismo en Uruguay (1936-1955)*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/Linardi y Risso, 2015, pp. 237 y ss. También puede consultarse del mismo autor *Una historia silenciada. Las relaciones diplomáticas de España y Uruguay durante el primer franquismo (1936-1955)*, vol. II, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/Linardi y Risso, 2017.

movimiento anímico, cívico, patriótico y social, cual propulsor de la obra inmensa, la figura extraordinaria de Benito Mussolini, que llena la época contemporánea.⁷²

Las citas sobre estas adhesiones de Herrera podrían multiplicarse.

El liberal conservadorismo, con fondo nacionalista y ruralista, seguía alojando su vieja tensión respecto a la democracia, a los alcances de la soberanía popular y a la necesidad de “andadores autoritarios” en momentos de zozobra. Eran tiempos difíciles y peligrosos. El “terror” empresarial, además de invocar al “jacobinismo” y la “comuna”, ya había comenzado a ser suscitado por los ecos de la “revolución rusa”. Sin embargo, el batllismo seguía siendo percibido como el “peligro” más real y cercano. Podía incluso ser el “aprendiz de brujo”, que terminara despertando fuerzas que no podría controlar. Por algo el golpe de Estado de marzo de 1933, protagonizado por Gabriel Terra y apoyado por Herrera, se hizo en contra de un nuevo impulso reformista del batllismo. □

Bibliografía

Arranz Notario, Luis, *El liberalismo conservador en la Europa continental. (1830-1939). Los casos de Francia, Alemania e Italia*, en *Revista de Estudios Políticos*, n° 102, Madrid, Centro de Estudios Políticos e Institucionales, 1998, pp. 59-76.

Barrán, José Pedro y Benjamín Nahum, *Battle, los estancieros y el Imperio Británico*, vol. 8: *La derrota del batllismo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1987.

Barrán, José Pedro, *Los conservadores uruguayos (1870-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2004.

Barrón, Luis, “Liberales conservadores: Republicanismo e ideas republicanas en el siglo XIX en América Latina”, en *Latin American Studies Association*, Washington, 2001.

Berstein, Serge, *Los regímenes políticos del siglo XX. Para una historia comparada del mundo contemporáneo*, Barcelona, Ariel Historia, 1996.

Caetano, Gerardo y Raúl Jacob, *El nacimiento del terrismo (1933)*, vol. III: *El golpe de Estado*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1991.

Caetano, Gerardo, *La República Conservadora. (1916-1929)*, vol. I: *El “Alto” a las reformas*, Montevideo, Fin de Siglo, 1992.

Caetano, Gerardo y Gabriel Abend, *Antología del discurso político en el Uruguay*, vol. I: *De la Constitución de 1830 a la revolución de 1904*, Montevideo, Taurus, 2004.

Caetano, Gerardo, *La república batllista. Ciudadanía, republicanismo y liberalismo en Uruguay. (1910-1933)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2011.

—, “A cien años de la muerte del barón de Río Branco: la contemporaneidad del tratado de rectificación de límites en el río Yaguarón y la Laguna Merim”, en *Cuadernos del CLAEH*, n° 100, Montevideo, 2ª serie, año 33, 2012.

Caetano, Gerardo y Diego Hernández Nilson (coords.), *Alberto Methol Ferré. Reflexiones sobre geopolítica y la región*, Montevideo, Planeta, 2019.

Clemente, Isabel, *Política exterior del Uruguay (1830-1985)*, Montevideo, FCS, 2005.

Corbo, Daniel J., *Cómo se construyó nuestra Democracia. (1897-1925) Los pactos fundacionales de nuestra democracia pluralista*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2019.

Craiutu, Aurelian, *Liberalism under Siege: The Political Thought of the French Doctrinaires*, Oxford, Lexington Book, 2003.

⁷² Cf. Ana María Rodríguez Aycaguer, *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya (1935-1938)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009, pp. 254 y ss. y 425 y ss.

- Francisco, Andrés de, *La mirada republicana*, Madrid, Catarata, 2012.
- Gros Espiell, Héctor, *Temas internacionales*, Montevideo, Melibea Ediciones, 2001.
- Jaksić, Iván y Eduardo Posada Carbó, *Liberalismo y poder. Latinoamérica en el siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.
- Mercader, Antonio, *El año del león. 1940: Herrera, las bases norteamericanas y el complot nazi*, Montevideo, Aguilar, 1999.
- Nisbet, Robert, *Conservadorismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.
- Ovejero, Félix, José Luis Martí y Roberto Gargarella (comps.), *Nuevas ideas republicanas: autogobierno y libertad*, Barcelona, Paidós, 2004.
- Pérez, Romeo, *Política exterior uruguaya. Siglo XX*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2011.
- Posadas, Ignacio de, “La Filosofía Política de Luis Alberto de Herrera”, en VV.AA., *Luis Alberto de Herrera. Caudillo de multitudes*, Montevideo, Ediciones de la Plaza, 2019.
- Real de Azúa, Carlos, *El patriciado uruguayo*, Montevideo, ASIR, 1961.
- , *Herrera: el nacionalismo agrario*, Montevideo, Editores Reunidos/Editorial Arca, 1969 (Enciclopedia Uruguaya, n° 50).
- , *El patriciado uruguayo*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1981 (con prólogo de Tulio Halperin Donghi).
- Realí, Laura, *Herrera. La revolución en el orden. Discursos y prácticas políticas. (1897-1929)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2016.
- , “Entre historia y memoria: la producción de Luis Alberto de Herrera en los orígenes de un relato revisionista sobre la Guerra del Paraguay”, en *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos. Coloquios*, 2006. Disponible en <<https://nuevo-mundo.revue.org/1725>>.
- , “El ‘buen ejemplo’ británico contra el modelo jacobino en la Revolución Francesa y Sud América de Luis Alberto de Herrera”, en Frega-Vegh (comps.), *En torno a las “invasiones inglesas”. Relaciones políticas y culturales con Gran Bretaña a lo largo de dos siglos*, Montevideo, FHCE-UDELAR, 2007.
- , “Miradas alternativas sobre la historia rioplatense: la propuesta de Luis Alberto de Herrera y sus intercambios con autores argentinos y paraguayos (1900-1930)”, en *Res Gesta*, Rosario, n° 46, 2008.
- Rilla, José, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay (1942-1972)*, Montevideo, Debate, 2008.
- Rodó, José Enrique, *Obras completas de José Enrique Rodó. Compilación y prólogo por Alberto José Vaccaro*, Buenos Aires, Ediciones Antonio Zamora, 1956.
- Rodríguez Aycaguer, Ana María, *Un pequeño lugar bajo el sol. Mussolini, la conquista de Etiopía y la diplomacia uruguaya (1935-1938)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2009.
- Rosenblum, Nancy (comp.), *Liberalism and the moral life*, Cambridge, Harvard University Press, 1991.
- Skinner, Quentin, *La libertad antes del liberalismo*, Madrid, Taurus, 2004.
- Turcatti, Dante, *La política internacional del Batllismo*, Montevideo, Arca/CLAEH, 1981.
- Velázquez, Carlos María, *La política internacional en el pensamiento de Luis Alberto de Herrera*, Shrewsbury, Wilding and Son, 1968.
- Vicente, Martín, “Trazando círculos cuadrados: en torno al liberal-conservadurismo como ideología”, en *Intersticios*, vol. 8, n° 1, marzo de 2014, Madrid, pp. 73-94.
- Zubillaga, Carlos, *Herrera: la encrucijada nacionalista*, Montevideo, Arca, 1976.
- , *Una historia silenciada. Presencia y acción del falangismo en Uruguay (1936-1955)*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/Linardi y Riso, 2015.
- , *Una historia silenciada. Las relaciones diplomáticas de España y Uruguay durante el primer franquismo (1936-1955)*, Montevideo, Ediciones Cruz del Sur/Linardi y Riso, 2017.

Resumen / Abstract

El primer herrerismo: liberalismo conservador, realismo internacional y ruralismo (1873-1925)

Luis Alberto de Herrera fue tal vez el líder más importante en la historia casi bicentenaria del Partido Nacional y uno de los dirigentes políticos más influyentes en el Uruguay del siglo xx. A su condición de militante político sumó con especial destaque la de intelectual y “hombre de ideas”, con una larga obra como “ideólogo”, doctrinario, historiador, ensayista, periodista y estudioso de las relaciones internacionales. En el presente artículo se apunta a identificar las notas fundamentales de lo que llamaremos el “primer herrerismo”, cuya configuración inicial ubicaremos entre los comienzos de la militancia política de Herrera y el año 1925, en el que obtuvo uno de sus escasos triunfos electorales que lo llevó a desempeñar la presidencia del Consejo Nacional de Administración. Las tres notas definitorias que se destacarán en esa construcción son el “liberalismo conservador antijacobino”, su visión sobre una inserción internacional “realista” para el Uruguay de la época y su perspectiva “ruralista”. En esta primera construcción del “herrerismo”, las dimensiones políticas e intelectuales de Herrera tienden a converger. Esas tres definiciones ideológicas fundamentales coinciden precisamente con la publicación de tres de sus obras principales durante este período.

Palabras clave: Uruguay - Liberalismo conservador - Nacionalismo - Ruralismo

Fecha de recepción del original: 15/10/2020

Fecha de aceptación del original: 14/1/2021

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1206>

The first *herrerismo*: conservative liberalism, international realism and ruralism (1873-1925)

Luis Alberto de Herrera was probably the most important leader in the National Party's almost 200 hundred years of existence, and therefore a very influential political leader in Uruguay's 20th century history. He was both a politician and an intellectual, with a great amount of work to his credit as “ideologist”, doctrinaire thinker, historian, essayist, journalist and scholar of International Relations. Throughout this article, the aim has been to identify the fundamental notes of what we call the “first *herrerismo*”. In this sense, we identify its initial configuration in the early years of Herrera's political militancy, until the year 1925, when he achieved one of his very few electoral triumphs, allowing him to become president of the National Administration Council. The three defining notes that will be emphasized are his “anti-Jacobin conservative liberalism”, his vision of a “realist” international insertion of Uruguay in the early 1900's and his “ruralist” perspective. Therefore, in this first period of *herrerismo*, both the political and intellectual features of Herrera tended to converge. Those three fundamental ideological definitions coincide precisely with the publication of three of his main works during this period.

Keywords: Uruguay - Conservative Liberalism - Nationalism - Ruralism

El intelectual de partido y el moderno Prometeo

El “ideal socialista” de Augusto Bunge

Francisco J. Reyes

Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales del Litoral - UNL / CONICET

Una introducción al problema

Cuando a mediados de la década de 1920 Henri de Man se propuso revisar los presupuestos del socialismo de la Segunda Internacional su crítica se dirigió a las que entendía como las concepciones materialistas y mecanicistas del marxismo al expresar que aquel era sobre todo una ética que se seguía de un sentimiento inherente a la naturaleza humana. Para el intelectual y dirigente del Partido Obrero Belga, el principal fenómeno que se desprendía de dicha naturaleza estribaba en la “esperanza escatológica” de redención de las masas trabajadoras: una aspiración a un futuro mejor no pertenecía al “dominio del conocimiento científico” sino a las enseñanzas que aportaban tanto la historia de las religiones como la psicología de las creencias, debido a sus móviles éticos y afectivos. Los socialistas “ortodoxos” se habrían engañado al no querer reconocer este impulso religioso.¹ Como se verá, esta constatación contaba con antecedentes en su asociación del “ideal” socialista a un fenómeno de tipo religioso, aun en un caso periférico como el argentino.

La cuestión general que se desarrolla a continuación se define a partir de la inquietud acerca de cómo se expresó esa problematización de los vínculos entre religión y política. Más concretamente, del socialismo como religión en la experiencia del socialismo argentino en las primeras décadas del siglo xx a partir de las intervenciones político-intelectuales de uno de sus referentes partidarios, Augusto Bunge (1877-1943), entre mediados de la década de 1910 y fines de la de 1920. Este ha sido considerado, tal vez con justicia, una figura de segundo orden en su paso primero por el Partido Socialista (PS) y desde 1927 por el Partido Socialista Independiente (PSI). Pero buena parte de su producción –la del período aquí en cuestión, la más temprana de la década de 1900 y la de la última etapa de su vida– ha recibido escasa atención; salvo algunos aportes circunscritos a la circulación de ideas en su rol de joven funcionario higienista,²

¹ Henri de Man, *Au-delà du marxisme*, París, Alcan, [1926] 1929, pp. 86, 92-93 y 100-101. Sobre De Man y el revisionismo de posguerra, véase Zeev Sternhell, *Neither Right nor Left. The Fascist Ideology in France*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

² Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994; Ricardo González Leandri, “Internacionalidad, higiene y cuestión social en Buenos Aires (1850-1910). Tres momentos históricos”, *Revista de Indias*, n° 257, 2013, pp. 23-54.

como exponente menor de la crisis del paradigma positivista³ o parte del elenco del PSI,⁴ amén de ciertas referencias puntuales que se mencionarán en lo que sigue.

Esto implica auscultar, en segundo lugar, en la modalidad de inserción de los intelectuales de partido socialistas en la producción de una interpretación más o menos sistemática una vez advertido el carácter problemático de ese vínculo. Como ha advertido Leticia Prislei sobre las tensiones de ese involucramiento en el PS, en la perspectiva de su principal figura, Juan B. Justo, los intelectuales debían intervenir en los debates intrapartidarios a los efectos de conciliar principios y prácticas socialistas. El eclecticismo de influencias muestra que Justo y otros dirigentes sustentaban una visión abierta de las concepciones del socialismo cuando se trataba de descifrar las luchas simbólicas tendientes a reencauzar los sistemas de creencias, pese a que Justo devino un crítico sostenido del “misticismo idealista” que sin duda caló en el socialismo.⁵ También Horacio Tarcus destacó que en los mismos orígenes del socialismo en la Argentina –en un universo de sentidos en que el marxismo interactuaba con otros fundamentos– existió una tensión entre componentes racionales e irracionales, entre el realismo político y las exaltaciones emocionales de una causa emancipatoria.⁶

En lo que sigue se analizará la forma en que Bunge reflexionó e intervino en el debate partidario, así como en polémicas por fuera de sus marcos que hacían a la discusión pública de la Argentina de las décadas de 1910 y 1920. Su intención fue menos innovar en lo que respecta a los cimientos de una identidad socialista, en la cual se filió a lo largo de toda su vida, que develar la zona proyectada por ese punto ciego señalado por Prislei y Tarcus. Se entiende que estas formulaciones partían de una voz autorizada dentro del aparato partidario para proyectar ese intercambio hacia las bases, pero se sostenían en vínculos con espacios de saber propios del proceso de consolidación del campo intelectual. En relación con el primero, tratándose de un movimiento político en el que la fundamentación doctrinaria gozaba de un estatus clave, la función de estas figuras como propagandistas y teóricos era un “trabajo de conciliación, de racionalización y sincretismo de doctrinas heterogéneas” a los efectos de legitimar la ideología y las esperanzas del socialismo.⁷ Ese eclecticismo emerge como un rasgo distintivo de la producción de Bunge, sobre todo al abandonar ciertos supuestos de la “cultura científica” finisecular en el marco de la “reacción antipositivista” y concentrarse en desentrañar la dimensión religiosa del socialismo.⁸

³ Jorge Dotti, “Las hermanas-enemigas. Ciencia y ética en el positivismo del Centenario”, en *Las vetas del texto*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp. 89-96.

⁴ Leticia Prislei, “Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente”, en H. Camarero y C. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 219-248.

⁵ Leticia Prislei, “Los intelectuales y el socialismo: Juan B. Justo, el partido y el arte”, *Entrepasados*, n° 18/19, 2000, pp. 57-61.

⁶ Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, científicos e intelectuales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pp. 285-286.

⁷ Marc Angenot, *L'utopie collectiviste. Le grand récit socialiste sous la Deuxième Internationale*, París, PUF, 1993, pp. 355-368.

⁸ Sobre las tensiones internas del positivismo y la reacción filosófica ante el mismo, a la par que cobraba forma un campo intelectual, cf. Oscar Terán, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000, e *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008; así como Jorge Dotti, “Las hermanas-enemigas” y *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina*, Buenos Aires, FFyL/UBA, 1992, que se ocupa de esta inflexión filosófica en el socialismo argentino. Sobre el ascenso de estas nuevas tendencias intelectuales, que coinciden con el marco de democratización, Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la República verdadera*, Buenos Aires, Emecé [1999], 2005.

La hipótesis que se sostiene es que las formulaciones de Bunge en esta coyuntura –que no abandonará en un contexto posterior de su vida político-intelectual– constituyen un ejemplo particular dentro del socialismo argentino por definir las características del mismo como una religión. Dicha noción remite al fenómeno que Emilio Gentile denominó sacralización de la política, según el cual lo político adquirió un carácter autónomo frente a las religiones tradicionales y se le asignó un carácter trascendente. Al superar los planteos clásicos sobre las “religiones seculares” que entendían el fascismo, el nazismo y el comunismo como fenómenos totalitarios que intentaban a la vez una sustitución moderna de la religión (*religionsersatz*) y construir una religión sustitutiva (*ersatzreligion*), la tesis de la sacralización de la política amplió el rango temporal para englobar un conjunto más heterogéneo de experiencias, ya fueran democráticas o autoritarias.⁹ Aportes más recientes se han encargado de analizar en esa clave algunas expresiones del socialismo europeo del cambio del siglo XIX al XX y profundizar en aspectos poco explorados por Gentile (concentrado en la ritualidad y el simbolismo), en particular, el rol de intelectuales de partido que sustentaban concepciones religiosas en contextos de democratización para expresar que la política, además de la lucha por el poder, tenía que ver con las esperanzas y los sueños del pueblo trabajador.¹⁰

En los siguientes apartados se contextualiza la intervención de Bunge en el marco de los ecos de la Gran Guerra, donde adquiere centralidad su libro *El culto de la vida* (1915). Primero, mediante un breve recorrido por distintos planteos del socialismo internacional, para pasar a ciertos aspectos biográficos y aquellos vínculos político-culturales que se relacionan con el problema que intentó develar. Luego, se procede a un análisis detenido de la obra en la que Bunge fundamentó su planteo del socialismo como religión mediante una recepción de distintas influencias filosóficas que se sumaban a otras de carácter más estrictamente político. Finalmente, se exploran las derivas de su argumento en una serie de polémicas sobre la sacralización de la política como esfera autónoma de la intervención pública de los socialistas, desplegadas desde los debates intrapartidarios del PS hasta ciertas escaramuzas en que se destaca su rol de pensador-militante. Un perfil que mantuvo en su tránsito al PSI, cuando ensayó una nueva recepción del revisionismo socialista de entreguerras como una confirmación de sus ideas. Incluso en sus últimos años de activista antifascista, que escapan a los alcances de este trabajo, su simpatía por el comunismo soviético lo hizo revitalizar la tesis de *El culto de la vida* como una interpretación de la política moderna abierta a una futura consumación del ideal socialista.

⁹ Concepciones aparecidas con las revoluciones de fines del siglo XVIII que ponen en tensión a los planteos sobre el “desencantamiento del mundo”, en tanto el retroceso/adaptación de las “religiones tradicionales” ante aspectos novedales de la vida pública dio paso a la atribución de características sacras a entidades modernas como la Nación, el Estado, la Ciencia o la Clase en una “nueva era de regeneración”. Emilio Gentile, *Les religions de la politique*, París, Seuil, 2005, pp. 14-23; una buena síntesis de los avances posteriores a Gentile en Roger Griffin, “The Evolutions and Convulsions of Political Religion”, en R. Griffin, R. Mallet y J. Tortorice (eds.), *The Sacred in the Twentieth Century Politics*, Nueva York, Palgrave/MacMillan, 2008, pp. 1-18.

¹⁰ Henk te Velde, “The Religious Side of Democracy: Early Socialism, Twenty-first century Populism and the Sacralization of Politics”, en J. Augusteijn, P. Dassen y M. Janse (eds.), *Political Religion beyond Totalitarianism. The Sacralization of Politics in the Age of Democracy*, Nueva York, Palgrave/MacMillan, 2013. El término genérico de “sacralización de la política” da cuenta –para te Velde– de las ambigüedades propias de la política democrática en cuanto a los sentidos de pertenencia aparecidos con los partidos de masas (pp. 44-45). Un análisis de la ritualidad y la simbología del socialismo argentino del cambio de siglo en comparación con el radicalismo autoconcebido como “religión cívica” en Francisco Reyes, “Religiones de la política en la Argentina finisecular. La sacralización de las identidades en el radicalismo y el socialismo (1890-1912)”, *Temas y Debates*, UNR, n° 36, 2018, pp. 85-111.

Breve excursus internacional

La personalidad de Bunge puede instalarse en una estela dentro de la cultura política socialista local e internacional: la de los intelectuales que actuaron desde el romanticismo como *clercs* (clérigos) de la idea socialista, entendiendo por ella una causa de regeneración moral y espiritual de la humanidad a través de un movimiento político de redención terrenal.¹¹ La aparente paradoja de que sostuviera este talante con el declive de las concepciones científicas viene a confirmar el carácter problemático de todo proceso de sacralización de la política y el hecho de que el socialismo sustentaba en sus distintas versiones un profundo carácter metafísico y moral.¹² Un paneo sucinto por algunas posiciones que confluyeron en la heterogénea experiencia de la Segunda Internacional evidencia que aunque a nivel europeo De Man y en el ámbito local Bunge se autoinvistieran como develadores de convicciones precedentes, en realidad retomaban tópicos generalizados en las filas socialistas. La originalidad de ambos radicó menos en el tema en cuestión que en la operación intelectual empleada.

Vale en este sentido remitir temprano a la figura del belga Émile Vandervelde, referente del joven De Man y de la Segunda Internacional. En un folleto sobre la actitud que debían asumir los partidos socialistas frente a las “religiones positivas” afirmaba, al filo del 1900, que “si la religión no es otra cosa que un movimiento hacia el ideal, el socialismo, visto desde cierto punto de vista, se convierte en una religión”. El “ideal” como meta trascendente se complementaba con una estrategia anticlerical que los socialistas debían encarar atendiendo a las especificidades de cada país: combate del catolicismo mayoritario en Bélgica o consideración de la religión como asunto privado por parte de la socialdemocracia marxista en el plurirreligioso Imperio Alemán.¹³ Se advierte aquí una triple clave que se verá luego en el caso argentino: el peso de las tradiciones intelectuales y las culturas políticas en que abrevaba cada referente, las formas de organización y los vínculos militantes gestados hacia su interior y la presencia de la religión en la escena pública en cada momento y lugar. Así, en el fin de siglo la Francia de la laicista Tercera República experimentó el desarrollo de un socialismo idealista –de Benoît Malon a León Blum– cuyo máximo exponente fue Jean Jaurès y su premisa fundamental la construcción de una nueva civilización por la redención del proletariado y la humanidad toda.¹⁴ Según lo expresó este último en un texto inédito que marcó buena parte de su obra, el avance de la ciencia había mostrado la inactualidad del cristianismo pero no había hecho retroceder a las ideas religiosas. Y en tanto la humanidad tendía a realizarse en todas sus potencialidades hacia el infinito, “el socialismo sería una verdadera revolución religiosa”: no había “religiones nuevas, sino solamente diversas formas de una misma

¹¹ Christophe Prochasson, *Les intellectuels et le socialisme, XIX^e-XX^e siècle*, París, Plon, 1997, pp. 140-144. La figura deliberadamente anacrónica del *clerc* remite a la función religiosa que se autoasignaron ciertos intelectuales en la modernidad como herederos laicos de los viejos profetas erigidos en “clase ética” (Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, pp. 37-39).

¹² Gareth Stedman Jones, “Religion and the origins of socialism”, en I. Katznelson y G. Stedman Jones (eds.), *Religion and the Political Imagination*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010.

¹³ Émile Vandervelde, *Le Socialisme et la Religion*, Gante, Volksdrukkerij, 1907, pp. 8-10. Ideas similares del dirigente belga aparecieron en el periódico partidario del PS argentino en: “Enquête sobre Anticlericalismo y Socialismo. Opinión de Emilio Vandervelde”, *La Vanguardia*, 07/02/1903.

¹⁴ Julian Wright, *Socialism and the Experience of Time. Idealism and the Present in Modern France*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

religión eterna”.¹⁵ En la lectura de quien fue considerado ejemplo de primera línea para los socialistas argentinos, el socialismo era una religión sustitutiva.

Otro matiz en la definición de los objetivos últimos de este movimiento político-intelectual proviene del enfoque de Karl Kautsky, principal cabeza teórica de la socialdemocracia alemana, que contrasta tanto con Vandervelde como con Jaurès. Cultor de la “concepción marxista de la historia”, entendía que su tarea consistía en profundizar en los antecedentes del socialismo para así “oponerse a esta tendencia hacia el estancamiento espiritual [...] y dirigir la atención de los proletarios hacia amplios puntos de vista”.¹⁶ En su libro de 1908 sobre los orígenes del cristianismo el socialismo no podía ser concebido como una religión sino antes bien como su sustituto moderno, solo cabía una comparación como analogía. Si la necesidad del comunismo se originaba en las mismas fuentes que el cristianismo primitivo (la pobreza), los sentimientos despertados en el movimiento obrero podían expresarse en términos similares a los de dicho movimiento religioso, pero era la comprensión de las condiciones económicas lo que aportaba la racionalidad a la acción socialista.¹⁷

Ello no obstaba para que otro tipo de marxistas, como los ingleses William Morris y Ernest Belfort Bax, pudieran a su vez enmarcar la compenetración de política y vida cotidiana en la forma de una “religión del socialismo”, haciéndose eco de los disidentes religiosos que terminaron confluyendo en la Federación Social Demócrata.¹⁸ Frente a Bunge, dirigente de un socialismo periférico, estas formulaciones de exponentes del socialismo de entresiglos pueden resultar inconmensurables. Pero permiten comprender que las relaciones entre socialismo y religión constituían un dilema de la hora a inicios del siglo xx y que su clarificación en el marco de una estrategia más general dependía de circunstancias locales que, a su vez, podían verse acicateadas por acontecimientos experimentados como una conmoción en los espíritus.

Un contexto crepuscular

Entender la figura de Augusto Bunge en el momento de definir el “ideal socialista” como un intelectual que se debate ante una crisis civilizatoria obliga a efectuar una entrada al universo de su intervención pública. Miembro de una familia de origen alemán de la élite social argentina de entresiglos, al igual que su hermano Carlos Octavio –reconocido jurista– estudió en la Deutsche Schule de Buenos Aires para pasar por el Colegio Nacional, donde entabló una temprana amistad con José Ingenieros, y el colegio jesuita El Salvador, aunque ya para entonces había dejado de creer en el catolicismo (Carlos Octavio era ateo y otro de sus hermanos, Alejandro, fue un importante economista que militó en el catolicismo social).¹⁹ Ingresó en 1893 a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires y consolidó su vínculo con Ingenieros, quien lo inició en la literatura socialista. Según relatara mucho después, su interés ori-

¹⁵ Jean Jaurès, “La question sociale, l’injustice du capitalisme et la Révolution religieuse” (1891). disponible en: <http://www.jaures.info/dossiers/dossiers.php?val=57_la+question+sociale+linjustice+capitalisme+revolution+religieuse+1891>.

¹⁶ Karl Kautsky, *El Cristianismo. Sus orígenes y fundamentos*, Buenos Aires, Marat [1908], 2013, pp. 18-26.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 504-505.

¹⁸ Sobre la idea de “religión del socialismo” en los orígenes del laborismo británico, véase Mark Bevir, *The Making of British Socialism*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011.

¹⁹ Eduardo Cárdenas y Carlos Payá, *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 197-198.

ginal por la “cuestión social” se despertó al realizar la práctica médica y visitar los conventillos de inmigrantes.²⁰ Esa conmoción emotiva motivada por las injusticias del orden social vigente se completó con los conocimientos aportados por la guía de Ingenieros y la presencia del médico Juan B. Justo, uno de los creadores del Centro Socialista Obrero y del periódico *La Vanguardia*, hasta su participación en la fundación del Centro Socialista Universitario a fines de 1894. Desde ese momento, se sintió entregado a una causa y –según sus palabras– encontró “en la doctrina socialista un ideal que vivió casi como una religión”.²¹ La concepción del socialismo como movimiento redentor y su pertenencia a la *intelligentsia* del naciente PS devinieron marcas indelebles de su intervención.

La militancia combinada con un saber específico, la medicina higienista, le otorgó autoridad en esa paradigmática forma de intervención que fueron las conferencias socialistas, luego de recibirse con una tesis sobre la tuberculosis (una “enfermedad social”) y exponer en la Sociedad Luz sobre biología, militarismo y ciencias. El carácter de experto redundó también, además de la docencia en Patología Interna en la Universidad de Buenos Aires, en la convocatoria a colaborar en las iniciativas reformistas de los gobiernos liberal-conservadores, como el proyecto de Código Nacional del Trabajo o el informe del Departamento Nacional de Higiene sobre las condiciones del trabajo industrial. Para ello fue comisionado a Europa y después nombrado jefe de la Sección de Higiene Industrial y Social del Departamento.

Bunge construyó además una estrecha relación con representantes de la vanguardia cultural, al abreviar en otro tipo de sociabilidad por su amistad con el también socialista Roberto Giusti y atravesar juntos distintos avatares del socialismo partidario.²² Esta colaboración y el ascenso de la figura de su cuñado, el escritor Manuel Gálvez, explican la presencia de Bunge en los cenáculos de la revista *Nosotros*,²³ espacio que facilitó la publicación de su libro *Polémicas* (1918) –con Gálvez como editor– y un año después del folleto *Democracia burguesa y democracia proletaria*, con el sello Adelante a cargo del socialista Alfredo Bianchi, que por esos años, en cercanía con la revista *Claridad*, editó algunas de las conferencias de Ingenieros que dieron lugar a *Los tiempos nuevos*. Si a esto se suma la participación de Bunge en la *Revista de Filosofía* de Ingenieros y una intervención destacada en el número que la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* dedicó en 1915 al PS, puede calibrarse mejor la importancia que revistiera para Bunge *El Culto de la Vida*, un grueso volumen cuyos argumentos fueron adelantados en esas revistas.

Sus ideas fueron escanciándose de manera que recién con la situación creada con la Gran Guerra cobraron forma acabada. Ya en su informe sobre la higiene social de 1910 se evidencia una visión optimista, cuando no utópica, sobre la evolución civilizatoria en un proceso de “perfeccionamiento progresivo”, una “obra de regeneración” que presentaba “el ideal de una hu-

²⁰ Augusto Bunge, *Memorias inéditas*, transcritas en Cárdenas y Payá, *La familia*, pp. 279-280. Los motivos esgrimidos por Bunge para su “conversión al socialismo” muestran grandes similitudes con una gran cantidad de memorias militantes que repiten en secuencia: el motivo social, el detonante ético y el deslumbramiento doctrinario (Francisco Reyes, “De lecturas, maestros y sociabilidades. Memorias militantes y conversión al socialismo en el fin-de-siglo”, en A. Lazzeretti y F. Suárez (eds.), *Socialismo & Democracia*, Mar del Plata, EDUNMP, 2015, pp. 167-192).

²¹ *Ibid.*, pp. 284.

²² Roberto Giusti, *Visto y vivido*, Buenos Aires, Theoría, 1999, pp. 185-190.

²³ Sobre la presencia de un destacado grupo de militantes socialistas en la revista, Leticia Prislei, “La primera década de *Nosotros*: interrogaciones acerca de los intelectuales, Latinoamérica y la política”, en Leticia Prislei (dir.), *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales en el siglo xx*, Buenos Aires, FFyL, 2015, pp. 27-47.

manidad cada día más fuerte, más bella y más feliz”. Estos argumentos, pensados para el marco de las políticas estatales, eran presentados en deuda con la particular versión socialista de los fabianos británicos, en este caso, la *Historia de los tiempos venideros* de Herbert C. Wells.²⁴ Una influencia que le permitía conciliar la misión palingenésica del socialismo con las “funciones sociales del Estado” para mejorar las condiciones de vida de las masas obreras.²⁵ Pero dicha misión abarcaba entre sus ambiciones el nacimiento de un nuevo mundo con hombres y mujeres regenerados, una revolución social que era en el fondo –como en Jaurès y Vandervelde– una revolución moral.

Para 1914 se encontraba en la Suiza neutral y desde allí contempló el derrumbe de la civilización de la *Belle Époque* y la crisis de la política socialista, pero una vez en la Argentina sus intervenciones en *La Vanguardia* contrastaron con la posición mayoritaria de la dirigencia del PS, de modo que fue acusado de “germanófilo” por su denuncia del “imperialismo de ambos bandos” y el rescate de la cultura alemana, pese a defender el pacifismo que había caracterizado a la Internacional.²⁶ Un pacifismo expuesto en *Nosotros* y en *Claridad*, por la traducción y los prólogos a los libros *El hombre es bueno*, de Leonhard Frank, y *Hombres en la guerra*, de Andreas Latzko,²⁷ así como en *El socialismo y los problemas de la paz* (1919). Tal como lo explicitó en la encuesta de *Nosotros* de 1915, para Bunge la guerra europea era una inflexión que iba más allá de la competencia interimperialista del capitalismo mundial: “la crisis del siglo” que aceleraría los tiempos y generaría una “metamorfosis de la humanidad” al convocar a las fuerzas de las masas que darían paso a la “democracia integral colectivista” y el “ideal humanista”. Al retomar el diagnóstico de los socialistas fabianos sobre la evolución del capitalismo, para Bunge el Estado fortalecía sus funciones al asumir el principio del colectivismo por el esfuerzo de guerra y su síntesis reactualizaba una mitología: “Prometeo robó a los dioses el fuego del cielo”.²⁸

Un común denominador dentro del círculo de *Nosotros* fue el diagnóstico de que la guerra mundial había desatado un sacudimiento espiritual, advirtiéndose matices como el expuesto por Carlos Ibarguren en la fiesta de la revista de 1917, cuando habló del “cataclismo” que generaba una “confusión espiritual semejante a la que debieron sentir los romanos del siglo II” por “esas multitudes de millones de hombres” movidos por “el ideal de su patria”. Mientras para Giusti el “huracán” continuaría su marcha, de forma que no bastaba que la “vieja civilización cristiana vacila[ra] sobre sus cimientos”, sino que quienes interpretaran ese crepúsculo debían tener “el valor, si es necesario, de renegar del pasado, y la inquietud de penetrar en el porvenir”.²⁹ El lenguaje común reflejaba bien el despertar neoidealista que dio la tónica a la “nueva sensibilidad” de posguerra al socavar supuestos y convicciones deudoras de la cultura

²⁴ Sobre el lugar de la literatura utópica en el socialismo fabiano, Piers Hale, “Of Mice and Men. Evolution and the Socialist Utopia”, *Journal of the History of Biology*, n° 43, 2010, pp. 17-66.

²⁵ Augusto Bunge, *Las conquistas de la higiene social*, Buenos Aires, Penitenciaría Nacional, 1910, p. 14.

²⁶ Su posición ante el conflicto mundial en Claudia de Moreno, “¿Cultura o civilización?: Augusto Bunge y la Primera Guerra Mundial”, *Épocas*, n° 5, 2012, pp. 33-53; para el socialismo en general, Patricio Geli, “Revolución en la Gran Guerra: el Partido Socialista de la Argentina ante la anomalía rusa de 1917. Tres breves consideraciones sobre una mirada temprana”, *Prismas*, n° 21, 2017, pp. 225-232; para el debate intelectual y los motivos de las distintas posiciones en el ámbito local, Halperin Donghi, *Vida y muerte*.

²⁷ Augusto Bunge, “Hombres en la guerra”, *Nosotros*, n° 130, 1920, pp. 325-336.

²⁸ Augusto Bunge, “La guerra europea y sus consecuencias”, *Nosotros*, n° 70, 1915, pp. 139-149.

²⁹ “La fiesta de ‘Nosotros’”, *Nosotros*, n° 101, 1917, pp. 88-113.

científica de entresiglos. La misma operó como marco del nuevo compromiso de Bunge en medio de las agitaciones suscitadas con el proceso de democratización en el país, la conflictividad social y el ciclo de revoluciones europeas que siguieron como eco de la guerra. Se definía así el escenario en que aquel desplegó su pretendida magistratura.

El ideal socialista como religión

Aun sin profundizar en los antecedentes románticos del socialismo rioplatense, cuando la “joven generación” de 1837 postulara una “creencia social” en torno tanto a una “religión de la patria” como a una “religión racional del porvenir”,³⁰ la intervención de Bunge como *clerc* contaba con antecedentes significativos. Aunque la sacralidad de esta causa política nunca llegó a ser formulada con la pretensión de sistematicidad que alcanzó en *El culto de la vida*. Ya en torno a 1900 se había experimentado un clima en que el ideal socialista fue presentado como una “nueva fe”, un credo que venía a suplantarse las viejas creencias de los sentimientos populares, en un momento de particular anticlericalismo y ante el surgimiento de organizaciones católicas como los Círculos de Obreros. La diversidad de posiciones ya advertida en el socialismo internacional tenía su correlato local.

Lo cual era válido para alguien formado en el mesianismo judío como Enrique Dickmann. En ese contexto, el planteo de este dirigente del PS ubicaba la dimensión trascendente del socialismo en la tensión entre ciencia y religión, según la cual la creencia religiosa tradicional era incompatible con la razón, pero no así la creencia política en el socialismo, guiado por un saber racional (“El socialismo es la fe positiva y real”).³¹ En otro registro, el de la sustitución de la religión, también lo expresó Ingenieros, exponente del positivismo que entraría en crisis. En una conferencia en la Escuela Libre Socialista, después de analizar el cristianismo como parte del desenvolvimiento de las sociedades civilizadas y sus “tendencias a la reforma social”, caracterizó la figura de Jesús como paradigma político (“apóstol y caudillo”), estableciendo una analogía entre las ruinas de una civilización (Roma primero, la modernidad cristiana después) y la emergencia de otra nueva heredera de los restos útiles de la precedente (del cristianismo al socialismo).³² Incluso para Justo –reacio a otorgar significación a estas expresiones salvo en el capítulo “La religión, la ciencia, el arte” de su obra más ambiciosa, *Teoría y práctica de la Historia*, como lo ha demostrado Leticia Prislei– el socialismo era una instancia superadora de las iglesias instituidas, un sucedáneo en la emancipación moral y espiritual del pueblo.³³

La espera de una inmediata revolución social, catástrofe milagrosamente creadora, se substituye a la del juicio final [...] y la sociedad futura ocupa en los corazones el lugar del paraíso. Infinitamente superior a las religiones por sus fundamentos objetivos y su influencia sobre la

³⁰ Horacio Tarcus, *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*, Buenos Aires, FCE, 2016, pp. 168-175.

³¹ Enrique Dickmann, “Reflexiones” y “La nueva fe”, *La Vanguardia*, 08/07/1899 y 01/05/1898.

³² José Ingenieros, “Las doctrinas sociales de Jesús”, *La Vanguardia*, 21/04/1900. Para ubicar a Ingenieros en el marco de la “cultura científica”, cf. Terán, *Vida intelectual*.

³³ Francisco Reyes, “Religiones de la política”, pp. 85-111.

conducta de creyentes y profanos, ese exaltado idealismo tiene, sin embargo, algo de éstas, y puede decirse que es el lado religioso del socialismo.³⁴

En retrospectiva, Giusti afirmó que los momentos del 1900 y la posguerra fueron vividos por los militantes de izquierdas con un verdadero “sentimiento mesiánico” en que parecía que los “hombres creyeran religiosamente que estaban a punto de cumplirse las profecías de sus apóstoles y que el reinado de la Justicia no tardaría en descender sobre la tierra”.³⁵ Los socialistas advertían con razón un revival espiritual que coincidía con lo que Roberto Di Stefano definió como el ocaso del momento laico de la secularización en la Argentina. Fenómeno signado desde fines del siglo XIX por una pérdida de la capacidad normativa de las religiones tradicionales, por la fragmentación de las fuentes de la trascendencia y por la emergencia de nuevas creencias que se proponían sustituir o superar las emanadas de aquellas.³⁶ En el contexto de la guerra, para los dirigentes y los intelectuales del PS la secularización se revelaba como una empresa incompleta.

En este clima condensó Bunge sus argumentos sobre el carácter sacro de la causa socialista. En un número especial de la *Revista Argentina de Ciencias Políticas* se ocupó de un campo de inquietudes que estaba ausente en los escritos simultáneos de Justo, Mario Bravo, Dickmann o Enrique Del Valle Iberlucea. Antes que un programa económico-político o un saber científico, el socialismo era para Bunge un ideal, una “nueva ética-religión de la vida”.³⁷ Arribaba a esta tesis luego de transitar distintas fuentes intelectuales que permiten advertir los desplazamientos propios de esas primeras décadas del siglo cuando, sin abandonarse del todo un positivismo antes hegemónico, ganaban lugar las nuevas tendencias filosóficas que reaccionaban frente al mismo y entre cuyos cultores Jorge Dotti ubicó a Augusto Bunge.³⁸ No obstante, preocupado por el cambio de paradigmas, escapan a su reflexión los precedentes y el recorrido posterior del dirigente socialista: Bunge habría exacerbado las tensiones entre la necesidad determinista y la libertad de acción de los sujetos, y el aspecto más original de su obra era un “vitalismo de corte espiritualista”.³⁹ Un análisis en términos de sacralización de la política permite arrojar luz también sobre otras aristas del socialismo de posguerra.

Por un lado, el término “Ideal” formaba parte del lenguaje esotérico de la militancia socialista y había sido utilizado por Ingenieros cuando revistaba en las filas del PS para dar cuenta de la dimensión utópica del socialismo. No sorprende entonces que Bunge partiera de la definición del idealismo que aportara aquel en *El hombre mediocre* (1913) como “una hipótesis del mejoramiento posible”. Como ha demostrado Mariano Plotkin, esta noción articula-

³⁴ Juan B. Justo, *Teoría y práctica de la Historia*, Buenos Aires, La Vanguardia [1909], 1947, p. 506.

³⁵ Giusti, *Visto y vivido*, p. 88.

³⁶ Roberto Di Stefano, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, pp. 278-281. Por secularización se entiende “un conjunto de reacomodamientos, adaptaciones, diálogos y cambios en la cuadrícula de categorías que la sociedad establece para concebir el conjunto de fenómenos que en su universo de representaciones constituye ‘lo religioso’”. R. Di Stefano y J. Zanca (comps.), *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos XIX y XX)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016, p. x.

³⁷ Augusto Bunge, “El ideal socialista”, *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, vol. XX, 1915, pp. 178-190.

³⁸ Jorge Dotti lo entiende en una clave que se extrae del mismo corazón del pensamiento positivista, la tensión entre ciencia y ética en las obras de tres referencias ineludibles para Augusto Bunge (Justo, Carlos Octavio e Ingenieros) y en la suya misma (Jorge Dotti, “Las hermanas-enemigas”, p. 71).

³⁹ *Ibid.*, p. 91.

dora del libro de Ingenieros se tensionaba entre la primacía de la experiencia, categoría cara al legado positivista, y el mandato moralizante de una renovación del espíritu vinculada al magisterio intelectual.⁴⁰ Tensión en la que el mismo Bunge abrevó en una colaboración de corte científicista para la *Revista de Filosofía*.⁴¹

Pero por considerarlo impreciso para sus fines, Bunge amplía el concepto de “Ideal” para comprenderlo como “el símbolo de un andamiaje que se construye sobre la realidad presente, para levantar sobre ella los bloques de una realidad superior [...] [que] debe representar un mayor valor espiritual”.⁴² Este “ideal integral” que reivindicaba –con su correlato en la noción de “democracia integral” de los ensayos fabianos– permitiría llegar a una “noción trascendente de la unidad”. Venía a operar una síntesis de pares antitéticos (espiritualismo/materialismo, individualismo/colectivismo, determinismo/voluntarismo) al acceder al “campo de lo trascendente” mediante lo que denomina un proceso psíquico en el que el método objetivo (ciencia) se ve motorizado por el móvil subjetivo (ética-religión). Por ello afirmaba que la doctrina socialista era el resultado de un conjunto de acciones colectivas que se fundaban en el sentimiento despertado en los individuos en su búsqueda de una humanidad más fuerte, más bella y más inteligente. El mero bienestar material no podía satisfacer una demanda que proyectaba el deseo del hombre de ser “dueño de su propia historia, su propia Providencia, su propia Divinidad”.⁴³ Un planteo similar a los motivos de Jaurès en “*Idéalisme et matérialisme dans la conception de l’histoire*” (el debate con su rival marxista Jules Guesde).⁴⁴ Ausencia llamativa en Bunge de quien actuó como una presencia virtualmente ecuménica para el PS argentino a partir de su dimensión ética,⁴⁵ que puede vincularse con una admiración por la cultura alemana (que Jaurès compartía) y lo llevaba a valorar el papel del Estado para ciertas reformas sociales.

Se entiende cómo para Bunge la Gran Guerra era una inflexión que abría un nuevo horizonte de expectativas y el desencadenamiento de nuevas fuerzas humanas: la “crisis moral” devendría “revival ético-religioso”, oportunidad para que la utopía se reconstruya como “la invención del porvenir en lo social” o la “actualización de una esperanza”.⁴⁶ La propuesta proyectaba así una doble convicción: la del creyente y la de quien adhiere racionalmente a esa creencia, lugar propio de un intelectual de partido que podía al mismo tiempo poseer los conocimientos científico-doctrinarios y participar de los misterios que implicaba la entrega a la causa, adecuando ese saber para los militantes según los cambios del espíritu y de la teoría.

Conviene detenerse brevemente en esta particular combinación de fuentes. Si la obra de Ingenieros y la referencia a Justo –quien prologó *El culto de la vida* y reconocía en Bunge a alguien “emancipado de todo dogmatismo”– lo vinculaban con la cultura científica afín al socialismo, otras influencias revelan la originalidad de su propuesta. Por caso, las citas de Carlos

⁴⁰ Mariano Plotkin, “José Ingenieros, *El Hombre Mediocre*, and the Struggle for Survival”, en *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*, Nueva York, Oxford University Press, 2016, pp. 1-26.

⁴¹ Augusto Bunge, “Los fundamentos biológicos de la moral”, *Revista de Filosofía*, vol. II, n° 2, pp. 69-83.

⁴² Augusto Bunge, *El culto de la vida*, Buenos Aires, Perroti, 1915, p. 423.

⁴³ Bunge, “El ideal socialista”, p. 186.

⁴⁴ Cf. Wright, *Socialism*, pp. 41-48.

⁴⁵ Juan Viana, “Jean Jaurès en el discurso del socialismo argentino: Juan B. Justo, Alejandro Korn y la cuestión del socialismo ético”, *Políticas de la Memoria*, n° 10-12, 2009-2011.

⁴⁶ Bunge, *El culto de la vida*, pp. 27, 395 y 414.

Octavio, Agustín Álvarez o Spencer confirmaban la adhesión al cientificismo evolucionista. Pero la inspiración doctrinaria de su socialismo no era la que gozaba de mayor recepción dentro del PS, aunque sí asignaba un lugar privilegiado al intelectual en la figura del experto. Ocupan un lugar privilegiado los *Fabian Essays in Socialism* (1889), editados por George Bernard Shaw, e *Industrial Democracy* (1897), de Sydney Webb y Beatrice Potter-Webb. El “socialismo de Estado” fabiano era un organismo que coordinaba el conjunto de las funciones sociales como un “verdadero principio moral”.⁴⁷

Por otro lado, sus alusiones críticas pero recurrentes al idealismo alemán, sobre todo la noción de “imperativo categórico moral” de Kant, que lo llevó a rastrear la motivación del Bien en que se fundaba el socialismo y concluir que allí radicaba el vitalismo al que rendir culto.⁴⁸ Un principio que consideraba en última instancia trascendente, incognoscible y religioso. En deuda con el último capítulo de *Teoría y práctica de la Historia* de Justo, eran entonces las “actividades superiores del hombre”, la ciencia y el arte, que buscaban la verdad y la belleza que el socialismo promovía en su perfeccionamiento para que lo ayudasen en su búsqueda, las que “conducen a la integración máxima de la vida por la creación incesante de nuevos valores espirituales”.⁴⁹ Se llega así al núcleo de la propuesta de Bunge, en que se superan las definiciones económico-políticas del socialismo, lo que permite filiarlo a su vez en ciertas tendencias irracionalistas del pensamiento finisecular que se mixturan con los trazos más claros de la reacción espiritualista. En los capítulos más provocadores del libro adquieren centralidad teólogos como el alemán Johannes Müller, tratadistas religiosos como el inglés Harold Fielding-Hall u orientalistas como Friedrich-Max Müller. Del primero, que interpretó el Sermón de la Montaña de Jesús como punto de partida de una “nueva moral”, Bunge extrajo un “deísmo trascendental” según el cual las manifestaciones vitales eran producto del sentimiento de inmortalidad del hombre, mientras que del segundo –cita *The Soul of the People* (1897) y *The Hearts of Men* (1902)– se apropia de su definición de la religión como “el eco que el infinito despierta en el corazón de los hombres”.⁵⁰

De acuerdo con esta literatura, la explicación de las motivaciones humanas combinaba la búsqueda de la trascendencia, un misterio incognoscible pero causal, con su carácter de racional y “positivo”. La crisis de la razón finisecular prolongada en el período de entreguerras ya había dado lugar a mitologías que nunca perdieron la pretensión de explicar de forma integral el mundo,⁵¹ aunque ahora con nuevos instrumentos, y por eso Bunge aseguraba que el socialismo no caería con la crisis civilizatoria ya que su núcleo idealista lo dotaba de una “voluntad creadora”. Tomó el concepto de “voluntad” del célebre *L'évolution créatrice* (1907), de Henri Bergson –la existencia como flujo incesante donde subyacía una razón inconsciente y desinteresada–⁵² y lo asoció a la “evolución creadora” de Shaw –rechazo del determinismo darwiniano a partir de la longevidad de la humanidad–. Bunge resumió estos planteos filosóficos del cambio de siglo con una fórmula que auguraba el ascenso espiritual

⁴⁷ *Ibid.*, p. 393. Sobre la importancia de los intelectuales en el socialismo fabiano, Bevir, *The Making*, pp. 196-220.

⁴⁸ El neokantismo sería una de las influencias (menor dentro del libro) que permitirían ubicar a Bunge en la estela de la reacción antipositivista (Dotti, *La letra gótica*, p. 185).

⁴⁹ Bunge, *El culto de la vida*, pp. 34 y 377.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 155 y 182-183.

⁵¹ John Burrow, *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Barcelona, Crítica, 2001.

⁵² *Ibid.*, pp. 227-230.

del hombre nuevo: “El *homo sapiens*, descendiente del *homunculus*, puede osar creerse precursor del *homo divinus*”.⁵³

El culto de la vida de Bunge resumía su concepción vitalista del socialismo como un fenómeno que, por buscar la elevación trascendente de la humanidad, era capaz de adaptarse creativamente a la contingencia de las catástrofes. Saldría más fortalecido que sus adversarios porque en el marco de la guerra ellos expresaban la decadencia de la civilización que quedaba atrás. Ahora bien, cabe preguntarse qué implicaciones más estrictamente políticas tenían estas ideas, cómo operaron en el debate en el interior y hacia afuera de la formación en que se inscribía y, por otro lado, en qué sentido ello contribuyó a una sacralización de la política socialista.

Un culto de la política

Dos polémicas sostenidas por Bunge, vinculadas con su libro, permiten ubicarlo en el contexto más general de las tendencias abiertas por la política de masas y su legitimación como intelectual en el PS. Su carrera política no careció de notoriedad en los años subsiguientes al ejercer una diputación nacional desde 1916 hasta la década de 1930, desde donde promovió proyectos de ley sobre educación pública y un sistema de seguridad social integral. También por su paso como director del efímero periódico *La Hora*, que simpatizó con la Revolución Rusa, y luego, en 1923, de *La Vanguardia*. Y, sobre todo, por integrar el grupo que en 1927 conformó el PSI, donde dirigió el periódico *Libertad*, mientras que en la década de 1930 dio lugar junto con Giusti a una escisión por izquierda, Acción Socialista (1934) y luego al Partido Socialista Obrero ya como militante del antifascismo. En todas estas instancias Bunge defendió un lugar para quienes reconocía como sus pares en una función intelectual que ligaba a dirigentes y masas. Como lo expresara en su libro de 1915, donde coincide con algunas ideas que luego Ingenieros expuso en *Los tiempos nuevos*: “son centros de condensación de la mayoría quienes consiguen convencer a un mayor número de ciudadanos de que sirven sus intereses o sus ideales”.⁵⁴

Para lo que aquí importa, recibió del poeta Leopoldo Lugones una devolución crítica de su libro publicada en el diario *La Nación*. La piedra de toque tenía que ver con su tesis del socialismo como una nueva religión. Lugones había sido sindicado en un pasaje como exponente local del “anarquismo romántico”, una tendencia individualista y aristocratizante que para Bunge estaba condenada a desaparecer en el porvenir. Para el ex socialista la propuesta del libro exudaba los peligros del colectivismo en su forma democrática, un despotismo de las mayorías que no podía ser mejor que las autocracias. De manera maliciosa, Lugones –que era partidario de la Entente en la Gran Guerra– recordó a Bunge sus “afinidades de raza” con el Imperio Alemán, deslizando que el “socialismo de Estado” tenía mucho de dicho modelo. Cuestionaba no solo el régimen democrático sino también las propias creencias socialistas, que más que un culto de la vida eran para Lugones un “culto de la política”.⁵⁵ Aseguraba que la

⁵³ Sobre la “evolución creadora” de Shaw, véase Hale, “Of Mice and Men”. La inspiración de su vitalismo eran los “grandes pensadores actuales, se declaren pragmatistas o biólogos”: Bergson, el químico Friedrich Ostwald o el filósofo Rudolf Eucken, quienes propondrían una “divinización de la vida” (Bunge, *El culto de la vida*, p. 427).

⁵⁴ Bunge, *El culto de la vida*, pp. 366-368.

⁵⁵ Leopoldo Lugones, “El culto de la vida”, *La Nación*, 21/11/1915, en Augusto Bunge, *Polémicas*, Buenos Aires, Cooperativa Editorial, 1918, p. 168.

“búsqueda del orden perfecto” por parte del socialismo proponía una “visión del Paraíso” heredera del cristianismo pero, al igual que el republicanismo o el parlamentarismo, los juzgaba destinados a quedar sepultados por la autocracia militar desatada por la guerra.⁵⁶

Con una carga invertida, Lugones se hacía eco de la tesis de Bunge y este se hizo cargo en su réplica del carácter “doctrinario” de su intervención y encontró pertinente la imputación del “culto de la política” por el socialismo en tanto “idealismo constructivo”. Rechazaba, en cambio, que su socialismo de Estado pudiera incubar un peligro para el individuo, que se vería potenciado en sus virtudes por la colectividad. Finalmente, volvía a negar que su modelo fuera el alemán al sacar a relucir su socialismo fabiano.⁵⁷

Pero la querella sobre el vínculo entre socialismo y religión, derivado del trasfondo ético del primero, se fundaba en la cuestión partidaria de cómo concebir (y no refundar) la identidad socialista. Con esa intención, Bunge publicó en 1915 una serie de artículos en *La Vanguardia* para rebatir un proyecto de reforma de los estatutos del PS que un sector promoviera para sancionar la incompatibilidad de la militancia socialista con toda profesión de fe religiosa. Cuestión nunca del todo resuelta –encarada en otras latitudes tanto por Vandervelde como por la socialdemocracia alemana– pese a que el V Congreso de 1903 había rechazado la propuesta de obligar a una conducta antirreligiosa de los afiliados.⁵⁸ Martín Casaretto, representante del “ala izquierda” del PS, expresó algunos años después una opinión latente cuando denostó la falta de un criterio único entre los socialistas “frente a las religiones”. Su perspectiva pretendía encarnar la “doctrina científica” del PS y este no debía ser neutral, para cerrar con una sentencia: “creemos que las creencias religiosas son incompatibles con el socialismo”.⁵⁹

Bunge respondió a estas posturas al juzgarlas erradas y peligrosas. Giusti rescató ese espíritu en el prólogo de *Polémicas*, al apoyar su planteo como un alegato por la libertad de conciencia.⁶⁰ Otro proyecto estatutario fue finalmente rechazado en el Congreso de 1916, como asegurara en “Socialismo y religión” (1918), que reunía sus escritos sobre el tema. El primero, fundado en que el socialismo no podía prescindir de las creencias religiosas, causó un acalorado aluvión de cartas dirigidas al órgano del PS. El objetivo era sacudir ciertos prejuicios extendidos en las filas partidarias.

Si el problema fundamental del socialismo democrático era “de orden moral”, sobre valores comunes, Bunge consideraba que el PS debía concentrar sus esfuerzos en lo que las creencias tenían de político: las relaciones del Estado con las diferentes iglesias institucionalizadas, y considerar las creencias religiosas como parte “del fuero privado de cada conciencia”. Aquí radica su explicación más precisa en torno a lo que ahora se conoce como sacralización de la política. El obstáculo que hallaba en el sentido común socialista era la hostilidad contra la “idea religiosa” *tout court*, que seguía a una idea muy estrecha de lo que se entendía por religión y a la dificultad para distinguir el anticlericalismo –al que Bunge adhería– del sentimiento antirreligioso.⁶¹ No consideraba al socialismo como una religión en tanto mera metáfora, sino por la ampliación de dicho concepto en la modernidad: “Así como evoluciona el contenido de

⁵⁶ Lugones, “El culto de la vida”, pp. 170-171.

⁵⁷ Augusto Bunge, “El socialismo y los individualistas”, en *Polémicas*, p. 180.

⁵⁸ Jacinto Oddone, *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1983, pp. 174-175.

⁵⁹ Martín Casaretto, “El socialismo y las religiones”, *Revista Socialista Internacional*, n° 4, pp. 269-271.

⁶⁰ Roberto Giusti, “Prólogo”, en Bunge, *Polémicas*, pp. 5-11.

⁶¹ Augusto Bunge, “Socialismo y religión”, en *Polémicas*, pp. 103-105.

tantas otras palabras, evoluciona hoy, lo mismo que hace siglos, el de la palabra religión”.⁶² Su propia definición se colocaba en un plano diferente del científico al incluir a movimientos como el socialismo, un “idealismo trascendente [...] esencialmente emocional”.⁶³

La religión socialista era una “religión de libertad” y no una “nueva iglesia”, porque no encontraba en su seno principios dogmáticos ni ritos inmutables, no se reglamentaba la vida de los afiliados hasta expulsar a los “herejes”, sino que se sostenía en su “vitalismo creador”. Contraponía su sentido progresivo frente al reaccionario de las religiones tradicionales, aunque como el cristianismo temprano hubieran tenido etapas progresistas,⁶⁴ argumento evolucionista ya esgrimido por un Kautsky o por el propio Ingenieros. ¿Cuál debía ser entonces la política religiosa del PS en un marco de democratización? Era necesario escindir las creencias íntimas de los asuntos públicos, lo único que contaba en el partido era la adhesión a los métodos y la teoría socialista para ampliar la interpelación hacia las masas, “en vez de rechazar secamente a los que desean colaborar con nosotros, con el nimio pretexto de que tienen ésta o aquella debilidad [...] atraer el mayor número posible de trabajadores capaces de contribuir a la gran obra histórica [...] Lo importante es no dejar que nos traigan el confusionismo”.⁶⁵

Según Bunge, el socialismo proponía una misión de redención pero, desligándose del más allá, la trascendencia solo podía ser terrenal: “nosotros queremos nuestra salvación en *esta* vida”.⁶⁶ Legitimaba así a la figura articuladora del intelectual de partido, por su capacidad para guiar la “acción inteligente” de las masas organizadas, delinear métodos de acción y teoría para identificar ese confusionismo denunciado en los partidos “inorgánicos”. Como buena parte del positivismo finisecular, Bunge era consciente de que con la democratización la política sería protagonizada por las multitudes, “el pueblo organizado en masa”. Aseguraba que ella podía caer en la “imitación irreflexiva”, pero gracias a la guía del socialismo y del Estado asumiendo nuevas funciones culturales –particularmente la educación obligatoria– era posible canalizar esas fuerzas hacia una regeneración moral e intelectual. Con el avance de la democracia y la secularización –aunque la considerara todavía incompleta en la Argentina– tomaba forma el instrumento más poderoso para el colectivismo y la emancipación social: “El estado se hace religioso a medida que se hace laico, pues eso es lo que significa encargarse de dichas funciones, consideradas antes atributos de las iglesias”.⁶⁷

Funcionario gubernamental hasta su ascunción como diputado en 1916, a diferencia de otros socialistas que sustentaban una visión societalista Bunge confiaba en que el Estado era clave para la misión regeneracionista del socialismo, extendiendo así la labor pedagógica del partido para abarcar al conjunto de lo público. Ello le permitía pensar el socialismo como una religión de la política, con una concepción del poder que resultó importante entre los motivos de quienes protagonizaron la escisión del PSI, como demostró Leticia Prislei.⁶⁸ Esa función

⁶² Augusto Bunge, “Socialismo y religión”, en *Polémicas*, p. 111.

⁶³ *Ibid.*, pp. 118-122.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 128.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 133-134.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 136.

⁶⁷ Bunge, *El culto de la vida*, p. 260. Al Estado “le corresponde la suprema autoridad religiosa, en el amplio sentido de esta palabra: autoridad moral, coordinadora de las actividades en el sentido del bien actual o futuro de la comunidad” (*ibid.*, p. 258).

⁶⁸ Prislei, “Periplos intelectuales”. Sobre el societalismo en el PS, Ricardo Martínez Mazzola, “Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal”, *Papeles de Trabajo*, n° 8, 2011, pp. 35-52.

estatal fue debatida en la Cámara de Diputados en 1920, cuando Bunge intercambió argumentos con el católico Gustavo Martínez Zuviría –del Partido Demócrata Progresista– en relación con la separación de Iglesia/Estado. Para Bunge el progreso del país y las leyes laicas imponían consumir esa división y, ante la acusación de sectarismo, aludió a su propia ruptura con el catolicismo y a su militancia: “Si quisiera tomar la palabra sectario en un sentido elevado de fe en un ideal superior, aceptaría con agrado la calificación”. A diferencia del catolicismo –continuaba– “No nos preocupa el cielo [...] Lo que queremos es realizar, en este mundo en que actuamos [...] un mundo de justicia, de verdad y de belleza”. Y luego de una intervención de Antonio de Tomaso sobre las causas pendientes del divorcio y la separación Iglesia/Estado, Enrique Dickmann finalizó con una sugestiva reflexión asegurando que, justamente porque se consideraba como socialista “un espíritu profundamente religioso”, el respeto y la igualdad de las creencias ajenas implicaba la neutralidad del Estado en materia eclesiástica.⁶⁹ Ante lo que consideraban un avance del clericalismo auspiciado por el nuevo gobierno radical, los socialistas volvían sobre su convicción anticlerical al enfatizar en la necesaria separación de esferas para completar la secularización del país.⁷⁰

En esa década de 1920 en que la reacción antipositivista cuestionaba distintas certezas de la *Belle Époque*, el recorrido partidario de Bunge reconoció un hilo de continuidad en el sostenimiento de su tesis del socialismo en relación con el fenómeno religioso, al privilegiar la coherencia de sus ideas pese a los avatares de la política práctica, aunque ese camino no estuvo exento de novedades. En primer lugar, tradujo una serie de artículos del pastor protestante socialista alemán August Bleier, al que consideraba la punta de lanza de la “corriente idealista” que estaba renovando por la tolerancia religiosa al socialismo de posguerra.⁷¹ Como confirmación de su prédica, una vez creado el PSI, comenzó una sostenida recepción en el periódico *Libertad* de la obra de Henri de Man, a quien comenzó a definir como máximo exponente del espiritualismo de posguerra. Ello cobra sentido en tanto Bunge mantuvo una inquieta actitud ante las novedades intelectuales europeas y, en el caso del socialista belga, estas confluían con las suyas. Algo no advertido por el trabajo de Prislei sobre la trama político-intelectual del PSI, quien focaliza la recepción del revisionismo de De Man en las propuestas corporativas del “planismo” en los años 1930.⁷² En cambio, la iniciativa previa de Bunge incluyó la publicación de conferencias dictadas en la Universidad de Buenos Aires, la traducción en forma de folletín de algunos comentaristas de De Man sobre la “crisis doctrinaria del socialismo”, de lectores locales centrados en el revisionismo del belga y traducciones del autor del recientemente aparecido *Más allá del marxismo*.⁷³

Se trataba para Bunge de demostrar el carácter del socialismo como “movimiento histórico esencialmente emocional y subjetivo y de altos móviles espirituales”, guiado por una doctrina que “se transforma permanentemente”. Perdían así validez algunos de los postulados del marxismo como teoría económica, cuyo mayor error era en su opinión la primacía de una

⁶⁹ Citado en *El Estado y la Iglesia. El clericalismo contra el Partido Socialista*, Buenos Aires, Comisión Pro-Casa del Pueblo, 1920, pp. 10-12, 12-19 y 33.

⁷⁰ Di Stefano, *Ovejas negras*, pp. 287-289.

⁷¹ August Bleier, “Consideraciones sobre socialismo y religión”, *La Vanguardia*, 30/04 y 01/05/1922.

⁷² Prislei, “Periplos intelectuales”, pp. 239-243.

⁷³ “Henri de Man y el sentido ético del socialismo”; “La concepción marxista de la lucha de clases y su crítica”; Andres Philip, “Henri de Man y la crisis doctrinaria del socialismo”; Héctor Ríos, “Sobre el pretendido revisionismo de De Man”; *Libertad*, 28/05/1928, 09/07/1929, 17/07/1929 y 20/07/1929.

filosofía materialista. Para el dirigente del PSI solo con el parteaguas de la Gran Guerra se había caído en cuenta de ello. Rescataba del belga su educación alemana y su claridad para definir lo escatológico de la utopía socialista, aunque denostaba “la jerga tomada a los métodos del ‘psicoanálisis’ de Freud”. Aclaraba además que esas ideas habían sido expuestas de manera anticipada en *El culto de la vida* pero para caer en saco roto en el PS, “originariamente el partido del ideal degradado a fracción del odio” por un “pensamiento estrecho”, aunque salvaba a Justo por sus intuiciones en *Teoría y práctica de la Historia*.⁷⁴ Bunge saldaba así intelectualmente la parábola política que lo separó definitivamente del tronco principal del socialismo argentino a la vez que reconocía su deuda con el maestro fallecido.

Conclusiones

Las afirmaciones en torno a la trascendencia del ideal socialista que guiaba a una entidad colectiva secular, la definición de su misión regeneracionista para la organización y emancipación del proletariado y, con él, de toda la humanidad, la preocupación por establecer límites a las creencias privadas y a las religiones tradicionales, todo ello habilita a comprender este tramo de la obra de Bunge –sin dejar de reconocer las influencias y los antecedentes locales e internacionales– como el intento más sistemático por definir en la Argentina al socialismo en clave religiosa. Bunge parece haber sido consciente de los potenciales peligros que entrañaba la absolutización de estos postulados para la libertad de conciencia, como se advierte en las polémicas partidarias y con Lugones sobre el “culto de la política”. Sus intervenciones públicas devuelven la imagen no solo de un intelectual comprometido con una causa militante, sino también la de quien se erigía en intérprete de una misión espiritual.

Su sostenida simpatía por la experiencia revolucionaria bolchevique en Rusia –que escapa a los alcances de este trabajo– demuestra su singular criterio dentro del amplio arco del socialismo argentino. Siendo de los que recibieron la buena nueva de 1917, se identificó con las posiciones de los jóvenes “terceristas”⁷⁵ pero polemizó con ellos en la revista *Claridad* cuando consideró que la defensa del gobierno de los soviets en Rusia no era incompatible con la del gobierno revolucionario pero democrático de la Alemania de Weimar.⁷⁶ Con más de una década de distancia, vinculó ese apoyo con su tesis religiosa del socialismo. Luego de visitar la Unión Soviética a inicios de los años 1930, la presentó como producto de la “revolución más trascendental de la historia”, un laboratorio en la construcción del “hombre nuevo” y en la liberación de “los espíritus regenerando al mundo”. Incluso con su innegable marco dictatorial, y pese a no haber logrado aún el “ideal colectivista”, la enorme “movilización de las masas” y sus fuerzas morales por parte del Estado no equiparaban al régimen bolchevique con el fascismo italiano, que cancelaba según Bunge todo producto de la inteligencia.⁷⁷

Testigo de una época experimentada como cataclismo, crisis civilizatoria o aurora de un nuevo mundo, los vínculos de sociabilidad y la trayectoria política de Augusto Bunge permiten develar algunos aspectos esenciales de su interpretación del socialismo. La misma contaba sin

⁷⁴ “El Ideal y las teorías socialistas”, *Libertad*, 06/04/1928.

⁷⁵ Cf. Geli, “Revolución en la Gran Guerra”, p. 231.

⁷⁶ Augusto Bunge, “Spartaco y socialismo”, *Claridad*, n° 3, 1920.

⁷⁷ Augusto Bunge, *El Continente Rojo*, Buenos Aires, Rosso, 1932, pp. 215-280.

duda con formulaciones y reflexiones que la precedían o le eran coetáneas. Por un lado, las diversas expresiones y modulaciones nacidas de la cultura política segundointernacionalista, en la que Bunge reconocía a referentes como el fabianismo británico, el pluralismo doctrinario de Justo y más tardíamente el espiritualismo de De Man, con puntos de contacto con el influente idealismo jauresiano⁷⁸ así como con la más notoria obra de Ingenieros. Por otro lado, en cuanto a sus perspectivas intelectuales, las corrientes de pensamiento que iban desde el positivismo y la psicología de las multitudes, hasta la reacción neoidealista de inicios del siglo xx. El desarrollo de la temprana inquietud del higienista por un secular proceso de regeneración social y espiritual, junto a su intensa actividad político-cultural en las décadas de 1910 y 1920, permiten conocer mejor un capítulo de la historia intelectual del socialismo, algunas de sus inflexiones y ciertas aristas de ese fenómeno por momentos elusivo que fue la sacralización de la política moderna. □

Bibliografía

- Altamirano, Carlos, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2013.
- Angenot, Marc, *L'utopie collectiviste. Le grand récit socialiste sous la Deuxième Internationale*, París, PUF, 1993.
- Bevir, Mark, *The Making of British Socialism*, Nueva Jersey, Princeton University Press, 2011.
- Burrow, John, *La crisis de la razón. El pensamiento europeo, 1848-1914*, Barcelona, Crítica, 2000.
- Cárdenas, Eduardo y Carlos Payá, *La familia de Octavio Bunge*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.
- De Moreno, Claudia, “¿Cultura o civilización? Augusto Bunge y la Primera Guerra Mundial”, *Épocas*, n° 5, 2012, pp. 33-53.
- Di Stefano, Roberto, *Ovejas negras. Historia de los anticlericales argentinos*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010.
- Di Stefano, Roberto y José Zanca (comps.), *Fronteras disputadas: religión, secularización y anticlericalismo en la Argentina (siglos xix y xx)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2016.
- Dotti, Jorge, *La letra gótica. Recepción de Kant en Argentina*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1992.
- , “Las hermanas-enemigas. Ciencia y ética en el positivismo del Centenario”, en *Las vetas del texto*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009, pp. 65-104.
- Geli, Patricio, “Revolución en la Gran Guerra: el Partido Socialista de la Argentina ante la anomalía rusa de 1917. Tres breves consideraciones sobre una mirada temprana”, *Prismas*, n° 21, 2017, pp. 225-232.
- Gentile, Emilio, *Les religions de la politique*, París, Seuil, 2005.
- Giusti, Roberto, *Visto y vivido*, Buenos Aires, Theoría, 1999.
- González Leandri, Ricardo, “Internacionalidad, higiene y cuestión social en Buenos Aires (1850-1910). Tres momentos históricos”, *Revista de Indias*, n° 257, 2013, pp. 23-54.
- Griffin, Roger, “The Evolutions and Convulsions of Political Religion”, en R. Griffin, R. Mallet y J. Tortorice (eds.), *The Sacred in the Twentieth Century Politics*, Nueva York, Palgrave/MacMillan, 2008, pp. 1-18.
- Hale, Piers, “Of Mice and Men. Evolution and the Socialist Utopia”, *Journal of the History of Biology*, n° 43, 2010, pp. 17- 66.

⁷⁸ Esta reconstrucción de las intervenciones y las influencias de Bunge, si bien arroja una confluencia de distintas vertientes del socialismo local e internacional en torno de sus aspectos éticos, también permite problematizar otras dimensiones ausentes en el trabajo de Viana sobre la recepción del pensamiento de Jaurès (Viana, “Jean Jaurès”).

Halperin Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Martínez Mazzola, Ricardo, “Justo, Korn, Ghioldi. El Partido Socialista y la tradición liberal”, *Papeles de Trabajo*, n° 8, 2011, pp. 35-52.

Oddone, Jacinto, *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

Plotkin, Mariano, “José Ingenieros, *El Hombre Mediocre*, and the Struggle for Survival”, *Oxford Research Encyclopedia of Latin American History*, Nueva York, Oxford University Press, 2016, pp. 1-26.

Prislei, Leticia, “Los intelectuales y el socialismo: Juan B. Justo, el partido y el arte”, *Entrepasados*, n° 18/19, 2000, pp. 53-63.

———, “Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente”, en H. Camarero y C. Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo, 2005, pp. 219-248.

———, “La primera década de *Nosotros*: interrogaciones acerca de los intelectuales, Latinoamérica y la política”, en Leticia Prislei (dir.), *Polémicas intelectuales, debates políticos. Las revistas culturales en el siglo xx*, Buenos Aires, FFyL, 2015, pp. 27-47.

Prochasson, Christophe, *Les intellectuels et le socialisme, XIX^e-XX^e siècle*, París, Plon, 1997.

Reyes, Francisco, “De lecturas, maestros y sociabilidades. Memorias militantes y conversión al socialismo en el fin-de-siglo”, en A. Lazzeretti y F. Suárez (eds.), *Socialismo & Democracia*, Mar del Plata, EDUNMP, 2015, pp. 167-192.

———, “Religiones de la política en la Argentina finisecular. La sacralización de las identidades en el radicalismo y el socialismo (1890-1912)”, *Temas y Debates*, UNR, n° 36, 2018, pp. 85-111.

Stedman Jones, Gareth, “Religion and the origins of socialism”, en I. Katznelson y G. Stedman Jones, (eds.), *Religion and the Political Imagination*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010, pp. 171-189.

Sternhell, Zeev, *Neither Right nor Left. The Fascist Ideology in France*, Princeton, Princeton University Press, 1995.

Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, científicos e intelectuales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

———, *El socialismo romántico en el Río de la (1837-1852)*, Buenos Aires, FCE, 2016.

Terán, Oscar, *Vida intelectual en el Buenos Aires fin-de-siglo. Derivas de la “cultura científica”*, Buenos Aires, FCE, 2000.

———, *Historia de las ideas en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Vandervelde, Émile, *Le Socialisme et la Religion*, Gante, Volksdrukkerij, 1907.

Velde, Henk te, “The Religious Side of Democracy: Early Socialism, Twenty-first century Populism and the Sacralization of Politics”, en J. Augsteinj, P. Dassen y M. Janse (eds.), *Political Religion beyond Totalitarianism The Sacralization of Politics in the Age of Democracy*, Nueva York, Palgrave/MacMillan, 2013, pp. 33-51.

Viana, Juan, “Jean Jaurès en el discurso del socialismo argentino: Juan B. Justo, Alejandro Korn y la cuestión del socialismo ético”, *Políticas de la Memoria*, n° 10-12, 2009-2011, pp. 204-213.

Wright, Julian, *Socialism and the Experience of Time. Idealism and the Present in Modern France*, Oxford, Oxford University Press, 2017.

Zimmermann, Eduardo, *Los liberales reformistas. La cuestión social en Argentina, 1890-1916*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

Resumen / Abstract

El intelectual de partido y el moderno Prometeo. El “ideal socialista” de Augusto Bunge

El trabajo analiza los planteos de Augusto Bunge, intelectual y dirigente partidario del socialismo argentino, en torno al “ideal” socialista como una misión histórica de regeneración de la humanidad y la concepción de este ideal como una nueva religión. Aborda de qué manera su formación, sus vínculos político-culturales y su trayectoria partidaria en las décadas de 1910 y 1920 permiten ubicarlo como un exponente de la sacralización de la política moderna. La perspectiva adoptada considera un cruce entre la historia intelectual del socialismo, sus influencias y recepciones locales y las trayectorias propias de la historia de los intelectuales. Las principales fuentes trabajadas son la obra mayor de Bunge (*El Culto de la Vida*), donde condensó primeramente los argumentos que luego desplegó en polémicas partidarias y traducciones del pensamiento socialista que completaron su tesis del socialismo como religión.

Palabras clave: Augusto Bunge - Idealismo - Intelectuales - Sacralización de la política - Socialismo

The party intellectual and the modern Prometheus. Augusto Bunge’s “socialist ideal”

This article analyzes the proposals of Augusto Bunge, intellectual and party representative of Argentinian socialism, concerning the “ideal” of socialism as a historical mission for the regeneration of humanity and its conception as a new religion. It addresses how his studies, his political-cultural ties, and his partisan trajectory in the 1910s and 1920s allow him to be identified as an exponent of the sacralization of modern politics. The perspective adopted combines the intellectual history of socialism, its local influences, and receptions, with a study of trajectories from the perspective of the history of intellectuals. The main sources studied are Bunge’s greatest work (*The Cult of Life*), where he first condensed the arguments that he later displayed in partisan debates and in the translations of socialist thought that completed his thesis of socialism as religion.

Keywords: Augusto Bunge - Idealism - Intellectuals - Sacralization of Politics - Socialism

Fecha de presentación original: 5/12/2019

Fecha de aceptación original: 6/7/2020

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1207>

Bibliotecas populares elementales

*Nacionalismo, inmigración y política bibliotecaria
durante la década de 1910*

Javier Planas

Universidad Nacional de La Plata / CONICET

Introducción

En 1908 se restituyó la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, luego de treinta y dos años de permanecer sin actividad. En sus inicios, en 1870, la agencia había logrado establecer los principios elementales para estructurar un sistema bibliotecario en un contexto social, cultural y político-económico complejo. En ese entonces, las dificultades se encontraban por todas partes, pero, principalmente, dos elementos yuxtapuestos hacían peligrar su viabilidad: por una parte, y al exceptuar a los miembros de las élites letradas radicados en los centros urbanos de importancia, en general no existía en lo social una idea acabada de lo que significaba una biblioteca ni tampoco la posibilidad de constatar materialmente lo que era una institución de este tipo. En segundo término, el mecanismo escogido para cimentar ese sistema se apoyaba en la acción directa de la sociedad civil, a partir de un estímulo relativamente modesto de subvenciones tangibles en libros que el Estado ponía a disposición. De manera que, aunque resulte llamativo, la supervivencia de esta política comenzaba y finalizaba en la misma sociedad civil, que no tenía una conceptualización clara de cómo funcionaba una biblioteca. Los miembros de la Comisión Protectora conocían bien ese dilema y, sobre él, construyeron una estrategia que se apoyó en las personas influyentes y organizadas de la sociedad. Si bien esto conllevó algunas consecuencias quizá no deseadas o esperadas, en un puñado de años se establecieron cerca de un centenar de bibliotecas, se distribuyeron cientos y cientos de libros, la Comisión Protectora logró imponer, desde el *Boletín de las Bibliotecas Populares*, unas bases de organización bibliotecológica y cultural y, lo más importante, varios miles de lectores y lectoras encontraron en esas instituciones un modo de participar de la cultura del libro.

Poco tiempo después, en el contexto de la crisis económica de 1873-1876 y como producto de las decisiones políticas que tomó el gobierno de Nicolás Avellaneda frente a esa situación, la Comisión Protectora y los fondos destinados a las bibliotecas populares fueron suprimidos. Desde entonces el Estado nacional participó de manera errática en la producción del sistema bibliotecario, y del mismo modo lo hicieron las instancias gubernamentales provinciales y municipales. Si bien existieron leyes y decretos que propiciaron ciertos marcos regulatorios, la ausencia de agencias especializadas y perdurables dotadas de recursos adecuados limitó el campo de acción estatal. Fueron las asociaciones civiles las que se hicieron cargo de

mantener las bibliotecas durante ese período y, en todo caso, las que presionaron al Estado –en sus diferentes jurisdicciones– para obtener de él algunos apoyos: subsidios extraordinarios, sesiones de terrenos, eximiciones impositivas, remisión de libros, etc. Pero el costo de esta desarticulación entre el Estado y la sociedad civil fue alto: muchas bibliotecas se disolvieron, otras intercalaron momentos de prosperidad con cierres temporarios. Con todo, el itinerario que atravesaron las bibliotecas populares hacia el nuevo siglo estuvo plagado de obstáculos.

No obstante, y de manera progresiva, una cuestión social y otra política promovieron el reajuste de los resortes estatales en el circuito de la lectura que conformaban las bibliotecas populares en las cercanías del primer centenario (1910): por un lado, el gigantesco movimiento migratorio que modificó la demografía de la Argentina,¹ y, por otro lado, el proceso generado en torno a la apertura democrática que, en 1912, quedó sellada con la ley Sáenz Peña de voto secreto, universal y obligatorio.² La alteración que supuso el ingreso masivo de extranjeros al país, junto con la agonía del sistema oligárquico, contribuyeron a la constitución de un discurso de corte histórico y sociológico que tematizó obsesivamente los problemas de la cohesión social, el sentido de la argentinidad y la representación política.³ En el más estrecho mundo de las bibliotecas populares esas preocupaciones encontraron bien pronto una caja de resonancia, no solo porque era fácil visualizar a estas organizaciones como espacios propicios para radicar e irradiar desde allí proyectos de homogeneización cultural y de afirmación de los valores nacionales, sino también porque el crecimiento de las fuerzas políticas de izquierda que se produjo con la inmigración se hizo visible en la arena de las instituciones culturales y educativas.⁴ Las bibliotecas obreras proliferaron entonces en el paisaje urbano de las grandes ciudades, desde donde libraron una disputa por el público lector. Este fenómeno aceleró la intervención del Estado nacional, que volvió a jugar un papel preponderante en la organización del sistema bibliotecario argentino a partir de 1908, momento en el que se restableció la Comisión Protectora.

Es muy poco lo que se sabe sobre la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. En rigor, puede afirmarse que, con excepción del período decimonónico⁵ y el que comprende las primeras administraciones justicialistas,⁶ son escasos los análisis históricos disponibles sobre las políticas públicas que desarrolló esta agencia de gobierno. Las bibliotecas populares en la Argentina, comprendidas como una articulación entre el Estado y la sociedad civil, fueron objeto de conocimiento de diferentes esfuerzos heurísticos que privilegiaron el estudio de las dinámicas asociacionistas y la preponderancia que estas instituciones tuvieron en términos sociales, culturales y políticos durante la primera mitad del siglo xx. El ensayo pionero de

¹ Ezequiel Adamovsky, *Historia de las clases populares en la Argentina: desde 1880 hasta 2003*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

² Tuilio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

³ Carlos Altamirano y Adrian Gorelik (eds.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo xx*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

⁴ Dora Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

⁵ Javier Planas, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

⁶ Flavia Fiorucci, “La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: el caso de la Comisión de Bibliotecas Populares”, *Desarrollo Económico*, vol. 48, n° 192, 2009; “Bibliotecas durante el peronismo: 1946-1955”, en C. Aguirre y R. D. Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos xix y xx*, Lima, Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018.

Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero sobre la cuestión abrió un camino historiográfico que en lo sucesivo fue transitado por otras indagaciones hasta la actualidad.⁷ No obstante, al volver la mirada sobre la función que asumió la Comisión Protectora a partir de 1908 el panorama cambia de manera drástica. Además de escasas, las investigaciones no se focalizaron exclusivamente en el tema. Aun así, es imprescindible evaluar lo que dejaron. Por un lado, se ubican los estudios que informan sobre el modo en que esta agencia construyó un discurso bibliotecario sobre la lectura orientado a enfrentar la formación de las bibliotecas obreras y la proliferación de la literatura de izquierdas para insistir, en cambio, en el modelo de biblioteca popular forjado en la imagen de Domingo Faustino Sarmiento, en la idea de la biblioteca como la instancia natural y sucesiva de la escuela.⁸ Esta lucha, desde luego, no solo se dirimió en el registro discursivo. Por otro lado, y al partir del funcionamiento de las bibliotecas, otras indagaciones brindan una idea de cómo la Comisión Protectora se relacionó con los grupos de asociados que buscaban en ella el amparo material, pero también, y en muchos casos, la legitimidad simbólica que confería el reconocimiento del Estado.⁹ Ese vínculo estuvo lejos de ser armónico, tanto para las bibliotecas alentadas por militantes del socialismo como para aquellas que se constituyeron dentro de la tradición que la Comisión Protectora encarnaba. Y esto obedeció a diferentes razones. Por parte de las bibliotecas, existía desconfianza respecto del nivel de injerencia del Estado y, sobre todo, quejas por los retrasos en el otorgamiento de los subsidios y por el modo en el que se desarrollaban algunas inspecciones. Por el lado de la Comisión Protectora, el descontento estaba relacionado con la forma en que las instituciones rendían cuenta de las subvenciones y del trabajo que representaba conseguir que estas se adecuasen a las pautas de funcionamiento que estipulaba la ley.

Las constataciones a las que arribaron esos estudios constituyen un buen inicio, pero es claro que el tema está muy lejos de agotarse. En especial, falta una reconstrucción factual e interpretativa de cómo fue que la Comisión Protectora perfiló, durante su primera década de existencia (1908-1921), la misión cultural que se le había encomendado, entre el límite que suponía actuar dentro del marco referencial de la Ley 419 de 1870 y las nuevas posibilidades de acción que le brindó el decreto reglamentario de 1908. Desde luego, un proyecto heurístico que procure abordar las diferentes facetas de esta temática requiere de varios capítulos. Aquí se propone iniciar el recorrido con la innovación política más importante del proceso bibliotecario en ciernes: el proyecto de Biblioteca Popular Elemental. Gracias a la extensión propiciada por el nuevo marco regulatorio, por primera vez la Comisión Protectora estaba facultada para radicar una biblioteca sin esperar, como había sido con anterioridad, que la iniciativa fundacional surgiera desde la sociedad civil. Este hecho supuso la elaboración de una estrate-

⁷ Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; Javier Planas, “Historia de las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1955. Antecedentes bibliográficos”, *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018.

⁸ Nicolás Tripaldi, “Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino: fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX”, *Librería: Correo de las Bibliotecas*, vol. 1, n° 1, 1997; Javier Planas, “Los discursos bibliotecarios sobre la lectura en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas claves para la constitución de un objeto de conocimiento”, *Políticas de la Memoria*, n° 19, 2019.

⁹ María de las Nieves Agesta, “Ni contigo ni sin ti. Bibliotecas populares, asociacionismo y acción estatal en el sudeste bonaerense (1880-1930)”, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 23, n° 2, 2019; Ayelén Fiebelkorn, “Miradas de inspección: las bibliotecas populares del partido de La Plata según los informes de la Comisión Protectora, 1919-1945”, *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018.

gia que respondiera a una serie de preguntas sustanciales: cuántos recursos se destinarían para crear estas bibliotecas, por qué y dónde convenía instalarlas y, desde luego, quiénes se harían cargo de organizarlas y gestionarlas una vez que los libros llegaran a destino.

Reconstruir y comprender retrospectivamente el modo en que esta agencia les dio curso y sentido a esas cuestiones constituye el objetivo del presente artículo. Ello supone revisar, en términos documentales, la estructura legal dentro de la cual debieron moverse los miembros de la Comisión Protectora,¹⁰ las actas de las reuniones en las que se tomaron las decisiones sobre la administración y,¹¹ por último, las publicaciones que durante ese período se realizaron con el objeto de difundir la perspectiva de la agencia y el balance oficial de su actividad.¹² Asimismo, se necesita imponer tres exigencias analíticas sobre este conjunto de vestigios. La primera, orientada a conocer el propósito que le fue encomendado a la Comisión Protectora por las autoridades nacionales, las características generales de su burocracia y, en ese contexto, la formación del proyecto de Bibliotecas Populares Elementales como una estrategia bibliotecaria de difusión de la lectura. La segunda, estructurada sobre los cómo y los porqués de los argumentos políticos, culturales y sociales elaborados por la Comisión Protectora para legitimar las inversiones materiales y simbólicas, por una parte, y, por otra, para establecer un sistema jerarquizado de necesidades y urgencias por satisfacer. La tercera, finalmente, dispuesta para constatar el progreso que esta propuesta tuvo durante sus primeros años de funcionamiento. Con todo, estas tres dimensiones de análisis deben contribuir a restituir los cimientos burocráticos e ideológicos sobre los cuales se constituyó el dispositivo de instrucción denominado bibliotecas populares elementales, y que durante la década de 1910 hizo circular colecciones de libros que, en un capítulo subsiguiente, requieren ser reconstruidas e interpretadas como lo que son: la cristalización de una orientación de la lectura.¹³

Hacer la burocracia

El 3 de julio de 1908 el Poder Ejecutivo Nacional decreta la restitución de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares. Ese mismo año, para la difusión de la medida salió de la imprenta de la Penitenciaría un folleto con el contenido de la disposición y el mensaje explicativo que la justificaba. En ese contexto, una argumentación técnica subrayaba que la Ley 419 sancionada en 1870 nunca se había derogado, y que la Ley 800 de 1876 solo suprimió la Comisión Protectora y su presupuesto. Si en la vida cotidiana de las bibliotecas una cosa valía tanto como la otra, en el plano jurídico y administrativo las consecuencias eran bien diferentes: al consta-

¹⁰ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Leyes y decretos relativos a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, Buenos Aires, Talleres de la Oficina Meteorológica Argentina, 1911; Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, *Decreto sobre bibliotecas populares de 3 de julio de 1908 y mensaje explicativo*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1908.

¹¹ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n°1 de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares*, Buenos Aires, 1908-192?, Manuscrito disponible en: <http://www.conabip.gob.ar/archivo_historico>.

¹² Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Memoria de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares correspondiente a los años 1915 y 1916*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso, 1917; Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libros y bibliotecas*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de L. J. Rosso, 1921.

¹³ En el apéndice de este artículo se agrega, como anticipo de una investigación en curso, una descripción sumaria del catálogo de las bibliotecas elementales, con la intención de brindar al lector el horizonte de lecturas que manejaron los miembros de la Comisión Protectora en el momento de elaborar la política bibliotecaria descrita en este trabajo.

tarse la vigencia de la Ley 419 el ejecutivo evitaba pasar por el Congreso un nuevo proyecto y, de ese modo, quedaba facultado para cubrir el costo de las subvenciones y crear la burocracia para hacer efectiva la distribución y la fiscalización de los fondos. Sortear los tiempos parlamentarios significaba, asimismo, propiciar las condiciones para atender las urgencias políticas y culturales que apremiaban a la élite gobernante de la Argentina, preocupada por la influencia de las organizaciones de izquierda en la vida pública. Esta inquietud quedó expresada en el plano bibliotecario del siguiente modo:

Vuestra Honorabilidad no ignora que existen en el país asociaciones que propagan doctrinas contrarias al mantenimiento de la organización actual del Estado perturbando el criterio popular en forma alarmante [...]. [Estas] asociaciones se han apercibido de que las bibliotecas populares constituyen el mejor vehículo para la propagación de sus ideas y han comenzado a fundar la institución y a difundirla, en condiciones tales de eficacia que se imponen a la consideración de Gobierno.¹⁴

La idea según la cual el Estado debía disponer recursos para actuar en el mismo plano que las agrupaciones de izquierda y reforzar, en este caso, la supuesta tradición bibliotecaria argentina, es decir, aquella formada bajo la inspiración sarmientina con anterioridad al arribo de los grandes contingentes migratorios de 1880, no solo volvió imprescindible la reintroducción de la Ley 419 —a la que se consideraba lo suficientemente sabia y amplia como para contrarrestar la competencia en ciernes—, sino que además requirió extender las facultades de la Comisión Protectora, legitimándola para crear bibliotecas populares con sede en los establecimientos educativos donde se creyera oportuno hacerlo.

Pero la premura que se deja ver en las palabras del mensaje explicativo no fue acompañada del mismo modo en los hechos. Hubo que esperar hasta 1912 para que ese hiato abierto por el decreto reglamentario de 1908, que justificaba la inversión estatal directa, tuviera sustento en un proyecto institucional como lo fue el de las Bibliotecas Populares Elementales. Las razones de ese retraso fueron varias. El primer presidente de la Comisión Protectora fue nada menos que Nicolás Matienzo, de intensa participación política en la época y, en ese mismo momento, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Las vocalías, también ocupadas por reconocidas personalidades (Juan M. Garro, Fernando Pérez, Vicente Gallo y Tomás E. Estrada), cumplían funciones de asesoría en la toma de decisiones. De manera que el trabajo ejecutivo recaía en el presidente, su secretario, Lino M. Acosta (quien desempeñó el cargo durante muchos años), y la incipiente dotación de empleados. El libro de actas donde constan las decisiones tomadas en comisión por la administración de Matienzo se inicia el 27 de agosto de 1908, es decir, al poco tiempo de haberse publicado el decreto, y finaliza al cabo de solo cuatro sesiones, el 20 de octubre del mismo año.¹⁵ Se sabe que Montes de Oca lo sucedió en la presidencia, pero no hay en ese documento registro alguno. El acta número cinco se escribió en el mismo libro dos años y medio después de la cuarta, el 13 de mayo de 1911, y lo primero que se observa es que cambiaron los integrantes de la Comisión Protectora: Juan Antonio Bibiloni ocupó la presidencia, Horacio Piñero, Juan Antonio Areco, Plácido Ma-

¹⁴ Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, *Decreto sobre bibliotecas populares*, p. 15.

¹⁵ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n°1*.

rín y José de Apellániz asumieron como vocales, mientras que Acosta permaneció en la secretaría. A estos miembros les tocó poner en acto el funcionamiento administrativo del organismo que había quedado fijado, junto con la determinación del origen y el volumen de las partidas a utilizar, por la Ley de Presupuesto para el año 1911 y por el Acuerdo de Ministros del 30 de enero del 1911.¹⁶ De manera que, al considerar la tardía instrumentación del decreto de 1908, no resulta llamativa la escasa actividad de la Comisión Protectora durante esos años. La gestión de Bibiloni debió atender problemas de muy distinta índole, muchos de ellos inherentes a la etapa inicial en la que se encontraba la institución: desde el montaje burocrático y el equipamiento de la oficina, hasta cuestiones interpretativas vinculadas al espíritu de la legislación y a los procedimientos que debían seguirse para otorgar las subvenciones (en otro estudio en curso se abordan con detenimiento estos temas, cuyo tratamiento excede los fines de este trabajo).

La tarea de Bibiloni fue intensa pero breve. La última reunión que lleva su firma en el libro de actas data de enero de 1912. Ese mismo año, pero en agosto, sesiona por primera vez la administración de Miguel F. Rodríguez, que, vista retrospectivamente, fue una de las más prolongadas en la historia del organismo. Durante varios años fue acompañado por Rafael Obligado, Carlos Vega Belgrano, Miguel Torino y Jaime Nevares como vocales. La secretaría siguió en manos de Acosta. A las pocas semanas de comenzar las reuniones, Rodríguez puso a consideración el proyecto de Bibliotecas Populares Elementales,¹⁷ en cuya base estaba la idea de fundar cien bibliotecas en distintos puntos del país, a partir de la remisión de una colección más o menos estandarizada de obras. Esta iniciativa debía acompañar y engrosar, en última instancia, el desarrollo de las bibliotecas populares gestadas por las asociaciones civiles que la Comisión Protectora subvencionaba bajo los parámetros de la Ley 419.

Los 17 artículos de la propuesta trataban, básicamente, de seis aspectos: el presupuesto, las localidades receptoras, las comisiones directivas de las bibliotecas, el espacio a utilizar para su instalación, el carácter general de los libros y la forma en que la Comisión Protectora trabajaría con los poderes locales. No todos los puntos merecieron la misma atención. De hecho, en el acta en la que se transcribe la sesión parece que solo se discutieron ciertos aspectos estratégicos. El tema de los fondos –previsiblemente– fue uno de ellos. El monto votado como inversión alcanzaba \$50.000. Obligado consideró que, con este importe, era preferible formar cincuenta bibliotecas en lugar de cien, porque de otro modo, y al descontarse los gastos de instalación, quedaría muy poco para la provisión de libros si se insistía en destinar \$500 para cada institución. Pero el plan de Rodríguez era dar un paso cuantitativo antes que cualitativo, de manera tal que un número mucho mayor de establecimientos quedara en el corto plazo bajo la órbita de la Comisión Protectora. Asimismo, según sus propias estimaciones, \$500 alcanzaba para comprar unos 350 libros, que, al sumar existencias disponibles en el depósito del organismo, consolidarían una colección de 500 ejemplares. En cuanto a los gastos de instalación, en esta fase del proyecto se estimó que el decreto de 1908 impedía al Estado nacional realizar inversiones de este tipo. Se esperaba, en este sentido, que los gobiernos provinciales, municipales y las asociaciones civiles interesadas corrieran con esos costos –incluso, especulaba Rodríguez, para pagar un sueldo de medio tiempo para un bibliotecario, estimado entre 25 y 30 pesos–. Sin embargo, la Comisión Protectora no tardó mucho tiempo en revisar esa medida. Durante 1915 existió, por

¹⁶ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Leyes y decretos*.

¹⁷ *Ibid.*, Libro de actas n°1, Acta 28, pp. 44-48.

ejemplo, un llamado a licitación en el que participaron diferentes mueblerías y que finalizó con la adquisición de bibliotecas para equipar a los establecimientos.

La cuestión del mobiliario remite al tema más general del espacio, que sin duda constituye una de las claves analíticas para comprender la formación histórica de las bibliotecas, tanto en términos generales, como lo demostraron Muñoz Cosme y Barbier,¹⁸ como para las circunstancias particulares de las bibliotecas populares en la Argentina, como lo hemos considerado en un trabajo anterior.¹⁹ Y en el caso de las llamadas populares elementales, fue uno de los aspectos más conversados por los miembros de la Comisión Protectora. Cuando Rodríguez presentó el proyecto procuró apegar las pautas de funcionamiento al decreto de 1908, que establecía que las bibliotecas a fundarse debían radicarse en las instituciones educativas nacionales. El vocal Nevares no estuvo muy de acuerdo con la medida. En su opinión, establecer las bibliotecas en las escuelas impedía que la población las percibiera como lo que realmente eran: organizaciones populares. Razón no le faltaba para sostener esta preocupación: la institución social de la biblioteca constituyó el objeto de todos los actos y todas las luchas de aquellos que participaron en la emergencia del campo bibliotecario argentino. Y situar las bibliotecas en la espacialidad de las escuelas las alejaba fácticamente de su funcionalidad como instancias de instrucción independientes del sistema educativo. Pero, por otro lado, en esos años ya eran bien conocidos los problemas con los que se topaban las asociaciones para encontrar y sostener un lugar adecuado para la biblioteca. Si el recinto era alquilado, el gasto corriente se transformaba bien pronto en un dolor de cabeza. Si, en cambio, procuraban hacerse de un lugar propio, el esfuerzo en la mayoría de los casos solía ser enorme en términos de tiempo y dinero.²⁰ Ante estos dilemas, y también ante la ausencia de una política estable por parte del Estado en términos de infraestructura, el proyecto de Bibliotecas Populares Elementales quedó asociado a las escuelas. Incluso, entre las propuestas de reforma del sistema bibliotecario que los miembros de la Comisión Protectora le remitieron al ministro de Instrucción Pública en las memorias correspondientes a 1915 y 1916, se juzgó conveniente que las futuras edificaciones escolares previeran un recinto pensado para la biblioteca, con fácil acceso público.²¹ Pero, independientemente de esas necesidades y esas manifestaciones, y transcurrido el tiempo y la gestión, muchas de las colecciones para fundar bibliotecas elementales fueron entregadas de manera directa a una sociedad de fomento, a un club o a una agrupación mutual u obrera que, entre otros requisitos, demostrara tener un local adecuado.

Las localidades receptoras de estas colecciones, la formación de las comisiones directivas a dirigirlas y el trabajo de la Comisión Protectora con los poderes locales constituyeron, en rigor, diferentes planos de la misma cuestión. La elección de las ciudades, los pueblos y los barrios en los que se instalarían las bibliotecas formó parte de una tarea que llevó adelante Rodríguez con los ministerios de gobierno o instrucción pública de las provincias y, en algunas oportunidades, con los propios gobernadores o con los intendentes municipales. En términos

¹⁸ Alfonso Muñoz Cosme, *Los espacios del saber. Historia de la arquitectura de las bibliotecas*, Madrid, Trea, 2004; Frédéric Barbier, *Historia de las bibliotecas. De Alejandría a las bibliotecas virtuales*, Buenos Aires, Ampersand, 2015.

¹⁹ Planas, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura*.

²⁰ María de las Nieves Agesta, "Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo xx", *On the w@terfront. Public Art. Urban Design. Civic Participation. Urban Regeneration*, vol. 62, n° 2, 2020.

²¹ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Memoria de la Comisión Protectora*.

generales, durante los primeros años de esta política se buscaba que las poblaciones que requieran de este auxilio superaran los 2.000 habitantes, aunque esta medida se flexibilizó con posterioridad, cuando a partir de septiembre de 1916 se prepara una segunda generación de Bibliotecas Populares Elementales, que alcanzó también a pueblos con más de 800 habitantes. En todos los casos, se estimó como condición que no hubiera una biblioteca popular en funcionamiento. Diferentes motivos corrieron para la fundación de los establecimientos en los barrios obreros de las ciudades, donde generalmente se atribuían razones de distancia entre centro y periferia, por una parte, y, por otra, cuestiones de índole política y sociológica. Además de la correspondencia oficial, las gestiones también se realizaron de manera presencial, para cuyo caso el proyecto preparado por Rodríguez incluyó el uso de fondos para que los miembros de la Comisión Protectora emprendieran giras por el interior del país.

Una vez que se acordaban las localidades bajo los procedimientos y los criterios demográficos precedentes, se previó que las bibliotecas fueran recibidas e instaladas por comisiones directivas provisionales integradas por el director del colegio nacional (o, en su ausencia, el de la escuela provincial más importante), el intendente municipal (o una autoridad semejante) y algún otro funcionario a designar por la Comisión Protectora en cada caso, como el jefe del registro civil o el del correo. Estas comisiones, además, debían ocuparse de formar un nuevo comité para gestionar la institución. Como quedó dicho, la Comisión Protectora de 1870-1876 dirigió su estrategia de fomento hacia los referentes locales, a quienes veía como los únicos con la capacidad y los medios suficientes para fundar y administrar las bibliotecas. Si bien hubo un acierto estratégico en este movimiento, dadas las condiciones históricas de ese entonces, la falta de renovación de dichos dirigentes implicó serias dificultades toda vez que los acontecimientos políticos reclamaron su participación en episodios como, por ejemplo, la revolución de 1874. Esta problemática era conocida por los integrantes de la Comisión Protectora en 1912, que insistieron en la organización de comisiones populares como condición para avanzar con la cesión de una biblioteca elemental. Pero, al mismo tiempo, prevalecía cierta desconfianza respecto de la administración de las asociaciones civiles, en buena medida, también, por el aprendizaje de los hechos del pasado. En sus términos: “La ley Sarmiento, notablemente inspirada, confió demasiado en los vecindarios, y, al crear instituciones exclusivamente populares, las arrojó sin protección a todas las contingencias de la suerte”.²² Para zanjar los problemas detectados en el diagnóstico, la Comisión Protectora sostuvo desde el proyecto, la gestión y el discurso la permanencia del director del colegio en esas comisiones, una figura cuyo capital social dentro del espacio letrado de los pueblos y las ciudades los situaba en una posición de privilegio entre los poderes públicos y las asociaciones culturales,²³ tanto para construir vínculos entre un ámbito y otro, como para orientar el rumbo de las bibliotecas. La nueva operatoria, entonces, procuraba brindar condiciones de recepción bajo la responsabilidad de las autoridades nacionales y de los poderes locales, pero al mismo tiempo buscaba generar una instancia de participación asociativa en la que prevalecieran los mediadores culturales consagrados de cada localidad.

²² Comisión Protectora de..., p. 22.

²³ Flavia Fiorucci y Laura Graciela Rodríguez (comps.), *Intelectuales de la educación y el Estado: maestros, médicos y arquitectos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018.

La construcción conceptual de la realidad

En la misma reunión en la que se trató el proyecto de Bibliotecas Populares Elementales, se decidió que Rodríguez realizara una gira oficial por Entre Ríos, Santa Fe y Tucumán, mientras que el vocal Vega Belgrano haría lo propio por Santiago del Estero y Salta. Dos meses después, en la sesión del 31 de octubre de 1912, el presidente de la Comisión Protectora le describe a sus colegas los resultados de la visita a Rosario en los siguientes términos:

[...] pero el estudio que he hecho de la ciudad del Rosario me indica a aconsejar que también se funden seis bibliotecas elementales en los barrios lejanos de la indicada ciudad, porque, con más de doscientos mil habitantes, solo posee las pocas bibliotecas que he relacionado. Hay barrios importantes que no tienen una sola sala de lectura, y, si se tiene presente la circunstancia de que, al Rosario, concurren elementos étnicos diversos, muchos con tendencias nocivas y sectarias, es evidente que conviene establecer bibliotecas que propendan a propagar ideas sanas, a moralizar caracteres desviados, y a fundir, en el ambiente nacional, esas fuerzas extrañas que se incorporan a la vida argentina. Preocupado por ese tema, conferencí con el Intendente Municipal, el señor Bello, que me ofreció todo su apoyo, comprometiéndose a facilitar locales en diversos barrios apartados.²⁴

El viaje de Rodríguez testimonia la intensificación del trabajo de la Comisión Protectora, que a partir de este momento procuró, siempre que la disponibilidad de los recursos se lo permitieron, asistir con sus propios funcionarios al territorio, por una parte, y, por otra, salir al encuentro de las necesidades de fundar bibliotecas, en lugar de esperar que llegaran las solicitudes de subvención a las oficinas de la Capital Federal. Un aspecto y otro constituyen una novedad para la historia del organismo, así como también la encrucijada política y demográfica que sostiene las estrategias de intervención en el campo bibliotecario durante la década de 1910. Y Rosario era precisamente uno de los puntos que habían encendido las alarmas oficiales, las de la propia Comisión Protectora, tal como se puede apreciar en la cita precedente, pero también las del poder local, que ese mismo año tomaron parte en el asunto al inaugurar en el centro de la ciudad la Biblioteca Argentina, que, junto a la más antigua Biblioteca Mariano Moreno, eran las únicas que merecían el nombre de biblioteca, según la expresión que empleó Rodríguez en su informe. La Biblioteca Argentina, como destacó Diego Roldán (2012),²⁵ encarnaba la pretensión de nacionalizar la ciudad cosmopolita que la élite rosarina tenía entre manos como proyecto cultural. Y aunque la institución logró con el paso de los años transformarse en un espacio de referencia, los éxitos en aquel plano no fueron los esperados. Entre las muchas razones que justifican esa circunstancia se sitúan, sin duda, las observaciones que Rodríguez realizó con relación a la distancia que mediaba entre el centro de Rosario y la creciente actividad sociocultural que tenía lugar en los barrios obreros de la periferia. Estos ámbitos ya eran objeto de disputa intensa entre anarquistas y católicos con anterioridad a 1910 y, más tarde, entre militantes de diferentes partidos y asociaciones de carácter fomentista. Vistas en con-

²⁴ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n° 1*, Acta 34, pp. 55-57.

²⁵ Diego Roldán, *La invención de las masas: ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2012.

junto, estas entidades buscaron captar la atención del público mediante la elaboración de una oferta cultural que inicialmente se concentró en la biblioteca, pero que de manera paulatina se mezcló y creció junto con otras actividades, como el deporte, la danza y el teatro.

La presencia territorial del Estado era una condición, entonces, para sostener la lucha por la formación sentimental y política de los ciudadanos en la misma arena en que actuaban sus competidores, tal como lo auguraba el mensaje explicativo del decreto de 1908. Sin embargo, las urgencias diagnosticadas cedieron otra vez a las dificultades operativas. Luego de un cese temporario de las actividades de la Comisión Protectora por problemas políticos y presupuestarios entre fines de 1912 y mediados de 1914, el plan de trabajo para dotar de bibliotecas elementales a los barrios rosarinos se reinició en octubre de 1914, cuando se estableció un principio de acuerdo de colaboración con el Ateneo de la ciudad para que este funcionara como articulador local. En el cierre de ese mismo año se resolvió que fueran 10 las bibliotecas a fundarse (en lugar de las 6 concebidas en 1912), una decisión que obligó a la Comisión Protectora a elevar a 110 el número total de bibliotecas elementales. Tal era la prioridad que se le otorgó. Pero, entre 1915 y fines de 1917, solo se aprobó la remisión de tres colecciones: la primera, destinada a la asociación Estímulo al Estudio; la segunda, al barrio talleres, sin identificación aparente de la entidad de destino; la tercera, al Club Atlético Nacional, en el barrio la refinería.

Si la recepción de esas colecciones no parece haber acompañado la celeridad que exigía el alarmante diagnóstico de Rodríguez, tampoco había certeza sobre la correlación entre el destino de las bibliotecas que esos libros contribuían a fundar y los propósitos prefijados por la Comisión Protectora. Y es que una vez que las asociaciones civiles se hacían con el control de los dispositivos que regían el uso de estas obras, las funciones culturales atribuidas a estos repertorios se independizaban de la lógica estructural del Estado. Así, por ejemplo, el 5 de agosto de 1919 Rodríguez pone en conocimiento de sus pares de comisión los antecedentes que obraban en el expediente de la Biblioteca Elemental Juan Bautista Alberdi, del barrio la refinería. Entre las fojas constaba una denuncia contra la institución y un informe labrado por la jefatura de policía de la ciudad. En el libro de actas no se describe el carácter de la acusación ni los detalles de la inspección, pero sí es posible tomar conocimiento de la resolución dictaminada por la Comisión Protectora: “dirigir una nota a la dirección de la biblioteca, haciéndole presente la conveniencia de hacer propaganda nacionalista, evitando la que sea contraria al orden establecido”.²⁶ La existencia de las operaciones de tangencialidad, desvío o diferenciación producidas en el campo social respecto de las disposiciones estatales parece tan evidente como el carácter laxo de las sanciones que perfilaron los miembros de la Comisión Protectora en este tipo de casos, en los que evitaron las sentencias drásticas y optaron por recomendaciones ciertamente sugerentes, pero recomendaciones al fin —este hecho apoya las constataciones realizadas en el mismo sentido por Fiebelkorn al tratar los procedimientos de inspección llevados adelante durante esta misma administración—. ²⁷

Con ese panorama y esos esfuerzos como antecedentes, no sorprende que haya sido Mar del Plata la ciudad escogida para el segundo viaje de Rodríguez, realizado en el verano de 1917. Como Rosario, aunque en una escala menor y por motivos diferentes, Mar del Plata comenzó a cambiar su fisonomía demográfica producto de la inmigración a partir de 1880, convirtiéndose unas décadas después en uno de los centros urbanos con mayor dinámica de crecimiento

²⁶ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n°1*, Acta 203, p. 250.

²⁷ Ayelén Fiebelkorn, “Miradas de inspección”.

del interior bonaerense.²⁸ En 1914 ya contaba con 33.000 habitantes y, por este motivo, extrañaba a la Comisión Protectora que no hubiera ninguna demanda de subsidios para formar o alentar el desarrollo de una biblioteca popular. Al regreso de su visita Rodríguez brindaba algunos porqués: “He investigado si existían allí algunas bibliotecas no acogidas a la ley, y resulta que hay tres de poca importancia: una socialista, otra de empleados y otra de [¿peones?]”.²⁹ Probablemente, el establecimiento que Rodríguez identificó como socialista sea la Biblioteca Juventud Moderna, de extracción anarquista. Y, con toda seguridad, fue algo mezquino al describir la relevancia sociocultural de la institución. Aunque es posible que por haber visitado la ciudad durante el período estival haya encontrado algo menguada la actividad, resulta difícil pensar que no percibió la importancia de la organización en el medio local. Según las constataciones realizadas por Elisa Pastoriza,³⁰ desde su fundación en 1911 la biblioteca creció paulatinamente en dos ámbitos complementarios: el propiamente bibliotecario, tangible en el aumento relativo de las consultas anuales, que pasaron de 657 en 1912 a 2721 en 1917; y el cultural, visible a través de los anuncios de veladas literarias, conferencias, bailes, conciertos y prácticas deportivas que aparecieron en la prensa marplatense. De manera análoga a lo actuado en su visita a Rosario, Rodríguez acordó con el intendente y el presidente del consejo escolar un plan de trabajo para renovar el panorama bibliotecario que constaba de tres instancias: en el centro de la ciudad, fundar una biblioteca principal; en la periferia, formar tres bibliotecas elementales; por último, convencer a las asociaciones existentes de acogerse a la Ley 419. Al finalizar el trabajo se obtendrían, en síntesis, siete bibliotecas auxiliadas y controladas por el Estado.

La presencia de Rodríguez y de los vocales de la Comisión Protectora en el interior del país, aunque no se repitió muchas veces entre 1912 y 1921, formó parte importante de las tareas de reconocimiento territorial y detección de las necesidades y las urgencias del sistema bibliotecario que se propusieron desarrollar. Las observaciones que cada funcionario comentó a sus colegas al regresar de una gira se unen, sin variaciones de sentido, al discurso público que promovieron sobre los dilemas políticos y sociales surgidos a partir de los fenómenos migratorios: el problema de la cohesión social, los riesgos de las ideologías de izquierda, la afirmación del sentimiento nacional y la formación de las clases proletarias fueron los tópicos principales de la urdimbre argumentativa que sostuvo el dispositivo de instrucción consagrado por el organismo. En aquella gira en la que Rodríguez visitó Rosario también lo llevó a Tucumán, donde tuvo la oportunidad de brindar una conferencia sobre la historia y los ideales que representaban las bibliotecas populares:

Es necesario integrar la nacionalidad, es necesario intensificar, condensar, dar formas definitivas y caracteres propios e inconfundibles al alma argentina, y, para ello, hay que difundir la cultura elemental y superior, dentro de moldes nacionales y orgánicos. La irrupción de pueblos y razas extrañas, venidos en ondas inmigratorias sucesivas, no nos ahogará, porque hay ya una tradición nacional que estalló, en irradiaciones de sol, en las horas del centenario; hay una

²⁸ Alejandro Fernández, “La gran inmigración”, en J. M. Palacios (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: de la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)*, Buenos Aires, Edhasa, Gonnet, UNIPE, 2013.

²⁹ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n°1*, Acta 109, pp. 145-147.

³⁰ Elisa Pastoriza, *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas de peronismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

historia que no caerá en el olvido, porque fue labrada a golpes férreos de acción humana; hay ya una producción intelectual, científica y literaria, que empieza a hacerse oír en las seculares academias extranjeras; pero es necesario, señores, que todas esas energías, todas esas tendencias, se encaucen en forma tal que no produzcan, en definitiva, un alma nacional incompleta, anormal, amorfa, sino un alma fuerte, nutrida, equilibrada y recta [...].³¹

La conferencia, pronunciada en 1912 y publicada en 1921 en *Libros y Bibliotecas*, abre y cierra el primer ciclo de trabajo de la Comisión Protectora, dentro del cual las bibliotecas populares elementales constituyeron el énfasis de la administración. Ese carácter refractario de las culturas de izquierda que mantiene la posición oficial (denominadas muchas veces como “fuerzas extrañas” o “elementos extraños”) no es una producción aislada dentro de la coyuntura histórica. Lo que sí representa una novedad o, al menos, una novedad parcial, es la inflexión bibliotecaria de este discurso. En el último tramo del siglo XIX –y hasta donde es posible constatar por los documentos escrutados y por la bibliografía disponible– las voces del campo solo habían enunciado las derivas problemáticas del proceso migratorio, sin profundizar los aspectos políticos e identitarios. Así, por ejemplo, un representante distinguido de la biblioteconomía decimonónica como Belín Sarmiento,³² nieto de Domingo Faustino Sarmiento y Director de la Biblioteca Pública de la provincia de Buenos Aires entre 1887 y 1891, consideraba que las bibliotecas populares contribuirían en el futuro inmediato a subsanar algunos dilemas devenidos de la falta de cohesión política y social que “el crecimiento anormal de la población” provocaba.³³ De manera que la funcionalidad de estas instituciones, que en 1870 estaba asociada a un proyecto de modernización cultural, con el paso de los años cobró sentidos diferentes. En el comienzo del novecientos la proliferación de las bibliotecas obreras justificó en cierto sentido la radicalización del discurso bibliotecario sobre la lectura: durante los años de apogeo del anarquismo (1898-1905) el periódico *La Protesta* informó sobre la formación de 46 bibliotecas;³⁴ mientras que el Partido Socialista alcanzó en 1918 los 132 establecimientos.³⁵ Con todo, la clase dirigente encontró en la transformación del campo bibliotecario los indicios a la vez que las razones de una renovada participación estatal.

La consolidación del dispositivo

Como quedó dicho en otro pasaje, la urgencia de las palabras, expresadas de forma pública o en privado en las reuniones ordinarias de la Comisión Protectora, no siempre fue acompañada con el mismo vigor en los actos. El proyecto de Bibliotecas Populares Elementales que Rodrí-

³¹ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libros y bibliotecas*, p. 37.

³² Ayelén Dorta, “Espacios bibliotecarios de lectura: constitución y desarrollo de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires en La Plata (1884-1891)”, tesis de grado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2017. Disponible en: <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1651/te.1651.pdf>>.

³³ Augusto Belín Sarmiento, *Bibliotecas populares en la provincia de Buenos Aires. Memorandum*, Buenos Aires, El Censor, 1887, p. 6.

³⁴ María Eugenia Sik, “La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino, 1898-1905”, *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018.

³⁵ Ángel Giménez, *Nuestras Bibliotecas Socialistas: notas y observaciones*, Buenos Aires, L. J. Rosso, 1918.

guez presentó a sus colegas en agosto de 1912 sufrió su primer contratiempo apenas dos meses después. En octubre, una Acordada de ministros redujo de manera drástica el presupuesto del organismo. El descontento creció entre los miembros de la Comisión Protectora, que decidieron de inmediato y de forma preventiva suspender todas las inversiones que no estuvieran pactadas con anterioridad. De manera paralela, iniciaron una serie de gestiones con las autoridades nacionales tendientes a revertir la medida: primero, con el ministro de Instrucción Pública; luego, con diputados y senadores en el Congreso; finalmente, con el propio Victorino de La Plaza, por entonces vicepresidente de la Nación. El fracaso que resultó de estos encuentros derivó en la renuncia de todos los integrantes de la Comisión Protectora en marzo de 1913. Este alejamiento, sin embargo, fue temporario pero prolongado: Rodríguez y todos los vocales fueron restituidos a sus puestos a mediados de 1914, una vez que las cuestiones presupuestarias y políticas de fondo quedaron zanjadas. Pero entre un evento y otro, entre la salida y el regreso, no hubo nombramiento alguno para presidir la entidad. De manera que el proyecto de Bibliotecas Populares Elementales quedó paralizado entre octubre de 1912 y junio de 1914, cuando se reinicia la actividad con normalidad.

El nuevo comienzo fue vertiginoso. Entre junio y julio se ordenó confeccionar un inventario del depósito de libros de la Comisión Protectora y se iniciaron las licitaciones para la adquisición de las obras específicas que conformaron las colecciones, de acuerdo con el presupuesto original de 1912. En septiembre se discutió la distribución territorial de las bibliotecas elementales a fundarse. A propuesta de Rodríguez, se aprobó el siguiente plan de adjudicaciones: Buenos Aires, 9; Santa Fe, 8; Entre Ríos, 7; Corrientes, 7; Córdoba, 7; Mendoza, 6; San Juan, 5; San Luis, 5; Salta, 5; Santiago del Estero, 4; Jujuy, 4; La Rioja, 4; Tucumán, 6; Catamarca, 4. Territorios nacionales: Santa Cruz, 2; Chubut, 3; Río Negro, 3; La Pampa, 4; Neuquén, 3; Misiones, 4; Formosa, 3; Chaco, 3. Informadas las gobernaciones de cada provincia, en el transcurso de diciembre la Comisión Protectora recibió por parte de la Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Jujuy, Salta, Chaco, La Pampa y Córdoba la nómina de pueblos y ciudades receptoras del proyecto. En apenas seis meses el renovado dispositivo de instrucción estaba en funcionamiento.

En marzo de 1915, y al considerar que el envío de las primeras colecciones era eminente, Rodríguez preparó las “Instrucciones para las Bibliotecas Populares Elementales”, una lista de 26 puntos que condensaba los procedimientos básicos que los receptores de los libros debían seguir para instalar la biblioteca y hacerla funcionar. Si bien en el acta en la que consta la discusión del tema no se transcribió la propuesta,³⁶ la misma fue publicada en las memorias correspondientes a 1915 y 1916 y,³⁷ presumiblemente, fueron impresas en el mimeógrafo del organismo y remitidas junto con las obras. Estas instrucciones tematizaban tres aspectos. El primero, dedicado a la socialización de la lectura, abarcó recomendaciones sobre la celebración del acto de apertura, la publicación de la lista inicial de libros y de las novedades subsiguientes, la realización de conferencias y, en general, de todas las actividades que procurasen acercar la biblioteca a la comunidad. El segundo aspecto consideró los trabajos de organización y administración, e incluyó sugerencias sobre la gestión de las subvenciones, las maneras de incrementar el fondo bibliográfico mediante la consecución de donaciones, la designación de un bibliotecario

³⁶ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n°1*, Acta 54, pp. 81-82.

³⁷ *Ibid.*, *Memoria de la Comisión*, pp. 35-39.

y la obligación de confeccionar un catálogo, entre otras tareas. Finalmente, las instrucciones afirmaron la función política de la institución, pero lo hicieron de un modo llamativo: si, por una parte, reclamaron la neutralidad ideológica y religiosa de la biblioteca, por otra, enfatizaron su papel como agencia de nacionalización de los extranjeros arribados recientemente al país.

En mayo de 1915 los miembros de la Comisión Protectora tomaron conocimiento del acuse de recibo remitido desde Deán Funes, Córdoba, por el envío de una colección: solo habían transcurrido cinco meses desde que se propuso instalar allí una biblioteca elemental hasta que se desembalaron los cajones en el lugar de destino. Y si bien esta celeridad no se constata en todos los casos tratados, durante los años que siguieron el programa creció de forma paulatina. El Cuadro 1, que se muestra a continuación, se confeccionó sobre la base del tratamiento y la aprobación de las propuestas de fundación que pasaron por comisión y cuyo registro consta en el libro de actas entre 1914 y 1920, e informa sobre la progresión anual de esta política discriminada por provincias y por territorios nacionales.

Cuadro 1: Bibliotecas Populares Elementales. Libro de Actas: 1914-1920								
Provincias y Territorios Nacionales	1914	1915	1916	1917	1918	1919	1920	Total
Capital Federal	0	0	0	4	1	2	1	8
Buenos Aires	0	1	12	7	7	2	1	30
Entre Ríos	0	1	2	1	9	3	2	18
Santa Fe	0	3	1	9	2	3	1	19
Corrientes	0	0	2	1	1	0	0	4
Córdoba	2	8	0	2	9	5	0	26
San Luis	0	0	3	0	0	0	0	3
Santiago del Estero	4	0	0	3	0	1	1	9
Tucumán	0	0	5	2	0	0	1	8
Mendoza	0	2	3	0	1	1	0	7
San Juan	0	0	3	2	0	0	0	5
La Rioja	4	0	1	0	0	0	0	5
Catamarca	4	0	0	1	0	0	0	5
Salta	5	1	0	0	0	0	0	6
Jujuy	4	0	0	0	0	0	0	4
Territorio Nacional de Chaco	3	1	0	0	0	0	0	4
Territorio Nacional de Formosa	0	0	0	0	0	0	0	0
Territorio Nacional de Misiones	0	0	0	0	1	0	0	1
Territorio Nacional de La Pampa	4	0	2	0	4	0	0	10
Territorio Nacional de Neuquén	0	0	1	2	0	0	0	3
Territorio Nacional de Río Negro	0	0	2	0	0	0	0	2
Territorio Nacional de Chubut	0	0	0	1	0	0	0	1
Territorio Nacional de Santa Cruz	0	0	0	1	0	0	1	2
Total	30	17	37	36	35	17	8	180
Total acumulado	***	47	84	120	155	172	180	***

El Cuadro 2, que también presenta información sobre el desarrollo del programa, se elaboró en cambio con la información oficial de las memorias de 1915 y 1916, editadas en 1917, y el total acumulado de bibliotecas populares elementales fundadas para 1921, publicado ese mismo año en *Libros y Bibliotecas*.

Cuadro 2: Bibliotecas Populares Elementales. Documentos oficiales éditos				
Provincias y territorios nacionales	Memoria (1917)		Total	Libros y bibliotecas
	1915	1916		1921
Capital Federal	0	1	1	10
Buenos Aires	5	13	18	38
Entre Ríos	1	3	4	19
Santa Fe	2	3	5	22
Corrientes	7	1	8	12
Córdoba	4	2	6	23
San Luis	6	3	9	10
Santiago del Estero	3	0	3	9
Tucumán	1	6	7	9
Mendoza	6	14	20	22
San Juan	0	3	3	7
La Rioja	5	0	5	5
Catamarca	4	0	4	5
Salta	6	0	6	6
Jujuy	4	0	4	4
Territorio Nacional de Chaco	4	0	4	4
Territorio Nacional de Formosa	1	0	1	1
Territorio Nacional de Misiones	4	1	5	5
Territorio Nacional de La Pampa	0	2	2	7
Territorio Nacional de Neuquén	1	1	2	2
Territorio Nacional de Río Negro	3	2	5	5
Territorio Nacional de Chubut	0	0	0	2
Territorio Nacional de Santa Cruz	0	0	0	2
Total	67	55	122	229

Como se aprecia, hay diferencias cuantitativas entre los guarismos que arrojan los cuadros precedentes. Esto es producto de la discrepancia informativa presente entre los registros que sirven de fuente. Probablemente, no todas las decisiones de fundar una biblioteca popular elemental fueron pasadas en las reuniones de comisión (o bien, ocurrió que no se registró en el acta). Esto parece especialmente sensible entre 1915 y 1916 para las colecciones con destino a las provincias de Mendoza, La Rioja, San Luis y Corrientes. En rigor, si bien resulta complejo definir con exactitud el dato, esto no es significativo para lograr una comprensión global del proceso de expansión de estas bibliotecas. Por lo demás, otros vestigios procedentes del libro

de actas complementan las cifras indicadas. Así, por ejemplo, en agosto de 1915, es decir, a 12 meses de la reactivación del proyecto, Rodríguez les comentó a sus pares que ya se habían fundado 57 bibliotecas elementales.³⁸ Un año más tarde, en septiembre de 1916, pidió autorización para iniciar las gestiones necesarias para crear cien nuevas instituciones,³⁹ en vista de que las colecciones existentes en el depósito se agotaban. Durante los meses siguientes se ordenó la nueva compra de libros y se reactivaron los contactos con los agentes de gobierno provinciales y municipales y los funcionarios del sistema educativo nacional. La segunda generación de bibliotecas populares elementales estaba en marcha en el inicio de 1917. Con esta dotación, y un refuerzo de 25 bibliotecas que se preparó en junio de 1918,⁴⁰ se cubrieron las necesidades hasta 1921. En suma, el programa alcanzó con estas últimas inversiones a comprar más de 120.000 libros en poco menos de cinco años.

La aspiración de la Comisión Protectora fue que las bibliotecas elementales se convirtieran de manera paulatina en bibliotecas populares y, como tales, quedaran acogidas a la Ley 419, con todas las obligaciones y los derechos que conllevaba este pasaje. Si en muchos casos este paso fue más o menos inmediato, en otros tantos las condiciones de recepción fueron diferentes. Al revisar con detenimiento el listado de establecimientos publicado en 1921 se observa que, de las 229 colecciones remitidas por la Comisión Protectora, 40 (17%) fueron acogidas por alguna sociedad de fomento, círculo de estudio o club deportivo. Unas 42 (18%) permanecieron vinculadas a un colegio. Las 147 (64%) bibliotecas que completan el total no están, en ese listado, identificadas con una institución en particular, sea educativa, social o de otro tipo. La mayor parte de ellas, sin embargo, tiene un nombre asignado, lo que indica que al menos existía una comisión directiva que se estaba ocupando de su administración.

Una vez que las bibliotecas elementales comenzaron a diseminarse por el territorio aparecieron los primeros contratiempos. Entre 1916 y 1920 los miembros de la Comisión Protectora debieron atender más de una veintena de casos problemáticos relativos a la instalación y el funcionamiento de esas instituciones. Unas veces, las menos, solo se trató de dificultades con las empresas de flete: demoras en el envío, entregas en malas condiciones y faltantes de obras, entre otras cuestiones operativas similares. En un plano muy diferente, pero también con escasa frecuencia de ocurrencia, la elección inicial de la localidad se cambió sobre la marcha, debido a la ausencia de voluntades para administrarlas y/o requisitos materiales insuficientes. En otras oportunidades, la misma persona que recibió la colección escribió a la Comisión Protectora instándola a trasladar la biblioteca a un pueblo aledaño, donde hipotéticamente se le daría mejor provecho. Pero las sugerencias de este tipo no fueron atendidas sin antes considerar el diagnóstico de otra autoridad local que pudiera certificar o rechazar la propuesta. El recurso de la inspección a través de los directores de los colegios, de los jefes de las oficinas de correos, de los presidentes de los consejos escolares y, en algunas ocasiones, de los comisarios de policía, estuvo siempre a la mano de la Comisión Protectora para seguir el desarrollo de estas instituciones. A través de los ojos de estos actores se resolvieron todos los inconvenientes relacionados con el mal funcionamiento de los establecimientos, muchas veces derivados de la desidia o la apatía con la que se atendían los requerimientos para hacer marchar la biblioteca

³⁸ Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, *Libro de actas n°1*, Acta 66, pp. 97-98.

³⁹ *Ibid.*, Acta 95, pp. 127-128.

⁴⁰ *Ibid.*, Acta 160, pp. 204-205.

o, también, producidos por las disputas entre los integrantes de las comisiones directivas que las administraban. Las decisiones de la Comisión Protectora ante situaciones de esta índole tuvieron una sola tendencia: buscar otra autoridad competente en la misma localidad y encarregar la organización de una nueva asociación para conducir la biblioteca.

Las dificultades citadas brindan una idea inicial de los complejos marcos dentro de los cuales se desarrollaron las bibliotecas populares elementales (un análisis pormenorizado de esta cuestión requiere un cambio de estrategia metodológica, esto es, dejar atrás la descripción del dispositivo para asir los procesos sociales y culturales de apropiación). No obstante, al considerar el objetivo primordialmente cuantitativo que le brindó sustento a esta política, es factible afirmar que con las materializaciones alcanzadas al cerrarse la primera década de trabajo de la Comisión Protectora (1908-1921) el Estado nacional volvió a intervenir, modelar y, en fin, a estructurar el sistema bibliotecario argentino de la lectura pública con la preponderancia con la que había participado al iniciarse la década de 1870, cuando propició el origen de las bibliotecas populares.

Conclusiones

Al recapitular las constataciones realizadas en el presente artículo, el balance general puede indicarse a partir de tres niveles analíticos diferenciados, pero mutuamente relacionados.

En primer término, y al considerar el estado de la cuestión sobre la temática abordada, es posible indicar que las comprobaciones a las que se arribó son originales y contribuyen a completar el conocimiento existente sobre la historia de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares en general y, de manera específica, sobre su desempeño durante el período de gestión inicial comprendido entre 1908-1921, es decir, luego de la restitución histórica del organismo. Al focalizar la atención en este objeto de conocimiento, se estudiaron un conjunto de documentos no tenidos en cuenta de manera previa, lo que permitió constatar información novedosa sobre el modo en que la Comisión Protectora intervino en el campo bibliotecario. Asimismo, y en lo que refiere a los procedimientos metodológicos, el análisis procuró cruzar los registros éditos e inéditos, y disponerlos de forma sincrónica con las preocupaciones políticas, sociales y culturales de la época.

En segundo lugar, y al partir de ese objeto de estudio, de esos documentos y de ese esfuerzo metodológico, lo que se comprobó con relación al contenido no es otra cosa que los porqués y los cómo que intervinieron en la construcción del dispositivo de instrucción denominado bibliotecas populares elementales. En cuanto a los primeros, una línea de significados cruza de manera transversal lo dicho en las publicaciones oficiales y en las reuniones privadas de la Comisión Protectora sobre la inmigración, las ideologías de izquierda y la afirmación del sentimiento de argentinidad como preocupaciones vertebradoras y legitimadoras de toda la política bibliotecaria que se abre en 1908. Pero, con más exactitud, fue bajo la administración de Rodríguez que se inicia en 1912 cuando esas inquietudes se hacen tangibles en las tareas cotidianas de los funcionarios, no ya como tema de la esfera pública global, sino como una representación ajustada al campo más acotado de las bibliotecas, que ciertamente se elaboró con la información recogida en el territorio sobre el modo en el cual se desarrollaban estas instituciones y el lugar que ellas ocupaban en la vida cotidiana de las personas, pero que sin duda fue alimentada por nociones que, a la vez, contribuyeron a elaborar los prismas con los

cuales se observó esa realidad práctica, de manera que los problemas allí vistos solo pudieron ser enfocados con esas lentes. Sobre esta compleja base, los cómo de las bibliotecas populares elementales fueron producidos, con sobresaltos y entre otras actividades que recaían sobre el organismo, de forma progresiva durante el desenvolvimiento de la gestión: primero, el diseño y la concepción, entre el margen legal, el presupuesto y las aspiraciones; luego, la concreción, desarrollada entre el sistema jerarquizado de urgencias elaborado como diagnóstico y la capacidad de articular alianzas con los poderes provinciales y municipales; finalmente, el seguimiento, visible en los varios problemas que los miembros de la Comisión Protectora debieron atender a partir de 1916, cuando muchas de las bibliotecas elementales ya estaban en funcionamiento. En conjunto, la disposición alcanzó un significativo logro cuantitativo al llegar a 1921, cuando cuando ya se había repartido casi el total de las colecciones que se habían comprado.

Por último, una conclusión que es, en rigor, prospectiva. Si para los miembros de la Comisión Protectora la cuestión de la orientación de los libros apenas fue discutida, contrariamente a los dilemas operativos trabajados en este artículo, ello no quiere decir que el conocimiento retrospectivo del tema carezca de significación, pues de ello deviene la comprensión íntegra de la política implementada con las bibliotecas populares elementales. El estudio que complementa lo que aquí se estableció en términos de comprobaciones sobre los cimientos políticos y burocráticos de la estrategia puede formularse bajo las siguientes preguntas: ¿cuáles fueron las potencias conceptuales que animaron la constitución de las colecciones de las bibliotecas populares elementales? ¿Cómo se comprenden esas colecciones en el contexto del mercado del libro que les fue contemporáneo? ¿Sobre qué argumentos los miembros de la Comisión Protectora elaboraron la creencia según la cual estas bibliotecas podían contribuir a fomentar un programa cultural que asentara los valores de una hipotética tradición nacional, frente a los dilemas derivados de una inmigración que consideraban desbocada? La respuesta exige, inicialmente, restituir el catálogo de las bibliotecas elementales, disponerlo en forma diacrónica y sincrónica con otras iniciativas semejantes y con el mercado del libro, además de procurar interpretar las representaciones del público lector que sustentaron las elecciones y el poder atribuido a los libros como elementos de transformación cultural. Al cumplir este paso no solo se radicará un conocimiento más acabado e integral de la innovación más destacada que en términos de política construyó la Comisión Protectora durante este período, sino que también se estará en condiciones de comprender cómo este organismo tan caro a la historia de la bibliotecología argentina participó en la construcción del campo bibliotecario del país. □

Bibliografía

Adamovsky, Ezequiel, *Historia de las clases populares en la Argentina: desde 1880 hasta 2003*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Agesta, María de las Nieves, “Ni contigo ni sin ti. Bibliotecas populares, asociacionismo y acción estatal en el sudeste bonaerense (1880-1930)”, *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 23, n° 2, 2019.

—, “Minerva en la Pampa, Sarmiento en el templo. Bibliotecas populares e historicismo arquitectónico en el sudoeste bonaerense a principios del siglo xx”, *On the w@terfront. Public Art. Urban Design. Civic Participation. Urban Regeneration*, vol. 62, n° 2, 2020.

Altamirano, Carlos y Adrian Gorelik (eds.), *La Argentina como problema. Temas, visiones y pasiones del siglo xx*, Buenos Aires, Siglo xxi, 2018.

Barbier, Frédéric, *Historia de las bibliotecas. De Alejandría a las bibliotecas virtuales*, Buenos Aires, Ampersand, 2015.

Barrancos, Dora, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1991.

Dorta, Ayelén, “Espacios bibliotecarios de lectura: constitución y desarrollo de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires en La Plata (1884-1891)”, Tesis de grado, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2017. Disponible en <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.1651/te.1651.pdf>>.

Fernández, Alejandro, “La gran inmigración”, en J. M. Palacio (dir.), *Historia de la provincia de Buenos Aires: de la federalización de Buenos Aires al advenimiento del peronismo (1880-1943)*, Buenos Aires, Edhasa, Gonnet, UNIPE, 2013.

Fiebelkorn, Ayelén, “Miradas de inspección: las bibliotecas populares del partido de La Plata según los informes de la Comisión Protectora, 1919-1945”, *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018.

Fiorucci, Flavia, “La cultura, el libro y la lectura bajo el peronismo: el caso de la Comisión de Bibliotecas Populares”, *Desarrollo Económico*, vol. 48, n° 192, 2009.

———, “Bibliotecas durante el peronismo: 1946-1955”, en C. Aguirre y C. D. Salvatore (eds.), *Bibliotecas y cultura letrada en América Latina: siglos XIX y XX*, Lima, Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 2018.

Fiorucci, Flavia y Laura Graciela Rodríguez (comps.), *Intelectuales de la educación y el Estado: maestros, médicos y arquitectos*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2018.

Gutiérrez, Leandro y Luis Alberto Romero, *Sectores populares, cultura y política: Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

Halperin Donghi, Tulio, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

Muñoz Cosme, Alfonso, *Los espacios del saber. Historia de la arquitectura de las bibliotecas*, Madrid, Trea, 2004.

Pastoriza, Elisa, *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas de peronismo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

Planas, Javier, *Libros, lectores y sociabilidades de lectura. Una historia de los orígenes de las bibliotecas populares en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

———, “Historia de las bibliotecas populares en la Argentina entre 1870 y 1955. Antecedentes bibliográficos”, *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018.

———, “Los discursos bibliotecarios sobre la lectura en la Argentina durante las primeras décadas del siglo XX. Algunas claves para la constitución de un objeto de conocimiento”, *Políticas de la Memoria*, n° 19, 2019.

Roldán, Diego, *La invención de las masas: ciudad, corporalidades y culturas. Rosario, 1910-1945*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2012.

Sik, María Eugenia, “La creación de bibliotecas durante el apogeo del anarquismo argentino, 1898-1905”, *Historia y Espacio*, vol. 14, n° 51, 2018.

Tripaldi, Nicolás, “Origen e inserción de las bibliotecas obreras en el entorno bibliotecario argentino: fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX”, *Librería: Correo de las Bibliotecas*, vol. 1, n° 1, 1997.

Apéndice

Bibliotecas elementales: características generales del catálogo

Entre los documentos disponibles en el archivo de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares no fue posible localizar una versión oficial, preliminar o definitiva del catálogo elaborado para las bibliotecas elementales. Si bien en algunas sesiones de comisión los miembros del organismo mencionan la existencia de un listado de libros, la *Memoria* publicada en 1917 muestra que durante 1915 algunas bibliotecas fueron entregadas con 358 volúmenes y otras con 591. Por lo tanto, estos repertorios no fueron idénticos unos de otros. La reconstrucción de un catálogo ideal fue posible gracias al cruce de tres vestigios diferentes: por una parte, el Libro de Actas de la Comisión Protectora, en el que se anotaron un buen número de compras efectuadas por la entidad; por otra, el registro de libros de la biblioteca de San Roque, Corrientes, que por una circunstancia del azar elaboró un inventario de las obras que la Comisión Protectora remitió en 1914 a los efectos de fundar la institución; finalmente, y dado que la Comisión Protectora adquirió paquetes completos o parciales de los títulos ofrecidos bajo una colección editorial, se tomó como referencia la información que los mismos sellos ofrecieron en los libros y en las publicidades. En términos cualitativos, las bibliotecas elementales se formaron bajo la idea de intensificar el sentimiento de argentinidad, aunque esta noción debió construirse sobre la cuestión más obvia y perentoria de formar una colección para una biblioteca, es decir, un repertorio que contuviera una diversidad de obras capaz de brindar respuesta a un número amplio de inquietudes, ya sean recreativas o técnicas, de referencia o instrucción. Los libros escogidos remiten a dos criterios que, en el concepto sostenido en la declaración de intenciones por la Comisión Protectora, conforman un saber que complementaba la “faz práctica de la vida” y “el factor moral e intelectual”.

La literatura constituyó la base del segundo criterio. Para ello, los miembros de la Comisión Protectora adquirieron en grandes cantidades las obras ofrecidas por el diario *La Nación* bajo la reconocida colección Biblioteca de La Nación. La biblioteca elemental obtuvo de aquí modernas traducciones de la literatura en lengua extranjera. En una vista panorámica al repertorio se puede encontrar: (a) entre los románticos, Chateaubriand, Víctor Hugo y Lamartine; (b) entre los realistas y naturalistas, Balzac; (c) el género policial es, sin duda, el más nutrido: la lista la encabeza Doyle y, bastante más atrás, siguen Poe y Conway; (d) en ciencia ficción, Wells; (e) entre los rusos, Tolstoi, Dostoievski y Turgenev; (f) de los folletinistas franceses, Dumas padre se lleva ocho títulos, algunos en varios tomos; finalmente, (g) entre los norteamericanos, Harte. Fuera de este canon, pero dentro de los amplios límites de las lenguas extranjeras, la Comisión Protectora seleccionó y adquirió por su cuenta las obras de dos autores de autoayuda: el norteamericano Orison Swett Marden y el escocés Samuel Smiles. Como se sabe, la Biblioteca de La Nación no ofreció entre sus títulos una nutrida cantidad de literatura de la lengua castellana. De aquí, la Comisión Protectora tomó el libro lanzamiento: *Tres novelas picarescas*, que compilaba en un volumen una obra de cada uno de los siguientes clásicos: Cervantes, Quevedo y Hurtado de Mendoza. En esta línea también se incluyó *El Quijote*. Entre los latinoamericanos, solo Isaacs, con *María*. Y apenas cinco autores nacionales: Mitre, Sarmiento, Daireaux, Bunge y Podestá. Para completar la nómina, la Comisión Protectora escogió expresamente algunos títulos de los que estaban disponibles en las librerías porteñas. La de los españoles se reforzó con Espronceda, Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Palacio Valdés y Valle In-

clán. La lista de los nacionales resulta llamativamente escasa: Oyuela, Del Campo, Guido y Spano, Hernández, Mármol y Elflein.

Pero más que literatura nacional, el catálogo de las bibliotecas elementales se nutrió con ensayos de interpretación de la realidad argentina. Es por esta vía que le dieron representación tangible a esa idea de intensificar el sentimiento hacia la patria. No era una propuesta innovadora ni mucho menos: el entresiglos estuvo bien cargado de estudios de carácter social, histórico y literario que, en conjunto, propiciaron la emergencia del campo intelectual. Entre los escritores que alcanzaron trascendencia, aparecen J. V. González, Gálvez, Bunge, Álvarez, Lugones, Rojas y Ugarte, entre otros. Junto a estos autores se agregaron algunos clásicos del siglo XIX: Alberdi, López y García Mérou. El recorte efectuado incluye, en general, diferentes perspectivas producidas desde la matriz de la cultura oficial.

A mitad de camino entre el criterio que brinda sentido a las elecciones que conforman la parte de la biblioteca descrita hasta aquí, y aquel que rige ese otro conjunto de conocimientos que la Comisión Protectora identificó para la “faz práctica de la vida”, se ubica la compra de los Manuales Soler, una colección de cien títulos de carácter enciclopédico de asuntos variados: historia, ciencia, saberes técnicos y artes y oficios, aunque un repaso por las obras del repertorio informa que el contenido declina sobre las tres últimas temáticas. Aunque estos manuales constituyeron la compra principal en estas materias, también fue adquirida la colección Pequeña Enciclopedia de Química Industrial Práctica, cuyo contenido aborda técnicas para el procesamiento de la sal, el azúcar, el alcohol, las harinas y la leche; incluía, asimismo, temas relacionados con la industria maderera, minera y metalúrgica. En este contexto, el segmento dedicado a la producción agropecuaria requirió una atención especial. Para cubrir este ámbito, se adquirió la Biblioteca Rural Argentina, una serie monográfica de ensayos breves que incluyó títulos sobre cultivos (cereales, forraje y frutos), cría de ganado (ovino y vacuno), medicina veterinaria y producción de alimentos. De manera semejante al proceso que dio como resultado la selección de literatura, en el plano técnico la Comisión Protectora complementó con algunas compras individuales este tramo de la biblioteca.

Finalmente, las bibliotecas elementales también sirvieron para cubrir las necesidades del currículum escolar. Por el lado de las humanidades y las ciencias sociales, se adquirieron textos sobre historia europea antigua, medieval y moderna. Entre los nacionales, además de los ya citados ensayos de Mitre y López, fueron agregados autores como Rivarola, Imhoff y Levene. En geografía también se tuvieron en cuenta obras generales y trabajos de carácter local, como el de Urien y Colombo, seleccionado en ese entonces por el Ministerio de Instrucción Pública como saber geográfico oficial. Entre las disciplinas exactas y naturales, fueron recogidos varios libros de la colección Cartillas Científicas o Nuevas Cartillas Científicas, de la empresa norteamericana Appleton. Para el segmento dedicado a las artes, se tomaron cuatro obras de la Biblioteca Popular de Arte de la editorial La España: El arte en la Antigüedad, El arte en la Edad Media, El arte en la Edad Moderna y El arte en el siglo XIX.

La descripción precedente, que no tiene pretensión de exhaustividad ni da cuenta de los detalles que sirven para adentrarse en los porqués y los cómo de la selección, muestra, en conjunto, una intención precisa: la de alentar la profusión del conocimiento autorizado, aunque probablemente las bibliotecas elementales valieron más por el dispositivo mismo que por el canon que alentaron.

Resumen / Abstract

Bibliotecas populares elementales. Nacionalismo, inmigración y política bibliotecaria durante la década de 1910

En la década de 1910 la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de la Argentina elaboró una política de expansión del campo denominada bibliotecas populares elementales. El objetivo era consolidar una política cultural de afirmación del sentimiento nacional, contra los dilemas que, en la perspectiva oficial, habían generado la inmigración y las ideologías de izquierda. Para reconstruir y comprender el modo en que se construyó un diagnóstico de la realidad bibliotecaria y se produjo una estrategia como respuesta, se estudia el libro de actas del organismo, sus publicaciones y otros documentos de interés. Tres aspectos constituyen las variables de análisis principales: (a) las características generales de la propuesta; (b) los argumentos políticos, culturales y sociales que la justificaron; (c) las realizaciones que tuvo entre 1912 y 1921. Entre las conclusiones, se destaca la voluntad estatal por vertebrar el campo bibliotecario argentino y, a partir de él, participar en la formación de los ciudadanos.

Palabras clave: Bibliotecas populares elementales - Políticas bibliotecarias - Nacionalismo - Inmigración

Elementary popular libraries. Nationalism, immigration and library policy during the 1910s

In this article the author presents a study of the Elementary Popular Libraries created in Argentina during the 1910s, with the aim of consolidating a cultural policy of affirmation of national sentiment as a means of confronting the dilemmas caused by immigration and left-wing ideologies. Three aspects constitute the main variables of analysis: (a) the general characteristics of the proposal; (b) the political, cultural and social arguments that justified it; (c) its achievements between 1912 and 1921. Among the conclusions, the will of the State to intervene and model the Argentine library field stands out.

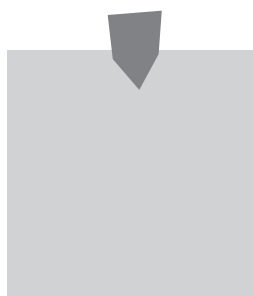
Keywords: Elementary popular libraries - Library policies - Nationalism - Immigration

Fecha de presentación del original: 5/8/2020

Fecha de aceptación del original: 14/12/2020

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1208>

Argumentos



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

Reinhart Koselleck y la temporalidad histórica*

Elías J. Palti

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

El nombre de Reinhart Koselleck (Görlitz, 1923-Bad Oeynhausen, 2006) se encuentra hoy asociado de manera estrecha con la llamada escuela alemana de “historia de conceptos” (*Begriffsgeschichte*), la cual tuvo sus inicios a fines de la década del ‘60 junto con sus maestros, Otto Brunner y Werner Conze. Esta escuela se orientó, básicamente, a trazar la historia de diversos conceptos y de cómo su uso y su significado se alteró a través de los tiempos, proyecto que cristaliza en tres grandes diccionarios: *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur Politische-sozialen Sprache in Deutschland* [Conceptos básicos de historia. Un Diccionario sobre los principios del lenguaje político-social en Alemania (Stuttgart, 1972-1997)], *Historisches Wörterbuch der Philosophie* [Diccionario de filosofía de principios históricos (Basilea, 1971-2007)] y *Handbuch politisch-sozialer Grundbegriffe in Frankreich, 1680-1820* [Manual de conceptos político-sociales en Francia, 1680-1820 (Munich, 1985)].

El primero de ellos, *Geschichtliche Grundbegriffe*, es hoy un texto de referencia clave para los historiadores, lo que hizo de Koselleck uno de los autores más influyentes en el campo. Se trata de una obra verdaderamente monumental, que llevó varias décadas de elaboración e involucró a un gran número de investigadores. Paradójicamente, Koselleck no se destacó por escribir, él mismo, obras de largo aliento.¹ Tiene, en cambio, una vasta producción de artículos, que han sido reunidos en diversas antologías, varias de ellas traducidas, de manera parcial, a nuestro idioma. La más extensa es el libro *Zeitschichten* (estratos del tiempo), que era parte de un proyecto editorial más amplio que quedó inconcluso y al que el texto que aquí se reproduce sirvió como introducción.

Como indica ya el título del libro, el tema central que recorre la serie de escritos allí reunidos es el análisis de las estructuras de la temporalidad.² No se trata, pues, de un estudio de historia conceptual; en rigor, ni siquiera es un texto histórico, aunque en él apele a ejemplos históricos, sino metahistórico, de teoría histórica. En efecto, en sus escritos más recientes sus

* La presente sección, “Argumentos”, ha sido organizada especialmente para *Prismas* por Lucila Svampa, Daniela Losiglio y Elías Palti. El texto de Koselleck fue traducido por Martín Rodríguez Baigorria, con fondos del PICT 2017-1656, titulado: “Actualidad del pasado. Búsquedas y obstáculos a través de las perspectivas de Walter Benjamin y Reinhart Koselleck”.

¹ La obra más extensa y sistemática que escribió fue su tesis de habilitación, *Preussen zwischen Reform und Revolution: Allgemeines Landrecht, Verwaltung und soziale Bewegung von 1791 bis 1848*, Stuttgart, Ernst Klett Verlag, 1967.

² Reinhart Koselleck, *Zeitschichten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 2000.

preocupaciones históricas, o histórico-conceptuales, fueron cediendo terreno al proyecto de comprender cuál es la naturaleza del tiempo histórico, algo que, digamos, genera ya algunas tensiones respecto de su proyecto original. En principio, un historiador conceptual no se pondría a definir qué es la historia, qué es el tiempo, etc., sino, más simplemente, comprender cómo han sido concebidos tales conceptos por los distintos autores y en los diversos momentos o períodos, sin pretender dictaminar al respecto (no afirma que “la historia es tal o cual cosa”, sino, más humildemente, señala que “*para tal o cual autor*, la historia es tal o cual cosa”).

De hecho, habría cierta incompatibilidad entre ambos enfoques. Según asegura la expresión de Nietzsche que Koselleck adoptó como una suerte de máxima, “solo lo que no tiene historia es definible”.³ Como sostenía en los textos compilados en *Futuro Pasado*, lo que define a los conceptos, y los distingue de las “ideas”, es su mutabilidad, por lo que resultan siempre plurívocos, indefinibles. Intentar proveer a los mismos una definición unívoca supondría así violentar su historicidad, fijarlos en un momento dado en el cual, presumiblemente, se encontraría finalmente plasmado su “auténtico” sentido. En última instancia, para Koselleck pretender determinar cuál es la “verdadera” entre la variedad de definiciones que cobró históricamente cierto concepto significaría una intromisión ilegítima de la subjetividad del historiador en cuestión, indicaría, simplemente, que es la que coincide con su propia idea del mismo, lo que no viene al caso para una historia conceptual. En fin, obliga a allanar su trayectoria efectiva para reducir todas las definiciones alternativas surgidas históricamente a meros anticipos más o menos deficientes respecto de aquella a la que, en cada caso, se adhiere.

Sin embargo, ya en sus escritos tempranos Koselleck insiste, al mismo tiempo, en la necesidad de una teoría que sirva de guía para la comprensión histórica, una “anticipación teórica”, según la llama, esto es, una cierta idea respecto de qué es la historia, qué es el tiempo histórico, etc.⁴ Esto dará lugar a lo que se convertirá en su preocupación central: la elaboración de una *Historik*, que define como una “doctrina de las condiciones de posibilidad de historias (*Geschichten*)”.⁵ Así, en sus trabajos más recientes, Koselleck intenta desarrollar una teoría general de las formas de la experiencia histórica. Estas ya no se relacionarán con ninguna época singular, sino con las condiciones *a priori* de la inteligibilidad histórica; remiten, por lo tanto, para él, al plano de las determinaciones antropológicas y, en última instancia, biológicas.

Como afirma en uno de los textos incluidos en *Zeitschichten*, “Erfahrungswandel und Methodenswechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze” [“Mutación de la experiencia y cambio de método. Un esbozo histórico-antropológico” (1988)], “de lo que se trata es de descubrir las condiciones antropológicas de todas las experiencias posibles”.⁶ Este enfoque antropológico-filosófico le permite definir tres metodologías históricas fundamentales, encarnadas

³ Friedrich Nietzsche, *Sobre la genealogía de la moral*, cap. II, §13.

⁴ Al respecto resulta ilustrativo el texto, que aparece el mismo año de lanzamiento del *GG* (1972), “Sobre la necesidad de la teoría de la ciencia histórica”. Véase Reinhart Koselleck, “Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”, en Werner Conze (ed.), *Theorie der Geschichtswissenschaft und Praxis der Geschichtsunterrichts*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972, pp. 10-28. Este texto se incluye en una antología de textos de Koselleck preparada por Claudio Ingerflom y Elías Palti, de próxima aparición en FCE de Argentina, y cuyo título es *Sobre el concepto de Estado y otros ensayos de teoría histórica*.

⁵ Koselleck, “Historia y hermenéutica”, en Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, p. 70.

⁶ Koselleck, “Erfahrungswandel und Methodenswechsel. Eine historisch-anthropologische Skizze”, en *Zeitschichten*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 2000), p. 33.

respectivamente en Heródoto, Polibio y Tucídides, y que se repiten en los más diversos contextos históricos y conceptuales. Cada una de ellas nace –afirma– de las diversas formas humanas posibles de relacionarse con las estructuras de la temporalidad, que hunden sus raíces en condiciones radicadas en un nivel biológico de la especie y expresan, a su vez, tres modos diferenciales de adquisición (y pérdida) de conocimiento (“nuestro ensayo –dice– se aferra siempre a las características formales comunes que bien podrían ser el fundamento de todas las experiencias y de sus enriquecimientos, de todos los métodos y de sus desarrollos diferenciales”).⁷

En este punto, Koselleck retoma la categorización tripartita elaborada por Braudel entre corto, mediano y largo plazo, buscando sus fundamentos antropológicos últimos. “Los ritmos de la experiencia específica a las generaciones”, asegura, resultan de ciertos “datos biológicos iniciales.”⁸ El corto plazo expresa un modo inmediato de experimentar la sucesión de los acontecimientos, propia de los contemporáneos, en su singularidad e irrepitibilidad. El mediano plazo se liga a la experiencia *generacional* que permite descubrir patrones y recurrencias entre fenómenos diversos determinados por condiciones estructurales más o menos estables en el tiempo. Solo aquí, cuando referimos los acontecimientos a secuencias evolutivas de más largo alcance, podemos hablar de un proceso de aprendizaje o ganancia de experiencia. El largo plazo, finalmente, remite a las formas *intergeneracionales* de adquisición de conocimiento, pero también de pérdida del mismo, que permite observar cómo las propias condiciones estructurales, a su vez, se modifican. Estos procesos históricos de largo alcance escapan ya al ámbito de la experiencia inmediata y solo pueden descubrirse mediante un esfuerzo de abstracción intelectual.

Como vemos, llegado a este punto, Koselleck se interna en el plano de los *aprioris* que hacen posible la comprensión histórica, indagando en las diversas formas de la experiencia de la temporalidad. No es tampoco exactamente a esto, sin embargo, a lo que apunta en el texto que se presenta aquí. En él Koselleck se refiere a estructuras de la temporalidad que son objetivas, que no remiten a las formas de la conciencia sino a la estructura de los propios sistemas de interacciones sociales.

Su postura al respecto, por otro lado, supone una suerte de rebelión contra aquellos enfoques centrados en la mutabilidad conceptual, lo que significa un giro importante en su pensamiento.⁹ Según afirma ahora, toda interacción social presupone cierta estabilidad significativa que permita la repetibilidad del sentido. Retoma aquí la distinción entre *langue* y *parole* de Saussure. Frente al carácter acontecimiental de los *usos* del lenguaje, que los hace siempre únicos e irrepitibles, las estructuras lingüísticas estabilizan el orden de los sentidos, asegurando así su comunicabilidad y transmisibilidad. Koselleck apela en este punto a la idea de Arnold Gehlen, muy cara a todo el pensamiento neokantiano, de “institución”.¹⁰ Las estructuras del lenguaje participan, pues, de una temporalidad distinta a la del corto plazo de la pragmática lingüística. En última instancia, todo uso, todo acontecimiento lingüístico, es parasitario de los universos semánticos; aun cuando sea para rebelarse contra ellos, siempre los

⁷ *Ibid.*

⁸ Koselleck, “Erfahrungswandel und Methodenswechsel”, en *Zeitschichten*, p. 35.

⁹ Visto desde otra perspectiva, tal giro no sería realmente tal, sino que recoge una preocupación suya de larga data, como es su rechazo de las visiones lineales del tiempo histórico, con su carga de utopismo, rechazo que, en última instancia, denuncia cierta vena antimoderna.

¹⁰ En *Urmensch und Spärkultur* (1956), Gehlen introduce el término tomando su sentido de su raíz etimológica, es decir, como “costumbre” (*institutio*) o conductas e ideas habituales, adoptadas acríticamente.

presupone. Esto no quiere decir que las estructuras conceptuales sean realidades eternas, que no se alteren con el tiempo, pero esta temporalidad operaría con mayor morosidad, proyectándose sobre el mediano y el largo plazo. Y tampoco sus ritmos son uniformes, sino que, en este plano, habrán de superponerse siempre estratos diversos de temporalidad cuyos coeficientes de variabilidad relativos nunca, o no necesariamente, coinciden.

Con el concepto de “estratos del tiempo” pasamos así, subrepticamente, del orden de los *a priori* de la comprensión histórica al de sus *a posteriori*, a las estructuras objetivas de la temporalidad que se encuentran inscriptas en los sistemas de interacción humana, y que se descubren como resultado del propio estudio de la historia, pero que funcionarían, a la vez, como un *a priori*, como esa “anticipación teórica” que hace posible un relato histórico, es decir, abre el espacio a un determinado horizonte de comprensión de la historia. Esta ambigüedad, esta oscilación entre lo *a priori* y lo *a posteriori*, que surge en el momento mismo en que se intenta reflexionar acerca de aquello que constituye la categoría histórica fundamental, que es la del tiempo, nos enfrenta a aquella problemática clave de la disciplina, que refiere a su estatuto epistemológico, cómo establecerlo y, en definitiva, a su impasibilidad última, que es lo que abre, justamente, el espacio para las disputas que se suscitarán de manera recurrente en torno del mismo. En última instancia, este triple *impasse* (la oscilación entre lo *a priori* y lo *a posteriori*, entre las formas de conciencia histórica y las estructuras objetivas de la temporalidad, y, finalmente, entre la historia y la meta historia, que resulta de la simultánea necesidad e imposibilidad de definiciones unívocas) no expresarían meras divergencias subjetivas, opiniones, sino que pondrían de manifiesto cierta inconsistencia inherente al propio campo, esto es, esa circularidad lógica que se establece, de manera inevitable, entre la anticipación teórica y los productos de la investigación histórica.

Koselleck no ofrece aquí una respuesta, cuya búsqueda lo habría encerrado en una tarea siempre ímproba, y, en última instancia, inconducente. Pero sus reflexiones nos ofrecen, en cambio, la posibilidad de observar y analizar la serie de problemas que la cuestión de la temporalidad histórica plantea a los historiadores. Problemas, en última instancia, insolubles, pero, al mismo tiempo, ineludibles. De hecho, toda narrativa histórica presupone ya una cierta respuesta a los mismos; en definitiva, a todas ellas subyace un concepto implícito de la temporalidad. Su lectura nos permite, en fin, tratar de hacer consciente la serie de cuestiones de índole epistemológica que se despliegan en torno de la misma.

Los comentarios que siguen al texto de Koselleck de Lucila Svampa y Faustino Oncina Coves explican y desarrollan el planteo koselleckiano situándolo en el marco de su proyecto histórico-conceptual más general, cómo se sitúa el mismo dentro de su teoría y el lugar que ocupa en su obra. En ellos el lector podrá encontrar una exposición de la amplia gama de aspectos involucrados en la cuestión de la temporalidad, como la naturaleza metafórica de las referencias al tiempo, la relación entre tiempo y espacio, entre el tiempo histórico y los ciclos naturales, el vínculo entre las ideas de estratos de temporalidad y simultaneidad de lo no-contemporáneo, su oposición, a su vez, a la idea de la linealidad del tiempo, etc. Ellos nos permiten comprender así el sentido más profundo que adquiere en Koselleck la figura de “estratos del tiempo”, y también las razones de la centralidad que cobra esta en sus trabajos más recientes, convirtiéndose en el núcleo de su proyecto de una *Historik*. □

Introducción a Estratos del tiempo¹

Reinhart Koselleck

Al hablar sobre el tiempo debemos apoyarnos en metáforas; porque al igual que el movimiento el tiempo solo es comprensible en unidades espaciales. El camino que se recorre de aquí hacia allá, el avance o el progreso mismo contienen imágenes a partir de las cuales se obtiene una intuición del tiempo. Para el historiador (*Historiker*), cuya actividad se vincula esencialmente a las historias (*Geschichten*), se hace inevitable recurrir a esas metáforas surgidas de la representación espacial. Ya que la historia (*Geschichte*) siempre tiene que ver con el tiempo, con tiempos (*Zeiten*) que, no solo metafóricamente sino también de modo empírico, quedan asociados a directrices espaciales, tal como lo indica el mismo “suceder” (*geschehen*): el verbo que antecede al vocablo *Geschichte* se refiere en principio a “apurarse”, “correr” o “volar”, o sea, al movimiento espacial. Todo espacio histórico se constituye en virtud de la fuerza del tiempo (*Kraft der Zeit*); a través de la cual el espacio puede ser atravesado, volviéndose controlable política o económicamente. Aunque la fuerza metafórica de todas las imágenes temporales surja primariamente de las intuiciones espaciales, las indagaciones temporales y espaciales siempre se hallan entrelazadas.

Podría descartarse, como un simple juego de palabras, el hecho de que también la “historia” (*Geschichte*) admita una connotación espacial, al contener en sí misma “estratos” (*Schichten*). Pero la metáfora espacializadora que pluraliza el concepto de tiempo supone ya de por sí una ventaja: a la manera de su modelo geológico, los “estratos de tiempo” (*Zeitschichten*) remiten a planos temporales (*Zeitebenen*) de distinta duración y origen que existen y actúan simultáneamente. También la simultaneidad de lo no-simultáneo (*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*) –uno de los fenómenos históricos más esclarecedores– posee un rasgo en común con esos “estratos de tiempo”: aquello que no se produce completamente en un mismo tiempo; fenómenos que en términos diacrónicos o sincrónicos suponen contextos vitales heterogéneos. Desde la perspectiva de la teoría del tiempo, todos los conflictos, compromisos y consensos provienen de tensiones y líneas de ruptura –otra vez la metáfora espacial–; experiencias contenidas en distintos estratos de tiempo que ellos pueden suscitar.

¹ Reinhart Koselleck, “Einleitung“, *Zeitschichten. Studien zur Historik*, Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag, 2000, pp. 9-16. Traducción de Martín Baigorria, financiada por el PICT “Actualidad del pasado. Búsquedas y obstáculos a través de las perspectivas de Walter Benjamin y Reinhart Koselleck”, FONCyT.

Así queda planteado, a grosso modo, el marco dentro del cual se mueven estos ensayos. Dejo a un lado los trabajos referidos específicamente a la historia conceptual, la historiografía o la historia social, que publicaré en una edición aparte, para concentrarme en los escritos donde se develan aquellas líneas de fuga primordialmente asociadas a la teoría del tiempo.

Una de mis tesis preliminares es que los tiempos históricos se distinguen fundamentalmente del tiempo condicionado por la naturaleza, incluso aunque ambos se influyan entre sí. Las órbitas circulares del sol, los planetas, la luna, las estrellas o la rotación de la Tierra suponen medidas de tiempo constantes: años, meses, días y “constelaciones”, así como el orden sucesivo de las estaciones del año. Todas estas trayectorias de cursos del tiempo surgen dadas al hombre, incluso aunque desde el comienzo haya aprendido a interpretarlas y a calcularlas gracias a sus logros culturales e intelectuales. Nuestros diversos calendarios y cronologías, nuestros datos y estadísticas se apoyan en tales medidas de tiempo, tomadas de la naturaleza, aunque descubiertas por los hombres, pero que se sustraen a su libre arbitrio. Los modos de referirnos a los tiempos naturales preexistentes [*vorgegebene Naturzeiten*] conservan así un sentido indisputable.

La metáfora específica de los “estratos de tiempo” apareció recién a partir del siglo XVIII, luego de que la antigua historia natural (*historia naturalis*) hubiera sido temporalizada. Kant y Buffon abrieron el nuevo horizonte temporal incluyendo dentro de su perspectiva histórica toda la Tierra y sus individuos, pertenezcan estos al ámbito de la biología, la zoología o la antropología. Kant se encontraba en la búsqueda de un nuevo concepto que pudiera separar aquello que él llamaba la “historia de la naturaleza” (“*Naturgeschichte*”) de la historia humana. Pero ni los conceptos de “fisiogonía” (“*Physiognomie*”) o “arqueología de la naturaleza” prevalecieron en los usos lingüísticos de la ciencia. Se prefirió conservar el término “historia natural” (“*Naturgeschichte*”), temporalizado a partir de entonces.²

Kant temporaliza (*verzeitlichte*) el acto singular de la creación, que hasta ese momento pertenecía al ámbito de la teología. “La creación no es la obra de un acontecimiento único” —ella comprende y estructura el proceso de la naturaleza, infinitamente abierto hacia el futuro—. “La creación nunca está terminada [...] La obra que lleva adelante posee una relación con el tiempo dentro del cual se despliega.” Kant se sirve de imágenes físicas que usa como metáforas al referirse al progresivo proceso de formación de la naturaleza: “Para alcanzar la perfección pasarán millones de años y montañas enteras de millones de siglos, durante los cuales se formarán siempre nuevos mundos y órdenes mundiales, uno detrás del otro, desde el centro de la naturaleza hasta sus extensiones más lejanas”.³ Vemos entonces cómo la imagen de los estratos de tierra convertidos en montañas libera un recorrido temporal (*Zeitverläufe*) consistente en millones de siglos; una metáfora inimaginable hasta entonces.

Carus completa esa recomposición semántica alejándose de la historia de la Tierra como acontecimiento único, al hacer “concordar ciertas formaciones montañosas con la estructura de su masa” y descubrir entonces que dicha “estructura interna resulta de la historia de estas montañas”.⁴ El origen geológico del concepto de estructura histórica se hace evidente para el

² Véase Reinhart Koselleck, “Geschichte, Historie”, en *Geschichtliche Grundbegriffe*, editado por Otto Brunner *et al.*, Stuttgart, 1975, vol. 3, pp. 678-682: “Von der *historia naturalis* zur ‘Naturgeschichte’”.

³ Kant, *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*, Werke, Wilhelm Weischedel, vol. 1, *Vorkritische Schriften*, p. 335.

⁴ Carl Gustav Carus, *Neun Briefe über Landschaftsmalerei*, 8, en *Romantische Kunstlehre*, Friedmar Apel (ed.), Frankfurt am Main, 1992, p. 265 (*Bibliothek der Kunstliteratur*).

uso lingüístico actual. Por eso apenas puede resultar extraño que, en una reformulación semántica más amplia, la historia humana sea interpretada mediante metáforas que expresan nuevos y largos períodos de tiempo. Cuando Görres intentó explicar el “carácter de la época moderna”, su propio tiempo –ya en aquella época también el “nuestro”– recurrió al símil geológico: “El tiempo antiguo vale para la época moderna [*neue Zeit*] lo mismo que, en la historia de la Tierra, los macizos originales valen para los estratos montañosos [*Flözgebirge*]”.⁵ Montañas compactas y homogéneas conquistaron la tierra y cargaron con sus formaciones subsiguientes; la época moderna se asemejaría así a las más recientes e inquietas capas del tiempo. Sin menoscabar la especulación romántica en la que incurre Görres, algo se vuelve claro: aquello que antes había integrado los mitos de la creación y las cosmogonías obtiene la forma de estructuras históricas [*geschichtliche Strukturen*]. Los largos períodos de tiempo de la historia de la Tierra, incluidos allí sus sedimentos y erupciones, se conectan entre sí para constituir una “prehistoria” de la humanidad [*Vorgeschichte*] cuyos rasgos estructurales análogos no son meramente metafóricos.

Existen de hecho factores metahistóricos cuyo control escapa del dominio humano. A esa categoría pertenecen todas las condiciones geográficas y climáticas, además de la geología, sobre las cuales los hombres pueden influir sin dominarlas completamente. Eso nos conduce a aquellos presupuestos naturales que posibilitan nuestra experiencia antropológica del tiempo. En términos puramente zoológicos compartimos con los animales tales precondiciones: el reloj biológico, al cual nuestro cuerpo se halla constreñido; y el instinto sexual esencial para la reproducción de cada generación situada entre el nacimiento y la muerte, que –como indica Heidegger– moldean nuestra existencia temporal. Pero eso que tenemos en común con los animales queda moldeado en términos culturales: la muerte a través de la muerte motivada por causas políticas; el sexo intensificado por medio del deseo y el terror [*Lust und Terror*]; la necesidad de comer y beber, exacerbada por la ascesis o las espirales del goce.

Una signatura común de estas formas antropológicas de comportamiento, también natural, es que remiten siempre a la recurrencia. A pesar de su enorme variabilidad cultural, esos impulsos o necesidades se nutren de su repetibilidad, sin la cual no podrían surgir ni ser satisfechos. El modelo temporal de la repetición es un testimonio de la constancia de la historia humana, que en nuestra –así llamada– prehistoria [*Vorgeschichte*] se remonta a unos dos millones de años.

Eso que Ferdinand Braudel denominó la “larga duración” (*longue durée*), aquella duración extensa estructuralmente subyacente o previa a toda historia individual, debe ser diferenciada en el plano temporal. O bien se trata de condiciones previas de tipo geográfico o biológico, cuya duración se sustrae de la aprehensión humana; o bien consiste en una estructura de repetición (*Wiederholungs Struktur*) adoptada conscientemente por el hombre, ritualizada y enriquecida a través de la cultura: se identifica con aquella continuidad que ayuda a estabilizar nuestras respectivas sociedades. El Mar Mediterráneo investigado por Braudel, cuyo marco extrahumano condiciona historias seculares, posee otro tipo de duración, distinta de la continuidad surgida de la acción humana. Habría así dos estratos del tiempo distintos que parecen remitir a duraciones similares. Pero una de ellas, la duración constante garantizada por el orden

⁵ Joseph Görres, *Korruskationen [=Wetterleuchten]*, en *Ausgewählte Werke*, Wolfgang Frühwald, Freiburg, Basel-Wien, 1978, vol. 1, p. 971.

natural, puede ser efectiva de manera inconsciente adquiriendo solo a posteriori una conciencia mayor. Las precondiciones geográficas o biológicas de la historia humana no pueden controlarse completamente, incluso a pesar de los progresos efectuados por las ciencias naturales. El otro tipo de duración vive de una repetición deseada y deliberada. Garantiza persistencia y continuidad en los comportamientos sociales. En términos empíricos las estructuras de repetición naturales y humanas se interrelacionan, pero desde la perspectiva de la teoría del tiempo deben ser diferenciadas.

Por eso, insistamos en lo siguiente: nuestras estructuras de repetición no pueden ser reducidas a aquellos ciclos propios de las órbitas cósmicas. Desde la antigüedad esa metáfora circular juega un rol destacado en innumerables interpretaciones históricas. Sin embargo, carece de una peculiaridad temporal que no es tanto un “eterno” retorno, sino más bien una repetición ejecutada en la actualidad: toda acción y toda constelación histórica singular, formada por hombres también únicos y singulares, contienen estratos de tiempo que se repiten constantemente. Ellos permiten, condicionan y limitan las posibilidades de la acción a la vez que la liberan. Para los participantes de una boda esta puede ser un hecho individual y singular –sobre todo para la pareja–; pero los rituales con los cuales estos eventos son preparados –o sea, costumbres, usos y leyes– aseguran un tipo particular de estabilidad. Su capacidad de repetición es condición indispensable para todos los casos individuales.

En los estudios siguientes abordaremos lo que se denomina el largo, el medio y el corto plazo para reflexionar sobre aquello que se repite en su seno, permitiendo las acciones singulares (*einmaliges Tun und Handeln*). El enfoque metodológico de Fernand Braudel será desconectado de la duración larga, corta o situacional para ser reconducido a un modelo antropológico común, que contiene en su seno distintos estratos de tiempo. Sin este tipo de diferenciación, ninguna historia puede ser discernida o representada. Los rituales y los dogmas se asientan en su repetibilidad para garantizar su perdurabilidad. Las costumbres, las reglas jurídicas y las leyes se sostienen sobre ese uso repetido, sin el cual el orden y la justicia –siempre tan en peligro– no serían posibles. Toda constitución, institución y organización política, social o económica se nutre de un mínimo de repetición, sin el cual no serían susceptibles de adaptación o renovación. También las artes, tan pretendidamente originales, viven de la inclusión de posibilidades preexistentes. Toda recepción contiene o delata repeticiones.

Algo análogo vale para la historia del lenguaje. La pragmática de la lengua siempre es situacional y única, vinculada a los acontecimientos o a una acción lingüística creadora de un evento. La semántica resiste por el contrario más tiempo, es menos variable, muta lentamente. Pues en toda semántica hay contenidas potenciales interpretaciones que ejercen su influjo a lo largo de generaciones. Sin su conocimiento previo no habría posibilidad de entendimiento, ya sea simultáneo o de una época a otra. Por último, la estructuras gramatical y sintáctica se modifica de modo aun más lento, apenas puede ser influida directamente.

Todos los ámbitos de la vida y la acción humana contienen así distintas estructuras de repetición que varían gradualmente con distinta velocidad. De ninguna manera puede suponerse que esos cambios surjan de modo paralelo o en simultáneo; más allá de que estos coincidan dentro de una cronología y de que encuentren relaciones entre sí, por cierto difíciles de dilucidar.

El modo y el contexto en que el registro lingüístico del mundo varía respecto de la –así llamada– historia real, a la vez, la condiciona y libera. Como puede verse en el curso de estas reflexiones, los argumentos de mi maestro Hans-Georg Gadamer dan cuenta de una perspec-

tiva teórica diferente. Me hallo igualmente inclinado a interpretar la relación entre la historia del lenguaje y la historia de las cosas de manera aporética: en el lenguaje hay más o menos tanto contenido y datos expresables como los hay en la historia real (*wirklichen Geschichte*). Y a la inversa: toda historia posee, más o menos, tanto contenido como aquello que fue dicho sobre ella. Precisamente por ese motivo los relatos históricos deben siempre reescribirse una y otra vez, reformulando la historia anterior.

Sin pluridimensionalidad de los tiempos históricos sería imposible aventurar pronósticos. Es cierto que eventos y personas, acciones y omisiones, debido a su singularidad, son apenas predecibles. Pero tal vez sí puedan analizarse condiciones espaciales más o menos repetidas dentro de las cuales podrían tener lugar otros acontecimientos futuros. Esta capacidad de prognosis se nutre de un mínimo de reiterabilidad que inevitablemente debe ser presupuesto; de lo contrario la humanidad se lanzaría todos los días a una nada infinita.

Sin embargo, los límites de esos cálculos no tardan en hacerse evidentes cuando las coordenadas de la utopía se temporalizan y son lanzadas al futuro: en un abrir y cerrar de ojos producen lo contrario que deseaban alcanzar.

Dado que las estructuras de repetición nunca se reproducen de la misma manera, se plantea como una necesidad la pregunta en torno a las formas que caben a la velocidad de esos cambios, o sea, la pregunta por su demora o aceleración. Esta cuestión solo puede abordarse si las expectativas subjetivas y sus objetivos, logrados o no, se distinguen de aquellos factores que en el contexto de la sociedad técnico-industrial imponen a los seres humanos una aceleración científicamente calculable.

Expectativas de aceleración en el sentido de un anhelado acortamiento del tiempo han existido desde la época del apocalipsis judeo-cristiano. Pero de una aceleración capaz de modificar la realidad solo puede hablarse recién en nuestro mundo moderno, marcados por la experiencia de la técnica. En la percepción de los participantes y los afectados ambos van de la mano, sin poder ser remitidos uno a otro de manera causal. “Este desarrollo presuroso (*“Eilentwicklung”*) [...] desea lo efímero, por la mitad de la paga anhela la experiencia de un hombre de medio siglo.” Así reformula Jean Paul la expectativa del apocalipsis cristiano en los términos de la experiencia de la aceleración moderna.⁶ Pero ese “desarrollo acelerado”, expresado por agudeza por Jean Paul, no es aún idéntico a la aceleración constatable en la historia real. Para poder hablar sobre ella de manera fundamentada, también aquí debe ser separada la forma lingüística de la circunstancia en sí misma.

En los últimos estudios de este volumen vamos a mostrar hasta qué punto las perspectivas historiográficas se remiten a las premisas de la teoría del tiempo (*zeittheoretischen Prämissen*), a partir de las cuales debe ser comprendida la historia real. Siempre se necesitan categorías formalizadoras que permitan reconstruir historias concretas haciéndolas ante todo comparables. Las determinaciones temporales sin elementos intuitivos requieren a su vez de contenidos. Las categorías formales: adentro/afuera, arriba/abajo, antes/después pertenecen a figuras fundamentales, rastreables en todas las historias, incluso aunque sus contenidos sean muy distintos. Son determinaciones de diferencias antropológicas, de las cuales surgen sus consecuencias temporales. Vamos a comparar así cinco tipos de transcurso temporales que buscan conectar, cada uno a su manera, distintas formas de justicia con su experiencia histórica.

⁶ Jean Paul, *Werke*, N. Miller (ed.), Munich, 1980, vol. 5, p. 929.

Un caso muy especial se da cuando algo ha acontecido no solamente antes que, al mismo tiempo, o después de, sino demasiado temprano o demasiado tarde. Tal determinación se dirige a un contexto de acción único y singular, provisto de un *kairos*, al cual pueden honrar, fallar, o pasar de largo. Por eso la categoría del atraso, que hoy en día tan complacientemente se aplica a la historia alemana, solo se refiere a un punto del tiempo relevante para esa acción en concreto. Esta categoría del atraso no es sin embargo apropiada cuando se aplica a formaciones sociales como Estados o sociedades, tampoco a culturas o lenguajes. Un atraso apunta a una oportunidad desaprovechada, un deseo retrógrado que de manera ideológica prescribe una recuperación expeditiva del pasado. Pertenece al lenguaje programático de la política y prescinde de todo rigor analítico; ya que podemos suponer con Herder que cada historia entraña su propia medida temporal. Los juicios morales son necesarios pero no constitutivos de aquello que ya ha acontecido. □

En torno a la presunta oposición entre tiempo natural y tiempo histórico

Lucila Svampa

UBA / CONICET

1. Los estratos, entre tiempo y espacio

En la introducción a *Zeitschichten*, traducida al castellano por primera vez en el presente volumen de *Prismas*, Koselleck pone en movimiento conceptos centrales no solo para la historia conceptual, sino también relativos a su *Theorie der geschichtlichen Zeiten* (teoría de los tiempos históricos). Esta división aparece anunciada por él mismo en el texto para clarificar su preferencia editorial, en esta ocasión, por la teoría del tiempo en detrimento de su *Begriffsgechichte*. Y sin implicar ello que pueda trazarse una relativa independencia de un campo sobre el otro, este aviso deja planteado un terreno privilegiado sobre el cual se mueve y que excede pero también incumbe a las ciencias históricas. Es que Koselleck se ocupa aquí, entre otras cosas, de insistir sobre la calidad de indispensable que halla en la teoría del tiempo para cualquier práctica histórica, algo que desarrolla con gran virtud en el capítulo titulado “Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft”.¹ El hecho de que se ignore la necesidad de una explicitación de las condiciones de posibilidad de toda historia constituye un error garrafal, contra el que Koselleck dará pelea. Hay una exigencia de apertura de las disciplinas científicas con la que se debe saber lidiar y de la que la historiografía no puede evadirse. La historia se ve compelida a recurrir a conocimientos sociales, económicos y naturales para llevar adelante sus investigaciones.² Y esto

¹ Para una traducción al castellano de este capítulo véase Reinhart Koselleck, “Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica”, *Prismas*, n° 14, 2010, pp. 137-148. Muchos otros capítulos de este libro carecen, lamentablemente, de versión en castellano. La edición de Paidós reunió solo unos pocos textos de la compilación original. Véase Reinhart Koselleck, *Los estratos del tiempo*, Barcelona, Paidós, 2001. Otros capítulos fueron incluidos en otros ejemplares. Véase Reinhart Koselleck, *Historias de conceptos*, Madrid, Trotta, 2012; Reinhart Koselleck, *Esbozos teóricos*, Madrid, Escolar y Mayo, 2013; Reinhart Koselleck y Hans-Georg Gadamer, *Historia y Hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997; Reinhart Koselleck, *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, Centro de estudios políticos y constitucionales, 2011; Jost Berain y Maya Aguiluz (eds.), *Las contradicciones culturales de la modernidad*, Madrid, Anthropos, 2007.

² Esta idea aparece también con mucha fuerza en algunos capítulos de *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, como en “Interdisziplinäre Forschung und Geschichtswissenschaft” y “Wozunoch Historie?”. En este último texto, el escritor apunta: “la ciencia histórica depende por su parte del proceso de articulación sistemática de las ciencias sociales en su conjunto”. Reinhart Koselleck, “¿Para qué todavía una investigación histórica?” En *Sentido y repetición en la historia*, Buenos Aires, Hydra, 2013, p. 61. Esto ha tenido un desarrollo teórico y un consabido correlato institucional. En efecto, Koselleck promovió la interdisciplinariedad respaldándose en la difusión de resultados de investigación en revistas científicas, que supieron hacerse a un lado de las tendencias al aislamiento, como *History and*

no constituye una debilidad de esa ciencia en relación a otras. Tampoco implica que deba jugar un papel de “auxiliar” –mucho menos una jerarquización disciplinar–, sino que señala una inevitable interdependencia entre todas ellas. Hay un obligado mestizaje científico que es reivindicado por Koselleck como un lugar de pertenencia. A esto se le suma una convergencia entre lo histórico y lo metahistórico, que protagonizarán, en gran medida, discusiones centrales que Koselleck enuncia en estas páginas introductorias y sobre la que vuelve en más de un capítulo. Con dicho propósito, el padre de la historia conceptual apunta a la necesidad del uso de metáforas espaciales. Así lo señala en uno de los capítulos más centrales del libro:

La historia [Historie] como ciencia vive, a diferencia de otras ciencias, solo de metáforas. Esta es, en cierto modo, nuestra premisa antropológica, puesto que todo lo que quiere ser formulado temporalmente tiene que apoyarse en el sustrato sensible de la intuición empírica. La pérdida de intuición del tiempo puro nos conduce al centro de las dificultades metódicas sobre poder construir de alguna manera proposiciones sensatas sobre una teoría de los tiempos históricos en general.³

No es posible, por ende, una historia autosuficiente que prescinda de recursos provistos por otros terrenos disciplinares. Y tal peculiaridad se explica porque la historicidad se ancla, indefectiblemente, en una temporalidad que no puede asirse sino mediante una base empírica, que la vuelva perceptible.

Mas en el uso de metáforas y conceptos ajenos a la ciencia histórica habrá que recordar que Koselleck no es un pionero. Se remite, de hecho, a una práctica que se vuelve válida en torno al siglo XVIII y en este contexto cita a Kant, específicamente a *Allgemeine Naturgeschichte und Theorie des Himmels*. Allí el filósofo de Königsberg hace referencia a “ganze Gebürge von Millionen Jahrhunderten” (montañas enteras de millones de siglos) para referirse a los enormes cambios que atraviesa la naturaleza –también aparecen entre sus referencias Carl Gustav Carus y Joseph Görres–.⁴ Tampoco es Koselleck el único en volver sobre su uso dos siglos después: la expresión estratificación social forma parte de una terminología sociológica muy corriente. Por su parte, acaso el vocabulario meteorológico con el que Walter Benjamin homologa progreso y catástrofe sea uno de los más reconocidos y agudamente descriptivos en la crítica a la linealidad dentro de la filosofía de la historia. Imposible es obviar, al mismo tiempo, todo el trabajo de Hans Blumemberg sobre la metaforología.⁵ En fin, en la obligación de asumir que a la historia el tiempo se le escapa, por decirlo de algún modo, está asimismo presente el deber de apelar a una exterioridad que dé cuerpo al tiempo.

Theory, en reuniones y eventos organizados por círculos de especialistas de varias disciplinas, como *Poetik und Hermeneutik* y, además, en la creación del Zentrum für Interdisziplinäre Forschung, en la Universidad de Bielefeld.

³ R. Koselleck, *Sobre la necesidad*, p. 142.

⁴ Faustino Oncina Coves recuerda que Vico representa un antecedente importante en este sentido. Véase Faustino Oncina Coves, “Introducción” a F. Oncina Coves y P. García Durán (comps.), *Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad*, Valencia, Pre-textos, 2015. Para más precisiones sobre el uso de las metáforas en Koselleck, véase también Falko Schmieder, “Geschichtsmetaphern und ihre Geschichte. Eine Auseinandersetzung mit Reinhart Koselleck”, *Forum Interdisziplinäre Begriffsgeschichte* (FIB), 10, 2021, pp. 25-38.

⁵ Hans Blumemberg, *Paradigmas para una metaforología*, Madrid, Trotta, 2003. Hay un instructivo comentario sobre el tema en Elías José Palti, “Ideas, conceptos, metáforas. La tradición alemana de historia intelectual y el complejo entramado del lenguaje”, *Res publica*, 25, 2011, pp. 227-248.

Las figuras espaciales proporcionan la ventaja de captar simbólicamente fenómenos que van más allá de los conceptos e incluso del término *Schichten* (estratos): Koselleck designa en su obra muchas otras voces con connotaciones espaciales, a saber: *Standortbindung* (conexión con la ubicación), *Utopie* (utopía), *Erfahrungsraum* (espacio de experiencias) y *Erwartungshorizont* (horizonte de expectativas), entre otros. En este contexto, conceptos como los de “estratos”, “fricciones” o “fracturas” del tiempo logran dar fehacientemente con densidades temporales que permiten marcar ritmos y niveles en que se manifiestan dimensiones diversas de la experiencia. Podríamos sintetizar este movimiento en tres puntos: en primer lugar, Koselleck catapulta la interdisciplinariedad de los campos científicos; en segundo lugar, evoca metáforas geológicas aludiendo a una necesidad de importar conceptos que tengan un respaldo sensible; y en tercer lugar, respondiendo a las necesidades inscriptas en su crítica a la linealidad no emplea cualquier tipo de metáforas geológicas. Excluye aquellas que refieran a una sucesión lineal, como “llanura” o “planicie”; muy por el contrario, sugiere figuras que muestren diversas profundidades de un tiempo múltiple.

El uso de estas metáforas se vuelve central a la hora de examinar el tiempo, que solo se deja comprender sobre la base de imágenes espaciales. Hay una operación semántica que traslada un término de otra área de estudios, en principio ajena, para volver el fenómeno temporal inteligible. Con tal fin, debemos emplear un *geschichtliche Bewegungskoeffizienten* (coeficiente de movilidad histórica), que nos permita aprovechar los aportes de ciencias vecinas en el acercamiento a fenómenos históricos.⁶ A Koselleck le interesa especialmente remitirse a la geología para esquivar el dilema entre circularidad y linealidad y gracias a los *Zeitschichten* (estratos de tiempo), registra tanto la *Einmaligkeit* (unicidad) como las *Wiederholungsstrukturen* (estructuras de repetición). Estas últimas reconocen la iterabilidad que domina la vida de los hombres sin impedir la llegada de novedades. Se trata de estructuras que controlan las recurrencias en distintos ámbitos culturales, como el biológico, el jurídico, el lingüístico, el económico a los que Koselleck añade los estratos, que enmarcan todos los acontecimientos singulares. Se habilita así un análisis que contempla movimientos, coincidencias e incluso desfases que explican cómo algunos fenómenos alcanzan un curso temporal similar por un tiempo y luego se desvían a partir de aceleraciones o ralentizaciones, dando lugar así a nuevas formaciones o recomponiendo en una misma instancia temporal lo otrora diverso. Este esquema, que permite identificar interrupciones espacio-temporales, depende, *stricto sensu*, de un rechazo del vector del progreso, que se proyecta sobre la base de una linealidad y de una concepción homogénea del tiempo.

Este modo de comprender la temporalidad en su multiplicidad tiene un impacto, desde luego, en la historicidad. Las aproximaciones a la historia que se construyen sobre la base de una orientación teleológica serán profundamente desacreditadas por Koselleck, quien lanza una crítica, entre otros puntos, desde la negación de la existencia de un sentido al que tienda el desarrollo histórico y, por ende, de una concordancia en la interpretación de los hechos que los una en una concatenación coherente. En efecto, desplazar la discusión del sentido a la del uso es un primer movimiento que emprende Nietzsche en el siglo XIX y cuyo guante recogerá Koselleck, a través de una lectura crítica de la segunda de las *intempestivas*.⁷ Esto se refleja en

⁶ Koselleck, “¿Para qué?”, p. 71.

⁷ Según su lectura, Nietzsche invirtió la fórmula *historia magistra vitae* por *historia ancilla vitae* pero reemplazó el problema del sentido por el de la vida. Al justificar los modos de usar la historia en beneficio de la vida, cayó en una nueva ambigüedad. Véase Friedrich Nietzsche, *Sobre utilidad y perjuicio de la historia para la vida*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003.

su preferencia por el término *Sinnlosigkeit* (ausencia de sentido) sobre el de *Unsinn* (sin sentido) como reacción a las filosofías de la historia adeptas al progreso.⁸

Tiempo y espacio son, ciertamente, para Koselleck, una condición de posibilidad de la historia. La herencia kantiana establece que, en tanto intuiciones puras, se trata de representaciones que, sin embargo, gozan tanto de idealidad trascendental como de realidad empírica.⁹ El espacio como “la condición subjetiva de la sensibilidad” interviene en la intuición de las cosas. De un espacio concebido como a priori se deriva la naturaleza pura y aplicada de la geometría, que menciona Kant, pero veremos que también el carácter práctico de la historiografía.¹⁰ En el capítulo de *Zeitschichten* titulado “Raum und Geschichte”, Koselleck observa una serie de ambigüedades planteadas en la relación de espacio y tiempo. Este último será concebido de diferentes modos a través de la historia y es incluso posible registrar la convivencia de una diversidad de concepciones en un mismo momento histórico. Pero Koselleck agrega que el espacio es una categoría también histórica, es decir, sujeta a cambios e influida por condiciones políticas, económicas y sociales. Hay una suerte de bipolaridad que revela un movimiento pendular entre las condiciones metahistóricas geográficas y naturales de existencia y los espacios creados por el hombre. El límite entre aquello que está al alcance del dominio humano o no también estará sujeto, en definitiva, a cambios históricos. Podríamos decir, con Schmitt –a quien, por cierto, Koselleck no cita en este capítulo pero cuya herencia se deja ver de forma patente–, que acaso esa diferencia coincide con aquello que puede ser tomado o no, si se parte de la idea de un *nomos* que nos permite avanzar sobre ciertos espacios.¹¹ Esto señala, a todas luces, una gran relevancia geopolítica y contempla también transformaciones históricas que muestran la paulatina apropiación que el hombre ha hecho de la tierra, el agua y el aire.

Lo anterior se traduce en una conquista progresiva de las condiciones naturales, o lo que es lo mismo que decir en una transformación de las condiciones metahistóricas en históricas. También nos interpela actualmente desde preocupaciones socioambientales sobre las que la humanidad influye y que la puede arrastrar a una máxima catástrofe. A esto se agrega que el estado crítico en términos ecológicos de las condiciones de vida que determinan el espacio en que la historia tiene lugar traspasa las fronteras locales y se ubica en un plano global, en el que la toma de decisiones se complejiza. Que lo metahistórico puede determinar lo histórico y lo histórico lo metahistórico se hace cada vez más evidente, sobre todo si adoptamos una perspectiva de largo plazo. Las mutaciones que sufren las relaciones entre espacio y tiempo no pueden, asimismo, ignorar el desarrollo de las comunicaciones, el despliegue tecnológico y el acortamiento del tiempo de los viajes, junto con el fenómeno de la aceleración, que es caracterizado por Koselleck en una tercera curva de tiempo.

⁸ Las adjudicaciones de sentido en interpretaciones retrospectivas le resultan, sin más, macabras. Sin embargo, la ausencia de sentido no debe confundirse con la promoción de un nihilismo. Reinhart Koselleck, *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Frankfurt, Suhrkamp, 2013. Véase también sobre este tema Jan Eike Dunkhase, *Absurde Geschichte. Reinhart Koselleckshistorischer Existentialismus*, Marbach am Neckar, Deutsche Schillerges, 2015.

⁹ Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*, Buenos Aires, Losada, 2003, pp. 195-223.

¹⁰ Mientras que el espacio se refiere al sentido externo, el tiempo lo hace al sentido interno. En tanto solo podemos emplear espacio y tiempo a aquello de lo que tenemos intuiciones de los fenómenos del mundo empírico ¿cómo temporalizar entonces la historia, concebida como una idea, según la perspectiva kantiana? Chignola ofrece un comentario sobre este tema, a propósito de la recepción koselleckiana de Kant. Véase Sandro Chignola “Temporalizar La Historia. Sobre la Historik de Reinhart Koselleck”, *Isegoría*, n° 37, 30 de diciembre de 2007, pp. 11-33.

¹¹ La tierra firme, en oposición al mar libre, se puede tomar, partir y apacentar, Carl Schmitt, *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del Jus publicum europaeum*, Buenos Aires, Struhart, 2005.

2. El rol de la *Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen* y la contienda entre tiempo natural e histórico

Puede arriesgarse, no con gran ventura, una sinonimia entre la metáfora de los estratos del tiempo y lo no contemporáneo. A pesar de que la importancia de lo anacrónico puede rastrearse en gran parte de la obra de Koselleck, en la introducción a *Zeitschichten* tal afinidad se revela a las claras cuando dice que *die Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen* permite una coexistencia de eventos surgidos en distintos momentos cronológicos. Esto también se menciona en un capítulo dedicado a la *Zeitgeschichte* (historia del tiempo presente), en el que propone pensar en formas caleidoscópicas, considerando múltiples combinaciones entre pasado, presente y futuro, capaces de desdibujar las fronteras entre las dimensiones temporales:

Hay constelaciones repetibles, efectos a largo plazo, actitudes arcaicas que perviven, regularidades en la serie de los acontecimientos, acerca de cuya actualidad un historiador del tiempo presente puede informarse a partir de la historia. Y es que, como se dijo, la historia del tiempo presente, elevada a la categoría de concepto, es más que la historia de nuestro presente. Solo cuando sabemos lo que se puede repetir en cualquier momento, aunque no siempre igual, podemos ponderar lo que hay realmente de nuevo en nuestro tiempo. Tal vez menos de lo que solemos suponer.¹²

Pero este concepto aparece con fuerza ya en escritos previos.¹³ En *Vergangene Zukunft*, Koselleck apunta en el primer capítulo a un análisis del Alexanderschlacht de Altdorfer, para señalar la contemporaneidad de los turcos que asediaron a Viena en 1529 con el ejército persa, vencido por Alejandro Magno en el 333 a.c. en la batalla de Issus. De este modo, muestra cómo dos eventos distanciados por casi dos milenios encontraban una confluencia temporal al desafiar la cronología lineal.¹⁴ El artista recurre a distintos elementos para recrear esa no contemporaneidad, plasmados en detalles del fresco que están fuera de su tiempo, es decir, que le son inactuales. El anacronismo al que se refiere no constituye en absoluto un error metodológico o un descuido, sino que es una estrategia estético-política. Hay una clara contemporaneidad entre el suceso de la antigüedad retratado y el ataque infructuoso de los turcos a Viena. Esto hace evidente que la no coincidencia con el tiempo calendario no imposibilita que dos eventos se perciban como contemporáneos, pues se trata de modos de poner en paralelo acontecimientos separados por umbrales epocales.

Aun así, sabemos que se volvería problemático no contar con divisiones que ordenen los eventos en el tiempo. En respuesta a esto, hay una interesante polémica sobre si existe o no una teoría de la periodización en Koselleck.¹⁵ Predomina una ambigüedad en su mirada porque, por un lado, encontramos un trabajo sistemático de su parte sobre el inicio de la modernidad, que depende de un momento bisagra, capturado a través del *Sattelzeit*. De hecho, toda la empresa intelectual de Koselleck en torno a la historia conceptual obedece a ese momento, que fecha

¹² Koselleck, *Los estratos*, p.133.

¹³ En efecto, el primer capítulo de *Vergangene Zukunft* al que aquí aludimos data de 1968. Véase Reinhart Koselleck, “Vergangene Zukunft der frühen Neuzeit”, en H. Barion, E.-W. Böckenförde, E. Forsthoff y W. Weber (comps.), *Epirrhosis, Festgabe für Carl Schmitt*, Berlín, Duncker und Humblot, 1968, pp. 549-566.

¹⁴ Esto le permite a Koselleck afirmar que aquí se funden *Historie* y *Geschichte*. Véase Reinhart Koselleck, *historia/Historia*, Madrid, Trotta, 2010.

¹⁵ Este debate es sintetizado por el noruego Helgøe Jordheim. Véase Helgøe Jordheim, *AGAINST Periodization: Koselleck's Theory of Multiple Temporalities, History and Theory*, 51, mayo de 2012), pp. 151-171.

entre 1750 y 1850, cuando se producen una serie de transformaciones en la vida de los conceptos (se temporalizan, se politizan, se ideologizan y se democratizan). Pero, por otro lado, sabemos que Koselleck apela a la sincronía de eventos distanciados cronológicamente. Y esto último solo puede señalarse si se desafía la linealidad del tiempo y no se lo concibe como un todo homogéneo, cuantificable de manera estable. A su vez, para declarar la existencia de anacronismos, debemos apoyarnos en periodicidades, lo que nos reenvía hacia la conformación de una aporía. En otras palabras: no podemos identificar la contemporaneidad de lo no contemporáneo sin la presencia de fronteras que dividan épocas. Estas proveen la facultad de establecer períodos que agrupan características comunes en términos políticos, económicos o sociales. Pero mientras que el *leitmotiv* de estos contornos temporales es marcar diferencias entre distintos momentos históricos, con la idea de una simultaneidad de lo no simultáneo, esos umbrales se volverían en contra de sí mismos. Sin embargo, tal oposición no parece ser absoluta, en el sentido de que no necesariamente implica una contradicción. Incluso podríamos decir que la contemporaneidad de lo no contemporáneo presupone una división epocal basada en la linealidad cronológica. Ella se apoya indefectiblemente en un antes y un después, propios de una narración basada en un transcurso lineal del tiempo. Hay una necesidad de crear y remitirnos siempre a una cronología natural que hace que nos movamos entre ella, la separación de épocas basadas en una cronología histórica y la negación de estas dos, a partir de la contemporaneidad de lo no contemporáneo.

De modo que en cuanto a las disquisiciones sobre el tiempo histórico, encontramos tanto una apelación a una continuidad, como un pedido de la anulación de las fronteras por ella presupuestas, que evade un reconocimiento de su verdadera complementariedad. En pocas palabras, aquí Koselleck no termina de resolver una oposición que convive en tensión con una dependencia entre ambos registros, es decir, procede a medias tintas. Posiblemente esta vaguedad repose en su imposibilidad de asumir que su modo de concebir la tarea del historiador requerirá siempre de un tiempo cronológico en el que apoyarse para poder narrar. Extremado este razonamiento, podríamos aseverar que es indiferente si una narración se ajusta o se distancia de la escala lineal, porque la sujeción a la cronología es invariable. La cuestión no se define, por ende, en torno a cuántos anacronismos podríamos determinar o permitir, ni en función de cuánta distancia temporal separa los hechos que ponemos en paralelo –y vuelve esa operación acaso más osada, o, cuanto menos, inesperada– sino en que esa simultaneidad de no lo simultáneo se construye sobre la base de una cronología que al mismo tiempo transgrede, pero que la hace posible. Se trata, en definitiva, de procurar la supervivencia de un orden historiográfico, con el que Koselleck se enfrenta pero del que sigue formando parte.

De este modo se pone de manifiesto la inevitabilidad de lo no contemporáneo como eje que relativiza pero también depende de la fijeza de las unidades temporales, ya que solo podemos identificar desajustes temporales si partimos de continuidades. Sin duda, la importancia de las relaciones de lo diacrónico con lo sincrónico, rastreable no solo en representaciones estéticas, sino además en registros archivísticos, en los conceptos mismos y en el interior de realidades geográficas –que apuntan a la figura del anacronismo– ilumina la simultaneidad que puede unir eventos separados por gran distancia temporal pero en más de una dirección.¹⁶ Este modo de leer

¹⁶ Los factores sincrónicos y los efectos diacrónicos de la guerra en la conciencia de los alemanes son estudiados por Koselleck en el capítulo titulado “Erinnerungsschleusen und Erfahrungsschichten. Der Einfluß der beiden Weltkriege auf das soziale Bewußtsein”. Allí hay un análisis de las vivencias anteriores, simultáneas y posteriores a la guerra.

los acontecimientos acoge interrupciones en dos sentidos: hacia atrás, en tanto nos permite invocar la permanencia de eventos que cronológicamente se ubican en el pasado, y hacia adelante, en tanto nos habilita a producir enunciados intempestivos, que refieren a un tiempo que aún no se experimenta sino como una anticipación que contiene deseos o conjeturas. A esto, en parte, correspondería aquello que Koselleck caracteriza como lo que llega demasiado temprano o demasiado tarde y que puede cristalizarse en estandarizaciones políticas que dividen el globo según el ritmo de su desarrollo.¹⁷ De ello se deduce, en primer lugar, que *die Ungleichzeitige* tiende a la prognosis en tanto evoca modos de reapariciones o repeticiones del pasado en el futuro. De hecho, Koselleck señala que el componente más importante para la prognosis es el recuerdo, en tanto conlleva la expectativa de una repetición. Es por eso que desprovistos de repeticiones, estaremos asimismo desprovistos de futuros proyectables en forma de vaticinios. Pero sería problemático que, a partir de allí, se deduzca que todo devenir histórico recrea de forma idéntica lo ya sucedido o que es cautivo de esas estructuras. Por una parte, estas últimas pueden variar a través del tiempo y, por otro lado, es posible pensar en eventos extraordinarios que no se dejan clasificar bajo la égida de una estructura de repetición, pero que acaso formen parte de estructuras incipientes –y por ende aún no consolidadas–, cuya validez, en todo caso, pueda corroborarse *ex post*.

La tarea del historiador girará en torno a su capacidad de registrar y trazar estas estructuras, teniendo en cuenta distintas densidades y velocidades para su comportamiento. Podría objetarse, empero, que este modelo epistemológico anula la emergencia de una singularidad *pura*, en tanto toda particularidad estará compelida a entrar en una comparación con otras. Además, implicaría sustraerle al agente toda capacidad de acción sobre la *Verfügbarkeit* (disponibilidad) de la historia.¹⁸ Sin embargo, lo que Koselleck indica con esta construcción es que más allá de los proyectos utópicos que puedan existir o de la irrupción de lo inesperado, no existen eventos por fuera de la historia, esto es, se trata de estudiar las condiciones de posibilidad de la historia, algo que, mayormente, se alcanza con un análisis de las estructuras de repetición. En segundo lugar, se puede ver que los parámetros antes referidos –adelante y atrás–, útiles para ordenar los acontecimientos, no quedan exactamente vetustos pero sí obligan a reformular su rol privilegiado y estático en la conformación de la narración histórica.

En el capítulo titulado “Die unbekannte Zukunft und die Kunst der Prognose” Koselleck pone en el centro la cuestión del futuro. Allí nuevamente se remite a Kant, en la búsqueda de un “arte de la prognosis” y advierte, inicialmente, una marcada diferencia entre pasado y futuro, definida por la posibilidad de experimentar el primero pero no el segundo.¹⁹ A pesar de ello, Koselleck es cauto en esta distinción y agrega que, en definitiva, el futuro impacta sobre el curso del presente y sobre los modos en que revisamos el pasado y, por tanto, también se experimenta.²⁰ No obstante, hay una preeminencia del tiempo natural sobre el histórico, que deja a este en las sombras de aquel. Si unas líneas más arriba destacábamos la diferencia entre tiempo cronoló-

¹⁷ Koselleck se refiere a Alemania como una nación atrasada o tardía, a la luz de una discusión que entabla con Helmut Plessner en relación con el proceso y los tiempos de su unificación.

¹⁸ Reinhart Koselleck, *Futuro Pasado*, Madrid, Paidós, 1993.

¹⁹ Véase Immanuel Kant, *Antropología en sentido pragmático*, Buenos Aires, Losada, 2010.

²⁰ Esto es denominado como una “Antinomie der Geschichte” (antinomía de la historia): “El pasado es absolutamente pasado, es irrevocable –y al mismo tiempo no lo es–: el pasado es presente y contiene futuro. Restringe posibilidades venideras y genera otras, está dado en nuestro lenguaje, está grabado en nuestra conciencia y en el inconsciente, así como en nuestras formas de comportamiento. Está inscripto tanto en nuestra instituciones como en la crítica de las mismas”. Koselleck, “¿Para qué?”, p. 68.

gico y tiempo histórico, aquí se trata de marcar la distancia entre el tiempo natural y el tiempo histórico. Koselleck se apoya en Kant para volver sobre la pretensión de una cronología que se base en la historia –y no viceversa–.²¹ Las unidades temporales con las que contamos el paso del tiempo –días, meses, años– son ciclos dependientes de condiciones cosmológicas dadas, que forman parte de las estructuras de repetición concernientes a lo *außermenschliche* (extrahumano). Estas proporcionan la estabilidad característica de los movimientos constantes del cosmos y constituyen precondiciones naturales de existencia de los hombres y que, *nolens volens*, dan orden a nuestra cotidianeidad. Póngase el simple ejemplo de la incidencia del Sol sobre la Tierra, parámetro indiscutido para marcar la diferencia entre la noche y el día y que organiza desde el sueño y la vigilia hasta nuestra dieta, actividades laborales, educativas y recreativas.

La constancia del espacio y del tiempo sideral no es, empero, inalterable. A *prima facie*, los movimientos de los cuerpos celestes constituyen propiedades externas a la historia de la humanidad, dado que difícilmente podamos influir en su curso. Esta eventualidad ocurriría si ingresase dentro de las condiciones históricas modificables a las que nos referíamos en el primer apartado. A esto se le suma que nada indica que la lectura que hagamos de dichos fenómenos sea necesaria. Y más allá de que las variables naturales tengan una vida independiente de nuestra aproximación científica, esta última es la única forma de acceso que tenemos a ella. Lo anterior reúne dos puntos por los que la oposición entre cronología natural y tiempo histórico no parece ser absoluta: nuestro conocimiento sobre los fenómenos astronómicos está mediado por un saber científico y el avance de la técnica evidencia una progresiva influencia del hombre en el comportamiento de los astros.

Para terminar, podríamos decir que una de las grandes ventajas de este texto introductorio es la de volver sobre puntos neurálgicos de la *Historik* koselleckiana, que señala no solo la relevancia de una teoría de la historia que acompañe una investigación centrada en la facticidad, sino las condiciones de posibilidad de esta última. Es decir, se trata de una mirada que va más allá de lo que tuvo lugar en la historia, en tanto se pregunta qué pudo, qué puede y qué podrá tener lugar. Tiene la potencia de ser predictiva en el sentido de que muestra qué puede suceder pero sin que eso signifique que esos contenidos se vuelvan necesarios, inevitables o fatídicos. La productividad política de una tesis tal apunta, en cambio, a la elaboración de diagnósticos históricos que nos ayuden a tratar con las posibilidades de aquello que puede ser posible, a comprender su emergencia como el resultado de una convergencia de estratos temporales que combinen adecuadamente unicidad y repetición. En fin, el mérito de la traducción, a la que acompaña este comentario, reside no solo en seguir con la tarea de abrir el acceso a la obra de Koselleck al mundo hispanoparlante, sino además en apostar por un sector poco visitado en el ámbito latinoamericano, que, en general, se concentra en su historia conceptual y comete el error de dejar de lado su teoría de los tiempos históricos. Acaso dicha tendencia y la mala suerte editorial de los escritos de Koselleck en la academia local puedan tomar otro curso con la difusión de trabajos que lo conectan con discusiones propias de la filosofía de la historia y dignas de ser investigadas, si se quiere responder a una visión conjunta de su legado. □

²¹ “[...] como si no tuviese que regirse la Cronología por la Historia, sino a la inversa, la Historia por la Cronología”. Kant, *Antropología*, p.131.

*La estratigrafía de los Estratos del tiempo**

Faustino Oncina Coves

Universitat de València

1. El florilegio temático de la “introducción” a *Estratos del tiempo* y sus partes en barbecho

No es baladí el hecho (desafortunado para unos y afortunado para otros)¹ de que la edición castellana de *Zeitschichten* no fuera completa y dejara inéditos en esa lengua capítulos capitales del libro, amén del escueto Prólogo (*Vorwort*) y la más extensa y densa Introducción (*Einführung*). Con una sarcástica cuña afrontaba Julio Cortázar la tarea que le encomendaron de redactar el prólogo a la edición en español de una novela de Dickens. En su preludio recordaba una aparente perogrullada sobre los denostados exordios en general: “Un prólogo es algo que se escribe después, se pone antes, y no se lee ni antes ni después”.² Contrasta esta opinión tan difundida entre nosotros con el aura indubitable de prólogos e introducciones en textos clásicos muy estimados por Reinhart Koselleck: los de la *Crítica de la Razón pura* de Kant o los que insertó Lessing en *La educación del género humano* y en los *Diálogos para francmasones*. Para él tampoco son ni fútiles ni superfluos y por eso resulta muy pertinente la propuesta de la revista *Prismas* de enmendar el dislate de la editorial Paidós y colmar en parte esa laguna.

El mencionado “Prólogo” a la versión original alemana (2000) de *Estratos del tiempo. Estudios sobre la Histórica* (y preterido en la española) pergeña un ambicioso plan que incluía la futura publicación de otros dos volúmenes. Su repentina muerte lo abortó, o al menos lo

* Este trabajo ha surgido en el marco del proyecto de investigación “Historia conceptual y crítica de la modernidad” (FFI2017-82195-P) de la AEI/FEDER, UE y del Grupo de Investigación homónimo de la Universitat de València (GIUV2013-037) y ha recibido su redacción definitiva en el Centro Leibniz de investigación literaria y cultural de Berlín gracias a la ayuda del DAAD. Queremos manifestar nuestro agradecimiento a nuestros anfitriones, Ernst Müller, Falko Schmieder y Barbara Picht.

¹ Yo fui uno de los afortunados, dicho con ironía, que se benefició de la desafortunada edición en castellano en Paidós (desafortunada únicamente por su descaballamiento, no por la traducción ni mucho menos por el estudio introductorio), pues me permitió recuperar para Pre-Textos dos de los capítulos cercenados y que considero más enjundiosos: “Acortamiento del tiempo y aceleración. Un estudio sobre la secularización” y “El futuro ignoto y el arte de la prognosis”, en R. Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003). Ya antes, con un estudio introductorio junto con José Luis Villacañas, hice otro tanto con la soberbia disputa con Gadamer y la hermenéutica (*Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997).

² Julio Cortázar, “Ensayo preliminar” a Charles Dickens, *Papeles póstumos del club Pickwick*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1981.

delegó en manos de sus albaceas. La prioridad del publicado en vida, *primus inter pares* y nexo sistemático de ensayos surgidos a lo largo de tres décadas, residía en que encaraba el tema por excelencia de su obra, una teoría de las estructuras temporales de las historias humanas, de sus experiencias y de sus relatos, y en que allanaba el camino a los dos siguientes volúmenes, el dedicado a la “teoría y praxis de la historia conceptual”, aparecido con el título *Historias de conceptos* (2006), y los “estudios historiográficos sobre la historia de la percepción (*Wahrnehmung*)”, que se distribuirá en varios libros.³ En la “Introducción” anuncia que todos sus trabajos relativos a la historia conceptual, a la historiografía o a la historia social verán la luz en una edición separada y aquí pasan a un segundo plano en favor de los artículos que descubren primordialmente líneas de fuga asociadas a la teoría del tiempo.⁴ El entrelazamiento de los tres (o más) volúmenes se evidencia en que el primero anticipa el rumbo de los que debían seguirle. La semántica histórica no se agota en una filología para su disciplina, en una lexicografía para las ciencias humanas y sociales o en un diccionario multiusos, sino que la meta a la que apunta estriba en la tentativa de escanciar las condiciones de posibilidad de historias, una Histórica –allende el escorzo metodológico que le dio Droysen y con una frondosa textura antropológica,⁵ epistemológica y crítico-ideológica– que no solo alberga un diagnóstico de la modernidad y de nuestro presente, tributario del patrimonio semántico incubado entre 1750 y 1850, sino asimismo un potencial predictivo del porvenir. Ello ya se barruntaba en su espléndido libro *Futuro pasado* (1979), con una a veces precaria traducción al castellano. Una puesta al día de tal repertorio conceptual (sazonada con un reciclaje categorial y metódico), concentrada en el siglo xx, es alentada ahora por el *Centro Leibniz de investigación literaria y cultural* de Berlín.⁶

Una bifurcación de ese último tramo inédito de su programa, historia de la percepción *sensu lato*, ha recibido diversos nombres: estética o sensibilidad política, semiótica de lo visual o de lo inefable (por contraposición a la semiótica terminológica o conceptual), iconografía, iconología, icónica..., y, aun de manera inconclusa, prodigó sus incursiones en ese campo, todavía por roturar, especialmente en sus años postreros, si bien lo venía cultivando desde la agitada década de 1960. La relevancia de la “Introducción” consiste en que constituye un completo florilegio temático, implícito o explícito, de las cuestiones que interesaron a su autor desde sus inicios, con los embates contra el utopismo bajo el embrujo de Carl Schmitt y el

³ *Zeitschichten. Studien zur Historik (ZS)*, Suhrkamp, Frankfurt am Mein, 2000, p. 7. La traducción española (*Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001) no recoge estas páginas preliminares. En lugar de ese proyectado tercer volumen, ha aparecido de momento otro póstumo, a cargo de Carsten Dutt (*Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Frankfurt am Mein, Suhrkamp, 2010), que ya cuidó del anterior (*Begriffsgeschichten*, Frankfurt am Mein, Suhrkamp, 2006). De estos dos últimos, lamentablemente, solo disponemos de traducciones parciales (*Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012, y *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, Madrid, Escolar y Mayo, 2013 –en una edición no venal en España: *Sentido y repetición en la historia*, Buenos Aires, Hydra, 2013)–, lo que se está convirtiendo en una rutina preocupante y decepcionante.

⁴ *Zeitschichten*, p. 10. Cf. p. 16.

⁵ “Antropología histórica” fue otro de los perfiles posibles, además del que acabó imponiéndose, “Teoría de la historia”, que Koselleck barajó para la cátedra de Bielefeld. Margrit Pernau ha explorado algunos de esos vericuetos antropológicos: 1. sustratos no lingüísticos (iconológicos, cuerpo y sentidos), 2. pragmáticos (más allá del giro pragmático) y 3. emocionales (“Nuevos caminos de la historia conceptual”, en *Conceptos históricos*, 5 (8), 2020, pp. 30-33).

⁶ Véase el monográfico sobre este tema “*Begriffsgeschichte des 20. Jahrhunderts*”, en *Archiv für Begriffsgeschichte*, 63/1, 2021, y especialmente la contribución de Ernst Müller, Barbara Picht y Falko Schmieder, “Das 20. Jahrhundert in Grundbegriffen Lexikon zur politisch-sozialen und kulturellen Semantik in Deutschland”, pp. 7-29.

bagaje de un soldado retornado coetáneo de sistemas totalitarios, hasta el final, con las aproximaciones a la estética de la memoria, la crítica de las ideologías y la teoría de los tiempos históricos, por ejemplo, aunque todas ellas impregnaron y atravesaron, apenas sin resuello, la biografía intelectual del autor. Se trata de un registro tentativo de ítems que se desliza entre los intersticios de los cuatro grandes apartados en que se divide la colección de ensayos agrupados bajo el rótulo *Estratos del tiempo*. El subtítulo tampoco es trivial –aunque de nuevo hay que deplorar su poco feliz traducción, *Estudios sobre la historia*, tropezando con la misma piedra que lo hacía la versión en la misma editorial de pasajes cruciales de *Futuro pasado*, que no atinaba a deslindar historia (o método histórico) e Histórica (*Historik*),⁷ laminando así el calado doctrinal del proyecto koselleckiano y drenando uno de sus mayores afanes, como refleja su artículo “Sobre la necesidad teórica de la ciencia histórica” –recogido en ese libro– y el propio perfil de su cátedra: *Teoría de la historia*, una extravagancia por entonces en su gremio que le valió el calificativo –proferido como befa por sus detractores– de “historiador pensante”, que él adoptó de buen grado deslindándolo del oficiante de la filosofía de la historia, por la que sintió una incurable fobia y que siempre aparecía uncida al defenestrado utopismo. En la “Introducción” que comentamos realzó sin complejos esa dimensión “reflexiva” a la par que le bajó los humos al singular colectivo “historia”, mellizo de sus dos citadas bestias negras (filosofía de la historia y utopismo), erigiéndose, como lo tildó Jacob Taubes, en un “partisano” del plural⁸ –de las historias y de los tiempos–, y despuntando un gesto de connivencia con los ritterianos y su *Ilustración escéptico-realista*, que es la tarjeta de visita de Hermann Lübbe y de Odo Marquard.⁹

Ciertamente, Koselleck rima mejor con la modernidad compensatoria que con la emancipatoria y aunque muy esporádicamente recurrió al concepto talismán del *Collegium Philosophicum* de Münster, “compensación”, vindicó los factores que coadyuvaban a la estabilidad, la constancia, la recurrencia..., en suma, lo que denominó “estructuras de repetición”, pero, a diferencia del dúo de arriba, no pretendió erradicar la crítica ideológica, cuyo título legítimo de propiedad no estaba en las exclusivas manos de la Escuela de Frankfurt y sus epígonos, sino

⁷ *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos* [1979], Barcelona, Paidós, 1993, p. 334. Sería hipócrita no entonar un mea culpa por avenimos a titular nuestra edición de la polémica entre Koselleck y Gadamer *Historia y hermenéutica*, si bien lo haríamos con sordina por varios atenuantes: en primer lugar, el volumen no se basaba en el libro *Zeitschichten* (2000), sino en su versión original (*Hermeneutik und Historik*, Heidelberg, Winter Universitätsverlag, 1987), a la que se agregó, además, otra conferencia de su antiguo maestro (“La diversidad de las lenguas y la comprensión del mundo”); en segundo lugar, nuestra intención, como se infiere nítidamente de los tres epígrafes de nuestro estudio introductorio (*Historia y hermenéutica*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 9-53), era ofrecer un mapa de los distintos enclaves de la *historia conceptual* germana, en cuya consolidación e institucionalización desempeñó un papel protagonista Gadamer, parangonando sus distintas ramificaciones; y, en tercer lugar, no solo siempre traduje en el propio texto y en dicho estudio *Historik* por Histórica, sino que en las dos primeras notas a pie de página insistí, como traductor, en la indispensable delimitación entre *Historik*, *Geschichte* y *Historie* (*ibid.*, pp. 68, 70-71).

⁸ “Historia(s) e Histórica. Reinhart Koselleck en conversación con Carsten Dutt”, en *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, Madrid, nº 29, 2003, p. 211.

⁹ No en vano los ritterianos se esforzaron por granjearse para su diccionario *Historisches Wörterbuch der Philosophie* la colaboración de Koselleck, a pesar de que cabía considerar que representaba la competencia con su *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* (GG), Stuttgart, Klett-Cotta, 1972-1997. Así inicialmente estaba previsto que este asumiera varias entradas, entre ellas le ofrecieron “*Metahistorie*” (a la postre descartada por la propia redacción) y “*Universalgeschichte*” (que terminó asumiendo Johannes Rohbeck). Al final solo se encargó de la voz “Crisis”. Quiero agradecer al Archivo de la *Freie Universität Berlin* que me permitiera consultar los fondos que posee sobre el citado diccionario.

que podía ser rentable para la historia conceptual. Conectó el análisis de un dispositivo conceptual con su crítica, y la fluidificación de las capas semánticas del primero le permitió desvelar o desenmascarar su carácter construido, interesada o tendenciosamente sesgado.¹⁰ Koselleck se afanó por dotar a su historia conceptual (el ejemplo manido es el de “*Opfer*” [víctima –activa o pasiva–]) y a su historia iconológica (la *Pietà* de Kollwitz en la *Neue Wache* de Berlín, por ejemplo) de una valencia crítico-ideológica avalada por la indagación estratigráfica, esto es, de las capas semánticas o iconológicas de un concepto o imagen.¹¹

2. Teoría de los tiempos históricos y metaforología

En el apunte hallado en su legado y fechado en 1963, amén de ser la primera ocurrencia de la expresión “iconología política”, una terminología que empleará posteriormente, plantea los lazos entre imagen, lenguaje y pensamiento. “Pensar en imágenes” es un “proceso originario”, en la medida en que un “estrato plástico es siempre inmanente al lenguaje”, de donde procede la posibilidad de “hablar con imágenes”. Las imágenes son multifuncionales y no omite su poder embaucador, que Koselleck no puede desligar de la parafernalia y la malversación nazi.¹² Precisamente, la amputada “Introducción” original, tan prieta como didáctica, aborda algunos de los temas más controvertidos y prometedores de Koselleck (y de la historia conceptual en general): la teoría de los tiempos históricos y su prelación frente a otros aspectos de su enfoque, la panoplia de planos temporales que se inspira a la vez que se desmarca de la taxonomía de F. Braudel, la imbricación entre concepto y metáfora (y entre historia conceptual y metaforología), hasta el punto de que el tiempo solo es susceptible de elucidación mediante tropos espaciales¹³ (por ejemplo, metáforas geográficas o geológicas: desde la *Sattelzeit* a los *Zeitschichten*), los lazos con la iconología (la foto de la cubierta de *Zeitschichten* con encuadernación cartóné es muy ilustrativa).

¹⁰ F. Oncina y José Manuel Romero (eds.), *La historia sedimentada en los conceptos. Estudios sobre historia conceptual y crítica de la ideología*, Granada, Comares, 2016.

¹¹ Un concepto es una formación con diversas capas semánticas oriundas de distintas épocas. Por eso a veces la describe como la contemporaneidad de lo no contemporáneo. En ese conglomerado pueden hibernar significados, que entran en estado de latencia. Pero los estratos más profundos (los más antiguos) no quedan definitivamente sepultados, sino que pueden eventualmente ejercer presión sobre los superiores, más recientes, e incluso, como si de una erupción volcánica se tratase, salir de nuevo a la superficie y ganar protagonismo en la semántica de un período posterior o actual. Una obra plástica también puede considerarse una superposición de estratos iconográficos. El caso de la *Pietà* es paradigmático, ya que su trasfondo simbólico cristiano cohonestó el reproche antisemita del deicidio, un gesto antijudío explotado en su momento por el nazismo (Marian Nebelin, “Ikonologische Kämpfe. Reinhart Koselleck im Denkmalstreit”, en Hubert Locher y Adriana Markantonatos (eds.), *Reinhart Koselleck und die Politische Ikonologie*, Munich, Deutscher Kunstverlag, 2013, pp. 58 y ss.).

¹² F. Oncina, “Introducción” a *Reinhart Koselleck. Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2011 –existe una segunda edición de 2020, por la que citamos, en la que hemos agregado a aquella una nueva Introducción con el título “Vuelta a Koselleck: entre la historia para ver y la disputa de los historiadores”–, pp. LXIV y ss.

¹³ Remitimos a las recientes publicaciones de Javier Fernández Sebastián, solo: *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos, revoluciones*, México, FCE, 2021, o en colaboración con Javier Tajadura: *Tiempos del Derecho, tiempos de la Historia* (Madrid, Marcial Pons, 2021) y con F. Oncina, *Metafóricas espacio-temporales para la historia. Enfoques teóricos e historiográficos* (Valencia, Pre-Textos, 2021). Varias de las ideas expuestas a continuación han sido desarrolladas de manera más prolija en mi capítulo a este último libro: *Las metáforas de Reinhart Koselleck*.

A algún intérprete le ha llamado la atención que “tiempo”, en llamativo contraste con, por ejemplo, “historia” (*Geschichte, Historie*), no comparezca como uno de los conceptos fundamentales escanciados en su famoso léxico, y de tal laguna ha inferido que Koselleck no desahrolló, ni siquiera pretendió hacerlo, ninguna teoría sistemática de la historia, ni siquiera una teoría de los tiempos históricos.¹⁴ La “Introducción” al libro del año 2000 que estamos comentando aborda esa teoría mediante un estilo de pensamiento singular. A pesar de que se ha intentado convertir a Koselleck en uno de los promotores del desahucio de las metáforas, no las anatematizó en el discurso histórico. Simplemente para asegurar la viabilidad del proyecto científico y editorial de los *Geschichtliche Grundbegriffe* en un período razonable, decidió no tenerlas en cuenta, porque la empresa se habría visto “desbordada” (*überfordert*) –lo que en absoluto conlleva su devaluación ni su rechazo–. Buena prueba de su filia metafórica, más que de su fobia, es la creación de una serie de “imágenes del tiempo” (*Zeitbilder*) (ZS, 9) insoslayables para su teoría y práctica conceptual –desde la época de la silla de montar (*Sattelzeit*)¹⁵ y los estratos del tiempo (*Zeitschichten*) al derecho de veto de las fuentes, por recordar algunas de las más célebres– y su voluntad de concordia e incluso de simbiosis entre su historia conceptual y la metaforología de Hans Blumenberg.¹⁶ La temporalidad no solo es el elixir vital de la historia, sino que, en un discípulo de Gadamer y por ende de Heidegger, constituye la quintaesencia de la finitud humana, y el historicismo, al banalizarla, incurre en las aporías que serán el epitafio de su larga hegemonía, hecha añicos en *Verdad y método* en 1960 y con anterioridad ya fatalmente erosionada por la inflexión ontológica de la hermenéutica (§6 de *Ser y tiempo*). No entendemos como un ariete contra el “postulado” (*Postulat*) koselleckiano¹⁷ de una “teoría de los tiempos históricos” la exclusión de una entrada en su lexicón dedicada monográficamente al concepto de “tiempo”, como sí hizo, por ejemplo, la otra gran iniciativa de la *Begriffsgeschichte*, el *Diccionario histórico de la filosofía* (*Historisches Wörterbuch der Philosophie*). Koselleck mismo concede, en el prólogo al volumen que clausura GG, tal ausencia: “También se echan de menos ‘espacio’ y ‘tiempo/era’ (*Zeit/Zeitalter*), como debe admitir el editor por falta de tiempo (*Zeitmangel*)”,¹⁸ pero el propio autor jamás consideró que ello fuera en detrimento de esa necesaria teoría, aun a sabiendas de que su modo de proceder no tenía ambiciones sistemáticas, sino que era más bien fragmentario y transdisciplinar, huyendo

¹⁴ J. Fisch, “Reinhart Koselleck und die Theorie historischer Zeiten”, en C. Dutt y R. Laube (eds.), *Zwischen Sprache und Geschichte. Zum Werk Reinhart Kosellecks*, Gotinga, Wallstein, 2013, pp. 50, 64. El discípulo de Koselleck, Lucian Hölscher, persuadido de la relevancia del tema, se ha atrevido a aventurarse en esa presunta *terra incognita* tanto en *Neue Annalistik. Umriss einer Theorie der Geschichte* (Gotinga, Wallstein, 2003) como en su reciente libro *Zeitgärten. Zeitfiguren in der Geschichte der Neuzeit* (Gotinga, Wallstein, 2020).

¹⁵ Ese es uno de los sentidos de la metáfora, en este caso el equino, pero tiene otro sentido geológico y geográfico.

¹⁶ Como acredita la correspondencia entre ambos autores (cf. F. Oncina, “Historia in/conceptual y metaforología: método y modernidad”, en F. Oncina y P. García-Durán (eds.), *Hans Blumenberg: Historia in/conceptual, antropología y modernidad*, Valencia, Pre-Textos, 2015, pp. 11-32).

¹⁷ De una manera explícita plantea este postulado en la conferencia que pronunció en 1970 en el congreso de los historiadores alemanes, titulada ¿Para qué todavía historia? (*Wozu noch Historie?*), incluida en R. Koselleck, *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2010, pp. 48-49, y traducida como ¿Sigue teniendo utilidad la historia?, en *Esbozos teóricos. ¿Sigue teniendo utilidad la historia?*, Madrid, Escolar y Mayo, 2013, pp. 55-75. Aquí leemos: “Con ello llegamos a nuestro último postulado. Falta completamente una teoría que, en general, distinga a nuestra ciencia de las teorías de las demás ciencias sociales: una teoría de los tiempos históricos” (p. 72).

¹⁸ GG, vol. 7, p. vii. Obviamente, un motivo externo de esa ausencia puede residir en la propia distribución alfabética de los GG (*Zeit/Zeitalter*) y al apremio editorial e incluso vital para dar por concluida esa tarea –para Koselleck acabó convirtiéndose en un corsé que le impedía afrontar otros retos–.

deliberadamente de la hiperespecialización frecuente en su área de conocimiento.¹⁹ En 2002 sí redactó sendos artículos, uno sobre “historia conceptual” y otro sobre “tiempo”, para un léxico, auspiciado por un colega, que reunía cien conceptos capitales de la ciencia histórica,²⁰ y ahí abunda en la tesis que ha ido desgranando en las directrices de los GG y en sus escritos de mayor resonancia, esto es, la ambrosía de esa teoría son las “estructuras temporales”, en su “exploración teórica [estriba] nuestro genuino campo de investigación”.²¹

La cuestión de la temporalidad y sus modulaciones permea toda la obra koselleckiana. No en balde su historia conceptual es preeminentemente una “historia temporal de los conceptos”, y pertenece a sus premisas su rostro jánico, como índice y factor, a horcajadas entre diversos tiempos históricos, bajo la advocación de la metacrítica herderiana, que con posterioridad adoptará la forma estratigráfica.

Koselleck no establece ninguna relación de mutua repulsión o incompatibilidad entre concepto y metáfora. En el balance retrospectivo del tomo VII de los GG declara que la empresa se habría sentido desbordada si hubiera atendido a las metáforas con un rigor a la altura de su admirado polígrafo de Lübeck y por lo tanto franquea el paso a un desiderátum no colmado, que incontestablemente habría enriquecido el diccionario: “Igualmente cabe objetar que la metafórica (*Metaphorik*) de nuestros conceptos, como ha indicado Hans Blumenberg, no ha sido estudiada sistemáticamente. Todos estos postulados aguardan una ulterior elaboración que habría sobrepasado nuestro lexicón de haberse abordado de inmediato”. En ese mismo tomo recurre con tono reivindicativo a la expresión “metafórica de los conceptos”,²² que sugiere la fecundidad de reparar en esas costuras figuradas y que, en consecuencia, no estamos ante un oxímoron.

Su trabajo de campo metaforológico ha sido indispensable para su proyecto, tanto en lo concerniente a la historia conceptual en su vertiente de método historiográfico como en lo de teoría de los tiempos históricos, pues ambas están irrigadas por metáforas tan exitosas que hoy han pasado al acervo cultural, científico y académico común. La principal es la pareja *Sattelzeit/Schwellenzeit*. A pesar de las reticencias de su propio creador, a nosotros se nos antoja especialmente logrado el eslogan de *Sattelzeit* por su fuerza plástica, evocadora, expresiva y polisémica, y por su ligazón con la experiencia moderna del mundo, transida de aceleración. No creemos que su sustitución por la otra metáfora, *Schwellenzeit*, gane ni en originalidad ni en feracidad ni en rigor. No vamos a hacer aquí una incursión en la ambivalencia, hipológica y geológica, de la metáfora.²³

Koselleck se percató de que la articulación del tiempo en épocas históricas balizadas siempre paga el peaje de las inexactitudes e incluso parodió esos cortes arbitrarios con una

¹⁹ Lo cual se infiere de sus respuestas en la importante entrevista con Christof Dipper, “Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffene Geschichte. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Christof Dipper”, en *Neue politische Literatur*, 43, 1998, pp. 201-202.

²⁰ “Begriffsgeschichte” y “Zeit”, en St. Jordan (ed.), *Lexikon Geschichtswissenschaft. Hundert Grundbegriffe*, Stuttgart, Reclam, 2007, pp. 40-42, 334-335.

²¹ R. Koselleck, *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Frankfurt am Main, Suhrkamp, 2010, p. 150.

²² GG, vol. 7, p. VII.

²³ “la tan discutida noción de una época umbral –*Schwellenzeit* o, más usualmente, *Sattelzeit*– en la cual todo el universo semántico se habría visto sometido a un proceso de renovación acelerado pudiera ser una herramienta heurística adecuada y fructífera para nuestro análisis histórico-conceptual» (Javier Fernández Sebastián, “Introducción. Hacia una historia atlántica de los conceptos políticos”, en *Diccionario político y social del mundo iberoamericano. La era de las revoluciones, 1750-1850* [Iberconceptos-I], Madrid, CEPC, 2009, p. 29; cf. pp. 25, 34.

historia de la humanidad que gira en torno a los caballos. No obstante, formula una insólita pregunta: ¿cuán nueva (*o moderna [neue]*) es la modernidad (*Neuzeit*)?, se sobreentiende que con respecto al pasado. En el Siglo de las Luces gana pujanza “el concepto de un nuevo tiempo, de una nueva historia”, y el individuo comienza a verse “como contemporáneo de un nuevo período muy diferente de las llamadas Edad Media y Antigüedad”,²⁴ como ciudadano del recientemente descubierto continente de la *Neuzeit*, donde son soberanas la *crisis* y la *aceleración*, en las que se agavilla la modernidad.

En sus estudios sobre las “estructuras del tiempo histórico” de *Futuro pasado* (1979), pero más prolijamente en los de *Zeitschichten* (2000), emplea una metáfora geológica para desentrañar el engranaje de la historicidad: *estratos del tiempo*, puesto que la temporalidad de lo histórico “solo puede representarse a través del movimiento en unidades espaciales”.²⁵ La metáfora estratigráfica permite conceptualizarla, incluso visualizarla de un modo “hojaldrado”²⁶ e identificar “diversos planos, con duraciones diferentes y orígenes distintos, pero que, a pesar de ello, están presentes y actúan simultáneamente”.²⁷ Luego, con las miras puestas en una teoría de los tiempos históricos, la metáfora geológica se enfrenta a las dos imágenes lingüísticas con que la tradición ha procesado el tiempo, esto es, la del círculo y la de la flecha.²⁸

La estratigrafía implica terciar entre ambas, o, mejor dicho, mediante la contemporaneidad de lo no contemporáneo se pretende superar la dicotomía iteratividad *cíclica*/irreversibilidad lineal. La primera suele asociarse a las culturas primitivas y al cosmos grecolatino. El círculo simboliza el retorno y la recurrencia propias del tiempo de la naturaleza (las estaciones, los ciclos vitales, etc.), pero también de la sucesión en el ámbito político, tanto en las formas de gobierno (según la clasificación clásica aristotélico-polibiana) como en las dinastías del mundo estamental-feudal. Lo distintivo de esta imagen es la repetición de lo ya-sido, la cual presupone que *nihil novum sub sole* y por tanto avala el dictum *historia magistra vitae*.

Por el contrario, la metáfora de la flecha, de raigambre judeocristiana y preponderante en el cosmos moderno, connota un único vector en el curso temporal, lineal, progresivo y te(le)ológicamente dirigido bien hacia el *fin de los tiempos*, en un sentido escatológico, bien hacia el futuro abierto, ignoto, un engendro híbrido del proceso de secularización y de las revoluciones (políticas y técnica) producto del maridaje de la secularización y de los ritmos que comienzan a imponer tanto las revoluciones sociopolíticas como la técnico-industrial. Aquí priman la novedad y la decantación irrevocable hacia el porvenir.

Koselleck objeta que los dos modelos “son insuficientes pues toda secuencia histórica contiene tanto elementos lineales como elementos recurrentes”.²⁹ En aras de “superar la oposi-

²⁴ R. Koselleck, “Wie neu ist die Neuzeit?”, en id., *Zeitschichten*, pp. 225-226; cf. Koselleck, “Der Aufbruch in die Moderne oder das Ende des Pferdezeitalters”, en Berthold Tillmann (ed.), *Historikerpreis der Stadt Münster. Die Preisträger und Laudatoren von 1981-2003*, Münster, 2005, pp. 159-172.

²⁵ R. Koselleck, “Einleitung”, en id., *Zeitschichten*, p. 9.

²⁶ La expresión es de J. Fernández Sebastián, “Contra la historia (en singular). Una interpretación de la obra de Reinhart Koselleck”, en *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, 1, 2012, p. 250.

²⁷ R. Koselleck, “Einleitung”, en id., *Zeitschichten*, p. 9.

²⁸ Cf. J. Beriain, *Aceleración y tiranía del presente. La metamorfosis de las estructuras temporales de la modernidad*, Barcelona, Anthropos, 2008, pp. 35-105; J. M. González, *Metáforas del poder*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 143-176, y sobre todo H. Vizcaíno, *Historia conceptual y crítica de la modernidad. R. Koselleck y la historia efectual de la Begriffsgeschichte in Italia*, tesis doctoral, Universitat de València, 2018, pp. 89-102.

²⁹ R. Koselleck, “Estratos del tiempo”, en id., *Los estratos del tiempo. Estudios sobre la historia* [2000], Barcelona, Paidós, 2001, p. 35

ción de lo lineal y lo circular”,³⁰ y con el trasfondo de la Escuela de los *Annales*, especialmente de Braudel,³¹ bosqueja una de sus señas de identidad: la “*contemporaneidad de lo no contemporáneo* (simultaneidad de lo no simultáneo, sincronía de lo diacrónico [*Gleichzeitigkeit des Ungleichzeitigen*])”³² y apunta a la presencia en el fenómeno histórico de un cúmulo de capas temporales superpuestas de diversos grados de antigüedad.³³

Luego, dentro de este marco teórico preliminar localiza dos estratos fundamentales en continua interacción. El primero, experimentable cotidianamente y susceptible de articulación lingüística, son los *acontecimientos*, es decir, hechos o eventos caracterizados por su unicidad, irrepetibilidad, sorpresa e irreversibilidad. La vida de cualquiera está jalonada por este estrato temporal. Todos ellos son acontecimientos percibidos por sus contemporáneos como únicos, pero narrables de modos distintos al albur de los intereses políticos y teóricos de quienes los viven y/o estudian. Aquí se consigna la plausibilidad del progreso, simbolizado por la flecha, ya que “las sucesiones únicas vinculadas con acontecimientos pueden ser enumeradas linealmente y sobre dicha línea cabe registrar todas las innovaciones”.

El segundo estrato, las *estructuras de larga duración*, o “estructuras de repetición”,³⁴ permanecen *casi* inalteradas durante generaciones e incluso durante siglos enteros – configuran no tanto una experiencia directa cuanto un requisito para la misma –, ya que “son supraindividuales e intersubjetivas”,³⁵ lo que las convierte en condición de posibilidad de los eventos únicos. La recurrencia se erige en “presupuesto de la unicidad”.³⁶ Las estructuras iterativas poseen una mayor estabilidad y duración que los acontecimientos, lo cual no comporta que no estén sometidas a la mutación histórica, en este caso mucho más lenta: “ni la categoría de la duración [...] ni la categoría de los acontecimientos únicos que se van sucediendo [...] son apropiadas, por sí solas, para interpretar la historia humana”, asentada a horcajadas “entre estos dos polos de [...] repetición permanente e innovación constante”.

Para el escrutinio estratigráfico de “las proporciones mezcladas” de repetición e innovación que alimentan el devenir de la historia se vale de las categorías de *aceleración* y de *ralentización*, mas todavía en un contexto descriptivo y no diagnóstico ni crítico, como sucederá en otras contribuciones y en Hartmut Rosa, imbuido por las reflexiones koselleckianas.³⁷ Por

³⁰ R. Koselleck, “Estratos del tiempo”, p. 36.

³¹ El propio Koselleck revela la influencia del francés, a quien Conze invitaría en los años 1960 a Heidelberg (Niklas Olsen, *History in the Plural. An Introduction to the Work of Reinhart Koselleck*, Nueva York, Berghahn Books, 2012, pp. 143, 153, 164, 226; sobre las afinidades y desfases entre los *Annales* y el enfoque koselleckiano, véase D. Fusaro, *L'orizzonte in movimento. Modernità e futuro in Reinhart Koselleck*, Bolonia, Il Mulino, 2012, pp. 109-113).

³² R. Koselleck, “Einleitung”, en id., *Zeitschichten*, p. 9; *Futuro pasado*, pp. 150-152. Cf. E. J. Palti, “Introducción”, en R. Koselleck, *Los estratos del tiempo*, pp. 16-19.

³³ R. Koselleck, “Estratos del tiempo”, en id., *Los estratos del tiempo*, pp. 35-36.

³⁴ *Ibid.*, pp. 36-37.

³⁵ *Ibid.*, p. 144. Cf. R. Koselleck, “Representación, acontecimiento y estructura”, en id., *Futuro pasado*, pp. 141-144.

³⁶ R. Koselleck, “Estratos del tiempo”, en id., *Los estratos del tiempo*, p. 37. Cf. “El futuro ignoto y el arte de la prognosis”, en id., *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 79-80, y “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, en *Revista de Estudios Políticos (nueva época)*, 134, 2006, p. 27.

³⁷ Aquí alude al ínclito miembro de la Escuela de los *Annales*: “Todas las modificaciones fácticas, ya sean más rápidas, más lentas o de largo plazo (por precisar las categorías de Braudel), permanecen ligadas, pues, al juego variable en que se intercambia repetición y singularidad” (R. Koselleck, “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, p. 20). Cf. F. Oncina, “De la contracción a la dilatación del tiempo: tiempos menguantes y crecientes”, en *Historia y Grafía*, 44, 2015, pp. 89-114; H. Rosa, *Alienación y aceleración. Hacia una teoría crítica de la temporalidad en la modernidad tardía*, Buenos Aires, Katz, 2016.

tanto, el movimiento histórico en general se hace comprensible en el cóctel en que se combinan *iteratividad* y *unicidad*, *repetición* y *singularidad*, *aceleración* y *ralentización*, *sincronía* y *diacronía*, porque permite establecer a la par continuidades de larga duración y cesuras o umbrales históricos que marcan el declinar de una época y el despuntar de otra.

Koselleck desliza una analogía nada inocente –por el envite que aun oblicuamente le lanzará el tándem Skinner-Pocock– entre la dinámica del lenguaje y la de la historia: “Quien quiere expresar algo, para hacerse entender, lo primero que hace es servirse del lenguaje sabido, cuyo conocimiento presupone en el oyente; solo así es posible la comunicación. E incluso quien trata de decir algo nuevo debe hacer comprensible todo lo que quiere decir en el lenguaje dado”, por lo que “los actos únicos de habla se apoyan por tanto en la recurrencia del lenguaje, que es actualizado una y otra vez en el momento de hablar y que se modifica a sí mismo lentamente”.³⁸ No hay precursores sin predecesores. O, como diría Gadamer, un clásico se forja en o contra la tradición, pero no sin ella, pues incluso para ir contracorriente hay que estar en la corriente, en ese flujo que es sobre todo transmisión.³⁹ La emisión puntual de una palabra o proposición sólo adquiere sentido si se inserta en un armazón semántico general, repetible y compartible. Al trasluz de la estratigrafía temporal se aprecia una similitud en el dominio histórico: hitos excepcionales como el descubrimiento de América, la Revolución francesa, la batalla de Stalingrado, la caída del Muro, etc., son posibles en virtud de su encuadre dentro de estructuras de repetición de larga duración que las preceden (piénsese, por ejemplo, en la *forma regiminis* y la *forma imperii*, esto es, en relaciones de poder). Sin ellas se estaría ante un *sinsentido* (*Unsinn*).⁴⁰ Merced a tal paralelismo con el lenguaje la metahistoria koselleckiana consigue el título adoptivo de *semántica de los tiempos históricos*, lo que no equivale a que haya preterido la pragmática, sino que subraya su férrea interdependencia.

Una recreación de la metáfora del rostro de Jano, ya aludida, sirve de bisagra entre ambos estratos: “los conceptos nos informan no solo de la singularidad de los significados pasados (para nosotros)”, sino que a la vez “contienen posibilidades estructurales, tematizan la simultaneidad de lo [no simultáneo]”.⁴¹ Por debajo de lo insólito y único están depositados pliegues temporales más antiguos, que continúan perviviendo y repercutiendo en el presente. Toda historia, efectiva o posible, real o virtual, estriba en entrelazar tales estratos. De ahí que no solo de una manera analítica, sino también crítica se pregunta cuán moderna es la modernidad, cuán nueva es esa nueva época, rebajando las ínfulas de quienes han encumbrado la modernidad como una continua e insaciable apoteosis de la innovación y la primicia, desdeñando lo anterior y lo rutinario. La experiencia humana es bifronte: es única a la par que una secreción de los sedimentos que se han ido asentando en este nivel de lo repetitivo, por consiguiente, siguen

³⁸ R. Koselleck, “Estratos del tiempo”, en id., *Los estratos del tiempo*, pp. 37-38.

³⁹ Ya hemos dado a entender el parentesco con la concepción hermenéutica de la *tradición*, con la que Koselleck está familiarizado: “La tradición es esencialmente conservación, y como tal nunca deja de estar presente en los cambios históricos. [...] Esta es la razón de que sean las innovaciones, los nuevos planes, lo que aparece como única acción y resultado de la razón. Pero esto es solo aparente. Incluso cuando la vida sufre sus transformaciones más tumultuosas, como ocurre en los tiempos revolucionarios, en medio del aparente cambio de todas las cosas se conserva mucho más legado antiguo de lo que nadie creería” (H.-G. Gadamer, *Verdad y método* [1960], Salamanca, Sígueme, 1977, pp. 349-350).

⁴⁰ Cf. R. Koselleck, *Historia y Hermenéutica* [1987], Paidós, Barcelona, 1993, p. 92.

⁴¹ R. Koselleck, “Representación, acontecimiento, estructura”, en id., *Futuro pasado*, p. 151 (en la versión castellana, a la que no nos hemos atenido, se lee: “simultaneidad de lo anacrónico (*Ungleichzeitigen*)”).

disponibles y operativos para nosotros y constituyen un *stock* de pautas para los comportamientos individuales y sociales, como vestigios del pasado, incluso como atavismos, o como modelos de ejemplaridad, pero en cualquier caso son un vademécum de nuestra existencia pasada, presente y venidera.

El dictamen koselleckiano, compartido tanto por las otras versiones, siempre conservadoras, de la historia conceptual (la hermenéutica de Gadamer, la compensatoria de la Escuela de Ritter e incluso la metaforológica de Blumenberg), como por las críticas ideológicas comprometidas con la Escuela de Frankfurt y sus epígonos (Hartmut Rosa sería su más mediático candidato, por no hablar de Zygmunt Bauman), reza así: los ritmos temporales imprimidos por la *Neuzeit* son tan rápidos, que han encogido la duración de las estructuras de repetición a la propia de los acontecimientos. Las transformaciones técnicas aceleradas del mundo están disolviendo velociferinamente los estratos que conforman el subsuelo profundo de lo histórico y, por tanto, del humus de la condición humana. Uno de los autores más caros a Koselleck, Goethe, lo advirtió de las asechanzas que nos aguardan: “No tengo más remedio que considerar que la mayor desgracia de nuestra época, de este tiempo que no permite que nada madure, es que devoramos cada instante al cabo de un instante, que arruinamos el día antes de que acabe, y que así vivimos siempre al día, sin engendrar nada”.⁴² El catedrático de Bielefeld, en la estela blumenberguiana, abogó por una historia conceptual en sentido amplio (*erweiterten*),⁴³ con un tráfico multidireccional entre varias vías (metafórica, icónica, onírica, crítico-ideológica...).⁴⁴ En los últimos años diseñó lo que llamó una historia de la sensibilidad, que podría tomar el relevo de esa historia conceptual comprensiva, si bien, como él mismo confesó, estaba en estado naciente y era un reto pendiente.

En conclusión y con la guía inestimable de la “Introducción” traducida en este número de la revista *Prismas*, nuestras glosas sobre la metaforología cara a Koselleck (hemos rastreado la figura de *Zeitschichten*)⁴⁵ desembocan en uno de los caladeros más prometedores de este autor:

⁴² Carta a Nicolovius de noviembre de 1825 (*Goethes Briefe*, iv, Hamburgo, Christian Wegner Verlag, 1967, p. 159). Koselleck, en el precioso libro que le dedica (*Goethes unzeitgemässe Geschichte*, Heidelberg, Manutius Verlag, 1997), ha negligido esa carta.

⁴³ Cf. Hans Blumenberg, *Paradigmas para una metaforología* [1960], Madrid, Trotta, 2003, pp. 42-45.

⁴⁴ Es muy significativo lo que dice en la entrada “Historia conceptual” de un breve léxico en la popular colección amarilla de Reclam: “La metafórica y la retórica pertenecen asimismo en el nivel histórico-lingüístico a la investigación” (“Stichwort: Begriffsgeschichte”, en S. Jordan (ed.), *Lexikon Geschichtswissenschaft. Hundert Grundbegriffe*, Stuttgart, Reclam, 2002; [ed. esp., *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Madrid, Trotta, 2012, p. 46]), y un buen botón de muestra sería el artículo que le dedicó a “Revolución como concepto y como metáfora. Sobre la semántica de una palabra en un tiempo enfática” [1985] (*ibid.*, pp. 161-170).

⁴⁵ El mencionado Hölscher considera que Koselleck fue consciente del problema del relativismo de los valores que acechó al historicismo –y que ya emerge en su célebre carta a Carl Schmitt del 21 de enero de 1953 (Reinhart Koselleck y Carl Schmitt, *Der Briefwechsel: 1953-1983 und weitere Materialien*, Berlín, Suhrkamp, 2019, pp. 9-13) y tanteó varias opciones para solucionarlo, destacando como la más solvente la de los estratos del tiempo (“Theoretische Grundlagen der historischen Zukunftsforschung”, en Lucian Hölscher (ed.), *Die Zukunft des 20. Jahrhunderts. Dimensionen einer historischen Zukunftsforschung*, Frankfurt am Main, Campus Verlag, 2017, pp. 27-30). Este discípulo aventajado desgana la polisemia de esa opción (enunciada *grosso modo* como la presencia simultánea de distintas velocidades del cambio histórico en un espacio), anclada en el lema “simultaneidad de lo no simultáneo”, y desde la que se arraciman múltiples sentidos: la vecindad mayor o menor de pueblos en distintos estadios de desarrollo o de formas de vida viejas y nuevas en una misma sociedad, la aparición a la vez de modelos lineales y cíclicos, de evoluciones rápidas y lentas, las condiciones antropológicas, metahistóricas, de la experiencia del tiempo histórico, la conexión –o el cortocircuito– entre el discurso objetivo de los contemporáneos de una época y el descriptivo del historiador, entre la percepción *ex eventu* y la *ex post*,... (*ibid.*, pp. 30-31). Pero también atisba algunos peligros de la estratificación (*Schichtung*), como el de la autarquía de los estratos temporales que entorpece el flujo osmótico

la estilización de la historia conceptual comprensiva en clave de una teoría de los tiempos históricos, y, en consecuencia, ni la historia conceptual ni la teoría que le subyace pueden orillar que “no hay conceptos históricos genuinos que se ocupen del tiempo histórico. Siempre se trata de metáforas. En adelante tendremos, por tanto, que tener en cuenta el contenido metafórico de nuestros conceptos”⁴⁶ y que la metafórica supone una intercalación indispensable para la “transición desde la experiencia histórica a la interpretación científica”,⁴⁷ lo cual plantea la necesidad de discernir, y entrelazar, perspectivas (conceptos originarios/analíticos, lenguaje de las fuentes/lenguaje de la ciencia). Los conceptos son transversales espacio-temporalmente y en ellos están ínsitos una pluralidad de temporalidades. Su sincronización o desincronización no solo desempeña un papel heurístico y metodológico central, sino que asimismo caracteriza críticamente nuestras crónicas y cronologías (haciendo refulgir la de la modernidad a la vez que acendra la conciencia de que no todo es lustre en ella) y desbroza un “arte de la prognosis”, ciertamente controvertido (a la postre se trata de un saber sobre lo que no se sabe, el porvenir ignoto) y ahora en la picota cuando con un cierto retintín nietzscheano resuena la salmodia de que el futuro ha muerto.⁴⁸ □

entre ellos y la tutela de las próximas generaciones con consecuencias para la ética de la responsabilidad (*ibid.*, pp. 35-36). En su más reciente *Zeitgärten* le plantea a esta figura proveniente de la geología el reparo de que distintos órdenes temporales no solo se superponen, sino que también colisionan o se repelen entre sí (*op. cit.*, p. 25).

⁴⁶ R. Koselleck, “Progreso y decadencia”, en *id.*, *Historias de conceptos*, p. 97. La primera línea de la Introducción a *Zeitschichten* es fulminante: “Quien habla sobre el tiempo, depende de metáforas”, p. 9.

⁴⁷ “Revolución como concepto y como metáfora”, en *id.*, *Historias de conceptos*, p. 166.

⁴⁸ Este es un tema que nos ha ocupado en un reciente congreso con el título “¿Tiene porvenir el futuro?”, cuyas contribuciones más relevantes verán la luz en un libro homónimo en la editorial Plaza y Valdés (2021).

Dossier

*Prensa periódica, intelectuales y mundialización:
“momentos globales” en la esfera pública de Buenos Aires
(1870-1940)*



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

El dossier “Prensa periódica, intelectuales y mundialización: ‘momentos globales’ en la esfera pública de Buenos Aires (1870-1940)” ha sido organizado para la presente edición de *Prismas* por Martín Bergel y Martín Albornoz.

Introducción*

Martín Bergel y Martín Albornoz

Universidad Nacional de San Martín
Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Universidad Nacional de San Martín
CONICET

El 5 de agosto de 1874, el entonces novel diario *La Nación* consignaba en sus páginas con tonos altisonantes una novedad recibida con gran expectativa por la opinión pública citadina:

GRAN FIESTA NACIONAL. Llenos de júbilo anunciamos al pueblo argentino que hasta el último de los villorrios de la República se halla desde hoy al habla con todos los países del mundo civilizado. El Telégrafo Interocéánico que une desde ayer a la República Argentina con el Brasil, con la Europa, con la América Septentrional, con el Asia, con el Africa y con la Océanía, será solemnemente inaugurado hoy, a las 2 de la tarde, en los salones de la casa del Gobierno de la Nación [...] de hoy en adelante las pulsaciones del pensamiento humano podrán repercutir, casi simultáneamente, en todas las naciones

de la tierra. ¡Gloria al progreso y a la civilización de nuestro siglo!¹

Fueron en efecto muchos los contemporáneos que se mostraron extasiados por el hecho, comenzando por Sarmiento. Ferviente impulsor del sistema telegráfico que, desde su llegada a la presidencia en 1868, se había desarrollado raudamente en territorio argentino y hacia países limítrofes como Chile, aparecía ahora henchido de orgullo por haber podido alcanzar sobre el final de su sexenio su máspreciado anhelo en la materia: la conexión con Europa y, a su través, con el conjunto del globo. “Tócame hoy la felicidad de abrir la comunicación de mi país con el mundo civilizado, y doy de ello gracias a la Providencia que me ha deparado un favor tan insigne”, diría en su discurso de inauguración.² Para de inmediato añadir que, a distancia de cualquier determinismo tecnológico o suceso fortuito, la hazaña de la conectividad transoceánica cuasi instantánea había sido posible por el de-

* Este dossier se inscribe en la labor desarrollada en el proyecto PICT 2014-2995 “Intelectuales, prensa periódica y mundialización. El proceso de la opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1870-1940)”, que bajo auspicio de la Agencia Nacional de Promoción de la Investigación, el Desarrollo Tecnológico y la Innovación congregó entre 2015 y 2019 a un conjunto de investigadores: Martín Bergel, Claudia Roman, Inés Rojkind, Martín Albornoz, Emiliano Sánchez, Juan Bonuome y Manuel Muñiz.

¹ *La Nación*, 5 de agosto de 1874, cit. en Horacio Reggini, *Sarmiento y las telecomunicaciones. La obsesión del hilo*, Buenos Aires, Galápago, 1997, p. 186.

² Domingo F. Sarmiento, “Inauguración del Cable Submarino. Discurso del Presidente de la República” [1874], en *Obras Completas*, Buenos Aires, Belín Sarmiento, 1899, vol. XXI, p. 375.

cidido concurso de la voluntad humana, incluida por supuesto la suya propia.³

Ciertamente, Sarmiento había dado numerosas muestras a lo largo de su trayectoria de su afán por ampliar el radio de comunicaciones de la Argentina. Por caso, desde joven había proclamado que una de las misiones principales de los diarios debía ser la de transmitir “la noticia de los sucesos que se desenvuelven en todos los lugares de la tierra”.⁴ Pero si con anterioridad al telégrafo el entramado de la prensa ya daba lugar discontinuamente a informaciones provenientes de latitudes lejanas —a través de barcos y otros medios de locomoción que las portaban consigo—, sería a partir de las posibilidades de velocidad, de volumen y de dilatación de marcos geográficos propiciadas por el nuevo sistema, que una era diferenciada de mundialización informativa comenzaría a reflejarse en los periódicos porteños. Como correlato de ello, ya en 1877 *La Nación* anunciaba la contratación de los servicios de la agencia de noticias internacionales Havas que entonces se servía de la nueva tecnología para extender sus redes informativas, y a partir de allí paulatinamente todo periódico de pretensiones no podría privarse de verse incorporado a la nueva dinámica noticiosa de cables y despachos telegráficos.

Curiosamente, hasta tiempo reciente los enfoques que dieron impulso en las últimas décadas a una renovada historia cultural y política de la prensa periódica en nuestro medio no se detuvieron mayormente en la cisura introducida por el telégrafo y otras tecnologías

conexas en relación con el problema del lugar de los asuntos internacionales en la arena pública de Buenos Aires.⁵ Tampoco lo hizo la importante zona de estudios sobre las artes gráficas y las imágenes en la cultura impresa porteña, que ha tenido uno de sus focos predilectos en las revistas ilustradas que emergen a fines de siglo XIX en plena era de aceleración de distintas formas de conectividad global.⁶

³ Entre los trabajos más reconocidos por su impacto en la renovación de los estudios sobre la prensa porteña pueden citarse Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988; Sylvia Sáitta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Paula Alonso, “‘En la primavera de la historia’. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 15, 1997, pp. 35-70; Claudia Roman, “La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en J. Schvartzman (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2: *La lucha de los lenguajes*, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 439-467; Claudia Roman, “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en A. Laera (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 3: *El Brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37; y Juan Buonoome, “Los socialistas argentinos ante la ‘prensa burguesa’. El semanario *La Vanguardia* y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, n° 46, 2017, pp. 147-179.

⁶ Marcela Gené y Laura Malosetti Costa (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009; Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos/El Calafate, 2004; Geraldine Rogers, *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculos en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 2008; Sandra Szir, “Figuraciones urbanas. *Caras y Caretas*, 1900”, en A. Lattes (coord.), *Dinámica de una ciudad. Buenos Aires, 1810-2010*, Buenos Aires, Dirección General de Estadística y Censo, 2010; Verónica Tell, *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, UNSAM Edita, 2017, cap. 5; Andrea Cuarterolo, “Entre caras y caretas: caricatura y fotografía en los inicios de la prensa ilustrada argentina”,

³ “Arrástranos en su curso rápido los acontecimientos y el torbellino de los progresos humanos, es verdad; pero no ha de decirse que somos testigos inermes, beneficiarios de ocasión y como al acaso, cual si fuera lluvia del cielo que nos enriquece, sin que nada hayamos hecho para provocarla”. *Ibid.*

⁴ Domingo F. Sarmiento, “Sobre la lectura de periódicos” [1841], en *Obras Completas*, vol. I, Santiago de Chile, 1887, p. 67.

Por el contrario: en el contexto del aluvión inmigratorio que se experimenta en el período, primaron las perspectivas que colocaron a los procesos de modernización de la prensa en relación con temáticas de la cultura urbana popular local, asociadas a la cuestión de la nacionalización de las masas.⁷ En palabras de Adolfo Prieto, a pesar del “aire de extranjería y cosmopolitismo” que podía observarse en el paisaje de la Buenos Aires de entresiglos, en las camadas que se alfabetizaban y se incorporaban al consumo de diarios y revistas “el tono predominante fue el de la expresión criolla o acriollada”.⁸ Así, por mencionar un caso saliente, las miradas predominantes sobre *Caras y Caretas*, expresión paradigmática del nuevo magazine ilustrado, se detuvieron especialmente en la picaresca, el costumbrismo y en formas e ingredientes expresivos de la dinámica cultural nacional.⁹

En forma paralela, amén de los trabajos insertos en la clásica historiografía de las migraciones ultramarinas y en la más reciente de las comunidades diaspóricas (por lo general, también imantados en última instancia por el mencionado problema de la formación de la identidad nacional), los estudios sobre prácticas y discursos cosmopolitas tendieron a reservarse a las élites, principalmente a los núcleos y las figuras de la escena intelectual y literaria.¹⁰ Todo ello coadyuvó a la tácita re-

producción de la imagen que reserva el acceso y el interés por los asuntos del mundo a las minorías letradas.

Fue entonces solo en el curso de los últimos años que los estudios sobre la prensa comenzaron a ser colocados en relación con el proceso de tramitación de las noticias internacionales, y por extensión a la conformación de una esfera pública de masas abonada incesantemente por estímulos cosmopolitas. Aun cuando no es esa exactamente su perspectiva, el instigante libro de Víctor Goldgel sobre la invención de lo nuevo en Hispanoamérica parte del periódico como artefacto que des- punta con el auge de las ideas ilustradas y los procesos independentistas, y que suscita poderosos efectos de subjetivación ligados al anhelo de novedades, muchas de ellas provenientes de tierras lejanas.¹¹ Pero se trata de un trabajo sobre la primera mitad del siglo XIX, antes de los trastrocamientos inducidos por el telégrafo y de la emergencia de la prensa popular. En rigor, hace más de tres décadas, en un notable capítulo de *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, Julio Ramos ubicaba en la comunicación telegráfica un aspecto clave del proceso de modernización de los diarios (que reconstruía a partir de un trabajo de archivo pionero sobre *La Nación*), y de las transformaciones asociadas que entonces se operan en una nueva economía de distribución de funciones que se produce en los periódicos y que, entre otras esferas, afecta de modo decisivo el quehacer de los intelectuales –cuyos rasgos “modernos” comienzan a perfilarse al calor de ese proceso–.¹² Pero no

Significação, vol. 44, n° 47, 2017, pp. 155-177; Claudia Roman, *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (1863-1893)*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

⁷ Para decirlo en los términos del clásico libro de George Mosse, que sintetizan uno de los problemas más visitados por la historiografía argentina posterior a la última dictadura.

⁸ Prieto, *El discurso criollista*, p. 18.

⁹ Romano, *Revolución en la lectura*; Rogers, *Caras y Caretas*.

¹⁰ Beatriz Sarlo, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988; Gonzalo Aguilar, *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2009; Mariano Siskind, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires,

FCE, 2016; María Teresa Gramuglio, *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013.

¹¹ Víctor Goldgel, *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013.

¹² Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina*, México, FCE, 1989, pp. 82-111 (especialmente pp. 95-96, y 100 y ss.).

fue sino en los últimos años que, en consonancia con el llamado giro material de la historiografía, y en diálogo con las discusiones alimentadas por el campo de la *global history*, en la Argentina la historia cultural e intelectual de la prensa periódica se internó decididamente en el estudio del conjunto de cambios vinculados a la nueva fisonomía de las noticias internacionales que emerge hacia el último cuarto del siglo XIX.¹³

En efecto, hacia el final de esa centuria se habían afirmado en la opinión pública de Buenos Aires una serie de transformaciones sustantivas atinentes a las modalidades de circulación e impacto de los hechos del mundo, que tenían su expresión más visible y

cotidiana en las infaltables secciones de cables y telegramas de los diarios. En primer lugar, en lo relativo al *espacio*, si en el pasado los barcos traían consigo noticias de locaciones europeas y americanas (y solo raramente de otras latitudes), con el flujo permanente de despachos originados en los más diversos rincones del planeta el movimiento informativo asume un cariz efectivamente mundial. En segundo lugar, en lo concerniente al *tiempo*, la nueva velocidad del comercio noticioso propiciada por las redes telegráficas y sus fenómenos derivados dispuso un marco de conexiones virtualmente instantáneas con sucesos acaecidos en regiones muy distantes (una diferencia decisiva respecto al período anterior). En tercer lugar, en cuanto a la *intensidad* del cambio, la provisión diaria y ya no discontinua de reportes internacionales sobre un menú de temas que los diarios traían consigo cada mañana facilitó la pregnancia pública de hechos y referencias lejanas. Finalmente, en la medida en que estas mudanzas acontecían en coincidencia con la ampliación exponencial del público alfabetizado y el crecimiento vertiginoso del mercado de objetos impresos (cuyos registros en Buenos Aires eran en la época singularmente altos), su *caladura social* fue pronunciada.¹⁴ Como corolario de esta serie de alteraciones, el propio tenor de las conversaciones públicas, pero también de las de mayor intimidad —las que tenían lugar en los hogares, o en las charlas amistosas de café— se vio aguijoneado de maneras novedosas por el constante murmullo sobre sucesos de latitudes lejanas que la

¹³ Lila Caimari, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología*, vol. 21, n° 40, 2015, pp. 125-146; Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n° 49, 2018, pp. 81-116; Lila Caimari, “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, *Investigaciones y ensayos*, n° 68, 2019, pp. 23-53; Lila Caimari, “Diplomacias postales. Los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y la historia de las circulaciones informativas sudamericanas”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, n° 11, 2020, pp. 31-47; Martín Bergel, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2015, cap. 2; Juan Buonuome, “Periodismo militante en la era de la información. *La Vanguardia*, el socialismo y los orígenes de la cultura de masas en Argentina (1894-1930)”, tesis de Doctorado, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2016; Emiliano Sánchez, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, 2018, pp. 177-204; Sergio Pastormerlo, “Sobre la primera modernización de los diarios de Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)”, en V. Delgado y G. Rogers (eds.), *Tiempos de papel. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 2017, pp. 13-37; Martín Albornoz, *Cuando el anarquismo causaba sensación: fascinación y temor en Argentina frente a los ideales libertarios*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021 (en prensa).

¹⁴ Retomamos estas cuatro dimensiones generales de Bergel, *El Oriente desplazado*, pp. 84 y ss. En lo tocante a la especial envergadura del espectro de publicaciones periódicas porteñas del período, Prieto ya había advertido que “el número de títulos, la variedad de los mismos, las cantidades de ejemplares impresos acreditan para la prensa argentina de esos años la movilidad de una onda expansiva casi sin paralelo en el mundo contemporáneo” (*El discurso criollista*, p. 14).

prensa diariamente posicionaba en lugares expectantes.¹⁵

Claro que las facetas recién mencionadas no constituyen sino los rasgos estructurales más salientes de un proceso de enorme complejidad, que más allá de los aspectos singulares de Buenos Aires afectó contemporáneamente, en mayor o menor medida, a la totalidad de ciudades importantes del mundo.¹⁶ En ese marco, el caso porteño se ha visto singularmente beneficiado por los trabajos de Lila Caimari, que en una labor de una profundidad y sofisticación que todavía no han sido cabalmente apreciadas ha echado luz sobre el fenómeno de la nueva circulación informativa global/local de fines del siglo XIX atendiendo a numerosos engranajes y matices en una multiplicidad de planos. Por empezar, Caimari ha establecido una periodización ajustada del proceso, mostrando tanto la aceleración del arribo de informaciones del mundo previa al tendido del cable interoceánico (gracias al aumento sostenido de los “paquetes” noticiosos que llegaban en los barcos a vapor, cuyo número se incrementa sustancialmente en las décadas de 1860 y 1870), como el impacto solo paulatino de la comunicación telegráfica en la prensa, que por sus altos costos iniciales desplegó todo su potencial recién desde su abaratamiento en la década de 1890. Junto a ello, ha exhibido las hibrideces de los nuevos esquemas comunicativos, tanto en lo que hace a las rutas de circulación de noticias (que sobre todo en los inicios del cable podían combinar tramos materiales e inmateriales), como en la propia superficie de los periódicos, que durante todo el período que aquí se considera yuxtaponían registros y formatos

resultantes de temporalidades heterogéneas (el caso típico y más conocido estaba dado por la coexistencia del abigarrado menú de despachos breves fechados el día anterior de las secciones de “Telegramas”, con las cartas de corresponsales de prestigio que seguían arribando a través del correo semanas después de haber sido elaboradas; aun cuando diversas formas intermedias concurrían también en las páginas de los diarios). En esa misma vena, Caimari ha reconstruido el mapa de actores que participaba en la travesía de la noticia, considerando tanto los emporios del cable y las agencias de información (menos poderosas y determinantes que lo que una primera imagen sugiere), los grandes diarios porteños del período y sus cambiantes estrategias informativas, los agentes estatales y las políticas públicas de correos y comunicaciones, y el gradiente de corresponsales, periodistas y operadores que intervenían en la transmisión, recepción, jerarquización y publicación de las novedades internacionales. Finalmente, se ha preguntado también por las experiencias de lectura de la masa creciente de consumidores de la prensa del período, tanto en lo que hace a la inteligibilidad y a los usos de las partículas informativas provenientes de geografías lejanas que los periódicos diseminaban diariamente, como a los cambiantes horizontes y formas de conciencia de mundo que podían derivarse de ese roce cotidiano. Los trabajos de Lila Caimari, en suma, sientan nuevas bases para pensar la conformación histórica de Buenos Aires como polo informativo y cultural a nivel regional;¹⁷ y al mismo tiempo, y en la medida en que el fenómeno de la inten-

¹⁵ Albornoz, *Cuando el anarquismo causaba sensación*, cap. 1.

¹⁶ En rigor, no solamente a las grandes urbes. Aunque debió asumir ribetes desiguales, e intensidades y ritmos menos agitados, el fenómeno de la nueva conectividad comunicacional de rango global que se acelera a fines del siglo XIX amerita también indagaciones en casos de ciudades medianas y pequeñas.

¹⁷ En un ensayo recientemente publicado, Caimari añade a la progresiva importancia regional de Buenos Aires como eje en la nueva economía comunicacional que emerge en la era del telégrafo, su peso excepcional en la circulación transnacional de libros e impresos por vía epistolar. Véase Lila Caimari, “La carta y el paquete. Travesías de la palabra escrita entre Argentina y Chile a fines del siglo XIX”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 48, n° 2, 2021, pp. 177-208.

sificación de la circulación de noticias internacionales y de emergencia de esferas públicas urbanas periódicamente alimentadas por asuntos de todos los continentes era en sí mismo global,¹⁸ se ofrecen como un modelo para exploraciones que enfrenten problemas análogos con foco en otras ciudades del planeta.

Dado este cuadro, el presente *dossier* dispone un conjunto de estudios relativos a las derivas en Buenos Aires de fenómenos noticiosos de resonancia mundial de naturaleza deliberadamente heterogénea –tanto en cuanto a sus temáticas como a las dinámicas comunicacionales que los impulsan–, que permiten aproximaciones diversas a la trayectoria de lo que el brasileño Renato Ortiz llamó “cultura internacional-popular”.¹⁹ Si bien es cierto que, como ha advertido una vez más Caimari, a partir de haber conquistado un espacio privilegiado en los esquemas informativos de la prensa, las secciones de telegramas y corresponsalías internacionales mantuvieron su presencia coti-

diana aun en ausencia de grandes eventos noticiosos (vehiculizando así, en esas situaciones de baja relativa de tensión, la circulación de minucias provenientes de lugares distantes),²⁰ los trabajos aquí reunidos se concentran en acontecimientos y procesos que, con arreglo a la compleja dinámica de conformación de los grandes temas de la prensa mundial, inundaron como un vendaval las conversaciones urbanas. Se trata de un conjunto de *momentos globales* anexados a sucesos o ciclos informativos singulares, capaces de generar interés y debates, movilizar afectos y entrelazarse con circunstancias locales en ciudades de distintos continentes. También, de manifestarse como un susurro constante diariamente alimentado por referencias y versiones incompletas o cruzadas que escapaban al entendimiento cabal del común de los lectores de periódicos. Pero la noción de momento global, modulada en distintas investigaciones e iniciativas historiográficas,²¹ en el uso que aquí se propone se desdobra en dos registros diferenciados. Por un lado, en el sentido más corriente recién aludido, refiere a una serie continua de hechos conectados a procesos de gran poder de irradiación (guerras, fenómenos políticos o insurreccionales, sonados casos policiales, eventos del espectáculo deportivo o artístico, etc.), que durante un período de tiempo concitan elevado interés y capturan la atención de la opinión pública internacional. En su lapso de mayor fulgor, ocupan privilegiadamente durante semanas, meses o incluso algunos años (aún con altibajos) las secciones de cables y noticias del mundo de re-

¹⁸ Por caso, en el marco del proceso de modernización de sus periódicos también las ciudades chinas entraban contemporáneamente en contacto con una opinión pública globalizada, como puede apreciarse en los estudios reunidos en Rudolf Wagner (ed.), *Joining the Global Public. Word, Image and City in Early Chinese Newspapers, 1870-1910*, Albany, State University of New York, 2007. Señalemos por otra parte que las investigaciones sobre la comunicación telegráfica y sus efectos mundializadores –en sus dimensiones empresariales, políticas y culturales– se encuentran en pleno desarrollo, asentadas en una serie de trabajos de referencia. Entre ellos, pueden consultarse Dwayne Winseck y Robert Pike, *Communication and Empire. Media, Markets and Globalization, 1860-1930*, Durham, Duke University Press, 2007; John Britton, *Cable, Crisis and the Press. The Geopolitics of the New International Information System in the Americas*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 2013; Roland Wenzlhuemer, *Connecting the Nineteenth Century World. The Telegraph and Globalization*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013; y Michaela Hampf y Simone Müller Pohl (eds.), *Global Communication Electric. Business, News and Politics in the World of Telegraphy*, Frankfurt, Campus Verlag, 2015.

¹⁹ Renato Ortiz, *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1996, p. 44.

²⁰ Caimari, “En el mundo-barrio”, pp. 100-103.

²¹ Consúltense, entre otros trabajos, Sebastian Conrad y Dominic Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880s-1930s*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007; Erez Manela, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2007; Quentin Deluermoz, *Commune(s), 1870-1871: Une traversée des mondes au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2020.

vistas y periódicos, diseminando nombres y perfiles de figuras públicas (algunas proyectadas como *celebrities*), referencias de ciudades o geografías distantes, y distintos tipos de informaciones, notas de color y relatos derivados del fenómeno noticioso matriz. Pero por otro lado, y en una dimensión usualmente menos explorada, dentro de esos procesos el concepto alude asimismo a disrupciones puntuales, acontecimientos pautados con antelación o acaecidos sorpresivamente que acaparan las portadas de los diarios y escalan al altar de la opinión pública mundial. Los trabajos del *dossier* en general lidian también con esta especie de noticias extraordinarias, en sus modos de ingreso y existencia en la novedosa trama comunicativa que se robustece progresivamente desde las décadas finales del siglo XIX y en sus prolongaciones en la prensa porteña.

Y es que el problema de las travesías y las ubicuidades de la noticia (la gran noticia, la que genera estruendo o conmoción, la noticia-espectáculo que provoca excitación y emociones a distancia), junto al de su aclimatación y derivas en la esfera pública de Buenos Aires, se ubican en la base de los estudios agrupados en este *dossier*. Y todo ello mediado por la prensa, artefacto sobre cuya centralidad en la experiencia de la modernidad no es preciso abundar. Añadamos, sí, una conjetura en relación con el estatuto y los efectos de la noticia de rango global. Como es sabido, es en la porción final del siglo XIX cuando se acelera la compleja transición, nunca lineal ni acabada, desde el tipo de prensa facciosa que había marcado el tono de la vida pública en esa centuria, a los periódicos modernos sustentados en las premisas de informar, entretener y conquistar segmentos de un público cada vez más masivo y diversificado.²² En otros contextos, como la

Berlín del '900, se ha insistido en los nexos de la gran prensa emergente con las novedades locales, como mapa cuya textualidad breve y efímera, en homología al carácter fragmentario de la modernidad, servía para orientarse en el territorio de la metrópoli.²³ Pero frente a esa perspectiva, es posible señalar que no se han subrayado suficientemente las deudas que las transformaciones modernizadoras de los periódicos guardan con el flujo incesante de partículas informativas de geografías variadas que adviene en la era del telégrafo. Como sugieren numerosos testimonios de época y la propia coincidencia temporal de ambos fenómenos, quizás el triunfo de las lógicas de la noticia en el seno de la prensa obedeció antes que a otra cosa al ascenso de la noticia internacional.

Esa función de mediación de los periódicos entre el público y las noticias del mundo incentivó la proliferación de un abanico de posiciones mediadoras: periodistas especializados, corresponsales de diverso tipo, cronistas literarios, distintas figuras de intelectual que hallaron en el desarrollo de la prensa espacio para su propio despliegue. Para concluir, detengámonos un instante en los escritores, que en la época tuvieron en los diarios una instancia clave en su proceso de profesionalización.²⁴ Si, como también alertan abundantes referencias del período, la masa de partículas informativas que traían consigo las secciones de telegramas del exterior a menudo resultaba poco inteligible y difícil de digerir, con frecuencia le correspondió a las plumas destaca-

²² Dos reconstrucciones informadas y matizadas de ese proceso pueden verse en Alonso, “En la primavera de la historia”, pp. 37-51; y Roman, “La modernización de la prensa periódica”.

²³ Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 27-95. De acuerdo con este autor, “fueron las noticias locales –y las decenas de anuncios– las que acercaron los periódicos a los lectores urbanos” (p. 69).

²⁴ Alejandra Laera, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en C. Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.), *Historia de los Intelectuales en América Latina*, vol. I: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 495-522.

das que engalanaban las ediciones de *La Nación* o *La Prensa* tareas de amansamiento, reelaboración y embellecimiento de la información telegráfica (en lo que Julio Ramos llamó operaciones de sobreescritura de los registros estrictamente periodísticos). Así, al tiempo que la prensa fue para los escritores “condición de posibilidad de la modernización literaria” y un “taller de experimentación formal”,²⁵ favoreció en ellos el ejercicio de funciones de amplificación de saberes y sugerencias sobre los hechos del mundo.

* * *

Los trabajos de este *dossier*, entonces, se quieren a un tiempo reconstrucciones del impacto y los usos locales de momentos globales significativos por sus propias cualidades intrínsecas, y ejercicios de incisión en las peculiaridades del interjuego dinámico y cambiante entre opinión pública urbana, coordinadas espacio-temporales, configuraciones de la prensa periódica y mediaciones intelectuales, en el intenso proceso de tramitación de noticias del mundo en la Buenos Aires que va del último tercio del siglo XIX a mediados de la década de 1930 (cuando la popularización de la radio añade otras modalidades de contacto con los sucesos globales).

Abre el *dossier* un ensayo de Martín Albornoz y Claudia Roman que muestra cómo, en los albores de la comunicación telegráfica, un evento de profundas resonancias globales como la Comuna de París no pudo ser decodificado de manera inmediata por los lectores de la prensa de Buenos Aires. Por el contrario, acompañando el ritmo disperso de la información periodística y las intervenciones de intelectuales y políticos, la indagación advierte que los acontecimientos parisinos –cargados de potencial noticioso– configuraron un caso

de construcción diferida de la noticia que se expresó en al menos tres momentos en un arco temporal dilatado entre 1871 y 1905. En cada uno de ellos, los sentidos locales asignados a los hechos fueron cambiantes y disputados, con arreglo a su inscripción en el contexto de recepción y en la movediza arena periodística porteña.

Seguidamente, Ori Preuss y João Paulo Rodrigues reconstruyen el excepcional eco que tuvieron en la opinión pública porteña las noticias referidas a la abolición de la esclavitud de 1888 en el Brasil. Acontecimiento que fue recibido de inmediato con alborozo en muchas ciudades del mundo, en Buenos Aires dio lugar a conmemoraciones multitudinarias que se dieron cita en lugares icónicos de la cultura urbana y las movilizaciones callejeras del período. Ese impacto, que dejaría marcas perdurables en las relaciones diplomáticas, intelectuales y culturales argentino-brasileñas, fue propiciado por el rebote noticioso entre las capitales de ambos países, y por el rol activo que en ese “efecto especular” tuvieron algunos actores no estatales, en particular los propios diarios y los núcleos de periodistas y letrados. El ensayo de Preuss y Rodrigues ofrece una sugerente vía para sopesar el modo en que las conexiones interurbanas transnacionales (en este caso, entre Río de Janeiro y Buenos Aires) se vieron afectadas por la nueva conectividad comunicativa del período.

Lila Caimari se adentra a continuación en las lógicas de la noticia y las racionalidades periodísticas que fueron puestas en juego en el último lustro del siglo en ocasión de la guerra por la independencia cubana, nudo emblemático del novedoso tipo de resonancias globales de la era de los cables informativos. En su abordaje, si el caso supo ofrecer un menú de episodios y temas comunes, ineludibles para el conjunto de órganos de la prensa internacional, se declinó en estrategias de cobertura muy distintas. En el contrapunto que

²⁵ Ramos, *Desencuentros*, p. 106.

ofrece, si los sucesos de la isla caribeña supusieron para los diarios norteamericanos un escenario de acelerada pugna por las primicias obtenidas en el teatro de los hechos, en una Buenos Aires asimismo movilizada por el conflicto a través de asociaciones migrantes y grupos de políticos e intelectuales el diario *La Nación* podía jactarse de otro modelo de modernidad periodística: aquel que, elevándose por encima de los intereses en disputa, se servía de una gama de recursos y formatos heterogéneos para acercar al cotidiano de los lectores ángulos diversos sobre las escenas frescas de la lejana contienda.

En un sentido del todo complementario al trabajo de Caimari, Inés Rojkind y Flavia Fiorucci se inmiscuyen en aspectos de la acogida por parte de la opinión pública argentina del célebre asunto Dreyfus que tenía lugar contemporáneamente. Su punto de mira se dirige a *La Prensa*, el otro gran artífice del notable proceso de modernización periodística que evidenciaban los diarios argentinos del período. Según destacan, el *affaire* fue para este periódico una oportunidad para ensayar distintas modalidades de presentación de sucesos internacionales de alto impacto, entre las que resaltaban diversas estrategias narrativas y formas de composición del espectro noticioso destinadas a recrear los aspectos melodramáticos que el caso traía consigo.

La guerra ruso-japonesa de 1904-1905 fue otro evento que ocupó amplio espacio en los diarios y revistas de Buenos Aires, en consonancia con lo que ocurría simultáneamente en todo el globo. Martín Bergel cartografía algunas zonas de esa presencia, optando luego por concentrarse en uno de los efectos del bullicio noticioso que acompañó el resonante triunfo nipón en la contienda: el viaje al país victorioso de Enrique Gómez Carrillo, uno de los más afamados corresponsales de *La Nación*, que lo envía para dar a conocer a sus lectores los secretos que se encierran en esa potencia emergente (sin sospechar que allí se iniciaba

una de las relaciones más intensas de la crónica literaria latinoamericana con el “Oriente”).

En su estudio sobre la emergencia de la aviación como fenómeno noticioso, Pablo Ortemberg muestra el carácter eminentemente global del nuevo espectáculo tecnológico-deportivo. Asociados a un repertorio repetido vinculado a la publicidad, el turismo, la quiebra de records y las exhibiciones en zonas abiertas de ciudades grandes y pequeñas, los primeros vuelos en aeroplano capturaron la atención del público mundial a través de cables, fotografías y crónicas de periodistas y escritores. Así, en Buenos Aires le correspondió a la prensa, y a revistas ilustradas como *Caras y Caretas*, el seguimiento ubicuo de las conquistas asociadas al nuevo fenómeno, y la preparación de una sentimentalidad fascinada con sus “hazañas” que rápidamente incentivó el desarrollo local de la actividad.

El trabajo de Diego Galeano abre otra puerta de acceso al menú de hechos que atizaban la imaginación porteña en vísperas de la Primera Guerra Mundial: la conformada por los crímenes de proyección internacional. Tomando el caso del robo de la Mona Lisa del Museo del Louvre de París en 1911, pero recuperando narrativas vinculadas con otras causas anteriores, Galeano se adentra en las diferentes vías por las cuales el lenguaje de los *faits divers*, la difusión de la ficción detectivesca y la crónica internacional, generaron un repertorio de recursos expresivos, giros y rumores que hizo del consumo de información sobre delitos un ingrediente fundamental de la cultura de masas. Siguiendo las pistas y fantasías en torno a la posible ubicación del cuadro de Leonardo da Vinci, que permitieron aventurar incluso la posibilidad de que estuviera en Buenos Aires, el artículo presta atención a los efectos de inmediatez y los ritmos a través de los cuales los diarios y las revistas ilustradas modularon la resonancia global del fenómeno.

Emiliano Sánchez, por su parte, inspecciona otro caso policial resonante en la

época que puso a prueba una vez más la gimnasia noticiosa de la prensa de Buenos Aires así como el francocentrismo de su opinión pública. Como advertía Roberto Payró en sus corresponsalías desde Europa, el *affaire* Caillaux tenía todos los condimentos para atrapar al público lector: intimidades de alcoba de una figura política de primer orden sugeridas por un prestigioso periódico, el asesinato de su director a manos de una mujer en estado de alteración emocional, un juicio breve concluido con una sentencia polémica. Pero las páginas de los diarios porteños no solo reflejaban cómo incluso en una capital austral lejana a París la propia noción de *affaire* era inseparable de la espiral de noticias, expectativas y trascendidos traqueteados por el evento, sino que eran además escenario para el debate sobre el propio estado de situación de la cultura francesa, colocada bajo examen por todas las implicaciones del caso.

A su turno, Manuel Muñiz muestra cómo el Campeonato Mundial de fútbol de Montevideo en 1930 (el primero de la larga saga que llega a nuestros días) impulsó ya a los diarios de Buenos Aires a movilizar un conjunto de recursos periodísticos y tecnológicos, complementados por la pluma de cronistas especializados e intelectuales que escribían para la prensa sobre las alternativas del evento. La cita montevideana favoreció así la circulación de imágenes y referencias de una incipiente cultura global ligada al fútbol, que tuvo en los periódicos un espacio fundamental de origen y también de plasmación.

Finalmente, Juan Bonuome cierra el *dossier* con un artículo que pivotea en torno a la figura del intelectual y periodista socialista Dardo Cúneo. Su cobertura como corresponsal de prensa en la Guerra Civil Española ofrece un punto de vista singular en relación con las vibraciones que el evento producía en la escena pública porteña. Pero su caso se ofrece también como una vía de entrada a las

transformaciones en la cultura mediática que se experimentaban a fines de la década de 1930, y que tanto afectaban a las apuestas periodísticas del socialismo, como, en un sentido más general (y que merece exploraciones ulteriores), incluían con la afirmación definitiva de la radio otro tipo de vínculo con las noticias internacionales. □

Bibliografía citada

Aguilar, Gonzalo, *Episodios cosmopolitas en la cultura argentina*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2009.

Albornoz, Martín, *Cuando el anarquismo causaba sensación: fascinación y temor en Argentina frente a los ideales libertarios*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2021 (en prensa).

Alonso, Paula, “‘En la primavera de la historia’. El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, n° 15, 1997, pp. 35-70.

Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

Bonuome, Juan, “Periodismo militante en la era de la información. La Vanguardia, el socialismo y los orígenes de la cultura de masas en Argentina (1894-1930)”, tesis de doctorado, Universidad de San Andrés, Buenos Aires, 2016.

— “Los socialistas argentinos ante la ‘prensa burguesa’. El semanario *La Vanguardia* y la modernización periodística en la Buenos Aires de entresiglos”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, Tercera Serie, n° 46, 2017, pp. 147-179.

Caimari, Lila, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología*, vol. 21, n° 40, 2015, pp. 125-146.

— “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, n° 49, 2018, pp. 81-116.

— “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, *Investigaciones y ensayos*, n° 68, 2019, pp. 23-53.

— “Diplomacias postales. Los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores y la historia de las circulaciones informativas sudamericanas”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, n° 11, 2020, pp. 31-47.

— “La carta y el paquete. Travesías de la palabra escrita entre Argentina y Chile a fines del siglo XIX”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 48, n° 2, 2021, pp. 177-208.

Conrad, Sebastian y Dominic Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880s-1930s*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

Cuarterolo, Andrea, “Entre caras y caretas: caricatura y fotografía en los inicios de la prensa ilustrada argentina”, *Significação*, vol. 44, n° 47, 2017, pp. 155-177.

Deluermoz, Quentin, *Commune(s), 1870-1871: Une traversée des mondes au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2020.

Fritzsche, Peter, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Gené, Marcela y Laura Malosetti Costa (comps.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Gramuglio, María Teresa, *Nacionalismo y cosmopolitismo en la literatura argentina*, Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2013.

Hampf, Michaela y Simone Müller Pohl (eds.), *Global Communication Electric. Business, News and Politics in the World of Telegraphy*, Frankfurt, Campus Verlag, 2015.

Laera, Alejandra, “Cronistas, novelistas: la prensa periódica como espacio de profesionalización en la Argentina (1880-1910)”, en C. Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.), *Historia de los Intelectuales en América Latina*, vol. 1: *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 495-522.

Manela, Erez, *The Wilsonian Moment. Self-Determination and the International Origins of Anticolonial Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.

Ortiz, Renato, *Otro territorio. Ensayos sobre el mundo contemporáneo*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1996.

Pastormerlo, Sergio, “Sobre la primera modernización de los diarios de Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)”, en V. Delgado y G. Rogers (eds.), *Tiempos de papel. Publicaciones periódicas argentinas (XIX-XX)*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 2017, pp. 13-37.

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

Reggini, Horacio, *Sarmiento y las telecomunicaciones. La obsesión del hilo*, Buenos Aires, Galápagos, 1997.

Rogers, Geraldine, *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculos en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 2008.

Roman, Claudia, “La prensa periódica. De *La Moda* (1837-1838) a *La Patria Argentina* (1879-1885)”, en J. Schwartzman (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 2: *La lucha de los lenguajes*, Buenos Aires, Emecé, 2003, pp. 439-467.

— “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en A. Laera (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, vol. 3: *El Brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

— *Prensa, política y cultura visual. El Mosquito (1863-1893)*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Saïtta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Sánchez, Emiliano, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, 2018, pp. 177-204.

Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Sarmiento, Domingo F., “Sobre la lectura de periódicos” [1841], en *Obras Completas*, vol. I, Santiago de Chile, 1887.

— “Inauguración del Cable Sub-marino. Discurso del Presidente de la República” [1874], en *Obras Completas*, vol. XXI, Buenos Aires, Belín Sarmiento, 1899.

Siskind, Mariano, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires, FCE, 2016.

Szir, Sandra, “Figuraciones urbanas. *Caras y Caretas*, 1900”, en A. Lattes (coord.), *Dinámica de una ciudad. Buenos Aires, 1810-2010*, Buenos Aires, Dirección General de Estadística y Censo, 2010.

Tell, Verónica, *El lado visible. Fotografía y progreso en la Argentina a fines del siglo XIX*, Buenos Aires, UNSAM Edita, 2017.

Wagner, Rudolf (ed.), *Joining the Global Public. Word, Image and City in Early Chinese Newspapers, 1870-1910*, Albany, State University of New York, 2007.

Wenzlhuemer, Roland, *Connecting the Nineteenth Century World. The Telegraph and Globalization*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

Winseck, Dwayne y Robert Pike, *Communication and Empire. Media, Markets and Globalization, 1860-1930*, Durham, Duke University Press, 2007.

*Los tres tiempos de la Comuna de París en Buenos Aires**

Martín Albornoz y Claudia Roman

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Universidad de Buenos Aires / CONICET

En una carta fechada el 28 de marzo de 1871, el representante diplomático argentino en París, Mariano Severio Balcarce, informaba a su ministro de Relaciones Exteriores que diez días atrás la Guardia Nacional y “el populacho parisino” se habían rebelado contra el gobierno francés. Testigo de lo que rápidamente comenzó a denominarse mundialmente como “Comuna de París”, Balcarce se sintió a un tiempo estremecido y sorprendido al ver la bandera roja, “emblema de la república socialista”, ondeando en el Hôtel de Ville:

La revolución de hoy es la más grave y la más peligrosa de cuantas la han precedido. Todas han sido de un carácter más o menos político, mientras que la presente es exclusivamente social llevada a cabo por hombres desconocidos [...] que para consolidar su usurpado poder no trepidarán en derramar a torrentes la sangre de sus ciudadanos.¹

En el momento en que, dentro de una maleta diplomática, la carta de Balcarce arribó por

barco a Buenos Aires, la prensa de la ciudad comenzaba a acumular desordenadamente en sus columnas de noticias internacionales un sinnúmero de informaciones vinculadas a una serie de acontecimientos novedosos que todavía no encontraban una clara definición. Ni siquiera existía una forma precisa de designarlos, más allá de la referencia a dónde ocurrían: interpretados desde lejos, “los sucesos de París” difícilmente permitieran, incluso al lector más avezado, extraer las fuertes conclusiones del diplomático.

A priori, pocos acontecimientos del último tramo del siglo XIX tuvieron el potencial noticioso del episodio de la Comuna. En un tiempo brevísimo –tres meses entre principios de marzo y fines de mayo de 1871– tuvo lugar, de manera intensa y concentrada, una serie de hechos violentos y revulsivos que abrieron, siquiera momentáneamente, la posibilidad de transformar los vínculos sociales y las relaciones de poder en Occidente. Y esa oportunidad se producía, justamente, en París, la ciudad que desde Buenos Aires todavía se imaginaba como centro cultural del cual emanaba ese mundo que estaba a punto de cambiar. La lucha era social, política y armada; arrasaba las calles y modificaba efectivamente ese paisaje: las grandes movilizaciones de multitudes urbanas seguidas de grandes represiones, las barricadas alterando el plano

* Agradecemos a Lila Caimari por sus agudas observaciones.

¹ Carta de Mariano Balcarce al ministro de Relaciones Exteriores, 28 de marzo de 1871, Embajada en Francia, Diplomática y Consular, Caja 151, nota 23.

de la ciudad y algunos episodios puntuales, como el derribamiento de la columna de Vendôme y el fuego haciendo arder los grandes museos del centro de París fueron a la vez efectos y símbolos de la brusca transformación de la ciudad y del que se suponía su correlato inseparable, la reconfiguración de las relaciones de fuerza políticas y sociales. Tinta y petróleo fueron las dos sustancias más mencionadas en los relatos que circularían para tratar de dar forma a la Comuna. Sus usos eran nuevos, porque lo que buscaban narrar también lo era.

No faltaron, como puede advertirse en esta breve reseña, ni acontecimientos contundentes y significativos, ni sorpresa en su devenir, ni pertinencia para su repercusión. Los pocos estudios referidos al impacto de la Comuna en la Argentina parecieran traducir sin pérdida de elemento alguno esa plenitud. Entendida como un primer escalón en la internacionalización del comunismo, se ha señalado que, leídos en Buenos Aires, sus sentidos inmediatos fueron claros. Es decir, que cualquiera que pasase las páginas de los diarios porteños sacaría una misma conclusión: los sucesos de París habrían expresado la confirmación de que el fantasma del comunismo no solo recorría Europa, sino también Sudamérica.² Sin embargo, al revisar los periódicos porteños de entre abril y agosto de 1871, surge una impresión contraria: a los lectores les llegaban informaciones dispersas y heterogéneas que, posiblemente por el desarrollo abierto de los sucesos, no configuraron en principio un acontecimiento nítido o diferenciado de las noticias de la guerra europea. Entre el fárrago de novedades, comentarios e interpretaciones que ocupaban a la prensa, la Comuna de París no encontraba un perfil pro-

pio y su proceso no terminaba de generar expectativa. Al leer y recortar las novedades de la prensa extranjera, la que llegaba a través de cartas privadas, o al parafrasear las noticias impresas por otros periódicos, los redactores porteños no lograban ordenar los sucesos parisinos en una narración convencional, ni siquiera en una serie abierta. “La situación de París es muy delicada; ni acaba de estallar, ni pierde su gravedad”, evaluaba, con prudencia, *La Opinión Nacional* de Rosario en su edición del 26 de abril de 1871. Esa percepción de inminencia que impedía al redactor organizar un relato completo, pero al mismo tiempo lo estimulaba a dejar insinuada la que podría ser una “primicia” importante, describe el tono justo con el que la prensa de esta región apunta, inicialmente, que “eso” que todavía no era un acontecimiento de un momento a otro podría ocupar las primeras planas.

Tal indefinición tiene varias explicaciones. Algunas tienen que ver, de diferentes formas, con el proceso del que emanaban los hechos: la dinámica de los sucesos; inscriptos en las estribaciones de la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871) pero a la vez súbita y confusamente desviados en sus objetivos de ese conflicto, por un lado; lo fragmentario de las informaciones que circulaban allí mismo, en parte por las dificultades que imponía el sitio de las fuerzas prusianas a París, por otro. Incluso los sentidos del término “Comuna” que circularon entre sus protagonistas fueron muy variados y hasta contradictorios, y dependieron, como señala John Merriman, de sus propias “actitudes y lealtades”.³ Por otra parte, las condiciones de circulación trasatlántica de esas novedades, a través de un sistema híbrido de noticias personales —cartas privadas y públicas, y de otras vías más lábiles, como los relatos de viajeros— y “maletas” de correspon-

² Una interpretación en esta línea puede verse en Horacio Tarcus, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, pp. 62-66.

³ John Merriman, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París*, Madrid, Siglo XXI, 2017, p. 46.

dencia y telegramas, sumaron a aquellas condiciones de origen una serie de capas discontinuas de narración que, por efectos de ese sistema, no siempre llegaban en orden a destino, ni se procesaban y publicaban de manera unívoca. Una observación inicial del conjunto de la prensa de Buenos Aires permite afirmar que, durante los primeros meses de 1871, la recepción de las informaciones de la Comuna estuvo marcada por un ritmo sincopado, en el que no todos los eventos pudieron ser codificados rápidamente en términos de una narración noticiosa que lograra interpelar tanto a directores, editores, redactores e ilustradores de prensa locales como, a los lectores –ni suscitarse, en ellos, respuestas nítidas–.⁴ Por lo demás, por curiosas o peculiares que resultaran las repercusiones de la Comuna de París en Buenos Aires, eran también resultado de un proceso más complejo que hacía de la insurrección parisina un fenómeno global. Este dato no fue desconocido para los lectores contemporáneos aunque, nuevamente, su decodificación podía no ser evidente. Así, un lector de *La Prensa* podía enterarse de que en Chicago, de forma casi simultánea, había tenido lugar una manifestación por la situación francesa, incluso cuando no supiera con exactitud, previamente a la lectura de la noticia, cuál era exactamente esa “situación” francesa que motivaba la movilización.⁵ Un último elemento a considerar es la fuerte presión de las novedades locales que, como se verá, tuvieron

una particular intensidad durante los meses en que se producían los eventos que más tarde se recortarían nítidamente como la Comuna de París. Los “hechos locales” –para retomar la denominación que solía usar la prensa de época– añadieron una última dimensión que, al igual que las ya mencionadas, no fue estrictamente privativa de la recepción porteña de la noticia, pero presentó desafíos particulares para su conceptualización como tal.

La recepción de la Comuna de París en la prensa de Buenos Aires, en suma, permite advertir un “caso” de configuración diferida de la noticia. En ese diferimiento, la noticia se tramó, con valencias distintas, en tres tiempos. En un primer momento, fue un evento que no logró perfilarse de manera autónoma y distinta del flujo de “los sucesos de París” y que, además, no se decodificó únicamente en serie política. Pocos años más tarde se despliega un segundo momento, en el que un sesgo o una serie particular de los acontecimientos dentro de su trama fueron actualizados en sede local, en función de sucesos noticiosos significativos que tuvieron lugar en Buenos Aires, de importancia fundamentalmente política, e interpretados en clave facciosa. Así, la noticia internacional se configuró retrospectivamente: la narración de los hechos y de su sentido se daban por conocidos, y se utilizaban como presupuesto, sin debate, para enmarcar y ordenar en una línea causal-cronológica y, además, teleológica, una noticia local de la coyuntura inmediata. En un tercer momento, más alejado aun en el tiempo y cuya interpretación ha sido más difundida, en sincronía con lo que ocurrió en términos globales, la noticia de la Comuna devino definitivamente en un emblema: plenamente autónoma, pudo utilizarse para movilizar cultural, política y colectivamente un conjunto de ideas y representaciones asociadas al mundo de las izquierdas. Paradójicamente, la noticia tardía se volvía actual

⁴ Sobre el ritmo de las noticias internacionales en la prensa porteña de este período, Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3ª Serie, n° 49, 2018, pp. 81-116.

⁵ Esa capacidad de interconectar contextos, como sostiene Quentin Deluermoz, formó parte de la construcción misma del acontecimiento y sería determinante para su apropiación posterior como eslabón clave de la historia de la izquierda internacionalista. Véase Quentin Deluermoz, *Commune(s), 1870-1871: Une traversée des mondes au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2020.

y eficaz en todas las dimensiones (discursiva, ideológica, pragmático-movilizadora) en que buscaban serlo los hechos que la originaron.

1871

En la mayoría de los medios porteños, las primeras noticias de la Comuna se insertaron con poca nitidez, como apostillas o “notas de color” derivadas de la primera “fiebre noticiosa” de la prensa porteña, disparada por la Guerra Franco-prusiana.⁶ En Buenos Aires, esa “enfermedad” metafórica resulto concomitante con el más literal avance de la “fiebre amarilla” en la Argentina, que tuvo un pico entre el fin del verano y el principio del otoño, es decir, en los meses durante los cuales se sucedieron los hechos de la Comuna. Mientras iban llegando al sur las noticias de lo que ocurría en París, el avance y las consecuencias de la epidemia de fiebre amarilla y de las decisiones gubernamentales para controlarla ocuparon grandes parrafadas editoriales en todos los diarios, que además transcribían, en una verdadera “novela” por la complejidad de su trama y el tratamiento de sus personajes, polémicas de diverso calibre sobre las intervenciones oficiales y civiles, y una seguidilla de relatos de “casos” y de sueltos de diferente tono (ocasionalmente, incluso humorísticos) sobre las víctimas de ese mal. La epidemia provocó, por último, el cierre de algunos medios durante los meses de mayor virulencia de la enfermedad, lo que suspendió de hecho toda otra información de prensa. Los diarios porteños informaban también, por entonces, de otros peligros: la rebelión de López Jordán

en el Litoral preocupaba todavía al gobierno nacional y llenaba grandes tramos de sus primeras páginas, completando un panorama en el que los episodios de París se presentaban como restos noticiosos de una gran guerra internacional, útiles para terminar de llenar la sección correspondiente pero en modo alguno aspirantes a ser titulares en torno a los que girara cada edición.

A fines de junio de 1871, Mardoqueo Navarro, autor de un polémico *Diario* de la epidemia en Buenos Aires que se publicaba por entregas en el matutino porteño *La República*, dio por cerrado su texto con una entrega de economía extraordinaria: “22 de junio: La epidemia: olvidada. El campo de muertos de ayer es el escenario de los cuervos de hoy: Testamento y concursos, edictos y remates son el asunto. ¡¡¡Ay de ti Jerusalem!!!”.⁷ Esa semana, el mismo periódico proclamaba que “la insurrección de París” estaba vencida. La información, tentativa, de que algo más que el asedio alemán inquietaba a la capital francesa había comenzado a filtrarse en *La República* unos dos meses antes, el 16 de abril.

Según afirma Pastormerlo, las noticias sobre la Guerra Franco-Prusiana se ordenaban en su publicación en sucesión cronológica, y por eso podían leerse en serie, como un folletín (y eventualmente, podían desplazar sin mayores dificultades las piezas más seductoras de la literatura local, suspendiendo el folletín literario para dejar espacio en las columnas a la información internacional). En los periódicos relevados que corresponden a este primer momento de recepción noticiosa local, en cambio, la información sobre la Comuna funcionó justamente de modo opuesto y complementario: las piezas de su eventual relato aparecían de manera discontinua y dis-

⁶ Véase Sergio Pastormerlo, “Sobre la primera modernización de los diarios en Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)”, en V. Delgado y G. Rogers (eds.), *Tiempos de papel: Publicaciones periódicas argentinas*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2016, pp. 13-37.

⁷ Reproducido en Miguel Ángel Scenna, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1974, p. 439.

persa, sin que fuera posible imaginarlas como parte de una narración seriada.⁸

Un breve suelto de *La República* sintetizaba —en el sentido químico del término— las coordenadas desde las que el diario interpretaba el proceso francés: “Las noticias de Europa. Han producido una honda sensación las recibidas ayer. Se ve que París es el asiento de una mazhorca [sic] tan desenfrenada como la que en otra época existió entre nosotros. Las noticias comerciales sobre el buen precio de los mercados europeos de nuestros cueros y lanas han animado mucho el comercio”.⁹ La Comuna no alarmaba, y no se percibía como algo nuevo. Muy por el contrario, con cierta condescendencia, la clave de la “barbarie” local permitía entender a la vieja Europa. Los incendios, la violencia popular en las calles y la destrucción no eran ni podían ser noticia en Buenos Aires, porque eran eventos superados que estaban, en todo caso, en su pasado. En tanto la balanza comercial internacional siguiera favoreciendo a la Argentina, el futuro estaría asegurado. Menos de una semana más tarde, el mismo diario dio por cerrado el episodio: “La insurrección de París está completamente vencida”, anunciaba (basándose en la información que reportaba lo ocurrido “hasta el 14 de junio”, recibida a través del “Patagonia”).¹⁰ Aunque el diario sacara el máximo provecho, en ediciones sucesivas, de todos los recortes de la valija informativa llegada por ese barco, su efecto noticioso estaba ya neutralizado. A partir de fines de junio apenas hay menciones a la Comuna. El 30 de ese

mes, de hecho, una nota en primera plana proponía un balance comparativo del estado urbanístico de Buenos Aires y de París. El resultado era definitivamente perdidioso para la primera: la ciudad arrasada por la fiebre amarilla estaba más cerca desde todo punto de vista, y resultaba una imagen más potente y patética que una París que, a la distancia y pese a la guerra, se mostraba como debía conservarse en la memoria porteña: monumental, sin referencia alguna a los incendios, casi intacta. Incluso cuando en la última columna de esa misma primera plana otra nota informara sobre “El incendio de Francia”.¹¹

1875

Cuatro años más tarde, el léxico brumoso de la revolución social y las palabras y las figuras novedosas que la Comuna de París había irradiado desacompañadamente sobre la prensa de Buenos Aires tendría sentidos más nítidos. Al cerrado rechazo de los fundamentos y las consecuencias de los sucesos europeos que manifestaron figuras como Domingo Faustino Sarmiento se sumó un coro de personalidades políticas que, aunque abrumado, podía tomar la insurrección de París como antítesis edificante.¹² El 11 de noviembre de 1875, en la inauguración del parque Tres de Febrero, diseñado sobre lo que habían sido los terrenos de la quinta de Juan Manuel de Rosas, “el tirano de Southampton”, Nicolás Avellaneda plantó una magnolia. Era un gesto

⁸ Pastormerlo, “Sobre la primera modernización”, p. 24. El corpus de prensa aludido incluye una docena de diarios y semanarios, casi todos impresos en Buenos Aires. Si bien la investigación involucra un conjunto más amplio y que está aún en construcción, a los fines de este trabajo se seleccionaron las publicaciones de mayor tirada y aquellas que aportaban una nota distintiva al proceso de recepción de la noticia global.

⁹ *La República*, “Hechos locales”, 21 de junio de 1871.

¹⁰ *Ibid.*, “Exterior”, 27 de junio de 1871.

¹¹ *Ibid.*, “París y Buenos Aires”, 30 de junio y 1 de julio de 1871, “El incendio de París”, *Ibid.* Desde el día anterior, la primera noticia de “Exterior” no era sobre Francia, sino acerca de Montevideo.

¹² Por ejemplo, en el caso de Sarmiento, de su lado del Atlántico, la Comuna de París, “incendio y sumisión”, era un buen ejemplo de por qué debía abandonarse el anhelo revolucionario como forma de intervención política. Véase Domingo Faustino Sarmiento, *Obras*. Tomo XXI, Buenos Aires, Imprenta Mariano Moreno, 1899, p. 60.

inaugural, un nuevo comienzo, contrario al brío apocalíptico que había guiado a los comuneros. Para Avellaneda, la Comuna podía funcionar ya como una simple evocación:

Después de haber visto levantarse en las márgenes del Sena aquella Comuna de París ilustrando su horror a la tiranía con los resplandores de la antorcha del incendiario, cuando la llama del petróleo había quemado el Louvre porque la edificaron los monarcas del derecho divino, y las Tullerías porque se desplegara allí entre pompas Imperiales el despotismo armado que gobernó la Europa al redoble de sus tambores, no debimos ni pudimos pensar que era menester, en odio al tirano, sembrar de sal este suelo, y abandonarlo para siempre, dejando crecer la yerba en los caminos. Pensamos más acertadamente. Creímos que el horror á las tiranías puede convertirse en un sentimiento de destrucción ciega, cuando no se halla vivificado por el amor al progreso y á la libertad. El espíritu de los pueblos libres es cristiano. No es iconoclasta. Depura, restaura, santifica el monumento con nuevas advocaciones; pero no lo destruye. Era mejor convertir la mansión sombría del tirano cauteloso en jardines cultivados al uso del pueblo.¹³

El sistema de referencias que expone la cita y las formas en que se articula argumentativamente revelan un sentido más preciso si se lo considera en el marco de un suceso local muy presente para quienes leyeran o escucharan el discurso de Avellaneda: el incendio del Colegio del Salvador de Buenos Aires, ocurrido unos nueve meses antes, el 28 de febrero de 1875. A partir de un conjunto de fuentes heterogéneas que permiten acceder a los puntos de vista de los diferentes actores involucrados,

Hilda Sabato ha reconstruido las percepciones de liberales y católicos, políticos oficialistas y de la oposición, de las autoridades de la Iglesia y de instituciones civiles y políticas involucradas en un episodio que, de manera notable, se recortaba en principio como inédito en el contexto de las prácticas de movilización civil de la época. Su lectura matiza el carácter de esa disrupción, y analiza otras modulaciones de la Comuna de París en la prensa oficial y de oposición, así como en el discurso de algunos actores individuales. De este modo, se verifica que la Comuna emergía como una imagen que permitía evocar y yuxtaponer una serie de rasgos (violencia incendiaria, carácter plebeyo y desbordado del avance sobre la ciudad, reivindicaciones no solo anticlericales, sino internacionalistas y antiestatales) que habilitaban atribuir la culpa de los desbordes y los excesos en la esfera pública a participantes marginales por su clase, por su ideología y por su pertenencia étnica: inmigrantes. La reconstrucción historiográfica muestra con claridad, en cambio, que quienes estaban más comprometidos con los sucesos del incendio del Colegio del Salvador eran jóvenes argentinos y, en su mayoría, porteños; y que los intentos de involucrar a algunos integrantes de la sección francesa de la Asociación Internacional de Trabajadores de Buenos Aires habrían sido ineficaces por la propia actitud frente a los hechos de estos virtuales “agitadores”. La construcción de las analogías entre el episodio del incendio y la Comuna como parte del contexto internacional se conjugaría, en todo caso, con un antecedente más próximo en el tiempo y territorialmente presente, aunque silenciado por la prensa: la movilización local ligada a la violencia facciosa durante todo el año anterior, a partir de las elecciones legislativas y la revolución mitrista.¹⁴

¹³ *La Tribuna*, 12 y 13 de noviembre de 1875.

¹⁴ Parafraseamos sucintamente hasta aquí el análisis incluido en Hilda Sabato, *La política en las calles. Entre el*

Recordando la ocasión del discurso de Avellaneda y las referencias de algunas otras fuentes, quizá sea útil agregar como elemento adicional que esa violencia súbita, plebeya y caracterizada como inesperada y marginal fue ligada sin mayores dificultades, como ya lo había insinuado aquel suelto de 1871 de *La República*, a otro imaginario aún productivo para los contemporáneos a través de su símbolo más acabado y eficaz en términos comunicativos: el del rosismo y la mazorca. Su evaluación con referencia al presente, sin embargo, era novedosa, y expresaba una visión bastante menos serena y optimista que la que, poniendo la mazorca en el pasado, sostenía aquel. Aunque no se buscaba involucrar al estado nacional o de Buenos Aires ni a la policía como agentes de los disturbios, la apelación a la mazorca condensaba, en la clave que Sarmiento había formulado tres décadas atrás, uno de los modos en que la “barbarie” tomaba, como si fuese externa a ella, posesión de la ciudad. El elemento plebeyo de la multitud que se añadía más puntualmente a esa configuración permitía, de paso, sincronizar la actualidad local con lo que ocurría a escala global.¹⁵

voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, especialmente pp. 217-270.

¹⁵ Otro ejemplo de este movimiento interpretativo puede encontrarse en el “Proyecto de Manifiesto” sobre el incendio del Colegio del Salvador que el senador Miguel Navarro Viola presentó ante la Cámara de Buenos Aires el 2 de marzo de 1875: “[...] Que esta vez es la primera que cosa semejante se ha hecho en territorio argentino fuera de los incendios causados por los bárbaros del desierto, el lujo de la destrucción ha sido excedido por los bárbaros de la civilización que derramaban petróleo y alquitrán y escalaban por muchos puntos el magnífico edificio elevado sobre un cuadrado de 150 varas y que costaba muchos millones de pesos [...]”. La “barbarie de la civilización” y su anticipado corolario, el “lujo de la destrucción”, son fórmulas de evidente matriz sarmientina, alusivas al rosismo. Véase Miguel Navarro Viola, “Documento del Doctor Navarro Viola. Proyecto de Manifiesto”, *El Católico Argentino*, II, n° 33, 13 de marzo de 1875, pp. 527-528.

Una muestra algo menos sutil de derrame léxico en línea con la de aquel discurso de Avellaneda puede leerse en *El Petróleo. Órgano de las últimas capas sociales y de las primeras blusas comunistas*, semanario satírico ilustrado que comenzó a editar en marzo de 1875 el español republicano Eloy Perillán Buxó. Atento a las resignificaciones del imaginario de la Comuna que habilitaba la situación local, Perillán Buxó –un periodista español acostumbrado a ensayar la combatividad republicana a través de la prensa– no dudó en aclimatarlo ni en desplegar todo un campo léxico que lo ponía en juego: cada número del semanario era una “rociada”; quienes lo vendían, “petroleros”; los redactores firmaban como “Petrofino” o “Glicerino”, por ejemplo. Para los lectores porteños, la novedad de la violencia en las calles se interpretaba a través de su “reconocimiento” en la evocación del vocabulario de la Comuna, reversionado satíricamente en la prensa local. El efecto resulta, antes que ideológico en sentido estricto, sensacionalista: desde su primera nota editorial, lejos de mostrarse comunista, el semanario se definió como únicamente “fiel a su público”, y su rasgo verbal más audaz fue, módicamente, el de distanciarse tanto de mitristas como de alsinistas. La primera lámina ilustrada que incluyó *El Petróleo*, sin embargo, fue bastante más elocuente y eficaz, y puede pensarse como una suerte de “editorial gráfica” en términos de su apropiación y actualización del completo episodio de 1871.

En la imagen, como puede advertirse, un sujeto barbudo y desencajado pregunta: “¿Hay por aquí un arzobispo?”, mientras sostiene su botella de “kerosén” y contempla tanto el incendio de Buenos Aires como el “vuelo” de capitales hacia Europa amparado por la Iglesia, caricaturizada en la figura del arzobispo de Buenos Aires, Monseñor León Federico Aneiros. La alegoría de la República, sentada y apoyada sobre una columna trunca en la que se lee el nombre del semanario, se muestra



El Petróleo. Órgano de las últimas capas sociales y de las primeras blusas comunistas, 1, 1, 5 de marzo de 1875, pp. 2-3. Sin firma.

completamente desacralizada, desolada en la doble acepción de tristeza y soledad que carga el término, y de espaldas a una multitud, figurada como un continuo de círculos grises y difusos que convoca el incendio del Colegio. La lámina interpreta y también, en este caso, produce la noticia: activando el imaginario y el vocabulario *comunards* como si no hubiera dudas sobre su sentido, advierte que la Comuna no está en el pasado parisino sino en el presente porteño; no ocurre allí, sino aquí.

1897

Un ejemplo de torsión novedosa y modernista de los significados de la Comuna puede leerse en el periódico *La Montaña*, que los jóvenes socialistas José Ingenieros y Leopoldo Lugo-

nes publicaron en Buenos Aires en 1897. El primero, en un texto titulado “Semana de mayo, 1871”, destruía la temporalidad del acontecimiento parisino y, arrancándolo del pasado, lo volvía umbral de un nuevo tiempo. Como rezaba el subtítulo, para Ingenieros la Comuna debía considerarse un “bautismo de sangre”. La coloración confusa de la noticia internacional era anulada; las connotaciones funestas, invertidas. La bandera roja era un “santo harapo”; la barricada, “el altar del pueblo”; la petrolera, una madre “hermosa y pálida” en cuyos ojos se vislumbraba “la expresión del infinito”.¹⁶ Los nuevos tiempos estaban marcados también en la vida misma del periódico,

¹⁶ José Ingenieros, “Semana de mayo, 1871”, *La Montaña*, Año 1, n° 4, 15 de mayo de 1897.

que desde su primer número tuvo una doble datación, fechado a la derecha del lector con referencia al calendario gregoriano (“Buenos Aires, 1er. de abril de 1897” con el significativo agregado “(E.V. [vg., “era vulgar”])” y a su izquierda, postulando como origen de los tiempos nuevos a la Comuna de París (“12 Vendimiario del año xxvi de la Comuna”).

Hacia fines de siglo, esa doble temporalidad que *La Montaña* ponía en juego para evidenciar el desvío revolucionario en el interior de la “era vulgar” podía verificarse, de manera más general, en las diferentes formas en que la Comuna de París ingresaba al calendario conmemorativo de movimientos que, reformistas o revolucionarios, socialistas o anarquistas, articularon en la ciudad una serie de prácticas y discursos en torno de ese “origen”. La naciente prensa de izquierda no tenía duda sobre su positiva importancia.

Sin embargo, por mucho que la vocación conmemorativa de izquierda pugnara por atribuir un sentido último y eficaz a la Comuna de París, era sencillamente imposible anular otras significaciones menos solemnes y alarmadas que, aún a comienzos del siglo xx, era posible detectar. Un ejemplo: el 9 de enero de 1905 moría en Marsella, ya anciana, Louise Michel, militante símbolo de los sucesos que habían conmocionado a París más de tres décadas atrás. Tomando nota del deceso, un cronista en *La Nación* redactó una vistosa y extensa columna que, acompañada de una fotografía, buscaba en un mismo movimiento desentrañar el enigma revolucionario de París y los vericuetos biográficos de Louise Michel. El resultado, francamente humorístico, no parecía alimentar las pesadillas del burgués respecto de lo que en las narrativas de izquierda anticipaba la Comuna. Por el contrario, aventuraba otra explicación para su heroísmo: “Luisa Michel nunca fue bella, ni siquiera graciosa. Su aspecto, poco agradable en la juventud, volvióse en la vejez de una fealdad rara en su sexo ¿Habrá sido esta condición es-

pecial, la que, quitándole la esperanza de ser amada, elevó y dilató su espíritu hacia un amor más grande e indefinido, pero generoso y noble para todo el género humano?”¹⁷

Impacto en tres tiempos

La recepción periodística de la Comuna de París en la prensa porteña permite advertir sus efectos en tres tiempos, ampliamente dilatados. En el momento inicial, relativamente sincrónico de los acontecimientos, las informaciones publicadas por los periódicos fueron dispersas y discontinuas, sin llegar a configurar el episodio de la Comuna como una serie autónoma, con potencia noticiosa. Este antecedente resultaría, sin embargo, imprescindible para que un conjunto de elementos presentes o no en esa recepción inicial se rearticularan cuatro años más tarde, cuando la situación local y la coyuntura internacional permitieron actualizar y precisar un vocabulario para mencionar a la Comuna como una referencia o contrapunto para otros sucesos locales, así como asociarle de manera consistente ciertas imágenes y ciertos motivos discursivos. Todo eso permitió que la Comuna operara como una

¹⁷ “Luisa Michel”, *La Nación*, 10 de enero de 1905. Quizá convenga recordar que para entonces *La Nación* era uno de los diarios que había atravesado el proceso de modernización de la prensa porteña, que incluyó aspectos materiales y técnicos decisivos (como la incorporación regular del servicio telegráfico), un salto significativo en las cifras de sus ejemplares –acorde a la multiplicación del público lector–, la profesionalización de reporters y trabajadores gráficos y, sobre todo, la ampliación de las funciones de la prensa, en las que la información noticiosa y el entretenimiento se enlazaban de maneras novedosas y atractivas. *La Nación* no fue el único medio en acudir a la figura de la “virgen roja” de manera casi despolitizada, a través de las reapropiaciones más extravagantes. Poco más tarde, magazine *Caras y Caretas*, por ejemplo, publicaría, bajo el título de “Una propagandista”, una publicidad del Tricófero de Barry, cuyo uso frecuente evitaría caer en las “vulgaridades” y “machoneñas de la política” en las que había incurrido Louise Michel (*Caras y Caretas*, 3 de diciembre de 1910, p. 154).

noticia ya configurada en el pasado y, de ahí, como reservorio de certezas y de evaluaciones axiológicas a las que podía acudir como precedente o paralelo de sucesos que estaban desarrollándose —es decir, de los que iban tomando forma como otras noticias— y también como recurso para explicar las motivaciones de los actores locales involucrados en ellos. En ese momento, la Comuna volvió inteligible la violencia urbana en Buenos Aires y reverberó, en diferido, pero con intensidad, en los públicos lectores porteños. Tendrían que pasar todavía más de veinte años para que la mirada de algunos jóvenes intelectuales y periodistas de diferentes procedencias y afiliaciones ideológicas anclaran su relato como símbolo eficaz y, sobre todo, para que su sentido se eslabonara de manera dominante y precisa en una memoria de las luchas políticas de las izquierdas. Para quienes escribían y leían la prensa contemporánea a los sucesos, en cambio, esos sentidos fueron probablemente mucho más generales, difusos y contradictorios. Por lo demás y más allá de su excepcionalidad como acontecimiento, la recepción diferida de la Comuna de París en la prensa de Buenos Aires podría considerarse como un “caso” que permite iluminar modalidades específicas de la construcción de una red noticiosa internacional desde una perspectiva local. Una paradójica noticia en tres tiempos recoge así las condiciones materiales de su circulación y las

posibilidades efectivas de su recepción y decodificación locales de la información global. □

Bibliografía citada

Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios sudamericanos del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Investigaciones en Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, segundo semestre de 2018, pp. 81-116.

Conrad, Sebastian y Dominic Sachsenmaier, “Introduction: Competing Visions of World Order: Global Moments and Movements, 1880s-1930s”, en S. Conrad y D. Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order*, Nueva York, Palgrave-MacMillan, 2007, pp. 1-6.

Deluermoz, Quentin, *Commune(s), 1870-1871: Une traversée des mondes au XIX^e siècle*, París, Seuil, 2020.

Merriman, John, *Masacre. Vida y muerte en la Comuna de París*, Madrid, Siglo XXI, 2017.

Pastormerlo, Sergio, “Sobre la primera modernización de los diarios en Buenos Aires. Avisos, noticias y literatura durante la Guerra Franco-Prusiana (1870)”, en V. Delgado y G. Rogers (eds.), *Tiempos de papel: Publicaciones periódicas argentinas (siglos XIX-XX)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2016.

Sarmiento, Domingo F., *Obras. Tomo XXI*, Imprenta Mariano Moreno, Buenos Aires, 1899.

Sabato, Hilda, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Scenna, Miguel Ángel, *Cuando murió Buenos Aires, 1871*, Buenos Aires, Ediciones La Bastilla, 1974.

Tarcus, Horacio, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007.

Resumen/Abstract

Los tres tiempos de la Comuna de París en Buenos Aires

Este trabajo estudia la recepción noticiosa de la Comuna de París en los diarios de Buenos Aires. Pese a su altísimo impacto social y político a mediano plazo, su repercusión noticiosa inmediata fue módica. Un relevamiento más extendido muestra que su impacto se construyó a lo largo de tres momentos. Mientras tenían lugar los hechos (1871), no llegó a conformarse un relato unívoco y las informaciones publicadas fueron confusas y dispersas. En 1875, un hecho puntual –el incendio del Colegio del Salvador– hizo emerger un relato consistente y definido, que sirvió para ponderar la actualidad local. Hacia 1897, algunos intelectuales y periodistas produjeron un cambio en su evocación y contribuyeron a su incorporación definitiva al calendario de las izquierdas. Este caso de recepción “en tres tiempos” permite además conocer mejor las condiciones y efectos de la circulación informativa global en la prensa porteña del último tercio del siglo XIX.

Palabras clave

Comuna de París - Noticias globales - Prensa porteña - Impacto noticioso

The Three Stages of Paris Commune in Buenos Aires

This essay aims to study the reception of Paris Commune in Buenos Aires newspapers. Despite the social and political impact, it would have later on, the press barely reflected the facts when they were happening. A more extended analysis shows that the Commune became a “news” over three moments. A univocal account could not take form and the published information was confused and scattered while the events were taken place (1871). Afterwards (1875), a specific event –when the Colegio del Salvador was set on fire– brought out a consistent and defined history, which served to weigh up local events. Around 1897, some intellectuals and journalists produced a change in its evocation and contributed to make it a milestone for local left’s movements. This reception “in three stages” also allows a better understanding both of conditions and effects of global news circulation in Buenos Aires press of the last third of XIXth.

Keywords

Paris Commune - Global News - Buenos Aires Periodical Press - News Impact

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1213>

Espectaculares y especulares

Las celebraciones del fin de la esclavitud brasileña en la capital argentina

João Paulo Coelho de Souza Rodrigues y Ori Preuss

Universidad Federal de Río de Janeiro

Universidad de Tel Aviv

Entre mayo y julio de 1888 los espacios públicos populares y los circuitos de sociabilidad de las élites culturales y políticas de Buenos Aires se movieron a ritmo brasileño. Las manifestaciones callejeras y los honores a visitantes y residentes de la única monarquía americana no fueron solo materia de informes noticiosos, sino también resultado del interés adjudicado por los grandes diarios a un evento de trascendencia mundial: la abolición de la esclavitud el 13 de mayo en el último país europeo-americano en que aún estaba vigente, el Brasil. A diferencia de las anteriores prohibiciones del tráfico atlántico de esclavos, este acontecimiento tenía lugar en la era de los cables telegráficos submarinos. De allí que la circulación transnacional del hecho (convertido en información periodística) siguiera un curso “desmaterializado”,¹ de igual modo que el subsiguiente intercambio de opiniones e interpretaciones entre Buenos Aires y Río de Janeiro acerca de su sig-

nificado y el de los eventos que agitaron a las dos ciudades al cobijo de nociones de “amistad” argentino-brasileña, modernidad, progreso y una nueva etapa en la historia de América del Sur.² En el presente artículo sostenemos que ese contexto comunicativo global entró en confluencia con dos procesos: las nuevas relaciones intelectuales que empezaron a configurarse entre la Argentina y el Brasil desde el fin de la Guerra de la Triple Alianza (1865-1870), y las disputas políticas argentinas durante el gobierno de Juárez Celman (1886-1890). Esa confluencia produjo una inédita e insólita consonancia entre espacios públicos, y una febril actividad de mediación cultural internacional a través de la prensa de Buenos Aires y de Río de Janeiro. Se generó así una comunidad de opiniones y sentimientos de solidaridad sin precedentes entre la opinión pública/publicada porteña y carioca, materializada en distintas formas de sociabilidad y en las páginas de la prensa. En

¹ Para Roland Wenzlhuemer, el cambio en los mensajes (informaciones) a partir de la separación de forma y medio conlleva una “dematerialización de la comunicación”. El telégrafo es el primer soporte que promueve esa transformación de forma efectiva, amplia y duradera. Véase R. Wenzlhuemer, “The Dematerialization of Telecommunication: Communication Centres and Peripheries in Europe and the World, 1850-1920”, *Journal of Global History*, vol. 2, n° 3, noviembre de 2007, p. 349.

² Para un tratamiento más amplio de los intercambios entre Buenos Aires y Río de Janeiro en el contexto de modernización y de la visión de progreso regional sudamericano, véase Ori Preuss, *Transnational South America: Experiences, Ideas and Identities (1860-1910)*, Nueva York, Routledge, 2016, y João Paulo Coelho de Souza Rodrigues, “Embaixadas originais: diplomacia, jornalismo e as relações Argentina-Brasil (1888-1935)”, *Topoi*, vol. 18, n° 36, diciembre de 2017, pp. 537-562.

comparación con los banquetes y las noches de ópera que se produjeron en ciudades como París, Londres o Santiago de Chile en celebración de la abolición brasileña, el mayor volumen de los eventos festivos de Buenos Aires y la recepción más calurosa de su prensa no comportaron solamente una mayor espectacularidad, sino también un “efecto especular”. Se trató de un diálogo cultural, intelectual y político inter-urbano intenso que duró dos meses y abrió camino a nuevas relaciones entre argentinos y brasileños. Pero para comprender ese aparente acompasamiento de lenguajes, propósitos, sentimientos y manifestaciones públicas ocurridas en las dos capitales, es preciso retrotraerse a las imágenes sobre Brasil de intelectuales, periodistas y políticos argentinos del siglo XIX.

La “Fiesta de la Libertad” y sus raíces

Desde la independencia se difundió en el Río de la Plata un cierto temor al “expansionismo” brasileño.³ Sin embargo, también se reconoció que el régimen monárquico otorgó al Brasil estabilidad política y muchas de las libertades civiles que los liberales argentinos pretendían asegurar en su país, en particular la libertad de prensa.⁴ Otro importante elemento era el factor étnico. Algunos autores de la “Generación del 37” tenían dificultad en identificar un pueblo brasileño debido a la gran presencia de esclavos, y de negros o mu-

latos libres, una población que representaba según ellos un problema para el Brasil por no permitir la formación de individuos que pudieran erigir una sociedad moderna.⁵ Pero sobre todo la crítica hispanoamericana y argentina al Brasil tenía como foco la esclavitud, vista como institución bárbara y que no tenía lugar en una América que quería pertenecer al mundo civilizado.

La dificultad de los intelectuales argentinos para componer una imagen nítida del Brasil dentro de los términos del vocabulario republicano y liberal mediante el cual intentaban proveer de sentido a las transformaciones de la Argentina pos-rosista suponía un asunto incómodo que haría de la abolición de 1888 un acontecimiento de carácter liberador en las relaciones con el país vecino. Es posible observar el carácter distintivo del lugar simbólico y comunicacional de Buenos Aires en relación con la noticia de la abolición en el hecho de que el día anterior a su proclamación los diarios de Río de Janeiro recibían de sus corresponsales en la capital argentina telegramas informando que el expresidente Bartolomé Mitre había convocado a su círculo de amigos y periodistas del diario *La Nación* para preparar honores al Brasil, en lo que se conocería como la “Fiesta de la Libertad”.⁶ A partir de allí sobrevino un intenso cruce de telegramas entre la capital argentina y la Corte, un febril intercambio de noticias, comentarios y preparativos relacionados con el evento festivo. Cada paso de los medios culturales y de prensa de Buenos Aires era a su turno correspondido por los órganos de Río. Así, al carác-

³ Roberto Russel y Juan Tokatlián, “El lugar de Brasil en la política exterior argentina: la visión del otro”, en Carlos Henrique Cardim y Monica Hirst (comps.), *Brasil-Argentina: a visão do outro (soberania e cultura política)*, Brasília, Fundação Alexandre de Gusmão, 2003, pp. 371-404.

⁴ María Elisa Noronha de Sá, “‘Ojeada sobre el Brasil’: impressões de Sarmiento sobre o Império do Brasil em meados do século XIX”, en María Elisa Noronha de Sá (comp.), *História intelectual latino-americana: itinerários, debates, perspectivas*, Río de Janeiro, Editora PUC-Rio/Faperj, 2016, pp. 79-94.

⁵ Domingo Faustino Sarmiento, *Viajes en Europa, África i América*, Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belín, 1849. Juan Bautista Alberdi, *El imperio de Brasil ante la democracia de América*, París, A. E. Rochette, 1869; José Tomás Guido, *Escritos*, Buenos Aires, Librería Editora de Enrique Navarro Viola, 1880.

⁶ “Abolição”, *Gazeta de Notícias*, Río de Janeiro, 13 de mayo de 1888, p. 1; *La Nación*, Buenos Aires, 13 de mayo de 1888, p. 1.

ter espectacular de la noticia se añadió ese referido carácter especular.

La confirmación de la sanción llegó a Buenos Aires el día 13 por el servicio telegráfico. Se informaba lo ocurrido a las redacciones de los principales diarios, a la comisión que iba preparar la manifestación porteña y a la audiencia que aquella noche asistía a una función de la temporada regular del Teatro Colón. Allí se leyó al público el telegrama enviado a *La Nación* desde el diario carioca *O País* con firma de su propietario, Quintino Bocaiúva, en el cual se saludaba “al pueblo argentino y a su ilustrada prensa”. En la secuencia la orquesta tocó los dos himnos nacionales y el ministro plenipotenciario brasileño en Buenos Aires, el Barón de Alencar, pronunció un breve agradecimiento. Entre el 12 y el 13 el cable puso en contacto directo a *La Nación*, *Gazeta de Notícias*, algunas figuras políticas, clubes militares, estudiantes de las facultades de Derecho, institutos históricos y geográficos y cámaras de diputados de los dos países, intercambiando felicitaciones y agradecimientos.

Ese amplio movimiento de contactos, y de preparación de la fiesta en la capital argentina, trajo aparejado el acompasamiento de los sentimientos públicos porteños y cariocas, y con ello la materialización de una opinión pública transnacional tramitada por actores que trascendían la esfera de acción de los gobiernos de los dos países. Como respuesta a ese vaivén interactivo, el ejecutivo nacional permitió la toma de las calles céntricas porteñas por los manifestantes, y decretó el carácter no laborable del día 17 de mayo. Esa jornada una multitud se dirigió a la legación brasileña. La lideraba una comisión de 50 notables, que incluía a figuras como Bartolomé Mitre, Emilio Mitre y Vedia, Julio de Vedia, Luis Vicente Varela, Carlos Pellegrini, Ramón J. Cárcano, Luis María Drago, Pastor Obligado, Manuel Augusto Montes de Oca, Aristóbulo del Valle y Carlos Guido y Spano.

A continuación desfilaban representantes de los empleados de la municipalidad, de la Facultad de Derecho, del Colegio Militar, de la Escuela Naval, y de asociaciones como el Círculo de la Prensa, el Club del Progreso, la Unión Industrial, la Cámara de la Bolsa de Comercio, el Club Militar, el Club Naval, el Círculo Médico, el Yacht Club, varios centros de inmigrantes, la masonería y los bomberos del barrio de La Boca, a cuyo paso se añadían numerosos curiosos desde balcones, ventanas y puertas de casas y edificios. El cálculo de la afluencia varió bastante: entre 12 y 15 mil personas según *La Prensa* y la agencia Havas, alrededor de 50 mil según *El Diario*.⁷ Al llegar a la legación de Brasil, donde aguardaban los corresponsales de *O País*, del *Jornal do Comércio* y miembros de la comunidad brasileña de la ciudad, Mitre dio un discurso, al que le siguió otro de Alencar. A partir de ese momento los manifestantes empezaron a dispersarse. Esa misma noche, hubo una presentación especial en el Teatro Colón con la presencia del presidente de la República y de los ministros de Estado.

La hora de los diarios y de los periodistas

Probablemente la característica más notable de la “Fiesta de la Libertad” fue la irrupción de los grandes diarios como agentes de una diplomacia cultural informal que pareció tomar por sorpresa a los circuitos oficiales. Favore-

⁷ “Boletín del día: Fiesta de la Libertad”, *La Prensa*, Buenos Aires, 19 de mayo de 1888, p. 4; “Festas em Buenos Aires”, *Gazeta de Notícias*, Río de Janeiro, 18 de mayo de 1888, p. 2; “Telegramas”, *O País*, Río de Janeiro, 18 de mayo, p. 1; “La fiesta de La Libertad: la procesión cívica de hoy –aspecto imponente– entusiasmo popular –todo Buenos Aires en las calles– aclamaciones de júbilo –20.000 almas en la columna– 50.000 almas en las calles”, *El Diario*, Buenos Aires, 17 de mayo de 1888, p. 1.

cida por el telégrafo, una herramienta nueva que aún presentaba límites en su capacidad comunicativa,⁸ esa dinámica trajo aparejado un frenesí organizativo e informativo que sobrepasó la capacidad tanto del gobierno de Juárez Celman (que se limitó a publicar posteriormente un libro conmemorativo en Río de Janeiro)⁹ como del gobierno imperial, hasta cierto punto actores de reparto más que impulsores del movimiento “cívico” que articuló las esferas públicas de Buenos Aires y de Río de Janeiro.

Ese conjunto de conmemoraciones del acontecimiento fue entendido por la prensa como una oportunidad única. El fin de la esclavitud, evento de repercusión continental y global leído en varios países sudamericanos como un gran paso en la integración brasileña en los valores de libertad y “democracia” de la región, se convirtió en un momento fundante de los lazos bilaterales entre la Argentina y el Brasil. Algunas semanas después, los periodistas iban a ser nuevamente un canal decisivo en la consumación de otra ronda de fiestas que reforzaría los lazos entre ambas capitales. En julio, una comisión de corresponsales de algunos de los grandes periódicos de Río visita Buenos Aires por 17 días, llevando a cabo un intenso recorrido por redacciones de diarios, instituciones públicas y teatros. La comitiva tenía por fin representar al Brasil en los festejos del Día de la Independencia de la Argentina, en retribución por las manifestaciones cívicas de mayo. Además, los diarios de Río publicaron en sus portadas artículos y crónicas en honor al país vecino.

⁸ Lila Caimari, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, n° 40, junio de 2015, pp. 125-146.

⁹ Enrique B. Moreno (comp.), *La fiesta de la libertad en el Imperio do Brasil: testimonios de amistad fraternal a la República Argentina*, Río de Janeiro, Imprensa Nacional, 1888.

Los agasajos a los periodistas brasileños contribuyeron a dar a su estadía un carácter de diplomacia cultural informal. Y a partir de ese momento quedó establecido un modelo de visita intelectual, como se verifica en la comitiva que acompañó la visita del presidente brasileño Campos Salles a Buenos Aires en 1900, en el arribo de otros tipos de delegaciones de periodistas en los años siguientes, o en las decenas de viajes individuales en los que numerosos escritores-periodistas recibieron un trato de similar deferencia y publicidad. El tránsito de los visitantes extranjeros por Buenos Aires fue descrito en ambas prensas en las secciones de noticias o de telegramas. En esas descripciones, el foco concedido a ciertos lugares de la trama urbana porteña fue dibujando un mapa cultural y simbólico para consumo extranjero que podía incluir los Parques de Palermo, los salones del Jockey Club, las redacciones de los diarios, los teatros, los gabinetes de autoridades, los restaurantes elegantes, el Círculo de la Prensa, la Universidad de La Plata, el Museo de Historia Natural y otras instituciones. Lo mismo ocurriría con las visitas de periodistas argentinos a Río de Janeiro.¹⁰

Cabe señalar un último elemento, particular del contexto de las fiestas de 1888, que ilustra de modo contundente la consonancia establecida en aquel momento entre las prensas capitalinas y los innumerables comentarios recíprocos sobre lo que era publicado en cada uno de los dos países. Se trata de las ediciones especiales que los grandes diarios de Río de Janeiro, consagrados a exaltar el progreso argentino, publican en ocasión de las conmemoraciones del 9 de julio. Algunas de esas ediciones habían sido enviadas previamente a Buenos Aires.¹¹

¹⁰ Coelho de Souza Rodrigues, “Embaixadas originais”.

¹¹ “Regalo de ‘O País’ a los argentinos: opinión de ‘El Diario’”, *El Diario*, Buenos Aires, 9 de julio de 1888.

En busca de consensos trans/nacionales

La mención a Bocaiúva en las conmemoraciones de Buenos Aires no era casual. Junto a otros nombres repetidos en las páginas de los diarios y las revistas porteños, las referencias a este importante periodista y militante de la causa republicana en el Brasil –así como las alusiones a otros periodistas y políticos– se vinculaban con un capítulo de la historia de las mediaciones culturales entre la Argentina y el Brasil que nos conduce a la última cuestión que las fiestas de 1888 permiten abordar: la utilización del Brasil en la política argentina en los albores de la crisis que culminaría en la “Revolución del Parque” de 1890.

En el noticiario sobre la “Fiesta de la Libertad” Bocaiúva apareció, junto al importante líder liberal, monarquista y abolicionista Joaquim Nabuco, como el nombre más citado, un hecho que ponía de manifiesto el reconocimiento adquirido por el director de *O País* entre sus colegas porteños (probablemente debido a anteriores visitas durante la Guerra del Paraguay, y a que su diario mantenía una sección regular dedicada a la Argentina y el Uruguay, “Rio da Prata”, para la cual *La Nación* fungía como principal fuente de información). Por su parte, el diario de los Mitre mantenía una sección llamada “Prensa Brasileira”. En ella, y en otros artículos, sostenía la defensa de una aproximación al Brasil, presentado como un país liberal y progresista.

Mitre fue la figura destacada de la jornada festiva. Elegido probablemente por sus vínculos con periodistas brasileños y por el recuerdo de su liderazgo como presidente durante la Guerra de La Triple Alianza, su discurso en el balcón de la legación del Brasil fue el único reproducido no solamente por los diarios brasileños y argentinos (fuesen mitristas como *La Nación*, anti-juaristas como *El Diario*, o juaristas como *La Prensa*) sino también por la mencionada publicación gubernamental. En su alocución, procuró in-

yectar a la conmemoración un carácter de unión nacional.¹²

En efecto, su discurso pudo ser interpretado como una defensa de la conciliación de los partidos en un momento en que el “Unicato” enervaba a parte de la prensa y causaba divisiones en el seno del Partido Autonomista Nacional (el partido de Juárez Celman). El mensaje de Mitre parece haber sido parcialmente aceptado por la prensa, que caracterizó a la fiesta como una “procesión cívica”.¹³ Sin embargo, hubo voces disonantes que, como *El Diario* y *Don Quijote*, utilizaron la ocasión para fustigar al gobierno.¹⁴

En suma, hay indicios indirectos que apuntan a que las conmemoraciones tuvieron un sesgo mitrista. El grupo más numeroso de la comisión que organizó la manifestación del 17 de mayo fue el de miembros de la familia Mitre. La alocución del ex mandatario desde el balcón de la legación del Brasil lo proyectó como la figura principal del evento. Siguiendo la interpretación de Hilda Sabato sobre la cultura política porteña posterior a 1862 –según la cual el liderazgo de las movilizaciones políticas era conferido a los oradores– Mitre resultó indudablemente el jefe de la jornada.¹⁵

No obstante, existen al menos dos problemas para caracterizar el evento como mitrista. En primer lugar, la propia cobertura de *La Nación* no fue personalista. Desde el comuni-

¹² “Discurso del General Bartolomé Mire”, *El Diario*, Buenos Aires, 17 de mayo de 1888, p. 1, reproducido en *La Tribuna Nacional*, Buenos Aires, 19 de mayo de 1888, p. 2; *La Prensa*, Buenos Aires, 19 de mayo, p. 5; y *La Nación*, Buenos Aires, 19 de mayo, p. 1.

¹³ “Noticias”, *La Nación*, 13 de mayo, p. 1; “Abolición de la esclavitud”, *La Tribuna Nacional*, Buenos Aires, 14-15 de mayo, p. 2; “Las fiestas de la libertad”, *El Diario*, 15 de mayo de 1888, p. 1.

¹⁴ “Se acabó la esclavitud”, *Don Quijote*, Buenos Aires, 20 de mayo de 1888; “La fiesta de la libertad”, *El Diario*, 17 de mayo, p. 1.

¹⁵ Hilda Sabato, *La política en las calles: entre el voto y la movilización (Buenos Aires, 1862-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

cado de la formación de una junta directiva para la manifestación, el diario de los Mitre informó que se trataba de un movimiento de la “sociedad” bajo liderazgo de Varela. En segundo lugar, estaban presentes en la comisión directiva al menos otros importantes líderes políticos: el senador Aristóbulo del Valle y el vicepresidente Carlos Pellegrini. A eso deben agregarse los telegramas de congratulación enviados por el ministro Quirno Costa a la princesa Isabel, a la prensa y a la asamblea del Brasil, además de la mencionada publicación hecha por el ministro plenipotenciario argentino en Río, Enrique Moreno, que contenía parte de los artículos publicados por los diarios sobre la manifestación porteña y algunos de los discursos leídos en la ocasión.¹⁶ Se percibe entonces que el gobierno de Juárez Celman procuró alentar las fiestas, de manera que ellas expresaran a las principales fuerzas partidarias nacionales: el autonomismo, el mitrismo y los elementos descontentos que formarían el radicalismo.

Los eventos en torno a la abolición de la esclavitud se desarrollaron en un clima político local crispado, y fueron vistos por muchos actores como una oportunidad para intentar alianzas o para desarrollar ofensivas partidarias. Permitieron la utilización de conceptos que involucraban posibles reformulaciones en las maneras en que se interpretaba el lugar de la Argentina y el Brasil en lo que aún se creía un momento de continua expansión de la “civilización” y del “progreso”. Sin embargo, una vez que en la prensa porteña la clave interpretativa fue la de la “redención” del negro y su emancipación por parte de los blancos, volvió a difundirse el tópico de la diferencia entre una Argentina *blanca* y un Brasil *negro*, una ilustración del poder de los estereotipos y las ideas racistas.

Entre lo nacional, lo regional y lo global: la periferia se vuelve centro

A partir de la dinámica de transbordos y de conmemoraciones cruzadas a la que nos hemos referido, tendió a borronearse una frontera que *a priori* la historiografía entiende como conformadora de la “opinión pública”. Quizá se pueda decir que ciertos hechos o procesos globales —como el lento desmantelamiento de la esclavitud moderna— favorecieron el desdibujamiento, ya sea momentáneo, de esos límites. En 1888 la opinión *escrita o publicada* sobre la abolición fue mucho más allá de las fronteras nacionales, para alcanzar muy rápidamente una dimensión mundial que abarcó lugares como África occidental británica, Australia, Nueva Zelanda, Inglaterra, Francia, casi toda Sudamérica y otros varios países. Y en lo que a este artículo concierne, permitió que Buenos Aires y Río de Janeiro experimentaran una fiebre comunicacional y callejera inusitada. Estimulados por el hilo del telégrafo, los intercambios periodísticos y los discursos en espacios públicos de diplomáticos, estadistas, periodistas, militares y miembros de variadas asociaciones, expresaron opiniones muy semejantes sobre el sentido universal de la abolición y el sentido regional de amistad entre los pueblos argentino y brasileño, con símbolos y actitudes comprendidos por todos los participantes que dejaron registros.

Lo inusitado de los eventos de mayo-julio de 1888 pone de relieve algunos interrogantes relacionados con los flujos de circulación en la periferia de las comunicaciones y de la economía de la información global. Las noticias sobre la abolición, las conmemoraciones, el intercambio recíproco de cables, los informes sobre la prensa, y los contactos entre periodistas, parecen haber abonado la formación de una opinión pública transnacional bilateral o regional, que se relaciona al menos con dos niveles: uno regional, y otro global. Enmarcada en el movimiento global abolicionista

¹⁶ Véase nota 9.

que conectó varios continentes, y en el contexto regional de viajes intelectuales entre Buenos Aires y Río de Janeiro (que entonces recién comenzaba), la opinión argentino-brasileña exhibe rasgos distintivos. Una opinión sensible, alimentada por contactos personales y facilitada por la semejanza lingüística entre el portugués y el español,¹⁷ que haría de la noción de “amistad”, más que un término limitado al léxico de la diplomacia oficial, un conjunto de prácticas y experiencias en procura de legitimidad internacional.

En varios sentidos, los eventos de 1888 resultaron de los cambios en las esferas de la comunicación y el transporte posibilitados por los barcos a vapor y los cables telegráficos, a los cuales se añadía la práctica tradicional del correo diplomático; todo ello favoreció el desarrollo de una malla de relaciones intelectuales a la que tanto argentinos como brasileños aspiraban a ver legitimada internacionalmente. El nuevo entramado de la información —los telegramas, las agencias de noticias y los corresponsales internacionales—, entonces en ascenso en ambos países, sugiere que los impactos y los usos locales de la información internacional no estaban meramente atravesados por un nuevo ritmo. Junto con ello, posibilitaban fenómenos como el acceso de la prensa comercial porteña a una esfera internacional, o el inicio de una conversación bilateral entre ambas naciones que se continuaría por otras cuatro décadas.

En el nivel local/nacional, las fiestas a las que nos hemos referido pueden ser ubicadas como un capítulo de la “cultura de la movilización”¹⁸ vigente en la Buenos Aires de esa época. La prensa de opinión participa de una resignificación de los espacios públicos que,

con la federalización de ciudad, definen un nuevo centro cívico. La manifestación del 17 de mayo de 1888 pasa frente a edificios y embandera calles céntricas, incluida la Plaza de Mayo. El evento es también resultado del “fervor asociativo”¹⁹ típico de la época, aunque con algunos límites de clase. Según los diarios, la afluencia se limitó a sectores de la burguesía, inmigrantes organizados, empleados del Estado y estudiantes de las escuelas superiores. Aun así, los hechos de aquellos meses de 1888 impulsan una nueva dinámica de comunicación e intercambio a la vez regional y global, que sugiere la emergencia de una *esfera pública regional*.²⁰ En otras palabras: en la confluencia de un hecho global y de vínculos intelectuales y políticos internacionales relativamente autónomos en relación a los centros del Atlántico norte, las fiestas de la libertad argentino-brasileñas parecen haber reconfigurado ese esquema jerárquico, haciendo que los diarios de Río y de Buenos Aires imaginasen que, al menos por algunos momentos, las dos capitales se ubicaban en el centro de ese flujo. □

Bibliografía citada

Alberdi, Juan Bautista, *El imperio de Brasil ante la democracia de América*, París, A. E. Rochette, 1869.

Caimari, Lila, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, n° 40, junio de 2015, pp. 125-146.

—, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, julio de 2018, pp. 81-116.

¹⁹ *Ibid.*, p. 58.

²⁰ Introducimos una formulación más ambiciosa que el “espacio informativo regional” identificado por Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, julio de 2018, p. 83.

¹⁷ Sobre el aspecto lingüístico de esos intercambios, véase Ori Preuss “‘Povos quase da mesma língua’: não-/tradução, modernização, e as relações Brasil-Argentina, 1865-1900”, *Belas Infâncias*, vol. 8, n° 2, 2019, pp. 139-168.

¹⁸ Sabato, *La política en las calles*, p. 70.

Coelho de Souza Rodrigues, João Paulo, “Embaixadas originais: diplomacia, jornalismo e as relações Argentina-Brasil (1888-1935)”, *Topoi*, vol. 18, n° 36, diciembre de 2017, pp. 537-562.

Guido, José Tomás, *Escritos*, Buenos Aires, Librería Editora de Enrique Navarro Viola, 1880.

Moreno, Enrique Baltazar (comp.), *La fiesta de la libertad en el Imperio do Brasil: testimonios de amistad fraternal a la República Argentina*, Río de Janeiro, Imprensa Nacional, 1888.

Noronha de Sá, Maria Elisa, “‘Ojeada sobre el Brasil’: impressões de Sarmiento sobre o Império do Brasil em meados do século XIX”, en Maria Elisa Noronha de Sá (comp.), *História intelectual latino-americana: itinerários, debates, perspectivas*, Río de Janeiro, Editora PUC-Rio/Faperj, 2016, pp. 79-94.

Preuss, Ori, *Transnational South America: Experiences, Ideas and Identities (1860s-1910s)*, Nueva York, Routledge, 2016.

—, “‘Povos quase da mesma língua’: não-/tradução, modernização, e as relações Brasil-Argentina, 1865-1900”, *Belas Infêis*, vol. 8, n° 2, 2019, pp. 139-168.

Sabato, Hilda, *La política en las calles: entre el voto y la movilización (Buenos Aires, 1862-1880)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Sarmiento, Domingo Faustino, *Viajes en Europa, África i América*, Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belín, 1849.

Russell, Roberto y Juan Tokatlián, “El lugar de Brasil en la política exterior argentina: la visión del otro”, en Carlos Henrique Cardim y Monica Hirst (comps.), *Brasil-Argentina: a visão do outro (soberania e cultura política)*, Brasília, Fundação Alexandre de Gusmão, 2003, pp. 371-404.

Wenzlhuemer, Roland, “The dematerialization of telecommunication: communication centres and peripheries in Europe and the World, 1850-1920”, *Journal of Global History*, vol. 2, n° 3, noviembre de 2007, pp. 345-372.

Resumen/Abstract

Espectaculares y especulares. Las celebraciones del fin de la esclavitud brasileña en la capital argentina.

El artículo trata sobre las celebraciones de la abolición de la esclavitud brasileña en Buenos Aires. La intersección de la modernización de las comunicaciones y del transporte, de un acercamiento entre el Brasil y la Argentina, y de disputas políticas dentro de la Argentina, generó una actividad febril de mediación cultural internacional a través de la prensa de Buenos Aires y de Río de Janeiro, íntimamente interconectada e imbricada con los acontecimientos en los espacios públicos de dichas ciudades. El volumen de los eventos festivos y la retórica calurosa indican su espectacularidad en comparación con las celebraciones en otras ciudades del mundo, además de su “efecto especular”. Este diálogo interurbano que duró dos meses y fue extraordinariamente intenso, significó el surgimiento de una esfera pública regional que abrió camino a nuevas relaciones entre argentinos y brasileños y a una reconfiguración imaginaria de su lugar en el orden global de la comunicación.

Palabras clave: Prensa - Esfera pública - Telégrafo - Sudamérica

Spectacular and specular. The celebrations of the end of Brazilian slavery in the Argentine capital.

The article deals with the celebrations of the abolition of Brazilian slavery in Buenos Aires. The intersection of the modernization of communications, the rapprochement between Brazil and Argentina, and political disputes within Argentina, created a feverish activity of transnational cultural mediation through the press of Buenos Aires and Río de Janeiro, intimately interconnected and imbricated with events in the cities' public spaces. The volume of the festive events and the warmer rhetoric indicates its spectacularity compared with the festivities in other parts of the world, in addition to its specularity. This two-months long and extraordinarily intense inter-urban dialogue, signified the emergence of a regional public sphere, paving the way to new relations between Argentines and Brazilians, and to an imaginary reconfiguration of their place in the global communication order.

Keywords: Press - Public sphere - Telegraph - South America

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1215>

“A cada uno lo que es propio”

Vanguardia periodística y cobertura global en los diarios de Buenos Aires a fines del siglo XIX

Lila Caimari

Universidad de San Andrés / CONICET

Cuba Libre se llamaba el periódico que en Buenos Aires defendía la causa de la independencia en la insurrección contra el imperio español, iniciada a fines de 1895 y zanjada dos años y medio más tarde en una breve guerra entre España y los Estados Unidos. Además de abundante información sobre el conflicto, ofrecía perfiles de los héroes cubanos de la gesta –José Martí, Máximo Gómez, Antonio Maceo– y mucha editorialización de las noticias publicadas por otros medios. Los fondos obtenidos de sus 3000 suscriptores eran destinados al tesoro del Partido Revolucionario Cubano.¹ A fines de 1897, cuando el conflicto entre los rebeldes y el régimen colonial estaba ya muy avanzado, *Cuba Libre* lanzó un ataque abierto contra *La Nación*, condenando la “vergonzosa” cobertura de la contienda, que a su juicio disimulaba mal una vil ambición de lucro. Los criterios informativos del poderoso diario –denunciaba– se habían alejado de la prensa honorable, aquella “concebida solamente como institución mo-

ralizadora y de elevada propaganda, y nunca como un elemento de tráfico mercantil”.²

Esta renuncia moral había sido reconocida por el mismo matutino, al parecer. Pocos días antes, suscriptores españoles de *La Nación* se habían quejado de la atención prestada en sus páginas a las voces contrarias a la causa de su país, forzando la explicitación de la política informativa en la coyuntura. Nada más ajeno a la animosidad contra España, se apuraba a aclarar Enrique de Vedia, administrador del diario. Por el contrario, sobraban pruebas de amistad: la abundante cobertura de las actualidades de ese país, la nacionalidad española de tantos colaboradores, las prendas de participación en la herencia cultural de la madre patria. “*La Nación* no es, pues, ni debe, ni le conviene ser enemiga de España. Es, simplemente, ó a lo menos, desea, pretende ser justa é independiente, y llenar su misión con *verdad* y con *probidad*.” Lo que estos lectores confundían con anti-hispanismo –y lo que *Cuba Libre* tomaba por mercantilismo– era en verdad una concepción esclarecida de la misión de un gran diario ante el desafío de informar: “La verdadera prensa” –concluía– “la prensa libre y digna procede con la equidad y altura del

¹ Claudio Gallegos, “El 98 cubano en la prensa gráfica. Aportes desde el *Cuba Libre* y *La República de Cuba*”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, n° 7, 2016, pp. 149-180. Este semanario, continuado poco después en *La República de Cuba*, publicó 87 números entre 1896 y 1898.

² *Cuba Libre*, 4 y 5 de diciembre de 1897, p. 2.

juez, dando á cada uno lo que es propio. Lo contrario es *servilismo y mistificación*.”³

Ocurrido en el momento de auge del sistema telegráfico internacional, con diarios muy expandidos en sus capacidades de cobertura, el conflicto cubano constituye un hito en la historia de la modernización de la prensa. Esa historia ha quedado asociada a los representantes de aquellos diarios norteamericanos (neoyorquinos en particular) que, envueltos en una feroz competencia por la primicia, alentaron las proezas más impensadas de sus enviados en el terreno, y los transformaron en protagonistas de la noticia.⁴ Hecha de denuncias del abuso de las autoridades españolas en la isla, de burlas a la vigilancia de dichas autoridades, y de crónicas calientes de las zonas de batalla, esta “guerra de los corresponsales” alimentó una potente ola de simpatía con la causa de los insurrectos. La presión sobre los periodistas era tal, decía el experimentado Stephen Crane, que “lo que llega [de Cuba] a Key West como ratón, debe partir a Nueva York como elefante”.⁵

A la luz de las consecuencias de opinión pública en momentos clave de la crisis, no sorprende el interés en esas corresponsalías “de autor”, ni la atención prestada a las manipulaciones cometidas en las salas de redacción. Pero el énfasis ha distraído de estrategias de cobertura de otro tipo, que pasaban por un momento de redefinición igualmente decisivo, y que el episodio cubano ponía también al descubierto. Para detectarlas, vale mover el punto de mira de Nueva York a Buenos Aires, un mercado de prensa por entonces en plena expansión, donde los grandes diarios enfren-

taban desafíos de otra naturaleza. Con una colocación muy distinta en relación al conflicto, la búsqueda no residía allí en el potencial de conmoción, sino en un horizonte de radical aspiración abarcativa. Partiendo de las reacciones que suscitó en la gran capital del Plata, las páginas que siguen observan la forma que adquirió aquella concepción del diario moderno de fin de siglo, cuya apuesta a la noticia internacional llevaba implícito un cambio del espectro informativo, y una nueva forma de participar en la arena de las opiniones.

Noticias del mundo

La lectura de los diarios porteños de fin del siglo XIX produce asombro en el lector acostumbrado al modesto horizonte noticioso del presente. En la década de 1890, los dos matutinos más identificados con proyectos de modernidad, *La Prensa* y *La Nación*, dedicaban varias páginas cada día a dar cuenta de eventos ocurridos muy lejos. El singular alcance de esta ambición era reconocido por observadores contemporáneos. Enviado a España a fines de 1898 para registrar las marcas de la terrible derrota ante los Estados Unidos, el escritor-corresponsal Rubén Darío comenzaba subrayando la limitación del espectro informativo de los diarios madrileños: “No se sigue, como entre nosotros, el movimiento de los sucesos del mundo”, comentaba a los lectores de *La Nación*.⁶

El largo conflicto en suelo cubano ocurría en un momento culminante de sincronía entre opinión pública y eventos remotos, cuando la madurez del sistema de cables submarinos —en términos de tarifas y capacidad de transmisión— lo había tornado en pieza clave de la rúbrica

³ *Cuba Libre*, 4 y 5 de diciembre, p. 2. Énfasis original.

⁴ Joyce Milton, *The Yellow Kids. Foreign Correspondents in the Heyday of Yellow Journalism*, Nueva York, Harper & Row, 1989; Charles H. Brown, *The Correspondent's War. Journalists in the Spanish-American War*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1967.

⁵ Milton, *The Yellow Kids*, p. 285.

⁶ Rubén Darío, *España contemporánea* (vol. XIX de las *Obras Completas*), Madrid, Mundo Latino, s/f [1900]), p. 30.

internacional de los diarios. No sorprende, pues, la competencia en torno a la calidad de este servicio, ni las querellas entre *La Prensa* y *La Nación* para establecer quién ofrecía mayor rapidez, mejor *routing*, más fidelidad de la transcripción y la oferta más exclusiva.⁷

Los ostentosos gestos de autonomía que cada diario ponía en escena no lograban ocultar que el acceso a la información internacional estaba mediado por las reglas de un sistema que establecía, para Buenos Aires y para el resto del mundo, cuáles eran las noticias que había que cubrir, y por qué vías podían cubrirse. De allí se sigue la relativa uniformidad en la oferta temática “Exterior”, que emparentaba a *La Nación* y *La Prensa* con sus pares de Río de Janeiro y Montevideo, y a todos ellos con los principales matutinos en Madrid, Londres y París. En cada momento, los diarios más modernos de estas ciudades seguían un mismo repertorio de historias de estatus global, que estructuraba la agenda del conjunto. En esta grilla, la insurrección en Cuba convivió con la guerra anglo-boer en Sudáfrica, el conflicto anglo-venezolano, la guerra greco-turca, y el *affaire* Dreyfus. Así pues, las discusiones sobre los servicios respectivos existían en un marco de composiciones posibles donde todos se alimentaban –por el intermedio de agencias y corresponsalías– de lo que circulaba en páginas impresas de ciudades lejanas. Naturalmente, los énfasis variaban según las localizaciones y las áreas de influencia de cada matutino. La guerra en Sudáfrica no ocupaba el mismo espacio en Londres, Madrid, o Río, ni las noticias de Cuba resonaban de la misma manera en esas ciudades. Y si la cobertura del conflicto en el Caribe era motivo de tanto escrutinio en Buenos Aires, es

porque la cuestión importaba especialmente a los lectores en esa plaza.

Estos lectores eran de variado tipo y persuasión, naturalmente. A poco de iniciada la rebelión en la isla, *La Prensa* ya daba cuenta de las primeras grescas ocurridas en torno al asunto. Todo había comenzado con la reunión de unas 600 personas en el club Unione e Benevolenza para organizar el apoyo a la causa de los insurrectos. Participaron del evento figuras jóvenes e inquietas de la política local –Francisco Barroetaveña, Manuel Ugarte, José Luis Cantilo, Marcelo T. de Alvear–, además del representante de un centro pro-Cuba creado en Montevideo. Luego de acordar medidas de apoyo político y financiero a la causa de la liberación, la asamblea se dispersó, para toparse en la calle con una contramanifestación. En la esquina de Lima y Avenida de Mayo, unas 300 personas comenzaron a dar gritos de “¡Viva Cuba Libre!”, mientras otro grupo contestaba “¡Viva Cuba española!”, “Siendo esto causa de que se tiraran mesas y sillas de hierro que había en las veredas de la avenida, pertenecientes al café del Teatro de Mayo y del Tortoni”. Similares episodios se registraron en la jurisdicción de la comisaría segunda, en una jornada que terminaba con decenas de arrestados.⁸

Era enero de 1896, apenas el inicio de un ciclo de repercusiones contrapuestas que se cerraría recién tres años más tarde. Difícilmente podían pasar desapercibidas estas actualidades, en efecto, allí donde la inmigración española constituía un componente demográfico dominante, base de un rico mercado de prensa étnica a la vez que consumidora y partícipe de muchos diarios argentinos. Además de encender las pasiones nacionales de ese amplio segmento de la sociedad porteña, el conflicto contenía aristas con potencial de interpelación a la potente tradición

⁷ Lila Caimari, “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, *Investigaciones y Ensayos*, n° 68, 2019, pp. 23-53.

⁸ *La Prensa*, 24 de enero de 1896, p. 5.

anti-hispanista liberal (la presencia del anticlerical Barroetaveña en ese temprano mitin evoca esta lectura de las informaciones). Y luego, el desarrollo del acontecimiento pondría en primer plano la gran cuestión del emergente poder de los Estados Unidos, reabriendo la discusión sobre la naturaleza del imperio que se perfilaba en el hemisferio, y las maneras de relacionarse con él (la figura de Ugarte en aquel inicial encuentro podría verse como anticipo de esta visión de las cosas). Al igual que en otras urbes del continente adonde también se agitaban las aguas, la cuestión hablaba a una franja amplia y muy diversa de lectores de diarios.⁹

Desafíos informativos de un conflicto

El establecimiento de Cuba como escenario prolongado de noticias planteaba un desafío enorme a los diarios porteños. Su localización imponía un camino contraintuitivo para las transmisiones telegráficas, favoreciendo una lógica de circulación que contrariaba los diseños prevalecientes, centrados en las rutas atlánticas. El conflicto aceleró, por eso, el ascenso de agentes estadounidenses en el negocio de las comunicaciones hemisféricas, consolidando el papel de la “Vía Galveston” como medio de transmisión telegráfica, y de Associated Press como agencia proveedora de noticias en detrimento de la tradicional agencia francesa Havas.¹⁰ Otro dato clave de las in-

fraestructuras echa luz sobre las dinámicas en juego: España no había participado en ninguna instancia de la construcción del sistema de cables caribeños y sudamericanos. El tendido del telégrafo terrestre cubano había sido delegado en manos del empresario neoyorquino Samuel Kennedy en 1850, para gestión de la burocracia colonial. Esa abstención, que inicialmente no despertaba reservas, revelaría su precio durante el conflicto, cuando la dependencia de estas tecnologías mostrara –tarde– su peso estratégico.¹¹

Lo que sí estaba al alcance del gobierno español era la censura interna. La decisión se tomó muy temprano: a partir de marzo de 1895, ningún telegrama con información desfavorable a los intereses de España podría salir de la isla. Esta interdicción, reiterada y redoblada muchas veces, tuvo consecuencias para los corresponsales en el terreno, impedidos de telegrafiar reportes sustantivos desde La Habana. Las corresponsalías zarparon entonces en las ubicuas embarcaciones clandestinas, que a lo largo de esos tres años sacaron provecho del conflicto llevando dinero, armas y mercancías del continente. Con esa intermediación –en particular, la del servicio de vapores a Key West (a 171 kilómetros de La Habana)– los informes tomaron la ruta de las otras islas, desde donde se telegrafiaba a los diarios de Nueva York y el resto del sistema. El gobierno español también prohibió el ingreso de corresponsales a las zonas de batalla. A excepción del puñado de cronistas nortea-

⁹ Sobre las repercusiones en la opinión pública de México DF véase Tomás Pérez Vejo, “La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. 2, n° 50, octubre-diciembre de 2000, p. 272.

¹⁰ La “Vía Galveston” era el nombre adjudicado a la ruta telegráfica del Pacífico inaugurada en 1891, en manos de la empresa Central and South American Co., del magnate norteamericano Scrymser. Sobre la crisis de Havas producida por la cobertura de la guerra en Cuba véase Rhoda Desbordes, “How Havas Lost the War: The Spanish-American War Revisited”, en Peter Putnis, Chan-

drika Kaul, y Jurgen Wilke (eds.), *International Communication and Global Networks. Historical Perspectives*, Nueva York, Hampton Press Inc., 2011, pp. 143-165.

¹¹ Jorma Ahvenainen, *The History of the Caribbean Telegraphs before the First World War*, Helsinki, The Finnish Academy of Sciences and Letters, 1996, pp. 196-201. Sobre las determinaciones del sistema de cables durante el conflicto en Cuba véase John Britton, *Cables, Crises, and the Press. The Geopolitics of the New International Information System in the Americas, 1866-1903*, Albuquerque, U. of New Mexico Press, 2013, pp. 173-255.

americanos que se filtraron tras las líneas y lograron acceso a los campamentos rebeldes, los periodistas apostados en la isla (incluido el corresponsal de *La Nación*) estaban confinados en La Habana, pendientes de rumores por demás confusos, transmisores escépticos de las gacetillas oficiales.

La concentración de corresponsales en Key West mostraba la abrupta relevancia que adquiría un punto del sistema cuyas líneas de comunicación se situaban entre el escenario de la acción y la red internacional. Una multitud de reporteros se apiñaba en el hotel, pagando precios exorbitantes por dormir en un catre del pasillo. Esos huéspedes pasaban largas y calurosas jornadas matando el tiempo, oteando el horizonte en el muelle, hasta que la llegada de alguna embarcación de la isla los precipitaba en pelotón a la oficina del telégrafo. El espectáculo de los corresponsales corriendo por el centro del pueblo inspiró una de las más precoces filmaciones de la empresa Edison, que por entonces comercializaba su registro visual de objetos en movimiento para solaz de los espectadores de todo el mundo.¹²

Los protagonistas de esta carrera no escribían para los diarios de Buenos Aires, sin embargo, sino para los de Nueva York, Londres o Madrid. Las complicadísimas condiciones de acceso explican el deslizamiento, en Buenos Aires, de la definición de corresponsalía “exclusiva” por fuera del testimonio directo de los hechos. En *La Nación*, el corresponsal-héroe fue reemplazado por una empresa no menos competitiva: la exhibición de contactos diseminados en un gigantesco sistema de circulación de noticias, capaz de producir efectos de flujo, ubicuidad y omnivigencia. El servicio de “nuestros corresponsales” se fue

alejando de su centro inicial en La Habana, hacia puntos cada vez más numerosos y dispersos de un vasto entramado de registros.

Este “momento global” es, en verdad, una sucesión de momentos de resonancia creciente. Un esquema de la secuencia podría ser: insurrección (diciembre 1895-enero 1896), guerra interna de baja intensidad (1896-1897), crisis diplomática y compás de espera (enero-abril de 1898), y guerra entre España y los Estados Unidos (abril-agosto de 1898). La secuencia dibuja la ampliación de los marcos de relevancia, con el foco inicial en Cuba abriéndose hacia escenarios más amplios, en Europa y los Estados Unidos. En este largo proceso, sería el tenso goteo informativo transcurrido en el lapso 1896-1897 lo que definiría las grandes líneas de sentido entre los lectores porteños, a medida que las noticias erosionaban la confianza en la capacidad (y el derecho) de España para mantener su principal colonia, y se difundía la alarma en relación a las ambiciones expansionistas de los Estados Unidos. Los temas de la agenda de opinión estaban plenamente desarrollados *previo* al estallido de la guerra, entonces, cuando la noticia ingresó en su fase más ostensiblemente “global”.

A las corresponsalías fechadas en La Habana (de las que raramente provenía información importante), se fueron agregando mensajes provenientes de una constelación de ciudades devenidas puntos de información. Por un lado, estaban aquellas definidas por la proximidad física a la acción: Key West, Tampa, Kingston, Port au Prince. Por otro, los centros políticos de la contienda: Madrid, Nueva York, Washington y, por supuesto, Londres, usina de noticias de alta política internacional de *cualquier* lugar. El reporte de las reacciones públicas ante la crisis agregaba a México, Montevideo y otras capitales latinoamericanas a la lista de escenarios de la noticia. En esta cobertura sin centro fijo, semejante a la de una agencia de noticias, el propósito no

¹² Video disponible en <<https://www.loc.gov/item/98500967>>. Sobre Key West durante el conflicto cubano véase Milton, *The Yellow Kids*, p. 244.

era alimentar un punto de vista (fuese este nacional o político), sino dar prueba de la capacidad de estar en todas partes: en los polos de poder relevantes, por supuesto, pero también en los innumerables puntos del sistema donde podía recogerse algún eco.

El mosaico de dispersas selecciones telegráficas adquiriría complejidad aun mayor gracias a la contigüidad con las cartas, reportes y selecciones de diarios llegados por transporte a vapor. Vale marcar el desfase entre ambos, pues a la demora habitual de dos o tres semanas entre Europa y el Plata se agregaba la falta de servicios directos de los Estados Unidos o Cuba, que sometía a los despachos de toda corresponsalía a escalas y trasbordos intermedios. A lo largo del conflicto, pues, los lectores recibieron en una misma entrega reportes con distintas líneas de tiempo, debiendo reponer por su cuenta el sentido de cada pieza en una misma secuencia cronológica. Informados por servicios telegráficos de los hechos “de última hora”, iban *por delante* del corresponsal que refería las impresiones recogidas en Madrid, Nueva York, Washington, París o Londres dos o tres semanas antes. No obstante esta brecha, las narrativas más extensas (que eran las más atrasadas) mantuvieron su lugar, insertando las piezas en panoramas del estado de cosas más explícitos en matices y contextos de sentido. Así, la primicia de ayer y de hoy se completaba con vistazos retrospectivos, en una composición que transcurría en registros de escritura diferentes y se desplegaba en varios tiempos informativos.

En las páginas de *La Nación*, el mosaico de noticias se combinaba con las más variadas columnas de opinión en torno a la crisis. No solamente se atendía a los vaivenes de la política colonial española, sino también al malestar que esa política producía en vastos sectores de aquel país, y a la circulación de visiones alternativas (extra-oficiales) en diarios como *El Imparcial* y *El Herald de Madrid*. De la misma manera, era posible enterarse allí de

las diversas interpretaciones del conflicto que circulaban en Nueva York, donde los acontecimientos en la isla resonaban en círculos muy diferentes. Los grandes diarios porteños nunca se volcaron en la dirección más vociferante de la prensa neoyorquina, por cierto —las lógicas de ese fenómeno eran, por lo demás, muy locales—. Pero sí hicieron gala de una conexión con los servicios de diarios como el *Herald* —o luego el *New York Times*— que se definían como “informativos” y cultivaban un ideal novedoso de objetividad.¹³

Más que el testimonio de un corresponsal, el valor de este servicio “exclusivo” residía en la exhibición del acceso a una vasta red informativa, hecha de agentes en muchos puntos, en un sistema de recursos donde todos tomaban de todos. Tanto los servicios telegráficos como las entregas más largas mezclaban datos de primera mano con materiales que habían pasado por varias instancias de reformulación. Ni dominada por corresponsales estrella ni tributaria de una sola agencia de prensa, la cobertura de la guerra en Cuba hablaba de la intervención de muchos actores en el marco de una red con amplios márgenes de informalidad. Múltiples agentes operaban como mediadores entre los grandes proveedores y la prensa local, incidiendo no solamente en la traducción y reescritura de materiales sino, sobre todo, en su *selección*. Allí residía, quizás, el sentido más ajustado del adjetivo “particular” o “exclusivo” adjudicado a estos servicios.

Cuba Libre tenía buenas razones para denunciar la falta de claridad en el compromiso político de *La Nación*, y también las tenían los ofendidos suscriptores españoles. Esa impresión no provenía del tono neutro que regía la prosa de la sección “Telegramas”. De he-

¹³ Retomo aquí la distinción de los diarios neoyorquinos de los años 1890 desarrollada en el clásico estudio de Michael Schudson, *Discovering the News. A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1978, p. 106.

cho, no faltaban columnas encendidas, ni denuncia, ni indignación. Pero cada pieza estaba inserta en un contexto muy ampliado, donde la ambición omnividente del espectro noticioso se combinaba con un repertorio de opiniones que contenía virtualmente la totalidad de los sesgos. A la vez que procuraba convertirse en reservorio informativo a la manera de una agencia, *La Nación* buscaba ser foro de exhibición prismática de las líneas interpretativas disponibles. Este modelo de modernidad era exactamente lo opuesto a la construcción de un punto de vista excluyente: cargadas de información recogida en un escenario global, y de argumentos para todos los puntos de vista, esas páginas-sábana apostaban a ubicarse por encima de las otras, y a capturar el universo completo de lectores. Tal era el modelo al que aludía De Vedia, quizá, cuando refutaba las objeciones a su diario hablando de “verdad”, de “altura”, y de dar “a cada uno lo que es propio”. □

Bibliografía citada

- Ahvenainen, Jorma, *The History of the Caribbean Telegraphs before the First World War*, Helsinki, The Finish Academy of Sciences and Letters, 1996.
- Britton, John, *Cables, Crises, and the Press. The Geopolitics of the New International Information System in the Americas, 1866-1903*, Albuquerque, U. of New Mexico Press, 2013.
- Brown, Charles H., *The Correspondent's War. Journalists in the Spanish-American War*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1967.
- Caimari, Lila, ““De nuestro corresponsal exclusivo”. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, *Investigaciones y Ensayos*, n° 68, 2019, pp. 23-53.
- Darío, Rubén, *España contemporánea* (vol. XIX de las *Obras Completas*), Madrid, Mundo Latino, s/f [1900].
- Desbordes, Rhoda, “How Havas Lost the War: The Spanish-American War Revisited”, en Peter Putnis, Chandrika Kaul, y Jurgen Wilke (eds.), *International Communication and Global Networks. Historical Perspectives*, Nueva York, Hampton Press Inc., 2011, pp. 143-165.
- Gallegos, Claudio, “El 98 cubano en la prensa gráfica. Aportes desde el *Cuba Libre* y *La República de Cuba*”, *Revista Electrónica de Fuentes y Archivos*, n° 7, 2016, pp. 149-180.
- Milton, Joyce, *The Yellow Kids. Foreign Correspondents in the Heyday of Yellow Journalism*, Nueva York, Harper & Row, 1989.
- Pérez Vejo, Tomás, “La guerra hispano-estadounidense del 98 en la prensa mexicana”, *Historia Mexicana*, n° 50, vol. 2, octubre-diciembre de 2000, pp. 271-308.
- Schudson, Michael, *Discovering the News. A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1978.

Resumen/Abstract

“A cada uno lo que es propio”. Vanguardia periodística y cobertura global en los diarios de Buenos Aires a fines del siglo XIX

El conflicto librado en Cuba entre 1895 y 1898 planteó grandes desafíos informativos a los diarios de Buenos Aires. Partiendo de las objeciones que lectores de diverso tipo plantearon a la cobertura de *La Nación*, el trabajo analiza la concepción de modernidad periodística prevaleciente en este importante diario. Propone que, contrariamente a los diarios neoyorquinos que cultivaron la figura del corresponsal-héroe, la noción de vanguardia informativa se desplazó a la construcción de un efecto de omnivigencia noticiosa y de representación prismática de los sesgos de opinión.

Palabras clave: Prensa - Telegramas - Periodismo - Guerra de Cuba - Opinión pública

“Giving each one what is proper”. Journalistic avant-garde and global coverage in Buenos Aires newspapers at the end of the XIXth century

The conflict developed in Cuba between 1895 and 1898 brought about major informative challenges to newspapers in Buenos Aires. Indeed, readers with diverse political inclinations objected to the type of coverage offered by the most modern of them, *La Nación*. Taking its cue from these critical reactions, this article looks at the definition of journalistic modernity prevailing in this important daily. It argues that, contrary to those New York-based newspapers that cultivated the figure of the heroic correspondent, the notion of informative avant-garde was displaced toward the construction of an effect of news omniscience and a prismatic repertoire of opinions.

Keywords: Press - Telegrams - Journalism - Spanish-American War - Public opinion

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1216>

El caso Dreyfus en La Prensa

Modernización periodística y sensacionalismo en Buenos Aires

Flavia Fiorucci e Inés Rojkind

Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Presentación

A fines del siglo XIX, el denominado caso Dreyfus conmocionó el mundo y puso a prueba la hegemonía cultural de Francia. En septiembre de 1894 Alfred Dreyfus, capitán del ejército francés de origen judío, fue sometido a una corte marcial y condenado por vender secretos militares a Alemania. Luego fue desprovisto de su rango y enviado a una prisión, en la Isla del Diablo. Con el correr del tiempo las inconsistencias del proceso se hicieron públicas y distintas figuras del mundo político e intelectual comenzaron a cuestionar la culpabilidad de Dreyfus. La más resonante de esas intervenciones fue la del escritor Émile Zola, quien en enero de 1898 denunció a la jerarquía militar por encubrimiento en una carta abierta dirigida al presidente Loubet y publicada en el diario *L'Aurore*. La participación de Zola tuvo el efecto de arrastrar a Francia a una polémica sin precedentes entre partidarios y detractores de Dreyfus y “precipitó una de las crisis más profundas de la época”.¹ Pese a que el escritor fue acusado de difamación y sometido a juicio, los *dreyfusards* obtuvieron una victoria

significativa cuando la Corte Suprema ordenó la revisión del proceso y dispuso el regreso de Dreyfus a Francia para un nuevo proceso judicial. El Consejo de Guerra sesionó en agosto de 1899, en la ciudad de Rennes, y luego de varias audiencias en las que comparecieron el acusado y numerosos testigos Dreyfus fue nuevamente declarado culpable. Frente a la conmoción provocada por aquel veredicto, el gobierno francés decidió indultarlo. Loubet firmó el decreto tan solo unos días después, el 19 de septiembre.²

La repercusión que alcanzó el *affaire Dreyfus* fue muy amplia geográficamente. El caso constituyó un verdadero “evento de prensa” a escala mundial, al punto que no puede ser analizado sin tener en cuenta el rol jugado por el periodismo.³ En Francia, el tema no solo promovió la venta de miles de ejemplares de diarios, sino que las campañas periodísticas tuvieron un rol decisivo en acercar el tema a la opinión pública y, eventualmente, forzar la revisión de la condena. Más allá de las idas y vueltas de la causa judicial, los ritmos y los picos de intensidad del caso fueron igualmente contruidos por las intervenciones pe-

¹ Thomas Bouchet, “Presse et événement”, en D. Kalifa et. al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, 2011, p. 1351.

² Una investigación exhaustiva del caso puede leerse en Ruth Harris, *Dreyfus: Politics, Emotion and the Scandal of the Century*, Nueva York, Metropolitan Books, 2010.

³ Harris, *Dreyfus*, p. 315, y Bouchet, “Presse”.

riodísticas. Por otro lado, la cobertura del caso permitió a los diarios poner a prueba los avances tecnológicos disponibles, así como ensayar nuevos modos de relacionarse con el público. Fuera de Francia, la prensa también se hizo eco de aquel largo e intrincado episodio, articulando lo que la literatura ha identificado como un “momento global”, entendido este como un suceso revestido de una carga simbólica particular que lo transformaba en foco de la atención mundial.⁴ La importancia que el caso adquirió no fue casual. El *affaire* tenía lugar en el período de mayor influencia cultural e intelectual de Francia y su epicentro era París, la ciudad de las artes, la cultura y la modernidad. El asunto Dreyfus ponía en duda todos esos atributos y obligaba a interrogarse sobre el prestigio de Francia en la cultura occidental. En los escenarios más diversos, contar con una opinión sobre aquella cuestión se convirtió en “un signo de civilidad”.⁵ El periodismo porteño no fue ajeno a esa pulsión. Los principales diarios siguieron con creciente interés las alternativas del caso. Como ha observado Daniel Lvovich, en Buenos Aires se configuró una opinión pública respecto del suceso, opinión que asumió —sobre todo después de la intervención de Zola— posiciones cada vez más favorables a Dreyfus.⁶

⁴ Sebastian Conrad y Dominic Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880s–1930s*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, p. 9. Sobre el impacto en la prensa europea véase James Brennan, *The Reflection of the Dreyfus affair in the European Press 1897-1899*, Nueva York, P. Lang, 1988.

⁵ Claudio Lomnitz, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución”, en Carlos Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, p. 451.

⁶ Daniel Lvovich, “No es este un asunto de Francia sino un asunto de la humanidad. Notas sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires”, *Anuario IEHS*, n° 18, 2003, pp. 273-302. Es preciso aclarar que, a diferencia de Francia, en la Argentina el *affaire* no activó particu-

En nuestra investigación nos interesa explorar la construcción de ese episodio tan complejo y, en múltiples sentidos, tan lejano para el público porteño, como una noticia que atrajo su atención y llegó a ocupar un lugar predominante en la jerarquía informativa local. Entendemos que también en Buenos Aires el tratamiento del caso Dreyfus se convirtió en un evento o, mejor dicho, un *experimento* de prensa que brindó la oportunidad de desplegar algunas de las formas y los sentidos de la veloz modernización que atravesaba entonces el campo periodístico. Hacia fines del siglo XIX el mundo de la prensa porteña se hallaba en plena expansión, impulsado, entre otras novedades, por los cambios técnicos y de formato que incorporaban los diarios, el aumento en la circulación, la diversificación de las publicaciones periódicas y la ampliación del universo de lectores. Era un contexto propicio para la experimentación con nuevos recursos periodísticos y narrativos, así como también para que los diarios buscaran hacer ostensible su propia modernización.⁷ En esa línea y en el marco de la intervención acotada que podemos efectuar en este ensayo, pondremos el foco de observación en el seguimiento que hizo en particular el diario *La Prensa* del segundo juicio al que fue sometido el capitán Alfred Dreyfus, en 1899. La cobertura del llamado juicio de Rennes llenó las páginas de la prensa francesa y fue reproducida en los diarios de las capitales del mundo, incluida Buenos Aires. Las posibilidades informativas y dramáticas del caso alimentaban la fascina-

larmente la participación en la prensa de figuras vinculadas al campo de las letras. Esto se puede relacionar con la mayor lejanía con el tópico, pero también con el carácter fragmentario y escasamente institucionalizado del espacio letrado local.

⁷ Claudia Roman, “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (dir.), *Historia crítica de la Literatura argentina: el brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

ción generada por el nuevo proceso. La instancia del juicio se recortaba como un espectáculo sumamente atractivo, que despertaba el interés no solo de la audiencia que asistía a las sesiones, sino de la opinión pública en general, que aguardaba expectante conocer el veredicto definitivo sobre la culpabilidad o la inocencia de Dreyfus.⁸ Sostenemos que en torno del seguimiento del proceso de Rennes *La Prensa* realizó una operación noticiosa de grandes dimensiones que le permitió poner en juego y, a la vez, exaltar, algunas de las innovaciones que en esos años convertían al diario de los Paz en “el epítome de todo lo que podía representar el periodismo moderno”.⁹ Con el propósito de desarrollar ese argumento, proponemos dos coordenadas de análisis.¹⁰ En primer lugar, examinaremos el dinamismo de la cobertura periodística, es decir, los esfuerzos efectuados por *La Prensa* para canalizar y presentar ante sus lectores el enorme y heterogéneo volumen de informaciones sobre el caso que transmitían los corresponsales desde Francia y desde otros lugares del mundo. En segundo lugar, consideraremos las estrategias de escritura a través de las cuales —podemos

intuir— la cobertura del diario fue configurando “canales de sentido”, como los define Lila Caimari, que hicieron llamativa para el público local la complicada y trágica historia del capitán francés.¹¹ Procuraremos mostrar que *La Prensa* consiguió gestionar el caudal informativo sobre el caso Dreyfus al mismo tiempo que ensayaba nuevas formas de narrar y presentar la noticia ante los lectores.

Cobertura periodística y gestión de la información

La circulación de las noticias internacionales en Buenos Aires se había visto profundamente modificada a partir de la introducción del servicio de cable telegráfico, que permitía una conexión directa y rápida con el mundo. En la década de 1890 *La Prensa* participaba activamente en aquel veloz flujo informativo, alimentando con primicias y extensas crónicas las páginas de su sección “Boletín Telegráfico”. Los avances técnicos que el diario introducía continuamente, así como la disposición de un nutrido ejército de reporteros y corresponsales en el exterior, lo facultaban para brindar información actualizada y detallada sobre los sucesos que conmovían a la opinión pública global.¹² En ocasión del juicio de Rennes, el acceso a las principales fuentes de información internacional le permitió llevar adelante un seguimiento minucioso de las audiencias que se prolongaron a

⁸ Sobre la fascinación que podía provocar el seguimiento periodístico de un caso judicial con resonancias políticas, puede verse Edward Berenson, *The Trial of Madame Caillaux*, University of California Press, 1992.

⁹ Adolfo Prieto, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 40. El diario *La Prensa* había sido fundado en 1869 por José C. Paz. Treinta años después era una gran empresa periodística que ofrecía a sus lectores una amplia y variada oferta de información y servicios, que podía medir su éxito en razón del constante aumento en la cantidad de ejemplares que lanzaba diariamente a la circulación (varias decenas de miles), se financiaba con la publicación de avisos comerciales y poseía un magnífico edificio en la Avenida de Mayo, donde funcionaban no solo una avanzada imprenta sino también salones, biblioteca, consultorios y oficinas. Véase Sylvia Saïta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 31.

¹⁰ Este trabajo es parte de una investigación más amplia sobre la construcción del caso en los diarios *La Nación* y *La Prensa*.

¹¹ Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018, p. 111.

¹² *La Prensa* estaba asociada con la empresa norteamericana Central and South American Co., de gestión del flujo telegráfico internacional. Véase Lila Caimari, “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, *Investigaciones y ensayos*, n° 68, 2019, p. 33.

lo largo de varias semanas. Las notas sobre el “nuevo proceso Dreyfus” ocuparon columnas enteras, con referencias sobre los elementos más diversos de las escenas que se desarrollaban cada día en la sala del tribunal: las declaraciones de los testigos, la actitud del acusado, la predisposición de los jueces, las estrategias empleadas por la defensa, las reacciones del público dentro y fuera del recinto, el asedio de los reporteros, etc. El ejercicio efectuado por *La Prensa* para cubrir el evento en todos sus pormenores era una clara demostración de que, en ese aspecto, como en varios otros, el diario se encontraba al frente de la renovación periodística en Buenos Aires.

Resulta difícil separar el análisis de la capacidad informativa de *La Prensa* del discurso celebratorio con que exhibía sus logros.¹³ En ese sentido, el desafío de comunicar las alternativas del nuevo litigio contra Dreyfus parece haber ofrecido una ocasión ideal para que el diario pusiera en funcionamiento los medios y los recursos que poseía. En la imagen que *La Prensa* proyectaba de sí misma, el hecho de contar con un poderoso servicio telegráfico marcaba una diferencia sustancial, ya que garantizaba la “más amplia información posible” sobre los sucesos que —como el caso Dreyfus— tenían el “extraordinario privilegio de atraer sobre sí la atención del mundo entero”, incluso cuando otros diarios también disponían de servicios similares. El compromiso asumido ante el público se centraba entonces en la rapidez, la continuidad y la exactitud de la información que proporcionaban los cables: “la crónica diaria de esas sesiones, que publicamos el día mismo en que tuvieron lugar, constituye un servicio de información tan extenso y perfecto en sus menores detalles, como han podido hacerlo

los principales diarios de las grandes capitales europeas y norteamericanas”.¹⁴ Aquel posicionamiento tenía, por lo tanto, dos facetas. Por una parte, frente a los lectores, contenía la promesa de una cobertura rigurosa que permitiría seguir casi en tiempo real y en toda su complejidad el intrincado desarrollo del juicio. Por la otra, ese mismo criterio supuestamente situaba al diario a la altura de los principales exponentes del periodismo mundial y venía a reforzar, en consecuencia, su liderazgo en el mercado local.

Ese despliegue autopromocional escondía, sin embargo, algunas fisuras y contradicciones. Por un lado, y tal como ha mostrado Caimari en sus trabajos, el seguimiento del juicio de Rennes implicaba, en realidad, la convergencia de diversos sistemas de producción de noticias que no se agotaban en la tan exaltada modernidad del cable telegráfico. La información del exterior llegaba a los diarios porteños por diferentes vías (incluyendo el transporte marítimo de “paquetes” noticiosos) que, a su vez, involucraban múltiples temporalidades, autorías y formas de intervención para producir el material publicable. Los discursos autocelebratorios tendían a diluir tanto la complejidad de aquel proceso como los ajustes que generaba.¹⁵ Pero, además, es importante tener presente que esos discursos no se originaban en el vacío, sino que operaban en el contexto de la carrera por la modernización periodística y de la disputa entre quienes aspiraban a liderarla. Así, el empeño puesto por *La Prensa* en visibilizar su dinamismo informativo en torno al caso Dreyfus puede ser leído como una reafirmación de su posición de preeminencia frente al desafío de potencia-

¹³ Caimari ha señalado en más de una oportunidad que los propios diarios se encargaban de subrayar los alcances de la modernización que atravesaban. También Roman, “La modernización de la prensa periódica”.

¹⁴ *La Prensa*, “Proceso Dreyfus. Servicio telegráfico de *La Prensa*”, 8 de agosto de 1899, p. 5; “El servicio telegráfico de *La Prensa*”, 10 de agosto de 1899, p. 5.

¹⁵ Lila Caimari, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, n° 40, 2015, pp. 125-146.

les rivales. La competencia se planteaba, en particular, con el diario *La Nación*, el segundo en importancia en cuanto a tirada e influencia. Aunque con un estilo diferente, más enfocado en el debate de ideas políticas y en la intervención cultural y literaria, *La Nación* también experimentaba importantes avances periodísticos que lo colocaban en un lugar destacado para disputar con *La Prensa* la vanguardia informativa. Ambos diarios se hallaban insertos desde tiempo atrás en un duro enfrentamiento acerca de la calidad de sus respectivos servicios telegráficos. La insistencia de *La Prensa* en subrayar los alcances de su cobertura del juicio de Rennes probablemente se inscribía también en ese marco.¹⁶

Evidentemente, la existencia de esas complejidades y tensiones obliga a matizar las imágenes triunfalistas que difundía *La Prensa*. No obstante, creemos que la cobertura que desplegó el diario acerca del juicio contra Dreyfus tuvo el efecto de activar y hacer ostensible su gran capacidad de innovación. *La Prensa* demostró tener los recursos necesarios para alimentar una impresionante marea informativa sobre un evento internacional que poseía múltiples y confusas aristas. Sostuvo día tras día a lo largo de un mes la tensión creciente que generaba el desarrollo del juicio y la incertidumbre sobre cuál habría de ser esta vez su desenlace. No se trataba solamente de acumular información, sino de gestionarla para convertirla en una

noticia de actualidad que pudiera atrapar el interés de la audiencia local. El carácter extremadamente enmarañado del proceso, la cantidad y variedad de actores involucrados, la especificidad de los conflictos propios del escenario político francés, eran factores que diferenciaban el *affaire* Dreyfus de otras noticias internacionales más convencionales (guerras, desastres naturales, crímenes o atentados), y volvían, por lo tanto, muy compleja la tarea de construirlo como noticia de alto impacto, que ocupara un lugar destacado en la geografía del diario y que pudiera seducir durante semanas al público porteño. Esa operación puso a prueba la aptitud de *La Prensa* no solo para acceder al caudal informativo que se generaba alrededor del proceso de Rennes, sino también para administrarlo de manera novedosa. Las extensas crónicas que inundaban la sección del “Boletín Telegráfico” con noticias sobre el desarrollo del juicio eran diagramadas y presentadas bajo formatos que apuntaban a capturar desde un comienzo la atención de los lectores: títulos llamativos, anuncio de primicias, promesas de relatos exhaustivos y testimonios exclusivos, investigaciones especiales, supuestas revelaciones, la palabra de los protagonistas, etc. Ese dinamismo se acentuó, como veremos en la próxima sección, con la utilización de estrategias narrativas y técnicas de escritura que contribuían a explotar el potencial dramático del caso, poniendo en el centro la figura de Dreyfus y configurando la escena del juicio como un espectáculo.

Estrategias de escritura: estilo sensacionalista y conexiones emocionales

Como ya dijimos, informarse sobre el *affaire* demandaba por parte de los lectores porteños comprender un evento complejo poblado de detalles foráneos. Además del compromiso de inmediatez y rigurosidad, *La Prensa* en-

¹⁶ Sobre esto último, véase Caimari, ““De nuestro corresponsal exclusivo””, p. 32. *La Nación*, propiedad de Bartolomé Mitre, era –en palabras de Paula Alonso– un “diario político moderno”. Funcionaba, por un lado, como un órgano partidario, pero ofrecía también información amplia y actualizada sobre los temas de la agenda diaria, local e internacional. Véase Paura Alonso, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El PAN y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010, p. 51; también Saítta, *Regueros de tinta*, p. 31; y Julio Ramos, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, pp. 82-111.

sayó en la manera en que contó el episodio una serie de estrategias de escritura que buscaban renovar en cada nueva jornada la fidelidad de su público. Esa cuestión pone en primer plano la intención de confeccionar y presentar historias que cautivaran a un público que se expandía, tanto en su composición social como en sus intereses.¹⁷ Es interesante advertir que esas estrategias, si bien venían a complementar la construcción del episodio como noticia, se inscribían en una lógica diferente que estiraba el límite entre el discurso informativo y la ficción. Las crónicas del juicio respondían, como ya indicamos, al propósito de difundir las últimas y más completas novedades sobre el caso, pero también exploraron modos y protocolos narrativos que se situaban con mayor comodidad en el campo literario que en el terreno periodístico. Tampoco ahorraron efectos relacionados con el sensacionalismo y los discursos de la prensa amarilla, donde el objetivo de informar se superponía y se mezclaba con la voluntad de conmover y entretener al público. Este tipo de escritura comulgaba con los nuevos paradigmas de la prensa europea y norteamericana del momento, que comenzaba a experimentar con registros narrativos heterogéneos. Incluso el propio caso Dreyfus constituyó en Francia una oportunidad clave de sondeo en este sentido.¹⁸ Sobre los aspectos en que había incertidumbre o faltaba información, el periodismo cubrió esa ausencia con textos sostenidos por recursos propios de la ficción.

En el caso de *La Prensa* esa escritura híbrida se puede observar en una serie de ele-

mentos que conformaron la composición y la trama narrativa del segundo juicio, y que creemos que pueden ser contemplados como parte de un ejercicio constante de experimentación y ensayo con nuevos modelos de relatar las noticias y formas de interpelar al público. Una de esas operaciones fue el tipo de discurso que se tejió alrededor de las figuras involucradas y el protagonismo que se les asignó en la arquitectura de la noticia. Esto es muy evidente en el caso de Alfred Dreyfus. Sin llegar al límite de componer un personaje literario, las crónicas del diario comunicaron detalles de la personalidad, de los estados de ánimo y de la intimidad de Dreyfus que no hacían necesariamente al devenir del juicio. Varios fueron los escritos que informaron sobre la salud del capitán, su alimentación, las cartas que escribió estando preso en la Isla del Diablo. La relación con la información objetiva, neutral, perdía relevancia frente a la urgencia de decir algo nuevo sobre el personaje. Mientras que una noticia llegada de París describía la salud de Dreyfus y afirmaba que estaba al borde de la muerte, otra sostenía que “gracias a su energía moral” había salido de la Isla “en un estado relativamente satisfactorio”.¹⁹ El rumor y las especulaciones integraban también la cobertura. El interés de *La Prensa* por la persona de Dreyfus era parte de un fenómeno mundial que había hecho de este una “celebridad”, es decir, alguien que despertaba una curiosidad que iba más allá de su persona pública y que se extendía hacia lo que podríamos considerar parte de su vida privada.²⁰ Por otro lado, el énfasis en el personaje (sobre todo en sus sufrimientos) a la vez que humanizaba a los protagonistas de la historia facilitaba a los lectores establecer puentes y conexiones emocionales con ellos. La

¹⁷ Las transformaciones en el campo periodístico reflejaban (y, simultáneamente, impulsaban) el crecimiento del público lector, así como el impacto que empezaba a sentirse de la enseñanza pública sobre diversos y amplios sectores de la población. Saïtta, *Regueros de tinta*, p. 33; Prieto, *El discurso criollista*, p. 33.

¹⁸ Sarah Mombert, “La fiction”, en D. Kalifa et al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, 2011, pp. 811-832.

¹⁹ *La Prensa*, 13 de septiembre de 1899, p. 4; 8 de agosto de 1899, p. 4.

²⁰ Antoine Lilti, *The Invention of Celebrity*, Cambridge, Polity, 2017.

imagen del encuentro de Dreyfus con su hermano, su esposa y sus hijos, después del indulto presidencial, convertía un drama distante y por momentos ininteligible en un conjunto de escenas cotidianas con las que los lectores porteños podían fácilmente identificarse. Otros nombres suscitaban igualmente la atención de *La Prensa*. Se destaca el caso del abogado defensor de Dreyfus, Fernand Labori, quien fue víctima de un atentado durante el proceso. A partir de allí, las disquisiciones sobre su recuperación, la identidad y los móviles del atacante convergieron para agregar aun más suspenso y dramatismo a la cobertura del juicio. La esposa de Dreyfus también ocupó un lugar prominente en esas crónicas, lo que nos permite intuir que, en su conjunto, en estos efectos también se asomaba la intención de atraer a las lectoras mujeres.²¹ Aquí se puede adivinar un rasgo innovador. Se interpelaba a las mujeres como lectoras cuando estas todavía no constituían una franja importante del público al que se dirigía la prensa periódica.

La estrategia narrativa incluía asimismo la reconstrucción detallada de los escenarios en que se desarrollaba el proceso. Quienes leyeron las crónicas de *La Prensa* pudieron enterarse, por ejemplo, de que en la primera audiencia “Dreyfus vestía su nuevo uniforme de capitán de artillería, azul oscuro con boca-

mangas y cuellos rojos”, que al comienzo volvió “la cabeza hacia los asientos de los testigos”, pero que luego se mantuvo mirando “fijamente hacia el frente”. También fueron informados de que el “salón” donde se desarrollaría el proceso tenía “la forma de una gran sala de conciertos” y que había muchas mujeres en el público (entre ellas, una misteriosa dama vestida de blanco). Las descripciones mostraban que algunos discursos provocaron las lágrimas de la audiencia y que luego de leerse el veredicto declarando culpable a Dreyfus el silencio de la sala fue interrumpido por las corridas de los periodistas apurados por enviar los cables a sus redacciones.²² Esos detalles proveían al lector de imágenes visuales y sonoras que subrayaban la proximidad, incluso la ilusión de haberse convertido en espectadores directos del juicio. Se potenciaba así la promesa de inmediatez en el acceso a la noticia y ese espejismo contribuía a renovar el interés por el caso.²³

Las operaciones de escritura que buscaban sostener la lectura diaria del juicio comprendían igualmente los títulos y epígrafes que encabezaban las notas. “Asunto Dreyfus. El nuevo proceso. La última sesión. Final de la Defensa. Condenado nuevamente. Detalles sobre la sentencia. Los nacionalistas y las declaraciones de Alemania. Tranquilidad en Francia. Un Telegrama de Gallifet a Joaust. Denuncia Desmentida. En Busca de Zola. Reportaje Negativo. Rumores sobre el abono de la pena sufrida. Esperanzas de indulto.” Como se puede ver en esta lista correspondiente al 10 de septiembre de 1899, los títulos eran colocados en una progresión no siempre del todo hilada pero que acentuaba la sensación de velocidad y de estar leyendo una primicia.

²¹ De acuerdo con el imaginario de la domesticidad la vida de las mujeres debía restringirse al ámbito privado del hogar y serían los varones quienes asumirían el trabajo y los deberes cívicos y políticos fuera el hogar. En este escenario, si bien existen indicios de que algunas mujeres leían la prensa periódica en el siglo XIX en Buenos Aires, los imaginarios prevalecientes observaban con temor y alarma esta práctica y en general, el público al que se dirigía la prensa era el masculino. La invitación de *La Prensa* no rompe del todo con ese clima en tanto, para incluir a las mujeres como lectoras, se despojaba la noticia de sus costados más políticos y se adecuaba el estilo de escritura a protocolos cercanos a la ficción. Graciela Batticuore, *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017, pp. 19-63.

²² *La Prensa*, 8 de agosto de 1899, p. 4.

²³ Sobre el periodismo que trataba a los lectores como espectadores, véase Peter Fritzsche, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008, pp. 144 y 145.

Aparecían además en tipos y cuerpos de letras diferentes y en general sumaban más de una decena. Se situaban en la parte superior de las páginas de noticias internacionales para alimentar la curiosidad y la expectativa de los lectores. Eran, en términos gráficos y narrativos, la representación material de un mercado donde —como advierte Caimari— “la velocidad de circulación informativa era un valor fundamental” y donde la avidez por lo nuevo guiaba la agenda del periodismo. El público podía enterarse rápidamente de lo que sucedía e incluso escoger en ese variado menú de noticias qué era lo que le interesaba leer primero. El uso de estos recursos narrativos no era un atributo exclusivo de *La Prensa*, pero sí fue mucho más habitual que en *La Nación*, por ejemplo, donde el estilo de escritura era comparativamente más ascético y medido, y la noticia no se presentaba fragmentada por tantos títulos, subtítulos y secciones.²⁴

En ese sentido, merece una mención aparte la transcripción en *La Prensa* de la entrevista realizada por Jules Huret a Dreyfus luego de su indulto. Huret era para ese entonces uno de los reporteros más prominentes de Francia.²⁵ El artículo había sido publicado en el diario *Le Figaro* el 22 de septiembre y *La Prensa* lo reprodujo para sus lectores dividido en dos partes el 23 y el 24 de septiembre. El reportaje

permitía recoger por primera vez la palabra de Dreyfus por fuera del juicio, aunque no lo hacía sin mediaciones. Huret insertaba una serie de paratextos que ordenaban los sentidos del testimonio. La escenografía que montaba como contexto de la entrevista y las intervenciones que coloreaban el relato predisponían al lector a una determinada representación de Dreyfus. Se lo retrataba como “un hombre fino, amable y perfectamente tranquilo”, poco rencoroso y ávido de experiencias relacionadas con su libertad. El diálogo transcurría en el tren que llevaba a Dreyfus y a su hermano hacia su nueva morada y pintaba una escena intimista, de amor fraterno. El reportaje se nutría y a la vez alimentaba la condición de celebridad que había adquirido el capitán. Además del valor de la primicia conseguida por *La Prensa*, la publicación de la entrevista representaba la última pieza de una cobertura caracterizada por los registros heterogéneos, la ficcionalización de la noticia y una narración centrada en los personajes. Encajaba asimismo en el imaginario modernizador en el que *La Prensa* buscaba instalarse. El reportaje era un género periodístico innovador que comenzaba a afianzarse y que permitía entrelazar las diversas ambiciones de la prensa del momento: informar, pero también distraer, narrar y atestiguar.²⁶

²⁴ Un aspecto que diferenció la estrategia de *La Nación* de la del diario *La Prensa* fue el protagonismo de la figura de Zola en la organización de la cobertura. En los años previos *La Nación* había publicado por entregas varias obras del escritor y a comienzos de 1898, cuando estalló el escándalo provocado por la aparición en Francia de “J’Acuse”, estaba reproduciendo en sus páginas la novela *París*. De ese modo, el *affaire* y sus derivaciones interesaron en particular a *La Nación* porque permitía al diario construir la noticia de un modo que lo prestigiaba. Desarrollaremos con mayor precisión la comparación con la cobertura de *La Nación* en la versión más larga de este trabajo que será publicado en una próxima compilación.

²⁵ Marie-Ève Thériault, “Le moment Huret ou le relais agonistique des autorités; sur l’autonomisation et la médiatisation de la littérature”, *Interfaces*, vol. 2, julio-diciembre de 2016, pp. 27-41.

La noticia como experimento

La combinación de diversos elementos ligados a la escritura con los que *La Prensa* intentó capturar y mantener el interés del público otorgó un cariz particular a la forma en que el diario contó el segundo juicio a Dreyfus en esos agitados días entre agosto y septiembre de

²⁶ Mélodie Simard-Houde, “Le Reporter, médiateur, écrivain et héros. Un répertoire culturel (1870-1939)”, Tesis de doctorado, Université Laval et Université Paul-Valéry, 2015.

1899. Desde nuestra perspectiva, el ejercicio funcionó como un momento de experimentación que le permitió probar la eficacia de nuevos modelos y estrategias de presentación de las noticias. En este sentido, operó también como catalizador, dándole un renovado impulso a las transformaciones que el diario transitaba en esos años. Ciertamente, el hecho de que una parte de la noticia se hubiera construido a través de cables telegráficos y transcripciones de lo publicado en diarios extranjeros plantea una dificultad a la hora de ponderar la originalidad del tratamiento que efectuó *La Prensa* de las novedades que iban llegando sobre el caso. ¿Cómo separar aquello que era innovación local de la mera importación de recursos y estrategias ya ensayadas en otra parte? Sabemos que las estrategias utilizadas por *La Prensa* eran también habituales en la prensa extranjera. No obstante, aunque la intervención de los textos era una práctica “intrínseca al uso del cable”,²⁷ si se compara el trato significativamente más sobrio y parco dado por *La Nación* a los mismos temas es evidente que *La Prensa* adaptó el tono de su cobertura al perfil que buscaba trazar de sí misma. En el filo del nuevo siglo, *La Prensa* se construía como un diario moderno. No solo era el periódico con mayor tirada de Buenos Aires y del país, sino que estaba en condiciones, además, de ofrecer a los lectores información amplia y variada de manera rápida, ágil y llamativa. Esos lectores, con intereses y adscripciones sociales cada vez más disímiles, compartían, sin embargo, la ansiedad de noticias que pudieran ser consumidas en un contexto marcado por el ritmo frenético y entrecortado de la vida urbana.²⁸ La cobertura que *La Prensa* hizo en agosto y septiembre de 1899 del juicio en el que se decidiría

finalmente la suerte de Dreyfus se inserta cómodamente en la proyección de ese nuevo modelo de periodismo. Las marcas del estilo sensacionalista introducido por el diario se advierten tanto en la reescritura del contenido de los cables como también en las operaciones de compilación, selección y presentación de la maraña de información que llegaba sobre el proceso y las audiencias. Elegir qué informar, en qué orden, con qué adjetivos, títulos y gráficas, todo ello configuró el modo en que *La Prensa* narró el *affaire* Dreyfus, y lo volvió un relato repleto de intrigas, suspenso y melodrama. En estas elecciones el diario hizo gala de su modernidad, expandió el contorno del público al que pretendía dirigirse y delineó asimismo un modo en que lo internacional se procesaba en clave local.²⁹ Los formatos con los que *La Prensa* experimentó en aquella oportunidad para efectuar la crónica del juicio de Rennes demostraron que poseía la capacidad de convertir eventos de diverso tipo en noticias de gran impacto que podían convocar el interés de ese público amplio y heterogéneo. Creemos que es posible afirmar que esa facultad, que sin duda acentuaba su posición dominante en el mercado periodístico del fin de siglo, tenía igualmente el efecto de anticipar rasgos del paradigma del periodismo comercial, masivo y popular que se consolidaría más tarde, ya entrado el nove-

²⁷ Caimari, ““De nuestro corresponsal exclusivo””, p. 36.

²⁸ Saïtta, *Regueros de tinta*, p. 33. Sobre las características, hábitos y consumos de los lectores metropolitanos, Fritzsche, *Berlín 1900*, pp. 63 y ss.

²⁹ El cruce de la noticia internacional con la agenda de preocupaciones locales será también un tema que abordaremos en una próxima versión de este trabajo. Podemos anticipar que el movimiento de rechazo provocado por la nueva condena que sufría Dreyfus alcanzó también al público de Buenos Aires, que —como hemos visto— había seguido con atención los pormenores del largo y tortuoso proceso judicial y aguardaba con expectación el veredicto del tribunal de Rennes. Ese rechazo se tradujo en la organización de un mitin de protesta, promovido fundamentalmente por estudiantes universitarios y periodistas. Aunque la demostración no llegó a ser multitudinaria, tuvo repercusiones significativas en la opinión pública porque agitó un áspero debate acerca de los supuestos impulsos autoritarios y represivos del gobierno del presidente Julio Roca.

cientos.³⁰ También en ese sentido *La Prensa* estaba a la vanguardia. □

Bibliografía citada

Albornoz, Martín y Juan Buonuome, “‘La vida al día’: modernización periodística y noticias policiales en la prensa anarquista y socialista de Buenos Aires a comienzos del siglo xx”, *Investigaciones y ensayos*, n° 68, 2019, pp. 81-122.

Alonso, Paula, *Jardines secretos, legitimaciones públicas. El PAN y la política argentina de fines del siglo XIX*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

Batticuore, Graciela, *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*, Buenos Aires, Ampersand, 2017.

Berenson, Edward, *The Trial of Madame Caillaux*, University of California Press, 1992.

Bouchet, Thomas, “Presse et événement”, en D. Kalifa et al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, 2011.

Brennan, James, *The Reflection of the Dreyfus affair in the European Press 1897-1899*, Nueva York, P. Lang, 1988.

Caimari, Lila, “‘De nuestro corresponsal exclusivo’. Cobertura internacional y expansión informativa en los diarios de Buenos Aires de fines del siglo XIX”, *Investigaciones y ensayos*, n° 68, 2019, p. 23-53.

— “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, n° 40, 2015, pp. 125-146.

— “En el mundo barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018, pp. 81-116.

³⁰ Martín Albornoz y Juan Buonuome, “‘La vida al día’: modernización periodística y noticias policiales en la prensa anarquista y socialista de Buenos Aires a comienzos del siglo xx”, *Investigaciones y ensayos*, n° 68, 2019, pp. 81-122.

Conrad, Sebastian y Dominic Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880s–1930s*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

Fritzsche, Peter, *Berlín 1900. Prensa, lectores y vida moderna*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008.

Harris, Ruth, *Dreyfus: Politics, Emotion and the Scandal of the Century*, Nueva York, Metropolitan Books, 2010.

Lilti, Antoine, *The Invention of Celebrity*, Cambridge, Polity, 2017.

Lomnitz, Claudio, “Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución”, en C. Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008.

Lvovich, Daniel, “No es este un asunto de Francia sino un asunto de la humanidad. Notas sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires”, *Anuario IEHS*, n° 18, 2003, pp. 273-302.

Mombert, Sarah, “La fiction”, en D. Kalifa et al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, 2011, pp. 811-832.

Prieto, Adolfo, *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989.

Roman, Claudia, “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en Alejandra Laera (dir.), *Historia crítica de la Literatura argentina: el brote de los géneros*, Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-37.

Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

Simard-Houde, Mélodie, “Le Reporter, médiateur, écrivain et héros. Un répertoire culturel (1870-1939)”, Tesis de doctorado, Université Laval et Université Paul-Valéry, 2015.

Thérenty, Marie-Ève, “Le moment Huret ou le relais agonistique des autorités; sur l’autonomisation et la médiatisation de la littérature”, *Interfaces*, vol. 2, julio-diciembre de 2016, pp. 27-41.

Resumen / Abstract

“El caso Dreyfus en *La Prensa*: modernización periodística y sensacionalismo en Buenos Aires

Este artículo analiza la cobertura que realizó el diario *La Prensa* del juicio al que fue sometido el capitán Alfred Dreyfus en 1899. Se sostiene que el tratamiento que el diario hizo del caso configuró una instancia de experimentación que le permitió afirmar el liderazgo que poseía en el campo periodístico porteño. El trabajo consta de dos partes. En la primera se examina la operación de construcción de la noticia, es decir, los recursos puestos en práctica para canalizar y presentar ante los lectores el enorme caudal de información sobre el caso. En segundo lugar, se consideran las estrategias de escritura a través de las cuales se fueron plasmando conexiones emocionales que volvieron atractiva para el público local la historia del oficial francés.

Palabras clave: Prensa - Caso Dreyfus - Telégrafo - Modernización periodística - Sensacionalismo

The Dreyfus Affair in *La Prensa*: journalistic modernization and sensationalism in Buenos Aires

This article analyses the *La Prensa* newspaper's coverage of French Captain Alfred Dreyfus' trial in 1899. It argues that the experimental techniques used by the newspaper to cover the trial allowed the newspaper to uphold its leadership in Buenos Aires's journalistic field. The essay is divided into two sections. The first section examines how the news coverage was constructed. It studies the sources and journalistic techniques used by *La Prensa* to display and organize the vast amount of information related to the case. In the second part, the article describes the writing strategies employed by the newspaper to create emotional connections with the readers, increasing the attractiveness of the story for local audiences.

Keywords: Press - Dreyfus Affaire - Telegraph - Journalistic modernization - Sensationalism

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1217>

En busca del país de los crisantemos

Enrique Gómez Carrillo y las derivas de la guerra ruso-japonesa en la prensa porteña

Martín Bergel

Universidad Nacional de San Martín / Universidad Nacional de Quilmes / CONICET

In uno de sus libros de memorias sobre la Buenos Aires de los primeros años del siglo xx, el escritor Bernardo González Arlilí ofrece pistas acerca de las transformaciones que se habían operado en tiempo reciente en los temas de conversación pública urbana:

Contaban en casa que, antes de la revolución del 90, en las vidrieras de almacenes y fondas se acostumbraba a colgar las dos páginas centrales de *El Quijote*, semanario donde Sojo dibujaba sus caricaturas “de actualidad”. El dibujo era suficientemente ingenuo como para que todos le hallaran su doble o triple intención, concordara o no con el epígrafe en prosa o verso. La oposición al gobierno “del unicato” crecía con aquellos dibujos [...] En los días estos de la calle Corrientes, “el unicato” era un recuerdo y el semanario festivo había dejado de aparecer en Buenos Aires, pero subsistía la costumbre de exponer en las vidrieritas de los almacenes de esquina y en las cantinas de la media cuadra, las hojas o tapas de las revistas ilustradas. *El gusto del espectador gratuito había cambiado un tanto*. Ya no sonreía con la cara deformada del político nacional; ya se habían dejado de lado las denominaciones zoológicas aplicadas a los principales actores de la política; ya Roca no era el zo-

rro, ni Pellegrini la jirafa, ni Juárez un burrito; *ahora el público debía amargarse enterándose de las tragedias lejanas [...]* Los muchachos veíamos aquellos dibujos coloreados con diferentes grados de interés. Difícilmente se nos convencía de la exactitud fotográfica de los grabados italianos, aunque nos llamaba un poco la atención ésta o la otra escena marítima o guerrera. *Los episodios de la guerra anglo-boer siempre tuvieron su interés para chicos y grandes; volvieron a tenerlos los que se referían a la guerra ruso-japonesa.*¹

Aun cuando no todos los recuerdos del memorialista, nacido en 1892, brinden datos exactos (una versión remozada de la revista satírica *Don Quijote*, por ejemplo, seguiría apareciendo hasta 1905), dan no obstante una pauta general de un cambio sustantivo en la dinámica de la opinión pública urbana de Buenos Aires que hasta hace poco tiempo no había llamado la atención de los estudiosos. Durante el último cuarto del siglo xix, y en especial a partir de su última década, el ascenso de la comunicación telegráfica y el desarrollo a escala planetaria de agencias de

¹ Bernardo González Arlilí, *Calle Corrientes entre Esmeralda y Suipacha (Comienzos del siglo xx)*, Buenos Aires, Kraft, 1952, pp. 95-96 (destacados míos).

noticias internacionales fomentaron una nueva lógica informativa que impactó de lleno en el vigoroso proceso de modernización que experimentaba el tejido de la prensa periódica en la ciudad. Desde entonces, todo diario de pretensiones debía indefectiblemente traer consigo columnas de “Telegramas”, la sección fija e impostergable que proveía novedades de cualquier parte del mundo ocurridas apenas el día anterior. Claro que ese complejo movimiento de aceleración de la conectividad mundial tuvo sus jerarquías internas y sus asuntos preferenciales. Como destacó Lila Caimari en un seminal estudio sobre los ritmos y los formatos que rigieron ese proceso, “el nuevo mercado de noticias de escala global otorgaba primacía a la noticia bélica”.² No es de extrañar que ello haya ocurrido así, considerando que durante el período que Eric Hobsbawm llamó la “era del Imperio” la extensión de las comunicaciones telegráficas tuvo uno de sus principales estímulos en las refriegas diplomáticas internacionales y en la avanzada de las empresas coloniales, al tiempo que, desde el ángulo del campo velozmente ensanchado de consumidores de noticias, las de guerra hayan despertado singular interés. Todo ello ayuda a explicar que, a la hora de evocar los sucesos “de actualidad” que recuerda de su niñez, González Arrili cite el impacto generado en Buenos Aires por los conflictos bélicos anglo-bóer (1899-1902) y ruso-japonés (1904-1905).

Es en relación a esta última conflagración que gira este artículo, que se detiene apenas

en unas pocas facetas de sus vastas resonancias mundiales. En lo que sigue, examinaremos dos aspectos vinculados a la presencia en Buenos Aires de la trama noticiosa de la guerra entre Rusia y Japón: su lugar dentro del género de revistas ilustradas que despunta en el período, y sus efectos prolongados en la saga de crónicas de viaje que el escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo –entonces corresponsal del diario *La Nación*– envía desde ambos países, y que al cabo representarían el inicio de una de las relaciones más significativas entabladas por un intelectual latinoamericano con el “Oriente”.

IIA lo largo del siglo xx, y especialmente en su segunda mitad, la guerra que durante 19 meses enfrentó a Rusia y Japón en 1904-1905 despertó limitado interés retrospectivo. Opacada por las dos grandes conflagraciones mundiales que le siguieron, y silenciada por diversas razones en las memorias nacionales de los países contendientes, fue usual que en los recuentos históricos de los hechos salientes de la centuria fuera referida en pocas y apretadas líneas.³ Esa ubicación subalterna fue profundamente revisada en sede historiográfica en ocasión de su centenario. Y si probablemente resulte exagerado el título de “Guerra Mundial Cero” a partir del cual quiso ser reposicionada,⁴ es indudable que por sus ribetes espectaculares, y por los distintos resortes que punzó en distintas esca-

² Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo xix”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018, p. 93. Esa primacía, añade la autora, atentaba contra el eurocentrismo informativo, en la medida en que redundaba en “un descentramiento inédito de la geografía de las noticias internacionales, con información de los Balcanes, de Asia, de Africa, de Cuba y las Filipinas” (p. 98).

³ Rotem Kowner, “Between a colonial clash and World War Zero. The impact of Russo-Japanese War in a global perspective”, en R. Kowner (ed.), *The Impact of Russo-Japanese War*, Londres y Nueva York, Routledge, 2007, pp. 2-4. La guerra, según este autor –uno de sus más importantes historiadores–, atravesó largas décadas de “amnesia historiográfica” (p. 3).

⁴ Bruce W. Menning, John W. Steinberg, David Schimmelpenninck van der Oye, David Wolfe y Shinji Yokote (eds.), *The Russo-Japanese War in Global Perspective. World War Zero*, 2 vols., Brill, Boston y Leiden, 2005-2007.

las y dimensiones, representó un conflicto de hondas repercusiones nacionales y globales. Por empezar, se trató del choque armado de dos países que habían entrado en fricciones a partir del despliegue respectivo de tendencias imperiales expansivas, en una zona que en las décadas siguientes sería escenario de disputas geopolíticas de relevancia mundial. Pero si en el caso del Japón su resonante victoria en la contienda exacerbó sus impulsos militaristas y sus ambiciones hegemónicas sobre una extensa área del Pacífico, en Rusia la guerra precipitó la crisis social y política de la monarquía zarista, estimulada en 1905 por episodios revolucionarios que presagiaban los que sobrevendrían doce años después. La debacle bélica rusa afectó además seriamente el balance de poder en Europa, y alentó las expectativas hegemónicas alemanas, en una deriva que no sin ambigüedades eclosionaría en 1914.⁵ Por otro lado, la guerra ofreció una oportunidad a los Estados Unidos para ganar ascendencia en la región, a partir de su protagonismo en las gestiones de paz rubricadas con el Tratado de Portsmouth.

Pero fue en la opinión pública de los países colonizados de Asia y de algunos países de África donde los efectos planetarios de la guerra se harían notar más acusadamente. El inesperado triunfo militar japonés fue ubicado de inmediato como la primera victoria de un pueblo asiático (de “raza amarilla”) sobre un país al que desde el Oriente se asociaba con Europa, en un hecho que en plena era del Imperio ofrecía un desmentido práctico de gran caladura de las jerarquías culturales y de los estándares de civilización establecidos. En países como India, China, Afganistán, Egipto, Indonesia o Turquía, la resolución del conflicto fue recibida con alborozo, y des-

pertó movimientos de opinión nacionalistas, anticolonialistas y/o panasiatistas.⁶ En los años subsiguientes, Tokio se transformó en una meca para miles de jóvenes estudiantes e intelectuales chinos, musulmanes y de países del sudeste asiático, atraídos por la venturosa marcha modernizadora de la nación japonesa y el nuevo respeto del que gozaba en el firmamento internacional.⁷

Pero si el impacto trascendental de esta guerra es un hecho ahora reconocido, su carácter de “momento global” a menudo aparece escindido de las condiciones materiales que lo posibilitaron. Si su resultado causó conmoción, fue porque desde su inicio cada uno de sus episodios ocupó un lugar prominente en la telaraña informativa mundial de reciente conformación. El sorpresivo ataque de la flota japonesa al mando del almirante Togo Heihachiro a Port Arthur (entonces bajo dominio del zar) que dio inicio al conflicto el 8 y 9 de febrero de 1904, la caída de ese codiciado puerto tras largos meses de asedio el 2 de enero de 1905, o la decisiva batalla naval de Tsushima que a fin de mayo causó estragos en la escuadra marítima rusa, sellando su suerte en la contienda, fueron algunos de los eventos que a través de la comunicación telegráfica produjeron estupor en lectores de la prensa de ciudades de todos los continentes. Este último y definitorio choque, por caso,

⁵ Matthew Seligmann, “Germany, the Russo-Japanese War, and the road to the Great War”, en R. Kowner (ed.), *The Impact*.

⁶ Cemil Aydin, “A Global Anti-Western Moment? The Russo-Japanese War, Decolonization, and Asian Modernity”, en S. Conrad y D. Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order: Global Moments and Movements, 1880-1930*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007; Pankaj Mishra, *From the Ruins of Empire. The Intellectuals who Remade Asia*, Nueva York, Farrar, Strauss and Giroux, 2012, pp. 1-11.

⁷ Marius B. Jansen, *The Japanese and Sun Yat Sen*, Cambridge, Harvard University Press, 1967, pp. 107-130; Michael Laffan, “Tokyo as a shared Mecca of modernity: war echoes in the colonial Malay world”, en R. Kowner (ed.), *The Impact*; Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 2007, pp. 78-89.

hizo que simultáneamente el kaiser alemán Guillermo II lo comparara con la célebre batalla de Trafalgar ocurrida justo un siglo antes, que el presidente Roosevelt lo llamara “el más grande fenómeno que el mundo ha visto alguna vez”, o que el futuro líder de la independencia de la India, Jawaharlal Nerhu, entonces un adolescente, se extasiara con las noticias recibidas en su ciudad de provincias. Como destacó Pankaj Mishra, “especulaciones exultantes sobre las implicancias del triunfo japonés llenaron las páginas de periódicos turcos, egipcios, vietnamitas, persas y chinos”.⁸ Y las reacciones a los lances de la guerra no se limitaron a las élites. En Turquía, una ola de bebés recién nacidos recibió el nombre de Togo, en honor al repentinamente célebre almirante japonés.⁹ Mientras que los ecos de Tsushima sorprendieron al líder nacionalista chino Sun Yat Sen de paso por el canal de Suez, donde fue espontáneamente agasajado por trabajadores egipcios que lo creyeron japonés.¹⁰ En suma, las noticias de la guerra ruso-japonesa ofrecieron testimonio de la maduración de una esfera pública global que se veía inundada al unísono por los mismos acontecimientos. Pero si la historiografía recientemente ha puesto de relieve las reverberaciones de este conflicto especialmente en Asia, no han sido en cambio materia de análisis los modos en que sus hechos y figuras se introducían también en el comentario cotidiano de una bulliciosa capital austral del otro extremo del mundo.

⁸ Mishra, *From the Ruins of Empire*, p. 2 (las citas y referencias de Guillermo II, Roosevelt y Nehru provienen también de este libro, pp. 1 y 2).

⁹ Selçuk Esenbel, “Japan’s Global Claim to Asia and the World of Islam: Transnational Nationalism and World Power, 1900-1945”, *The American Historical Review*, vol. 109, n° 4, 2004, p. 1140.

¹⁰ Aydin, *The Politics of Anti-Westernism*, pp. 72-73.

III Buenos Aires en efecto siguió con atención el compás de las escaramuzas bélicas de los mares del Pacífico norte, así como muchos de los debates que suscitaron en distintas latitudes. Por caso, nociones de circulación transnacional como la del “peligro amarillo” (popularizada en Occidente desde la guerra sino-japonesa de 1894-1895) se detectan con frecuencia en referencias de la prensa citadina. En cambio, el tópico de un “despertar del Oriente” que, como efecto del triunfo nipón, pudo augurarse ya en distintas plazas asiáticas que eran objeto de experiencias coloniales, en la Argentina y en América Latina solo se afianzaría al finalizar la Guerra del ‘14.¹¹ Sea como fuere, por un lapso de casi dos años el cada vez más robusto circuito porteño de periódicos martilló diariamente las novedades de la contienda, trayendo consigo en columnas fijas de las secciones de “Telegramas” un abigarrado menú de informaciones breves procedentes de diversas fuentes encabezado generalmente por el mismo gran título orientador: “La guerra ruso-japonesa”.

Esa presencia sostenida del conflicto propició en las páginas de los diarios variadas inscripciones y derivas. Este artículo, en sus secciones finales, se adentra en una de ellas. Pero antes, detengámonos un momento en el espacio de las reyertas bélicas en las revistas ilustradas, ese otro tipo de órgano gráfico de gran popularidad en el período que (como veíamos al inicio a través del recuerdo de González Arrili) impactaba en el escenario urbano porteño. En años recientes, un conjunto de sofisticados trabajos se ocupó minuciosamente de reconstruir la historia pluridimensional de este género de publicaciones, en particular de los efectos asociados a las nuevas posibilidades técnicas de impresión

¹¹ Martín Bergel, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad de Quilmes, 2015.

industrial y masiva de imágenes que le otorgaron su sello distintivo. En ese sentido, la aparición en 1898 de *Caras y Caretas*, la revista insignia del nuevo formato *magazine*, supuso un quiebre en la trayectoria de la cultura impresa argentina, tanto por favorecer una profunda renovación de las relaciones entre imágenes y textos como por dar inicio de hecho a la era del fotoperiodismo en el país.¹² No obstante, ese conjunto de trabajos se inhibió de considerar un rasgo no menor de este tipo de publicaciones: a saber, el peso que tuvieron en sus páginas las novedades internacionales (empezando por las fotografías de acontecimientos ocurridos en parajes lejanos), una faceta deudora de la dinámica informativa global que se había asentado progresivamente desde el advenimiento del telégrafo. En especial, las alternativas de los grandes conflictos bélicos, suministradas cotidianamente por los periódicos, fueron para las revistas ilustradas una ocasión para destacar, de ese murmullo noticioso, un “detalle colosal” o una imagen subyugante de esas refriegas provenientes de lugares remotos.¹³

¹² Eduardo Romano, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos/El Calafate, 2004; Geraldine Rogers, *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo XX argentino*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 2008; Verónica Tell, “Reproducción fotográfica e impresión fotomecánica: materialidad y apropiación de imágenes a fines del siglo XIX”, en M. Gené y L. Malo-setti (eds.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009; Sandra Szir, “Figuraciones urbanas. *Caras y Caretas*, 1900”, en A. Lattes (coord.), *Dinámica de una ciudad. Buenos Aires, 1810-2010*, Buenos Aires, Dirección General de Estadística y Censo, 2010; Andrea Cuarterolo, “Entre caras y caretas: caricatura y fotografía en los inicios de la prensa ilustrada argentina”, *Significação*, vol. 44, n° 47, 2017.

¹³ Esa relación de subsidiariedad del *magazine* respecto a los diarios fue puesta de relieve tempranamente por Rubén Darío, para quien “los adelantos de la fotografía y el ansia de información que ha estimulado la prensa diaria, han hecho precisos esos curiosos cuadernos que periódicamente ponen a los ojos del público junto al

Así, en sus primeros años *Caras y Caretas* se ocupó persistentemente de brindar instantáneas de conflictos como el anglo-bóer o la Guerra de los Bóxers en China. Ya en la edición especial de celebración de su primer aniversario, al repasar con orgullo las razones de su vertiginosa popularidad (sustentada en el “maduro estudio de la psicología del lector bonaerense”), la revista subrayaba su apuesta por “el arte e ingenio en cuanto puede lograrse, puestos al servicio de la más copiosa información universal”.¹⁴ Esa vocación cosmopolita se acentuaría en *PBT*, otra exitosa expresión del género que vio la luz en 1904, y que rápidamente se jactaría de anunciar en recuadros destacados de algunas de sus ediciones la publicación de “84 fotografías de actualidades extranjeras”, al tiempo que daba amplio espacio en sus páginas a secciones vinculadas a sucesos internacionales como “De todas partes”, “Lo raro y lo curioso”, o “Cosas del planeta”.¹⁵ En vistas de todo ello, no sorprende que estas revistas hayan prestado continua atención a las escenas del conflicto ruso-japonés. La caída de Port Arthur ocupó incluso la tapa de *Caras y Caretas*, mientras que *PBT* la juzgó un “gran acontecimiento [...] que merece ser ilustrado con

texto que les instruye, la visión de lo sucedido” (“La cuestión de la revista. ‘Magazines’ e ilustraciones. La caricatura en España”, en *La Nación*, 20 de junio de 1899, cit. en Rogers, *Caras y Caretas*, p. 60).

¹⁴ *Caras y Caretas*, n° 53, 7 de octubre de 1899. Algunos números más tarde, al presentar como en cada número una serie de imágenes de la guerra anglo-bóer, el comentario editorial señalaba que resultaba “imposible” no publicarlas “dado el interés que la sangrienta lucha excita” (*Caras y Caretas*, n° 56, 28 de octubre de 1899).

¹⁵ Una consideración de esas secciones, en particular “Cosas del Planeta”, en Martín Bergel, “Modernización de la prensa y nuevas imágenes del ‘Oriente’. Una aproximación al problema de la emergencia de una opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1880-1914)”, en I. de Torres (ed.), *Prensa, literatura y política en las primeras décadas del siglo XX*, Montevideo, Universidad de la República, 2017.

abundantes materiales”.¹⁶ En ese mismo número, un fotgrabado del general Anatoly Stoessel, líder de la heroica defensa rusa del disputado puerto, ilustraba una publicidad a página entera de la compañía Lázaro Costa, enclavada en el Once porteño. “¿Quién no conoce a este ilustre varón?”, preguntaba el aviso, para luego en la bajada ficcionalizar una visita próxima del célebre militar a la ciudad, que recorrería en los cómodos carruajes que ofrecía la firma. En suma, las revistas ilustradas fueron tanto un sostenido vector de divulgación de los hechos destacados de la guerra, como una caja de resonancia que recogía sus efectos en la opinión pública urbana. Y ello sobre todo en lo atinente al Japón, la gran cenicienta de la contienda. Una edición de *Caras y Caretas* apenas posterior a la toma de Port Arthur traía consigo una nota sobre kimonos. Según se consignaba allí, ese tipo de trajes “se ha puesto de moda últimamente”, gracias al “furor despertado por las cosas japonesas, debido a la guerra actual con Rusia”.¹⁷

IV El 20 de junio de 1905, pocas semanas después de que la decisiva batalla naval de Tsushima inundara los diarios con informaciones cablegráficas de todo orden, *La Nación* hacía un anuncio que brindaba testimonio de ese acrecentado interés de la opinión pública porteña por las “cosas japonesas”:

La guerra rusojaponesa no ha creado la importancia del Japón, pero ha puesto en evidencia el valor de ese viejo país [...] apto para los triunfos guerreros y para las conquistas de la civilización. A nosotros,

como colectividad que busca todavía su camino y que aun tiene tanto que iniciar y que aprender, nos interesan en grado sumo todo cuanto se refiere a ese ejemplo palpitante [...] Por eso, y sin vacilar ante la magnitud del esfuerzo, hemos resuelto que un enviado especial de nuestro diario se traslade al imperio de los nipones, para estudiar sus costumbres, sus hábitos, sus sistemas, los medios que les han servido para dar tan enorme salto al futuro.¹⁸

El emisario del diario no era otro que “Don Enrique Gómez Carrillo, uno de nuestros corresponsales en París”. Para 1905 el escritor guatemalteco llevaba ya quince años viviendo en esa ciudad (con algunos intervalos en Madrid), desde donde se había afirmado como uno de los nombres rutilantes del modernismo literario por su labor como excelso cronista y divulgador crítico en doble dirección de la literatura francesa en Hispanoamérica y viceversa.¹⁹ Pero la vía que se le abría ahora, a partir de la curiosidad del público lector por el Japón intensificada por la guerra, le imprimiría un giro a su carrera, hasta depositarlo como el narrador de viajes y retratista del “Oriente” por excelencia en América.²⁰ Solo sobre el país nipón, publicaría tres libros que agrupaban sus crónicas para la prensa: *De Marsella a Tokio* (1906), *El alma japonesa* (1907) y *El Japón heroico y galante* (1912). Desde la crítica literaria, se ha señalado cómo el viaje orientalista de los escritores moder-

¹⁸ “*La Nación* en el Imperio del sol naciente. Nuestro enviado especial en viaje”, *La Nación*, 20 de junio de 1905.

¹⁹ Hanno Ehrlicher, “Enrique Gómez Carrillo en la red cosmopolita del modernismo”, *Iberoamericana*, año xv, n° 60, 2015.

²⁰ Ya el conflicto sino-japonés ocurrido diez años antes había impulsado a Rubén Darío a ocuparse en *La Nación* de algunas costumbres y ritos japoneses. (“Viaje al país de los crisantemos. El folklore nippon”, *La Nación*, 20 de agosto de 1894). Pero su “viaje” no consistió más que en una glosa de algunos libros franceses sobre el enigmático país.

¹⁶ *Caras y Caretas*, n° 328, 14 de enero de 1905; “Información extranjera. La caída de Port Arthur”, *PBT*, n° 17, 14 de enero de 1905.

¹⁷ “Una moda de origen japonés. El kimono”, *Caras y Caretas*, n° 329, 21 de enero de 1905.

nistas, y en particular de Gómez Carrillo, habilitó un registro de escritura de tipo etnográfico, preocupado por los pormenores de las realidades que se visitan.²¹ Pero esa constatación no ha puesto suficientemente de relieve hasta qué punto esa propensión se alimentaba no solo de la saga del *voyage en Orient*, sino también del bullir de noticias que tenía lugar en la superficie de la prensa.²² Ciertamente, antes que *La Nación* fue el periódico madrileño *El Liberal*, en el que Gómez Carrillo colaboraba casi diariamente desde 1899, el que favoreció esa conexión. Y lo hizo agujoneado primeramente por las conmociones internas que se desataron a inicios de 1905 en Rusia con la guerra como telón de fondo. Así, a pocos días de ocurrido en San Petersburgo el llamado “Domingo Sangriento” que dio inicio a la agitación revolucionaria, Gómez Carrillo partía como corresponsal al teatro de los hechos junto al director del diario Alfredo Vicente.²³ Pero el mismo escritor guatemalteco se encargaría de exhibir las deudas que guardaba con *La Nación* por propiciar en términos no solo financieros sus viajes, en especial el que emprende meses más tarde al Japón. No casualmente *De Marsella a Tokio* está dedicado a Delfina Mitre de Drago, primogénita de Don Bartolomé. Ese reconocimiento se evidencia también en una carta a Darío que este inserta en el prólogo a ese libro: “¡Ah!

Querido Rubén, cuanto le agradezco a nuestra maternal *Nación* y a mi buen *Liberal* que me hayan proporcionado la oportunidad de vivir una vida de biombo!”; escribía allí Gómez Carrillo en relación a las vicisitudes de su inolvidable travesía japonesa.²⁴

Mariano Siskind ha destacado cómo ese prólogo emplaza al escritor guatemalteco al cumplimiento de los protocolos del viaje estético, asociados al canon romántico/exotista francés, por encima de las demandas informativas de los diarios. La pluma de Darío pasa allí rápidamente de la tercera a la segunda persona para realizar esa advertencia:

Gómez Carrillo va a Rusia, va al Japón. Cumple con su deber de periodista y con su obligación de artista. Desconfíe de los que le dicen: “Señor Gómez Carrillo, usted ha contado muy bien los sacos de trigo que produce Rusia y los sacos de arroz que produce el Japón”. Crea al que le diga: “Esta página brilla hermosamente”.²⁵

La sensibilidad literaria de Gómez Carrillo no necesitaba de esa admonición del príncipe modernista (a quien lo unía una ya añeja relación de amistad y también de competencia), como bien sabían los lectores que seguían con delectación los pliegues de sus crónicas. Pero al mismo tiempo, como advierte Siskind, esa fidelidad al preciosismo exotizante a menudo se interrumpe por el lugar que el autor de *El Japón heroico y galante* otorga a otros factores que integran la experiencia del viaje al Oriente (por ejemplo, voces y retratos críticos del colonialismo).²⁶ Los dos términos que in-

²¹ Araceli Tinajero, *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*, West Lafayette, Purdue University Press, 2003, pp. 34-49.

²² Fue Julio Ramos quien, en un memorable capítulo de su clásico libro *Desencuentros de la modernidad en América Latina* (México, FCE, 1989), ubicó a la escritura modernista en la estela de las informaciones cablegráficas y la modernización de la prensa.

²³ “‘El Liberal’, en Rusia”, *El Liberal*, Madrid, 26 de enero de 1905. Algunas semanas después también *La Nación* comunicaba a sus lectores que su ilustre corresponsal se hallaba en territorio ruso. Las crónicas que Gómez Carrillo publicaría en Madrid y Buenos Aires como resultado de ese viaje serían agrupadas luego en el celebrado libro *La Rusia actual*.

²⁴ Carta citada en Rubén Darío, “Prólogo” a Enrique Gómez Carrillo, *De Marsella a Tokio*, París, Garnier, 1906, p. ix.

²⁵ *Ibid.*, pp. xi-xii.

²⁶ Mariano Siskind, *Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America*, Evanston, Northwestern University Press, 2014, pp. 223-228.

tegran el título de la crónica que abre *De Marsella a Tokio* (“Poesía y realidad”) reflejan una ecuación de equilibrio que no se resuelve en favor de un polo sobre otro. Puesto que si hacia 1905 Gómez Carrillo gozaba ya de una reputación que le brindaba libertad a la hora de encarar sus corresponsalías para la prensa, y si —en sintonía con un movimiento intelectual y cultural más amplio que buscaba rescatar al Japón de la *Kultur* del aluvión de la *Zivilisation*—²⁷ se preocupará de retratar las singularidades del “alma japonesa” contra las tendencias uniformizantes que se advertían en el vigoroso proceso de modernización del país, no dejará por todo ello de ofrecer en sus textos elementos destinados a satisfacer la sed informativa de los lectores de periódicos. Así, por caso, en sus entregas desde el Japón podía tanto caracterizar la intransigencia de los intelectuales que agitaban a la opinión pública nacional contra las negociaciones de paz de Portsmouth por escamotear el triunfo que se había obtenido en sede militar, como, por contraste, ponderar el espíritu de tolerancia nipón que, contra ciertos temores, en plena guerra había respetado la existencia de la imponente catedral rusa de Tokio.²⁸ Pero además, las semblanzas de elementos de las tradiciones culturales japonesas con las que Gómez Carrillo se regodeaba literariamente en ocasiones ayudaban a entender el temple guerrero y nacionalista que había favorecido el éxito del país en la guerra. Tal por ejemplo la figura del samurai, que “en su heroísmo, en

su religión de la justicia, en su culto de la lealtad y la caballeridad”, inflamaba “el orgullo de ser japoneses”.²⁹

Los viajes como corresponsal de prensa que emprende al imperio zarista a inicios de 1905, y sobre todo meses después al Japón, tienen un efecto consagratorio en la carrera de Gómez Carrillo. Los textos que se agrupan en *La Rusia actual* son celebrados por los lectores en Buenos Aires y también en Europa. Una versión de *El alma japonesa* es traducida al francés, y cosecha aplausos de un amplio rango de críticos. *El Liberal* los enumera, y concluye que “desde el *Figaro* hasta las revistas del Barrio Latino, toda la prensa elogia al gran artista”.³⁰ Su primera esposa, la escritora peruana Zoila Aurora Cáceres, parece no exagerar al recordar que “los más célebres escritores franceses rara vez cuentan con mejor prensa que *L’âme japonaise* [...] que contribuye considerablemente a aumentar el prestigio literario de Enrique”.³¹ La obra lleva en efecto a que la Academia Francesa le otorgue el Premio Montyon, y a que el gobierno galo lo distinga con la cruz de la Legión de Honor. A partir de allí, su fama de “cronista errante” (como lo llama su biógrafo Edelberto Torres) y de sutil conocedor y retratista de las cosas del Japón, lo acompañará de por vida y lo proyectará como uno de los más ilustres literatos de su tiempo en Hispanoamérica. Años después, en un banquete de agasajo que le dedica en Buenos Aires la revista *No-sotros*, Alvaro Melián Lafinur así lo elogiará públicamente:

²⁷ Renato Ortiz caracteriza ese movimiento de recreación de la japoneidad (que incluyó la recepción del debate alemán sobre la *Kultur*) en *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad-mundo*, Buenos Aires, Interzona, 2003, pp. 36-49.

²⁸ Enrique Gómez Carrillo, “En el Japón. Antes de firmarse la paz. Las palabras de los partidarios de la guerra. Los intelectuales intransigentes”, *La Nación*, 12 de octubre de 1905; y “En el Japón. La catedral rusa de Tokio. Una lección de tolerancia”, *La Nación*, 22 de octubre de 1905.

²⁹ Enrique Gómez Carrillo, “Los samurayes”, en *De Marsella a Tokio*, p. 218.

³⁰ Citado en el prefacio de Enrique Gómez Carrillo, *El alma japonesa*, París, Garnier, 1907, p. 1.

³¹ Zoila Aurora Cáceres, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Guatemala, Tipografía Nacional, 2008 [1929], p. 46.

Muy pocos escritores nos han sido tan familiares como él, desde nuestra iniciación literaria. Leíamos en *La Nación*, con verdadero deleite, sus crónicas encantadoras [...] [Gómez Carrillo] en sus cuadros exóticos nada tiene que envidiar a los demás cultivadores del Oriente.³²

Si esa evocación de 1918 reflejaba los términos a los que el nombre de Gómez Carrillo ha quedado asociado, en este artículo hemos querido iluminar las deudas mucho menos visibles de esas “crónicas encantadoras” y de esos “cuadros exóticos” con el fenómeno más amplio que supuso su marco propiciador: a saber, la novedosa dinámica informativa global que a comienzos del siglo xx inundaba Buenos Aires y el conjunto de grandes ciudades del mundo. □

Bibliografía citada

Aydin, Cemil, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*, Nueva York, Columbia University Press, 2007.

—, “A Global Anti-Western Moment? The Russo-Japanese War, Decolonization, and Asian Modernity”, en S. Conrad y D. Sachsenmaier (eds.), *Competing Visions of World Order. Global Moments and Movements, 1880-1930*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007.

Bergel, Martín, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 2015.

—, “Modernización de la prensa y nuevas imágenes del ‘Oriente’. Una aproximación al problema de la emergencia de una opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1880-1914)”, en I. de Torres (ed.), *Prensa, literatura y política en las primeras décadas del siglo xx*, Montevideo, Universidad de la República, 2017.

Cáceres, Zoila Aurora, *Mi vida con Enrique Gómez Carrillo*, Guatemala, Tipografía Nacional, 2008 [1929].

Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del

siglo xix”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018.

Cuarterolo, Andrea, “Entre caras y caretas: caricatura y fotografía en los inicios de la prensa ilustrada argentina”, *Significação*, vol. 44, n° 47, 2017.

Ehrlicher, Hanno, “Enrique Gómez Carrillo en la red cosmopolita del modernismo”, *Iberoamericana*, año xv, n° 60, 2015.

Esenbel, Selçuk, “Japan’s Global Claim to Asia and the World of Islam: Transnational Nationalism and World Power, 1900-1945”, *The American Historical Review*, vol. 109, n° 4, 2004.

Gómez Carrillo, Enrique, *De Marsella a Tokio*, París, Garnier, 1906.

— *El alma japonesa*, París, Garnier, 1907.

Jansen, Marius, *The Japanese and Sun Yat Sen*, Harvard University Press, Cambridge, 1967.

Kowner, Rotem, “Between a colonial clash and World War Zero. The impact of Russo-Japanese War in a global perspective”, en R. Kowner (ed.), *The Impact of Russo-Japanese War*, Londres y Nueva York, Routledge, 2007.

Laffan, Michael, “Tokyo as a shared Mecca of modernity: war echoes in the colonial Malay world”, en R. Kowner (ed.), *The Impact of Russo-Japanese War*, Londres y Nueva York, Routledge, 2007.

Menning, Bruce, John W. Steinberg, David Schimmelpenninck van der Oye, David Wolfe y Shinji Yokote (eds.), *The Russo-Japanese War in Global Perspective. World War Zero*, 2 vols., Brill, Boston y Leiden, 2005-2007.

Mishra, Pankaj, *From the Ruins of Empire. The Intellectuals who Remade Asia*, Nueva York, Farrar, Strauss y Giroux, 2012.

Ortiz, Renato, *Lo próximo y lo distante. Japón y la modernidad-mundo*, Buenos Aires, Interzona, 2003.

Ramos, Julio, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo xix*, México, FCE, 1989.

Rogers, Geraldine, *Caras y Caretas. Cultura, política y espectáculo en los inicios del siglo xx argentino*, La Plata, Editorial de la Universidad de La Plata, 2008.

Romano, Eduardo, *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*, Buenos Aires, Catálogos/El Calafate, 2004.

Seligmann, Matthew, “Germany, the Russo-Japanese War, and the road to the Great War”, en R. Kowner (ed.), *The Impact of Russo-Japanese War*, Londres y Nueva York, Routledge, 2007.

Siskind, Mariano, *Cosmopolitan Desires. Global Modernity and World Literature in Latin America*, Evanston, Northwestern University Press, 2014.

³² “La demostración de *Nosotros* a Gómez Carrillo”, *Nosotros*, n° 112, 1918, pp. 597-598.

Szir, Sandra, "Figuraciones urbanas. *Caras y Caretas*, 1900", en A. Lattes (coord.), *Dinámica de una ciudad. Buenos Aires, 1810-2010*, Buenos Aires, Dirección General de Estadística y Censo, 2010.

Tell, Verónica, "Reproducción fotográfica e impresión fotomecánica: materialidad y apropiación de imágenes

a fines del siglo XIX", en Marcela Gené y Laura Malosetti (eds.), *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

Tinajero, Araceli, *Orientalismo en el modernismo hispanoamericano*, West Lafayette, Purdue University Press, 2003.

Resumen /Abstract

En busca del país de los crisantemos. Enrique Gómez Carrillo y las derivas de la guerra ruso-japonesa en la prensa porteña

Este ensayo aborda la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 como un "momento global" que puso en evidencia la maduración del entramado informativo que se había desarrollado a escala mundial a partir de la invención del telégrafo. Dentro de las amplias repercusiones del conflicto en la opinión pública de Buenos Aires, el artículo se concentra en dos de sus manifestaciones en las publicaciones periódicas de la ciudad: su presencia en las nuevas revistas ilustradas del período, y la deriva que lleva a que el diario *La Nación* envíe al Japón a uno de sus corresponsales más afamados, Enrique Gómez Carrillo, quien a partir de allí entabla una de las relaciones más intensas de un intelectual latinoamericano con el "Oriente".

Palabras clave: Guerra ruso-japonesa - Gómez Carrillo - Revistas ilustradas - Modernismo literario

In search of the country of chrysanthemums. Enrique Gómez Carrillo and the drifts of the Russo-Japanese war in the press of Buenos Aires

This essay deals with the Russo-Japanese War of 1904-1905 as a "global moment" that brought to light the maturation of the informational framework that had developed on a world scale from the invention of the telegraph. Within the broad repercussions of the conflict on public opinion in Buenos Aires, the article focuses on two of its manifestations in the city's periodical publications: its presence in the new illustrated magazines of the period, and the drift that leads to the *La Nación* newspaper sent one of its most famous correspondents, Enrique Gómez Carrillo, to Japan, who from there began one of the most intense relationships of a Latin American intellectual with the "East".

Keywords: Russo-Japanese War - Gómez Carrillo - Illustrated magazines - Literary modernism

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1218>

La aviación en Buenos Aires y el fenómeno noticioso global (1908-1910)

Pablo Ortemberg

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

Aeronautas y aviadores ocupan todos los días algunas columnas en revistas y diarios.

Caras y Caretas, Buenos Aires,
7/11/1908

El cable y el aeroplano: una *mise en page* de la velocidad

En 1920, el periódico argentino *La Nación* celebró su cincuentenario con un suplemento auto-dedicado. Presenta allí una sección con semblanzas de sus ilustres colaboradores “de hoy y de ayer”; y otra con el título “los corresponsales y colaboradores del exterior”. Esta última contiene, a su vez, las rúbricas de “los corresponsales diarios de las grandes capitales”, “una gran cantidad de publicistas de todo el mundo”, y no se ahorran fotos de sus agencias en Londres, París y de las oficinas en Nueva York, Chicago y Boston. En España, además de haber creado su propia oficina de verano en San Sebastián, a cargo de su redactor-corresponsal Fernando Ortiz Echagüe, el periódico se enorgullece de su contrato especial con la agencia de noticias Mencheta, “una de las más antiguas de España”, cuya organización alcanza incluso a ciudades que no son capitales de provincia.¹

¹ *La Nación. Suplemento Cincuentenario*, domingo 4 de enero de 1920, p. 2.

En otra parte del suplemento, recuerda el primer servicio cablegráfico de Havas Reuter publicado en el diario en 1877, tan solo tres años después del tendido del cable interoceánico. Por entonces ambas empresas acordaron el envío de telegramas de Europa con “noticias de los más importantes sucesos políticos”.² Más adelante, se presenta en grandes letras la sección “Cómo se hace un diario moderno: ‘La Nación’. La más grande manifestación del progreso”. Una pintura campestre ilustra cómo “pintorescas diligencias” transportaban el diario medio siglo atrás. Más abajo, de mayor tamaño y en el centro de la página, se impone la fotografía de la trompa de un aeroplano apuntando al cielo, con grandes paquetes atados al fuselaje. Vale la pena reproducir la leyenda explicativa: “‘La Na-

² *Ibid.*, p. 15. El auge del cable en la prensa porteña se manifiesta en la década de 1890. Véase Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018, p. 96. Véase también Martín Bergel, “Modernización de la prensa y nuevas imágenes del Oriente. Una aproximación al problema de la emergencia de una opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1880-1914)”, en I. de Torres (ed.), *Prensa, literatura y política en las primeras décadas del siglo XX*, Montevideo, Comisión Sectorial de Investigación Científica / Universidad de la República, 2017, pp. 195-218.

ción' ha usado en el último año el aeroplano como medio de transporte a las ciudades más lejanas. Los paquetes de ejemplares colgados en el exterior de las cabinas y dentro de ellas, en un Airco, piloteado por el mayor Kingsley y tripulado por un redactor del diario, momentos antes de partir para Tucumán".³ Así, las noticias de todo el globo llegaban al diario de manera instantánea por vía telegráfica, y luego cada ejemplar arribaba con una velocidad inédita a las manos de sus lectores, idealmente, en cada rincón del país. Estas dos tecnologías de la velocidad parecían situar con todo derecho a *La Nación* y a la Argentina dentro de la modernidad global del momento.

No obstante, la relación entre empresa periodística y aviación,⁴ en la Argentina y en el mundo, tiene su origen una década atrás, durante la "Belle Époque". El período que actualmente se conoce como el de la "aviación pionera" comienza en 1908 y culmina en 1914, cuando estalla la Gran Guerra y el *sport* muta profundamente hacia otra experiencia. En efecto, desde la exitosa exhibición de Wilbur Wright en Le Mans en 1908, y en coincidencia, además, con el nivel técnico alcanzado por aparatos concurrentes, ese año se desata una fiebre mundial por los aeroplanos, con epicentro en Europa y los Estados Unidos. Se dispara una sucesión de exhibiciones y competencias deportivas de aeroplanos en todas partes y se batien records con frecuencia. El clímax de popularidad de ese nuevo deporte se constata al año siguiente, especialmente luego del cruce del Canal de la Mancha por Louis Blériot en julio y del éxito de la *Grande Semaine d'Aviation de la Champagne* de agosto, en las afueras de Reims.

³ *La Nación. Suplemento Cincuentenario*, domingo 4 de enero de 1920, Sección vi.

⁴ Mantenemos la distinción de época entre "aviación", referida a los vuelos motorizados de los "más pesados que el aire", y "aerostación", concerniente a globos y dirigibles.

La historia cultural de la aviación está centrada en las experiencias europeas y norteamericanas. Explorar desde el escenario argentino –en particular desde la ciudad de Buenos Aires y su área de expansión– ese momento global de irrupción espectacular del vuelo mecánico, de 1908 a 1910, cuando el aeroplano se consagra como símbolo por excelencia de la modernidad, y su relación con la empresa periodística de entonces, en pleno crecimiento y cada vez más orientada hacia un público de masas, nos permitirá comprender mejor la dimensión cultural y comercial de este doble proceso en clara retroalimentación. La experiencia argentina del nuevo *sport* se vivió primero en 1908 y 1909 desde las páginas de diarios y revistas. Habrá que esperar al inicio de 1910 para que, en homenaje al Centenario de Mayo, un grupo de entusiastas *sportmen* contraten pilotos europeos para que realicen exhibiciones en el país con sus propios aeroplanos. Hasta el día de hoy hay quienes atribuyen el primer vuelo en aeroplano en la Argentina al italiano Ricardo Ponzelli, quien fuera invitado por el Barón Antonio de Marchi, presidente honorario de la Sociedad Sportiva Argentina. Otros consideran que fue el francés Henri Brégi quien logró en Campo de Mayo algo más que un salto. Este piloto vino contratado por el Aero Club Argentino, donde gravitaba la figura de Jorge Newbery. El espíritu de competencia y la fiscalización de records entre los "más pesados que el aire" quedaban instalados de ese modo en suelo argentino desde las primeras exhibiciones.

Ahora bien, esta novedad importada de Europa era en gran medida una prolongación del género de las exhibiciones y las competencias ciclísticas, automovilísticas y de ascensión de globos al cual el público argentino, especialmente de las grandes ciudades, estaba cada vez más acostumbrado. No obstante, junto con estos antecedentes también ejerció influencia local en los años previos al Centenario el sistemático bombardeo de noticias de

cable en los diarios comerciales sobre los avatares cotidianos de la aerostación y en particular de los “más pesados que el aire” en cada rincón del mundo. En efecto, existía una sociedad lectora de periódicos y revistas ilustradas que, desde por lo menos 1908, estaba deseosa de convertirse en el público de este nuevo espectáculo de masas. Si acaso exageramos sobre la masividad de ese entusiasmo, por lo menos no había dudas de que el gran público, llegado el año 1910, ya tenía noticias de las asombrosas demostraciones aéreas de esas máquinas voladoras, los eventuales accidentes esperables, la audacia de los pilotos renombrados, la progresión de records mundiales, las expectativas comerciales de los *meetings* del nuevo *sport* y las posibles reacciones de los públicos de estos espectáculos.

En este sentido, nuestro argumento es que las noticias globales –publicadas casi en sincronía gracias a los telegramas internacionales con vocación de ampliar el mercado de lectores– prepararon gradualmente una sensibilidad local sobre la que consiguió aclimatarse rápidamente la novedad importada de Europa: los vuelos en aeroplano.⁵ En 1908 y 1909 la prensa periódica desempeñó un papel fundamental en la instalación de un sueño de modernidad local asociado al aeroplano, y preparó un imaginario para un nuevo espectáculo deportivo que incluía tanto proyectos de desarrollo militar como oportunidades de be-

neficio comercial privado. La saturación de notas cablegráficas y artículos sobre temas de aviación entre 1908 y 1909 en la prensa comercial argentina permitió que se viviera la *aviación antes de la aviación*, y generó el contexto cultural necesario para que cuando esta práctica arribara en 1910, la sociedad porteña pudiera autoperibirse rápidamente en sintonía con el “mundo civilizado”.

Nuestra hipótesis es que gracias a las noticias instantáneas se consolidó en los lectores de prensa entre 1908 y 1909 una conciencia y expectativa globales sobre un nuevo ícono de la modernidad y el progreso: el aeroplano. No era necesario viajar a París, Nueva York o Londres para conocer los nombres de los nuevos –y muchas veces efímeros– héroes pilotos, exitosos inventores, los avatares de esta novedosa industria y su incipiente mercado, los nuevos modelos de aeroplanos y los tipos de motores, así como los records y el desarrollo de campeonatos organizados en las ciudades europeas, norteamericanas y, no menos importante, de cualquier otra parte del mundo. El ideal de la sincronía global de la noticia que había prometido el cable –como advierte Cairamari, no estrictamente diseñado según lógicas “imperiales”– y la mercancía de la “novedad” periodística daban marco y estímulo al desarrollo de la aviación en el país, en particular desde su capital y localidades cercanas. Y también ocurría en sentido inverso, la superación casi diaria de los records de estas primitivas máquinas de locomoción aérea necesitaba de un sistema de comunicación extenso en el espacio y también eficaz en la inmediatez para comunicar y medir los constantes hitos de un progreso considerado universal, aunque con ineludibles connotaciones nacionales. Hitos que en ocasiones eran superados de una semana a otra desde distintos rincones de Europa o en los Estados Unidos, aunque también desde la periferia. Un par de años después del lapso estudiado en este trabajo, el cabo Teodoro Fels obtuvo el record mundial de vuelo

⁵ Sobre la relación entre empresa y “poéticas” periodísticas, y la experiencia del vuelo, se destacan el dossier coordinado por Mélodie Simard-Houde, “Introduction. Pour une poétique médiatique de la ‘conquête de l’air’”, *Nacelles*, dossier “La presse et la conquête de l’air. Histoires, imaginaires, poétiques”, en línea 01/04/2019 <<http://revues.univ-tlse2.fr/pum/nacelles/index.php?id=568>>; Luc Robène y Dominique Bodin, “Le feuilleton aéronautique à la Belle Époque”, *Le Temps des médias*, n° 9, 2007/2008, pp. 47-62; y Benoît Lenoble, “L’aéroplane et le ballon vus par le journal. Technique aérienne et imaginaire médiatique en France (de 1906 au début des années 1920)”, *Hypothèses*, 1, 9, 2006, pp. 209-220.

sobre el agua al unir Buenos Aires con Montevideo en un Blériot (diciembre de 1912), y Jorge Newbery batió el record mundial de altura en un monoplano Morane-Saulnier (febrero de 1914, veinte días antes de su fatal accidente en una simple demostración), aunque la proeza no fue homologada por la comisión internacional por no cumplir con el reglamento que exigía un mínimo de 150 metros de diferencia. En 1905 se había creado la Federación Aeronáutica Internacional (FAI), días después de la realización de la primera conferencia aeronáutica internacional. Su objetivo consistía en catalogar, fiscalizar y comunicar los records para uniformar criterios y hacerlos comparables, además de proteger la titularidad del responsable de la hazaña. En consecuencia, los vuelos de los primeros aeroplanos y también las experiencias de la cada vez más perfeccionada aerostación eran comentados en la prensa, que informaba los records que cotidianamente daban la medida del progreso moderno y capturaban el asombro de los lectores.⁶

Este artículo breve tiene como sustento empírico, en primer lugar, un trabajo cuantitativo sobre la sección de cables internacionales del periódico *La Nación* para dar cuenta del espacio dedicado a temas de aviación y aerostación durante 1908 y buena parte de 1909. Un segundo cuadro muestra cuántas noticias sobre inventos/experiencias de vuelo en aeroplano refieren a competencias, records y/o accidentes. Desde un enfoque cualitativo, a continuación ofrecemos algunos ejemplos de la configuración de un imaginario en torno al aeroplano en el escenario porteño, a partir de expresiones de esta moda en artículos de la revista ilustrada *Caras y Caretas*, especialmente en textos que

refieren a temas ajenos al campo deportivo o tecnológico. Por esta razón denominamos a sus autores “mediadores mediados”. Junto con ello señalamos otros ejemplos de este nuevo imaginario en otros órdenes de la cultura. Para finalizar este recorrido, apuntamos algunas observaciones de los primeros vuelos en Buenos Aires y sus localidades aledañas en franco crecimiento en 1910 y la inscripción global de esta experiencia en el flujo de espectáculos análogos que se desarrollaban al mismo tiempo en otras partes del globo con pilotos itinerantes encendidos de fama mundial.

Cuadros preliminares

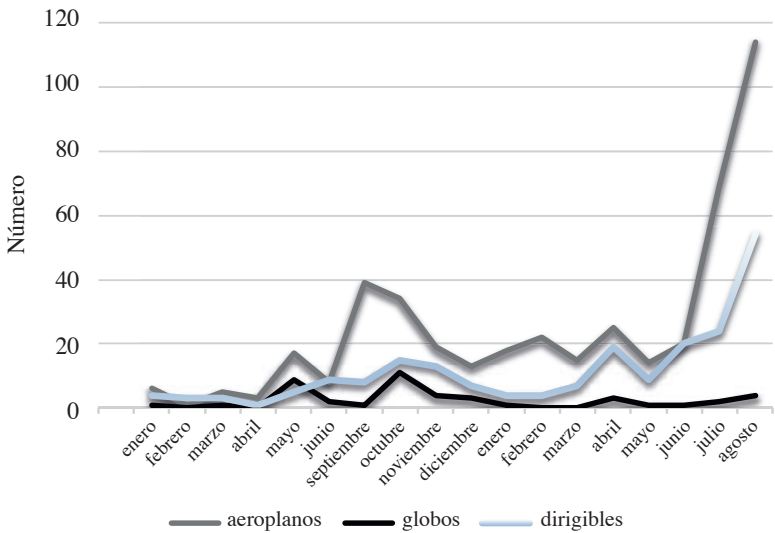
En estos dos gráficos observamos la evolución de la cantidad de noticias sobre aeronavegación en la sección “Telegramas Internacionales (de nuestros corresponsales)” del periódico *La Nación*, de enero 1908 a agosto de 1909.⁷ Puede comprobarse el progresivo aumento de las noticias dedicadas a la temática y también la atención diferencial consagrada a los tres medios de locomoción aérea vigentes. Las noticias reportan sucesos aeronáuticos de Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Italia, Bélgica, Rusia, España, Rumania, Egipto, Australia, Canadá, Holanda, Brasil y Chile.

En el cuadro 1 se observa cómo las noticias de los vuelos en aeroplano dan un primer salto en los meses de verano del hemisferio norte en 1908 en desmedro de la aerostación, al tiempo que las noticias sobre dirigibles superan gradualmente las referidas a los globos. Sin embargo, el mayor aumento se producirá en los meses estivales del año siguiente, aunque esta vez aparece una brecha más signifi-

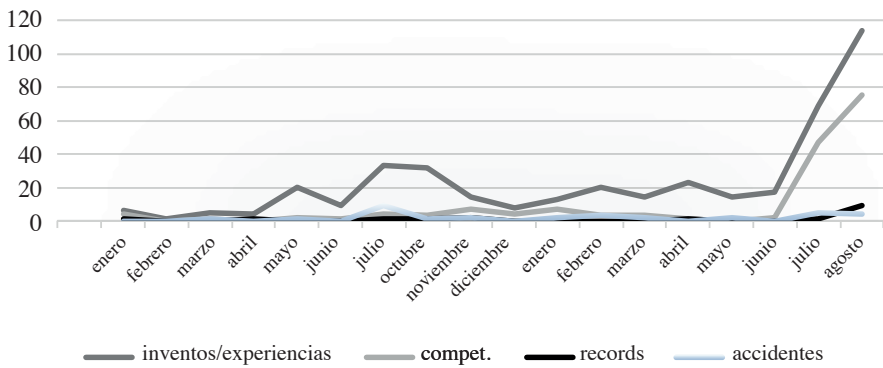
⁶ Sobre los records y la cuantificación de las performances deportivas, véase el clásico de Allen Guttman, *From ritual to record. The Nature of Modern Sports*, Nueva York, Columbia University Press, 1978; o más recientemente Jim Parry, “The idea of the record”, *Sport in History*, vol. 26, n° 2, 2006, pp. 197-214.

⁷ Debido a restricciones impuestas por la pandemia de Covid-19, no hemos podido relevar los meses de julio y agosto de 1908, ni de septiembre a diciembre de 1909. Afortunadamente esto no impide detectar tendencias.

Cuadro 1. Noticias sobre aeronavegación en “Telegramas internacionales” en *La Nación* (enero 1908-agosto 1909)



Cuadro 2. Alusiones a competencias, records y/o accidentes del total de noticias sobre inventos/experiencias de vuelo en aeroplano en “Telegramas internacionales”, *La Nación* (enero 1908-agosto 1909)



cativa en la atención dedicada a los modernos dirigibles con respecto a los globos. Este aumento vertiginoso en los cables lo dispara el cruce de Blériot, una noticia de fuerte impacto mundial, y se acrecienta debido al desarrollo de los primeros *meetings*, datos confirmados en el cuadro 2.

“Mediadores mediados”

Los mediadores por excelencia en el ámbito de la aeronavegación fueron Jorge Newbery, cofundador y posterior presidente del Aero Club Argentino, así como otros miembros conspicuos de aquella institución, como Aa-

rón Anchorena, quien en 1907 le compró en París a Alberto Santos Dumont el famoso globo que rebautizó “Pampero”, o Víctor Laborde, empresario automovilístico y representante en el país de la revista *L'Auto*, la cual patrocinó el viaje de Brégi.⁸ También sirvieron a la promoción del vuelo en globo en el país las ascensiones del diputado Alfredo Palacios, amigo de Newbery, especialmente luego de la parálisis creada en la actividad luego de la tragedia de su hermano Eduardo y el sargento Eduardo Romero.

No obstante, hay otras figuras intelectuales que intervienen en el periodismo de ese momento, en cuya producción se observa la influencia de la nueva cultura del aeroplano por las imágenes que utilizan, aun tratándose de relatos referidos a otros temas. En una extensa nota de 1909 sobre el pensamiento católico de Rómulo Murri y su relación con el Vaticano, Juan José de Soiza Reilly desliza: “Un Cristo de nuestros tiempos andaría con pantalones, con sombrero y con lentes. Para la Resurrección, en vez de nubes, tendría un aeroplano [...]”.⁹ En su relato “Un idilio”, Horacio Quiroga escribe: “Apresuré el paso, esforzándose en pensar en otra cosa, en cualquiera, en una puerta de su casa, que chillaba; en los aeroplanos de Curtiss [...]”.¹⁰ En más de una ocasión, el humor gráfico de José María Cao ironiza sobre la moda del aeroplano y a la vez lo emplea para satirizar la realidad política y social del momento. Por su parte, Enrique Gómez Carrillo, corresponsal en París de *La Nación* —y de muchos otros periódicos—, da cuenta de la invasión de la temá-

tica aérea en la literatura francesa de 1910: “tal vez el año próximo volverá el gusto por la historia, aunque según mis cálculos el porvenir pertenece a la navegación aérea”.¹¹

La cultura del “aeroplano antes del aeroplano” emerge ubicua por su carácter global y también por su pregnancia en múltiples órdenes de la vida social, vehiculizada por la prensa periódica. En la revista *Caras y Caretas* de noviembre de 1909 se publica un croquis con indicaciones para armar, con bambú y tela, aeroplanos modelos Wright y Farman, sin dejar de señalar los pasos para fabricar también la libélula Blériot. En esos días, durante la ascensión del globo “Huracán” en el Hipódromo de la Sociedad Sportiva a beneficio de la Asociación Damas de Misericordia, se organizó conjuntamente una carrera con esos modelos de aeroplanos.¹² En general, en las páginas de diarios y revistas ilustradas se reiteran las publicidades de productos de diversa índole que utilizan la imagen del aeroplano, prestigioso símbolo de modernidad y superación de límites.¹³ Se venden aeroplanos de juguete para niños y niñas, y la tienda Gath y Chaves presenta un sombrero para damas estilo “aeroplano”.¹⁴ En las familias de la élite porteña muchos jóvenes no solo se asocian al Aero Club antes de la llegada de los aparatos, sino que empiezan a elucubrar iniciativas empresariales vinculadas a la aviación, aunque a veces sin suerte.¹⁵

¹¹ *La Nación*, 13 de enero de 1910, p. 7.

¹² *Caras y Caretas*, 20 de noviembre de 1909, n° 581.

¹³ El intenso carácter global de este nuevo imaginario, incluso previo a las primeras experiencias en aeroplano, también se verifica en la prensa de muchos otros países de la región.

¹⁴ *Caras y Caretas*, 23 de octubre de 1909.

¹⁵ El joven Julio Senillosa intentó en 1909 contactarse con los hermanos Wright para ser su representante en Buenos Aires. La fiebre de la aviación también se traduciría como empresa prometedora para una familia en decadencia, Roy Hora y Leandro Losada, *Una familia de la élite argentina: Los Senillosa (1810-1930)*, Buenos Aires, Prometeo, 2016, p. 129.

⁸ Eloy Martín, “La aviación en el hipódromo de Longchamps”, s/r, 2014, p. 8. En línea: <<https://www.histarmar.com.ar/AVIACION/EloyMartin/La%20aviacion%20en%20el%20hipodromo%20de%20Longchamps.pdf>>.

⁹ Juan José de Soiza Reilly, “El modernismo católico. Lo que dice don Rómulo Murri”, *Caras y Caretas*, n° 571, 11 de septiembre de 1909.

¹⁰ Horacio Quiroga, “Un idilio”, *Caras y Caretas*, n° 584, 11 de diciembre de 1909.

Por último, en el liminal mes de enero de 1910, un aficionado en Tigre había emprendido en solitario la construcción de un aeroplano.¹⁶ Con la experiencia de los primeros vuelos en Buenos Aires desde febrero de ese año, esta pregnancia cultural del objeto aeroplano, como es de esperar, se intensificó considerablemente. Por ejemplo, en las listas de carreras del hipódromo aparece un caballo bautizado “Aeroplane”; y en la sección policiales nos enteramos de que en abril hubo “una ‘razzia’ de malevos” en el café “Aeroplano”.¹⁷ Para la Navidad de 1910, los niños ya no se conforman con simples juguetes de aeroplanos, “los quieren que funcionen como los de verdad”.¹⁸

1910: del acontecimiento de la noticia a la noticia del acontecimiento

Este recorrido concluye con algunas reflexiones sobre las primeras experiencias de vuelos en aeroplano en la Argentina en 1910, específicamente en Buenos Aires, con sus localidades cercanas en plena expansión, la ciudad bonaerense de Mar del Plata –conectada desde sus orígenes con la sociedad porteña– y finalmente el anuncio del desafío Buenos Aires-Rosario. Son numerosos los estudios que relatan con detalle el mito fundacional de la aeronáutica en el país. Destacamos los trabajos recientes con documentación detallada de Eloy Martín¹⁹ y la elocuente biografía de Jorge Newbery de Alejandro Guerrero, aunque el registro de divulgación de

esta última impide corroborar algunos de sus pasajes.²⁰ En este último apartado nos interesa caracterizar el modo en que esta experiencia local se inscribe en una tendencia global con dinámicas similares, si no idénticas en muchos aspectos.

Diversas ciudades utilizaron los *meetings* de aviación para fomentar el turismo local. Luc Robène *et. al.* demuestran, en este sentido, la estrategia de la municipalidad de Pau para atraer a los hermanos Wright para realizar sus demostraciones e inaugurar una escuela de aviación. De ese modo la localidad pretendía recapturar un público aristocrático y burgués que desde hacía un tiempo pasaba sus veranos exclusivamente en Biarritz.²¹ El contrato del piloto francés Brégi en Buenos Aires incluía exhibiciones en el hipódromo de Mar del Plata, polo turístico bonaerense de relieve social. En efecto, al poco tiempo de llegar a Buenos Aires, Brégi partió para la ciudad balnearia en plena temporada de febrero de 1910. En el primer caso, el propósito consistía en recuperar turistas, mientras que en el segundo se trataba de aprovechar a los que estaban allí para estimular el interés por la nueva práctica. Por lo demás, vale recordar que el famoso *meeting* de Reims había sido financiado por los productores de champagne para promocionar su *terroir*.

También se observan en sincronía usos semejantes de las exhibiciones aéreas en la periferia por parte del comercio inmobiliario. Los diarios porteños no ahorraron tinta en informar en 1910 sobre el éxito de “The Great Week of Aviation at Heliopolis” (Heliopolis era un nuevo suburbio en las afueras de El

¹⁶ “La aviación en Argentina. Un aeroplano argentino”, *La Nación*, 11 de enero de 1910, p. 9.

¹⁷ Respectivamente, *Caras y Caretas*, n° 613, 2 de julio de 1910; *La Nación*, 14 de abril de 1910, p. 11.

¹⁸ “Un viaje al país de los juguetes”, *Caras y Caretas*, n° 638, 24 de diciembre de 1910. En los años sucesivos el aeroplano también empezará a inspirar algunas letras de tangos.

¹⁹ Eloy Martín, *Los vuelos del Centenario. Crónica de la aviación argentina en 1910*, Buenos Aires, s/r, 2009.

²⁰ Alejandro Guerrero, *Jorge Newbery*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

²¹ Luc Robène, Dominique Bodin y Stéphane Héas, “Pau et l’invention de l’aviation ‘sportive’ (1908-1910). Des enjeux technologiques aux plaisirs mondains: naissance d’un loisir et nouveaux pouvoirs du corps”, *Staps*, n° 87, 2010/11, pp. 13-31.

Cairo). En 1909, luego del exitoso evento de Reims, un grupo de empresarios coloniales de Egipto había contactado a varios pilotos del momento para que a comienzos del año siguiente participasen de un concurso de aviación con importantes premios. Construyeron un aeródromo inmenso con diferentes servicios (*Caras y Caretas* reproducía una fotografía al respecto).²² Su intención era atraer la mirada del mundo entero a su proyecto inmobiliario de hotelería de lujo en esa zona.²³ Según Eloy Martín, la empresa Ricardo J. Davel y Cía intercedió para que Brégi realizara vuelos los días de subastas de lotes en Longchamps y así atrajera más compradores.²⁴ La publicidad gráfica de los remates en la prensa porteña incluía el dibujo del aeroplano, del mismo modo que los empresarios en Egipto lo habían utilizado en cientos de postales publicitarias que enseñaban los futuros edificios. Tanto en El Cairo como en Buenos Aires las entradas para estos espectáculos se podían comprar en determinados hoteles céntricos.

Como vemos, desde el comienzo este modelo de espectáculo no solo tenía lugar en las afueras de las grandes capitales europeas y norteamericanas, sino especialmente en ciudades medianas y pequeñas pero con decidida aspiración de notoriedad, como Le Mans, Reims, Brescia, Pau, Verona, Palermo, Ostende, Douai, Vichy, Doncaster, Blackpool, Antwerp, etc. Y en los casos de Heliopolis, Longchamps y Villa Lugano, estas zonas doblemente alejadas (periferias de la periferia) consiguieron mediante estas exhibiciones ubicarse momentáneamente en el “centro” de la atención.

El desplazamiento del público hacia los “campos de volación” se realizaba en ferrocarril, a veces con frecuencias especiales, porque los sitios se encontraban por lo general en las afueras de las ciudades. Muchos espectadores, y no solo periodistas, dejaron su testimonio sobre esas excursiones. Le Corbusier, por ejemplo, recuerda no solo el entusiasmo por los vuelos del año 1909, sino que también alude a la ira popular generada por problemas de organización en el trayecto de París a Port-Aviation en Juvisy (23 kms).²⁵ Franz Kafka narra ese mismo año para el periódico *Bohemia* los imponderables que experimentó para llegar al “campo di volo”, en el sureste de Brescia, con el fin de apreciar el circuito aéreo de septiembre.

Aunque su composición social variaba, los públicos reaccionaban de manera similar en cualquier parte del mundo: las frustraciones por la espera y la anulación de vuelos —la mayoría de las veces debido al mal tiempo— podía desencadenar el destrozo de instalaciones. Los aterrizajes eran peligrosos, porque el público exultante podía invadir el terreno; e incluso en tierra, en determinadas ocasiones la euforia de la gente podía dañar al piloto y al aparato.

Desde fines del siglo XIX, la prensa de vocación masiva no solo informaba sobre los sensacionales encuentros deportivos, sino que comenzó a organizar ella misma competencias de ciclismo, automovilismo, aerostación y luego aviación. Por ejemplo, *Le Figaro* organizó un concurso aerostático en 1905, y *The Daily Telegraph* impuso el propio en 1908.²⁶ Este mismo año, el periódico *Daily Mail* ofreció unas 1.000

²² *Caras y Caretas*, n° 599, 26 de marzo de 1910.

²³ Gary Leiser, “The First Flight Above Egypt: The Great Week of Aviation at Heliopolis, 1910”, *Journal of the Royal Asiatic Society*, Third Series, vol. 20, n° 3, 2010, pp. 267-294.

²⁴ Martín, “La aviación en el hipódromo de Longchamps”, pp. 2 y 17.

²⁵ Robert Wohl, *A passion for wings. Aviation and the western imagination, 1908-1918*, New Haven/Londres, Yale University Press, 1994, pp. 253-255.

²⁶ *La Nación*, 22 de enero de 1908. Sobre periódicos organizadores de exhibiciones de aerostación en el cambio de siglo, Mélo die Simard-Houde, “Porter le journal jusqu’aux nues: la presse et l’ascension en ballon homonyme à la fin du XIX^e siècle”, *Mémoires du livre / Studies in Book Culture*, 10, 1, 2018, pp. 1-44.

libras esterlinas a quien cruzara en aeroplano el Canal de la Mancha, hazaña lograda por Blériot en julio de 1909. Al mes siguiente, el avión fue comprado por el periódico francés *Le Matin* para exhibirlo en su local. En 1909 se creó la Copa de aviación “Gordon Bennett”, instituida por el magnate de la prensa. Al año siguiente, mediante anuncios rimbombantes *Le Matin* ofreció 100.000 francos al aviador que uniera París-Troyes-Nancy-Mézières-Douai-Amiens-París. Nuevamente el *Daily Mail* estableció en abril de 1910 un premio de 10.000 libras esterlinas al aviador que volara de Londres a Manchester. En 1911, *Le Petit Journal* organizó la carrera París-Turín-Roma, luego de que *Le Petit Parisien* impulsara el raid París-Madrid. Este mismo año, *Le Journal* se asoció en agosto con otros diarios europeos para organizar “Le Circuit d’Europe”, con la intención de celebrar la paz fraternal uniendo las ciudades de París, Bruselas, Utrecht, Londres y Berlín, entre otras. Mientras tanto, el periódico *La Dépêche* ofreció un premio para el piloto que uniera en un solo tramo Pau-Toulouse.

En la Argentina, *La Nación* no se quedó atrás en esta estrategia publicitaria. Además de los premios de aerostación y aviación ofrecidos por el Aero Club Argentino, el empresario Carlos Torquinst y la tabacalera de Juan Carter —la cual donó la copa para una carrera de globos en 1909—, *La Nación* organizó el 17 de noviembre de 1910 un raid de aeroplanos que se concretó al año siguiente. Destinó un premio de 15.000 francos para la travesía Rosario-Buenos Aires.²⁷ De este modo, la prensa local contribuyó a la invención de la aviación en la Argentina saturando a los lectores con noticias sobre el nuevo *sport* entre 1908 y 1909, y después de 1910 organizando uno de estos lucrativos espectáculos de acuerdo a la tendencia global.

En conclusión, el asombro, la cultura y la economía de los primeros espectáculos del nuevo *sport* entre 1908 y 1910 hicieron eclosión al mismo tiempo en muchas regiones del globo, aun antes de la presencia de los aparatos, como pudimos comprobar en las páginas de *La Nación* y *Caras y Caretas*. Buenos Aires se sumó a la competencia global por los records de las nuevas máquinas a partir de 1910, gracias a la circulación mundial de pilotos europeos y norteamericanos, las nuevas estrellas del momento. El espectáculo y el despegue globales de la industria aeronáutica son en gran medida deudores de las ambiciones de la prensa comercial y de los adelantos en las tecnologías de la comunicación. □

Bibliografía citada

Bergel, Martín, “Modernización de la prensa y nuevas imágenes del Oriente. Una aproximación al problema de la emergencia de una opinión pública sobre temas globales (Buenos Aires, 1880-1914)”, en I. de Torres (ed.), *Prensa, literatura y política en las primeras décadas del siglo XX*, Montevideo, Comisión Sectorial de Investigación Científica / Universidad de la República, 2017, pp. 195-218.

Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª serie, n° 49, 2018, pp. 81-116.

Guerrero, Alejandro, *Jorge Newbery*, Buenos Aires, Emecé, 1999.

Guttmann, Allen, *From ritual to record. The Nature of Modern Sports*, Nueva York, Columbia University Press, 1978.

Hora, Roy y Leandro Losada, *Una familia de la elite argentina: Los Senillosa (1810-1930)*, Buenos Aires, Prometeo, 2016.

Leiser, Gary, “The First Flight Above Egypt: The Great Week of Aviation at Heliopolis, 1910”, *Journal of the Royal Asiatic Society*, Third Series, vol. 20, n° 3, 2010, pp. 267-294.

Lenoble, Benoît, “L’aéroplane et le ballon vus par le journal. Technique aérienne et imaginaire médiatique en France (de 1906 au début des années 1920)”, *Hypothèses*, 1, 9, 2006, pp. 209-220.

²⁷ *La Nación*, 22 de mayo de 1911, citado en Guerrero, *Jorge Newbery*, p. 271; también en Martín, *Los Vuelos del Centenario*, p. 13.

Martín, Eloy, *Los vuelos del Centenario. Crónica de la aviación argentina en 1910*, Buenos Aires, s/r, 2009.

——, “La aviación en el hipódromo de Longchamps”, s/r, 2014, p. 8. En línea: <<https://www.histarmar.com.ar/AVIACION/EloyMartin/La%20aviacion%20en%20el%20hipodromo%20de%20Longchamps.pdf>>.

Parry, Jim, “The idea of the record”, *Sport in History*, vol. 26, n° 2, 2006, pp. 197-214.

Quiroga, Horacio, “Un idilio”, *Caras y Caretas*, n° 584, 11 de diciembre de 1909.

Robène, Luc y Dominique Bodin, “Le feuilleton aéronautique à la Belle Époque”, *Le Temps des médias*, n° 9, 2007/8, pp. 47-62.

Robène, Luc, Dominique Bodin y Stéphane Héas, “Pau et l’invention de l’aviation ‘sportive’ (1908-1910). Des enjeux technologiques aux plaisirs mondains: naissance

d’un loisir et nouveaux pouvoirs du corps”, *Staps*, 87, 2010/11, pp. 13-31.

Simard-Houde, Mélodie, “Porter le journal jusqu’aux nues: la presse et l’ascension en ballon homonyme à la fin du XIX^e siècle”, *Mémoires du livre / Studies in Book Culture*, 10, 1, 2018, pp. 1-44.

——, “Introduction. Pour une poétique médiatique de la ‘conquête de l’air’”, *Nacelles*, dossier “La presse et la conquête de l’air. Histoires, imaginaires, poétiques”, en línea: 01/04/2019, <<http://revues.univ-tlse2.fr/pum/nacelles/index.php?id=568>>.

Soiza Reilly, Juan José, “El modernismo católico. Lo que dice don Rómulo Murri”, *Caras y Caretas*, n° 571, 11 de septiembre de 1909.

Wohl, Robert, *A passion for wings. Aviation and the western imagination, 1908-1918*, New Haven y Londres, Yale University Press, 1994.

Resumen/Abstract

La aviación en Buenos Aires y el fenómeno noticioso global (1908-1910)

Se argumenta que los grandes diarios y las revistas ilustradas, en busca de lectores, alimentaron en Buenos Aires un imaginario en torno a los novedosos vuelos en aeroplano antes de su llegada al país, durante 1908 y 1909; a partir de 1910, estos mismos diarios y revistas intensificaron la promoción de este deporte como estrategia publicitaria en sincronía con una experiencia global. Para ello se efectúa un análisis cuantitativo sobre la sección de telegramas internacionales del periódico *La Nación*. En segundo lugar, desde un enfoque cualitativo, se ofrecen ejemplos de la configuración de este imaginario en torno al aeroplano en el escenario bonaerense en *La Nación* y en *Caras y Caretas*. Finalmente, se inscriben los primeros vuelos en el país desde 1910 en el flujo de espectáculos que se desarrollaban al mismo tiempo y con características similares en otras partes del globo mediante la contratación de pilotos celebrados como estrellas deportivas mundiales.

Palabras clave:

Aeroplano - Prensa - Imaginario global - Buenos Aires 1908-1910

Aviation in Buenos Aires and the global news experience (1908-1910)

The paper argues that major newspapers and illustrated magazines, in search of readers, fed in Buenos Aires an imaginary and an expectation around the novel airplane flights even before their arrival, during 1908 and 1909; and that later used them as an advertising strategy in synchrony with a global experience. For this purpose, it presents a quantitative analysis of the international telegram section of the newspaper *La Nación*. Secondly, adopting a qualitative approach, it analyzes the configuration of the imaginary around the airplane in the public sphere of Buenos Aires as it appears in *La Nación* and *Caras y Caretas*. Finally, it analyzes the early flights in the country since 1910, as part of a larger flow of shows that were taking place at the same time, and with similar characteristics, in other parts of the globe, in which pilots were hired and celebrated as world sport stars.

Keywords:

Airplane - Press - Global imaginary - Buenos Aires 1908-1910

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1219>

“La Gioconda en Buenos Aires”

*Prensa policial, detectivismo y lecturas del mundo
a comienzos del siglo XX*

Diego Galeano

Pontificia Universidade Catolica de Rio de Janeiro

Introducción

Entre mediados de la década de 1860 y la Primera Guerra Mundial, los relatos de crímenes se convirtieron en el motor fundamental de la prensa sensacionalista y de la literatura popular. Capital del siglo XIX y de las representaciones del delito, la ciudad de París era una fábrica de crímenes impresos que invadieron *fait divers*, semanarios ilustrados y libros baratos. En cierta forma, la fiebre periodística de relatos criminales y el auge de las novelas policiales fueron fenómenos enlazados a través de un constante tráfico de repertorios temáticos, recursos narrativos y escritores que transitaban las fronteras tenues entre la crónica y la ficción. La conexión estrecha entre las columnas de noticias diversas, el folletín y la emergencia de la literatura policial fue un fenómeno global, cuyo impacto en América del Sur ha sido estudiado.¹ Aunque la historiografía destacó la notable circulación mundial de ficciones del crimen, menos atención

ha recibido el flujo de noticias policiales de rango internacional, que es el tema de este ensayo, con foco en los relatos que circularon en Buenos Aires sobre la desaparición de la Mona Lisa del Museo del Louvre en 1911.

El texto analiza, por un lado, cómo el interés por ese tipo de noticias radicaba no solo en la capacidad de imantación de la fama delictiva de París, sino en el modo en que se sacaba provecho para fertilizar los relatos del crimen a nivel local. Por otro lado, ofrece indicios para iluminar un reconocido punto opaco de la historia cultural: los códigos y las prácticas de lectura del público no erudito de la prensa y la literatura, que aportaba la inmensa mayoría de los consumidores de narrativas policiales, aunque no fueran los únicos. En la recepción argentina de casos criminales franceses pueden vislumbrarse las huellas de una experiencia de lectura que solo se comprende en esas zonas de contacto entre el periodismo sensacionalista y las ficciones detectivescas.

Si los relatos policiales desempeñaron un papel central en la formación de imaginarios urbanos, si ayudaron a forjar una topografía de los bajos fondos que, en definitiva, era una manera de aprender a leer la ciudad y sus suburbios, también hicieron –a la par de las novelas de aventuras– una contribución esencial a las representaciones del mundo en el público

¹ Sobre las continuidades entre los relatos del crimen de la prensa popular y las ficciones policiales en Francia véase Dominique Kalifa, *L'encre et le sang: récits de crimes et société à la Belle Époque*, París, Fayard, 1995. En el caso argentino: Alejandra Laera, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE, 2004, pp. 80-87.

lector.² Mientras que el espacio de los *fait divers* era dedicado por entero a los dramas domésticos, obtenidos de la cacería de noticias que los cronistas policiales hacían en sus visitas a tribunales y comisarías, el reportaje criminal que se consolida hacia el 1900 comienza a hacer lugar a grandes casos delictivos de impacto global. Reconstruir las modalidades de circulación y apropiación de esas noticias policiales con estatus internacional es una tarea pendiente. El propósito de este trabajo es más modesto. Plantea que es posible identificar en la prensa argentina una de las formas de recepción de esos casos policiales con alcance global: aquella que construye el sentido de un mundo conectado en el que las pistas de un crimen misterioso, el propio criminal y sus cómplices podían encontrarse en cualquier lado.

El artículo propone, además, que la forma en que el caso de la Gioconda fue recibido e interpretado en Buenos Aires es reveladora del peso cultural de las narrativas detectivescas en las fronteras porosas entre el periodismo policial y las ficciones del crimen. Y también puede comprenderse como punto de llegada del proceso de conformación de una red mundial de noticias policiales en el pasaje del siglo XIX al XX. Esa red, como tantas otras tramas materiales de la conectividad global, era un espacio signado por cortocircuitos, desigualdades en el acceso a la información y profundas asimetrías regionales. En ese sentido, no llama la atención que el caso se origine en la ciudad de París, uno de los epicentros de las narrativas del crimen a comienzos del siglo XX, como tampoco sorprende el fructífero cruce con Buenos Aires, cuya fama de reina sudamericana del delito ya era indiscutible.³

“Ella se fue”

El 23 de agosto de 1911, *Le Petit Journal*, el popular diario que había dado un salto de tirada con el caso Troppmann hacia el final del Segundo Imperio, dedicaba la mitad de su tapa a la Gioconda. El cuadro de Leonardo da Vinci, anunciaba a sus entonces millones de lectores, había desaparecido del Louvre. La crónica era una pieza ejemplar de la laboriosa faena de rellenar columnas con poca información disponible. Periodistas, trabajadores del museo y policías estaban todos sumidos en el mismo desconcierto. ¿Cómo podía ser que se esfumara “la gloria del famoso Salón Carré de nuestro primer museo nacional”, que desde los años de la Revolución resguardaba los más valiosos tesoros artísticos de Francia?⁴

Dos días antes, el museo estaba cerrado al público, como cualquier otro lunes. De acuerdo con las crónicas, alrededor de las 7 de la mañana un empleado de manutención apuntó el dedo hacia la Mona Lisa, que todavía estaba en su habitual lugar, y le dijo a su compañero: “voilà, el más bello cuadro del Louvre”. Algunos minutos más tarde, el mismo empleado pasó por el lugar y notó que la obra no estaba. Pensó que había sido removida por los fotógrafos del museo para llevarla hasta su atelier. De hecho, nadie se alarmó por la ausencia del cuadro hasta que el Louvre abrió de nuevo sus puertas al público. “*Elle est partie! elle est partie!*”: de boca en boca, el rumor llegó hasta Georges Bénédict, segunda autoridad del museo, a la cabeza por las vacaciones del director. Y Bénédict salió corriendo a buscar al célebre jefe de la policía de París, Louis Lépine.

Mientras Lépine, el juez de instrucción y el jefe de la Sûreté avanzaban desde París con la

² Dominique Kalifa, *Crime et culture au XIX^e siècle*, París, Perrin, 2005, pp. 17-43.

³ Sobre la fama delictiva de Buenos Aires en estos años véase Diego Galeano, *Delincuentes viajeros: estafadores, punquistas y policías en el Atlántico sudamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, pp. 61-69.

⁴ “La Joconde”, *Le Petit Journal*, París, 23 de agosto de 1911. Sobre el caso Troppmann y el éxito de *Le Petit Journal* véase Michelle Perrot, “L’affaire Troppmann (1869)”, en M. Perrot, *Les ombres de l’histoire. Crime et châtiement au XIX^e siècle*, París, Flammarion, 2001, pp. 283-298.

pesquisa, la noticia recorría los diarios del mundo. El mismo día en que *Le Petit Journal* y *Le Petit Parisien* lanzaban a las calles de París sus ejemplares con la perdida Mona Lisa mirando a los lectores desde la tapa, la prensa internacional ya imprimía el escándalo en sus secciones telegráficas. “París, ago. 22. Aunque parezca imposible, es un hecho que la obra maestra de Leonardo da Vinci, la Mona Lisa, ha sido robada ayer del Louvre”, decía el cable del *New York Times*. “París, 22. Al mediodía se ha notado en el Museo del Louvre la desaparición del célebre cuadro de Leonardo da Vinci, de inestimable valor”, se leía el mismo día en la edición vespertina de *La Época* de Madrid, en un telegrama que se anunciaba “recibido con retraso”.⁵

El rumor del robo de la Gioconda tardó casi lo mismo en atravesar el Atlántico Norte que en cruzar los Pirineos. Desde la segunda mitad del siglo XIX, la expansión de la red de cables telegráficos había hecho posible la emergencia del espacio periodístico de la “noticia remota actual”, según la expresión usada por Lila Caimari.⁶ Aunque tímidamente y bajo condiciones más bien excepcionales, algunos casos policiales —como el de Jack, el destripador de Whitechapel hacia fines de la década de 1880— lograron entrar a ese concierto de noticias mundiales, mientras la inmensa mayoría de robos, latrocinios y asesinatos quedaban atrapados en burbujas informacionales de cabotaje. La excepcionalidad de la noticia policial remota no se debía tanto a las características brutales de los crímenes, o a la notoriedad de las víctimas o del objeto robado. Más bien radicaba en la capacidad de transformar el acontecimiento delictivo en un espectáculo

consumible en distintas latitudes y rodeado de misterios que agitaban la imaginación de lectores vernáculos, marcada a fuego por la experiencia de las ficciones detectivescas.

La novela del enigma descifrado por un detective privado, al modo anglosajón, ya no era la única forma literaria dentro de ese universo que, a comienzos del siglo XX, envolvía una notable circulación internacional de ficciones policiales. Ahora la trama también giraba alrededor de la aventura y de la acción heroica, como las *dime novels* de Nick Carter y de los grandes genios delictivos franceses (Arsène Lupin, Zigomar, Fantômas). En los primeros años de la década de 1910 esos consumos literarios daban inteligibilidad a coberturas periodísticas internacionales como la saga —contemporánea a la desaparición de la Gioconda— de la persecución de la “banda Bonnot”, luego del asalto en automóvil a un cobrador de la compañía Sociéte Générale, cuya tensión narrativa también permitió ese peculiar salto de las columnas telegráficas al reportaje criminal ilustrado.⁷

Al igual que el caso Bonnot, inicialmente fueron los cables atlánticos los que hicieron llegar a América del Sur las primeras noticias de la Mona Lisa. Los telegramas que, vía la agencia Havas, llegaron a Río de Janeiro horas después del robo, eran escuetos y algo confusos, incluidos en las columnas de “últimas noticias”. Recién al día siguiente, los diarios cariocas pudieron brindar a sus lectores notas más detalladas e ilustradas con imágenes del cuadro, sobre este “caso que provocaba sensación en todo el mundo”.⁸ Aunque estuvieran en el nodo más austral de la red atlántica de circulación de noticias telegráficas, los diarios

⁵ “La Gioconda is stolen in Paris”, *The New York Times*, Nueva York, 23 de agosto de 1911; “Últimos telegramas”, *La Época*, Madrid, 23 de agosto de 1911.

⁶ Lila Caimari, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, n°40, 2015, pp. 125-146.

⁷ John Merriman, *Ballad of the Anarchist Bandits: The Crime Spree that Grippled Belle Époque Paris*, Nueva York, Bold Type Books, 2017.

⁸ “Últimas noticias”, *Correio da Manhã*, Río de Janeiro, 23 de agosto de 1911; “A Gioconda”, *Gazeta de Notícias*, Río de Janeiro, 24 de agosto de 1911.

de Buenos Aires fueron más rápidos a la hora de informar la desaparición de la Gioconda. Aprovechando la ventaja de uso horario respecto de París, *La Prensa* y *La Nación* ofrecieron crónicas extensas, dentro y fuera de las columnas de cables, ilustradas con reproducciones del cuadro y con significativas reseñas sobre el valor artístico de la obra perdida.⁹

Esta noticia ganaba fuerza por el suspenso dramático y el misterio del autor, pero la investigación de la policía francesa se desarrolló con demasiada lentitud para el desafío de mantener el interés de los lectores porteños. Las estrategias desplegadas por la prensa de Buenos Aires para hacer rendir a las potencialidades de este caso policial serán expuestas a continuación, a través de la identificación de tres momentos distintos en su construcción narrativa, separados por largos períodos de silencio, en los que apenas algún cable telegráfico aislado recordaba el asunto.

Noticia policial remota y detectivismo global

Entre la desaparición del cuadro en agosto de 1911 y la disipación del caso hacia fines del mes siguiente, un primer momento fue dominado por la polifonía de hipótesis discordantes que llegaban desde Francia. Las secciones telegráficas de los diarios de Buenos Aires se hicieron eco de elucubraciones que iban desde una reyerta local (el cuadro se encontraba en París y habría sido robado para probar el descuido que reinaba en el Museo) hasta la pista de una “sociedad internacional” dedicada al robo de obras de arte.¹⁰ Más allá

de estas conjeturas, el estado de la cuestión era bien sintetizado por un redactor de *Caras y Caretas*: “se cometió el robo con tal habilidad —escribía— que las pesquisas de los guardianes han resultado infructuosas” y poco avanzaban pese a la “inmensa sensación” que el caso había provocado “no solo en Francia, sino en todo el mundo”.¹¹

Aunque menos preciso en sus contornos temporales, el segundo momento tuvo su eje de gravedad en una crónica que el propio magazine *Caras y Caretas* publicó en julio de 1912, bajo el sugestivo título “La Gioconda en Buenos Aires”. Había pasado casi un año desde la noticia del robo y, ante la pérdida de interés en el caso, la revista recuperaba una pista que había surgido en los primeros días de investigación. En la misma semana del robo, *La Nación* y *La Prensa* reprodujeron cables sobre una requisita policial en el vapor *Cordillere* antes de zarpar rumbo a América del Sur desde el puerto de Marsella.¹² Como el registro a bordo no arrojó ningún resultado, al parecer la conjetura de una conexión sudamericana había sido abandonada.

Esa pista transatlántica había sido explorada también por el recién creado semanario ilustrado *Sherlock Holmes*, cuyas páginas mezclaban casos policiales reales con folletines detectivescos y entretenimientos diversos para los lectores. El cronista de esta revista policial salió a buscar detalles de la noticia cuando el *Cordillere* atracó en Buenos Aires. A una foto del vapor amarrado en el puerto se le sumaban entrevistas con el capitán y un oficial que confirmaban la minuciosa inspección en Mar-

⁹ “La Gioconda de Leonardo da Vinci”, *La Prensa*, Buenos Aires, 23 de agosto de 1911; “Francia”, *La Nación*, Buenos Aires, 23 de agosto de 1911; “La Gioconda de Vinci”, *La Nación*, Buenos Aires, 23 de agosto de 1911.

¹⁰ “Encuentro de la Gioconda”, *La Nación*, Buenos Aires, 2 de septiembre de 1911; “El robo de la Gioconda”,

La Nación, Buenos Aires, 18 de septiembre de 1911; y “El robo de la Gioconda”, *La Prensa*, Buenos Aires, 18 de septiembre de 1911.

¹¹ “De Francia. El robo de la Gioconda”, *Caras y Caretas*, n° 677, Buenos Aires, 23 de septiembre de 1911, p. 14.

¹² “Francia. El robo de la Gioconda”, *La Nación*, Buenos Aires, 26 de agosto de 1911; y “El robo de la Gioconda. La investigación”, *La Prensa*, Buenos Aires, 26 de agosto de 1911.



LA GIOCONDA EN BUENOS AIRES

Antecedentes.

Como recordará a nuestros lectores, a últimos de agosto del año pasado se realizó uno de los roles más audaces que se hayan registrado. Del Museo del Louvre desajustó una de las más preciosas joyas artísticas, la que más emblematizara quizás el nombre de su famoso autor, Leonardo de Vinci. El hermoso retrato de Mona

Ligier, ambos salieron del puerto de Burdeos a mediados de abril, a bordo del vapor «Chili».

El «Chili» arribó a nuestro puerto el día 8 de Mayo. Apenas atracó el buque al muelle de la dársena Norte, desembarcaron M. Richard y su acompañante, dirigidos a un hotel de la calle 25 de Mayo, donde quedaron hospedados. El mismo día, el activo conserje de museos inició sus averiguaciones, poniéndose al habla con el agente confidencial de M. Hummel, el cual, desde la fecha en que dirigió la nota a París, no había vuelto a ver a los individuos sospechosos, pero tenía conocimiento de los sitios que frecuentaban, especialmente por la noche. No obstante, a pesar de concurrir simultáneamente a esos sitios, ni el agente, ni M. Richard, ni M. Poulignon pudieron dar, en muchos días, con aquellos sujetos, a quienes parecía haberse zangado la tierra.

Fuente: *Caras y Caretas*, n° 719, Buenos Aires, 13/7/1912, p. 63.

sella, fundada en una carta anónima que aseguraba que el cuadro había sido robado para ser vendido en la Argentina.¹³ Ese tipo de denuncias formaban parte de un verdadero fenómeno global: desde el éxito de la saga policial de Conan Doyle a fines del siglo XIX, el detectivismo no paraba de ampliarse con las *dime-novels* norteamericanas, al tiempo que invadía la novela popular francesa y la incipiente industria cinematográfica.¹⁴

La exuberancia de pistas que rodearon la búsqueda de la Mona Lisa no puede comprenderse sin tener en cuenta ese clima cultural que inclusive excedía a las prácticas de lectura y transformaba el misterio de un crimen en una vasta conversación pública. En la circulación mundial de la noticia de la Gioconda, la mención de Buenos Aires era una conjetura más entre otras que apuntaban fuera de las

fronteras de Francia. La versión más fuerte —en realidad— era la sospecha sobre un millonario norteamericano que deseaba el cuadro en su colección privada: por cables telegráficos de Nueva York, los lectores porteños supieron que las autoridades locales habían establecido una “vigilancia rigurosa en todos los puertos del Atlántico y del Pacífico” para evitar que la obra de Da Vinci ingresara en forma clandestina.¹⁵

Los murmullos de conspiraciones extranjeras y bandas internacionales de ladrones de arte se explican en ese contexto de frenesí detectivresco entre los lectores de narrativas policiales a comienzos del siglo XX. Revistas francesas como *Je Sais Tout* y *L'Oeil de la Police*, al igual que el semanario *Sherlock Holmes* de Buenos Aires, estimulaban con juegos y concursos la práctica lúdica del detectivismo amateur, tanto en casos reales como ficcionales. Tras la desaparición de la Gioconda, un torrente de pistas y rumores invadió la jefatura de la policía y las redacciones de los diarios: la Sociedad de Amigos del Louvre ofrecía una jugosa recompensa, el semanario *L'Illustration* llegó a recibir más de quinientas cartas, mientras quiromantes e hipnotizadores aportaban su cuota de conjetu-

¹³ “¿La Gioconda en Buenos Aires?”, *Sherlock Holmes*, n° 14, Buenos Aires, 3 de octubre de 1911, p. 61. Sobre esta revista véase Martín Alborno, “Periodistas y policías. *Sherlock Holmes*. Revista semanal ilustrada, 1911-1913”, en D. Galeano y M. L. Bretas (eds.), *Policías escritores, delitos impresos. Revistas policiales en América del Sur, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Teseo, 2016, pp. 325-353.

¹⁴ Kalifa, *L'encre et le sang*, pp. 60-63; Pamela Bedore, “Dime Novels and the Roots of American Detective Fiction”, en C. Raczkowski (ed.), *A History of American Crime Fiction*, Nueva York, Cambridge University Press, 2017, pp. 97-109.

¹⁵ “En busca de la Gioconda. Una indicación interesante”, *La Prensa*, Buenos Aires, 31 de agosto de 1911.

ras al “clima de verdadera kermesse de indicios”, como lo llamó Dominique Kalifa.¹⁶

No solo en París los lectores jugaban a ser detectives. Esa profusión indiciaria también fue fundamental para la manera en que el caso se leyó a larga distancia. Desde Nueva York hasta Buenos Aires, los diarios supieron explotar la potencia narrativa de esas elucubraciones sobre las conexiones transatlánticas: la Gioconda podía estar en cualquier punto de ese mundo conectado por navíos, inclusive –se decía– “entre nosotros”. “¿Es verosímil que se encuentre actualmente en Buenos Aires la Mona Lisa del Louvre?”, preguntaba el redactor de *Sherlock Holmes*: “existen idénticas probabilidades de que pueda caber tanto honor a nuestra cosmópolis como a Nueva York, Río de Janeiro o Bombay, a cualquier urbe del planeta”.¹⁷ No era la primera vez que los lectores de diarios imaginaban tantas posibles fugas como rutas había en la era de los vapores: lo habían aprendido con las novelas policiales y con las noticias del destino de Jack el Destripador, que un día parecía estar en Nueva York, otro día en Nueva Orleans y otro, a comienzos de 1893, en Montevideo o en Buenos Aires.¹⁸

Cuando el caso de la Mona Lisa parecía perder cualquier tensión narrativa, la idea de la conexión rioplatense volvió con fuerza por un dato que la policía filtró a un cronista de *Caras y Caretas*. La Comisaría de Investigaciones había entrado en contacto con la policía francesa por la sospecha sobre un grupo de corredores de antigüedades francófonos

que se encontraban de paso por Buenos Aires. Un tal Pierre Richard, nada menos que un detective francés, embarcó desde el puerto de Burdeos y se hospedó en un hotel de la calle 25 de Mayo. A esta descripción inicial del episodio le seguía una historia insólita. Días después del arribo, el detective se encontraba tomando un vermut en el Café Tortoni cuando notó la presencia de dos franceses, que persiguió por varias cuadras hasta que entraron a un cambalache de la calle Deán Funes. Al asomarse al local, entre la penumbra de una sala apenas iluminada por una sola bombita eléctrica, vislumbró una tabla apoyada sobre la pared y tuvo la convicción de que “si no era la propia obra de Leonardo da Vinci”, sin duda se trataba de “una de las mejores copias que se han hecho de la Gioconda”.¹⁹

El desenlace de la crónica no era menos extravagante: la Mona Lisa desapareció del cambalache de Deán Funes, también se esfumaron los sospechosos y solo restó la huella de la amante de unos de ellos, también francesa, que Richard habría interrogado, haciéndole confesar que su pareja era el autor del robo. De acuerdo con la confesión, el cuadro había seguido rumbo a Chile en el tren transandino que, por la nieve, quedó varado cerca del hotel de Puente del Inca. Se presumía que podía estar perdido en algún lugar de la Cordillera. Lo cierto es que, por más que la pista rioplatense hubiera formado parte de la investigación policial, la crónica disparatada de *Caras y Caretas* buscaba achicar las distancias entre la realidad francesa y los lectores porteños, introduciendo en el relato referencias espaciales (un hotel céntrico, el Café Tortoni, la calle Deán Funes) que les eran más familiares.

La tentativa de reflotar el caso entre los lectores locales tuvo poco alcance. Entró en una nueva bruma de desatención hasta que, a

¹⁶ Kalifa, *L'encre et le sang*, p. 451. A las cartas de lectores y el auge indiciario en torno del caso también se refirieron Jérôme Coignard, *On a volé la Joconde*, París, Adam Brio, 1990, pp. 35-37 y Aaron Freundschuh, “Crime Stories in the historical urban landscape: narrating the theft of the Mona Lisa”, *Urban History*, vol. 33, n° 2, 2006, p. 275.

¹⁷ “¿La Gioconda en Buenos Aires?”, *Sherlock Holmes*, p. 65.

¹⁸ “Jack el Destripador”, *La Nación*, Buenos Aires, 8 de enero de 1893.

¹⁹ “La Gioconda en Buenos Aires”, *Caras y Caretas*, n° 719, 13 de julio de 1912, p. 64.

finis de 1913, la policía francesa logró recuperar el cuadro y detener al ladrón, el italiano Vincenzo Peruggia. Cuando casi todos daban por perdida a la Mona Lisa, una pista llegó a la policía parisina desde una galería de arte de Florencia. El rescate de la obra de Leonardo da Vinci tomó por sorpresa al público mundial el 12 de diciembre. Ese día comenzó la última fase en el ciclo intermitente de esta noticia internacional, que tuvo como platos principales el retorno del cuadro a París y los detalles sobre el curioso autor del robo, quien juró haber actuado por la voluntad de devolver la tela a su patria, lo que suscitó no pocas simpatías nacionalistas en Italia.²⁰

Lecturas de un mundo conectado

El corolario de la historia confirmaba las hipótesis de un viaje del cuadro al extranjero y parte de las lecturas conspirativas que había suscitado. Sin embargo, los detalles se alejaban tanto de la idea de una banda internacional especializada en la venta de obras de arte como de la pista transatlántica que había ayudado a capturar la atención de lectores no europeos, acostumbrados a consumir folletines con movedizos héroes delictivos. No es casual que, en los días del robo de la Mona Lisa, la revista *Sherlock Holmes* evocara a Arsène Lupin, el ladrón gentleman de los folletines de Leblanc que, desde 1905, venía encantando lectores con historias de huidas a Nueva York y hazañas en distintos continentes.²¹ Al igual que las popularísimas aventuras del Conde de Montecristo y los viajes extraordinarios imaginados por Jules Verne, las novelas

policiales también eran ficciones del mundo conectado.

En vísperas de la guerra mundial, los relatos del crimen habían transformado por completo el ejercicio del periodismo, el consumo de noticias y sus fronteras con la literatura. Una de las mutaciones más conocidas se relaciona con el auge del detectivismo popular, que hizo del misterio de un delito una arena pública nacional y, en ciertas ocasiones, mundial. Muchas veces inflado por la bruma de rumores que lo alimentaban artificialmente, el misterio devino motor de la trama de folletines, estrategia de promoción de los reportajes y tema inagotable de conversación social. El caso de la Mona Lisa es revelador del lugar que las narrativas del crimen habían alcanzado a comienzos del siglo xx. La fiebre del “sherlockismo” desplazó del centro el delito y al delincuente: lo que importaba ahora era la discusión sobre las pistas, la propia pesquisa y la figura del investigador, sea detective privado, agente estatal o reportero policial.

Revelador de una época, pero también excepcional: era necesario un cuadro de Leonardo da Vinci para hacer de un robo —material de los *fait divers* y de la crónica policial doméstica— un tema de conversación global, lugar reservado para las figuras monstruosas y los asesinos seriales, antes que los pistoleros y mafiosos tomaran la escena por asalto en los años de entreguerras. En 1914, un corresponsal argentino en Italia aseguraba que “los grandes problemas internacionales que tuvieron nerviosa a la Europa entera” aún no habían “hecho correr tanta tinta como la Gioconda”.²² Eso sería verdad por poco tiempo más, pero el caso del robo de la Mona Lisa, como las noticias contemporáneas del hundimiento del Titanic, entrenaron a los lectores de diarios en la formación de un mapa

²⁰ “Vincenzo Peruggia, el ladrón de la Gioconda”, *Caras y Caretas*, n° 794, Buenos Aires, 20 de diciembre de 1913, p. 96.

²¹ “Arsenio Lupin ¿sabe dónde está la Gioconda?”, *Sherlock Holmes*, n°16, Buenos Aires, 17 de octubre de 1911, p. 28.

²² “Caras y Caretas en Italia”, *Caras y Caretas*, n° 807, Buenos Aires, 21 de marzo de 1914, p. 70.

mental de un mundo conectado, aquello que Sebastian Conrad ha llamado “conciencia de la globalidad”.²³ Si a lo largo del siglo XIX la idea de la creciente interdependencia de las naciones tuvo diversas formulaciones eruditas, la literatura y el periodismo policial hicieron una contribución significativa para la imaginación planetaria del gran público.

Al igual que en el caso de Jack el Destripador, el robo de la Mona Lisa muestra las jerarquías y asimetrías del proceso de globalización informativo. En la era de los imperios, los crímenes del mundo que interesaban solían ocurrir en ciudades de las grandes potencias. Sin embargo, ayudaban a construir un imaginario geográfico más amplio, un mundo de fronteras más extendidas y de conexiones inusitadas para los lectores. Estaciones fundamentales en el proceso de construcción de la noticia policial remota y del público lector con conciencia “glocal” (interesado por *lo que también puede pasar acá* y por aquello que quizá tenga relación con *lo que acá sucede*), casos como la desaparición de la Gioconda permiten comprender el papel de la prensa escrita y de los relatos del crimen en la producción textual del mundo. □

²³ Sebastian Conrad, *Historia global: una nueva visión para el mundo actual*, Barcelona, Crítica, 2017, p. 21.

Bibliografía citada

Albornoz, Martín, “Periodistas y policías. *Sherlock Holmes*. Revista semanal ilustrada, 1911-1913”, en D. Galeano y M. L. Bretas (eds.), *Policías escritores, delitos impresos. Revistas policiales en América del Sur, siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Teseo, 2016, pp. 325-353.

Bedore, Pamela, “Dime Novels and the Roots of American Detective Fiction”, en C. Raczkowski (ed.), *A History of American Crime Fiction*, Nueva York, Cambridge University Press, 2017, pp. 97-109.

Caimari, Lila, “El mundo al instante. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, *Redes*, vol. 21, n° 40, 2015, pp. 125-146.

Coignard, Jérôme, *On a volé la Joconde*, París, Adam Brio, 1990.

Conrad, Sebastian, *Historia global: una nueva visión para el mundo actual*, Barcelona, Crítica, 2017.

Freundschuh, Aaron, “Crime Stories in the historical urban landscape: narrating the theft of the Mona Lisa”, *Urban History*, vol. 33, n° 2, 2006, pp. 274-292.

Galeano, Diego, *Delincuentes viajeros: estafadores, punguistas y policías en el Atlántico sudamericano*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2018.

Kalifa, Dominique, *L'encre et le sang: récits de crimes et société à la Belle Époque*, París, Fayard, 1995.

——, *Crime et culture au XIX^e siècle*, París, Perrin, 2005.

Laera, Alejandra, *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*, Buenos Aires, FCE, 2004.

Merriman, John, *Ballad of the Anarchist Bandits: The Crime Spree that Gripped Belle Époque Paris*, Nueva York, Bold Type Books, 2017.

Perrot, Michelle, “L'affaire Troppmann (1869)”, en M. Perrot, *Les ombres de l'histoire. Crime et châtiement au XIX^e siècle*, París, Flammarion, 2001, pp. 283-298.

Resumen/Abstract

“La Gioconda en Buenos Aires”: prensa policial, detectivismo y lecturas del mundo a comienzos del siglo xx.

Este ensayo examina la recepción de casos policiales con impacto global dentro de la prensa de Buenos Aires. Para ello, se detiene en los relatos sobre el robo de la Mona Lisa del Museo del Louvre, desde la desaparición del cuadro en 1911 hasta su recuperación en las vísperas de la Primera Guerra: momento marcado por el apogeo del consumo de ficciones detectivescas y reportajes policiales en semanarios ilustrados, así como por una experiencia de lectura y conversación social que colocaba el enigma, los indicios y la pesquisa en el centro de la escena. Más que un interés excepcional por el objeto robado y por la propia figura del ladrón, lo que tornó a la desaparición de la Mona Lisa un caso policial mundial fue ese clima de triunfo del detectivismo en la cultura de masas.

Palabras clave

Relatos del crimen - Prensa policial - Detectivismo - Conexiones atlánticas

“La Gioconda in Buenos Aires”: detectivism, crime news and global narratives in the early 20th century

This essay examines the reception of police cases with global impact in the Buenos Aires press. It focuses on the narratives about the theft of the Mona Lisa from the Louvre Museum, from the disappearance of the painting in 1911 to its recovery on the eve of the First World War: a moment marked by the apogee of the consumption of detective fiction and police chronicles in illustrated press, as well as by a reading experience and social conversation that placed the enigma, the clues and the investigation at the center of the scene. More than an exceptional interest in the stolen object and in the figure of the criminal himself, what makes the disappearance of the Mona Lisa a global police case was the triumph of detective fiction in mass culture.

Key words

Crime stories - Press - Detectivism - Atlantic connections

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1220>

Notas sobre las repercusiones del affaire Caillaux en la prensa de Buenos Aires

Emiliano Gastón Sánchez

Universidad Nacional de Tres de Febrero / CONICET

L'affaire Caillaux es una novela apasionante, tanto en Francia como en Bélgica misma; desde *l'affaire Dreyfus* no ha habido otro de igual o parecido interés.

Roberto J. Payró¹

La tarde del 16 de marzo de 1914, Henriette Raynouard, esposa en segundas nupcias de Joseph Caillaux –ministro de Finanzas del gobierno francés y líder del Partido Radical– ingresó en la redacción del diario *Le Figaro*, ubicada en el 26 rue Drouot de la capital francesa, y asesinó a balazos a su director, Gaston Calmette.² Desde hacía varios meses, el ministro era objeto de una feroz campaña en su contra vehiculizada por el matutino, la cual adquirió su punto más alto con la publicación de algunas cartas intercambiadas con su primera esposa, Berthe Gueydan. El 13 de marzo la portada del diario exhibió la

reproducción de una carta de puño y letra de Caillaux en la que brindaba detalles de su trabajo en la Cámara en relación con un proyecto de impuesto a la renta. La publicación de la misiva tenía por objeto mostrar al ministro como un ejemplo de doble moral; no obstante, hubo un pequeño detalle que no pasó inadvertido y motivó los comentarios jocosos de la opinión francesa: el modo familiar y cariñoso con el que Caillaux se dirigía hacia su primera esposa, “*Ton Jo*”.³ Pocos días después, en su edición del 16 de marzo, el matutino anunció que continuaría con la publicación de su correspondencia privada,⁴ lo que provocó la angustia y la furia de la mujer que vació el cargador de su pistola *Browning* sobre la humanidad del periodista. Se iniciaba así el llamado *affaire Caillaux*, también conocido como “el crimen de *Le Figaro*”, un escándalo político y mediático que mantuvo en vilo a la prensa y a la opinión pública de Francia (y presumiblemente de buena parte del

¹ “Cartas informativas. Amenazas (Para La Nación). Bruselas, julio de 1914”, *La Nación*, 19 de agosto de 1914, p. 4, destacado en el original. Se han conservado la ortografía y la puntuación originales en las citas de las fuentes.

² Para una caracterización más detallada del hecho, véase Edward Berenson, *The Trial of Madame Caillaux*, California, University of California Press, 1992, pp. 1-3; y Jean-Yves Le Naour, *Meurtre au Figaro. L'affaire Caillaux*, París, Larousse, 2007, pp. 11-15.

³ “La véritable déclaration de M. Caillaux relative à l'impôt sur le revenu” y “La preuve des machinations secrètes de M. Caillaux”, *Le Figaro*, 13 de marzo de 1914, p. 1.

⁴ “Intermède comique. Les notes biographiques de ‘Jo’ par M. Joseph Caillaux”, *Le Figaro*, 16 de marzo de 1914, p. 1.

globo) en las semanas previas al estallido de la Gran Guerra.⁵

Horas después, los detalles sobre este episodio eran conocidos en Buenos Aires gracias a la virtual instantaneidad informativa que posibilitaba la inserción de la prensa porteña en la red global de distribución de las noticias.⁶ En los días posteriores, los entretelones del caso fueron seguidos y comentados con diversos grados de intensidad en todo el sistema de la prensa de Buenos Aires: los grandes matutinos, los vespertinos, los semanarios ilustrados, la prensa de izquierdas, la católica y, por supuesto, en las publicaciones de la colectividad francesa.

Y si bien los ecos de este *affaire* se hicieron más espaciados durante los meses de mayo y junio, sus ribetes folletinescos recorbraron su espectacularidad a partir del 20 de julio de 1914 con el inicio del proceso contra Mme. Caillaux en la *Cour d'assises* de París,

cuyas características de funcionamiento le otorgaban al juicio una dimensión de espectáculo teatral, ampliamente explotado por la prensa parisina.⁷ Tan solo ocho días después, en coincidencia con el estallido de la Guerra Austro-serbia, el abogado Fernand Labori —que había participado en otros procesos resonantes como la defensa del anarquista Auguste Vaillant y de Lucie Dreyfus, esposa del célebre capitán francés— obtuvo la absolución de la acusada bajo la figura del crimen pasional; pues, apelando a la “debilidad emocional” de su defendida —considerada como una característica intrínseca de su condición de mujer— logró justificar el atentado contra Calmette como un acto “irracional”.⁸ Como reconocía un anónimo comentarista del diario *La Razón* a raíz de la finalización del juicio, el “drama de *Le Figaro*” contaba con los elementos suficientes como para escribir un libro.⁹

A pesar de su brevedad, el *affaire* Caillaux constituye una coyuntura de gran densidad para analizar algunos de los rasgos constitutivos de la prensa de Buenos Aires y de la cultura mediática porteña de comienzos del siglo xx. Más allá de las condiciones materiales que posibilitaban el rápido acceso a la información europea, la amplia repercusión a nivel local que despertó este crimen se explica, en primer lugar, por la extendida francofilia de las élites políticas y culturales de Buenos Aires y por el lugar otorgado a la ciudad de París en el imaginario de los porteños.¹⁰ Fruto de

⁵ Jean-Jacques Becker, *1914: Comment les Français son entrés dans la guerre. Contribution à l'étude de l'opinion publique printemps-été 1914*, París, Presses de la Fondation National de Sciences Politiques, 1977, pp. 131-136. Berenson, en el libro antes citado, menciona las repercusiones del caso en Alemania, Inglaterra y los Estados Unidos (p. 4), aunque no existen trabajos monográficos al respecto. Para el caso de América Latina, una simple ojeada a la prensa brasileña de la época, por ejemplo, muestra la significativa presencia del caso en las principales publicaciones periódicas del Brasil. Por su parte, el joven Mariátegui, en una crónica publicada en *La Prensa* de Lima el 1° de agosto de 1914, comentó extensamente el caso. Véase José Carlos Mariátegui, “Cuenta el cable”, en *Antología* (selección, introducción y notas de Martín Bergel), Buenos Aires, Siglo XXI, 2020, pp. 213-215. Agradezco a Martín Bergel por esta referencia.

⁶ A modo de ejemplo: “Francia. Desenlace de una campaña política. Drama en ‘Le Figaro’”, *La Nación*, 17 de marzo de 1914, p. 6. Sobre la incorporación de la prensa local al entramado informativo de las agencias de noticias véase Lila Caimari, “En el mundo barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018, pp. 81-116 y “News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, n° 4, 2016, pp. 607-640.

⁷ Una descripción del funcionamiento de la *Cour d'assises* puede verse en Berenson, *The Trial of Madame Caillaux*, pp. 5-6.

⁸ Jérôme Grévy, “Criminelle mais non déviante, madame Caillaux”, en F. Chauvaud y G. Malandain, *Impossibles victimes, impossibles coupables. Les femmes devant la justice (xix^e-xx^e siècles)*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009, pp. 229-237.

⁹ “El quinto: no matar”, *La Razón*, 29 de julio de 1914, p. 1.

¹⁰ Véase Hebe Carmen Pelosi, *Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Una biografía colectiva*, Buenos

ese afrancesamiento, de una u otra forma, buena parte de lo que ocurría en la capital francesa era objeto de una atención particular en la prensa local.

No obstante, el *affaire* Caillaux permite abordar otras aristas de esa francofilia y constatar la pervivencia en un amplio sector de la prensa porteña y, en especial, en los grandes matutinos, del modelo periodístico del *quotidien d'information*.¹¹ En este sentido, *Le Figaro* (epicentro del drama) era un diario conocido y respetado en Buenos Aires por la excelencia de su confección y la calidad de su plantel de colaboradores, entre los que se contaba el escritor y periodista uruguayo Eugenio Garzón, responsable de la sección fija dedicada a América Latina.¹² Esa influencia puede verse tanto en las semejanzas formales y de diseño presentes en diarios porteños como *La Prensa* o *La Nación*, como en las frecuentes referencias a *Le Figaro* por parte de figuras muy afrancesadas del periodismo local como era el caso del Emir Emin Arslán, entre otros.¹³ Ese modelo periodístico estaba asociado también a un determinado perfil de director que cultivaba los vínculos con el universo cultural y literario parisino, sin perder de vista la administración profesional de las facetas comer-

ciales y empresariales de un matutino de esa envergadura.¹⁴

Cabría señalar también que, dadas las características de este *affaire*, varios de los artículos publicados en los diarios porteños merodeaban la cuestión de los límites éticos y morales de la prensa moderna. ¿En qué medida era posible vulnerar la esfera de la vida privada y la intimidad de un hombre público en nombre de la primicia o de una campaña política? Ante este interrogante sobre los alcances de lo noticiable, el grueso de la prensa de Buenos Aires consideró que el director de *Le Figaro* había violado principios básicos de la deontología profesional al publicar unas cartas privadas obtenidas de manera espuria y que se trataba de un hecho repudiable aunque, por supuesto, ello no justificaba el violento accionar de la mujer de Caillaux.

Todos estos aspectos, que emergen a la luz del “crimen de *Le Figaro*”, revelan que, a pesar del incipiente proceso de “norteamericanización” de la prensa porteña y la difusión del modelo sensacionalista del “nuevo periodismo” americano, cuya presencia en Buenos Aires se remonta a fines del siglo XIX y que en las primeras décadas del siglo XX tuvo una buena acogida en algunos vespertinos como *Crítica*,¹⁵ no debe perderse de vista que la prensa y el periodismo francés continuaban ejerciendo una gran influencia en sus colegas del Río de la Plata.

Ahora bien, más allá de la circulación de estos modelos periodísticos franceses en Buenos Aires, la francofilia que emerge asociada

Aires, Ciudad Argentina, 1999, pp. 25-58; y Denis Rolland, *La crise du modèle français. Marianne et l'Amérique latine. Culture, politique et identité*, París, L'Harmattan, 2011 [2000].

¹¹ Para un análisis de este tipo de periódicos véase Dominique Kalifa, Marie-Ève Thérenty y Alain Vaillant, “Le quotidien”, en D. Kalifa et. al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX siècle*, París, Nouveau Monde éditions, 2011, pp. 269-294.

¹² Una historia de este matutino puede consultarse en Claire Blandin (dir.), *Le Figaro. Histoire d'un journal*, París, Nouveau Monde éditions, 2014.

¹³ Arslán, que vivió en París entre 1893 y 1910, señala con frecuencia a *Le Figaro* en sus textos en la revista *La Nota* (1915-1921), que había creado en agosto de 1915. Véase, entre otros, “A modo de prefacio”, *La Nota*, n° 1, 14 de agosto de 1915, pp. 1-2; y “La condición de los intelectuales en la Argentina”, *La Nota*, n° 19, 18 de diciembre de 1915, pp. 359-361.

¹⁴ Recuérdese, a modo de ejemplo, que Marcel Proust había dedicado a Calmette su libro *Du côté de chez Swann* (Grasset, 1913) “como testimonio de un profundo y afectuoso reconocimiento”. Asimismo, en el momento de ingresar a la redacción del diario el día del atentado, Calmette iba acompañado por el famoso novelista Paul Bourget.

¹⁵ Sobre la influencia del modelo norteamericano véase Sylvia Sáfta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.

a las resonancias de este caso policial y judicial puede ser pensada también como un espacio de disputa en torno a diferentes representaciones sobre Francia. Por un lado, la imagen del Hexágono asociada a los ideales de la Ilustración y los principios de la Revolución de 1789 que, desde mediados del siglo XIX, fueron progresivamente fusionados con la latinidad como una ideología legitimadora de la expansión francesa en Sudamérica. Desde esa perspectiva, que puede apreciarse en las notas y artículos dedicados a los festejos del 14 de julio en la prensa de Buenos Aires,¹⁶ Francia era percibida como un paradigma literario y estético, identificado a una lengua y a un sistema de valores en cuyo centro se hallaba la ciudad de París, parada obligada en el *grand tour* de las élites argentinas por el Viejo Continente.¹⁷

Pero, por otro lado, el *affaire* Caillaux dinamizó otras representaciones sobre Francia vinculadas a una mirada conservadora y mucho más crítica de la Tercera República. En este sentido, a raíz de la decisión del jurado de absolver a la acusada, *El Diario* publicó un extenso comentario que denunciaba la corrupción de la política francesa: “Divorcios, amantes, *chantages*, delaciones; un desfile siniestro de todas las pobreza del corazón, un conjunto en el cual, sobre los cráneos alucina-

dos de los políticos bailan un can-can desenfadado los zapatos de las cocotas”. A partir del tópico finisecular de la *décadence*, este vespertino situaba al *affaire* Caillaux como un acontecimiento ejemplificador de la degradación de la clase política que dejaba al descubierto “la miseria moral de nuestra época” y “la espantosa desorientación en la que vivimos”. Como corolario, *El Diario* lanzaba una advertencia sobre la pérdida del rumbo de una nación fuertemente influyente para la Argentina: “No es Francia el baile que se ofrece en los cabarets al extranjero que después de todo solo eso quiere ver. Es el gran pueblo de la libertad, la justicia y el ahorro, hoy víctima, como todos, de la falta de norte moral”.¹⁸

Esa representación de una Francia extrañada como consecuencia de los males de la modernidad fue reiterada con mayor virulencia en las páginas del diario católico *El Pueblo*, en un inflamado editorial que retomaba la imagen de las dos Francias, representadas de un modo simbólico en las ciudades de Lourdes y París:

Ahí están de frente, en campos bien deslindados, las dos Francias de la hora actual [...] Ahí está la Francia de Jesucristo en Lourdes y la Francia atea de la corte de asises. En Lourdes está la Francia de San Dionisio y sus compañeros mártires, la de San Martín y San Hilario; la Francia de Martel, de Carlo Magno y de San Luis; la de San Vicente de Paul y de San Juan de la Salle; la Francia de misioneros incansables é intrépidos [...] En el otro campo aparece, la Francia del terror y de la guillotina, de la masonería insidiosa y siniestra, de la Comuna incendiaria, de Venus endiosada, del divorcio rayano en el amor libre y de la persecución y de la intolerancia sectarias.

¹⁶ Véanse, entre otras, *El Diario*. 14 juillet 1789-1914, suplemento especial, 14 de julio de 1914; “La fiesta de Francia”, *El Nacional*, 14 de julio de 1914, p. 5; “El 14 de julio”, *La Argentina*, 14 de julio de 1914, p. 4; y “Allons enfants de la Patrie”, *Le Courrier de la Plata*, 14 de julio de 1914, p. 3.

¹⁷ Sobre la importancia del viaje a París en las élites porteñas véase David Viñas, “La mirada de Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en *Literatura argentina y política 1. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005 [1964], pp. 11-67, y Beatriz Colombi, “Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, en C. Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina 1. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 544-566.

¹⁸ “Derecho a matar”, *El Diario*, 29 de julio de 1914, p. 4.

En una palabra, en la corte de asises está la mujer atea y divorciada que asesina, y defendiéndola aparecen los hombres políticos que desgraciadamente tienen en sus manos las riendas del gobierno [...] En París, en el tribunal que juzga á la mujer divorciada, asesina de Calmette, está esa parte de Francia entronizada en el poder que aborrece á sus hermanos, los franceses católicos [...] la Francia de Gambetta, suicida; de Waldeck Rousseau, engañador; de Combes, que gobernó pagando el espionaje y la delación; de Zola, el asqueroso de mala fe [...] esa parte de Francia que Maurice Barrés pintó con pluma magistral en los artículos titulados “Dans la cloaque”.¹⁹

La figura de Mme. Caillaux opera aquí como una sinécdoque de Francia pues todos los males que ella encarna son el resultado de un proceso de secularización impulsado por el laicismo republicano, que habían torcido el destino de la nación católica y monárquica.

En segundo lugar, aunque vinculado a esto último, por el hecho de que su protagonista fuera una mujer casada en segundas nupcias luego de que Caillaux obtuviera su divorcio,²⁰ y por la manera en que la cultura jurídica francesa de la época resolvió el caso, este escándalo se transforma también en un momento propicio para observar algunas de las representaciones sobre la mujer y su rol en la sociedad contemporánea que circulaban en la prensa porteña. Mientras que algunos periódicos más liberales miraban con simpatía a la figura de Henriette, en los periódicos vinculados al catolicismo las críticas hacia la protagonista del caso fueron demoledoras. Con

motivo de la absolución de la acusada, *El Pueblo* publicó otro duro editorial titulado “La madama absuelta” en el cual volvía a arremeter contra Mme. Caillaux considerándola como “el producto genuino de la moral sin Dios implantada en las escuelas y practicada en todos los órdenes de la vida social contemporánea”.²¹ Y al igual que en su comentario anterior, el diario católico no ahorra vituperios contra la acusada: “mujer adúltera, perturbadora del hogar ajeno en mira de un provecho propio, divorciante, divorciada, vuelta á casar, lasciva como una mona” eran solo algunos de los insultos proferidos desde sus páginas. No obstante, en ocasiones, esa mirada misógina y despectiva se hizo extensiva al jurado responsable de su absolución mediante la atribución de rasgos de debilidad típicos de la condición femenina. En este sentido, *El Diario* en el artículo antes citado cargaba contra los errores de ese “jurado sentimental, con alma de lector de folletín”, que había mostrado unas “sensiblerías de costurera ante un crimen que exigía serenidad y energía de hombre”.²²

En tercero y último lugar, el análisis de las repercusiones locales del *affaire* Caillaux permite mostrar el eclecticismo temático y la volatilidad de los intereses del público porteño y de esa “cultura de la noticia”, alimentada por el flujo permanente de la información internacional que provenía de las agencias de noticias europeas y norteamericanas. De hecho, si se compara la importancia otorgada al “drama de *Le Figaro*” pero también a los entretelones del “crimen de la calle Gallo” (otro resonante caso policial aunque de un alcance más local),²³ respecto de las repercusiones del

¹⁹ “Las dos Francias”, *El Pueblo*, 26 de julio de 1914, p. 2.

²⁰ Sobre este aspecto, véase Edward Berenson, “The Politics of Divorce in France of the Belle Époque: The Case of Joseph and Henriette Caillaux”, *The American Historical Review*, vol. 93, n° 1, 1988, pp. 31-55.

²¹ “La madama absuelta”, *El Pueblo*, 30 de julio de 1914, p. 2.

²² “Derecho a matar”, *El Diario*, 29 de julio de 1914, p. 4.

²³ El 19 de julio de 1914, Frank Carlos Livingston, subcontador del Banco de la Nación Argentina, fue brutal-

atentado de Sarajevo y la crisis diplomática de julio de 1914, es evidente que los primeros acapararon de un modo más intenso la atención de la prensa y el público porteño. Ese relativo desinterés frente a la crisis europea se mantuvo hasta el estallido de la Guerra Austro-serbia, cuyos inicios coincidieron con la finalización del juicio contra Mme. Caillaux, mostrando una dinámica similar a lo ocurrido en Francia y en otras partes de Europa.²⁴

Cuando la prensa porteña descubre la gravedad del problema, la “crisis” se había transformado ya en una “guerra europea”. A partir

mente apuñalado en su casa en la calle Gallo 1680. La investigación policial descubrió que la mujer del fallecido, Carmén Guillot, había planeado con ayuda de su mucama y confidente, Catalina González de Corello, un complot para asesinar a su marido que, al parecer, la engañaba con varias amantes. Para concretarlo, recurrió a los servicios de Salvatore Viterale, un vendedor de pescado y amigo de la mucama, que fue el encargado de reclutar a sus cómplices –Raffaele Prestamo, Francesco Salvato y Giacomo Battista Lauro–, todos inmigrantes italianos y compañeros de trabajo de Viterale. Por el hecho, Carmen Guillot fue condenada a reclusión por tiempo indeterminado mientras que Lauro y Salvato fueron condenados a pena de muerte, la última ejecutada en la Argentina, el 22 de junio de 1916.

²⁴ Las crónicas de los corresponsales instalados en París y en otras ciudades del Viejo Continente revelan ciertas semejanzas con las reacciones de la prensa y la opinión pública europea. “Había que ver, ayer, el aspecto de los bulevares de 10 a 12 de la noche y aun hasta las 2 de la madrugada”, comentaba Pedro S. Lamas, director de la *Revue Sudamericaine* y corresponsal del diario *La Razón* en París, en una crónica dedicada a la absolución de la acusada. “Las ediciones de los diarios eran arrebatadas, se agotaban y se renovaban sin cesar, pregonando la absolución de la asesina con asombro, con indignación de parte de cierto público, especialmente del femenino, con satisfacción y aplauso de parte de muchos”. Pedro S. Lamas, “Epílogo del asunto Caillaux - Calmette. El apasionamiento público ante el veredicto”, *La Razón*, 22 de agosto de 1914, p. 4. No obstante, ese tipo de reacciones no fueron exclusivas de la capital francesa. Desde Bruselas, el corresponsal de *La Nación*, Roberto Payró, afirmaba en la crónica que sirve de acápita a este artículo: “El proceso de Mme. Caillaux absorbe de tal modo la atención pública que ni siquiera se habla, sino muy incidentalmente, en estos momentos, del terrible ultimátum de Austria a Serbia, aunque vaya en ello envuelta la paz europea”. Roberto J. Payró, “Cartas informativas”, p. 4.

de entonces, los hechos se sucedieron con gran velocidad: el asesinato de Jean Jaurès; la declaración de guerra entre las grandes potencias y la orden de movilización general; la invasión alemana de Bélgica; el ingreso de Inglaterra en el conflicto y la declaración de la neutralidad argentina, ocurrida el 4 de agosto de 1914. Súbitamente, la Gran Guerra devino un asunto excluyente para la prensa y la opinión pública de Buenos Aires, desplazando todos los otros temas de interés y dando inicio a una primera fase en la cobertura periodística del conflicto que se prolongó hasta finales de ese año.²⁵

Paradójicamente, el mismo día que el Estado argentino declaró su neutralidad ante el conflicto bélico fue detenido Giacomo Battista Lauro, el último de los prófugos del “crimen de la calle Gallo”, cuya captura pasó casi desapercibida, sepultada bajo el cúmulo de informaciones sobre la guerra:

Días atrás, la noticia habría causado sensación. No habría llegado por otra parte, de improviso, pues el público, que seguía ansiosamente la campaña de los pesquisas, hubiera sabido que la detención de Lauro era inminente. Las gentes se dedicarían a comentar el suceso y la policía mostraríase ufana de su éxito ruidoso. Hoy la información carece de interés y el público se ha enterado de ella con indiferencia. Absorbida la atención general con los sucesos europeos, ¿qué puede importarle la captura de un asesino calabrés? Lauro no ha tenido suerte [...] no tendrá siquiera como sus cómplices la satisfacción de una notoriedad escandalosa, pues la formidable catás-

²⁵ Sobre la fascinación provocada por el estallido de la guerra véase Emiliano Gastón Sánchez, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, 2018, pp. 177-204.

trofe europea no permite al público enterarse por su suerte.²⁶

La sorna del comentarista del diario *La Mañana* sobre la “mala suerte” del último prófugo por el asesinato de Livingston, al coincidir su captura con la masificación de la guerra en Europa, muestra la volatilidad de las expectativas y los intereses de los lectores de Buenos Aires y la rapidez con la que los temas pasaban de ser el comentario del momento a una noticia intrascendente. Una dinámica noticiosa a la que tampoco pudo escapar el estridente *affaire* Caillaux. □

Bibliografía citada

- Becker, Jean-Jacques, 1914: *Comment les français son entrés dans la guerre. Contribution à l'étude de l'opinion publique printemps-été 1914*, París, Presses de la Fondation National de Sciences Politiques, 1977.
- Berenson, Edward, *The Trial of Madame Caillaux*, California, University of California Press, 1992.
- , “The Politics of Divorce in France of the Belle Époque: The Case of Joseph and Henriette Caillaux”, *The American Historical Review*, vol. 93, n° 1, 1988, pp. 31-55.
- Blandin, Claire (dir.), *La Figaro. Histoire d'un journal*, París, Nouveau Monde éditions, 2014.
- Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, n° 49, 2018, pp. 81-116.
- , “News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, n° 4, Durham, Duke University Press, noviembre de 2016, pp. 607-640.
- Colombi, Beatriz, “Camino a la meca: escritores hispanoamericanos en París (1900-1920)”, en C. Altamirano (dir.) y J. Myers (ed.), *Historia de los intelectuales en América Latina I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz, 2008, pp. 544-566.
- Grévy, Jérôme, “Criminelle mais non déviante, madame Caillaux”, en F. Chauvaud y G. Malandain, *Impossibles victimes, impossibles coupables. Les femmes devant la justice (XIX^e-XX^e siècles)*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2009, pp. 229-237.
- Kalifa, Dominique, Marie-Ève Thérenty y Alain Vailant, “Le quotidien”, en D. Kalifa et al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle*, París, Nouveau Monde éditions, 2011, pp. 269-294.
- Le Naour, Jean-Yves, *Meurtre au Figaro. L'affaire Caillaux*, París, Larousse, 2007.
- Mariátegui, José Carlos, *Antología* (selección, introducción y notas de Martín Bergel), Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2020.
- Pelosi, Hebe Carmen, *Argentinos en Francia, franceses en Argentina. Una biografía colectiva*, Buenos Aires, Ciudad Argentina, 1999.
- Rolland, Denis, *La crise du modèle français. Marianne et l'Amérique latine. Culture, politique et identité*, París, L'Harmattan, 2011 [2000].
- Saïtta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- Sánchez, Emiliano Gastón, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, 2018, pp. 177-204.
- Viñas, David, “La mirada de Europa: del viaje colonial al viaje estético”, en *Literatura argentina y política I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005 [1964], pp. 11-67.

²⁶ “El pobre Lauro”, *La Mañana*, 4 de agosto de 1914, p. 1.

Resumen/Abstract

Notas sobre las repercusiones del *affaire* Caillaux en la prensa de Buenos Aires

El objetivo de este artículo es analizar las repercusiones en la prensa de Buenos Aires del *affaire* Caillaux, un escándalo político y mediático que mantuvo en vilo a Francia en las semanas previas al estallido de la Gran Guerra. A pesar de su brevedad, la coyuntura abierta por este caso permite analizar diversos rasgos de la prensa de Buenos Aires y de la cultura mediática porteña de comienzos del siglo xx. Entre las cuales, cabría señalar: la circulación de los modelos periodísticos franceses en Buenos Aires y el eclecticismo temático que caracterizó a los intereses del público porteño como consumidor de las noticias internacionales.

Palabras claves: Affaire Caillaux - Prensa periódica - Buenos Aires - Gran Guerra

Notes on repercussions of the Caillaux affair in the Buenos Aires periodical press

The objective of this article is to analyze the repercussions in the Buenos Aires press of the Caillaux affair, a political and media scandal that kept France in suspense in the previous weeks at the outbreak of the Great War. Despite its brevity, the conjuncture opened by this case allows us to analyze some of the features of the Buenos Aires press and the Buenos Aires media culture of the early twentieth century. Among which, it should be noted: the circulation of French journalistic models in Buenos Aires and the thematic eclecticism that characterized the interests of the Buenos Aires public as consumers of international news.

Keywords: Affaire Caillaux - Periodical Press - Buenos Aires - Great War

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1221>

Al mundo cruzando el charco

La prensa de Buenos Aires y el imaginario de un fútbol global durante el Campeonato Mundial de 1930

Manuel Muñiz

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín

Introducción

“Fuimos literalmente asaltados por periodistas y fotógrafos.” Jacques Caudron describía así su llegada a Montevideo como miembro de la delegación francesa al Campeonato Mundial de fútbol de 1930 en una de sus crónicas publicadas en *Le Miroir des sports*,¹ y que según la propia revista arribaban gracias al correo aéreo, en este caso, de la línea Buenos Aires-Toulouse abierta en 1928. Esta referencia es una muestra de los vínculos comunicacionales, tecnológicos y culturales que se generaron entre la prensa de varios países y el torneo. Para el caso de los lectores porteños, los periódicos matutinos y vespertinos fueron los mediadores dominantes durante esas semanas de 1930 para que pudiesen convertir lo “extraño” de esa reunión del fútbol internacional en algo “cercano y conocido”. La opinión pública de Buenos Aires llevaba entonces ya décadas de aguda curiosidad por los sucesos mundiales.² En ese marco, aquí sostenemos la hipóte-

sis de que la intensa tramitación periodística del evento conformó un episodio significativo en la consolidación de un marco cultural que llamaremos tentativamente “fútbol global”.³ Con esta noción buscamos analizar un conjunto de informaciones, saberes y representaciones sobre equipos internacionales que, por definición, eran conocidos por los lectores y

blica de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, 2018, pp. 177-204.

³ Perspectivas como las de Lanfranchi, Esienberg, Mason y Wahl sostienen que la globalización del fútbol como espectáculo recién fue posible gracias a la televisión vía satélite. Trabajos como los de Alabarces y Villena Fiengo construyen en cierta medida una periodización similar. Sin negar las trascendentales transformaciones de las últimas décadas, aquí nos interesa llamar la atención acerca de la construcción cultural y mediática de nociones “mundiales” sobre el fútbol en las semanas de la Copa de 1930 por una parte de la prensa diaria de Buenos Aires. Véase Pierre Lanfranchi, Christian Esienberg, Tony Mason y Alfred Wahl, *100 Years of Football. The FIFA Centennial Book*, Londres, Widenfeld & Nicholson, 2004, pp. 254 y ss; Pablo Alabarces, *Historia mínima del fútbol en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018, especialmente p. 200; Sergio Villena Fiengo, “Globalización, identidades nacionales y fútbol”, en P. Alabarces (comp.), *Futbolologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, pp. 285-298. Stefan Rinke y Florencia Faccio han ensayado una comprensión del marco global del Mundial uruguayo en “La globalización del fútbol durante la crisis de 1930: Uruguay y la primera Copa del Mundo”, en D. Armus y S. Rinke (eds.), *Del football al fútbol/futebol: historias argentinas, brasileras y uruguayas en el Siglo xx*, Madrid, Iberoamericana/Vervuert/ASHA, 2014, pp. 67-84.

¹ Jacques Caudron, “Nous footballeurs à Montevideo”, *Le Miroir des Sports*, 29 de julio de 1930, p. 127. Traducción nuestra.

² Lila Caimari, “News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, n° 4, 2016, pp. 607-640; Emiliano Sánchez, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pú-

lectoras gracias a una cultura impresa cada vez más interconectada mundialmente. Estas páginas no se detienen en los sucesos deportivos, sino que buscan ofrecer una aproximación a un conjunto de prácticas poco estudiadas de una parte del campo periodístico de Buenos Aires en el abordaje del campeonato de Montevideo.⁴

Movimientos, tiempos y espacios

¡Hasta en el África!

Julián de Monte Pío: —Supongo que no atentarán contra la vida de este capitán del equipo argentino de foot-ball que tan buen papel hizo en las últimas Olimpíadas.

Jefe Caníbal: —¡Oh! Estos son grandes muchachos. ¿Cómo están Cherro, Monti, y Bossio?—... Desde ya son mis huéspedes de honor.⁵

Este remate cerró el sábado 10 de mayo de 1930 la última viñeta del conocido personaje de Dante Quinterno, Julián de Monte Pío, quien se hace pasar por un jugador argentino para evitar ser devorado por una estereotipada tribu de caníbales. Se trata de una representación presumiblemente compartida por algunos lectores acerca de la idea del fútbol como un espectáculo en buena medida globalizado, en el que incluso en tierras africanas se pudiese conocer a las estrellas del equipo argentino. Es de notar que en la década de 1920 se había producido a escala internacional una expansión de las secciones diarias y de las publicaciones hebdomadarias dedicadas al de-

porte. *Match*, *Le Miroir des Sports*, *L'Auto*, *Bild*, *La Gazzetta dello Sport*, *El Mundo Deportivo*, *El Gráfico*, entre otras, son ejemplos de este proceso, que habilitaba una circulación transnacional de saberes en torno a equipos nacionales, incluyendo sus caracteres mitológicos.⁶ Asimismo, la experiencia de otras situaciones mundializantes en la prensa porteña en torno al fútbol, especialmente durante los Juegos Olímpicos de París de 1924 y de Ámsterdam en 1928, tuvo como consecuencia que hacia 1930 un lector o lectora promedio pudiera reconocer sintagmas como “football rioplatense”⁷ o “juego inglés”, entre otros. Por caso, Salustiano Gómez, el enviado especial de *El Mundo* a Montevideo, entrevistó allí a una “señorita entusiasta” que lamentaba “que no vengan los españoles, italianos, húngaros o austríacos. Si no hubiesen desertado por miedo hubiéramos visto cómo los rioplatenses los vencen”.⁸

No obstante, ese conocimiento era bastante endeble. La dinámica del fútbol global requería, pues, de la necesaria construcción periodística de fortalezas y debilidades de equipos cuya real conformación era desconocida. Por ello, en las semanas previas al Campeonato de 1930 la información diaria sobre el viaje de las delegaciones fue una constante. En este sentido, la referencia al periplo de jugadores, árbitros como el belga John Langenus y diri-

⁶ Véase David Goldblatt, *The Ball is Round: A Global History of Soccer*, Nueva York, Riverhead Books, 2008, p. 177; Eduardo Archetti, “Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 1, 1997, pp. 53-76.

⁷ Indudablemente, los Juegos Olímpicos de 1924 en París fueron un hito en la emergencia de esta cultura del fútbol global en la prensa porteña. A modo de ejemplo, una tapa de *Crítica* rezaba: “El FOOTBALL RIOPLATENSE [sic] se impuso de nuevo. Los uruguayos terminaron el partido de hoy [triunfo 3-0 sobre Estados Unidos] bailando tango en la cancha”. *Crítica*, 29 de mayo de 1924, portada.

⁸ *El Mundo*, 29 de junio de 1930, s/p.

⁴ Analizamos aquí un tiempo corto entre los meses de mayo y julio de 1930 a partir de un corpus de siete periódicos matutinos y vespertinos: *La Prensa*, *La Nación*, *El Mundo*, *Crítica*, *La Época*, *El Diario* y *La Razón*.

⁵ *La Razón*, 10 de mayo de 1930, p. 9.

gentes como Jules Rimet,⁹ el célebre presidente de la Fédération Internationale de Football Association (FIFA), generaban un efecto, a esa altura nada novedoso, a partir del cual las noticias viajaban –por vía cablegráfica, y a través de los servicios prestados a los diarios por las agencias informativas– más rápido que el transporte. La secuencia comenzaba con los rituales de despedida en Europa. Por caso, *La Nación* aprovechaba su red de corresponsales en el extranjero para destacar que “una multitud de deportistas llegada de todas las regiones de Italia se encontraba a la partida de la escuadra rumana de footballers que se embarcó a bordo del Conte Verde [...]. En Villefranche se embarcará la delegación francesa de football y en Barcelona la representación belga, en total alrededor de 80 personas todas directas a Montevideo”.¹⁰ Abonando la construcción de expectativas, una nota de *La Razón* informaba al público que “un adiestrador húngaro prepara a los footballers chilenos”, a la vez que auguraba que ese hecho podría convertir a la selección de Chile en una de las “más peligrosas del certamen”.¹¹ Ese tipo de especulaciones se vinculan a lo que Julio Frydenberg denominó “ciclo del pronóstico”,¹² esto es, el anticipo de las posibilidades de cada equipo y su posterior constatación.

Un aspecto llamativo fue la tergiversación del sentido de lo que había sido publicado en diarios europeos. El 25 de junio, el vespertino *La Época*, y horas más tarde *La Nación*, citaron vía la agencia Havas una nota del parisino

L’Intransigeant. Según ambos diarios de Buenos Aires, allí se explicaba que “los equipos [europeos] que van a Montevideo son temibles adversarios para los sudamericanos, pero reconoce [*L’Intransigeant*] claramente que estos últimos son mucho más fuertes que los visitantes”.¹³ La columna original en París había sido firmada por René Lehmann en *Match* un día antes de ser replicada en *L’Intransigeant*. Pero al cotejar el original observamos que nada se decía de ese carácter “temible” de los representativos de Francia, Bélgica, Yugoslavia y Rumania, sino casi todo lo contrario, es decir, que eran sustitutos de los equipos verdaderamente fuertes de Europa.¹⁴

En la edificación de esta idea de un “mundo del fútbol” reunido en Montevideo, *Crítica* enfatizó cotidianamente las proezas de sus enviados especiales, como subirse subrepticamente a una azotea para espiar un entrenamiento de los uruguayos,¹⁵ o entrevistar al presidente de la delegación de Yugoslavia apenas desembarcado en Uruguay. *La Nación* no se quedaba atrás. Su corresponsal en Río de Janeiro había observado a los jugadores de los Estados Unidos e informaba que había quedado “impresionado por su aspecto físico [...] aunque nada dejaron traslucir acerca de su poderío técnico”.¹⁶ Al respecto, el equipo estadounidense generó entre los reporteros una suerte de obsesión. *El Diario* sentenciaba que “son robustos, atléticos [...] representan a distintas razas”,¹⁷ mientras que Ernesto Weissmann y Enrique Torrado de *La Razón* enviaban notas de color y fotografías de los jugadores norteamericanos, incluida una en la que bailaban entre sí.¹⁸

⁹ Rimet relató en sus memorias su viaje a Montevideo. De allí tomamos el término “charco” del título de este trabajo: “La mayoría de los jugadores europeos era la primera vez que se enfrentaban con sus camaradas del otro lado del ‘charco’”. Véase Jules Rimet, *Fútbol. La Copa del Mundo*, Barcelona, Juventud, 1955, p. 48.

¹⁰ *La Nación*, 22 de junio de 1930, p. 5.

¹¹ *La Razón*, 3 de junio de 1930, s/n.

¹² Julio Frydenberg, *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011, p. 141.

¹³ *La Nación*, 26 de junio de 1930, p. 9; *La Época*, 25 de junio de 1930, p. 5.

¹⁴ René Lehmann, “Football à Genève et à Montevideo”, *Match*, 24 de junio de 1930, p. 7; y *L’Intransigeant*, 25 de junio de 1930, p. 4.

¹⁵ *Crítica*, 8 de julio de 1930, p. 3.

¹⁶ *La Nación*, 29 de junio de 1930, p. 5.

¹⁷ *El Diario*, 3 de julio, p. 13.

¹⁸ *La Razón*, 28, 29 y 30 de junio de 1930.

El vuelo del Mundial, entre la tecnología y la calle

La distancia con Montevideo posibilitaba una mayor celeridad en la publicación de información, y en especial de fotografías. El rol central que adquirió el uso de las imágenes durante el Campeonato se vinculaba tanto a la ideología de la pretendida objetividad de la prensa moderna, como a una acelerada competencia. El domingo 13 de julio el torneo dio inicio con el partido entre las selecciones de Francia y México, a las 13 horas, seguido por el choque de los Estados Unidos con Bélgica, a las 15 hs. A la mañana siguiente, los lectores de *La Prensa* podían contemplar imágenes de ambos partidos, “enviadas por vía aérea empleándose para ello un avión de la Nyrba, alistado expresa y exclusivamente para LA PRENSA [sic]”.¹⁹ Nyrba (New York Río and Buenos Aires Line) era una compañía que había iniciado ese mismo año vuelos diarios en hidroavión entre Montevideo y Buenos Aires, que según anunciaba un aviso cubrían el tramo en 75 minutos.²⁰

La aviación civil era a la sazón un símbolo de la técnica moderna. Para el caso del Mundial del '30, la mención del uso de aeroplanos reforzaba la relación de un evento futbolístico con los marcos de lo que la cultura contemporánea sindicaba como parte del mundo “nuevo” surgido tras la Gran Guerra. En este sentido, los redactores de *Crítica*, luego de la semifinal entre la Argentina y los Estados Unidos, y mientras una multitud terminaba de escuchar la goleada por 6 a 1 por los megáfonos del diario, escribieron que “por el Río de

la Plata cruzaba un avión, también de CRÍTICA [sic], en vuelo hacia nuestra ciudad, trayendo las primeras fotografías”.²¹ *La Prensa* subió la apuesta al día siguiente con una deslumbrante imagen aérea del Estadio Centenario durante el partido, la cual según el periódico “fue obtenida exclusivamente para ‘La Prensa’ desde un aeroplano [...] por los pilotos Tarino y Lorenzo”.²² Sin embargo, casi un mes antes *El Mundo* había contratado a los mismos conductores para obtener una fotografía desde el aire de un Centenario aún en construcción, luego impresa a dos páginas.²³

El horario de los partidos, entre las 13 y las 15 horas, trajo aparejada una mayor pugna por la primicia entre los diarios de la tarde, especialmente *La Razón* y *Crítica*. Este último salía con su 5ª edición a las 17 hs., y con su 6ª a las 21, mientras que *La Razón* tenía su 3ª a las 14 hs., la 4ª a las 18, y la 5ª a las 20.²⁴ Es difícil hallar en los archivos esas diferentes ediciones de un mismo día. Como sea, la 4ª edición de *La Razón* del 26 de julio de 1930 consignaba en su tapa que el equipo argentino vencía 1-0 a su par de los Estados Unidos al finalizar el primer tiempo de la mencionada semifinal. El gol de Monti había sido marcado alrededor de las 15 hs., y los otros seis goles del *match* fueron anotados en el segundo tiempo, tras el cierre de esa edición. Ese día, *Crítica* ganaba la pulseada noticiosa al publicar en la primera plana de su 5ª edición el resultado final.²⁵ El hecho de que los partidos se desarrollaran en el ínterin de las ediciones de los vespertinos

²¹ *Crítica*, 26 de julio de 1930, p. 3.

²² *La Prensa*, 27 de julio de 1930, p. 15.

²³ *El Mundo*, 25 de junio de 1930, p. 17.

²⁴ Sylvia Sáitta, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014 [1998], p. 35; Carlos Ulanovsky, *Paren las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa, 1997, p. 31.

²⁵ *La Razón*, 26 de julio de 1930, portada; *Crítica*, 26 de julio de 1930, portada. El primero de esos vespertinos prometía allí una 5ª edición con “amplia y minuciosa información” sobre el partido.

¹⁹ *La Prensa*, 14 de julio de 1930, p. 15.

²⁰ *La Época*, 14 de julio de 1930, p. 11. Al respecto, véase Melina Piglia, “La aviación comercial como asunto de Estado. Los orígenes de la política aerocomercial en la Argentina (1927-1949)”, V Reunión del Comité Académico “Historia, Regiones y Fronteras” de la Asociación de Universidades Grupo Montevideo, Mar del Plata, 2014.

favorecía la presencia de ansiosas multitudes frente a las pizarras y los megáfonos de las distintas redacciones en Avenida de Mayo.²⁶ En la aún incipiente cultura del espectáculo futbolístico, habían ganado ya centralidad las ansiedades por la noticia del *score* definitivo de los encuentros.

Las plumas reconocidas

Por entonces solía ser un privilegio para un periodista firmar sus notas, y en general el caso del Campeonato Mundial no fue la excepción. No obstante, es posible conocer algunos nombres propios. *El Diario* informó días antes del comienzo del certamen que “en el vapor de la carrera Artigas partió anoche una delegación de periodistas deportivos. Se halla integrada por las siguientes personas: Miguel A. Dos Reis, *El Diario*, Ernesto Weissmann, *La Razón*, Salustiano Gómez, *El Mundo*, Esteban Murell, *Crítica*, Jorge Muñoz, *La República*, Raúl M. Fernández, *El Telégrafo*, Armando Núñez, *Última hora*, Miguel Pérez Turner, *La Argentina*, Antonio Humberto Leguizamón, *La Vanguardia*, Manuel Molinari, *El Pueblo*, Enrique García, *La Época*, Juan Girart y Font, *La Libertad*”. Además de la visita al Estadio Centenario en su fase final de edificación, *El Diario* publicaba crónicas y fotografías de cónclaves netamente masculinos de los periodistas argentinos con sus pares montevideanos, encuentros que posiblemente hayan tenido al torneo como tema de conversación.²⁷

Interesa destacar aquí la figura de Miguel Dos Reis, jefe de la sección deportiva de *El Diario*, quien plasmó en sus escritos un lenguaje vinculado a la estandarización de la cultura global del fútbol.²⁸ Es necesaria una digresión. En 1925 la International Association Football Board, el organismo encargado de reglamentar este deporte, modificó la norma del *offside*. Este cambio posibilitó que el atacante estuviese habilitado si tenía por delante a dos jugadores y no a tres como era desde 1866. Como resultado, el *centre-half*, uno de los mediocampistas, empezó a cumplir roles defensivos en numerosos equipos alrededor del mundo.²⁹ Con este punto en mente, visualizamos en Dos Reis una pedagogía actualizada sobre estilos y tácticas. Su crónica del partido entre argentinos y franceses ofrece indicadores: “los franceses defendieron formando una verdadera muralla [...] donde la línea de halves fue el apoyo de la línea de forwards como colaborador múltiple de los dos backs”, o bien un epígrafe de una fotografía del delantero Roberto Cherro en el que se indicaba que era “tenazmente perseguido por el centrehalf francés”.³⁰

Por su parte, las columnas de José Gabriel en *Crítica* fueron de las más notorias del Campeonato Mundial. Gabriel participaba por entonces en los debates sobre los usos de un español de raigambre local.³¹ Es por ello que, a diferencia del saber especializado exhibido por Dos Reis, sus notas se caracterizaron por el registro de emociones y vocablos de

²⁶ La reproducción de cables con similar información abonaba este efecto transnacional. *La Nación* expresaba mediante un despacho de Associated Press desde Río de Janeiro que el partido entre Yugoslavia y Brasil había sido seguido por miles de personas frente a *Diário da Noite* y *Jornal do Brasil*. *La Nación*, 15 de julio de 1930, p. 6.

²⁷ *El Diario*, 21 de junio de 1930, p. 13; *El Diario*, 23 de junio, p. 12.

²⁸ Véase Tony Collins, *How Football Began. A Global History of How the World's Football Codes Were Born*, Abingdon, Routledge, 2019.

²⁹ Sobre los cambios tácticos de la época, véase Jonathan Wilson, *Inverting the Pyramid: The History of Soccer Tactics*, Londres, Orion, 2008, pp. 718 y ss; Goldblatt, *The Ball is Round*, p. 189.

³⁰ *El Diario*, 16 de julio de 1930, pp. 13 y 15.

³¹ José Gabriel, *De leguleyos, hablistas y celadores de la lengua*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2015.

corte popular. Su crónica “Otra tarde angustiosa”, el relato de Argentina-Francia que oyó “desde el spíquer”,³² dejaba ver tópicos usuales en quienes eran parte del entramado cultural del fútbol, tal como la mención al “chuchó” por la incertidumbre de un partido que recién se resolvió con un agónico tanto de Monti. Pero esa tácita cercanía con los lectores se resquebrajó pocos días más tarde, en el relato de Gabriel de su viaje exclusivo en avión a Montevideo para ver los partidos semifinal y final.³³ Acaso haya sido uno de los primeros periodistas que describió el uso del aeroplano para cubrir un evento deportivo.

Pero no todos quienes rubricaron sus textos se trasladaron a Montevideo. Tal fue el caso de Guillermo Salazar Altamira (Dinty Moore). En su columna de *La Nación* ofrecía un vaticinio a la distancia:

Chile, Francia y Méjico son los rivales que le han tocado al cuadro argentino para formar una de las series preliminares del Campeonato Mundial de Football. [...] Ninguna de estas selecciones ha venido sin títulos o como relleno. [...]. Ya el martes

próximo nos lo vamos a pasar haciendo gárgaras con la angustia.³⁴

De modo similar a José Gabriel, el periodista de *La Nación* compartía vivencias esperables de un partido de fútbol –nótese que el término “angustia” también figuraba en el referenciado escrito del periodista de *Crítica*–. Resaltamos que Dinty Moore no ofrece datos acerca de jugadores chilenos, mexicanos o franceses. Pero quizá para el lector no haya importado. Para decirlo en palabras de Last Reason, otro conocido columnista del período, “los diarios son argumentos bravos en este torneo de conocimientos y los buenos parlamentarios invocan a cada rato el suelto de *Crítica* o de *Última* para corroborar sus afirmaciones”.³⁵ Argumentos, representaciones, saberes inciertos o no, que conforman referencias culturales e intelectuales de un fútbol global construido con el concurso decidido de los periódicos porteños. □

Bibliografía citada

Alabarces, Pablo, *Historia mínima del fútbol en América Latina*, México, El Colegio de México, 2018.

Archetti, Eduardo, “Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y el polo”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, n° 1, 1997, pp. 53-76.

Caimari, Lila, “News from Around the World: The Newspapers of Buenos Aires in the Age of the Submarine Cable, 1866-1900”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 96, n° 4, 2016, pp. 607-640.

Collins, Tony, *How Football Began. A Global History of How the World's Football Codes Were Born*, Abingdon, Routledge, 2019.

Frydenberg, Julio, *Historia social del fútbol. Del amateurismo a la profesionalización*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

³⁴ Dinty Moore, “La hora de perseus”, *La Nación*, 10 de julio de 1930, p. 19.

³⁵ Last Reason (seudónimo de Máximo Sáenz), “Barbería club”, en *A rienda suelta*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional/Colihue, 2006, p. 102.

³² Esta mención de José Gabriel (*speaker* era la palabra utilizada para “locutor”) permite entrever un uso de la radio como complemento de la prensa escrita. *La Nación*, por ejemplo, ofrecía escuchar Francia-México por L.R.6 Radio Mitre. Es decir que desde 1924 hay datos de transmisiones radiales de partidos de fútbol local. Para el caso del Mundial de 1930, el cable telefónico subfluvial que desde 1929 unía Buenos Aires con Montevideo posibilitaba las ya mencionadas transmisiones por los megáfonos de los diarios. Véase para todo esto *La Nación*, 13 de junio de 1930, p. 6; *El Diario*, 4 de julio de 1930, p. 12; *Crítica*, 13 de junio de 1930; y también Andrea Matallana, “Locos por la radio”. *Una historia social de la radiofonía en la Argentina, 1923-1947*, Buenos Aires, Prometeo, 2006, especialmente pp. 40 y ss.

³³ José Gabriel, “Un cuadro armónico”, *Crítica*, 27 de julio de 1930, p. 11. De acuerdo a un anuncio de esos días, el avión Washington tenía capacidad solo para 10 personas. *La Época*, 29 de julio de 1930, p. 12. Según la crónica del propio Gabriel, el aeroplano había sido fletado por *Crítica*.

Gabriel, José, *De leguleyos, hablistas y celadores de la lengua*, Buenos Aires, Ediciones Biblioteca Nacional, 2015.

Goldblatt, David, *The Ball is Round: A Global History of Soccer*, Nueva York, Riverhead Books, 2008.

Lanfranchi, Pierre, Christian Esienberg, Tony Mason, y Alfred Wahl, *100 Years of Football. The FIFA Centennial Book*, Londres, Widenfeld & Nicholson, 2004.

Matallana, Andrea, “*Locos por la radio*”. *Una historia social de la radiofonía en la Argentina, 1923-1947*, Buenos Aires, Prometeo, 2006.

Piglia, Melina, “La aviación comercial como asunto de estado. Los orígenes de la política aerocomercial en la Argentina (1927-1949)”, V Reunión del Comité Académico “Historia, Regiones y Fronteras” de la Asociación de Universidades Grupo Montevideo, Mar del Plata, 2014.

Saítta, Sylvia, *Regueros de tinta. El diario Crítica en la década de 1920*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013 [1998].

Sánchez, Emiliano, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, n° 1, 2018, pp. 177-204.

Ulanovsky, Carlos, *Paren las rotativas. Historia de los grandes diarios, revistas y periodistas argentinos*, Buenos Aires, Espasa, 1997.

Villena Fiengo, Sergio “Globalización, identidades nacionales y fútbol”, en P. Alabarces (comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2005, pp. 285-298.

Wilson, Jonathan, *Inverting the Pyramid: The History of Soccer Tactics*, Londres, Orion, 2008.

Resumen/Abstract

Al mundo cruzando el charco. La prensa de Buenos Aires y el imaginario de un fútbol global durante el Campeonato Mundial de 1930

Este trabajo se propone indagar una sección del campo periodístico de Buenos Aires durante el Campeonato Mundial de 1930. A partir de la noción de “fútbol global”, se estudian saberes y representaciones con las cuales fue abordado un acontecimiento que adquirió rasgos mundializantes para la prensa diaria, tanto matutina como vespertina. En función de los cruces entre un aceitado interés de los lectores y lectoras de Buenos Aires por las noticias internacionales y una cultura del fútbol en desarrollo, el trabajo se estructura en tres partes: la secuencia de noticias que construyó el interés antes y durante el evento, los rasgos competitivos entre los periódicos y las plumas reconocidas de Miguel Dos Reis, José Gabriel y Guillermo Salazar Altamira que tomaron el Campeonato como insumo para sus crónicas y columnas.

Palabras claves: Espectáculo - Globalización - Periodismo - Fútbol Global

To the world across the pond. The Buenos Aires press and the imaginary of global football during the 1930 World Championship

This paper aims to investigate the Buenos Aires Journalistic Field during the 1930 FIFA World Championship. Using the notion of “Global football”, the article studies the journalistic approach to this transnational football event, both from Morning and Evening press. Starting from a strong interest of Buenos Aires readers for international news, and a developing football, this paper is structured in three parts: the sequence of News that built interest before and during the tournament, the competition among the newspapers, and the study of well-known journalists who approached the Championship as inspiration for their writings, such as Miguel Dos Reis, José Gabriel and Guillermo Salazar Altamira.

Keywords: Spectacle - Globalization - Journalism - Global Soccer

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1222>

La escena española

Notas sobre la labor política y periodística de Dardo Cúneo durante la Guerra Civil Española

Juan Buonuome

Universidad Nacional de San Martín / CONICET

El 30 de julio de 1936, el diario *Crítica* publicó una nota de alto impacto en el marco de su extensa cobertura de los sucesos en España. Se trataba de una crónica que su corresponsal había enviado por correo aéreo desde Dakar, puerto adonde había llegado a bordo del vapor Santo Tomé, luego de un periplo extraordinario que narraba en su correspondencia. Su buque había zarpado de Buenos Aires el día 16 con destino a los puertos de Las Palmas, Cádiz, Barcelona, Marsella y Génova, pero las primeras noticias recibidas por radio de onda corta sobre el alzamiento militar contra la República provocaron un dramático cambio en el curso y en la naturaleza del viaje, al galvanizar las tensiones entre las autoridades de la embarcación y el personal subalterno. Mientras la más alta jerarquía del barco festejaba y brindaba por el levantamiento, los trabajadores del Santo Tomé –marineros, mecánicos, camareros, personal de servicio–, consecuentes con su extracción proletaria, y amparados en la justicia de su causa, decidieron deponer al capitán y convertir a un simple camarero en la máxima autoridad del buque. En las horas siguientes, la súbita interrupción de las comunicaciones con Islas Canarias anotició al camarero y al resto de los tripulantes de que militares de la reacción los estarían recibiendo en su próximo destino, de allí que decidieran desviar el camino hacia Senegal. Bajo control obrero, y perseguido por

un buque de una escuadra militar sublevada, el Santo Tomé llegó el domingo 26 al puerto de Dakar.¹

Quien firmaba la corresponsalía, uno de los quinientos pasajeros a bordo del Santo Tomé, era Dardo Cúneo (1914-2011). No era infrecuente que este escritor, periodista y joven dirigente del Partido Socialista firmara notas en las páginas de la prensa de gran tirada. En efecto, al tiempo que animaba el debate de ideas en el interior del socialismo en publicaciones que defendían el valor de la insurrección armada y la dictadura del proletariado, Cúneo intentaba ganarse un lugar en el expansivo mundo del escritor profesional y colaboraba en revistas ilustradas y diarios de la tarde con textos de temas y registros muy diversos, como relatos de historia urbana, cuentos, entrevistas y comentarios sobre la situación internacional. Lo novedoso de estas “estruendosas” ocho columnas publicadas en *Crítica* fue que aquellas dos maneras de escritura –la del agitador y polemista de izquierda y la del periodista de la industria cultural– se presentaban ahora en perfecto maridaje.² El

¹ Dardo Cúneo, “En alta mar se sublevó el ‘Santo Tomé’”, *Crítica*, 30 de julio de 1936, p. 1.

² Dardo Cúneo, “La inocencia de España”, en AA.VV., *Los que fueron a España*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966, p. 185.

relato sobre la sublevación del Santo Tomé constituía, a la vez, un registro fáctico y objetivo que buscaba dar testimonio veraz de los acontecimientos, una épica de redención proletaria con guiños a la Unión Soviética, y una historia de acción, aventura y heroísmo como las que los lectores de *Crítica* se encontraban en las páginas de novelas populares o en las salas de cine de Buenos Aires. “La sublevación de los tripulantes del Santo Tomé revive una página de leyenda [...] más parece un hecho novelesco que real”, escribía Cúneo haciendo jugar revolución y espectáculo.

La correspondencia de Cúneo –en rigor, la primera crónica hispanoamericana del conflicto– ilumina aspectos singulares del modo en que se configuró la Guerra Civil Española como evento global.³ Por un lado, deja al descubierto que la construcción de la noticia involucró circulaciones y desplazamientos, materiales y simbólicos, tramados en una malla mediática compleja. En efecto, la irrupción en alta mar de la información radial, provista por una estación de onda corta de Madrid, desató un motín repentino en un vapor que se encontraba geográficamente cercano a los acontecimientos (recordemos que el epicentro inicial de los levantamientos fue el norte de África) pero que no sería parte del flujo de noticias sobre España sino hasta la publicación, casi dos semanas después, de la correspondencia de un joven militante socialista en uno de los diarios escritos en español más leídos del mundo. A su vez, la construcción de la noticia como evento de repercusión global estuvo determinada por las características del consumo de noticias internacionales de la ciudad de Buenos Aires y por el arraigo en el público lector de un imaginario de fuertes reminiscencias transnacionales, nutrido por el cine y las

industrias culturales. Si las imágenes del motín de 1905 recreadas por Eisenstein en *El Acorazado Potemkin* a mediados de los veinte debieron resonar en el joven izquierdista al escribir su crónica del Santo Tomé, pocas dudas caben de que quienes leyeron *Crítica* ese día –y el mismo Cúneo– se representaron los acontecimientos a partir de las escenas de *Motín a bordo*, largometraje de la Metro Goldwin Meyer protagonizado por Clark Gable, que mereció el Oscar a la mejor película en 1935 y desde mayo de 1936 era proyectado en las salas de Buenos Aires.

Por otro lado, la intervención de Cúneo en las páginas de *Crítica* invita a indagar en los vínculos y las tensiones entre la actividad periodística y la militancia política. Con 22 años, Cúneo fue probablemente el dirigente socialista argentino más comprometido con la situación española.⁴ Pero su compromiso, sobre todo al comienzo, estuvo asociado a una postura de abierta crítica a la línea hegemónica de su partido. Lejos de la moderación y la prudencia del posicionamiento oficial del partido frente al conflicto (que evitaba la crítica abierta a la postura de no intervención del socialismo francés y presentaba en su diario los cables sobre ayuda soviética al bando republicano como noticias sin confirmación), Dardo Cúneo se ubicaba en un sector de izquierda que se autodenominaba revolucionario y marxista, y encontraba su principal modelo de inspiración en la experiencia de

³ Jesús Cano Reyes, *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la Guerra Civil Española*, Barcelona, Calambur, 2017, p. 92.

⁴ Dentro del enorme volumen de producción historiográfica reciente dedicada a analizar el impacto de la guerra española en la Argentina solo lateralmente se ha atendido a las posturas del Partido Socialista, fuerza política que más temprano y con mayor decisión apoyó a la república española durante los años de la guerra. Mónica Quijada, *Aires de República, aires de cruzada: la Guerra Civil Española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991; Víctor Trifone y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la Guerra Civil Española en la Argentina (1936-1939)*, Buenos Aires, FCE, 1993; Ernesto Goldar, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986.

radicalización del Partido Socialista Obrero Español. Al mismo tiempo, mantuvo una febril actividad periodística y editorial en las que España fue absolutamente central. Durante las semanas que insumió su viaje, y el resto del tiempo que duró el conflicto, ya en Buenos Aires, Cúneo publicó crónicas, entrevistas, ensayos breves, columnas de opinión y comentarios de distinta índole que brindaban claves para la comprensión del drama que atravesaba la península. Ya sea por la naturaleza de esta labor periodística, como por la trama de relaciones que tejó con dirigentes socialistas y republicanos españoles –reflejadas en los recortes y las correspondencias de su archivo personal–, su trayectoria aparece como un prisma interesante a la hora de indagar en los cruces entre izquierda, periodismo y cultura de masas en el contexto de mundialización a que dio lugar la Guerra Civil Española.

Desde 1933, Cúneo realizó una sostenida actividad de militancia política inscripta en el ala de izquierda del Partido Socialista.⁵ En un contexto en el que el partido se beneficiaba electoralmente con la abstención radical, un conjunto de dirigentes y afiliados exigieron un cambio de táctica.⁶ Reunidos ocasionalmente en torno a emprendimientos de prensa militante de corta vida, sus posturas tenían eco en *Claridad*, órgano que dirigía Antonio Zamora. Allí, a comienzos de 1933 apareció una encuesta titulada “¿Debe cambiar de táctica el socialismo?”, que respondieron, en su mayoría afirmativamente, militantes activos del partido, entre los que figuraba Cúneo.⁷ En octubre de ese año, además, Dardo Cúneo publicó en el órgano de la Confederación Juvenil Socialista un artículo titulado “La vuelta a Marx”, donde fustigaba al revisionismo y asociaba el reformismo con el fascismo.⁸ Mismo título y argumentos similares utilizará en un texto publicado al año siguiente en el primer número de la revista *Izquierda*, que se convirtió en uno de los textos más representativos del ala disidente.⁹ Para entonces, la huelga general revolucionaria producida en España en 1934, en el marco del bienio radical-cedista de la II República, impactaba fuertemente en la imaginación política de este sector y motorizaba los intercambios con periódicos como *Leviatán*, *Claridad* y *Renovación*, donde escribían los dirigentes que conducían la radicalización, como Francisco Largo Caballero y Luis Araquistain.¹⁰ La unificación de las juventudes del socialismo y el comunismo en España conducida por Santiago Carrillo representaba otra referencia importante para Cúneo, quien formaba parte del proceso de reorganización del movimiento juvenil socialista mientras escribía notas sobre temática internacional en la prensa de la Federación Juvenil Comunista.¹¹

Apadrinado por Mario Bravo, Dardo Cúneo viaja a España con el doble objetivo de militar la causa socialista y desempeñarse como periodista profesional. No se trataba de

Apadrinado por Mario Bravo, Dardo Cúneo viaja a España con el doble objetivo de militar la causa socialista y desempeñarse como periodista profesional. No se trataba de

⁵ Carlos Miguel Herrera, “El intelectual como partido: Dardo Cúneo y la experiencia de *Acción Socialista*”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 3, 2013, pp. 35-56.

⁶ Ricardo Martínez Mazzola, “El Partido Socialista en los años treinta”, en L. Losada (comp.), *Política y vida pública (1930-1943)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017, pp. 87-105; Ilana Martínez, *Por la vuelta a Marx. El ala izquierda del Partido Socialista argentino, 1929-1935*, Tesis de Maestría, IDAES-UNSAM, 2012.

⁷ “¿Debe cambiar de táctica el socialismo?”, *Claridad*, n° 262, febrero de 1933, p. 12.

⁸ Dardo Cúneo, “La vuelta a Marx”, *Juventud Socialista*, n° 9, octubre de 1933, p. 1.

⁹ Dardo Cúneo, “La vuelta a Marx”, *Izquierda*, n° 1, octubre de 1934, p. 5.

¹⁰ Alejandro Cattaruzza, “Las huellas de un diálogo. Demócratas radicales y socialistas en España y Argentina durante el período de entreguerras”, *Estudios Sociales*, n° 7, Santa Fe, 1994, pp. 29-48.

¹¹ Dardo Cúneo, “Siguiendo al mundo”, *Frente. La auténtica voz de la juventud*, n° 8, noviembre de 1935, p. 1.

propósitos contradictorios. En los años de entreguerras, la ideología de la objetividad periodística no significaba neutralidad, ni tampoco ausencia de subjetividad, ya que no aludía a hechos sino al contexto en que esos hechos eran registrados y narrados.¹² En el universo de las izquierdas, plumas como las de John Reed y John Dos Passos, a quienes Cúneo admiraba, habían abrazado el género del *reportage* y unían con maestría la presentación fáctica y objetiva de los hechos con la toma de partido y la interpelación emocional al lector.¹³ En el caso de Cúneo, su compromiso militante lo ponía en una buena posición para ver y experimentar de primera mano las alternativas de la guerra y, por lo tanto, poder cumplir así con las reglas y los procedimientos básicos del repórter profesional. Al llegar a Valencia desde Dakar, según relata en una crónica publicada en octubre de ese año en *Claridad*, consigue un salvoconducto y un auto con chofer que le permiten recorrer, registrar y describir escenas de poder obrero y construir una épica insurreccional de modo similar al relato de lo sucedido en el Santo Tomé.¹⁴ En Valencia asiste a los entrenamientos de los milicianos en la Plaza de Toros, visita las barricadas en cada barrio y se entrevista con los representantes proletarios del gobierno. Luego, parte en un tren repleto de milicianos hacia la ciudad de Madrid, que se encuentra amenazada por el general Mola desde el norte (se combate en Guadarrama a fines de julio y principios de agosto) y por el

general Franco desde el sur, que avanza desde Sevilla con una veloz columna. Los cantos revolucionarios —describe extasiado en su crónica— contagian a los campesinos, que levantan los puños y las hoces en cada estación. Ya en la capital, Cúneo visita los batallones juveniles en las posiciones ganadas al norte de la ciudad: “Sierra de Guadarrama. 60 kilómetros de Madrid. Líneas de fuego. Aquí se bate España y Anti España. La República y el fascio. El pueblo y los militares. Un auto de las milicias juveniles nos trajo. Llegamos cuando el fuego ha abierto una pausa y el tic-tac de las ametralladoras se ha traducido en un eco que persiste en la montaña”.¹⁵ Con este estilo cortante y sintético de escritura, característico de la sección de cables de todos los diarios y que Cúneo hizo propio desde joven, la crónica publicada en *Claridad* se completaba con la descripción fascinada de su encuentro con Santiago Carrillo, líder de las Juventudes Socialistas Unificadas, y con el poeta Rafael Alberti y su esposa María Teresa León, en una asamblea de la Alianza Antifascista de Intelectuales en la que también se encontraban Pablo Neruda y André Malraux.

Este tipo de compromisos político-intelectuales se confirman en el segundo y último envío que hizo Cúneo a *Crítica*, publicado en Buenos Aires el 23 de agosto. Se trata en este caso de una entrevista que realizó a Luis Araquistain en las oficinas de redacción del diario *Claridad* de Madrid, periódico del ala marxista y revolucionaria del socialismo español.¹⁶ Nada decía allí sobre los vanos esfuerzos que Araquistain, junto a Julio Álvarez del Vayo, habían hecho en las últimas semanas en suelo francés para lograr el apoyo activo de los socialistas que formaban parte del gobierno. En cambio, Cúneo exaltaba el

¹² Michael Schudson, *Discovering the news. A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books Inc., 1978, pp. 5-8.

¹³ Dardo Cúneo, “Visión argentina del mundo. John Dos Passos en Londres. Ciudades y guerra. Ayuda a Rusia”, *Mundo Argentino*, circa 1940; Dardo Cúneo, *El último reportaje de John Reed*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010.

¹⁴ Dardo Cúneo, “Impresiones de la guerra civil en España”, *Claridad*, n° 306-307, octubre-noviembre de 1936, pp. 7-10.

¹⁵ *Ibid.*, p. 9.

¹⁶ “La república que surja será socialista, dice Araquistain”, *Crítica*, 23 de agosto de 1936, p. 7.

periodismo de combate practicado por Araquistain, a quien describía alternando las recorridas por los frentes de la sierra y la organización de las milicias, con la redacción de editoriales de primera plana de *Claridad* y *Leviatán*, órganos que dirigía en tanto “teórico de su partido y capitán de los que dentro de él tienden a apresurar el paso y marchar hacia la realización más o menos inmediata del socialismo”. Sus declaraciones a Cúneo, por otra parte, evidenciaban una interpretación del conflicto español en términos de “guerra social” o “guerra de clases”, y tras una serie de comparaciones con el proceso soviético (Azaña como Kerenski, los comités populares como soviets), concluía que España “quemaba” etapas y vivía, “hoy y simultáneamente, una revolución democrática y una revolución socialista”.

El envío aéreo del texto de la entrevista a Araquistain se produjo el 15 de agosto, el mismo día en que la embajada argentina en Madrid escribió a Buenos Aires para anunciar la realización de una extensa y urgente acción de visado colectivo para permitir la evacuación y repatriación de ciudadanos argentinos.¹⁷ De esa operación terminaría formando parte Dardo Cúneo, quien, en circunstancias no demasiado claras, debió regresar prematuramente a la Argentina en carácter de refugiado. Según el relato del hijo de Cúneo, después de su paso por Madrid se trasladó a Lisboa, donde quedó apresado y se salvó en el último momento de ser fusilado por una intervención de la embajada argentina.¹⁸ Sin embargo, en ninguno de los textos que publicó sobre su experiencia en España relató nada

parecido a un inminente fusilamiento, y a través de fuentes diplomáticas podemos saber que “Enrique Dardo Cúneo, soltero, 22 años, periodista”, fue trasladado a instancias del gobierno argentino de Madrid a Alicante en tren, de allí en un vapor alemán a Lisboa y finalmente, a bordo del General Ossorio, regresó al puerto de Buenos Aires.¹⁹

ITras su regreso, Cúneo no siguió el camino de la mayoría de los dirigentes socialistas ubicados en la disidencia, que en 1937 fundaron un nuevo partido –El Partido Socialista Obrero–. Por el contrario, se mantuvo dentro del viejo partido y, de hecho, sus representaciones sobre el conflicto español en la prensa socialista fueron acercándose cada vez más a la línea hegemónica. Si la tesis que había primado en su lectura radicalizada veía en el conflicto una guerra social, su mirada adoptó en los años siguientes la clave del antifascismo liberal. Se alejó de los conceptos de lucha de clases, insurrección armada y dictadura del proletariado y asumió una mirada humanista que rechazaba la violencia, recuperaba a líderes del socialismo reformista como Indalecio Prieto y Julián Besteiro y se embanderaba en la defensa de la cultura occidental al seguir de cerca el derrotero de artistas, escritores e intelectuales refugiados y los esfuerzos por preservar el patrimonio de los museos de España. Entre 1936 y 1939 Cúneo pasó de una mirada comunizante al más duro anticomunismo y se hizo eco de los cuestionamientos que algunos dirigentes como Araquistain y Prieto hicieron de la influencia so-

¹⁷ Edgardo Pérez Quesada a Carlos Saavedra Lamas, 15 de agosto de 1936, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, Fondo Guerra Civil Española, Caja 14, Legajo 28.

¹⁸ Citado en Niall Binns, *Argentina y la Guerra Civil Española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur, 2012.

¹⁹ “Relación de ciudadanos desembarcados del vapor alemán Tarragona procedentes de la ciudad de Alicante (día 24 de agosto de 1936)” y “Relación de ciudadanos argentinos indigentes refugiados de España que embarcan en el paquete General Ossorio el día 27 de agosto de 1936”, Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, Fondo Guerra Civil Española, Caja 14, Legajo 23.

viética en el gobierno republicano durante la guerra. Al mismo tiempo, pasó a desempeñar un rol cada vez más central en el aparato de prensa del socialismo local. A su vuelta de España comenzó a participar asiduamente en *La Vanguardia*, dirigida entonces por Rómulo Bogliolo, representante de un sector renovador de ciertos planteos económicos del partido, pero defensor de la estrategia reformista, en clave democrática y evolutiva, definida por Justo y continuada en los años treinta por Nicolás Repetto y Américo Ghioldi.²⁰ En *La Vanguardia*, Cúneo se hizo cargo de temas literarios (solía comentar obras y autores latinoamericanos y argentinos, y tuvo a su cargo columnas firmadas semanalmente como “Itinerario Americano” e “Ida y Vuelta de América”), y de la sección “Marginales”, que constaba de sueltos de temas variados con un énfasis en asuntos internacionales.

No debe perderse de vista, sin embargo, que los escritos de Cúneo sobre la situación en el mundo, y sobre España en particular, no se publicaron solo ni principalmente en *La Vanguardia*, órgano central del partido, o en *Claridad* y en *Izquierda*, publicaciones de la izquierda socialista. Ellos deben rastrearse, en buena medida, en diarios comerciales de la tarde como *Crítica*, *La Razón* y *El Mundo*, y en revistas ilustradas como *El Hogar*, *Mundo Argentino* y *Aquí Está!* Desde antes de la guerra en España, Cúneo se desempeñaba como periodista de la industria cultural y, en paralelo con sus escritos radicalizados en órganos de la izquierda socialista, escribió en publicaciones comerciales y masivas textos que recorrían una serie de temáticas y enfoques que, a su regreso de su viaje a la península, pasarán a formar parte de sus intervenciones en las páginas de las principales publicaciones parti-

darias, como *La Vanguardia* y el *Anuario Socialista*. Un ejemplo de ello lo constituye el tópico de la niñez y la guerra, muy transitado por la prensa de esos años.²¹ Entre 1934 y 1938, Cúneo publicó diversos artículos en diarios populares de la tarde y en revistas misceláneas para la mujer y la familia donde abordaba la cuestión de la infancia militarizada con un enfoque humanista. En el vespertino *La Razón*, donde tenía a cargo una columna diaria sobre temas internacionales, escribía a fines de 1934: “Los niños ya no juegan [...] La sociedad ya no les alcanza un juguete, y como si negara el derecho a vivir su niñez, les plantea tempranamente los conflictos comunes a los mayores. Les ha dotado de ciudadanía”.²² Algo similar puede decirse del problema del nuevo rol de la mujer en relación al contexto conflictivo en Europa. Así surge, por ejemplo, de la entrevista que Cúneo realiza en la casa de Victoria Ocampo a la pedagoga exiliada María de Maeztu (hermana de Ramiro), publicada en julio de 1937 en *Mundo Argentino*.²³ Si bien este tipo de enfoques también tuvo lugar tempranamente en publicaciones socialistas dedicadas a temáticas femeninas, como es el caso de la nota “Los niños de Europa ya no juegan” aparecida en *Vida Femenina* en mayo de 1935, recién a fines de la década desarrollará este tipo de miradas en las publicaciones más representativas del partido.

Incorporar al análisis la vasta producción de Cúneo en las publicaciones no socialistas permite entonces resignificar lo que a primera vista puede ser interpretado como un viraje

²⁰ Juan Carlos Portantiero, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 6, 2002, pp. 231-241.

²¹ Niall Binns, “La matanza de los inocentes. Intelectuales cubanos en defensa del niño español”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, n° 2, 2011, pp. 83-110.

²² Dardo Cúneo, “La infancia militarizada”, *La Razón*, 30 de diciembre de 1934, 2ª sección.

²³ “María de Maeztu espera el advenimiento de un mundo nuevo”, *Mundo Argentino*, 7 de julio de 1937, p. 12.

abrupto hacia la moderación política de Cúneo durante la segunda mitad de los años treinta. Esta mirada moderada y humanista, orientada a un público más vasto y diverso que el círculo de lectores que podía interesarse por el debate en torno al austromarxismo o a la alternativa reforma/revolución, formaba parte de una temprana escritura profesionalizada desplegada en el contexto de un robusto mercado periodístico y editorial. Es esta mirada la que lleva a Cúneo después de su regreso de España a un aparato de prensa socialista que en el contexto del creciente conflicto internacional atraviesa un momento de profesionalización y modernización. En otras palabras, abordar las lecturas socialistas de la Guerra Civil Española a partir de la figura de Cúneo obliga a prestar particular atención a las prácticas periodísticas que habilitaban y al mismo tiempo condicionaban los discursos sobre la lucha en España.

Conviene, entonces, colocar los escritos de Dardo Cúneo durante la Guerra Civil Española en el marco de una serie más larga de vínculos entre la prensa socialista y los diarios populares y comerciales de la tarde. Una historia de contaminaciones, préstamos y competencia que atraviesa en estos años un giro significativo. Al igual que en otras metrópolis, la prensa popular porteña hizo de la guerra de España su gran tema.²⁴ Dentro de la diversidad de opiniones y posicionamientos (entre los periódicos, y en el interior de cada uno de ellos), *Crítica* y *Noticias Gráficas* se destacaron como abanderados en la defensa de la República. En el contexto de la guerra, estos diarios, los más leídos de la tarde, hicieron uso de una retórica de tono obrerista capaz de permear allí donde la política partidaria de izquierda no lo hacía. Por su parte, la

prensa socialista no rehuyó al desafío. Por el contrario, el conflicto español y su enorme impacto en la prensa y en la opinión pública local brindaron las condiciones para que el diario socialista atravesara por cambios importantes en su composición, impresión y presentación. Dos meses después del inicio de la guerra, *La Vanguardia* incorporó modificaciones en su estilo y diagramación.²⁵ Acompañando el movimiento general de los diarios en todo el mundo, la información internacional y los combates en España desplazaron a las noticias de política local y se instalaron cómodamente en la primera plana, con fotos, mapas y grandes titulares.

Pero fue recién a mediados de 1939 cuando *La Vanguardia* atravesó por la transformación más audaz, aunque también más efímera, de su historia. Mientras España comenzaba a vivir su posguerra y la Segunda Guerra Mundial pasaba a ocupar la primera plana de los diarios, el periódico socialista cambió su mando político y editorial, y se dotó de una nueva estructura de negocios destinada a favorecer la profesionalización y la competitividad. Bajo la dirección de Mario Bravo y con el respaldo de la nueva Sociedad Ediciones Populares Argentinas S.R.L., Dardo Cúneo cumplió un rol protagónico en este proceso. Además de escribir a diario columnas destinadas a temas internacionales y dirigir el suplemento literario y cultural que salía los domingos, se encargó del diseño y la coordinación del nuevo y expandido plantel de redactores, colaboradores y dibujantes, labor en la que capitalizó su trayectoria en la industria cultural y sus contactos con el universo de intelectuales españoles radicados en Buenos Aires.²⁶ Un buen ejem-

²⁴ Adrien Bingham y Martin Conboy, "The Daily Mirror and the creation of a commercial popular language. A people's war: a people's paper?", *Journalism Studies*, vol. 10, n° 5, 2009.

²⁵ "Por *La Vanguardia*", *La Vanguardia*, 22 de septiembre de 1936, p. 1; "*La Vanguardia*", *La Vanguardia*, 11 de octubre de 1936, p. 8.

²⁶ "La Vanguardia de Bravo", Fondo Dardo Cúneo, Archivos y Colecciones Particulares, Biblioteca Nacional de la República Argentina.

plo lo constituye el caso de Roberto Gómez. Este dibujante madrileño había ganado popularidad a comienzos de la guerra desde las páginas de *Crítica* con sus viñetas y relatos breves, que luego compiló en un libro publicado en 1937, titulado *Charlas de Café sobre la Guerra Civil Española*.²⁷ Luego de este éxito, “Roberto” pasó a formar parte del plantel estable de dibujantes de *La Vanguardia* (junto a otros artistas como Clement Moreau, Carybé, Pedro Olmos y Tristán). Fueron clave para este desembarco las gestiones de Ángel Osorio y Gallardo, el último embajador de la Segunda República española en Buenos Aires, de buenas vinculaciones con socialistas locales y a quien Gómez conocía desde hacía muchos años. De hecho, este intelectual católico y antifascista, que había compartido banca en la Sociedad de las Naciones con Julio Álvarez del Vayo (contacto clave para Dardo Cúneo en su viaje a España), también formó parte del cuerpo estable de colaboradores de *La Vanguardia* en la nueva etapa.

El salto transformador de la prensa socialista, de todos modos, no se sostuvo en el tiempo. Si bien la salida de Mario Bravo de la dirección de *La Vanguardia* fue un factor importante, mucho más decisivo fue el nuevo contexto de restricciones que sufrió la industria periodística en todo Occidente por la escasez de papel en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. El final de la Guerra Civil Española significó, en efecto, un parteaguas para la prensa escrita en general, y para la socialista en particular. Es verdad que durante el transcurso del conflicto fue posible observar la maduración de algunos rasgos de la cultura mediática que, desde fines del siglo XIX, había hecho del consumo informativo de las noticias interna-

cionales uno de sus pilares.²⁸ Así lo testimonian las concentraciones frente a las pizarras de los vespertinos de la Avenida de Mayo, y las batallas campales entre republicanos y nacionalistas en los bares y las cantinas ubicados a pocos metros, representadas con maestría por Roberto Gómez. Pero a partir de los años cuarenta, la cobertura mediática de los sucesos internacionales sufriría un vuelco. Ello se debió a la crisis y los reacomodamientos que sufrieron los diarios, que los obligó a disminuir su número de páginas, y también al ascenso definitivo de la radio, que actuó trastocando el consumo de noticias en un sentido mucho menos público que el que habilitaba la prensa periódica, sobre todo en el espacio urbano.

Con todo, desde el punto de vista del socialismo, el proceso de transformaciones periodísticas producido en el marco de la Guerra Civil Española significó una novedad: la confluencia política con quienes, al mismo tiempo, competía en el terreno periodístico. En claro contraste a lo sucedido durante la década de 1920, cuando se asistió a una batalla frontal entre *La Vanguardia* y *Crítica*, ya desde principios de los años treinta el marco más restrictivo en el que se desenvolvía el periodismo en la Argentina había creado las condiciones para un vínculo menos ríspido con la prensa popular (en rigor, con la gran mayoría de los actores de la prensa).²⁹ Pero

²⁷ Roberto Gómez, *Charlas de café sobre la Guerra Civil Española. Textos y dibujos de Roberto*, Buenos Aires, Acento, 1937; “Presentación de nuestros dibujantes: Roberto”, *La Vanguardia*, circa 1939.

²⁸ Lila Caimari, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo XIX”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 49, 3ª Serie, 2018, pp. 81-116; Emiliano Sánchez, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, 2018, pp. 177-204.

²⁹ James Cane, *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of the Peronist Argentina, 1930-1955*, Pennsylvania, Pennsylvania University Press, 2012, pp. 58-88; Juan Buonuome, “El socialismo argentino y las voces populares de la prensa a comienzos del siglo XX”, en L. Cucchi y J. Buonuome, *El rol del periodismo en la política argentina. Primera parte: 1810-1930*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 2018, pp. 13-61.

fue durante la Guerra Civil Española, y en función del espacio compartido como baluartes del bando republicano y antifascista, cuando esta relación mutó en simpatía y entendimiento. La labor periodística de Dardo Cúneo, oscilante, multifacética y difícil de encasillar, constituye una puerta de entrada de particular riqueza para dimensionar el impacto que tuvo la guerra de España en la relación entre el socialismo y la prensa popular. □

Bibliografía citada

- Bingham, Adrien y Martin Conboy, “The *Daily Mirror* and the creation of a commercial popular language. A people’s war: a people’s paper?”, *Journalism Studies*, vol. 10, n° 5, 2009.
- Binns, Niall, “La matanza de los inocentes. Intelectuales cubanos en defensa del niño español”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, vol. 38, n° 2, 2011, pp. 83-110.
- , *Argentina y la Guerra Civil Española. La voz de los intelectuales*, Madrid, Calambur, 2012.
- Buonuome, Juan, “El socialismo argentino y las voces populares de la prensa a comienzos del siglo xx”, en L. Cucchi y J. Buonuome, *El rol del periodismo en la política argentina. Primera parte: 1810-1930*, Buenos Aires, Senado de la Nación, 2018, pp. 13-61.
- Caimari, Lila, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios porteños del siglo xix”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”*, 3ª Serie, N° 49, 2018, pp. 81-116.
- Cane, James, *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of the Peronist Argentina, 1930-1955*, Pennsylvania, Pennsylvania University Press, 2012.
- Cano Reyes, Jesús, *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la Guerra Civil Española*, Barcelona, Calambur, 2017.
- Cattaruzza, Alejandro, “Las huellas de un diálogo. Demócratas radicales y socialistas en España y Argentina durante el período de entreguerras”, *Estudios Sociales*, n° 7, Santa Fe, 1994, pp. 29-48.
- Cúneo, Dardo, *El último reportaje de John Reed*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2010.
- Goldar, Ernesto, *Los argentinos y la Guerra Civil Española*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986.
- Gómez, Roberto, *Charlas de café sobre la Guerra Civil Española. Textos y dibujos de Roberto*, Buenos Aires, Acento, 1937.
- Herrera, Carlos Miguel, “El intelectual como partido: Dardo Cúneo y la experiencia de *Acción Socialista*”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 3, 2013, pp. 35-56.
- Martínez Mazzola, Ricardo, “El Partido Socialista en los años treinta”, en L. Losada (comp.), *Política y vida pública (1930-1943)*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2017, pp. 87-105.
- Martínez, Ilana, *Por la vuelta a Marx. El ala izquierda del Partido Socialista argentino, 1929-1935*, Tesis de Maestría, IDAES-UNSAM, 2012.
- Portantiero, Juan Carlos, “Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n° 6, 2002, pp. 231-241.
- Quijada, Mónica, *Aires de República, aires de cruzada: la guerra civil española en Argentina*, Barcelona, Sendai, 1991.
- Sánchez, Emiliano, “Pasión de multitudes: la prensa y la opinión pública de Buenos Aires frente al estallido de la Gran Guerra”, *Anuario IEHS*, vol. 33, 2018, pp. 177-204.
- Schudson, Michael, *Discovering the news. A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books Inc., 1978.
- Trifone, Víctor y Gustavo Svarzman, *La repercusión de la Guerra Civil Española en la Argentina (1936-1939)*, Buenos Aires, FCE, 1993.

Resumen/Abstract

La escena española. Notas sobre la labor política y periodística de Dardo Cúneo durante la Guerra Civil Española

El artículo analiza los cruces entre izquierda, periodismo e industria cultural a la luz de la trayectoria periodística y política del escritor, periodista y dirigente socialista Dardo Cúneo (1914-2011), durante el transcurso de la Guerra Civil Española. Analiza la labor de Cúneo como cronista y corresponsal durante su viaje a la península en 1936 y sus escritos sobre el conflicto publicados en la prensa socialista y de gran tirada de Buenos Aires, y los pone en relación con sus cambiantes posicionamientos en el interior del Partido Socialista y con los roles que ocupó en sus estrategias y estructuras mediáticas. Sostiene que el análisis de las lecturas socialistas del conflicto español debe considerar las prácticas periodísticas que las habilitaban y, al mismo tiempo, condicionaban. Asimismo, afirma que la Guerra Civil Española constituyó un momento bisagra respecto del lugar que ocupaba el socialismo en el mercado periodístico y de sus relaciones con los principales actores de la prensa popular.

Palabras clave: Guerra Civil Española - Socialismo - Periodismo - Cultura de masas

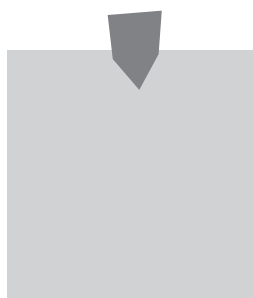
The Spanish scene. Notes on the political and journalistic labor of Dardo Cúneo during the Spanish Civil War

The article analyzes the intersections between the left, journalism and the cultural industry based on the journalistic and political trajectory of the writer, journalist and socialist leader Dardo Cúneo (1914-2011), during the course of the Spanish civil war. It analyzes Cúneo's work as a chronicler and correspondent during his trip to the peninsula in 1936 and his writings on the conflict published in the socialist press and the big press, and puts them in relation to his changing positions within the Socialist Party and with the roles that he occupied in the socialist media structures and strategies. The article maintains that the analysis of the socialist readings of the Spanish conflict must consider the journalistic practices that enabled them and, at the same time, conditioned them. Likewise, it affirms that the Spanish civil war constituted a pivotal moment regarding the place that socialism occupied in the journalistic market and its relations with the main actors of the popular press.

Keywords: Spanish Civil War - Socialism - Journalism - Mass culture

DOI: <https://doi.org/10.48160/18520499prismas25.1223>

Reseñas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

Dominique Kalifa (dir.),
Les noms d'époque. De "Restauration" à "années de plomb",
París, Gallimard, 2020, 352 páginas

La práctica de la periodización siempre ha sido una operación consustancial al trabajo del historiador: hacer historia es, necesariamente, periodizar, componer la temporalidad de un cuadro narrativo o descriptivo a partir de una disposición cronológica que logre darle un horizonte de identidad e inteligibilidad al objeto explorado. Este tipo de segmentación corresponde, en principio, a criterios empíricos *ad hoc*, pero que luego se integran en el marco de un período cuya cesura pedagógica –aunque intente no convertirse en un esencialismo epocal– funciona como un reto para el historiador: tras asumir esa periodización ya consensuada, siempre la remata, de un modo u otro, interpelando aquellos límites prefijados. Pero la conservación de las divisiones en períodos relativamente inalterables y operativos –ya sea la cuatripartición canónica del mundo europeo, el corte secular, o bien la periodización que cada tradición nacional normaliza para su pasado histórico– mantiene, indudablemente, su propia inercia. Esto se debe a que su preservación garantiza no solo la integración del objeto en una escala que permite superar el parroquialismo del caso particular, sino también la comunicación y el contralor científicos de la investigación y, en definitiva, la legitimación de proyectos y espacios de formación académica que esas

mismas parcelas temporales de especialización tienden a reproducir. Tal es, en suma, el escenario al que debe enfrentarse todo historiador cuando practica esta orfebrería temporal y tal es la primera lección que arroja *Les noms d'époque*: ninguno de los períodos que asumimos como tales ha subsistido sin una profunda intencionalidad política detrás y allí está la historicidad de sus nombres para corroborar, más allá de sus orígenes nominales, dónde reside su capacidad expansiva y coercitiva. Así, a medio camino entre la historia conceptual e intelectual de la historiografía, esta obra se propone desnaturalizar una serie de catorce épocas de la historia europea desde 1815 a través de su genealogía onomástica y, a este respecto, se trata de una doble contribución que atañe tanto a la historia de las nominaciones epocales como a la historia contemporánea, entendida esta en su acepción francesa, es decir, a partir de 1789.

La obra dirigida por Dominique Kalifa se inscribe con cierta incomodidad en una vasta tradición reflexiva de periodizaciones históricas. Si nos ceñimos solo al siglo xx y a los historiadores de oficio que han hecho de las tramas epocales un motivo explícito de objetivación historiográfica, debemos decir que Johan Huizinga, Oscar Halecki, Otto Brunner, Eugenio Garin, Delio

Cantimori y, sobre todo, Krzysztof Pomian, le han dado a la cuestión, en el marco de coyunturas muy disímiles, un puntal de gran agudeza, pero, por lo general, reformulando esquemas de interpretación que no franqueaban los límites de un acervo tradicional de nominaciones y que, en algunos casos, pactaban con lógicas de sucesividad muy propias de la filosofía de la historia. A partir de fines de los años 1980, tras la ruptura que supuso la caída del Muro de Berlín, la disolución de la URSS y el impacto simbólico del inminente cambio de milenio, la naturaleza de las periodizaciones pareció despertar un nuevo interés. En el ámbito de la historiografía francesa, el coloquio organizado en París por la Asociación “Histoire au présent” en 1989, titulado *Périodes. La construction du temps historique* (y publicado un año después en la revista *Sources*) abrió el camino para obras muy fecundas como *Trahir le temps* (1991), de Daniel Milo, *La invención de la Edad Media*, de Jacques Heers (1992), *Les historiens et le temps* (1999), de Jean Leduc y, en 2014, el opúsculo de Jacques Le Goff titulado ¿Realmente es necesario cortar la historia en rebanadas? En su conjunto, se trata de estudios cuyo rasgo en común es el corte artificial que implica todo trazado temporal, el carácter simbólico de su validez y los reduccionismos

que suele convocar. El título de la obra de Le Goff ha sido, en este sentido, hartamente elocuente y, mucho más, la manera en que Heers titulaba la suya en el original: *Le Moyen Âge, une imposture*. Y a ello cabe agregar el sesgo etnocéntrico de las periodizaciones europeas las cuales han pretendido imponer una falsa universalidad más allá de su territorio que, a partir de los estudios poscoloniales, comenzó a discutirse abiertamente. Rasgos, en suma, que no solo problematizan la puesta en uso de la periodización, sino que, directamente, la perciben como un inconveniente. Ante tal estigma, *Les noms d'époque* intenta desmarcarse de esa percepción. Lejos de la típica discusión sobre sus riesgos, la introducción de Kalifa, titulada “Dénommer l'Histoire”, se presenta como el rotundo manifiesto de una técnica que ya no requeriría de ningún alegato culposos, ni tampoco subyugar su existencia a la simple divulgación, el relato simpático o el colector de manual. Más allá de cualquier debate, las periodizaciones son necesarias e inherentes al oficio de historiador y cualquier disputa sobre su pertinencia epistemológica debe pasar a un plano diferente. En este sentido y a diferencia de los trabajos anteriores, si algo deja bien asentado esta obra es que las periodizaciones ya no solo son una práctica, sino un objeto autónomo de teoría historiográfica que debe responder a otro tipo de preguntas.

La primera de ellas consigna la necesidad de pensar los nombres epocales por una calzada transnacional.

Recordemos que la obra se publica en plena hegemonía de la historia global, la cual, tras hacer del giro territorial su mejor baza, acabó, por vía negativa, impulsando la emergencia –o acentuado la visibilidad– del genuino lugar que la construcción temporal ocupa en la disciplina. De allí la vocación de *Les noms d'époque* por incorporar conceptos epocales que, si bien persisten en no huir de Europa y los Estados Unidos, al menos sí evitan cualquier endogamia francesa. En este sentido, solo dos capítulos aluden a términos específicamente franceses, *Años negros* (para la época de Vichy) y *Treinta Gloriosos* (para el período del Estado benefactor desde la segunda posguerra y hasta la crisis de 1973). Con todo, los capítulos dedicados a la unificación italiana con *Risorgimento*, a la industrialización y el imperialismo británico con *Era victoriana*, la *Edad del Oropel*, el nombre acuñado por Mark Twain para el período posterior a la Guerra de Secesión norteamericana, *Transición y movida* (el movimiento contracultural del posfranquismo) y *Hora cero* (la inmediata segunda posguerra alemana) dan buena cuenta de una apertura transnacional. Pese a ello, no deja de sorprender que Kalifa no mencione algunos antecedentes clave para esta obra como la *Introducción a la historia contemporánea* (1964) de Geoffrey Barraclough, quien renombró lo que en el ámbito anglosajón siempre han sido los “tiempos modernos” y, sobre todo, aunque no remita a la historia contemporánea, la obra pionera de Wallace K. Ferguson, *The Renaissance in*

Historical Thought (1948), un extraordinario trabajo aún irremplazable que representa uno de los pocos y verdaderos precursores para *Les noms d'époque* y que, además, cuenta con traducción francesa desde 1950. Cabe señalar, no obstante, que, en determinados aspectos, la historia global aún parece un lejano sueño en la historiografía francesa y allí está para demostrarlo una de las fuentes utilizadas por Kalifa para ilustrar un ejemplo de nombre epocal propio de América Latina. Entre otros, alude a *Década Infame*, término que “designa en Argentina los difíciles años (1930-1943) que preceden el acceso de Juan Perón al poder” y para el cual la única e inexplicable referencia que cita a pie de página es el volumen XII de la *Historia Argentina* de José María Rosa (1980). Salvo que se trate de algún pintoresco rescate del revisionismo histórico argentino –posibilidad que, desde luego, no cabe negar– y sin llevar demasiado lejos lo que no es más que un ejemplo fortuito en la introducción de la obra, tan solo digamos que ninguna historia será plenamente global hasta que la integración territorial de todas las áreas culturales sea realmente efectiva e igualitaria y el conocimiento de sus historiografías obedezca a una seria actualización bibliográfica.

En segundo término, *Les noms d'époque* también responde a la cuestión de las escalas de desajuste temporal que se operan al conectar dos áreas diferentes o las divergencias que se producen en el interior de ellas. Si bien la problemática del *décalage* ya contaba en Francia con

antecedentes en Louis Althusser, Michel Foucault o François Furet, quien la ha teorizado mucho más sutilmente y la situó en directa relación con la temporalidad de las periodizaciones ha sido, sin duda, Reinhart Koselleck de quien *Les noms d'époque* es clara deudora. Como señala Kalifa, la perspectiva koselleckiana ha demostrado que las estructuras lingüísticas de las experiencias temporales no solo son indicadores de los cambios sociales, políticos y económicos, sino sus condiciones de posibilidad. En este sentido, tras el empeño del vendaval posmodernista en abatirse, sin éxito, sobre los cimientos epistemológicos de la disciplina, cabe reconocer que la obra koselleckiana representó una de las pocas en lograr que los historiadores vencieran, o al menos disminuyeran, sus prejuicios ante el giro lingüístico, posición que se vio favorecida en Francia por la paulatina traducción de sus trabajos más relevantes a partir de los años 1980, en coincidencia —y no por azar— con la coyuntura anteriormente señalada. Esta recepción habilitó nuevos caminos de investigación historiográfica, entre los cuales cabe señalar *Regímenes de historicidad*, de François Hartog (2003), una obra de clara prosapia koselleckiana que resulta, si bien en un plano de reflexividad diferente, inescindible de cualquier teoría de la periodización. En todo caso, la idea de “lo contemporáneo de lo no contemporáneo” tan cara a Koselleck se convierte casi en una técnica para abordar términos como *Años de plomo*,

de origen cinematográfico y alemán, pero de una enorme polisemia y usos sincrónicos y diacrónicos transnacionales, o *Primavera de los pueblos* para las revoluciones europeas de 1848 y más allá.

Pero la inspiración koselleckiana no se detiene allí. Dominique Kalifa no solo aduce el interés que los nombres epocales deberían provocar en los historiadores, sino que también refuerza su identidad dotándolos con un nuevo concepto y ensayando un esquema de clasificación para el conjunto de los capítulos. Esto demuestra, una vez más, que con *Les noms d'époque* no estamos ante un gabinete de curiosidades onomásticas, sino frente a una valiosa teoría formal que busca abrirse camino en la historiografía contemporánea. Para ello, recupera explícitamente el término *cronónimo*, forjado por la lingüista suiza Eva Büchi en 1996 y que remite a “nombres temporales que no se contentan con identificar un período, sino que lo dotan con una nomenclatura temporal específica”. A su vez, de los innumerables sintagmas pasibles de ser incluidos en una obra como esta, el criterio elegido obedeció a que el cronónimo “fuese evidente o fácilmente comprensible y diera cuenta sin ambigüedades de un momento histórico conocido”, criterio que también lo acerca a una idea de “momento conceptual”, propia de la historiografía intelectual de lo político. En todo caso, la potencia de los cronónimos reside en “el poder de nombrar, reconstituir las relaciones de fuerza y los juegos de poder” de los nombres epocales, de allí la necesidad de “identificar a los

posibles autores, individuales o colectivos, y de cuestionar la implementación social de las palabras, las luchas de sentido o de poder que realizan los actores sociales”. La idea de pensar esta operación como una “etimología social” permite recuperar, asimismo, su “sedimentación progresiva en la memoria nacional”, “su capacidad de traspasar otras lenguas” y la “desterritorialización en otras culturas”. Pero, como señalamos, Kalifa también ofrece una estimable tipificación para el conjunto. Por un lado, contamos con aquellos cronónimos endógenos y contemporáneos a los acontecimientos, contextos e interpretaciones que los generaron, como *Restauración* o *Fin de siglo*, y aquellos que proceden de una lectura retrospectiva del pasado histórico, como *Edad de Plata* (para el “fin de siglo” ruso y el apogeo de las vanguardias), *Años locos* o *Entreguerras*. La obra culmina con un epílogo de Kalifa donde reflexiona sobre la proliferación del prefijo *post* para referir una época como la nuestra, más bien vacía, que “denota nuestra incapacidad para nombrar nuestro tiempo y para imaginar lo que seguirá”. Sin embargo, tras el desconcierto que provoca la fugacidad del tiempo en una época para la cual aún resulta difícil encontrar en acrónimo adecuado, los fascinantes y sorprendentes laberintos semánticos de *Les noms d'époque* podrían ofrecer una clave.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional de
General Sarmiento

Rosa E. Belvedresi (dir.),
La filosofía de la historia hoy: preguntas y problemas,
Rosario, Prohistora Ediciones, 2020, 172 páginas

La rama de la filosofía denominada la filosofía de la historia halló durante las últimas décadas del siglo pasado un centro gravitatorio en el narrativismo, cuya figura decisiva fue Hayden White. La hegemonía del narrativismo comenzó a declinar en el inicio del siglo XXI. Se evidenció la veloz obsolescencia de lo que todavía en 1995 Hans Kellner y Frank Ankersmit podían nombrar en la recopilación de textos por ellos organizados, *A New Philosophy of History*. Tal vez con precipitación, en nuestros días se ha hablado de un momento “postnarrativista” en la filosofía de la historia. Numerosas crisis contemporáneas (del clima, de la economía capitalista, de las políticas sanitarias, del futuro, entre otras) presentan desafíos insuficientemente conceptualizados en el paradigma que se concentraba en las operaciones de construcción narrativa de los textos históricos. Cualquiera fuera el legado del narrativismo, que este reseñista considera de primera magnitud, para decirlo con palabras de Raymond Williams, ha cedido la condición de fenómeno *emergente* en el territorio de la filosofía de la historia.

Allí reside, precisamente, el interés del volumen que con trazo firme nos propone Rosa Belvedresi. El libro se inaugura con una introducción confeccionada por su directora,

donde se brinda un panorama sinóptico del desarrollo de la especialidad, desde sus inicios “especulativos” hasta la invención de las ciencias del espíritu a fines del siglo XIX, el despliegue de la comprensión y el giro epistemológico que apremió sin éxito un acercamiento de la historiografía a las ciencias naturales en lo concerniente a los requisitos explicativos. Luego se impone el segmento narrativista, ya avanzada la segunda mitad del siglo XX, con el cual, señala la autora, “la filosofía de la historia fue nuevamente separándose de la práctica historiográfica” (p. 11). Belvedresi enfatiza que los estudios sobre la memoria colectiva y la “experiencia histórica” instalaron una agenda generadora de desafíos inéditos para la filosofía de la historia. De allí deriva una situación “crítica”. La respuesta a la crisis, señala, consiste en elaborar un sentido de la historia que sea compatible con la comprensión de la agencia histórica de los sujetos que en ella participan. Por eso es preciso recuperar la conexión con las ciencias sociales y la investigación histórica, sin reducirla a una interrogación cientificista. Un delicado planteo provee al público lector, sin pedagogismos innecesarios, la expectativa de una interrogación sobre la condición filosófica del

presente, con sus inexorables preguntas sobre el pasado y, por qué no, sobre la vacilación de los futuros posibles.

La filosofía de la historia hoy, heterogénea como toda compilación académica, permite reconocer un perfil problemático singular. Este libro soporta con éxito su ambicioso título de presentar un escenario de la filosofía de la historia *hoy*. Por supuesto, ese hoy no cesa de desplazarse y sorprendernos, con la certeza de que los desafíos “actuales” se transforman raudamente. El enfoque del libro aquí comentado dialoga con un futuro abierto que es su brújula filosófica y sutilmente política.

El primer estudio del libro es sin embargo de índole más tradicionalmente académica, lo que desde luego no es un demérito. Luis María Lorenzo procura mostrar la importancia de la “crítica de la razón histórica” de Wilhelm Dilthey para la posterior hermenéutica gadameriana. El autor afirma la conexión entre los problemas de la verdad y del método en la indagación “fenomenológica” del mundo histórico por Dilthey. El enfoque diltheyano excedería la fundamentación epistemológica para desplegarse en un proyecto comprensivo del mundo del “espíritu” cuyo entramado, *Zusammenhang*, es histórico. La cuestión decisiva reside en que la comprensión no solo provee un método adecuado para las “ciencias del

espíritu”. Constituye “una característica de la vida humana” (p. 32), revelada por la fenomenología de la estructura comunicativo-comprensiva del mundo humano. El autor afirma que esas consideraciones diltheyanas roturaron el camino para que luego Martin Heidegger y Hans-Georg Gadamer “profundizaran” sus alcances filosóficos. Por ende, Lorenzo matiza la fractura que *Ser y tiempo* entraña en la tradición hermenéutica.

El capítulo segundo relativo a la última gran obra de Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, está a cargo de Esteban Lythgoe. La tesis de Lythgoe subraya la relevancia de la dimensión ética en la reflexión ricoeuriana sobre la historia y la memoria. En buena medida, el autor enmienda así al propio filósofo francés, pues este justificó el libro del año 2000 por la ausencia de la cuestión del olvido y la memoria en su anterior trilogía *Tiempo y narración*. La reconstrucción de Lythgoe, sostenida por una lectura de la obra concretamente analizada pero también de otros escritos ricoeurianos que tornan más sólida la reinterpretación, permite entender mejor el lugar del “deber de memoria” en una argumentación de Ricoeur a menudo constreñida a un molde epistemologizante (aspecto que el estudioso argentino no descuida). Lythgoe concluye su análisis con una alusión al alcance de la incondicionalidad del perdón “histórico”. En diálogo con la interpretación de Bernard Dauenhauer, para quien el concepto de perdón elaborado por Ricoeur sería válido más allá de la

experiencia europea, Lythgoe se interroga sobre cómo discernir hasta dónde vale la pena perdonar. El texto se constituye, así, en una cantera de planteos filosóficos relevantes para los debates actuales en torno a la historia, la memoria y la justicia.

En el siguiente capítulo, Adrián Ercoli presenta un ensayo sobre el uso de los conceptos de trauma y testimonio en la historia reciente. Lo desarrolla en términos teóricos a través de las propuestas de Dominick LaCapra, cuyos planteos juzga más útiles que las perspectivas identificadas con el narrativismo. El narrativismo, tal como lo interpreta Ercoli, domesticaría lo irreductible en el trauma y el testimonio de sobrevivientes de experiencias extremas, en razón de su aquiescencia a “la continuidad temporal” (p. 74) y sobre todo, por la renuncia a una práctica transformadora. De allí que le interese la apelación de LaCapra al psicoanálisis, pues este habilita incorporar la discontinuidad de los relatos y una posibilidad dialógica –en la que el historiador se sabe implicado– en una praxis liberadora de los sujetos.

La conexión entre historia y discurso que ocupa a Ercoli es triangulada por una doble conexión con la “memoria social” y la “ideología” en el estudio ulterior de Maximiliano Garbarino. El autor comienza recordando el planteo de Ricoeur sobre la elusión de la aporía entre una memoria individual intransferible y una memoria social que, como en Maurice Halbwachs, se impone sobre los individuos situados en “marcos sociales”. Pero más

particularmente, Garbarino se distancia del Ricoeur orientado a la conciliación de lo que en ciertas circunstancias puede ser inconciliable para ponderar al Ricoeur de las memorias sometidas y la expectativa de narrarse-con-otros de maneras innovadoras. Apoyándose en Frantz Fanon a propósito de la situación colonial, el autor subraya las asimetrías en las posiciones de los grupos sociales también en el plano de la memoria. La “memoria oprimida” sugiere la pertinencia de apelar a lo ideológico y la consideración de las relaciones de poder. Garbarino sostiene que en Ricoeur hallamos una concepción “opresiva” de la memoria y, en consecuencia, el esencialismo derivado de una memoria preexistente a su opresión. Pero esa posibilidad es inconsistente con la dimensión social y lingüística del advenimiento de toda memoria social. Propone entonces el concepto de memoria como “discurso”, en el que se renuncia a cualquier pretensión de transparencia sin disolver la posibilidad de reinscripciones discursivas. En ese momento Garbarino acude a investigaciones históricas sobre la memoria social en la Argentina reciente.

El quinto estudio está a cargo de Myrna Edith Bilder y es el único trabajo de interés empírico primario en un volumen de índole filosófica. El problema concreto abordado por la autora es la aparente contradicción entre un consenso mayoritario favorable a la condena de la represión estatal desarrollada durante la última dictadura militar y una opinión benévola e incluso entusiasta hacia las prácticas punitivas

actuales que sitúan al delincuente en el campo del otro. Para explicar ese fenómeno, Bilder reconsidera la cuestión de la “inseguridad” tal como se planteó desde la llamada transición democrática, conceptualizada como el pasaje de la doctrina de “seguridad nacional” a la de “seguridad ciudadana”. La autora destaca en la mencionada contradicción que “no parece haberse aprendido la lección” (p. 126), fenómeno que a su entender se explica porque los juicios y condenas a los perpetradores de la dictadura construyeron un pasado clausurado en sí mismo, impidiendo pensar sus vínculos, por mediados que puedan ser, con el presente.

El sexto capítulo preparado por Juan Ignacio Veleda nos regresa al escenario de la teoría. En su caso en torno a los enfoques contemporáneos sobre la relación entre historia, experiencia y lenguaje. Veleda presenta las argumentaciones antinómicas en torno a la “experiencia histórica” de Frank Ankersmit y Joan W. Scott. Por un lado, la “experiencia histórica sublime” de Ankersmit pone de relieve una circunstancia de aprehensión intransferible con un pasado inquietante, cuyo modelo es la experiencia estética. Al respecto, las concepciones representacionistas como las del narrativismo parecen fracasar. Por otro lado, Scott pone en entredicho, en el seno de discusiones suscitadas en los movimientos feministas y de la diversidad sexual, la apelación esencialista a una experiencia

prediscursiva en que se descubriría un sí mismo originario. El razonamiento (post)estructuralista de Scott impugna cualquier formación subjetiva previa a las operaciones discursivas de constitución identitaria. El autor muestra el carácter inicial de las elaboraciones de Ankersmit y Scott, aunque se revela menos cercano al planteo del filósofo holandés. Scott le interesa porque excede el ámbito de la experiencia del historiador para prolongarse en la formación de las identidades individuales. En la conclusión apunta la utilidad de incorporar la apertura a horizontes de expectativa en el ámbito de la experiencia.

El capítulo séptimo y final tiene la firma de Rosa Belvedresi y procura avanzar sobre lo ya reconocido en el texto precedente: la plurivocidad del concepto de “experiencia histórica”, que la autora también considera insuficientemente analizable desde el narrativismo. Belvedresi subraya las vacilaciones de la bibliografía especializada en la elaboración de la experiencia histórica, como puede observarse en el breve capítulo a ella dedicado en el extenso libro de Martin Jay, *Cantos de experiencia*. Un libro destinado a elaborar la cuestión desde la fenomenología husserliana, el de David Carr (*Experience and History*, de 2014), no es del todo convincente pues considera la experiencia histórica como un punto de viraje, *turning point*, en que

una comunidad reconoce intencionalmente una fractura de la temporalidad histórica compartida. La experiencia *historiográfica* no es propiamente estudiada por Carr. Para reconsiderar el problema, Belvedresi reconstruye la ausencia de experiencia humana en las filosofías especulativas de la historia y la viabilidad de introducir la temática a partir de los escritos de Droysen, Collingwood y Dilthey. Luego recupera planteos más recientes en autores tan diferentes como Reinhart Koselleck, Edward P. Thompson y Dominick LaCapra, en cuyos análisis se reencuentra, dentro de marcos teóricos diversos, la ineliminable oscilación entre la experiencia histórica de los actores del pasado y la experiencia histórica del historiador.

De tal manera, *La filosofía de la historia hoy* nos presenta un panorama de algunos debates teóricos en un momento en que el programa narrativista, si no inválido, parece insuficiente para desplegar en su seno respuestas creativas ante los recientes desafíos del pensamiento y la reflexión históricos. La compartida preocupación por la reflexión sobre el futuro que constituye su trasfondo, un enigma en nuestra época “presentista”, procura al libro una atractiva identidad filosófica.

Omar Acha
Universidad de Buenos
Aires / CONICET

Camille Creyghton,
Résurrections de Michelet. Politique et historiographie en France depuis 1870,
París, Les Éditions de l'EHESS, “En temps & lieux”, 2019, 379 páginas

“Que la parte que me toque en el porvenir sea, no haber alcanzado, sino señalado el fin de la historia, dándole un nombre que todavía nadie le había dado. Thierry la llamaba *narración* y Guizot, *análisis*. Yo la he llamado *resurrección*, nombre que mantendrá.” Tal es el célebre pasaje del prefacio dedicado a Edgar Quinet que Jules Michelet (1798-1874) escribió para *El Pueblo* en 1846 y donde, con la exaltada convicción de quien aún vacila, instituye el semantema medular de su historiografía. Es la época en que Michelet se emancipa de los círculos políticos liberales y se convierte en un republicano anticlerical, de tal modo que, tras la proclama conceptual, se cierne, sin duda, su oposición al régimen de Guizot, oposición que lideraba, justamente, con Quinet. Casi rivalizando con el mismo denuedo, tal es el término que elige la historiadora Camille Creyghton para interpelar al espectro del “santo patrono” de la historia francesa: una obra que nos permitimos denominar *tanatografía* puesto que, más allá de cualquier presupuesto biográfico o hermenéutico, lo que aquí propone la autora es una historiografía de las representaciones póstumas de Michelet, es decir, de las invocaciones, los empleos y las reconfiguraciones tal como han circulado en el espacio francés desde el exacto momento de su

muerte en 1874 hasta la actualidad.

Precisamente, no estamos aquí ante la clásica recepción de una obra. Creyghton explora, en realidad, la manera en que, del cadáver a la efigie, las representaciones de Michelet han rondado por el espacio público durante más de un siglo, dejando a su paso mareas de legitimación, consagración o vituperio en el agitado universo político francés y en su historiografía, no menos convulsa. Con la excepción de la entrada sobre Michelet que Pierre Nora escribió para *La nouvelle histoire* en 1978, resulta difícil imaginar en la historiografía francesa algún genuino precedente para este tipo de perspectiva “póstuma” sobre un historiador, ausencia que también responde al lugar de excepción que ocupa Michelet en el imaginario popular francés, posiblemente, el único pasible de un tratamiento semejante. Tras los célebres retratos de Gabriel Monod (1875) y Daniel Halévy (1928), se han publicado diversas biografías, pero, en su mayor parte –salvo, quizás, el estudio de psicohistoria de Alfred Mitzman (1990)–, no han evitado frecuentar la gesta celebratoria: los trabajos de Éric Fauquet (1990), Paul Viallaneix (1998) o Paule Petitier (2006) tomaron esa dirección. Tampoco han faltado las obras colectivas que escogieron la posteridad como

objeto de análisis, tal el caso, por ejemplo, de *Michelet cent ans après* (1975) dirigida por el propio Viallaneix (recordemos, su principal especialista francés y editor científico de sus obras), o de *Michelet entre naissance et renaissance, 1798-1998*, publicada en 2001 bajo la dirección de Simone Bernard-Griffiths. Sin embargo, ninguna de ellas escapa a la lógica del homenaje, a la idea de influencia o a la transmisión de un legado. Si bien también invocan, de algún modo, la resurrección de los muertos (tal como lo hace cualquier biografía), difícilmente le dediquen a la incidencia política e historiográfica de las representaciones póstumas mucho más que un capítulo o un artículo disperso y, por lo general, siempre en términos de recepción apacible. En la obra de Creyghton, por el contrario, la práctica de la lectura se convierte en una contienda de resistencia y manipulación: los protagonistas de *Résurrections de Michelet* son, en realidad, su viuda, los actores del variopinto escenario político y el auditorio múltiple de su obra, sobre todo, la comunidad de historiadores. En este sentido, el libro negocia –y mucho– con los estudios sobre la memoria, a tal punto que, en su conjunto, casi podría considerarse una suerte de desprendimiento crítico de *Les lieux de mémoire*, filiación donde la figura de Pierre Nora aparece nuevamente.

Sin embargo, hay en Creyghton una intención por trascender esa instancia y, muy lejos de cualquier reverencia épica, su objetivo es trazar estas experiencias de apropiación mediante un mecanismo híbrido de historia política, intelectual y cultural. A este respecto, existe un trabajo que también ha contemplado un programa similar por cuanto participó en este espíritu preciso de resurrección y configuración histórica a partir de representaciones “póstumas”. Nos referimos a *Le mythe de croisade* (1956), la colosal obra de historia cultural, intelectual e, incluso, de las mentalidades, donde Alphonse Dupront reconstruía todo aquello que perduró de las cruzadas en el mundo occidental a partir de fines del siglo XIII cuando se interrumpieron definitivamente las expediciones cristianas a Jerusalén y Tierra Santa. En el ámbito historiográfico argentino, la figura de Sarmiento –en ciertos aspectos, consonante con la de Michelet (y, por este motivo, también pasible de un análisis afín)–, fue investigada por Elías Palti en 1991 tras destinar el primer capítulo de *Sarmiento, una aventura intelectual* (luego reescrito en 1997 como artículo para abrir el primer número de *Prismas*) a la “controvertida trayectoria póstuma” del “pretexto Sarmiento” mediante una serie de interpretaciones políticas e historiográficas que llegaban hasta José Luis Romero para luego confrontar esas tradiciones con la propia obra sarmientina. En todo caso, lo que en verdad cuenta según explica Creyghton no es tanto el grado de recuperación certera o equívoca que la posteridad

haya efectuado con la obra y la figura micheletiana, sino el modo en que “fabricó” la canonización de un historiador del siglo XIX con el fin de convertirlo en el modelo señero de moralidad, educación pública e historia profesional que la república francesa necesitaba. Y todo ello en aras de prescribir una cultura histórica, establecer un programa político, forjar un mito historiográfico, convalidar nuevas metodologías en la disciplina y, en definitiva, construir una memoria colectiva nacional. Así pues, para llevar a cabo este proyecto, la autora organiza su obra en ocho capítulos en los cuales experimenta con diferentes tipos historiográficos, decisión que la conmina, inevitablemente, a tejer esta pluralidad de tramas y escaladas fácticas a través de un relato que tiene mucho de intriga. No obstante, conviene reconocer desde ya que esta estructura más bien atañe a los primeros seis capítulos, donde no solo se concentran los principales nudos conflictivos de las diferentes “resurrecciones”, sino también los elementos más innovadores de su análisis histórico.

Todo comienza con la disputa testamentaria entre su joven viuda, Athénaïs Michelet, y el yerno del historiador, Alfred Dumesnil, altercado que continúa con el lugar previsto para la sepultura y el carácter que tomarían las exequias. Este litigio, que la opinión pública podía seguir cual folletín en los periódicos, se convirtió en la herramienta política de los republicanos y conservadores que, oportunamente, apoyaron una u otra posición en función

del rédito que la figura pública de Michelet podía proporcionarles. Un juego de espejos que sentará el modelo para las sucesivas reapropiaciones políticas del historiador. Para narrar esta crónica, la autora recurre a ciertas líneas de la historiografía de la muerte junto con la política de las conmemoraciones, operando una puesta en escena cautivante que nunca depone ni olvida el rigor interpretativo. Otra de las polémicas centrales remite a los derechos de la obra de Michelet, para lo cual Creyghton anuda de forma muy original elementos de historia de la edición con los de historia de género. Allí, la autora rehabilita el papel fundamental y oculto que tenían Athénaïs en particular y las mujeres en general en la producción histórica de aquella época cuya práctica era esencialmente familiar y “se hacía en casa”, asistida por un reparto de tareas en que las esposas no solo transcribían, sino que también escribían, editaban y consultaban archivos para sus maridos historiadores. Recordemos que a las mujeres se les permitía ser historiadoras “públicas” solo si se abocaban a géneros “menores” como la difusión popular o la divulgación. Y de allí se derivan numerosas cuestiones de gran importancia, entre las cuales, los procesos de autenticidad y adaptación de la mítica *Histoire de France* para la educación primaria colocan la obra de Michelet en primer plano. Por otra parte, el espinoso proceso de canonización de su figura por Gabriel Monod –quien, junto con Athénaïs, ha sido quien más hizo por mantener

viva su obra— se convierte en todo un dilema: ¿cómo avenir un padre fundador que hizo de la emoción romántica una técnica inherente a la compulsa documental con el tipo de historiador que requería una disciplina objetiva y desapasionada?

Pese a las resistencias de Charles Seignobos, la construcción —harto ficticia— de un Michelet solitario, merodeando por las oscuras galerías de los archivos en busca de una huella que le suministrase al pasado francés toda su gloria, devino, para la escuela metódica, una clave del profesional “objetivo” que también contribuía a la educación histórica de la nación. Y aquí Creighton realiza otra magnífica aleación entre cultura política e historiográfica que extiende a la controversia en torno de la legendaria *Historia de la Revolución francesa* micheletiana, a la conversión de su figura en virtual *dreyfusard* y a la fastuosa conmemoración de su nacimiento en 1898, todo un suceso que gestionó el Estado nacional y el municipio parisino con una exaltación republicana tal que el mito del “biógrafo de la nación” llegó a su punto de inflexión. Esta línea de análisis continúa con las posiciones de rechazo a su imagen que adoptaron los nuevos nacionalistas —sobre todo, Maurice Barrès y Charles Maurras—, la cual sirvió de contrapunto para execrar el discurso republicano, elevar a Fustel de Coulanges al rango de historiador nacional por oposición al propio Michelet y para, o bien convalidar en su obra un proyecto católico, o bien bautizarlo como

historiador protestante. En este punto, el culto a Juana de Arco, cuyo imaginario encontró en la obra micheletiana su popularización más edificante, también se convertirá en objeto de combate y encarnación del patriotismo. Tras la muerte de Monod y a través de Henri Hauser, Louis Halphen, Ernest Lavisse o Charles Péguy, la referencia a Michelet volverá al ruedo con la querella sobre la profesionalización del oficio. Pero también cobrará nuevo relieve cuando se vea “movilizado” tras el estallido de la Gran Guerra y termine convertido en el emblema de un comité de propaganda antialemana hasta 1930. Pues bien, hasta aquí, la periodización escogida por Creighton para estos primeros seis capítulos manifiesta con suma claridad cuándo se produce la mayor densidad *traversière* de la figura micheletiana, un momento conceptual cuya espesura se extiende entre los años 1870-1930 y alcanza su ápice en 1898. En este sentido, *Résurrections de Michelet* se afana por recuperar un movimiento intelectual decimonónico, y es allí donde ancla sus mayores logros.

Con todo y pese al interés de la autora por recobrar una deriva secular de representaciones póstumas, lo cierto es que, sumadas las pocas páginas del postfacio en donde intenta acercarse a las décadas más recientes, solo destina los dos últimos capítulos al siglo xx, siglo que aborda como secuela demasiado forzosa del anterior y bajo el cual aquel sigue subsumido. Asimismo, los saltos temporales se vuelven

más acusados, motivo por el cual la cadencia narrativa empleada en un principio se disuelve y se resuelve con varios atajos. El primero de ellos y, tal vez, el más logrado —en parte, por todo lo que, justamente, aún conserva del siglo xix— remite a las estrategias apropiaciones que Lucien Febvre realizó de la obra de Michelet antes, durante y después de la Segunda Guerra Mundial. Esta “resurrección” —que sigue como una sombra, retomando una vieja tesis de Hans-Dieter Mann (1971), los pasos de Monod— tiene por objetivo la legitimación de la nueva política científica propiciada por los *Annales*, la consolidación del campo epistemológico de la historia en el concierto de las ciencias sociales y la resistencia cívica durante la escabrosa época de la Ocupación alemana. Resulta particularmente interesante el modo en que Creighton muestra cómo Lucien Febvre borró la huella del Michelet entronizado por la escuela metódica para convertirlo en un exclusivo referente de la “historia-problema” y apeló en reiteradas ocasiones al posesivo *notre* para enraizar el lazo “familiar” que su generación debía mantener con aquel, ya no padre, sino “nuestro abuelo” fundador. Además, es muy revelador lo que ocurre entre los años 1942 y 1944 en plena Ocupación, cuando Febvre reforzó su mimetismo patriótico con Michelet al dedicarle dos de sus cursos en el *Collège de France* en claro desafío al régimen nazi.

Pero tras la muerte de Febvre, *Résurrections de Michelet* se convierte en otro

libro. A partir de la segunda parte de este séptimo capítulo, el registro sufre una súbita modificación que se decanta por un horizonte de recepción mucho más convencional. Creighton examina rápidamente dos nuevas escaladas de apropiación: por un lado, la que llevó a cabo, tras un desinterés relativo por parte de Fernand Braudel, la *nouvelle histoire* con el redescubrimiento de la obra *La bruja* (1862) bajo el liderazgo de Jacques Le Goff y, por otro lado, el lugar que le cupo en el conflicto que se desató en torno de la Revolución francesa entre la “vulgata jacobina” y el “revisionismo”. Es de lamentar las pocas páginas que Creighton le dedica a estos usos, en particular, porque, tal como ella misma lo señala, los años 1970 asistieron a todo un renacimiento de la figura micheletiana, casi comparable al de 1898. Finalmente, en el último capítulo, regresamos una vez más al clima de la segunda posguerra y nos encontramos con un proceso paralelo de apropiación, pero en otro campo: la paulatina despolitización de la imagen micheletiana a partir de su figura como un escritor casi

balzaciano, sobre todo, a través de la obra de Roland Barthes, *Michelet par lui-même* (1954). Sin embargo, esta despolitización –en nada extraña al tipo de resurrección micheletiana que practicaron los historiadores de la *nouvelle histoire*– se convierte en manos de Creighton en una arriesgada fusión de método y objeto que apenas permite distinguir, precisamente, cuán político ha sido aquel proceso. Asimismo y a juzgar por los vínculos de Barthes con *Annales*, quizás hubiera sido deseable alojar su obra, pese a sus notables diferencias, en el capítulo anterior. No olvidemos que el propio término “resurrección” fue tan caro al discurso barthesiano como al del propio Le Goff. Por otro lado, esta verdadera empoetización coincidirá con la publicación de su *Journal* íntimo entre 1959 y 1976, atiborrado con detalles escandalosos que amenazaron con desgarrar los cimientos de la efígie. Con sincera turbación, en aquel momento se creía que su figura perdería fuste hasta desvanecerse y así lo confesaba Barthes con pesar en 1974, “Michelet no está de moda”. Un presagio que, desde luego,

nunca se cumplió. Solo con sobrevolar la introducción de la reciente *Histoire mondiale de la France*, dirigida por Patrick Boucheron (2017) y pese a los reparos necesarios que exige la historia global, allí observamos que Michelet sigue trabajando cual diligente labriego en la legitimación de cualquier experimento historiográfico. Finalmente, tras la lectura “gaullista” que André Malraux imaginó de Michelet y su conversión por Gaëtan Picon en “marcusiano” bajo el Mayo francés, la obra culmina con una actualización de las principales ediciones críticas de la obra y un amable recorrido por sus especialistas actuales, una cortesía ineludible por parte de la autora hacia un círculo micheletiano que, seguramente, leyó con monóculo severo esta audaz y fascinante deconstrucción de un historiador que sigue siendo, tanto para ellos como para todos los franceses, aún hoy, un verdadero relicario.

Andrés G. Freijomil
Universidad Nacional
de General Sarmiento

Benedict Anderson,
Una vida más allá de las fronteras,
Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2020 [traducción de Horacio Pons
de la primera edición en inglés, 2016], 213 páginas

Todo estudiante de literatura argentina conoce el famoso pasaje de Borges en “El escritor argentino y la tradición”: “Gibbon observa que en el libro árabe por excelencia, en el Alcorán, no hay camellos; yo creo que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe.” Es sabido que ni Gibbon hizo esa observación ni el *Corán* carece de camellos. ¿Por qué Borges tuvo esa ocurrencia? ¿Quizá porque quería engañar a su lector argentino? Si esas líneas ilustraban perfectamente su argumento –el lugar de nacimiento no debería determinar los temas de escritura–, el engaño solo podía sostenerse frente a un lector crédulo o empecinado en mantenerse ignorante. Acaso Borges se decía que pocos lectores se tomarían el trabajo de abrir el *Corán*, o incluso leer Gibbon, y que incluso menos lectores intentarían explorar el mundo en el que esos textos fueron producidos. Quizá intentaba sugerirle a su lector argentino que, si bien es importante entender la Argentina, también es fundamental entender lo que hay “más allá” –cuando menos para no dejarse engañar–.

Una vida más allá de las fronteras, de Benedict Anderson, es la autobiografía intelectual de alguien que

compartió esa mirada del mundo. El título y algunos pasajes del libro pueden sembrar una cierta confusión: podría sospecharse que se trata del cosmopolitismo aristocrático de un viajero frecuente en los asientos de primera clase. Pero cuando se adentra en la autobiografía, uno descubre que el “más de allá de las fronteras” se refiere ante todo a una batalla de ideas: es la lucha constante de un universitario contra la división establecida del trabajo intelectual. Pensado para introducir el sistema académico americano a un lector japonés, este libro nos permite ver las tensiones, y también las convergencias, entre las dos orientaciones principales de la carrera de Anderson: teoría política y estudios de área. Anderson se destacó en ambos. Fue por un lado uno de los teóricos más importantes del nacionalismo, y los estudios sobre el tema siguen aún hoy marcados por los análisis de *Comunidades imaginadas*. Por otro lado, fue también –como dijo con cierto desprecio uno de sus colegas en la Universidad de Cornell– “básicamente una persona de los estudios de área” (p. 159). Investigador de la política, la literatura y el arte del sudeste asiático, en particular de Indonesia, Tailandia y Filipinas, Anderson dedicó la mayor parte de su obra a distintos países de la

región. El hilo conductor de su autobiografía son sus reflexiones sobre esa doble orientación, y más en general sobre el modo en que instituciones universitarias, acontecimientos políticos o simples contingencias de la vida dieron forma a su trayectoria intelectual.

La formación de Anderson no presagiaba necesariamente una inclinación a estudiar sociedades alejadas de Europa o de América del Norte. Cuando en 1958 llegó al departamento de gobierno de Cornell como docente asistente, solo tenía un diploma en letras clásicas de la Universidad de Cambridge, un bachillerato en el Eton College y algunas experiencias frustradas con las ciencias económicas. Nada de todo esto era en sí una puerta de salida del eurocentrismo típico de la educación británica de élite. De hecho, no había ido a Cornell para dedicarse al sudeste asiático, sino para dar clase de ciencias políticas. Su apertura al mundo extra-europeo estaba ligada a otras experiencias. En parte tenía que ver con su historia familiar: nacimiento en Kunming al sudoeste de China, padre empleado del Servicio de Aduanas Marítimas Chinas, madre lectora y atenta a la educación de sus hijos, biblioteca doméstica con los grandes clásicos de la literatura china y japonesa. Su familia ya

lo había preparado para pensar el mundo más allá de Europa. Pero su curiosidad por Asia no habría dado frutos si Cornell no lo hubiera puesto en relación con su director de tesis, George Kahin, uno de los principales historiadores de Indonesia en esos años. Cuando Anderson llegó a Cornell a fines de los '50, el departamento de gobierno estaba organizando un programa de estudios del sudeste asiático, y Kahin era una figura central en ese marco. Cautivado por su estatura intelectual y sus compromisos políticos, Anderson decidió tomarlo como tutor, y esto le abrió las puertas del campo de estudio. El vínculo con Kahin fue quizá el hecho más decisivo de su carrera. Las investigaciones doctorales que emprendió bajo su dirección, y que culminaron con la publicación de *Java in a Time of Revolution* (1972), fueron el primer impulso de una carrera dedicada en su mayor parte a los "Southeast Asian studies".

Como es sabido, los "area studies" no eran un fenómeno específico de Cornell. La autobiografía cuenta cómo este tipo de "estudios" se desarrollaron en los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial, a principios de la Guerra Fría, cuando diferentes instituciones norteamericanas sintieron la necesidad de entender el mundo. Hasta ese entonces, los principales informantes de Asia y el Sudeste asiático habían sido misioneros y funcionarios coloniales, y una buena parte de los especialistas instalados en Europa o en los Estados Unidos utilizaban ese conocimiento para trabajos de literatura y filología. Como

estas prácticas no estaban a la altura de las nuevas necesidades geopolíticas, sobre todo en el contexto de la rivalidad política y militar con la Unión Soviética y la República Popular de China, el saber sobre el "mundo exterior" se reorganizó bajo la forma de estudios de área. Estos estudios tenían un objetivo diferente de sus predecesores: se trataba de generar un conocimiento experto de la política y la sociedad de Asia, África y América, en especial de los lugares de importancia estratégica, y de ofrecer una mirada informada sobre distintos aspectos de cada región. Las ciencias sociales se ponían al servicio de un campo interdisciplinario de estudios. De este modo, a partir de definiciones geográficas basadas en intereses geopolíticos, necesidades prácticas y representaciones geo-culturales, los "Chinese studies", "Japanese studies" y "Southeast Asian studies" se desarrollaron a toda velocidad (y en muchos casos empezaron a incidir en la reformulación de los campos de estudio en los países europeos). Instituciones como la Ford Foundation y la Rockefeller Foundation, grandes impulsores de "area studies", pusieron a disposición fondos considerables, y distintas universidades comenzaron a organizar programas, formar bibliotecas, contratar personal competente y sobre todo formar estudiantes. Los estudios del sudeste asiático de Cornell, como los de Yale, se crearon en este proceso, y la guerra de Vietnam mantuvo el vigor del campo hasta mediados de los años '70.

Anderson llegó a Cornell en ese momento clave en la historia estadounidense del saber sobre Asia, y por esta razón el relato que hace de esos años tiene interés tanto para la historia como para la crítica de las ciencias sociales. Para su historia, porque permite entender el contexto en que emergieron los "estudios de área"; para su crítica, porque Anderson no duda en explicitar los problemas intrínsecos a estos campos de estudio. Anderson es en efecto ambivalente con respecto a su campo. Por un lado, el enfoque en un "área" lejana significó para él una fuente de saberes novedosos y una apertura hacia el mundo exterior. Kahin y sus colegas habían organizado un programa sólido, con investigadores formados tanto en ciencias sociales como en la lengua e historia de las regiones estudiadas, y la atmósfera intelectual que crearon resultó ser particularmente estimulante para Anderson. El carácter interdisciplinario del estudio "de área" le procuró además una libertad ausente de los estudios "disciplinarios": no solo podía elegir con pragmatismo distintos enfoques y métodos, sino que podía permitirse mirar las disciplinas "desde afuera".

Por otro lado, el contenido "de área" del programa planteaba precisamente un problema de fronteras intelectuales. El concepto de "sudeste asiático" tendía no solo a borrar la heterogeneidad de los países en cuestión, sino también a crear barreras artificiales entre fenómenos interconectados. Como señala Anderson, es difícil entender la realidad de las naciones de la

región –en gran parte surgidas de la descolonización de los años ‘40 y ‘50– si no se estudia también el Este y Sur asiáticos (en especial China e India) y las antiguas metrópolis coloniales (Gran Bretaña, Francia, el Imperio español o los Estados Unidos). A esto se agrega la asimetría implícita en la definición de las áreas: mientras la historia de Tailandia o Indonesia son ante todo “estudios de área”, la historia y sociología de Europa o Estados Unidos –incluso cuando se los considera como “áreas”– son simplemente “historia” y “sociología”. Anderson intentó escapar a estas limitaciones. Su obra no solo aprovecha lo mejor de los estudios de área, sino que quiebra también el marco artificial que las “áreas” suelen imponer a sus investigadores.

Es indudable que las condiciones privilegiadas de la Universidad de Cornell, y más en general las redes intelectuales en las mejores universidades americanas y británicas, fueron centrales en la formación doctoral de Anderson durante los años ‘60. Su departamento le ofrecía no solo una cierta proximidad con sociólogos, politólogos, historiadores y filósofos, tanto de “área” como de “disciplina”, sino también una comunicación cotidiana con investigadores y estudiantes provenientes de todos los países del sudeste asiático. Esa atmósfera intelectual marcó sus trabajos. Sus reflexiones antropológicas sobre Java, que empezaron a desarrollarse en los años ‘60, fueron un claro resultado de discusiones, lecturas y contingencias que tuvieron lugar en Cornell y en medios

universitarios americanos y británicos. Anderson relata por ejemplo cómo un día escuchó a Allan Bloom decir que Grecia antigua no tenía un concepto equivalente al de “poder,” cómo eso le sugirió la idea de investigar el concepto de poder en Java, y cómo poco después tuvo la posibilidad de comentar la observación de Bloom con Soemarsaid Moertono, historiador de Indonesia que en ese entonces era su compañero de estudios (p. 125). Fue también en esos años que Anderson se familiarizó con los trabajos de Clifford Geertz. Figura central de la antropología cultural y gran especialista en Indonesia, Geertz había sostenido una discusión pública sobre la “racionalidad” específica de la política indonesia, y Anderson había seguido con atención el debate. El resultado fue “La idea del poder en la cultura javanesa”, que Anderson publicó en 1972 en un libro editado por Claire Holt, y que significó un paso importante en la orientación antropológica de una parte de su obra. (Clifford Geertz, que leyó el texto antes de su publicación, figura en los agradecimientos.)

El mundo intelectual angloparlante continuó marcando la obra de Anderson más allá de sus primeros trabajos. En la década de los ‘70 se alejó progresivamente de sus reflexiones antropológicas –signadas en sus palabras por un cierto “nacionalismo indonesio-javanés” (p. 124)– y una vez más los debates de Cornell, Cambridge y otras universidades le permitieron reorientar sus investigaciones. Anderson identifica tres fuentes de inspiración durante esa

década (pp. 128 y ss): su amistad con James Siegel, discípulo de Geertz, los estudiantes del programa de estudios sud-asiáticos y sus contactos con los círculos de la *New Left Review* gracias a su hermano Perry. La *New Left* fue central en su evolución intelectual. *Comunidades imaginadas* (1983) es precisamente una defensa crítica de las tesis de Tom Nairn, miembro de la *New Left*, contra los ataques de un “marxismo clásico” representado por Eric Hobsbawm. El objetivo de Anderson, en convergencia con el de Nairn, era revalorizar el rol del nacionalismo en la historia, y sobre todo entender aspectos de la nación que en su opinión el marxismo clásico, y también el liberalismo, habían impedido abordar con imparcialidad (pp. 134 y ss). La *New Left* formaba parte del trasfondo intelectual de esta discusión.

Ahora bien, si los debates del mundo angloparlante forjaron el marco argumentativo de sus trabajos, Anderson despeja toda duda sobre lo que constituyen los hitos centrales de su formación intelectual: trabajo de campo, aprendizaje de lenguas y activismo político en su “área” de estudio. Es innegable que su obra se inscribe en las discusiones del marxismo universitario o de la antropología cultural americana, pero sus temas y problemáticas descansan ante todo en sus largas experiencias en Indonesia, Tailandia y Filipinas. El peso de esas experiencias no se deja sentir únicamente en el modo positivo con que su obra aborda los

nacionalismos anti- y post-coloniales. Su autobiografía deja en claro que sus actividades políticas en el Sudeste asiático, en particular en Indonesia, como los itinerarios intelectuales que esas actividades lo obligaron a seguir fueron el motor principal de sus investigaciones. Según explica, si en 1972 el régimen de Suharto no lo hubiera expulsado de Indonesia por su coautoría del llamado “Cornell paper” (en el que analiza las causas del intento frustrado de golpe de Estado en 1965 y el asesinato de cientos de miles de comunistas indonesios), y si la imposibilidad de volver a Indonesia no lo hubiera obligado a trabajar sobre Tailandia, Anderson quizá nunca habría salido de Java, nunca habría conocido otro país de la región, nunca habría aprendido otras lenguas y nunca habría tenido la idea de comparar sus objetos de

estudio. *Comunidades imaginadas*, nos dice, nunca habría visto la luz.

La autobiografía intelectual de Anderson nos permite no solo entender el contexto de producción de su obra, sino también explorar la historia de la segunda mitad del siglo xx (y la primera década del xxi) a partir de la perspectiva de un intelectual cosmopolita. Si su vida estuvo “más allá de las fronteras”, no fue únicamente por razones geográficas. El “más allá” fue para Anderson una actitud: era la conciencia de que toda frontera, nacional o epistémica, no es sino un tipo de frontera social, y que nada impide deshacerse de ella cuando frena el conocimiento. Anderson ilustra su idea con una fábula thai e indonesia. Es la historia de una rana que vive bajo una cáscara de coco y que ve en su guarida el límite mismo del universo. El uso que hace de la fábula es algo

desafortunado, porque tal como figura en el primer capítulo, pareciera sugerir que el que no viaja está condenado a ser limitado y provinciano. Si ese es el sentido que quiso darle, podríamos responderle que no todos tienen la posibilidad de salir de la cáscara de coco. Que no todos pueden viajar por el mundo o estudiar en Cornell. Pero si la reinterpretemos a la luz de su trayectoria intelectual, la fábula de la rana nos deja quizá una lección diferente: nos dice que nada nos obliga a imaginar que el universo se limita a nuestra cáscara, y que si bien la experiencia se reduce a un tiempo y un espacio, el saber puede desplazar los límites e ir más allá. Este es en todo caso el sentido de su autobiografía.

Pablo A. Blitstein
École des Hautes Études
en Sciences Sociales

Fabio Wasserman (ed.),

Tiempos críticos. Historia, revolución y temporalidad en el mundo iberoamericano (siglos XVIII y XIX),

Buenos Aires, Prometeo, 2020, 374 páginas

El volumen reseñado se compone de trece capítulos de sendos autores, precedidos por una introducción de su editor, Fabio Wasserman. Sus páginas iniciales resultan de especial utilidad al presentar, por un lado, de manera eficaz las especificidades de las distintas contribuciones en lo que respecta a su enfoque y acotaciones temáticas, temporales y territoriales, al tiempo que, por otro lado, logran aportar al lector una imagen de conjunto, subrayando la unidad temática y teórico-metodológica del libro. El producto resultante de esta combinación de estudios hasta cierto punto autónomos transmite una imagen *impresionista* de la problemática de la temporalidad, que resalta las vetas conceptuales y metafóricas clave que estructuran la mutación del tiempo histórico en un espacio iberoamericano a caballo entre dos siglos.

La diversidad de trabajos que convergen en este proyecto editorial es uno de los frutos de la colaboración de un nutrido grupo de investigadores, conocido por el nombre de Iberconceptos. Desde sus comienzos, este grupo puso el foco en el estudio de los conceptos sociopolíticos en el marco territorial y temporal que delimita en líneas generales este libro. En este sentido, el objetivo, como subraya Wasserman, no es otro que

aclarar “cómo los actores sociales experimentaban y conceptualizaban la temporalidad o el tiempo histórico y, más precisamente, cómo lo hicieron las élites políticas e intelectuales iberoamericanas durante los siglos XVIII y XIX” (p. 16).

El título de la obra ya nos ofrece un primer rasgo de la naturaleza del despliegue del tiempo histórico en esa área, un tiempo en crisis que se entrelazaba con transformaciones en la concepción de la organización política, de la sociedad, de la economía, y, desde luego, del propio tiempo y de la relación de las comunidades políticas con él, desplazando la prioridad del pasado a favor de un futuro que se presentaba como orientador de las acciones políticas.

La elección del tema no es, por otro lado, casual. El interés por el tiempo ha ido ganando a lo largo de las últimas décadas espacio en los trabajos historiográficos, tanto en su faceta empírica, ocupándose de las percepciones del tiempo histórico entre los coetáneos, como en la teórica y metodológica. No en vano la relevancia de esta dimensión es clave para el oficio de historiador. El tiempo es probablemente el punto nuclear que separa a la historiografía del resto de disciplinas afines, lo que exigiría en consecuencia que su problematización

ocupase un lugar destacado en la reflexión historiográfica, lo que no ha sido siempre así. Solo esta razón bastaría para llamar la atención del gremio de investigadores sobre un libro como el publicado.

Entre sus virtudes, esta compilación de textos muestra de modos distintos tanto la necesidad de un enfoque teórico sobre el tiempo como el de su aplicación empírica, actitud que confluye precisamente en la propuesta de una historia de conceptos tal y como fuera planteada por Reinhart Koselleck, cuya presencia recorre buena parte de las aportaciones. Reflejando esta encrucijada de teoría y práctica, los artículos abordan las revoluciones de comienzos del siglo XIX como índice y factor de cambios en la temporalidad. La influencia no se reduce a la del historiador alemán. A lo largo de las páginas del libro, encontramos referencias a una rica cohorte de autores, como Luhmann, Hartog, Pocock o Bajtin, entre otros.

A este enfoque, como el propio editor de la obra nos recuerda, no le es extraño nuestro propio presente, que vive su propio cambio de régimen de historicidad, lo que habría contribuido a desplazar las cuestiones sobre el tiempo hacia un lugar más central. La interrogación sobre nuestro contexto influiría así, como no puede ser de otro modo, en la mirada que dirigimos al pasado.

Precisamente esta interrogación es presentada por el autor del primer artículo, Guillermo Zermeño, como uno de los puntos nodales de su artículo. De este modo, la crisis de la historiografía moderna, y enmarcada en ella la de la mexicana, sería uno de los síntomas de una crisis de mayor alcance: la del enlace entre tiempo y espacio, que privilegia la segunda dimensión como resultado del proceso de globalización. El concepto de cronotopo acuñado por Mijail Bajtin sirve en este caso de categoría básica para adentrarse en esta problemática.

Siguiendo la clasificación que establece Wasserman, este capítulo forma parte del primero de los tres grandes bloques en los que pueden agruparse las contribuciones. Compuesta por dos capítulos, esta sección vincula de manera expresa una reflexión teórica que aborda las relaciones entre la historiografía y la temporalidad con estudios empíricos. Las siguientes dos aportaciones hacen gala a su vez de un enfoque espacial amplio, que abarca el conjunto de Iberoamérica, ocupándose de un objeto circunscrito. Los restantes textos son espacial y temáticamente más concretos, en tanto se ocupan de lapsos de tiempo dispares, en que pueden distinguirse un primer subgrupo dedicado a las nacientes repúblicas hispanoamericanas y a España, y un segundo centrado en el Brasil con cuatro trabajos.

Así, tras las reflexiones de Zermeño y con el mismo énfasis en la reflexión teórica, José Javier Blanco describe, a partir de la elaboración de la categoría analítica de “presión temporal” –que expresa “la

premura por adelantar o superar a las naciones más civilizadas o desarrolladas”–, la modernidad latinoamericana, y concretamente delinea su trayectoria a largo plazo en Venezuela (1808 hasta 1958). La urgencia de acelerar el paso en la carrera de la civilización tendría como precondition la presencia de múltiples temporalidades en un mismo espacio, posibilitando que conceptos como progreso o civilización, entre otros, adquiriesen rasgos programáticos cuya naturaleza afectaba la viabilidad del sistema político, dificultando la estabilidad y la alternancia política.

Javier Fernández Sebastián presenta a continuación algunas de las reflexiones que desde fines del siglo XVIII y hasta bien avanzado el XIX pueden encontrarse en las élites del mundo iberoamericano. En concreto, su indagación gira en torno al desarrollo progresivo del futuro, en el que identifica tres etapas. En este sentido, desde una primera fase caracterizada por la valoración positiva de lo nuevo se pasaría en un segundo momento a la “futurización radical de la política” durante las revoluciones de independencia, para finalmente llegar, a partir de 1830, a lo que el autor califica como el descubrimiento del futuro en sí mismo.

También nos encontramos con un amplio enfoque espacial en la aportación de Gabriel Cid. Privilegiando en este caso la vinculación entre la temporalidad y la escatología a lo largo del siglo XIX hispanoamericano, el investigador chileno analiza en su estudio los recursos

conceptuales y metafóricos utilizados por sectores reaccionarios para lidiar con un tiempo nuevo en un intento por desbistar la contingencia que impregnaba su época.

Más ceñido territorial y temporalmente, pero también interesado en el lenguaje crítico con las oleadas revolucionarias, el capítulo de Víctor Samuel Rivera analiza el impacto de las noticias que llegaban de Francia entre 1794 y 1812 en el ambiente de la capital virreinal peruana. Como en el estudio anterior, una retórica apocalíptica se ponía al servicio de la comprensión de una realidad en la que la Revolución francesa había devenido, según Rivera, en el acontecimiento fundante de un mundo que aún carecía de palabras para expresar un presente vinculado a un futuro incierto.

Sin salir del continente americano, pero desplazando el eje de su análisis al Río de la Plata, Fabio Wasserman profundiza en la relación entre temporalidad y revolución desde fines del siglo XVIII hasta mediados del XIX. De especial interés es su descripción de cómo evolucionó la consideración del tiempo, que culminó en la segunda mitad de 1830 en una nueva conceptualización de la mano de representantes de la Generación del '37. La novedosa formulación habría conectado el tiempo con los sujetos sociales, abriéndose un abanico de ritmos diferenciados, con el corolario de que el tiempo iba a dejar de considerarse como una realidad trascendente y pasaba a ser asumido como necesariamente histórico.

Otra de las ideas que aflora en el conjunto de los textos es

la relación entre un tiempo percibido como precario, que cobra fuerza desde fines del siglo XVIII, y la panoplia de recursos discursivos que se ensayaron para conjurarlo. Francisco Ortega aborda este fenómeno para el caso neogranadino en la primera mitad del XIX, cuando la instauración de un sistema político innovador coincide con la emergencia de un nuevo régimen temporal republicano. Y lo hará sirviéndose del poema “Victoria de Junín” (1825), de José Joaquín Olmedo, y de la obra de José Eusebio Caro como vías de entrada a esta cuestión. El primero posee para Ortega la virtud de reflejar la complejidad de la relación entre libertad y orden, que se proyecta en la figura de Bolívar. Caro, por su parte, resulta relevante debido a su trabajo sobre el concepto de moral con el objetivo de develar el tiempo eterno que se ocultaba detrás del tiempo precario.

Miguel Hernández Fuentes escoge como marco de análisis, en el que es el octavo capítulo, los años de la Primera República Federal Mexicana (1824-1835). Su evolución muestra la progresiva matización del optimismo ante el futuro, habitual por otra parte en el conjunto del hemisferio americano. No por ello esa dimensión temporal dejó de ocupar una posición privilegiada, reflejándose en la competencia entre distintas posiciones políticas por ser considerados los heraldos del futuro.

En el texto que toma a España como espacio de análisis, escrito por Pablo Sánchez León, encontramos una apuesta por investigar el

universo conceptual de la moral, clave en este período histórico. Su concreción en este caso consiste en el esbozo de la historia entrecruzada de los conceptos de entusiasmo y exaltación, develando el sello de lo temporal en la forma del compromiso de los actores con la transformación del sistema político decimonónico. Este enfoque ayudaría a perfilar la identidad del revolucionario como figura moderna.

Las cuatro contribuciones restantes, dispuestas siguiendo un orden cronológico, se circunscriben fundamentalmente al Brasil. En la primera de ellas, Rafael Fanni sitúa en tres años cruciales (1820-1822) el desarrollo de una tríada de conceptos, formada por regeneración, reforma y revolución, que constituyó la base del lenguaje político que expresó las relaciones de continuidad-discontinuidad, preservación y cambio, proveyendo los instrumentos expresivos para legitimar la progresiva desvinculación de los destinos del Brasil y Portugal.

Luisa Rauter Pereira y Larissa Breder Teixeira fijan la investigación una década más tarde, abordando los debates que tuvieron lugar en el Senado Imperial en torno a la cuestión de la monarquía federativa. Su interés radica en parte en el problema más elemental que le subyace, consistente en cómo dar por terminado el período revolucionario y dotar de bases sólidas al nuevo régimen. En esa coyuntura, que las autoras califican de “nudo histórico”, el concepto de prudencia se iba a revelar como una herramienta discursiva decisiva.

El giro conservador en la política brasileña que se inicia precisamente en los años treinta con la institucionalización del sistema de Saquarema constituye el objeto de análisis de Christian Edward Cyril Lynch. Destaca el bienio 1838-1839, cuando tomó forma el concepto de *regresso*, formulado en buena medida por el político conservador Bernardo Pereira de Vasconcelos. El sistema político expresado en este principio aseguraría, en palabras de Vasconcelos, el auténtico progreso, alejado de su veneración acrítica y metafísica, al establecer mediante la dialéctica corona-gobierno representativo un equilibrio entre el orden y la libertad.

El volumen se cierra con la aportación de Maria Elisa Noronha de Sá, que ejemplifica el proceso histórico de asignación de vectores temporales a realidades territoriales. La autora muestra cómo durante el segundo tercio del siglo XIX espacios físicos como el *sertão* y el *litoral* sirvieron de aglutinantes de la madeja de componentes que constituyeron la relación entre la civilización y la barbarie, en un proceso reflexivo que no fue exclusivo del ámbito brasileño. El político conservador Paulino José Soares de Sousa y las obras etnográficas del poeta romántico Antônio Gonçalves Dias son el acceso a esa elaboración conceptual, que adopta rasgos asimilables a los contraconceptos asimétricos koselleckianos.

Luis Fernández Torres
Universidad de Montevideo

Gustavo Sorá,
A History of Book Publishing in Contemporary Latin America,
Nueva York/Londres, Routledge, 2021, 246 páginas

Hace casi veinte años, los balances trazados sobre la historia del libro enfatizaban la necesidad de la superación de las narrativas centradas en los casos nacionales en vista de la producción de una historiografía atenta a las experiencias transnacionales. A lo largo de esas décadas, la proliferación de colecciones editoriales especializadas, coloquios internacionales, publicaciones periódicas o asociaciones de expertos en el área de historia del libro han refrendado aquella demanda. Asimismo, los estudios sociales e históricos sobre el libro y la edición en América Latina se consolidaron como una de las vertientes más dinámicas en la producción historiadora de la región. Esta relativa autonomización del ámbito de indagación sobre la historia de la cultura impresa produjo, sin embargo, algunos efectos propios de una especialización vuelta sobre sí misma, donde las conexiones entre experiencias locales y procesos más amplios parecieran desacoplarse.

En este sentido, el esfuerzo historiográfico por superar la antinomia entre los estudios de casos pormenorizados y los marcos interpretativos más amplios ofrecido por Gustavo Sorá, profesor de la Universidad Nacional de Córdoba e investigador del CONICET, en su reciente libro *A*

Contemporary Latin America, resulta especialmente iluminador respecto del modo en que la indagación intensiva no debe perder de vista las “preguntas importantes” de las ciencias sociales y humanas. El libro de Gustavo Sorá, inscripto en la novísima serie “Routledge Studies in Global Latin America”, ofrece una aproximación a la historia cultural de América Latina a través de la indagación del lugar del libro y de las prácticas editoriales en la conformación de la unidad continental entre la década de 1930 y los años setenta. A partir de la consideración seminal de la tensión entre la supuesta homogeneidad cultural latinoamericana y la heterogeneidad de sus respectivas culturas nacionales, Sorá explora las variantes específicas de la cultura escrita en América Latina a través de una atención privilegiada a los componentes de la “ecología del libro” (editoriales, editores, traductores, etc.). Dividido en cuatro partes, el libro dedica las primeras tres al análisis de experiencias de la cultura escrita en la Argentina, México y el Brasil, mientras que en la sección final examina la feria internacional del libro de Frankfurt, por un lado, y las desigualdades en el sistema mundial de traducciones, por otro.

En el primer capítulo, dedicado a la Argentina, Sorá

ofrece un balance de la historiografía sobre el libro en ese país y propone una aproximación relacional al “modelo nacional” argentino de edición, sus íntimas conexiones con la dinámica iberoamericana de producción y difusión de bienes impresos y el lugar de los editores extranjeros en la modulación del mercado latinoamericano del libro. Entre uno de los rasgos decisivos de ese modelo, Sorá reconoce la firme creencia que compartieron los editores en la producción de “libros baratos” destinados a un lectorado en expansión desde el siglo XIX. La irrupción de exiliados españoles de la guerra civil en el mundo cultural argentino coincide con el ascenso de Buenos Aires como centro regional en la producción editorial y con la consolidación del mercado iberoamericano del libro. En efecto, la progresiva diferenciación de la actividad editorial, desde su subordinación a la lógica comercial de la librería, primero, y de los periódicos diarios, después, evidencia la centralidad que tuvo la publicación de libros y su distribución mediante las colecciones orientadas al público masivo en la formación de un canon literario y del pensamiento argentino. Así, la llegada de exiliados republicanos españoles desde mediados de la década tanto a la Argentina como a México

transformó la composición de ambos mercados profundizando la interdependencia entre ellos y proyectándose estratégicamente sobre todo el continente. El nuevo estado de las relaciones culturales internacionales dio lugar a una complementariedad de los proyectos editoriales entre ambos países, donde las casas editoras argentinas privilegiaron la publicación de literatura, el Fondo de Cultura Económica de México se especializó en la edición de libros de ciencias sociales y humanas. Para Sorá, la clausura de ese “modelo argentino” de edición, evidenciado en el derrumbe del Centro Editor de América Latina o de EUDEBA con el golpe de Estado de 1976, dio lugar a un proceso de fragmentación cuyos efectos se perciben aún hoy en el mercado editorial latinoamericano.

Asimismo, Sorá presenta un trabajo dedicado a la figura de editor/intelectual de Gregorio Weinberg. Bajo la tradición reformista, el proyecto editorial de Weinberg es analizado por Sorá situando las profundas conexiones entre programas de renovación intelectual nacional orientados por patrones de la “cultura universal”. Los fundamentos internacionales de toda cultura nacional, su posición relativa forjada a través de su oposición con otras naciones, se expresa en las “batallas simbólicas” libradas en las arenas de la cultura letrada, a través de los procesos de competencia-legitimación de las posiciones en el concierto internacional de la cultura. Así, las empresas culturales animadas por Weinberg son analizadas por Sorá en el entrecruzamiento entre

contextos efectivos de posibilidad, los vaivenes de una trayectoria y sus apuestas y las coyunturas tanto políticas como económicas que flanquearon esas experiencias. En tanto traductor, editor y mediador cultural, Weinberg y su proyecto originado en la editorial Lautaro, reconvertido en la casa Hachette y prolongado en Solar, representan una modulación particular de comprensión cosmopolita de la nación y de la tarea de traducción como forma de apropiación siempre localizada.

En la sección dedicada a México, Sorá plantea un estudio intensivo sobre la casa editorial Fondo de Cultura Económica y una de sus colecciones señeras: Tierra Firme. A partir del examen de la historia social y cultural de la conformación de dicha serie editorial, Sorá muestra el proyecto cultural compartido por intelectuales de todo el continente y coordinado por Daniel Cosío Villegas, su ambición en la producción de una unidad latinoamericana y los obstáculos políticos y financieros de semejante empresa. Mediante una exploración puntillosa del catálogo editorial del Fondo de Cultura Económica y de las variaciones que produjeron la serie Tierra Firme, el trabajo de Sorá permite adentrarse en la práctica editorial y su potencia para la cristalización de una región culturalmente unida. Tierra Firme, inscripta en la tradición americanista, fungió como proyecto de “regeneración civilizatorio” ante la crisis de la inmediata posguerra donde América Latina ocuparía un nuevo y

preponderante sitio. En tanto empresa de alcance continental, el Fondo de Cultura Económica no solo propulsó una importante renovación en las ciencias sociales y humanas al disponer en español obras centrales de diferentes disciplinas, sino que contribuyó a proyectar un nuevo alcance del mercado del libro en español en América. Sorá ofrece una pormenorizada aproximación a ese proceso mediante la trayectoria de Daniel Cosío Villegas y la consolidación de la idea del editor como un “profesional de la edición”.

Justamente la noción de profesionalización es la que le permite a Sorá seguir los pasos de Arnaldo Orfila Reynal desde mediados de los años sesenta, luego de su desplazamiento de la dirección del Fondo de Cultura Económica hacia la formación de Siglo XXI, casa editorial promovida por un ingente número de figuras intelectuales que actualizarán la idea de una “internacional del pensamiento”, conjugada desde América Latina. La tensión entre edición y política durante la Guerra fría, visible en Orfila desde su rechazo a los emprendimientos de la Alianza por el Progreso desde comienzos de los años sesenta y, especialmente, desde su expulsión del directorio del Fondo de Cultura Económica, es abordada por Sorá a partir de una detallada reconstrucción del universo social que dio lugar a un nuevo proyecto político-editorial, Siglo XXI, a la dinámica de las redes de contacto que permitieron a Orfila la formación de un nuevo catálogo de traducciones y el apoyo de numerosos

intelectuales latinoamericanos, entre ellos y ellas quienes protagonizarán el “boom” literario de los sesenta.

Brasil y su mercado editorial son analizados por Sorá mediante el estudio del marco institucional que posibilitó la formación de un espacio nacional para el libro brasileño entre los años treinta y cuarenta. Tomando en cuenta las condiciones de propagación de una industria editorial promovida desde las políticas públicas del Instituto Nacional del Libro, creado en 1937, el capítulo 5 del libro ofrece un panorama de las convergencias de las empresas editoriales junto a las instituciones estatales por forjar un ámbito de producción, distribución y consumo de los bienes impresos ante la idea de “ciudadano-lector” que se consolida en esos años del Estado Novo del Varguismo. Esa complementariedad entre emprendedores privados de la edición y las políticas públicas de acceso al libro permitieron, para Sorá, la consolidación pública de la figura del editor y la consolidación nacional de un mercado no exento de tensiones personales y conflictos regionales. Resulta especialmente interesante el tratamiento del *Anuário Brasileiro de Literatura*, no solo como fuente de información histórica sino en tanto dispositivo de construcción de una noción nacional de espacio de producción editorial.

El derrotero de la realidad editorial brasileña a lo largo del siglo xx es abordado por Sorá mediante su prospección de la Livraria Jose Olympio Editora, casa editorial de máxima importancia a mediados de los años cuarenta cuyo declive en

los años noventa posibilita al autor, combinando una aproximación histórica y otra etnográfica, compulsar las transformaciones estructurales del negocio del libro en el Brasil; las variables posiciones jugadas por casas editoriales de origen familiar, el cambiante estatuto del editor, de mediador en la escena cultural nacional a manager del capital internacional, procesos homólogos en otros espacios del sistema de producción de bienes impresos a nivel mundial. Jose Olympio evidencia el arco completo de esa profunda mutación en la medida en que la fortaleza diferencial de su catálogo, representante de la “cultura auténticamente brasileña”, compuesta de ensayos de interpretación y novelas nordestinas, supo ser conjugado con el conocimiento específico de la labor editorial y comercial y el capital de relaciones políticas y familiares. A lo largo de los años cincuenta, y especialmente desde los sesenta, las nuevas generaciones de intelectuales desafiaron a los antiguos referentes culturales y, con ello, emergieron nuevas casas editoras que subvirtieron la jerarquía simbólica de editoriales como Jose Olympio, absorbida por grupos empresarios que integraron su fondo y prestigio en la lógica de administración de negocios a fines del siglo xx.

En la sección final del libro, Sorá presenta los resultados de dos investigaciones donde la perspectiva transnacional, si bien asumida en el resto de los ensayos del volumen, gana un protagonismo especial. En “El mundo como feria”, el autor

analiza la producción de interdependencias entre los distintos actores del mundo editorial que confluyen en la Feria Internacional del Libro de Frankfurt, a partir de su trabajo etnográfico en 2010, año en que la Argentina fue Invitada de Honor en el cónclave alemán. Apoyándose en sus registros de campo (notas, fotografías, mapas), Sorá muestra cómo en ese ámbito las oposiciones estructurales del campo editorial argentino se manifestaron tanto en las estrategias movilizadas por los grandes grupos editoriales como aquellas casas de edición independientes, todos atraídos por el “estar allí”, por participar en el acontecimiento mundial del libro, sujeto a los rituales propios de todo espacio regulado de intercambio, “rito de pasaje” para los participantes, donde tiene lugar la tensión entre unificación cultural anunciada por la globalización y las diversidades expresadas por editores de procedencias diferentes.

Finalmente, en el último ensayo del libro Sorá concentra su estudio sobre el intercambio desigual entre mercados editoriales a partir del indicador propuesto por la traducción de libros de ciencias sociales y humanas entre Francia y la Argentina. De este modo, la circulación internacional de ideas debe ser vista a partir de los ritmos y las intensidades del intercambio entre distintos mercados en el sistema internacional de traducciones, donde el valor de un nombre, una obra o un conjunto de ideas están íntimamente vinculados a las jerarquías culturales, lingüísticas y políticas

transnacionales. Como parte de una pesquisa ambiciosa coordinada por Gisèle Sapiro, Gustavo Sorá expone los procesos de intra y extraducción entre Francia y Argentina, considerando las instituciones y los agentes que intervienen en dichos intercambios pero también en la construcción de Francia en tanto referencia académica y cultural para quienes ensayan estrategias de internacionalización y validación de sus credenciales de prestigio en el campo de producción argentino. Los flujos desiguales de traducción de libros visibilizan las estrategias de reproducción de la dominación simbólica de ciertos centros de producción cultural sobre otros espacios.

¿Qué lugar ocupó América Latina en el proceso de mundialización de la cultura impresa en el siglo xx? ¿Cómo se articularon las culturas nacionales y sus respectivos mercados editoriales con el horizonte continental latinoamericano? ¿De qué modo los editores, esa especie singular de mediador cultural, intervinieron en las dinámicas de integración regional? Estas son, entre otras, las preguntas que orientan las investigaciones de Sorá desde una perspectiva transnacional. La combinación de operaciones metodológicas propias de la antropología social, de la historia cultural o de la sociología de la traducción permiten evidenciar el análisis de la materialidad de los bienes impresos (el libro incluye más

de cuarenta imágenes de tapas de libros), el trabajo sobre fondos de archivo de editoriales, la reposición de entrevistas en profundidad, la ponderación estadística de correlaciones múltiples en bases de datos, la prospección de catálogos históricos de editoriales o la observación etnográfica. En parte como balance pero con un tono programático, prospectivo de líneas de investigación aún por recorrer, el libro muestra la madurez de investigaciones originales y comprometidas con la producción de pesquisas sólidamente fundadas.

Ezequiel Grisendi
Universidad Nacional
de Córdoba / CONICET

Diego Galeano,

Delinquentes viajeros. Estafadores, punguistas y policías en el Atlántico sudamericano,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2018, 286 páginas

El libro de Diego Galeano es una versión modificada de su tesis doctoral defendida en la Universidad Federal Río de Janeiro, que en 2013 ganó el prestigioso premio del Archivo Nacional del Brasil y fue publicada en 2016 bajo el título *Criminosos Viajantes*.¹ El texto es producto de diez años de investigaciones sobre la historia del delito y de la policía en el escenario transnacional del Atlántico sudamericano. Sigue de cerca, desde los archivos policiales de Buenos Aires y Río de Janeiro, las travesías de delinquentes cuyas fotografías resaltan entre las galerías de ladrones por tratarse de hombres elegantes que usan traje y tienen bigotes prolijamente recortados, cuyo semblante registra miradas seductoras. No se trata de meros rateros sino de una criminalidad transnacional. Los actores principales de esta historia social son estafadores y punguistas famosos identificados por las policías de sus ciudades de origen y que, expulsados por sus delitos, viajan entre los puertos de Río, Buenos Aires y Montevideo. El tema del libro es, además, la cooperación policial traspasando las fronteras nacionales para afrontar un abanico de prácticas territorialmente escurridizas. Se

trata de una historia de la movilidad de delinquentes viajeros perseguidos por las policías de estos tres países en una sincronía de cooperación que pone en escena una intensa circulación de información compartida.

Uno de los principales aportes del libro se refiere a estudiar la materialidad de la interacción entre las policías de la región. En efecto, el origen de la investigación de Galeano surgió de sus visitas al archivo policial histórico de la ciudad de Buenos Aires, una biblioteca ubicada en la calle Lavalle en el porteño barrio de Once, donde pudo dar con una veintena de libros sobre policías sudamericanas. En aquellos libros se fue dibujando la importancia que las conferencias policiales de Buenos Aires de 1905 y 1920 tuvieron para la región, configurando un escenario de cooperación mutua para la persecución de sujetos peligrosos. Hacer circular saberes y técnicas de identificación, distribuir retratos, y galerías de ladrones, identificar a sujetos peligrosos que subían en un puerto y bajaban en otro para detenerlos requiere una innumerable producción de documentación que los archivos policiales resguardan con especial recelo. Entre las cajas de la policía del Archivo Nacional del Brasil, Galeano pudo advertir y encontrar a muchos de los

estafadores y punguistas que eran perseguidos en Buenos Aires. Muchos de los sujetos peligrosos objeto de producción de saberes de la policía porteña eran registrados y perseguidos por la policía carioca y serían objeto de las conferencias policiales del Atlántico sur. Los archivos policiales constituyen un obstáculo metodológico, una selva de papeles, legajos, memorias y revistas que no resulta sencillo desentrañar. El autor propone estudiar los archivos policiales en su dimensión cinética: reponer el entramado de un vasto sistema de circulación internacional de saberes constitutivos del accionar policial. Así, se detiene en telegramas, retratos y álbumes fotográficos, fichas antropométricas y dactiloscópicas, instrumentos de mediciones corporales, manuales de criminología, artefactos portátiles concebidos para insertarse en una densa red de intercambio. Tres tipos de fuentes son evidencia ineludible de la circulación internacional entre las policías de América del Sur. En primer lugar, la documentación directamente producida para atravesar fronteras: pedidos de extradición, misivas diplomáticas, mensajes telegráficos con nombres y apellidos; libros y artículos traducidos para su difusión en otros países. En segundo lugar, un significativo caudal de escritos ideados para visitas

¹ Diego Galeano, *Criminosos Viajantes. Circulações transnacionais entre Rio de Janeiro e Buenos Aires 1890-1930*, Arquivo Nacional, Río de Janeiro, 2016.

institucionales y viajes de estudio, conferencias policiales y congresos científicos celebrados en las capitales sudamericanas desde fines del siglo XIX. Por último, las publicaciones institucionales, memorias y revistas policiales, que registran múltiples indicios de estos intercambios.

Toda esta evidencia configura además una definición del espacio Atlántico sudamericano como una unidad construida históricamente y no como un territorio determinado por características naturales. Los policías y los delincuentes que analiza el libro circulan por una ruta ultramarina que unía los dos principales puertos del Río de la Plata (Buenos Aires y Montevideo) con las ciudades portuarias del Brasil y, atravesando el océano Atlántico, con Lisboa, Oporto, Vigo, Barcelona, Génova, Nápoles y otros destinos europeos. Los adelantos del transporte ultramarino de fines del siglo XIX y los cambios en sus bases materiales delinean una región donde el comercio y los circuitos de emigración dinamizan las prácticas sociales. Se trata de un territorio conformado por ciudades capitales, grandes urbes y puertos en la ruta marítima extendida desde Buenos Aires hasta Río de Janeiro. Un espacio sacudido por un intenso movimiento de hombres y mujeres que, para las policías, configuraba el escenario de nuevas experiencias delictivas. El recorte geográfico refuerza la hipótesis de una ruta de circulaciones delictivas y policiales reconstruida desde fuentes documentales policiales. Este recorte implica

para Galeano al menos tres presupuestos. Por una parte, la delimitación de un espacio que constituye algo más y algo menos que un territorio conformado por fronteras. Algo más porque traspasa los bordes jurídicos de los países involucrados y algo menos porque deja afuera una parte inmensa de la Argentina y del Brasil. En segundo lugar, configura un punto de vista: se analizan los flujos de una ruta que unía a ambas capitales, por medio de escritos de sus políticos, literatos y diversos sujetos registrados en la documentación policial. Por último, este espacio por el que circulan enormes tasas de migrantes es observado por discursos criminológicos cuya obsesión es la reincidencia. La reincidencia advierte sobre el carácter incorregible de las poblaciones y se incorpora en los códigos penales del Brasil y la Argentina en la última década del siglo XIX, lo que habilita la deportación. A este compendio de leyes deben sumarse las leyes de expulsión de extranjeros sancionadas a principios del siglo XX que contarán con un alto grado de arbitrariedad porque hacen posible el anhelo de deshacerse de los viajeros indeseables. La mecánica concreta de esas expulsiones abrió una cooperación policial sin precedentes coronada por estas dos conferencias sudamericanas en Buenos Aires, las de 1905 y 1920, un hecho inédito no solo en la región sino en el mundo.

Otro aspecto que se señala es la circulación de saberes entre policías del cono sur desde un punto de vista “científico” transmitido a través de libros, manuales y revistas

que eran utilizados por profesores en las escuelas de policías. El caso de la *Revista de Policía* (1897-1939) de la ciudad de Buenos Aires publicada cada quince días durante más de cuarenta años dio cuenta de una cultura de policías escritores, que informaban a los agentes subalternos sobre las realidades de otras policías del mundo. Esta revista además era utilizada para la formación de los agentes de calle en las escuelas de policía elogiadas por los colegas cariocas. En el Brasil también se contaba con revistas como la *Revista Policial* (1903-1904) y la *Revista de la policía de Río de Janeiro* (1907-1918), que era el órgano de difusión de la Oficina de Identificación y Estadística y por la que pasaron los nombres más selectos de la intelectualidad brasileña. El libro marca que a diferencia de la importancia menor que las memorias policiales han tenido en Europa y en la historiografía francesa e inglesa, las revistas policiales en la región han sido clave. Además, en los años veinte estas revistas se diversifican incorporando ficciones detectivescas y un caudal de artículos dedicados al entretenimiento que cambiaron de forma notable la relación con una amplia comunidad de lectores que trascendía la esfera policial. Revistas como *Magazine Policial* y *Gaceta policial* en Buenos Aires y *Vida Policial* en Río de Janeiro contaban con tapas ilustradas, historietas y poesías, y circulaban en el mercado general de publicaciones de la época configurando una identidad policial y afirmando la posesión de un saber

específico, tanto dentro como fuera de la institución. Galeano también indaga en los viajes de estudio a los que son enviados los policías latinoamericanos para formarse en las policías europeas, en especial en Francia, con las que mantienen una relación entre la fascinación y el desencanto. El capítulo El Bureau y el Laboratorio analiza la importancia que la fotografía y el telégrafo adquieren para la persecución policial de delincuentes viajeros. Las centrales policiales de América Latina fueron de las primeras en utilizar el método de Bertillon fuera de Francia a través de un intenso intercambio de traducciones, manuales y viajes que las posicionaron como agencias expertas. Sin embargo, la oficina dactiloscópica y la dactiloscopia desarrollada en el Río de la Plata harían del subcontinente, en especial de la Argentina y el Brasil, uno de los principales focos de

oposición a la antropometría. Este método marcó la superioridad de las policías sudamericanas a partir de un sistema alternativo nacido en la región, con la apertura posterior de oficinas dactiloscópicas en Río. Esta nueva herramienta estuvo en el centro de la conferencia policial de 1920 en la que las policías eran menos cuidadosas con las libertades individuales al calor de las protestas obreras de esos años. Así, la dactiloscopia fue una herramienta clave de identificación en un escenario de expulsiones, telegramas y desconfianzas.

Pero Galeano no se detiene solo en la accionar policial sino que reconstruye la travesía de una sociedad de malhechores, como era el caso de Minga Minga, o Ángel Artire, que bien peinados y con elegantes trajes conforman una cultura transnacional delictiva que evita los recodos de la persecución policial. Así, nos

muestra el *modus operandi* de actores que saben de disfraces y de bigotes postizos. Se trata de “verdaderos especialistas del crimen” que configuran una mafia criolla de punguistas y cuenteros. A esta composición social del universo delictivo se suma un análisis de la aristocracia del crimen que tiene a los Estados Unidos de 1930 como principal referente y donde los delitos de guante blanco configuran el accionar de performances públicas de delincuentes *gentelmans*. Estos delitos, que evidencian toda una *puesta en escena* de estafadores y ratones de hotel, develan el entramado de un fino accionar ilegal tras la fachada de la vida de las capitales latinoamericanas.

Ana Cecchi
Universidad Nacional
de Quilmes / Universidad
Nacional Arturo Jauretche

Aimer Granados y Sebastián Rivera Mir (coords.),
Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo xx,
México, El Colegio Mexiquense y Casa abierta al tiempo, 2018, 284 páginas

La compilación preparada por los historiadores Aimer Granados y Sebastián Rivera Mir se compone de diez artículos, entre los que se cuenta una colaboración de cada uno de ellos. Los antecede una breve introducción de autoría conjunta preparada a fines de 2017. Allí se aclara que el proyecto tuvo su inicio en la vinculación de tres mesas de trabajo del Tercer Congreso de Historia Intelectual de América Latina, organizado en 2016 en El Colegio de México. Los compiladores destacan la consolidación en nuestro continente de los estudios sobre la sociología y la historia del libro y la edición. Las recientes investigaciones sobre las prácticas editoriales en los países de América Latina estarían motivadas tanto por la recepción de los estudios, particularmente, de Donald F. McKenzie, Roger Chartier y Randall Collins –a los que los artículos agregan los de Robert Darton y Jean-Yves Mollier– como por la mayor atención a los espacios de sociabilidad, las redes intelectuales y la materialidad que caracteriza el pasaje de la “historia de las ideas” a la “historia intelectual”.

Los diez artículos se agrupan en tres apartados temáticos y ofrecen estudios de casos, en su mayoría centrados en una ciudad latinoamericana. Ellos terminan por visibilizar a editores e intelectuales –y a

algunos pasajes de una figura a otra– involucrados en muy diversas prácticas editoriales. Los artículos de los dos primeros apartados –titulados “Edición, ideología y política” y “Ediciones, literatura y escritores”– se ocupan de los libros. En cambio, el tercero, “Ediciones, revistas y cultura impresa”, se detiene en una serie de revistas. Así, las prácticas editoriales señaladas en el título de la compilación van desde la fundación y desarrollo de un sello editorial mexicano, argentino, venezolano o español dedicado al libro de izquierdas, al libro cultural o al libro literario –en los que algunos intelectuales participaron como editores, o bien como autores, asesores de los catálogos, compiladores, prologuistas, traductores o reseñistas– hasta la publicación de revistas sobre las artes gráficas en Buenos Aires y Santiago de Chile, de mensuarios culturales chilenos y de breves revistas evangélicas y progresistas colombianas.

Los cuatro artículos del primer apartado ofrecen distintos acercamientos a un tipo de “libro político”, el libro de izquierdas. En “Arnaldo Orfila Reynal como empresario socialista. Unidad y diferencias al interior de Siglo xxi, una editorial de izquierdas y exitosa en el espacio cultural iberoamericano”, Gustavo Sorá vuelve sobre la biografía de

Orfila Reynal para mostrar, a partir de diversos testimonios y del análisis del catálogo editorial, que las posibilidades y las decisiones editoriales de Siglo xxi –y de la mayoría de los sellos políticos– no dependen únicamente de las afinidades políticas de los editores, sino también de los mercados transnacionales. Con ello se sugiere que todo estudio de la estructura organizacional de una editorial política debería precisar la tensión inevitable entre definiciones político-culturales y condicionamientos comerciales. El siguiente artículo pertenece a José Carlos Reyes Pérez y se titula “Ediciones Era y Siglo xxi de Argentina: la difusión latinoamericana de la *nueva izquierda*”. Allí se retoman, en parte, las caracterizaciones de Sorá, pues la editorial mexicana Era es contrastada con el catálogo preparado por José Aricó para la filial argentina de Siglo xxi. Con ello se recuperan interesantes vinculaciones entre dos catálogos que participaron de la renovación marxista de la “nueva izquierda”, pero en la definición de esta se recurre a estudios críticos que no terminan de ser útiles. Es que para el caso argentino se cita bibliografía que inscribe a la Revolución Cubana y al guevarismo en la nueva izquierda mientras que para el caso mexicano se retoman análisis según los cuales la nueva izquierda se reduce a

expresiones antidictatoriales que excluyen el proceso cubano.

La colaboración de Rivera Mir, “La difusión del marxismo en tiempos convulsos. Rodrigo García Treviño y Editorial América (1936-1940)”, nos invita a retrotraernos varias décadas para centrarnos en un momento del itinerario político-intelectual de un intelectual que pasó de ser un entusiasta editor de libros marxistas a un decidido anticomunista. La puesta entre paréntesis de ese pasaje le permite a Rivera Mir reconstruir el desafío revolucionario buscado por la Editorial América en un momento clave para la historia política mexicana, el de la radicalización de la Revolución que impulsó el cardenismo. En una escala amplia, ello subraya la comprensión que ofrecen los análisis sobre la edición que realizan un recorte sincrónico inscrito en el giro material.

La tensión destacada por Sorá entre la dimensión político-cultural del libro y su dimensión comercial recibe un nuevo análisis en el último capítulo de este apartado, “Hacia una historia del mundo impreso del comunismo argentino. La editorial Problemas (1939-1948)”, de Adriana Petra. La historiadora reconstruye la profesionalización del libro político que logra el editor comunista Carlos Dujovne y la contrasta con los documentos judiciales vinculados a la prohibición de su sello. Ello descubre la distancia entre una actividad editorial claramente inscrita en el Partido Comunista y la defensa de esa actividad desde argumentos comerciales. Atenta a las condiciones materiales de la edición, Petra

incorpora la cuestión de las pérdidas económicas de Problemas para pensar su autonomía relativa respecto del Partido.

El segundo apartado se abre con “Reditando las Letras de América: las prácticas editoriales de Rufino Blanco Fombona”, de Isabel de León Olivares. Su artículo nos retrotrae al espacio editorial latinoamericano de comienzos de siglo para recordarnos que la actividad estaba hegemonizada por sellos franceses que traducían y publicaban en nuestro continente obras francesas. El análisis de la biografía del venezolano Blanco Fombona, sobre todo de su exitosa Editorial América (1915-1933) de Madrid, ilumina el desplazamiento de aquellos sellos por uno madrileño encargado de poner a circular, sobre todo, la literatura del modernismo latinoamericano. En ese desplazamiento la autora descubre una de las primeras vías de profesionalización del editor latinoamericano. En el siguiente capítulo, “El escritor y el mundo de la edición: *La experiencia literaria* de Alfonso Reyes”, Aimer Granados reconstruye las diversas dimensiones de la edición en las que se involucró un literato central del siglo xx latinoamericano. El análisis de diversas fuentes termina por mostrar los mecanismos de Reyes –y de muchos otros intelectuales– para intervenir en la cultura de lo impreso.

El apartado “Ediciones, literatura y escritores” se cierra con “*La utopía de América* de Pedro Henríquez Ureña y la escritura de un prólogo polémico para la edición de la

Biblioteca Ayacucho (1979): “Ángel Rama y Rafael Gutiérrez Girardot”, de Diego Zuluaga Quintero, quien realizó una exhaustiva búsqueda de la correspondencia que mantuvieron dos críticos culturales que, como Reyes, se destacaron en el siglo xx latinoamericano. A través de la lectura de las cartas recuperadas, Zuluaga Quintero nos presenta el diálogo y las decisiones no solo sobre el armado y la edición de una compilación de textos de Henríquez Ureña, sino también sobre los comienzos de una editorial clave en la segunda parte del siglo, la Biblioteca Ayacucho.

En el tercer apartado, Juan David Murillo contrasta, bajo el título “Testigos encubiertas de la transformación. Las revistas gráficas y el espacio editorial sudamericano a comienzos del siglo xx”, una serie de revistas editadas en Buenos Aires y en Santiago de Chile que, en el marco de la sindicalización de los trabajadores de la imprenta y del crecimiento de la industria gráfica, difundieron los nuevos saberes gráficos. Una difusión que convertiría al maestro tipógrafo en un tipo de intelectual. A continuación, Claudia Darrigrandi y Antonia Vui analizan el “Editorialismo, manifiestos y reseñas en tres revistas culturales chilenas de la primera mitad del siglo xx”. Las revistas analizadas –*Babel*, *Claridad* e *Índice*– son contemporáneas a las gráficas del capítulo anterior y se distinguen por articular un programa cultural que debería exceder el ámbito intelectual para abarcar a la sociedad toda. La compilación se cierra con “Prácticas editoriales de los

evangélicos en Colombia: Intentos de consolidación de una intelectualidad disidente”, artículo en el que Juan Carlos Gaona reconstruye las revistas de los evangélicos para mostrar que en los inicios del siglo xx ellas emprendieron no solo una confrontación religiosa, sino también una apuesta por el progresismo cultural.

El recorrido por las prácticas analizadas en los artículos ofrece un claro contraste. En los dos primeros apartados se analizan varios sellos editoriales que marcaron el espacio editorial del siglo xx latinoamericano, se trabaja la tensión entre la doble condición del libro –como objeto de cultura y como mercancía– y se rescatan las tareas relativas a la edición de importantes literatos así como el lugar de la edición en las trayectorias político-intelectuales personales. Además, se recurre a fondos documentales muy diversos. En efecto, a la reconstrucción de los catálogos editoriales se suman los testimonios, la correspondencia, las memorias y los archivos judiciales. En cambio, los tres artículos del tercer apartado circunscriben su corpus de investigación a breves revistas que no traspasaron la ciudad de edición y reconstruyen sus proyectos y algunos rasgos materiales. De

todos modos, la ausencia de las revistas y los folletines que construyeron el espacio intelectual latinoamericano del siglo xx y el recorte nacional de la mayoría de los capítulos no impide que la compilación ofrezca una agenda de investigación transnacional que abarca la edición de libros y de revistas.

Es que la exhaustiva reconstrucción cronológica y geográfica de las diversas tramas editoriales de nuestro extenso continente no es el objetivo de *Prácticas editoriales y cultura impresa entre los intelectuales latinoamericanos en el siglo xx*. A pesar de ello, varios de los episodios editoriales analizados constituyen ejes para los nuevos estudios diacrónicos –sobre los proyectos editoriales que sucedieron o antecedieron a los abordados– o sincrónicos –atentos a una escala que exceda los espacios nacionales–. E incluso la trama transnacional aparece anunciada en la lectura cruzada de los artículos. Por ejemplo, a la evidente relación entre los dos primeros artículos –ocupado uno sobre Siglo xxi y el otro sobre parte del catálogo de ese sello y el de Era– se suma que el editor responsable de Siglo xxi, Orfila Reynal, tuvo uno de sus maestros en Henríquez Ureña, de quien el

artículo de Zuluaga Quintero analiza su consagración como el intelectual del proyecto de la Biblioteca Ayacucho. A su vez, a lo largo del siglo xx, Henríquez Ureña, Blanco Fombona, Reyes, Rama y Gutiérrez Girardot fueron literatos clave del continente y desde esa condición participaron del espacio editorial. Otro ejemplo lo constituye la posibilidad de contrastar el catálogo de editoriales de la “vieja izquierda”, como América de México y Problemas de Buenos Aires, con los libros de la nueva izquierda editados por Era y Siglo xxi. Cruces entre intelectuales, política y edición que insisten en que si la historiografía quiere ocuparse de los procesos ideológicos de América Latina debe participar del “giro material”, o bien tiene que reinscribir los textos en los libros en que se editaron, pues la “puesta en página” que permitió que las ideas político-culturales circularan y se leyeran en nuestro continente no constituye una mera contingencia, sino un importante vector de producción de sentido.

Natalia Bustelo
Universidad Nacional
de San Martín / CONICET

Carlos Aguirre y Charles Walker,
Alberto Flores Galindo. Utopía, historia y revolución,
Lima, La Siniestra, Ensayos, 2020, 234 páginas

Dar cuenta de la prolífica producción intelectual de Flores Galindo, de sus múltiples intervenciones en la escena pública del “Perú hirviente de nuestros días” y las controversias en las que intervino no es tarea sencilla. Para advertirlo alcanza con atender al ritmo frenético con que aparecieron sus libros como autor, coautor o compilador. Flores Galindo (1949-1990) se graduó en la Universidad Católica del Perú en 1972 con una tesis titulada *Los Mineros de la Cerro de Pasco, 1900-1930. (Un intento de caracterización social y política)* publicada dos años después y reeditada en 1983. En 1976 estuvo a cargo de la antología *Tupac Amaru II-1780: sociedad colonial y sublevaciones populares* y publicó *Arequipa y el sur andino, Ensayos de Historia regional, Siglos XVIII-XX*. Junto a Manuel Burga dieron a conocer *Apogeo y crisis de la república aristocrática. Oligarquía, aprismo y comunismo en el Perú, 1895-1932*, en 1979, y en 1980 *Feudalismo y luchas campesinas, 1867-1960*. En solitario ese mismo año publicaba *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. En 1983 presentó su tesis doctoral en la EHESS de París que se convirtió en libro al año siguiente: *Aristocracia y plebe. Lima, 1760-1830*. En 1985, junto a Nelson Manrique, *Violencia y campesinado* y en

1986 su libro de mayor repercusión internacional, *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes*, reeditado en seis ocasiones y traducido al inglés y al italiano. Un año después compiló *Independencia y revolución 1780-1840* y en 1988 *Comunidades campesinas: cambios y permanencias*, al mismo tiempo que publicaba una colección de artículos titulada *Tiempo de plagas*. Por último, no pueden quedar fuera de inventario su incisivo ensayo de 1986 publicado en 1999: *La tradición autoritaria: violencia y democracia en el Perú*, que formó parte en 2001 de esa hermosa antología que fue *Los rostros de la plebe*. Una abrumadora serie de textos sobre muy diversos temas y escritos en pocos, muy pocos años.

Para afrontar este frenesí Aguirre y Walker reunieron dos estudios que ya habían publicado y sumaron otros cuatro inéditos, aunque no se restringieron al análisis de sus textos. Por el contrario, optaron por abordar en cada capítulo un aspecto significativo de la trayectoria de Flores Galindo y lo tomaron como un foco de observación para examinar problemas más amplios del Perú y de América Latina en las décadas de 1970 y 1980. Quien emprenda la lectura del libro no debiera esperar una biografía, aunque sus trazos y sus ecos resulten evidentes, y

tampoco una apología, aunque los autores no dejen de demostrar su reconocimiento, cariño y admiración. Y, sobre todo, consiguieron recuperar el más sugestivo de sus legados, los interrogantes con que interpeló a sus interlocutores y lectores.

Para Aguirre y Walker “No hay otro historiador en el Perú del siglo XX que haya logrado lo que Flores Galindo consiguió: conjugar en su obra y su esfuerzo vital (como investigador, profesor, conferencista, periodista, militante y animador de iniciativas culturales) el rigor académico, la pasión por la historia, una incesante curiosidad intelectual, y una tenaz intervención en el debate político”. La conexión entre sus inquietudes historiográficas y políticas era ineludible y el propio Flores Galindo la empleó como premisa en “La imagen y el espejo: la historiografía peruana 1910-1986”, su crítico balance de 1988: replantear los modos de hacer historia en el Perú era imprescindible para pensar qué era el Perú; pero ese replanteo tenía como requisito que los mismos historiadores rompieran el espejo en el que se miraban. Este es en buena medida el enfoque que adoptan Aguirre y Walker: tomar esa conexión como hilo conductor, examinar las maneras que utilizó Flores Galindo para indagar al Perú y su historia y dar cuenta de

cómo se veía a sí mismo y de los espejos que buscó romper.

Un breve repaso lo pone en evidencia. En el capítulo 1 exploran conjuntamente su trayectoria intelectual atendiendo a la cuestión que la signó: las relaciones entre la “utopía andina” y la “utopía socialista”. Cómo pensó el legado de Mariátegui y los desafíos que se presentaban en una coyuntura histórica definida –1968/1990– que a la vez era la del auge y la crisis de la izquierda peruana y de la producción intelectual de Flores Galindo. Y en esta apretada síntesis concluyeron que su contribución más ambiciosa fue la noción de “utopía andina”, convertida en su guía para transitar la fracturada historia del Perú desde la invasión europea. *Buscando un Inca. Identidad y utopía en los Andes* fue un libro de factura singular, y para Aguirre y Walker no caben dudas: ningún otro libro había propuesto un marco interpretativo tan ambicioso ni ofrecido un uso tan potente del género ensayístico.

En el capítulo 2 (“Más de una alternativa”: Flores Galindo y la independencia”) Walker examina las perspectivas desde las cuales Flores Galindo pensó este tema dilemático para la historiografía peruana y subraya la vigente fertilidad de algunas de sus propuestas. Pero además este examen contiene también una revisión crítica de los alcances y las limitaciones de la historiografía sobre la independencia del Perú puesta en el contexto de las latinoamericanas.

En el capítulo 3 (“Cultura política de izquierda y cultura impresa en el Perú contemporáneo: la formación

de un intelectual público”) Aguirre reconstruye a través de las iniciativas de Flores Galindo las formas y los atributos de la cultura política de izquierda gestada en el Perú. Y aunque sea discutible que puedan ser solo asignados a la izquierda peruana, es revelador el análisis de sus prácticas de escritura y de los formatos empleados para interpelar a públicos muy distintos. En el capítulo 4 (“No hay isla feliz”: Flores Galindo, Cuba y la utopía socialista”) Aguirre se enfoca en una dimensión complementaria, pero desde una óptica más personal: cómo Flores Galindo pensó la Revolución Cubana y los dilemas que esa experiencia producían a la hora de imaginar las posibilidades de una “utopía socialista” para el Perú.

En el capítulo 5 (“Bordeando el abismo: Flores Galindo frente a Sendero Luminoso, la violencia y las crisis de los ochenta”) Walker se interna en las tensiones que suponían las relaciones entre pasado y presente examinando las condiciones de recepción en el Perú de *Buscando un Inca* y las controvertidas implicaciones de la noción de la “utopía andina”. Explora los angustiados textos de Flores Galindo en los últimos años de su vida y de los que dio cuenta en los últimos capítulos de la edición definitiva de 1988 y en otras intervenciones contemporáneas. Sigue con cuidado las modificaciones y las ampliaciones introducidas entre 1985 y 1988. Si el hilo articulador de los ensayos de *Buscando un inca* en su versión inicial habían sido las pistas de los modos populares de imaginar una utopía andina, los capítulos finalmente agregados

y los demás textos escritos al mismo tiempo eran esbozo de una historia de larga duración de las relaciones entre Estado y sociedad, el autoritarismo y la violencia en el Perú. Reconoce en esos textos las mejores características de Flores Galindo como historiador: su creativo uso de las fuentes, su capacidad para combinar una visión de larga duración con un afinado olfato para captar historias humanas reales y su esfuerzo para repensar el Perú y sus tradiciones históricas.

En el capítulo 6 (“Una pasión correspondida: Flores Galindo y la literatura”) Aguirre ofrece un jugoso examen para comprender la sugestión de su escritura y su formación como historiador. Esa relación íntima y entrañable con la literatura aparece como una clave de lectura reveladora sobre Flores Galindo y sobre otros historiadores latinoamericanos de la misma generación.

A pesar de los hallazgos e inestimables propuestas del libro de Aguirre y Walker hay algunas cuestiones que merecerían un tratamiento más sistemático. Por ejemplo, el proceso de formación de Flores Galindo como historiador y las transformaciones en su modo de pensar y hacer historia hasta la versión definitiva del libro que lo hizo famoso. Las diferencias entre *Arequipa y el sur andino* y *Aristocracia y plebe* son notables, del mismo modo que lo son las que se presentan entre este libro y *Buscando a un inca*. En poco tiempo Flores Galindo había experimentado maneras muy diferentes de trabajo: desde las formas más conocidas de historia económica y social

regional hasta el psicoanálisis pasando por la historia “desde abajo” o de las mentalidades para expresarlo con brutal sencillez.

Que Flores Galindo haya estudiado en instituciones católicas, que fueran los cursos de Gustavo Gutiérrez los que lo indujeron a repensar la religión, la espiritualidad y la conexión entre intelectuales y sectores oprimidos, como se sostiene, y que se desempeñase entre 1978 y 1982 como director de *Allpanchis* (la revista del Instituto de Pastoral Andina) amerita interrogarse sobre las marcas de esas experiencias en su producción intelectual, en su decisión de rastrear la “utopía andina”, en el giro cultural que adquirieron sus ensayos o en los mismos atributos de la cultura política de la nueva izquierda que, por cierto, no se manifestaron solo en el Perú.

A su vez, las influencias y las interacciones entre Flores Galindo y la historiografía internacional de las décadas de 1970 y 1980 son también dimensiones ineludibles, particularmente para el Perú, que concitaba entonces mucha atención desde Francia y los Estados Unidos y desde donde su historiografía se nutría de innovadoras contribuciones. Sin embargo, no quedan claras las razones por las cuales pasó de su idea inicial de investigar a Túpac Amaru con la orientación de Pierre Vilar a escribir una tesis en la EHESS bajo la dirección de Ruggiero Romano dedicada a la sociedad limeña, apelando a una periodización (1760-1830) que por entonces no era habitual y que hoy es la más aceptada como pertinente. Si la influencia de la francesa parece ser más marcada en

Arequipa y el sur andino y está presente en *Aristocracia y plebe*..., este libro también registra una recepción muy activa y marcada de la historiografía británica, aunque en él y en *Buscando un inca* puede reconocerse la influencia de la historia de las mentalidades, no siempre en forma explícita como sí lo reconocía Manuel Burga, con quien compartió la estadía francesa.

Finalmente, en el examen de la formación de Flores Galindo convendría haber prestado mayor atención a sus lecturas de Mariátegui. En particular, la que plasmó en *La agonía de Mariátegui* cuyo tema –el análisis de las controversias de Mariátegui con el APRA y con la III Internacional– es inseparable de la decisión de rastrear la “utopía andina”. Obviamente porque fue su vía primordial de acceso al marxismo y también por la intensidad que tenían los debates al respecto en la izquierda peruana y latinoamericana de la década de 1970. Pero también porque esa lectura sugiere mucho sobre las opciones y las exploraciones de Flores Galindo: para él, Mariátegui “acabó elaborando una manera específica –peruana, indoamericana, andina– de pensar a Marx”. Además, de este modo quedarían de relieve otras vertientes de sus lecturas y formación, incluyendo las reflexiones producidas al mismo tiempo sobre la historia y las desventuras del marxismo en América Latina, como las de José Aricó. El mismo título parafraseaba el que tenía un artículo de Miguel de Unamuno sobre el cristianismo y en su examen de los desacuerdos de

Mariátegui con los emisarios de la III Internacional en la conferencia realizada en Buenos Aires en 1929 no dejó de subrayar enfáticamente que fueron dos nociones –“ensayos” y “realidad peruana”– las que provocaron su mayor reticencia e inquina. De alguna manera, este trabajo prefigura la forma y algunos de los contenidos de *Buscando un inca*.

Si bien Flores Galindo fue uno de los primeros en emplear asiduamente la “utopía andina” como noción orientadora y tuvo una decisiva influencia en su difusión, quizás sea exagerado considerarla como su “contribución más ambiciosa”. Más bien, parece haber sido una creación colectiva, ambigua y polisémica a la que también apelaron casi simultáneamente otros autores como Jan Szeminski y Manuel Burga; estaba en circulación y la tornó problemática que Flores Galindo la empleara para transitar toda la historia andina y no solo el período colonial. Su amplia difusión y las discusiones que suscitó no pueden separarse del ambiente a la vez paradójicamente propicio que encontró, en el que intervinieron múltiples vectores: por un lado, el desarrollo de la etnohistoria y en particular de la andina y la multiplicación de estudios históricos de las movilizaciones campesinas e indígenas, su examen como actores políticos y por tanto el análisis de sus ideologías y programas; por otro lado, la irrupción de Sendero Luminoso y del terrorismo contrainsurgente en el Perú de la década de 1980. El debate fue intenso y ha seguido vigente, adquiriendo un decurso singular: aunque hoy

existe consenso en identificar imaginarios utópicos en ciertos momentos de la historia de los Andes, no hay acuerdo en que hayan tenido un alcance pan-andino y la misma noción de “lo andino” está en abierta discusión.

“He llegado ayer al país clásico del sol, de los Incas, de la fábula y de la historia” le escribía Simón Bolívar a José Joaquín Olmedo desde el Cuzco el 27 de junio de 1825. De muy diversas maneras esa sensación se replicó en distintos momentos de la historiografía peruana y Flores Galindo se propuso superarla. Estaba convencido de que era necesaria una historia más plural y su aventura intelectual, ambiciosa, quizá desmesurada, apuntaba en esa dirección; solo así podía darse cuenta de las distintas historias que habían hecho la

historia del Perú e imaginar una nación que reclamaba una utopía de futuro en ese tiempo de “Sueños y pesadillas”, como tituló el epílogo de *Buscando un inca*.

El libro de Aguirre y Walker invita a pensar si no es necesario reconstruir de nuevas maneras las múltiples tramas que dieron forma a toda una generación de historiadores latinoamericanos y latinoamericanistas, ofrecer una mirada que vaya más allá de sus textos y que reponga la intensidad de las intersecciones de sus trayectorias y la densidad de sus ámbitos de conexión. Y frente a esa tarea quizá convenga recuperar algo que Flores Galindo escribió en su conmovedora carta de despedida del 14 de diciembre de 1989: “No creo que haya que entusiasmar a los jóvenes con lo que ha sido nuestra generación.

Todo lo contrario. Tal vez exagero. Pero el pensamiento crítico debe ejercerse sobre nosotros”. La invitación –coherente con el trabajo que había realizado sobre sus predecesores– no era su única interpelación a las nuevas generaciones: también recordaba que era necesario que recuperasen “la capacidad de indignación”, que no se resignasen ante los oprobios del presente y que, si aspiraban a tener un futuro “ahora más que antes, es necesario desprenderse del temor a la creatividad”. Se trataba, en definitiva, de reencontrarse con “la dimensión utópica”.

Raúl O. Fradkin
Universidad de Buenos Aires / Universidad de Luján

Rebeca Villalobos Álvarez,
El culto a Juárez. La construcción del héroe (1872-1976),
México, Grano de Sal, 2020, 263 páginas

¿Cuáles fueron los cambios y las permanencias que experimentó la figura heroica de Benito Juárez a lo largo de un siglo? Esta es la pregunta central que recorre el reciente libro de Rebeca Villalobos Álvarez, titulado *El culto a Juárez. La construcción retórica del héroe (1872-1976)*. Se trata de un libro con un objetivo ambicioso y de largo aliento que la autora logra alcanzar con notable pericia: analizar el culto a Juárez desde 1872, año de fallecimiento del prócer, hasta 1976. La investigación, además de recuperar un vasto número de estudios que analizaron su figura, bucea en una gran diversidad de fuentes como discursos políticos, obras históricas, literatura, poesía, panfletos, monumentos, óleos, fotografías, películas y postales. El diálogo que la autora traza con el variado material disponible permite obtener una pintura de conjunto que dota de inteligibilidad la trayectoria memorial en torno al personaje. En esa trayectoria, el agudo estudio del culto a Juárez —el abogado oaxaqueño de origen indígena, impulsor de las reformas liberales en México y cuya presidencia entre 1858 y 1872 estuvo atravesada por la guerra civil— se convierte en un observatorio para entender la cultura nacional. Al recuperar la dimensión histórica del discurso heroico, la autora analiza los cambios producidos

en los idearios políticos y las sensibilidades. Determinados atributos del héroe le hablan a una época específica y pierden impacto en períodos posteriores. El mito se convierte, así, en una suerte de caleidoscopio: se iluminan distintos ángulos según el programa político que se desea legitimar o la identidad colectiva que se construye en un período situado.

Una de las originalidades del libro es el abordaje del problema desde una triple perspectiva: histórica, estética y retórica. Tal como sostiene la autora: “la obra de arte puede juzgarse en función de sus implicaciones ideológicas y, en la misma medida, las ideas políticas pueden evaluarse a partir de sus presuposiciones estéticas” (p. 25). Villalobos Álvarez se mueve con fluidez tanto en el terreno estético como en el político, a la vez que explora el arte y la política como formas persuasivas o expresiones retóricas. El uso de la retórica, como perspectiva metodológica para el análisis de los discursos y la iconografía, produce un fértil desplazamiento respecto del frecuentado debate sobre los límites y las tensiones entre historia y memoria. En este sentido, se trata de un texto que aborda un problema tradicional de los estudios sobre memoria desde un marco teórico innovador.

La estructura del libro se relaciona con este triple

abordaje. El primer capítulo, titulado “La imagen del héroe: su trayectoria”, se centra en la evolución del culto juarista a lo largo de la historia a partir de sus manifestaciones más emblemáticas. El segundo, “Retóricas sobre el héroe”, analiza una serie de discursos e imágenes a partir de tres modelos esenciales del discurso retórico: encomiástico, judicial y deliberativo. El tercero, “Juárez sublimado”, está dedicado a un problema estético al examinar las expresiones artísticas que buscan lograr un efecto de sublimación en el espectador.

El primer capítulo ofrece una mirada diacrónica del fenómeno entre 1872 y 1976 en la que se entabla un fructífero diálogo con la historia política y social del período. La figura del héroe aparece aquí como producto del contexto histórico: ¿cómo y en qué circunstancias se produjeron los discursos y objetos que veneran a Juárez? Para responder a esta pregunta la autora diferencia tres etapas: la del ritual funerario (1872-1890), la del culto cívico (1891-1910) y la del héroe indígena (1910-1976). En la primera etapa, posterior a la muerte de Juárez, se construyó el culto al héroe con su ingreso al panteón. Los funerales tuvieron un rol central en el proceso de conformación de una memoria colectiva. Tal como sostiene Sandra Gayol al describir los funerales de Estado de la

primera década del siglo xx en la Argentina, el traslado del cadáver por las calles de la ciudad era el momento en el que el muerto “pasaba al pueblo” y el público entraba en contacto con el “gran hombre”. El Estado, sostiene Gayol, tenía un rol fundamental, ya que se afianza y legitima a través de ciertos muertos y genera un sentimiento de pasado compartido e identidad común.¹ En el caso de Juárez, los homenajes luctuosos construyeron una imagen de héroe civil e inmaculado. Villalobos contrapone el culto funerario, que promovió una imagen simbólica y estereotipada del héroe, con la narrativa historiográfica centrada en el análisis y la deliberación. La segunda etapa se inició en 1891, cuando se reemplazó el culto funerario por la celebración del natalicio con un ritual más festivo y en espacios abiertos. En este caso, el contraste con la Argentina es marcado, ya que hasta el día de hoy las conmemoraciones se realizan en los aniversarios del fallecimiento de los próceres. En esta segunda etapa los usos políticos de la figura de Juárez se hacen más explícitos dado que pasa a ser tema de Estado y a estar ordenado por el oficialismo. El monumento más importante de esta segunda etapa es el Hemiciclo a Juárez.

Una hipótesis central de este primer capítulo radica en el lugar que ocupó el origen étnico del héroe en la memoria

colectiva. Hasta 1910, los componentes étnicos y sociales estaban en un segundo plano y se priorizaba el recuerdo del héroe civil. La cuestión étnica solo se hacía presente al recordarlo como un indio que logró vencer las adversidades hasta llegar a la presidencia. Para Villalobos, esta representación es producto del racismo de la época, que lo veía como un “indio sublime” que pudo remontar su origen étnico. Esto cambió en la tercera etapa (1910-1976), cuando Juárez se convirtió en símbolo de una raza oprimida. El ideario indigenista de la época hizo del origen étnico una cualidad idealizada y el héroe civil, defensor de la legalidad, devino en un indígena defensor de la igualdad y la justicia social. Para este período la autora suma nuevas fuentes, como el muralismo y el cine.

El segundo capítulo exhibe un giro en la perspectiva teórica y metodológica. Las representaciones del héroe ya no se analizan a partir del contexto histórico que las originó sino que pueden agruparse y compararse en clave retórica. En este registro se examinan las estrategias argumentativas y poéticas de los discursos y las obras para persuadir o generar adhesión. Dicho examen se realiza incluyendo fuentes que no suelen abordarse desde el punto de vista retórico, como son los casos del retrato, los monumentos o el cine. Apoyándose en la idea de que esas expresiones son centrales en la conformación de idearios políticos, la autora las divide en los tres modos del discurso retórico: el panegírico, el judicial y el deliberativo. El

panegírico es el discurso que construyó una imagen estereotipada de Juárez y que se caracteriza por excluir “el argumento complejo en pos del aforismo” (p. 94). Se trata de un discurso simple, pero eficaz, observable en poemas, monumentos, pinturas o películas. El modo retórico judicial genera juicios de valor y sentencias mediante argumentos. Este discurso da lugar a controversias y se asocia con la lucha por el poder y la propaganda política. En estos casos, la figura del héroe es manipulada para legitimar posiciones políticas del presente y por eso se trata de una visión más dicotómica y simplificada del pasado. El modo deliberativo, a diferencia de los anteriores, le da a la cognición un rol central al buscar una articulación razonada de consensos. Prioriza la argumentación por sobre la poética y tiene otra noción de temporalidad ya que no se estanca en el pasado sino que se proyecta al futuro. Una manifestación emblemática de este modo retórico es el libro de Justo Sierra, *Juárez: su obra y su tiempo* (1906), donde se problematiza la figura del héroe.

Como se indicó más arriba, en el giro metodológico que presenta el segundo capítulo –que renueva la mirada sobre el objeto de estudio– reside en gran parte la originalidad del libro. La autora destaca en este punto que su objetivo es superar una visión restrictiva de la retórica, concebida como forma de manipulación, para pensarla como un acto de persuasión. Desde esta perspectiva, se abren algunas reflexiones e interrogantes. En primer lugar, la que podría

¹ Sandra Gayol, “La celebración de los grandes hombres: funerales gloriosos y carreras post mortem en Argentina”, *Quinto Sol*, vol. 16, n° 2, julio-diciembre de 2012, pp. 1-29.

articular el discurso panegírico con una temporalidad que marca las permanencias a lo largo del siglo analizado. Al construir un estereotipo simple puede resultar más difícil reconocer las variaciones diacrónicas registradas en el primer capítulo. En segundo lugar, la tipología específica del modo judicial plantea el problema acerca de cómo diferenciar la persuasión de la manipulación. ¿Existe entre ambas una diferencia de grados o se trata de una diferencia cualitativa? Finalmente, los tres modos retóricos pueden asociarse al concepto de “usos políticos del pasado”. En todos los casos analizados se observa un uso del pasado, en función del presente o del futuro, con diferentes grados de instrumentalización. Los fragmentos que se recuperan y cómo se los recuerda están definidos por la identidad que asume un colectivo. Es decir, se seleccionan ciertos atributos del héroe para fijar identidades nacionales o políticas y en ninguna de las expresiones analizadas se hace referencia a una operación historiográfica crítica para establecer una distancia con el pasado.

El libro se cierra con un análisis de los componentes estéticos del culto a Juárez, centrado en dos obras: el mármol del Mausoleo a Juárez en el Panteón de San Fernando y la Cabeza de Juárez ubicada en una zona marginal de la Ciudad de México. Ambas se inscriben dentro de la categoría de “lo sublime”, elaborada por Immanuel Kant y Edmund Burke. En este tercer capítulo estamos ante monumentos diferentes a los analizados en el resto del libro: la figura del héroe se diluye y resulta difícil descifrar el sentido y significado que se le atribuye. Son objetos grandes e inconmensurables que involucran la idea de trascendencia y buscan conmover al espectador. El mausoleo es una obra que recurre a la práctica del simulacro para simular la presencia del héroe fallecido y de esta manera infundir sentimientos de horror y dolor en el espectador. La cabeza de Juárez, a diferencia del mausoleo, no se consolidó como un emblema de patriotismo nacional. Se trata de una obra de formas rígidas que se encuentra abandonada y

en la que la fealdad funciona como catalizador de lo sublime.

El recorrido por *El culto a Juárez*, plasmado en una narrativa clara y precisa, ofrece significativos aportes a diversos campos disciplinares, al entrelazar variados registros y metodologías. Representa, además, una valiosa contribución para la historiografía mexicana como asimismo para las desarrolladas en otras latitudes. En este sentido, la obra de Rebeca Villalobos Álvarez lleva a pensar en proyectos de largo aliento, de carácter comparativo, sobre los diversos cultos que se construyeron en torno a los héroes en América Latina. Proyecciones que revisten importancia no solo en el espacio académico sino también en el terreno cívico. En un contexto en el que México celebra el Bicentenario de la culminación de la independencia, el libro invita a tener una mirada crítica en torno al culto de sus héroes patrios.

Camila Perochena
Universidad Torcuato
Di Tella

José Carlos Mariátegui,
Antología, editada por Martín Bergel,
Buenos Aires, Siglo XXI, 2021, 344 páginas

Martín Bergel publica una antología de las obras de José Carlos Mariátegui (1894-1930) que además es una propuesta de lectura tras una veta inadvertida en el corpus mariateguiano y, por ello, también un criterio verosímil para organizar la edición de sus obras. Bergel plantea que la producción del pensador y periodista es una manifestación de sus “deseos cosmopolitas”, como los entiende Mariano Siskind en *Deseos cosmopolitas*.¹ Es decir que Mariátegui, en sus trabajos como “diarista”, cronista, conferencista y ensayista entendía como cierta la horizontalidad de jerarquías entre los espacios de enunciación globales y aquellos que él animaba desde el Perú de los años ‘20, y se desempeñaba como si, en efecto, estuviera inscrito en ellos. No obstante, “El corolario de esa actitud es que, en términos de modernización cultural y *aggiornamento* político-intelectual, su postura resultó más fértil que la de quienes se contentan con quejarse o denunciar las asimetrías geopolíticas o culturales” (p. 35).

El prólogo de Bergel, “José Carlos Mariátegui: un socialista cosmopolita”, es una relectura

de episodios de la biografía e intervenciones críticas de Mariátegui. Su propósito es identificar los momentos y los modos en que operó en él la certeza de pertenecer a la misma circulación intelectual internacional, y, por ello, escribió de acuerdo con tales desafíos. Y, aunque la impronta cosmopolita en Mariátegui ha merecido varios estudios en el pasado, Bergel precisa que se trata de un tema de interés secundario respecto de las reflexiones sobre la formulación de un socialismo nacionalista, considerado el programa de investigación más audaz del intelectual peruano. Por el contrario, aquí se invierten los énfasis y sus deseos cosmopolitas no solo definen un área de su trabajo, sino que son ubicuos en el corpus mariateguiano, e impulsan incluso el proyecto de un socialismo nacionalista si se los entiende a partir de la definición de Siskind. Para probarlo, Bergel apela al primer número de *Amauta*, la famosa revista que Mariátegui dirigió y que tenía por unas de sus misiones principales la reflexión peruanista: “Estudiaremos todos los grandes movimientos de renovación: políticos, filosóficos, artísticos, literarios, científicos. Todo lo humano es nuestro” (p. 12). Para su relectura, Mariátegui declara aquí la inscripción raigal de los

deseos cosmopolitas incluso en su exploración nacionalista.

No obstante, aunque lo identifique y estudie en algunas citas clásicas de su autor, si Bergel plantea tal deseo como clave para una relectura de la totalidad del corpus mariateguiano, requiere describir su funcionamiento con más detalle para conocer sus alcances y limitaciones. Fundándose en tales necesidades, revisa con cierto detalle la biografía de Mariátegui para identificar y examinar el inicio, el progreso y los logros de sus deseos cosmopolitas. Por ello, Bergel subraya las conexiones entre la experiencia laboral del que fue un joven bohemio de los años ‘10 y también el experimentado polemista y director de la revista *Amauta* a fines de los años ‘20. Así, desde muy joven, como refirió muchas veces él mismo, Mariátegui tuvo por oficio recoger los despachos del telégrafo y luego del cable antes de desempeñarse como cronista y columnista (p. 15). En ello se funda, para Bergel, su entusiasmo temprano por las telecomunicaciones, sus “abastecedoras de materiales contemporáneos”, y, a largo plazo, el que asuma con facilidad que ellas habilitan una conversación veloz y horizontal entre muchísimas tribunas intelectuales del mundo. Abunda en esta dirección la estadía de Mariátegui en Italia, en 1923, por motivos políticos,

¹ Mariano Siskind, *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, Buenos Aires, FCE, 2016, 378 páginas.

donde estudia *in situ*, fascinado, las culturas y las políticas cosmopolitas europeas y se inicia disciplinadamente en el marxismo.

Por eso, cuando emprende su fundamentación marxista del nacionalismo peruano, siendo director de *Amauta*, la convicción de Mariátegui en la circulación global de la conversación intelectual es firme y, de inmediato, opera como premisa de esa, su reflexión más ambiciosa. Para probarlo, Bergel relee algunos pasajes clásicos del análisis marxista emblemático de Mariátegui y libro insignia del socialismo peruano, los 7 *ensayos de interpretación de la realidad peruana*,² a fin de subrayar el mérito de su aproximación marxista antes que sus conclusiones sobre la vida nacional (p. 26). Si bien concuerda en que facilita información sobre el Perú de la mayor utilidad en términos de economía, propiedad, régimen de la población indígena, etc., para Bergel el logro de los 7 *ensayos* reside en que pone a prueba, y con éxito, la notable recursividad del análisis marxista. Gracias a él, Mariátegui logra repensar viejos planteamientos e innumerables problemas de la sociedad peruana desde una perspectiva histórica y económica y ofrecer originales y razonables soluciones para ellos.

Además, esa convicción cosmopolita no solo tuvo consecuencias metodológicas, sino también conceptuales.

Mariátegui, recurriendo a su visión de la geopolítica global de principios del siglo xx, rediseña los territorios del nacionalismo: ya no se trata de un movimiento político local, sino que se vuelve uno de los muchos centros de activación de una única revolución mundial. Declara en los 7 *ensayos*: “el nacionalismo que en las naciones de Europa tiene forzosamente objetivos imperialistas y, por ende, reaccionarios, en las naciones coloniales o semicoloniales adquiere una función revolucionaria”. Es decir, reconfigura la noción central de cualquier programa nacionalista: la idea misma de nacionalismo. A esta singular estrategia de reformulación de una idea en términos internacionales, Bergel la denomina *socialismo cosmopolita*. La define como la “vocación antiparticularista” de Mariátegui, que le hace pensar cualquier aplicación focalizada del análisis marxista o del programa socialista local en las dinámicas de una “época irremisiblemente mundial” (pp. 13-14).

A continuación, el prólogo de Bergel relee los últimos años de vida de Mariátegui, plenamente enmarcados en un socialismo cosmopolita. De ellos proviene el ejemplo más ilustrativo de los efectos de los deseos cosmopolitas en su obra. A fines de la década de los '20, Mariátegui ya actúa con pleno convencimiento de sus posibilidades como interlocutor intelectual global y de que sus propuestas, por la velocidad de las telecomunicaciones, pueden circular y ser debatidas por las más diversas comunidades

intelectuales. Con tales premisas en mente, Bergel relee la polémica que planteó al político belga Henri de Man (1885-1953) en la revista *Amauta*. Entre 1928 y 1929, Mariátegui reunió, perfeccionó y publicó ahí su serie de refutaciones al autor belga, aparecidas anteriormente en sus columnas de los semanarios *Mundial* y *Variedades*. Con la publicación en *Amauta*, les daba acceso a la circulación intelectual latinoamericana, que la favorecía más que a otras revistas limeñas, y que incluía a un considerable número de corresponsales en Europa y los Estados Unidos. Si se atiende a las provocaciones que colocó en la introducción y el volumen de lecturas que suponía su investigación, Mariátegui busca una primera respuesta rápida y luego una polémica de largo aliento con De Man. Primero arremete contra su talla intelectual: el belga se insinúa como un pensador de valor en sus escritos, pero su trabajo, más bien, lo contradice. Mariátegui, en cambio, demuestra su autoridad para esa discusión: alude a los objetores contemporáneos de Marx, y comenta sus argumentos, y luego hace lo mismo con los pensadores que defienden la vigencia del marxismo y se reclaman sus continuadores (pp. 133-134). A continuación, empieza propiamente la refutación a partir del variado cuerpo argumentativo con el que explica la vigencia de las ideas de Marx, y cuyas premisas provienen de variadas disciplinas: historia, política internacional, economía,

² José Carlos Mariátegui, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Amauta, 1928, 264 páginas.

filosofía, etc. Cuando la serie termina de publicarse en *Amauta*, Mariátegui ya ha decidido reimprimirla como la sección principal de su futuro libro *Defensa del marxismo*.³

Pero, tal como lo establece Bergel, tanto esa investigación como las publicaciones nunca cumplieron su objetivo real: provocar la réplica de De Man. Es decir, como invitación a la polémica, los textos fueron un fracaso porque partían de convicciones ilusorias. En el caso de Mariátegui, la suposición de que la conversación intelectual mundial se había vuelto una, horizontal y solidaria por el progreso de las telecomunicaciones, cuando era, más bien, exclusivista porque reproducía el comportamiento de las élites intelectuales locales que la componían. Pero, por otro lado, seguir sus deseos cosmopolitas también lo había impulsado a emprender una investigación que superaba visiblemente el nivel de exigencia de las prácticas intelectuales en Lima y añadía nuevos méritos a su propio trabajo. Así, es la primera investigación moderna sobre el pensamiento marxista del Perú y una de las primeras de Latinoamérica, y le permite a Mariátegui formular una reflexión marxista auténticamente de vanguardia. Específicamente, en la

refutación de De Man, se interesa por el concepto de “mito revolucionario” del francés Georges Sorel (1847-1922) y lo vuelve operativo para su programa socialista (p. 32). De aquí proviene uno de los rasgos más característicos del programa político que después se conoce como mariáteguismo.

Finalmente, Bergel presenta su criterio para editar los textos de Mariátegui en la última parte del prólogo, y lo hace con fidelidad a su propósito de visibilizar la operatividad de los deseos cosmopolitas en la progresión de la trayectoria intelectual del peruano. Por eso, prefiere partir de un corpus definido estrictamente por la voluntad autoral (p. 25). Pero, como luego precisa, no existe aún uno así porque incluso las ediciones más confiables, la de los herederos de Mariátegui, formularon o replantearon sus publicaciones según el principio de la afinidad temática. Por ello, decide acudir, como paso preliminar, a la documentación depositada en el Archivo José Carlos Mariátegui, la institución que dispone del mayor número de escritos originales. Consultándolos, consigue los contenidos de los cuatro volúmenes recopilatorios que Mariátegui alcanzó a planificar en vida: *La escena contemporánea*, *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*, *El alma matinal* y *Defensa del Marxismo*. Luego, a fin de publicar segmentos de ellos

que sean representativos, selecciona sus respectivas secciones principales, tal como quedaron después de revisar que todos los escritos fueran versiones fidedignas de los originales. Así Bergel obtiene –además de la edición rigurosa de una parte de la obra de Mariátegui– una inobjetable continuidad de escritura “socialista cosmopolita”, cuya coherencia redundante en favor de la propuesta de relectura del prólogo.

Por último, añade a las cuatro secciones así determinadas una quinta, que consiste en la selección de los escritos sobre los que Mariátegui no expresó voluntad, provenientes en su mayoría de los libros organizados por sus herederos bajo el principio de afinidad temática. Sus formatos variados sintetizan con acierto más de veinte años de actividad intelectual y tienen por denominador común temas referidos a una circulación global de la información, de las ideas, de las nuevas tecnologías, de las transformaciones sociales y económicas, una convicción que se comprueba intensa e inagotable. Bergel los titula “Socialismo cosmopolita” y contiene desde las crónicas del joven Mariátegui hasta su columna final cuando dirigía *Amauta* en enero de 1930.

Alexis Iparraguirre
City University of New York

³ José Carlos Mariátegui, *Defensa del marxismo*, Lima, Amauta, 1959, 155 páginas.

Vania Markarian,
Universidad, revolución y dólares. Dos estudios sobre la Guerra Fría cultural en Uruguay durante los Sesenta,
Montevideo, Penguin Random House, 2020, 262 páginas

Universidad, revolución y dólares pone en relación, con mucha originalidad, como sugieren las palabras clave del título, tres ejes temáticos escasamente asociados el uno con el otro en el debate historiográfico actual. Las preguntas orientadoras del volumen son: ¿Cómo se financia la actividad científica en un país como Uruguay? ¿Qué ocurre cuando se acepta dinero de gobiernos extranjeros y de organizaciones internacionales para impulsar esas actividades? ¿Y qué sucede si se rechaza? Sobre este primer conjunto problemático, la financiación de distintos campos del saber en contextos latinoamericanos por parte de países ‘otros’, cabe destacar que se está abriendo, afortunadamente, una corriente de estudios relativamente pioneros, como los de Fernando Quesada.¹ La autora muestra un conocimiento sólido, que utiliza todos los posibles matices interpretativos de las dinámicas sociales, políticas, intelectuales (y financieras) de Norteamérica.

Vania Markarian es una historiadora ya bien conocida en el panorama tanto latinoamericano (actualmente es presidenta de la Asociación Uruguaya de Historiadores) como estadounidense. Doctora por la Columbia University, ha trabajado como *visiting professor* por la misma Universidad y por Princeton. Sus estudios –entre ellos *Idos y recién llegados: La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos (1967-1984)*– han tenido ya traducción y amplia circulación en el mundo anglosajón.

Otro importante eje temático se relaciona con el nexo entre procesos modernizadores impulsados por agentes extranjeros y dinámicas políticas locales. Destacan, en este sentido, las siguientes preguntas: ¿Qué opinaron los universitarios sobre esos temas en los años sesenta del siglo pasado? ¿Qué opciones tenían? ¿De quién aceptaron dinero y para qué lo usaron? ¿Se puede hacer ciencia en tiempos de radicalización política? ¿Qué tuvo que ver todo esto con la fundación del Frente Amplio?

El tema de la radicalización política y la formación de estrategias partidarias en el ámbito nacional, en el marco cronológico de los sesenta, se presenta como un campo de estudios en el que la autora ya

ha trabajado en profundidad.² En este sentido, Vania Markarian inscribe su trabajo dentro de una serie de otros estudios que han propuesto el análisis de la “guerra fría cultural” en América Latina como mucho más que un fenómeno unidireccional, de exportación estadounidense. Esto es, la reflexión sobre cómo determinados sujetos sociales latinoamericanos recibieron, transformaron, volvieron a elaborar determinados procesos impulsados desde el extranjero³

² Vania Markarian, *El 68 uruguayo: El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2012; traducido al inglés como *Uruguay, 1968: Student Activism from Global Counterculture to Molotov Cocktails*, Berkeley, University of California Press, 2016.

³ Para un ejemplo de este tipo de análisis, véase el temprano estudio compilado por Benedetta Calandra y Marina Franco (eds.), *La guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2012: “¿Qué fue la ‘guerra fría cultural’ en América Latina? Por facilidad analítica –y de manera absolutamente provisional– con esta expresión se podría aludir a una densa red de actores, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural [...] y en el marco cronológico de la Guerra fría contribuyeron de manera esencial a la exportación del American Way of Life en el subcontinente, incluyendo las múltiples formas de su recepción y reelaboración a nivel local. Sobre este último aspecto, es importante recordar que las llamadas ‘zonas de contacto’ transnacionales [...], donde ‘el poder del Estado se ejerce mediante una serie de

¹ Fernando Quesada, *La universidad desconocida. El convenio Universidad de Chile-Universidad de California y la Fundación Ford*, Mendoza, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, 2015.

—cuando no solicitados directamente por actores latinoamericanos por exigencias internas—. Avanza en este sentido también la historiografía latinoamericanista europea.⁴

Entre las fuentes utilizadas, destacan varios repositorios documentales, examinados con la sutileza metodológica que la autora (responsable del Área de Investigación Histórica del Archivo General de la República de Uruguay) muestra en cada pasaje analítico; entre ellos, el Archivo general de la Universidad de la República en Montevideo, los NARA en Washington D.C., los *Cultural Freedom Records* de la

representaciones, sistemas simbólicos y nuevas tecnologías, a través de las redes de negocios y comunicaciones de las industrias culturales' [...], no son solo lugares de recepción pasiva de determinadas políticas hegemónicas. Más bien, como subraya Mary Louise Pratt, estas zonas representan al mismo tiempo 'ámbitos de una multiplicidad de voces, de negociación, préstamo e intercambio'" (p. 11).

⁴ Véase por ejemplo el ensayo de Maria Rosaria Stabili, "I 'Chicago Boys' e le origini delle politiche neoliberiste in Cile", *Ricerche di storia politica, Quadrimestrale dell'Associazione per le ricerche di storia politica*, 1, 2021, pp. 29-40 (número especial monográfico *I nodi della modernità. Stati Uniti e America Latina tra New Deal e Guerra Fredda* (Matteo Battistini y Benedetta Calandra, eds.). En este artículo, revirtiendo los paradigmas historiográficos corrientes, se focaliza la atención sobre las instancias *locales* de modernización y desarrollo que algunos actores de la sociedad chilena presentaron a las instituciones norteamericanas, pidiendo activamente su cooperación y asesoría.

Universidad de Chicago; además, aparecen publicaciones periódicas francesas y uruguayas, discos y películas.

El texto está dividido en dos bloques temáticos, según el ámbito disciplinario examinado. La primera parte está focalizada alrededor de las ciencias básicas en la Facultad de Ingeniería y analiza principalmente el rol de los "ingenieros reformistas" además de la interacción con los estudiantes. En la segunda, se profundizan, a través de la "lupa" de las ciencias sociales, algunos conjuntos problemáticos tan delicados como controvertidos; uno entre ellos: la oportunidad, los vínculos, los posibles "efectos colaterales" en la recepción de fondos extranjeros y aun más el clima de sospecha debido a la polarización política dictada por las tensiones del mundo bipolar. Quizás entre los posibles ejemplos, además del controvertido rol del Congreso por la Libertad de la Cultura,⁵ de gran interés, son las polémicas desarrolladas alrededor del Plan Camelot. Este escándalo internacional puso para la inteligencia

⁵ Un trabajo seminal al respecto en Patrick Iber, "El imperialismo de la libertad: El Congreso por la libertad de la Cultura en América Latina, 1953-1971", en Benedetta Calandra y Marina Franco, *La guerra fría cultural en América Latina*, pp. 117-132. Y véase en especial Patrick Iber, *Neither Peace nor Freedom: The Cultural Cold War in Latin America*, Cambridge, Harvard University Press, 2015.

uruguaya la "disyuntiva moral que obligaba a hacer de la sociología un instrumento de cambio social" unida al pesimismo del control social, que llevó a algunos científicos hasta a denunciar "una nueva agencia de inteligencia dedicada a los problemas sociales de los pueblos neocoloniales, con la misión de coleccionar información y proponer líneas contrarrevolucionarias" (p. 187). Además, influyó de manera determinante en las discusiones contemporáneas sobre la débil institucionalización de esos campos de estudio en el Uruguay de aquel entonces (p. 223).

Finalmente —asunto relevante para las instituciones del conocimiento— se analiza el profundo quiebre entre las expectativas, las esperanzas, las ambiciones (a veces utópicas) de determinados grupos de intelectuales frente a los logros concretos que efectivamente pudieron llevarse a cabo en sus respectivas instituciones. El campo de las proyecciones imaginarias, y eventualmente de sus fracasos, durante la colosal batalla de "corazones y mentes" capilarmente difundida durante el conflicto bipolar, indica un sendero investigativo, extremadamente estimulante para el porvenir, del que todavía tenemos mucho que aprender.

Benedetta Calandra
Università di Bergamo

Eric Zolov,
The Last Good Neighbor. México in the Global Sixties,
Duke University Press, Durham y Londres, 2020, 424 páginas

Hacia finales de 1960, cuenta Eric Zolov hacia la mitad de su libro *El último Buen vecino*, “un amplio movimiento de izquierda en defensa de la Revolución Cubana y crítico de la ‘muerte’ de la Revolución Mexicana se consolidó alrededor del liderazgo político de Lázaro Cárdenas”. El viejo caudillo mexicano, símbolo del momento más radical de la revolución dos décadas atrás, proyectaba ahora su sombra imponente sobre sus herederos. En particular, sobre el presidente Adolfo López Mateos y su intento de navegar las aguas turbulentas de conflictos domésticos y globales radicalizados al calor de la guerra fría a partir de moderar los conflictos inevitablemente crecientes de la región con los Estados Unidos. Quizá por eso mismo, mirada de cerca, en los contornos de la sombra del pasado mexicano se dibujaban la barba y los fusiles de un presente definitivamente caribeño.

Aquella frase de Zolov es una de las tantas que sintetiza el enorme esfuerzo analítico de *El último buen vecino*: un intento por comprender la relación entre las transformaciones domésticas mexicanas con la radicalización política de América Latina, acelerada tras la Revolución Cubana, la confrontación ideológica global impuesta por la guerra fría y la violenta intervención de los Estados

Unidos en conflictos sobre la democratización social y política de la región. En el medio de eso, México y su extensa presencia internacional.

El “sexenio” de López Mateos, entre 1958 y 1964, ocurre durante uno de los más convulsionados en la historia de América Latina. Una forma de leer el libro de Zolov es como el doble intento de analizar la relación entre los cambios domésticos y globales durante ese período y de demostrar las cualidades con las que López Mateos logra timonear el barco mexicano en medio de esa tormenta para mantener el peso que tuvo el país en la política mundial cuanto menos desde la revolución de 1910.

El resultado de ese reacomodamiento es en parte la osificación de la revolución mexicana hacia adentro y su desplazamiento de su lugar como faro en el horizonte transformador de América Latina. Con cierto éxito, López Mateos busca prolongar las relaciones especiales con los Estados Unidos a partir de convertirse en su interlocutor confiable en la región y entre los países en vías de desarrollo en general. Con el movimiento de países no alineados y la conferencia de Bandung de 1955, con la Revolución Cubana de 1959, la exhibición de la Unión Soviética en México DF durante ese mismo año y con el congreso latinoamericano por la paz

organizado por México un año después, incluso ante la más radicalizada conferencia de los países no alineados de 1964, la diplomacia mexicana construye su versión del neutralismo, pero al mismo tiempo sucumbe ante su propio éxito. En esos y otros ámbitos, México se esfuerza por desarrollar una crítica moderada a los Estados Unidos y a la forma en la que el anticomunismo recubre su creciente intervencionismo en la región en favor del orden y en contra de los movimientos –comunistas o no– que buscan una expansión de la ciudadanía económica y política.

Pero como bien señala Zolov en un tramo clave de su trabajo, esa crítica a los Estados Unidos se mantiene siempre atada a una correa corta. Es Gustavo Díaz Ordaz –el sucesor designado por López Mateos– quien lo expone con mayor claridad ante Lyndon Johnson, al asegurarle que, como en la crisis de los misiles de 1962, “‘en una confrontación’, los intereses de México ‘serían paralelos’ a los de los Estados Unidos”. Para que México pudiera cumplir con ese rol, los Estados Unidos estaban dispuestos a “permitir ‘diferencias’ de intereses” cuando lo que estuviera en juego fuera relativamente pequeño. “Esto podía crear roces puntuales, pero el beneficio para los Estados Unidos sería que México fuera confiable para la región,

mostrando que América Latina ‘de hecho es independiente’, sabiendo que esa independencia llegaría rigurosamente a su fin cuando estuviera en juego algo significativo”. Hacia los movimientos revolucionarios que empiezan a tomar forma en la región, López Mateos se muestra más contenedor que entusiasta. Como señala un diplomático británico, el “grado de independencia” que México buscaba respecto de los Estados Unidos se tornaba así en un recurso de los mismos Estados Unidos para contener la creciente oposición que su intervención generó en el mundo durante la guerra fría.

El último buen vecino se une así a una serie de trabajos que revisan hoy la historia mexicana desde una perspectiva transnacional. Los estudios transnacionales han estado siempre en el centro de la historiografía del país, pero en las últimas décadas, varios historiadores desarrollaron una mirada renovada a viejos y nuevos documentos, con marcos teóricos más amplios que el de la historia diplomática tradicional y con mayor atención a transformaciones sociales y políticas que ocurren lejos de las embajadas. Sebastián Rivera Mir, por ejemplo, utiliza esos recursos brillantemente en *Militantes de la Izquierda Latinoamericana*, donde analiza el lugar de México en el armado temprano de movimientos regionales entre 1920 y 1934: Zolov recuerda que en los años ’60 México DF parecía “un laberinto de espionaje, una ciudad de intrigas como Viena o Casablanca”; la figura retórica ilumina también los tiempos anteriores a la guerra

fría. En *Neither Peace nor Freedom* –del que se nutre en parte el trabajo de Zolov– Patrick Iber dilucida el campo cultural latinoamericano en una serie de espacios alternativamente sponsorados por los Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba. México tiene en esos espacios un lugar destacado. El reciente libro de Christy Thornton, *Revolution in Development*, es una disección del lugar dominante que tuvo México en la creación y desarrollo de las instituciones económicas y financieras internacionales de posguerra.

El de Zolov suma a esta camada un recorrido fascinante por la élite política mexicana de posguerra y su articulación con las transformaciones globales de los años ’60. Sus hallazgos son más analíticos que metodológicos. En *El último buen vecino* no hay tanta historia social ni recuperación de voces perdidas, y más allá de algunas fuentes primarias verdaderamente novedosas, el libro se sostiene como una gran historia política a la vieja usanza, con hombres (masculinos) tomando decisiones desde lugares de poder desde los cuales aspiran a producir cambios significativos en los destinos de la región. Ese marco más “tradicional” quizá pudo ser más aprovechado para conectar la historia política del país con la política económica de la época, que desaparece casi por completo en el relato de Zolov. Los trabajadores reciben su llegada al poder con una serie de huelgas, y resulta imposible determinar en el libro la situación económica en la que se produce esta ola de conflictos, ni el poder

adquisitivo de los trabajadores ni el estatus del Estado de Bienestar. Del mismo modo, los movimientos de la diplomacia mexicana en conversación permanente con los Estados Unidos, Cuba y la Unión Soviética parecen (improbablemente) autónomos de la fuerte iniciativa que México desarrollaba en ese mismo momento en los foros económicos de todo el mundo.

Los ocho capítulos del libro están organizados cronológicamente desde el comienzo de la presidencia de López Mateos hasta la de su sucesor, Díaz Ordaz. Pero esa cronología se superpone de manera casi perfecta con una transformación política que es el verdadero arco narrativo del libro: mientras América Latina y el mundo en desarrollo se radicalizan hacia posiciones cada vez más enfrentadas con los Estados Unidos, México busca un espacio cada vez más estrecho como interlocutor entre su vecino poderoso y países que vieron en su revolución una inspiración para ideas sociales y antiimperialistas que México mismo ahora busca moderar. Hacia 1964, el movimiento de los países no alineados reflejaba esa incompatibilidad. Los organizadores de una “Segunda Bandung”, como se llamaba a la continuación de la conferencia de 1955 de países asiáticos y africanos, reunía ahora a líderes de nuevos estados poscoloniales (en 1960 se sumaron 16 nuevos países africanos a las Naciones Unidas) con un objetivo que ya “no era la reforma de las instituciones globales sino su abolición”. En la diplomacia mexicana, en cambio, la expresión “coexistencia pacífica” que la Unión Soviética

había promovido como espacio de acumulación internacional se transforma en el pincel con el cual borrar la idea de “emancipación” que se impone entre los vecinos de México desde Cuba hacia el sur.

Puertas adentro del país, López Mateos parece casi siempre descripto como alguien que lucha contra la herencia revolucionaria más radicalizada de la revolución. En el México de posguerra, esa herencia tiene nombre y apellido: Lázaro Cárdenas. Frente a quienes describen a Cárdenas como “una amenaza directa a López Mateos y la legitimidad del PRI”, Zolov busca presentar a un Cárdenas “en permanente comunicación con López Mateos y respetando su autoridad repetidamente”. El resultado, sin embargo, es el de una omnipresencia del expresidente que termina por opacar el protagonismo de López Mateos, que el autor busca, de alguna manera, rescatar. Nada parece escapar a la sombra del viejo líder. Cárdenas como inspiración del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) que buscó una radicalización por izquierda de la revolución mexicana; Cárdenas haciendo campaña

por la reforma agraria en Cuba; Cárdenas recibiendo el premio José Stalin “en un auditorio repleto” frente al cual “denunció la caída de la política del buen vecino”; Cárdenas el que inicia en 1958 una gira que va desde los Estados Unidos a China y desde Europa occidental a la Unión Soviética, haciendo un delicado bordado entre la “coexistencia pacífica” por que abogaba México y el “ardor del nacionalismo revolucionario” que él mismo representaba; Cárdenas como figura que concentraba la nostalgia por el México revolucionario de los años ’40; Cárdenas reivindicado como “la esperanza de América Latina” y “el Bolívar de nuestro tiempo” tras su rol en la Conferencia Latinoamericana por la paz de 1961; Cárdenas como el que apoya las huelgas que se levantan al comienzo del mandato de López Mateos; pero también Cárdenas “menos como un antagonista del régimen que como un agente de cohesión e interlocutor”, una “fuerza de estabilización en un contexto de polarización doméstica”.

El peso de la figura de Cárdenas no es solo nostálgico. O en todo caso, es el de una

nostalgia productiva y generadora de nuevos consensos para un momento que no es 1938 –el punto más alto de su presidencia con la expropiación de las compañías petroleras–, pero que presenta quizás más claro que otrora el horizonte de la construcción de sociedades más justas mediante la violencia política. Ese no es, claramente, el camino que seguirá México. López Mateos designa como su sucesor a Díaz Ordaz, algo así como lo opuesto a Cárdenas en todos los sentidos imaginables: un candidato que carece de todo carisma personal, cuyo nombre no tracciona las ideas más vibrantes de la revolución y cuyo anticomunismo proveerá el marco para el período más represivo del PRI. La independencia de López Mateos respecto de Cárdenas, en ese sentido, es parecida al destino mismo de México: puede considerarse como una victoria pírrica cuyos costos pagará la revolución en las décadas siguientes.

Ernesto Semán
Universidad de Bergen

Flavia Fiorucci y José Bustamante Vismara (eds.),
Palabras claves en la historia de la educación argentina,
Buenos Aires, Unipe, 2019, 315 páginas

Palabras claves en la historia de la educación argentina, editado por Flavia Fiorucci y José Bustamante Vismara, se inscribe en el género de los libros organizados como una sucesión de voces en orden alfabético, comúnmente llamados diccionarios. Este género suele reunir a múltiples especialistas para condensar gran cantidad de información en pocas palabras, con cierta profundidad analítica, sobre un campo de conocimiento. Lo fructífero del género para obras de historia, una disciplina contada generalmente en forma narrativa, se puede apreciar en los dos tomos del *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, coordinados por Javier Fernández Sebastián (2009, 2014), el *Dictionnaire des concepts nomades en Sciences Humaines* editado por Olivier Christin (2010, 2016), y, específicamente en la historia de la educación, el *Historisches Wörterbuch der Pädagogik*, coordinado por Dietrich Brenner y Jürgen Oelkers (2010), el *Diccionario de historia de la educación en México*, coordinado por Luz Elena Galván (2002)¹ y el *Dictionary of Educational History in Australia and New*

Zealand, obra en línea iniciada en 2013.²

La obra no se titula “Diccionario” sino “Palabras claves”, con lo que sus editores dan la idea de que la selección de palabras no pretende ser exhaustiva –solo las palabras que consideran “clave”– y que su tratamiento no será tan estandarizado como sugiere el signifiante diccionario. Las voces son de extensión y profundidad variable, deliberadamente se excluyen entradas biográficas y la selección incluye solo temáticas de la educación elemental. Los editores afirman que sus principales fuentes de inspiración para la obra fueron *Keywords: A Vocabulary of Culture and Society* de Raymond Williams (1976, 1983), de donde tomaron el título, y *Términos críticos de sociología de la cultura*, de Carlos Altamirano (2002). También reconocen influencia del *Dictionary of Educational History in Australia and New Zealand*, un diccionario cuya peculiaridad es que fusiona en un solo índice, con hipervínculos, las entradas para ensayos a profundidad (*entries*) con las palabras que denotan cosas, temas y personas mencionados en ellos (*keywords*), lo que permite distintos tipos de consultas.

En realidad, el libro no se parece mucho a *Keywords* ni a *Términos críticos*: no pretende rastrear cambios en los usos de las palabras comunes de la historia de la educación ni se propone explicar las categorías analíticas del campo como hace el segundo. Tampoco es un diccionario de conceptos, pues las “palabras claves” elegidas tienen distinto grado de especificidad. Más bien, a mi juicio, se trata de un útil vademécum, un compendio fácil de usar y de transportar (etimológicamente, “vademécum” remite a la expresión “ven conmigo”) de datos y temas de la educación argentina tratados en perspectiva histórica. Es un libro que pretende mostrar la historicidad de los problemas, los dispositivos, las instituciones, y la normatividad de la educación básica en la Argentina. Se parece más al *Dictionary of the Educational History in Australia and New Zealand* en el hecho de que la mayoría de sus entradas son palabras tomadas de los propios procesos educativos y no construcciones analíticas sobre ellos.

Fiorucci y Bustamante son historiadores, miembros del Conicet, adscritos al Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes y al Departamento de Historia la Universidad Nacional de Mar del Plata respectivamente. Muy

¹ Disponible en <<https://www.unam.mx/recursos/82839-diccionario-de-la-historia-de-la-educacion-en-mexico>>

² Disponible en <<http://dehanz.net.au>>

meritoria es su capacidad de reunir a 60 historiadores, sociólogos, antropólogos y expertos en ciencias de la educación para escribir las 67 voces que componen la obra. Se puede mencionar a Carlos Suasnábar, Pablo Pineau, Myriam Southwell, Sandra Carli, Nicolás Arata, Mariano Narodowski, Inés Dussel, Lucía Lionetti, Laura Graciela Rodríguez, Luis Garcés, Pablo Scharagrodsky, Lidia Rodríguez y Héctor R. Cucuzza, entre muchos otros.

La mayoría de las “palabras claves” son temas que han atravesado la educación argentina durante el último siglo y medio: entre otras, “Estado y educación”, “educación rural”, “analfabetismo”, “currículum”, “trabajo y educación”, “normalismo”, “juego”, “estadística”, “laicismo y educación católica”, “educación física”, “violencia y escuela”, “educación sexual”. Otras, como “prensa”, “editoriales”, “archivo” y “organismos multilaterales”, se aplican específicamente a su relación con lo educativo. Otras voces designan a sujetos de los procesos de la educación –“director”, “auxiliares”, “inspectores”, “preceptor, maestro, docente”, “Ministerio y ministros de la educación”– o a dispositivos de las instituciones escolares –“cooperadora”, “sumario”, “biblioteca” “tecnología escolar”, “textos escolares”–. Algunas entradas son categorías más abstractas desde las cuales se mira la educación –“alteridad”, “cuerpo”, “tiempo y escuela”, “género”– mientras que otras son ensayos reflexivos del campo disciplinario, como

“pedagogía y ciencias de la educación” o “historia de la educación”. Algunas voces, como “escolarización”, tienen una mayor profundidad teórica; otras, una mayor densidad histórica, como “ciudadanía”, “escuela pública”, “infancia” o “normalismo”. Hay entradas que tienen un carácter aclaratorio muy útil por lo compendioso: “legislación”, “burocracia educativa” y “modalidades de escuelas”, entre otras. De manera inevitable, los contenidos de las distintas voces a menudo se solapan entre sí: “cooperadora” con “familias, escuelas y Estado”, o esta última con “Estado y educación” y con “educación privada”; asimismo, “laicismo y educación” se relaciona con “educación confesional” y con “minorías religiosas”, y “fotografía” lo hace con “representaciones de la escuela”. Hubiera convenido hacer referencias entre las entradas que están relacionadas para enriquecer la lectura y evitar las repeticiones excesivas.

En términos de la selección y el contenido de las voces, *Palabras claves* es un indicador del estado del arte de la historiografía de la educación argentina. Al tiempo que muestra la diversidad de enfoques y temáticas que se han desarrollado en este campo en los últimos tiempos, con entradas que tienen que ver con género, alteridad, educación indígena, educación de adultos, cuerpo, arquitectura y fotografía escolar, también muestra algunas de sus persistencias dominantes. Con notables excepciones (“Preceptor, maestro, docente”), en el libro predomina la noción

de que la historia de la educación argentina inicia con la fundación del sistema educativo nacional en la Ley N° 1420 del año 1884 (con el antecedente de la gestión de Sarmiento en el Departamento de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires en la década de 1850). En relación con esa primera premisa, prevalece el estatocentrismo –la educación es vista como algo “inherente al Estado”– (p. 157). Pese a que hay entradas para “educación privada”, “educación confesional” y “familias, escuelas y Estado”, en la obra predomina la noción de que no hay historia de la educación posible fuera del análisis de las disposiciones estatales y sus implicaciones. Semejante estatocentrismo, que es común pero no exclusivo en la historia de la educación en general, explica porqué hay tan pocas entradas sobre la historia social de la educación, la historia material de la escuela o la de la formación fuera de la escuela. Con excepción de “textos escolares”, “tiempo escolar”, “tecnología escolar” y “vestimenta” (los tres últimos escritos por la misma autora, Inés Dussel), no hay entradas para eso que ha estructurado la vida de los niños durante al menos dos siglos en su experiencia educativa, como serían, por ejemplo, “patio”, “pizarrón” (estas dos aparecen mencionadas como ejemplos en “Tecnología escolar”), “grado”, “pupitre”, “recreo”, “exámenes”, “memorización”, “cuaderno”, “castigo” (el castigo es apenas mencionado en “violencia”). La entrada “juego” se refiere a las prescripciones y teorizaciones sobre el juego y no a aquello

que jugaban los niños en el pasado.

Del estatocentrismo deriva la centralidad que tienen las leyes en esta historia de la educación argentina: la Ley N° 463 de Subvenciones Nacionales (1871) que daba asistencia a las provincias para promover la expansión de la educación primaria, la Ley N° 1420 de Educación Común de 1884 que establecía la enseñanza pública, obligatoria, gratuita y laica en Buenos Aires y en los Territorios Nacionales, y la Ley N° 4874 (Láinez) de 1905 que permitía a la nación fundar escuelas nacionales en las provincias son las principales protagonistas del libro. Asimismo, hay un centralismo en esta historia de la educación que apenas considera que lo que ocurría en las provincias podría tener tiempos, ritmos, resistencias y desarrollos propios, o que preste atención a los conflictos jurisdiccionales entre las normas nacionales y las provinciales. Excepciones notables son las voces “laicismo y educación católica” y “legislación”.

Palabras claves funciona muy bien como obra de referencia para todo tipo de lectores –docentes, especialistas e interesados en educación, historiadores de la educación de otros países– además de que cada entrada tiene una bibliografía significativa que invita a profundizar más. También funciona como una breve historia de la educación argentina en fragmentos: se puede leer de corrido de principio a fin, saltando entre temas o buscando relaciones

entre ellos. Su estructura permite construir relaciones de temporalidad distintas a las que permite una estructura narrativa convencional. Por una parte, nos permite reducir el abismo entre el pasado y el presente en nuestra comprensión de la historia educativa: partiendo de palabras que se usan para describir el presente de la educación, para luego mirar cómo eso ha ido cambiando en una perspectiva de larga duración, podemos entender mejor el devenir de un tema y las disputas políticas y sociales por su sentido.

Por otra parte, una lectura de ese tipo nos permite construir un alejamiento del pasado que creíamos igual o parecido al presente y así entender su especificidad. Sin embargo, esto el libro lo hace menos bien. La valiosa historización de los temas de la educación argentina no viene acompañada por una historización del lenguaje –que es lo que caracteriza a *Keywords* de Raymond Williams o a los diccionarios de conceptos–. Voces como “analfabetismo”, “currículum”, “alteridad” o, hasta cierto punto, “escuela pública” son tratadas como temas o problemas constantes a lo largo de la historia, como si lo que cambiara es lo que está alrededor de ellas, no su sentido “real”. Se pasa por alto, por ejemplo, que la palabra “analfabetismo” no se acuñó sino hasta fines del siglo XIX como producto de una categoría de clasificación censal de la población, y que por tanto no es un proceso asimilable a escolarización y tiene otros

derroteros semánticos.

Tampoco hay un acercamiento a la historicidad del concepto “público” adherido a “escuela pública”. La escuela pública es tratada como todo aquello que se refiere al sistema de educación estatal. Sin embargo, lo “público” durante el siglo XVIII y buena parte del XIX se refería principalmente a lo que tenía que ver con el pueblo (pagada por fondos del pueblo) o que era abierto al pueblo, y solo a partir de la consolidación de los estados nacionales hacia la segunda mitad del siglo XIX adquirió su significado de “estatal”. Así, la voz “escuela pública” incorpora por lo menos dos tipos de sentidos de lo público, y es partir de eso que se puede entender no solo su valorización actual, sino también lo que parecería una aberración conceptual del tercer peronismo: la “educación pública no estatal” (p. 167).

Ciertamente, no era la intención de los editores hacer un diccionario histórico de conceptos educativos (hubieran encontrado muy pocos especialistas), y prestar atención a la historicidad del lenguaje no es práctica común en la historia de la educación general. Sin embargo, este tipo de trabajos apuntan hacia esa dirección. En mi opinión, *Palabras claves* es tanto una obra de referencia como un punto de partida para descubrir nuevos retos historiográficos y posibilidades de investigación.

Eugenia Roldán Vera
Centro de Investigación y de Estudios Avanzados, México

Miranda Lida,

Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología (1927-1946), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2019, 184 páginas

El nuevo trabajo de Miranda Lida da cuenta desde su mismo título de las dos grandes apuestas metodológicas en las que se articula esta investigación. Por un lado, el hecho de que lejos de plantear algún tipo de distinción entre una y otra, la autora propone reconstruir la historia de Amado Alonso en la Argentina como una forma de, necesariamente, reconstruir la historia del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires antes del peronismo. Al margen de que una distinción de ese tipo resultaría en una visión un tanto sesgada, el análisis de Lida pone el acento justamente en la imposibilidad de escindir al hombre de la institución. En este caso, en tanto el Instituto de Filología fue el ámbito que cobijó los años más activos y fructíferos de la producción de Alonso, quien por su parte impulsó un modelo de institución científica que llevaría al Instituto a convertirse en un centro de investigación de avanzada, logrando un prestigio internacional que alcanzaba también, lógicamente, a su director.

La otra gran apuesta de Lida consiste en analizar el objeto de estudio desde una perspectiva que ella denomina “global”, es decir, atendiendo a un contexto no únicamente local, por lo que la historia de Alonso y el Instituto de Filología se despliega mirando

constantemente a un lado y otro del Atlántico y, en especial, como es de esperar, a España. Esta perspectiva doble permite entender no solo el contexto de creación del Instituto –en el cual estuvieron involucrados intereses peninsulares que explican a su vez la elección de un director español para conducir la institución–, sino también el éxito que supuso la extensa estadía de Alonso en la Argentina. Tal éxito radica no solo en su talento como científico y en su habilidad para la gestión –cualidades innegables, por otra parte–, sino también en una coyuntura desfavorable para las instituciones culturales de España, que atravesada por las urgencias de una guerra civil fue cediendo terreno en la posición de liderazgo que ostentaba en el mundo hispánico, situación que fue hábilmente capitalizada por Alonso para posicionarse a sí mismo y a la institución que dirigía como faro de los estudios en lengua española.

El de Miranda Lida es un libro breve pero a la vez denso en información, que por otra parte se encuentra impecablemente desplegada a lo largo de sus cinco capítulos, cada uno de ellos dedicado al análisis de los distintos momentos que la autora identifica en la historia de Alonso y el Instituto de Filología. El primero de ellos describe los pormenores de las

negociaciones para la creación del Instituto entre el entonces rector de la Universidad de Buenos Aires, Ricardo Rojas, y Ramón Menéndez Pidal, el director del Centro de Estudios Históricos de Madrid, en una coyuntura local todavía atravesada por los efectos lingüísticos de la inmigración, lo que incentivó el interés por el estudio de la lengua de un modo científico y por la filología como disciplina en las universidades argentinas. A ello se sumaron los aires de renovación como producto de la reforma universitaria de 1918, a raíz de lo cual se promovió la creación de institutos de investigación y la apertura a la colaboración con instituciones académicas extranjeras. Esto último coincidió con las acciones emprendidas por parte de los organismos científicos españoles, en particular, la Junta de Ampliación de Estudios y el mencionado Centro de Estudios Históricos, que veían, a su vez, a la lengua española como el punto en común a partir del cual asentar una expansión cultural que afianzara un sentido de pertenencia en las ex colonias que fuera ante todo *hispanoamericano*, en especial en Buenos Aires, cuyas élites se habían caracterizado hasta ese momento por sus afinidades más bien francófilas.

El segundo capítulo se ocupa de repasar, además de la formación académica de Alonso

en España y Alemania, sus primeros pasos tras su llegada a la Argentina luego de una estadía en Puerto Rico que tuvo por propósito, en buena parte, prepararlo para sus tareas como director del Instituto de Filología de Buenos Aires, a partir de tomar contacto con el funcionamiento del Departamento de Estudios Hispánicos que, apadrinado por el Centro de Estudios Históricos, funcionaba en aquella isla. La llegada de un español a dirigir un instituto argentino sobre temas lingüísticos no se produjo sin tensiones, especialmente en un contexto en el que la pregunta por el idioma nacional todavía era objeto de debate en los círculos intelectuales y en la prensa. Miranda Lida da cuenta de esas tensiones en este capítulo, especialmente cuando se ocupa de reseñar algunas de sus más conocidas manifestaciones, como es el caso de las embestidas de Arturo Costa Álvarez y Vicente Rossi contra Alonso y el Instituto de Filología. Otro de los aspectos más atractivos de este capítulo es el análisis que Lida hace de las primeras decisiones que Alonso tomó como director, a partir de las cuales fue trazando un perfil más abierto y menos condenatorio de las formas lingüísticas locales. Esto le valió a Alonso una simpatía de la que no habían gozado sus predecesores, en especial su colega y compatriota Américo Castro, en quien se evidencia un pensamiento menos permeable al ambiente porteño. Si bien ambos filólogos eran conscientes de la importancia de la tarea a realizar en Buenos Aires –ya en 1923 el mismo

Castro afirmaba: “veo más claro que la luz de nuestro porvenir como país es América”–, Castro siempre sostuvo una mirada más bien prejuiciosa y pesimista respecto de las posibilidades que ofrecía el ambiente intelectual y social argentino, que nunca lo atrajo del todo y al que tampoco logró seducir. El en ese entonces joven Jorge Luis Borges lo sintetizó de manera contundente: “no sabe impresionarnos”. Este contrapunto entre Amado Alonso y Américo Castro que la autora sutilmente delinea en diversos momentos del libro es interesante en tanto en cierto modo contribuye a explicar por qué el perfil de Alonso logró insertarse tan plena y exitosamente en el ambiente académico y social local.

El tercer capítulo se dedica a reconstruir en detalle los lineamientos de la gestión de Alonso y su agenda de trabajo, que tuvo como principales objetivos la formación de recursos humanos y la publicación de las investigaciones del Instituto de Filología. Ambos objetivos pudieron encararse con éxito gracias a las hábiles gestiones de Alonso, tanto para conseguir recursos para el Instituto como para administrarlos con eficiencia. Por un lado, la institución pudo sostener su volumen de trabajo gracias a que su director hizo de esta un verdadero semillero de especialistas que alcanzarían a su vez nombre propio, como es el caso de Raimundo y María Rosa Lida o de Ángel Rosenblat. Este trabajo en la formación de discípulos, sumado a los cuantiosos recursos obtenidos,

provenientes no solo de la Universidad sino también del Congreso Nacional y de fondos privados –especialmente los vinculados a las instituciones españolas en la Argentina–, hizo posible que pudieran concretarse proyectos de largo alcance como la Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana o la Colección de Estudios Estilísticos, que le valieron al Instituto de Filología no solo prestigio sino también un reconocimiento internacional que fue creciendo a contracorriente de la coyuntura al otro lado del Atlántico. Esto es particularmente visible en la reconstrucción que Lida ofrece acerca de las disputas alrededor de la creación de la *Revista de Filología Hispánica*, proyecto de Alonso al que su mentor Menéndez Pidal se mostró reticente en un principio, tal vez por temor de que pudiera llegar a opacar o desplazar a la *Revista de Filología Española* fundada por él en 1914. Sin embargo, una vez discontinuada la revista madrileña a causa del avance de la guerra, Alonso decidió retomar el proyecto y fundar, en colaboración con la Universidad de Columbia, la revista que representaría la consolidación de la proyección internacional del trabajo del Instituto, convirtiendo a la Facultad de Filosofía y Letras en “el centro de las investigaciones hispánicas de todo el mundo”, según palabras de Alonso al decano Emilio Ravignani. Por su parte, esta colaboración con la Universidad de Columbia es reveladora respecto de los cada vez más estrechos vínculos entre el Instituto de Filología y la academia norteamericana,

que serán decisivos en los destinos de Amado Alonso y de sus discípulos en años posteriores, de los que Lida da cuenta en el último capítulo del libro.

Por otra parte, si Alonso logró arraigarse en la esfera cultural argentina y ganar la aceptación y el reconocimiento de los círculos intelectuales locales fue porque a su faceta de académico y científico sumó toda una dimensión de hombre público, capaz de formar parte e intervenir activamente en los diversos grupos literarios, revistas, editoriales y demás espacios de sociabilidad que conformaban la escena cultural porteña. Lida reconstruye esta dimensión pública de Alonso a partir de tres ejes, que desarrolla a lo largo del cuarto capítulo. El primero de ellos es su participación en las revistas culturales argentinas más influyentes de la época, como *Nosotros* y, fundamentalmente, *Sur*, de la que llegó a formar parte del comité editorial. En segundo lugar, Lida destaca especialmente su trabajo en la editorial Losada, que a instancias de Alonso “fue tanto una casa amiga para el Instituto de Filología como un lugar a través del cual colaborar de manera solidaria con el exilio republicano español”. En tercer lugar, y justamente en relación con esto último, este capítulo contempla además una de las facetas tal vez menos exploradas de Amado Alonso, su compromiso político, que suele ser mencionado cuando se alude a su participación en Losada, de conocidas afinidades republicanas, pero

mucho menos en lo que se refiere a su colaboración activa en diversas acciones de ayuda internacional suscitadas a raíz de la guerra civil en España. Lida reconstruye el papel fundamental que el filólogo tuvo en la Junta Argentina para la Ayuda de los Universitarios Españoles y, tras la posterior instauración del régimen franquista, y con el avance del nazismo en el resto de Europa, su vinculación con las diversas iniciativas emprendidas desde la Institución Cultural Española de Buenos Aires para lograr la inserción de académicos españoles en las universidades argentinas.

La culminación de este período fructífero tanto para Amado Alonso como para el Instituto de Filología está narrada en el último capítulo –el más breve de los cinco–, en el que Lida reseña los pormenores de la salida de Alonso de la Universidad de Buenos Aires y del país en un contexto político en el que la mirada de las nuevas autoridades respecto del Instituto se cargaron de recelos que obstaculizaron el funcionamiento que este había tenido hasta ese momento. Fruto de esa nueva coyuntura nacional, Alonso, que para ese momento había adoptado la nacionalidad argentina y había desistido de retornar a España, terminó aceptando una invitación largamente postergada que le había extendido la Universidad de Harvard y que le costaría la cesantía por parte de las nuevas autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras.

Uno de los puntos más fuertes de la investigación de Lida es sin duda el hecho de que está sostenida en un minucioso trabajo de archivo, en el que destacan especialmente los archivos personales, de los que proviene el abundante material epistolar de los que se nutre su análisis. Esto aporta una dimensión íntima en las relaciones entre las diversas figuras que toman parte en la historia del Instituto de Filología que se describen a lo largo del libro, y que resulta valiosa y original en tanto posibilita identificar ciertos matices particulares en la valoración de determinados eventos frecuentemente transitados por la bibliografía sobre el tema. En suma, esta documentada reconstrucción que ofrece la investigación de Miranda Lida permite tomar dimensión de las circunstancias y el modo en que se fueron tejiendo las relaciones personales e institucionales que cimentó Alonso en su desempeño al frente del Instituto de Filología y que marcaron a su vez la internacionalización de la actividad científica del Instituto, así como también la importancia que tendrán algunas de estas redes en la reubicación profesional de Amado Alonso y sus discípulos a partir de 1946.

Laura Sesnich
Universidad Nacional
de la Patagonia Austral /
Universidad Nacional
de La Plata / CONICET

Magalí Andrea Devés

Guillermo Facio Hebequer. Entre el campo artístico y la cultura de izquierdas, Buenos Aires, Prometeo, 2020, 306 páginas

La figura de Guillermo Facio Hebequer (1889-1935) ocupa un lugar central en la historia de la cultura de izquierdas en la Argentina. Nadie dudaría de que en su obra gráfica son reconocibles componentes clave del imaginario contestatario local del siglo xx. Allí están, como evidencia, las portadas de *Izquierda*, *Nervio* y *Claridad*, la serie de litografías *Tu historia, compañero*, y los vitrales del edificio de la Unión Ferroviaria, que lo ubican en el pedestal de los creadores de la iconografía de izquierda en la Argentina, junto con Ricardo Carpani, Antonio Berni, Carlos Alonso y León Ferrari, entre otros. De tono desolador y pesimista, su obra se puebla de figuras de exclusión y marginalidad, cuerpos lacerados de trabajadores e incitaciones a la insurrección. Un corpus visual devenido en manifiesto de transformación social. ¿Pero quién fue realmente Facio? ¿Cómo entenderlo en relación con su tiempo? ¿Cómo conectar su itinerario con los debates estéticos y políticos de los años de entreguerras? ¿Cuáles fueron los espacios materiales y las constelaciones intelectuales que habitó? ¿Cómo se expresaron las tensiones entre la creación artística y el compromiso ideológico? ¿En qué medida su trayectoria permite captar los sentidos históricamente cambiantes de conceptos como “arte social”, “proletario” y “revolucionario”? Si bien

aspectos parciales de su devenir habían sido abordados por la historiografía del arte, su recorrido como intelectual de la cultura de izquierdas en la Argentina de entreguerras todavía reclamaba un estudio exhaustivo y detallado. El libro de Magalí Devés, fruto de su investigación doctoral y publicado en la serie “Historia Argentina” que dirige Raúl Fradkin, cubre con creces esta vacancia y construye una narrativa cuidadosamente documentada y argumentada sobre los cruces y las articulaciones entre arte y política en las décadas de 1920 y 1930.

Construida como biografía intelectual, la historia de Facio que narra Devés se inserta y discurre en las tensiones entre la singularidad de una existencia y las matrices de una época que se abre con las primeras repercusiones de la Revolución Rusa y se cierra con la emergencia del frente cultural antifascista a mediados de los años treinta. Al mismo tiempo, pone en juego un rico repertorio de imágenes sobre la figura de Facio, empezando por los homenajes y conmemoraciones que recibió, tras su repentina muerte, en 1935. Realizadas en el contexto de máxima ebullición de la cultura de izquierdas de entreguerras, estas primeras apropiaciones de su figura la erigieron en símbolo de la militancia político-cultural, y es

frente a este reservorio de representaciones (enaltecedoras, pero atravesadas por tensiones y disputas políticas y estéticas) frente al cual la autora propone su ejercicio biográfico.

En la reconstrucción de la trama de relaciones y actores del campo cultural en que se movía Facio, Devés realiza una primera constatación: se trató de un intelectual polifacético, multidimensional, que se destacó como artista y grabador, pero también como ensayista, polemista y hombre de teatro. De esta observación, la autora adopta un criterio para el capitulado, que organiza en función de los distintos ejes de su intervención pública. Pero antes de ingresar a cada una de estas facetas, el libro ofrece en un primer capítulo una mirada panorámica de su trayectoria intelectual. Allí desestima como improductiva la categoría de “Artistas del Pueblo”, con la cual suele inscribirse a Facio como artista y hombre de la cultura de izquierdas. Esta categoría había sido útil para la historiografía del arte en las últimas décadas para recuperar experiencias opacadas por las discusiones entre el arte nacional y las vanguardias. Pero ello vino acompañado de una mirada muy apegada al discurso de las revistas y los periódicos de izquierda que se habían esforzado por asignar y fijar sentidos definidos a un corpus muy diverso de experiencias artísticas. Fueron

las publicaciones anarquistas y socialistas, de hecho, las que construyeron inicialmente la categoría “Artistas del Pueblo” en los años veinte. A comienzos de los años treinta, el acercamiento de Facio a la órbita cultural comunista puso en cuestión esta asociación, pero ello volvió a cambiar a poco de su muerte, con su consagración como artista comprometido y en el marco de la constitución de un movimiento antifascista particularmente propicio para la interpelación “popular”. Sin embargo, el minucioso trabajo documental que hace Devés no deja dudas: no existió un lazo orgánico y permanente entre Vigo, Riganelli, Bellocq, Arato y Facio. El grupo de “los cinco”, luego “Artistas del Pueblo”, no tuvo más consistencia que la surgida de las coincidencias en torno a la denuncia de ciertos actores del campo artístico en consolidación, como también a una sensibilidad de izquierda compartida y de fuertes contactos con la bohemia literaria y ciertas revistas culturales de impronta anarquista y socialista de los años diez y veinte. El libro analiza las disputas y las tensiones generadas en torno a las inclinaciones y las inscripciones ideológicas y políticas de la obra de Facio, pero al mismo tiempo se abstiene en todo momento de encasillar su trayectoria en función de alguna forma de encuadramiento político partidario. Uno de sus rasgos permanentes fue, según Devés, la defensa de la irreductibilidad de la autonomía del artista.

Liberada del peso muerto de estas etiquetas políticas y

estéticas, la figura de Facio que construye la autora deja al descubierto dimensiones hasta ahora desconocidas. Una es su labor como polemista. Devés ubica a Facio en la trama de la prensa periódica y analiza sus frecuentes colaboraciones como crítico y ensayista. Facio era, según la autora, muy consciente de los alcances y funciones del crítico de arte, así como de los efectos de la prensa masiva en la formación del gusto. Como polemista, intervino en el debate sobre el lugar del arte y el artista en la sociedad (*el* problema de la intelectualidad de izquierda en los años de entreguerras), donde puso en juego una serie de herramientas retóricas y argumentativas dirigidas contra quienes se identificaban con la fórmula del “arte por el arte” (críticos “oficiales” de *La Prensa* y *La Nación*, pero también intelectuales y artistas que colaboraban en publicaciones vanguardistas y ciertas plumas de la misma izquierda). En sus cuestionamientos a la “nueva sensibilidad”, Facio atacaba la trivialidad, la falsedad, y sobre todo la impostación revolucionaria. Pero no criticaba a las vanguardias locales por moderadas *vis a vis* la auténtica radicalidad de las vanguardias del Viejo Mundo; a unos y otros fustigaba por individualistas y “revolucionarios de pacotilla”, protagonistas del “regreso al orden”. Pero al mismo tiempo, señala Devés, el de Facio era un anti moderatismo, en cierta forma, moderado. Prueba de ello es que su primera exposición individual se llevó a cabo en la sala de los “Amigos del Arte”, cenáculo de arte identificado con el grupo

Florida. En este sentido, la oposición entre “propagandistas” y “artepuristas” que marca los escritos polémicos de Facio se revela menos como una estructura dada del campo cultural, que como el resultado de una operación de intervención intelectual.

Otra dimensión de la trayectoria de Facio que Devés recupera en la investigación es su activa participación, como iluminador y vestuarista, en experiencias teatrales alternativas, como Teatro Libre (1927), Teatro Experimental del Arte (1928), Teatro del Pueblo (1928), Teatro Proletario (1931-1932). Aquí reside uno de los aspectos más originales del libro. El teatro implicaba un cruce de saberes y disciplinas, de allí que su inclusión en la investigación le permita insertar con naturalidad la figura de Facio en una trama cultural más amplia. De hecho, en este pasaje, como en muchos otros del libro, se ven transitar figuras intelectuales que constituyeron referencias y relaciones habituales de Facio. Particularmente interesante resulta el modo en que Devés pone a jugar a estas figuras en forma de pares: Facio/Castelnuovo, Facio/Siqueiros, Facio/Arlt; pero también Castelnuovo/Iturburu, Barletta/Arato, Moog/Tuñón, Arlt/Ghioldi, Moog/Barletta, etc. Por otra parte, Devés vuelve a relativizar en este capítulo la distancia infranqueable que Facio postulaba en sus escritos respecto de las experiencias artísticas de vanguardia. Su participación en la arena teatral, de hecho, muestra una franca apertura a la experimentación formal, justificada en este caso

por su capacidad para transmitir nuevas sensaciones al espectador e incentivar la emancipación de las conciencias.

La apuesta de Devés por hacer del artista Facio una figura intelectual, y el esfuerzo concomitante por iluminar las diversas facetas de su intervención pública, no significa que el abordaje de su obra gráfica sea menos sutil u original. De hecho, es gracias a ese recorrido previo por dimensiones significativas de su trayectoria que el análisis de su faceta como artista visual obtiene su riqueza y valor. El capítulo releva y distingue distintos momentos de su obra, y muestra las permanencias y mutaciones en las temáticas, técnicas, estilos y patrones de representación de un Pueblo alternativamente marginado, explotado y sublevado, a la luz de la dinámica trama de actores, espacios y lógicas que motorizaban la intersección entre el campo cultural y el universo de las izquierdas. Se destaca, en particular, el análisis de la producción de comienzos de los años treinta, que fue el momento de mayor visibilidad de Facio, y coincidió con su acercamiento al comunismo. Su abordaje de la serie de litografías *Tu historia, compañero* constituye el punto más alto en este tramo del libro, donde Devés trabaja sobre las interacciones entre imagen y palabra, los diálogos

con otros artistas europeos (como Masereel, Käthe Kollwitz, George Grosz), y las diversas formas de intertextualidad con obras tan diferentes como el Manifiesto Comunista y las aguafuertes de Roberto Arlt. Los debates sobre la *Proletkult* y sobre la autonomía relativa del quehacer artístico que atravesaron a las distintas familias de la izquierda a nivel internacional formaron el telón de fondo, y al mismo tiempo el lenguaje, en el que se canalizó la tensión entre su producción artística y su compromiso político. En este sentido, Devés muestra que Facio se ubicó en una zona de frontera y, si bien las temáticas y los estilos de su obra atravesaron mutaciones vinculadas a la adopción de nuevas referencias provenientes del comunismo y el marxismo, nunca dejó de defender la irreductibilidad de la actividad creativa respecto de los mandatos político-partidarios. Sus trabajos, de hecho, no abandonaron del todo la tonalidad pesimista que desde la prensa comunista se criticaba como último obstáculo para su plena transformación en un “artista proletario”.

Entre otros méritos, el libro de Devés merece ser ponderado por el saludable distanciamiento que interpone respecto de su objeto de estudio y por la actitud de sospecha militante

respecto de las imágenes construidas sobre Facio por representantes del cuadrante izquierdo del espectro ideológico. La autora no solo desarma con éxito las categorías englobantes y simplistas derivadas del propio discurso de los actores a la luz de las evidencias obtenidas a través de una reconstrucción documental exhaustiva y equilibrada. En varios tramos de la investigación, además, Devés avanza en una caracterización de esta figura en la que brotan rasgos aristocratizantes, sectarios y abiertamente racistas. Por su capacidad para evadir la tentación apologética, y también por la exitosa inserción de las dinámicas y los debates de la izquierda en un contexto cultural y político más amplio –marco sin el cual la historia de la izquierda se torna autorreferencial–, el libro de Devés constituye un verdadero modelo de investigación, una guía para quienes buscan articular el conocimiento sobre las experiencias culturales de la izquierda con los principales debates que en la actualidad animan a la historia cultural, la historia política y la historia intelectual.

Juan Buonuome
Universidad Nacional
de San Martín / CONICET

Cecilia Tossounian,

La joven moderna in Interwar Argentina: Gender, Nation, and Popular Culture, 1920-1940, Gainesville, University of Florida Press, 2020, 165 páginas

La historiadora Cecilia Tossounian ofrece un estudio refrescante sobre las imbricaciones entre género y nación en la Argentina de las décadas de 1920 y 1930. Tossounian desarma y a la vez reconstruye la historia sociocultural de la figura de la joven moderna. Omnipresente en múltiples expresiones de la cultura de masas del período, en este libro la figura de la joven moderna es una puerta de entrada para analizar las transformaciones de las expectativas y los debates sobre género, y sobre los modos de construir representaciones de lo nacional. *La joven moderna in Interwar Argentina* establece un diálogo fluido con un grupo amplio de historiadoras que han analizado la emergencia y la diseminación de la “chica moderna” alrededor del mundo en la inmediata primera posguerra (por ejemplo, The Modern Girl Around the World Research Group, *The Modern Girl Around the World: Consumption, Modernity, and Globalization*, Duke University Press, 2008). Como parte de esa historiografía, Tossounian estudia el carácter transnacional de esa figura, dando cuenta de la simultaneidad de su irrupción, de los vínculos entre los focos de su diseminación y las empresas norteamericanas de publicidad y cine, y de los rasgos físicos y actitudinales con los que se la singularizaba –la delgadez, el hedonismo, el

consumo, los intentos de autonomía–. Antes que solo dar cuenta de cómo arraigó la figura de la joven moderna en la Argentina, Tossounian atiende a sus variantes y pone en juego una minuciosa lectura de fuentes variadas (publicidad, revistas, novelas y cine).

Escrito de manera llana y amena, el libro realiza tres grandes contribuciones a la historia cultural de la Argentina de la primera mitad del siglo xx. En primer lugar, *La joven moderna in Interwar Argentina* contribuye de manera decisiva a refinar nuestros conocimientos sobre las transformaciones en la cultura de masas –o la cultura popular, como la denomina la autora– y sus vínculos con las identidades y las percepciones de clase. Inscribiéndose en una línea de indagaciones en las que destaca el trabajo de Matthew Karush (*Cultura de clase: radio y cine en la creación de una Argentina dividida, 1920-1946*, Ariel, 2013), el libro navega entre distintas expresiones de esa cultura de masas atendiendo a los modos en que, antes que ocultarlas, producían y reproducían distinciones y diferenciaciones de clase. En segundo lugar, Tossounian toma partido por una interpretación positiva sobre cómo la tríada cultura de masas, consumo y belleza constituyeron espacios y prácticas relevantes para las mujeres jóvenes del período, especialmente porque permitían

la construcción de expectativas y posiciones identitarias con un foco en la “emancipación”. Debatida y cuestionada por muchos actores clave, la “chica emancipada” apareció con fuerza y esplendor en estas décadas y, con transfiguraciones, tuvo una larga vida a lo largo del siglo xx. *La joven moderna in Interwar Argentina* aporta elementos conceptuales e históricos convincentes para ponderar la relevancia de esas prácticas generalmente desatendidas o subestimadas a la hora de reflexionar sobre la construcción de identidades que, como tales, son relacionales en términos de clase, y de género. En tercer lugar, Tossounian muestra cómo cada una de las variantes que adquirió la figura de la joven moderna fue entretejiéndose con discusiones y controversias en torno a la nación y sus modos de representación, siempre en el amplio marco de la cultura de masas –una esfera generalmente desatendida por muchos estudios sobre el nacionalismo en nuestro país–.

El libro se divide en cinco capítulos y un epílogo. El primer capítulo reconstruye el panorama sociocultural de las décadas de 1920 y 1930, con énfasis en la formación de pautas de consumo que, con distintos grados y modalidades, alcanzaban a sectores sociales cada vez más amplios. La

autora remarca que en la Argentina, como en el resto del mundo, el consumo masivo fue rápidamente “feminizado”. Más allá (y más acá) de las estrategias de marketing, un conjunto de actores socioculturales apuntaban a la cristalización y modernización de la figura de la madre y ama de casa, mientras que la convergencia de cambios en la esfera educativa y el mercado de trabajo hacían posible la extensión de empleos nuevos y, con ellos, una permanencia más sostenida y diversificada de las mujeres (jóvenes) en el espacio público. Vestidas y maquilladas para su tránsito urbano, esas mujeres accedían a revistas, novelas y películas que colocaban la figura de la joven moderna en el centro de una nueva visualidad, y también –con ella– de controversias sobre lo lícito en términos de comportamientos en las relaciones entre varones y mujeres y la moral sexual. La figura de la joven moderna ganaba preeminencia en la cultura de masas al mismo tiempo en que esta servía para redefinir las representaciones de lo nacional.

Tras ofrecer un pantallazo de las condiciones que hicieron posible el surgimiento de una sociedad de consumo en Buenos Aires, los siguientes cuatro capítulos se dedican a desarmar la figura de la joven moderna a partir de sus variantes. El capítulo 2 analiza la llegada de la “flapper” norteamericana a la cultura de masas en nuestro país para, luego, ponderar similitudes y diferencias con la joven moderna doméstica. Diseminada con la llegada de los filmes de Hollywood y sus

reverberaciones en las revistas ilustradas, la “flapper” llamó la atención de diferentes voces críticas –de periodistas e intelectuales– que la tomaban como epítome del “American Way of Life” y lo que este supuestamente representaba en relación con la superficialidad y el pragmatismo en las relaciones de pareja, familia y sexualidad. En esas discusiones se colaban también temores sobre cuánto de las actitudes de la “flapper” podría ser compartido por las jóvenes argentinas. A diferencia de la “flapper”, la figura de la joven moderna en nuestro país se ancló a las representaciones de las clases altas. Comentarios periodísticos e historietas, indica Tossounian, mostraban a jóvenes de familias ricas que, al entrar en contacto con la cultura popular –en el marco de los cabarets y la noche tanguera– devenían “modernas”. Uno de los aportes más sugerentes del capítulo, en mi lectura, es la historización de esta figura en el mediano plazo. Así, la autora muestra que un segmento de filmes de la década de 1930 y comienzos de la siguiente –como los protagonizados por Paulina Singermann– narraban los esfuerzos por “domesticar” a la joven moderna, y mostrarla capacitada para sensibilizarse ante lo popular, por un lado, y desarrollar un “instinto maternal”, por el otro. Saliéndose de la figura más emblemática de la joven moderna (la rica y hedonista), el tercer capítulo reconstruye otra variante: la joven moderna trabajadora. Se trata de un capítulo que cabalga entre las representaciones y los indicios de experiencias de las jóvenes

que, desde la década de 1920 en adelante, se ocuparían en trabajos administrativos o en comercios. A diferencia de la propuesta de Graciela Queirolo (en su *Mujeres en las oficinas: trabajo, género y clase en el sector administrativo, Buenos Aires, 1910-1950*, Biblos, 2018), el capítulo toma a las jóvenes trabajadoras en su dimensión de consumidoras de entretenimientos, ropa o artículos de belleza, esto es, de insumos para su producción de identidades nuevas, “emancipadas”. Las jóvenes trabajadoras, por supuesto, despertaban un conjunto de temores en torno a la sexualidad y también a la posible “mezcla” entre clases sociales, pero su presencia en el mercado de trabajo y en el espacio urbano era vista como un signo más de una “modernización” con la cual –señalaban los consejos de las revistas– tenían que aprender a lidiar. La imagen de la “milonguita” estaba allí, instalándose, para indicar las amenazas latentes para quienes no pudieran atravesar esa delgada línea entre decoro y apertura que se desplegaba en los tránsitos entre el trabajo y el consumo.

Los dos últimos capítulos de *La joven moderna in Interwar Argentina* se abocan a variantes más específicas. El capítulo 4, por ejemplo, explora la construcción de la figura de las jóvenes atletas, que podría ser el contrapunto de la joven moderna en su versión rica y hedonista –además de delgada, lánguida y posible presa del estrés–. Tossounian reconstruye aquí las preocupaciones crecientes sobre el cuerpo femenino sano, y bello, tanto

como las diferentes propuestas para delinearlo. Como sucediera con las trabajadoras, también aquí la autora desentraña las voces y las iniciativas por las cuales se dibujaba una línea delgada entre la atleta competitiva y la gimnasta, o antes bien entre la práctica deportiva y la femineidad. El quinto y último capítulo, mientras tanto, se aboca de manera más decidida a las relaciones entre las representaciones de género y nación. Centrándose en los concursos de belleza de fines de la década de 1920 y comienzos de la siguiente, y en especial en aquellos donde se eligieron representantes que irían a concursar a escala internacional, el capítulo no solo muestra el interés y la promoción de esos eventos en y por la prensa diaria sino también la avidez que generaba entre muchas jóvenes ricas y trabajadoras. Como sucediera alrededor del mundo, la elección de las jóvenes que competían en nombre del país implicaba la puesta en juego de una serie de micro decisiones

que incluían valoraciones sobre el cuerpo y el color de piel, además de otras relacionadas con actitudes y costumbres. Así, las preferencias de los jurados recaían en jóvenes delgadas y blancas –que obliteraban en sus presentaciones públicas sus filiaciones con orígenes étnicos “dudosos” que provenían, en lo fundamental, de los emergentes sectores medios y de los espacios extra-porteños–. Se trataba, en suma, de una dinámica de representación de lo nacional engarzada en los cuerpos de mujeres jóvenes, y de una representación que ponía el acento en mostrar un país blanco y europeo.

El epílogo, de carácter especulativo, incorpora lo que potencialmente sucediera con las variantes de la figura de la joven moderna durante el peronismo. Desde mi lectura, el epílogo no le hace justicia a la riquísima investigación de base del libro ni tampoco al esfuerzo que la historiografía –que incluye, por supuesto, a esta monografía– viene realizando por autonomizar el

estudio de las décadas de 1920 y 1930 en clave cultural, sin identificarlas como un prolegómeno hacia la experiencia peronista. Quienes se interesan por esas décadas, así como quienes estudian la historia del género y de las mujeres, de los y las jóvenes, y de la cultura de masas darán, damos, la bienvenida a *La joven moderna in Interwar Argentina* y a su versión en castellano, *La joven moderna en la Argentina de entreguerras* (Prohistoria, 2021), un libro que ofrece contribuciones sustanciales y que abre un campo de interrogantes para la historia cultural en su conjunto.*

Valeria Manzano
Universidad Nacional
de San Martín / CONICET

* Cuando nos llegó la noticia de la edición en castellano de *La joven Moderna*, la reseña sobre su versión en inglés ya estaba en prensa.

Cora Gamarnik,
El fotoperiodismo en Argentina. De Siete Días Ilustrados a la agencia Sigla,
Ediciones ArtexArte, Buenos Aires, 2020, 328 páginas

En *El fotoperiodismo en Argentina. De Siete Días Ilustrados (1965) a la agencia Sigla (1975)* Cora Gamarnik presenta una versión de la tesis con la que obtuvo su doctorado en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. El libro fue editado por la Fundación ArtexArte e inaugura la colección Pretéritos Imperfectos, una serie dedicada a la difusión de trabajos sobre fotografía argentina. Un primer contacto con el volumen nos advierte que estamos ante un formato atípico entre las publicaciones académicas en ciencias sociales y humanidades. La alta calidad de su papel, en un gramaje que lo acerca a la textura de los libros de artes visuales, y el espacio dedicado a las imágenes permiten una mejor apreciación de las fotografías exhibidas y analizadas.

Una de las hipótesis centrales del libro de Gamarnik es que en los años '60 del siglo pasado se experimentó en la Argentina una mutación radical en el uso de la imagen en la prensa gráfica, que hizo de la fotografía el recurso central de la construcción de la noticia, desde la innovación que introdujo *Primera Plana* (1962) –que trasladó a su diseño fotográfico su idea interpretativa del periodismo– al indudable protagonismo que adquirió la fotografía en las publicaciones de la editorial Abril: *Panorama* (1963) y,

fundamentalmente, *Siete Días Ilustrados* (1965). Gamarnik describe y analiza esta transformación en el segundo capítulo del libro; retoma así las hipótesis de quienes estudiaron la renovación del discurso periodístico y su participación en el proceso de modernización cultural en el período,¹ pero contribuye a poner de relieve una de sus aristas –ahora sabemos– más destacadas.

En el tercer capítulo del libro Gamarnik presenta y analiza el proceso social, técnico y material que contribuyó a este cambio: aumento de la inversión empresarial, renovación generacional en las redacciones, profesionalización de los fotorreporteros, luchas por la jerarquización de su actividad, extensión de nuevas tecnologías (sobre todo el uso de nuevas cámaras fotográficas). Finalmente, en el cuarto capítulo Gamarnik analiza una serie de publicaciones de inicios de los años '70, fundamentalmente la revista *El Descamisado* y el diario *Noticias*, y propone la que tal vez sea la hipótesis más innovadora del libro: por entonces la fotografía de

¹ Véase el estudio pionero de Maite Alvarado y Renata Rocco-Cuzzi, “*Primera Plana*: el nuevo discurso periodístico de la década del '60”, *Punto de Vista*, n° 22, 1984, pp. 27-30.

prensa contribuyó a combinar exitosamente rasgos de la prensa popular sensacionalista comercial, la prensa militante y zonas de la vanguardia artística. Así, sostiene que si en los años '60 la renovación del fotoperiodismo había ocurrido en la prensa masiva, especialmente las revistas ilustradas, en los primeros años de la década del '70 lo nuevo en materia de fotoperiodismo se produjo en la prensa política vinculada al peronismo de izquierda. El caso de *Noticias* es emblemático, puesto que supo combinar profesionalismo y popularidad, elementos de la vanguardia estética y la vanguardia política. *Noticias* fue un “proyecto paradójico desde su inicio” –escribe Gamarnik–; contribuyó en rigor a iluminar la paradoja de una situación histórica: “un medio popular hecho por profesionales e intelectuales, un diario profesional realizado por militantes y un diario militante realizado por profesionales, un diario frentista y de masas financiado y dirigido políticamente por un movimiento armado y guerrillero, en tiempos en que la conducción de Montoneros se orientaba cada vez más hacia una dirección militarista. Un medio de masas creado por una organización que estaba por pasar a la clandestinidad” (p. 279). En parte por estas razones –observa– *Noticias*

no logró durar más de nueve meses.

El fotoperiodismo en Argentina es en primer término una contribución a la historia de los medios masivos de comunicación, un campo de estudios que se ha desplegado en el país en los últimos años, ampliando sus problemáticas, perspectivas y alcances hasta transformarse en una zona de intersecciones entre disciplinas y estrategias de conocimiento: historia cultural y política, literatura y crítica literaria, ciencias políticas y sociología cultural, historia intelectual y de los intelectuales. Gamarnik, con creatividad, desprejuicio y rigurosidad conceptual, combina herramientas de análisis. Quiero destacar algunas dimensiones de su perspectiva. En primer lugar, su trabajo de reconstrucción de las trayectorias sociales, vitales y profesionales de los fotorreporteros que estudia. A partir de entrevistas y testimonios, Gamarnik logra “darle la voz” a los protagonistas de su historia, contribuyendo a la construcción de un acervo documental (en un campo en que el registro suele ser lábil: los fotorreporteros no solían firmar sus fotos ni dejar testimonios escritos) y a poner en valor el sentido que le daban los actores a su acción. Asimismo, desde un punto de vista sociológico –más precisamente, bourdesiano– la reconstrucción de las trayectorias de los fotorreporteros le permite observar cómo en los años ‘60 el fotoperiodismo se volvió un vehículo de ascenso social para sectores medios y populares, tanto como un vector de contacto con lo popular en sectores más acomodados, cuya

inclinación hacia una actividad no tradicional solía ser observada como un “desvío”. En la medida en que en el aprendizaje y el ejercicio del oficio predominaban la experimentación y el autodidactismo (con la ayuda a veces de revistas especializadas de divulgación, que Gamarnik sigue con atención), se configuró en torno al fotoperiodismo una formación emergente y un vector de reorganización y democratización cultural, tal como –en la hipótesis de Beatriz Sarlo que Gamarnik recupera– había sucedido en torno de la radiofonía en la década del 20.² Finalmente, en sintonía con los usos de la historia cultural y la historia intelectual y de los intelectuales, indagar las trayectorias de algunos periodistas, editores y/o fotorreporteros le permite a Gamarnik determinar una dinámica cultural y seguir puntos de intersección entre lo culto, lo popular y lo masivo, conexiones entre el mercado y la política. Oscar Smoje (*Semanario CGT*, Ediciones de La Flor, *La Opinión*, *Noticias*), Carlos Bosch (de *Semana Gráfica* a *Noticias*), Enrique “Jarito” Walker (de *Gente* a *El Descamisado*) son algunos ejemplos. Campo de experimentación y zona de pasajes, el fotoperiodismo se vuelve así un prisma sugerente para comprender movimientos culturales y algunas aristas del

proceso de modernización, experimentación y radicalización política del período.

En segundo lugar, sobresale en la perspectiva de Gamarnik una comprensión relacional del desarrollo de los medios masivos de comunicación y sus transformaciones: ¿qué transformaciones produce en un medio la aparición de otro? ¿qué cruces y préstamos se despliegan entre unos y otros? ¿cómo pensar entonces el período dorado de las revistas ilustradas en la Argentina (1965-1973) y, con ello, del fotoperiodismo, si no es en relación con la instalación y la masificación de la televisión? Si a inicios de los años ‘60 la televisión tiene todavía una baja presencia en el país, hacia fines del período ya acapara audiencias y anunciantes. No obstante, paradójicamente, el público lector y la diversidad de medios gráficos disponibles también se expandió en el período. Gamarnik demuestra que en parte el apogeo de las revistas ilustradas puede explicarse por las estrategias que estas desarrollaron para competir con la televisión. Si el *directo televisivo* –principal estrategia enunciativa del nuevo medio– inclinaría finalmente la balanza, todavía entonces las revistas podían ofrecer alternativas para hacer ver aquello que la televisión prometía pero aún no podía mostrar con solvencia: más movilidad de sus equipos técnicos, más cantidad de fotógrafos que cameramen en un evento, y, sobre todo, el uso de la fotografía a color –de alta calidad técnica y estética– frente al blanco y negro de la televisión, le permitieron a las

² Beatriz Sarlo, “La radio, el cine, la televisión: comunicación a distancia”, en Id., *La imaginación técnica. Sueños modernos de la cultura argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1997, pp. 109-134.

publicaciones impresas dar una batalla que, en pocos años, se mostrará irremediablemente perdida. Para demostrar estas hipótesis, Gamarnik observa la cobertura de la llegada del hombre a la Luna en 1969 y, en el plano local, la edición de *Siete Días Ilustrados* en ocasión del Cordobazo, con sus fotos de la lucha callejera ocupando páginas enteras, proponiendo un registro de cercanía que incorporaba y competía con una televisión que, como sostiene Mirta Varela al evaluar la cobertura de la insurrección,³ ya exhibía el *directo televisivo* como principal estrategia enunciativa, incorporándose a la escritura misma del acontecimiento.

Finalmente, el prisma del fotoperiodismo le permite a Gamarnik analizar con nuevos lentes el proceso de internacionalización cultural que tomó impulso en la Argentina en los años '60. O mejor: su trabajo revela cómo la fotografía fue uno de sus vectores destacados; y esto incluye también la modulación internacional de eventos contraculturales y/o anti-sistémicos que alcanzaron repercusiones globales en el período: la muerte del Che, Mayo del 68, Vietnam. Si Jacobo Timerman había adoptado el modelo del *Time* cuando ideó *Primera Plana*, las

revistas de la editorial Abril, *Panorama* y especialmente *Siete Días Ilustrados*, desplegaron con éxito el modelo de la revista *Life*: una publicación para *ver* antes que *leer*. La editorial Abril anunciaba, ya con el lanzamiento de *Panorama*, una sociedad con *Time-Life* y presentaba sus conexiones internacionales como un valor en sí mismo: intercambio de materiales, enviados especiales, formación de redacciones en el exterior; Abril y Atlántida (que lanzó la revista *Gente* en 1965) financiaron costosos viajes de periodistas y fotógrafos “para ver con ‘ojos argentinos’ lo que sucedía en el mundo” (p. 83). No obstante, Gamarnik no deja de mostrar las asincronías de este proceso de internacionalización. Un ejemplo: el modelo de revista fotográfica que florecía localmente había alcanzado su apogeo en los Estados Unidos décadas antes, en competencia con una televisión que en Argentina aún estaba dando sus primeros pasos. Este elemento contribuye a explicar, en parte, el deslumbramiento que generaron las revistas en el plano local. En paralelo, la era de las revistas ilustradas declinaba irreversiblemente en los Estados Unidos y en Europa: en 1972 *París-Match* tiraba menos de la mitad de ejemplares que en 1957; ese mismo año se consumaba el cierre de *Life*, acorralada por el drenaje publicitario hacia la televisión.

El fotoperiodismo en Argentina, en suma, va más allá

de su objeto inmediato e invita a ser leído como un ensayo de sociología cultural y como un capítulo de la historia argentina reciente, sobre la que ofrece claves interpretativas originales. Contribuye a comprender desde nuevas aristas los procesos de modernización cultural y de radicalización de jóvenes y capas medias. Me refiero a la disposición para el radicalismo y la politización que se generó en torno a las redacciones y la actividad profesional de periodistas y fotógrafos. Y además propone hipótesis novedosas sobre los modos en que, hasta bien entrada la década del '70, se articularon vanguardias estéticas y vanguardias políticas, mercado de la cultura y cultura popular. Las premisas de Raymond Williams que Gamarnik sigue con soltura y rigor siguen siendo inspiradoras: la producción cultural tiene una historia social específica que es necesario reponer, al mismo tiempo que se revela como un elemento decisivo en la constitución de lo social. Si los sistemas significantes comunican, interpelan, reproducen o contrarían el orden social, el fotoperiodismo –demuestra Gamarnik– puede abordarse como unos de los sistemas significantes clave de la cultura contemporánea.

Mariano Zarowsky
Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de San Martín / CONICET

³ Mirta Varela, *La televisión criolla. Desde sus inicios hasta la llegada del hombre a la Luna. 1951-1969*, Buenos Aires, Edhasa, 2005, p. 227.

Natalia Milanesio,

Destape: Sex, Democracy, and Freedom in Postdictatorial Argentina,
Pittsburgh, Pa., University of Pittsburgh Press, 2019, 326 páginas

El último libro de Natalia Milanesio, *Destape* (en español: *Destape: sexo, democracia y libertad en la Argentina postdictatorial*), se inscribe dentro de la creciente literatura en historia reciente.¹ Esta corriente historiográfica ha dado lugar a importantes trabajos sobre distintos aspectos de la cultura y la política argentinas de las últimas décadas del siglo xx.² Contribuyendo a esta área de estudios con un trabajo sólidamente documentado y estructurado, Milanesio, profesora de historia en la Universidad de Houston, ofrece en su libro una historia de la sexualidad en la Argentina durante los años de la transición a la democracia, iniciada en 1983, un período que, como bien señala la autora, no ha recibido tanta atención en la

academia como la década del setenta.

Si bien el libro tiene como eje temático la sexualidad, el concepto central que articula todo el texto es el del *destape*. Tomado del léxico común de la época, la autora define este término como una “avalancha de imágenes sexuales y narrativas caracterizadas por imágenes y discursos más explícitos sobre sexo y el cuerpo” (p. 6). El “destape” designa así el modo particular en que los discursos sobre la sexualidad afloraron a partir de la transición, luego de siete años de dictadura militar. El vocablo sugiere, al mismo tiempo, un contraste temporal que irá estructurando los cinco capítulos del libro: por un lado, la época de la dictadura, signada por la represión sistemática ejercida por el régimen autoritario y, por otro lado, la época de la transición a la democracia, caracterizada como un proceso de rápida apertura, liberalización y democratización, que dejó atrás las prácticas censoras y que sentó las bases para que una serie de discursos reprimidos sobre la sexualidad salieran a la luz. Así, el *destape* se configura como un concepto clave que no solo remite a la sexualidad, sino también a un proceso histórico particular. A través de los cinco capítulos en que se divide el libro, Milanesio traza una topografía del *destape* en la Argentina durante la década del

ochenta, enfocándose en determinadas áreas en que la nueva actitud sobre la sexualidad se expresó de manera prominente: los medios de comunicación, la producción cultural, el auge de la sexología, la educación sexual y, por último, los movimientos feminista, gay y lesbiano.

El primer capítulo ofrece un detallado contexto histórico del período comprendido por la dictadura (1976-1982) y la transición (1983) y un análisis del rol de los medios de comunicación en relación con el *destape*. La dictadura impuso controles estrictos a la prensa, justificando sus acciones con un discurso defensor de los “valores fundamentales de la moral cristiana” contra “las ideologías subversivas” (p. 28). En última instancia, esto conllevó que numerosos medios de comunicación ejercieran la autocensura (como en el caso del semanario *Humor*) o directamente cerraran sus puertas (como la revista *Satiricón*, ejemplo de una publicación de humor sexual) a fines de los setenta. De este modo, los discursos sobre el sexo estuvieron particularmente sujetos a la censura del Estado, ya que atentaban contra “el estilo de vida cristiano” (p. 28).

A partir de 1981—año en que comenzó el declive político del régimen—y sobre todo luego de las elecciones presidenciales de 1983, el proceso de liberalización y

¹ *Destape* ha recibido diversos premios y distinciones en 2020, entre los cuales se destaca el premio a mejor libro de humanidades en el área de estudios del Cono Sur, otorgado por la Latin American Studies Association.

² Algunos trabajos destacados en esta área, entre muchos otros, son Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina: cultura, política, y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires, FCE, 2017; Sebastián Carassai, *Los años setenta de la gente común*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2014 y Marina Franco, *El final del silencio: dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*, Buenos Aires, FCE, 2018; Isabella Cosse, *Mafalda: historia social y política*, México, DF, 2014.

democratización condujo a una “explosión erótica” sin precedentes (p. 37). Milanesio reconstruye cuidadosamente cómo revistas de distinto tipo, desde publicaciones de mujer (*Para Ti* o *Mujer 10*) hasta periódicos de gran tirada (*La Nación* o *Página/12*) comenzaron a tratar temas de sexualidad en sus páginas de un modo inusitado. Incluso aparecieron revistas dedicadas exclusivamente al sexo y a la gráfica sexual, como *Hombre*, *Sex Humor*, *Eroticón* o *Destape*, entre otras. La autora analiza el rol de dichas publicaciones en la visibilización de discursos e imágenes relacionadas con la sexualidad y temas aledaños, desde la pornografía hasta la ley de divorcio. El capítulo concluye con un argumento central del libro, según el cual “el destape fue al mismo tiempo causa y efecto de la democratización” (p. 63). En otras palabras, el destape no hubiera sido posible sin ese proceso de rápida democratización que caracterizó al año 1983, pero a su vez este fenómeno contribuyó al proceso de apertura, liberalización y modernización de la época, en tanto visibilizó un tema tradicionalmente reprimido. Ahora bien, Milanesio matiza esta primera caracterización del destape a lo largo de los siguientes cuatro capítulos, indagando acerca de las contradicciones y omisiones del proceso democratizador en relación con la sexualidad. Porque, si bien el destape condujo a una mayor apertura acerca de lo que se podía mostrar y decir sobre el sexo, este no estuvo falto de omisiones, silencios y prejuicios.

En el segundo capítulo Milanesio pormenoriza el análisis del destape en la producción cultural de la transición analizando avisos publicitarios, películas, revistas y programas televisivos. La autora adelanta desde las primeras páginas del capítulo una tesis central de su estudio al proponer que “la imagen icónica del destape fue la de una mujer semi-desnuda” (p. 65). En efecto, las imágenes que se “destaparon” en la cultura *mainstream* correspondieron sobre todo a una idea hipersexualizada y comodificada del cuerpo de la mujer y a un punto de vista masculino y heterosexual. El destape, según la autora, “objetivó a las mujeres” y, al mismo tiempo, “borró el deseo sexual entre personas del mismo sexo, reproduciendo componentes centrales de la cultura sexual tradicional” (p. 65). Este argumento se justifica a través de un pormenorizado análisis de discursos públicos como los avisos publicitarios, donde proliferaron imágenes de mujeres desnudas, o los programas de humor televisivos, como los conducidos por Jorge Porcel y Alberto Olmedo, donde las actrices-modelos aparecían casi siempre semi-desnudas y eran objeto de las miradas y conductas lascivas de los hombres.

Aunque algunas revistas, películas y programas de televisión abordaron temas de sexualidad femenina o, en menor medida, de homosexualidad, las minorías sexuales fueron sin duda las grandes ausentes del destape. La autora presenta con inteligencia esta tensión del

proceso analizado en su libro al señalar que no se trató de una “democratización del deseo absoluta y sin restricciones”, sino que estuvo “plagado de las inequívocas tensiones de un momento transicional que pretendió una ruptura total con el pasado pero que no pudo rechazar totalmente su legado” (p. 110).

Los siguientes capítulos, el 3 y el 4, podrían pensarse en conjunto, dado que se enfocan en dos áreas del destape relacionadas entre sí: el “boom” de la sexología y la educación sexual. A través del análisis de trayectorias individuales y de un trabajo de archivo exhaustivo centrado en determinadas asociaciones dedicadas a la sexología y a la educación sexual, Milanesio analiza con detalle los avances, los retrocesos y las tensiones que se dieron en estas áreas. Si bien hubo una mayor profesionalización y un desarrollo significativo de la sexología, la educación sexual en la Argentina a partir de la transición se encontró con límites políticos y culturales muy concretos. El “boom” de la sexología fue bien recibido por los medios de comunicación, lo que conllevó que los terapeutas sexuales pudieran diseminar su saber y disipar concepciones erróneas sobre la sexualidad. Al mismo tiempo, como se señala en el capítulo 4, se crearon diversas instituciones que ofrecían servicios de planificación familiar y abogaban por la inclusión de la educación sexual en los currículums escolares. Sin embargo, estos reclamos fueron desatendidos por el gobierno que, si bien derogó un número de decretos que prohibían la

planificación familiar, no mostró voluntad de implementar programas de educación sexual en las escuelas.

El último capítulo del libro hace hincapié en el feminismo y los movimientos gay y lesbiano. Mayoritariamente estigmatizados por la opinión pública, estos grupos abogaron por la expansión de derechos, tales como el del aborto en el caso del feminismo y la unión civil en el caso del movimiento gay. Aquí Milanesio se detiene también en algunas trayectorias individuales importantes, tales como la de las feministas María Elena Oddone y María Luisa Bemberg, o el activista gay Carlos Jáuregui, entre otros. Estas figuras jugaron un rol fundamental en la visibilización de las minorías sexuales, la sexualidad femenina y el feminismo, desafiando las ideas conservadoras que aún en la transición se encontraban fuertemente arraigadas en la sociedad.

Es interesante señalar que en estos últimos tres capítulos se analiza cómo la sexualidad fue inscripta –tanto por la sexología y los educadores sexuales como por el feminismo y los movimientos gay y lesbiano– dentro del lenguaje de los derechos humanos, un lenguaje intrínsecamente asociado al modo particular en que se dio la transición a la democracia en la Argentina. En el último capítulo se presenta un análisis de cómo las distintas sexualidades, no solo la heterosexual, se pensaron como

parte del repertorio de derechos humanos que el Estado debía respetar y hacer respetar desde una perspectiva sanitaria y educativa. Milanesio documenta detalladamente cómo estos movimientos debieron enfrentar numerosos obstáculos, y no siempre lograron sus objetivos, ya que los partidos políticos, el gobierno y la izquierda partidaria fueron reacios a adoptar sus reclamos. La Iglesia Católica, por su parte, fue activamente opositora a estos movimientos, rechazando activamente la educación sexual en las escuelas, el uso de contracepción y los programas de planificación familiar.

En síntesis, *Destape* es un libro fundamental en el área de estudios de historia reciente de la Argentina en tanto traza un exhaustivo mapa de la sexualidad en la cultura argentina de la posdictadura. A través de un cuidadoso análisis de archivos, revistas, folletos, periódicos y entrevistas, el trabajo de Milanesio ofrece una inédita historia de la sexualidad argentina en los ochenta. Logra complejizar el fenómeno del destape mostrando que, si bien la euforia de la transición produjo efectos liberalizadores y democráticos, también tuvo sus límites. Como señala Milanesio, existieron prejuicios extremadamente arraigados en la sociedad argentina que persistieron aun luego de 1983: a la activa militancia de la Iglesia Católica contra los diversos destapes se sumaron los prejuicios contra los gays,

las lesbianas y las personas trans, las dificultades políticas en implementar políticas públicas de educación sexual y planificación familiar, y un prevalente rechazo al feminismo y sus ideas.

En última instancia, este importante trabajo también complejiza la idea de la transición a la democracia como un proceso unívoco y de quiebre completo con el pasado. Si bien el pasaje del período dictatorial a la democracia significó un cambio radical en tanto puso fin a la censura y la represión y creó expectativas de construcción de un estado moderno e inclusivo, las minorías sexuales siguieron sufriendo una constante estigmatización y el discurso de los expertos que propusieron implementar programas de educación sexual y de salud sexo-reproductiva encontraron más obstáculos que facilidades por parte del Estado. Desde la perspectiva del 2021, a pocos meses de aprobada la ley de interrupción legal del embarazo en la Argentina y de lo que podríamos llamar con Milanesio un inusitado “destape” feminista en el último lustro, la historia de los ochenta parece lejana y, a la vez, fundante de nuevas maneras de entender la sexualidad en la Argentina.

Sofía Mercader
Universidad Nacional
Autónoma de México

Adrián Velázquez Ramírez

La democracia como mandato. Radicalismo y peronismo en la transición argentina (1980-1987),

Buenos Aires, Imago Mundi, 2019, 186 páginas

En la conferencia “Mal de archivo”, de 1994, Jacques Derrida recuerda que con el término *arkhé* los griegos nombraban tanto el *comienzo* como el *mandato*. Dice:

Este nombre coordina aparentemente dos principios en uno: el principio según la naturaleza o la historia, allí donde las cosas comienzan –principio físico, histórico u ontológico–, mas también el principio según la ley, allí donde los hombres y los dioses mandan, allí donde se ejerce la autoridad, el orden social, en ese lugar desde el cual el orden es dado.

La referencia de Derrida puede servir como un punto de partida para situar el recorrido que Adrián Velázquez Ramírez presenta en su libro sobre la recuperación institucional y la imaginación conceptual sobre la democracia política a partir de 1983. En efecto, no es impreciso señalar que comienzo y mandato son rostros de un mismo proceso cuando lo que se pretende es inscribir un nuevo tiempo de la experiencia política. Tiempo y espacio son metáforas que condensan la experiencia y que el concepto de *transición democrática* logró articular como un factor organizador de la misma. Si entre diferentes

cosas democracia significa ruptura temporal y bisagra institucional, también incluye una nueva semántica de los discursos radicales y peronistas en su búsqueda de nuevas formas de representación identitarias. El mandato, como un modo de articular las *demandas políticas* de una época, pone a jugar formas posibles de representar que eluden una visión trascendental de los actores sociopolíticos. Hay allí un eje central de este trabajo. Al no ser mero conteo de las partes ni espejo de la sociedad, el trabajo de la representación implica un ejercicio creativo que en el mismo movimiento pretende fundar una nueva temporalidad de la política. Así, pues, doble inscripción de la *arkhé* democrática.

Organizado en torno al período 1980-1987 y concentrándose en diferentes intervenciones discursivas (con epicentro en las destacadas figuras de Raúl Alfonsín y Antonio Cafiero), el libro desarrolla el curso que van tomando las fuerzas políticas y sus principales referentes ya desde los inicios de los años '80. Con un énfasis centrado en una descripción histórica más exhaustiva, este trabajo se suma a un conjunto de producciones que ya desde hace algunos años han venido contribuyendo a dilucidar las condiciones intelectuales,

políticas y discursivas del proceso democrático abierto en 1983.¹ Así, recuperando un conjunto de ideas y debates de la época, Velázquez indaga en aspectos clave de la formación de las dos culturas políticas locales más importantes, mostrando asimismo que muchas de las articulaciones conceptuales y discursivas que hoy dan forma a la esfera pública tuvieron en el transcurso de esos años un momento de compleja elaboración. Allí figuran la cuestión populista, el pluralismo, la representación y las identidades políticas, por nombrar los problemas teóricos y políticos más importantes que este trabajo se encarga de abordar desde un análisis centrado en los discursos políticos.

Decíamos, entonces, comienzo político e

¹ Amílcar Manuel Salas Oroño, *Ideología y democracia: intelectuales, partidos políticos y representación partidaria en Argentina y Brasil desde 1980 al 2003*, Buenos Aires, Pueblo Heredero, 2012. Ariana Reano y Julia Smola, *Palabras políticas. Debates sobre la democracia en la Argentina de los ochenta*, Avellaneda, UNDAV Ediciones, 2014. Nicolás Freibrun, *La reinención de la democracia, Intelectuales e ideas políticas en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2014. Martina Garategaray, *Unidos, La revista peronista de los ochenta*, Bernal, UNQ Editorial, 2018.

institucional: punto de partida con eje en los partidos políticos como los actores privilegiados de un horizonte posautoritario. Según las motivaciones del autor, “el presente libro se propone indagar sobre este proceso de cambio en el lenguaje político, focalizando en los cambios identitarios que durante la década de los ochenta experimentaron tanto el radicalismo como el peronismo”. En efecto, hay aquí un punto importante en la estructura del libro que es necesario subrayar. Distante de cualquier esencialismo, el discurso sobre la conformación de las identidades sociopolíticas en los años ‘80 se dirige a producir un efecto de ruptura y a trazar un punto de inflexión en las dos principales fuerzas políticas del país. Siguiendo la perspectiva analítica de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en el tratamiento de la organización social de las identidades políticas, Velázquez se aleja de un abordaje que remita a un centro explicativo último, confesando su adhesión a una perspectiva posestructuralista. En efecto, de alcance político pero también intelectual, la experiencia de ruptura señalará hacia adelante el devenir de los actores que propiciaban un cambio en los modos de producir la relación de representación. Un resultado parcial podrá observarse en las elecciones de 1983 cuando se consolida una competición política de tipo bipartidista, elevando a la UCR como primera fuerza nacional electoral. En ese marco, parte del trabajo de esos mismos partidos rendía sus frutos, al

posicionarse como las dos fuerzas políticas con mayor capacidad de producir representación. Sin embargo, al menos en los primeros dos años, las diferencias fueron notables para unos y otros. En ese contexto, no cabe duda de que los resultados del discurso alfonsinista, aprovechando el cisma peronista, produjeron un potente efecto performativo.

Por entonces, el liderazgo de Alfonsín dominaba la escena y las tensiones en el peronismo no hacían más que aflorar. Convulsionado y desorientado, el sector renovador dará un paso importante para producir una ruptura en el partido: también cumplía con su mandato histórico. El descrédito del período en el gobierno anterior al golpe de Estado de 1976, la derrota en las elecciones presidenciales de 1983 y la voluntad alfonsinista de representar a actores históricamente peronistas como una estrategia más amplia de representación –sin olvidar los efectos que dejó la denuncia del pacto sindical-militar por parte de Alfonsín–, hacían madurar las condiciones para el nacimiento de ese sector en el peronismo. Como la renovación era en gran medida un resultado de la derrota electoral del ‘83, sus principales referentes interpretaron que era necesaria cierta apropiación de la semántica política puesta en circulación por el alfonsinismo. Intentaban un peligroso juego de identificación, con el riesgo de diluir la propia identidad. Efectivamente, apenas un par de años después la historia daba un golpe de maestría dialéctica, generando

condiciones para su posterior derrota a manos del ex renovador Carlos Saúl Menem. Incluso el triunfo de Cafiero como gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1987 resultaría un factor insuficiente de cara a la interna peronista de 1988. Como confirma el propio Velázquez en un pasaje de su libro: “La apropiación y confirmación de un nuevo lenguaje político en el que paulatinamente convergieron radicalismo y peronismo, no debe, sin embargo, impedir apreciar las diferentes gramáticas exhibidas por una y otra fuerza política”.

Pero el cambio conceptual también exige un nuevo punto de partida. Con un ojo puesto en el pasado y otro hacia el futuro, el autor observa este doble registro que se da en la retórica movimientista y en la vocación hegemónica de Alfonsín, en el contexto de una irremediable escena pluralista. El radicalismo buscaba condensar esas tensiones productivas en torno a la búsqueda de una novedosa representación. Esta operación, recurrente en fuerzas políticas con un pasado popular, convocaba en el tiempo pretérito un imaginario de fuerzas políticas movilizantes, que vía un krausismo de tipo moral asumieran el sentido de las *demandas* del presente. El procedimiento confirmaba en cierta medida la voluntad de crear un lenguaje político que diera sustento y legitimidad a la experiencia en ascenso, dotando de nuevos significados a la práctica democrática y al concepto de lo político que le subyacía (un aspecto, este último, tal vez no muy trabajado por el autor).

Así, cambio político y cambio conceptual son dimensiones que con sus propios ritmos y modalidades forman parte de un mismo ejercicio hacia adelante. La investigación de Velázquez indaga en el proceso político con eje en el cambio conceptual, y a partir de allí observa cómo las innovaciones en el interior de un vocabulario político, que históricamente lo antecede, pueden inscribirse en términos de *futuro pasado* como posibilidad de ordenar las acciones del presente. En contra de cierto sentido común contemporáneo que tiende a producir una escisión o incluso a negar la relación entre acción política y orientación de los conceptos, Velázquez repone la noción básica de que un espacio público democrático es también el resultado por la lucha de ideas y la enunciación legítima, que desde su propuesta de análisis se desenvuelve alrededor de la noción de representación como un modo privilegiado de observar los pliegues de la dinámica social.

En este contexto surgían categorías de autoidentificación como la de “tercer movimiento histórico”, que Alfonsín movilizaba también desde un imaginario popular y con la condición de mantenerlo a distancia de cualquier connotación populista. Recordemos que el término populismo, de múltiples usos actuales, en el transcurso de los años de la transición era usado, sobre todo en el ámbito de la discusión conceptual, como índice de ruptura para delimitar pasado de presente, autoritarismo de democracia y

radicalismo de peronismo. Fueron ciertas figuras intelectuales en torno al proyecto de Alfonsín las que comenzaron a darle esos usos. Si esos sujetos tenían la intención de establecer ante todo una diferencia político-conceptual, el discurso de Alfonsín apuntaba a dar forma a las acciones de un presente que pudiese ordenar el futuro. Para él, esa distinción era un aspecto de una discusión mayor sobre la democracia como práctica y, fundamentalmente, sobre qué actores podían encarnarla en una sociedad en transición hacia un régimen posautoritario. Así, el proceso de transición y la formación de las identidades políticas en democracia tomaban forma sobre la búsqueda de un bipartidismo renovado.

III Si este proceso puede ser leído desde diferentes ángulos, hay un interés notorio por recuperar una dimensión asociada al surgimiento de ciertas ideas políticas y sus significados en un contexto lingüístico dado. Las preguntas sobre cómo se crea un nuevo lenguaje político, cuáles son las condiciones que posibilitan la emergencia de una posible innovación conceptual y quiénes son los creadores y/o receptores de esa posible semántica están a la orden del día. Velázquez da varias pistas, sobre todo indagando en los discursos de los políticos de esos años. Por supuesto, estas preguntas no son sencillas de responder y es imposible que un solo trabajo pueda hacerlo más que de un modo parcial.

Partiendo de la idea de Reinhart Koselleck de que los

conceptos políticos orientan y movilizan a los actores, aquí la democracia y sus posibles significados arraigan históricamente, al tiempo que el autor está atento a la capacidad de los líderes partidarios de *producir representación* en medio de los cambios que signan una época de crisis. Como hemos dicho, la representación no es portadora de un significado único, sino que es vista dinámicamente en relación a las estrategias discursivas de los actores y sus efectos performativos. La noción de representación elaborada no produce una clausura de sentido, pues se mantiene abierta y condicionada a las relaciones de fuerzas que surcan a la sociedad contemporánea.

Una última reflexión. A lo largo de las páginas del libro una ausencia se hizo presente. Me refiero al énfasis puesto sobre los intelectuales, que cumplieron un papel destacado en la organización de las ideas políticas del período estudiado, así como en el acompañamiento, a veces orgánico y otras veces no tanto, del proceso abierto en 1983. Tanto desde el polo radical y sus satélites, como desde el campo de los peronistas renovadores, el lugar de los intelectuales cumplió un papel ostensible. Sin embargo, con este señalamiento no se pretende sugerir la idea de infinitas interpretaciones de una época, sino que se trata –siguiendo una de las búsquedas del libro– de poder captar el proceso de construcción conceptual en una dimensión más amplia, dando lugar a

aquellos procedimientos que intentaron organizar, enunciar y brindar un direccionamiento al proceso de la transición. En el registro de la historia reciente y en los aportes de la historia intelectual, decir democracia en el Cono Sur de los años '80 es también

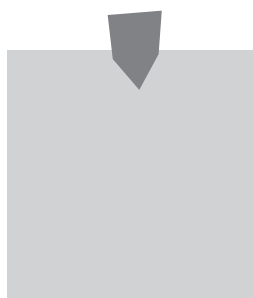
convocar a las figuras intelectuales.

Finalmente, el libro de Adrián Velázquez Ramírez es una contribución muy importante para comprender una época de la historia reciente a través de sus discursos, acciones y efectos en

el tiempo, que sin lugar a duda, y como lo demuestra el libro, sigue siendo necesario indagar.

Nicolás Freibrun
Universidad Nacional
de Mar del Plata

Fichas



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

La sección Fichas se propone relevar del modo más exhaustivo posible la producción bibliográfica en el campo de la historia intelectual. Guía de novedades editoriales del último año, se intentará abrir crecientemente a la producción editorial de los diversos países latinoamericanos, por lo general de tan difícil acceso. Así, esta sección se suma como complemento y, al mismo tiempo, como base de alimentación de la sección Reseñas, ya que de las fichas sale una parte de los libros a ser reseñados en los próximos números.

Yann Potin et Jean-François Sirinelli (dirs.), *Généralisations historiennes, XIX^e-XX^e siècle*, París, CNRS Éditions, 2019, 800 páginas

Tras la hegemonía braudeliana y la crisis de la epistemología histórica en los años 1970, los historiadores franceses comenzaron a publicar una serie de obras colectivas que manifestaban la diversidad, la fragmentación de nuevos objetos y problemas y el carácter colegiado de la tercera y la cuarta generación de *Annales*. Si bien no todos ellos adscribían esta última pertenencia, una tradición dio inicio en 1974 con *La Historia hoy* y la célebre *Hacer la historia*, hasta llegar al *Dictionnaire de l'historien* en 2015, ciclo que, por el momento, se cierra con este libro que reseñamos, que combina nuevas promesas con viejos maestros. La obra, dirigida por Yann Potin y Jean-François Sirinelli, se estructura con el concepto de “generación”. En la primera parte, una historia de la historiografía en Francia desde fines del siglo XVIII hasta inicios de los años 1940, se propone una historia sociocultural y política de los historiadores a través de catorce generaciones, casi como rescate de la gran *Histoire et historiens*, la obra pionera de Carbonell (1976) sobre la sociología del oficio. En la segunda parte, que continúa con los historiadores que nacieron entre 1942 y 1983, se retoma un género autobiográfico propiciado por Pierre Nora que tampoco tuvo continuidad, puesto que,

apelando al precepto bourdesiano, la comunidad historiadora siempre lo consideró demasiado “ilusorio” y subjetivo. Tras la rehabilitación de la biografía durante la última década, estos veintiséis testimonios dan cuenta de un inevitable cambio hacia la egohistoria, aunque aún se formule con cierta perplejidad. La tercera y última parte es la menos experimental de las propuestas a juzgar por los tópicos que la componen, ya muy recurrentes en las obras precursoras: la clásica periodización cuatripartita, la *féodalité*, la Revolución francesa, las Guerras mundiales, las relaciones de la historia con las ciencias sociales, la literatura o la memoria y su enseñanza. Ante semejante costumbrismo, es un decisivo síntoma de formalización que en esta nómina bien tradicional se incluyan también la historia de las mujeres junto con la *histoire du genre* (un término, este último, normalmente resistido en Francia) y la historia colonial, por lo general muy marginada o inexistente en las historias nacionales. Hasta aquí llega el grado de innovación que la historiografía francesa más instituida se permite. Confiemos en que los próximos repertorios colectivos incorporen un mayor número de nuevas problemáticas, conserven este afán epistemológico y continúen con la promisorio dirección que retomó esta obra, francamente, monumental.

Andrés G. Freijomil
UNGS

Gisèle Sapiro (dir.), *Dictionnaire International Bourdieu*, París, CNRS Éditions, 2020, 963 páginas

El proyecto coordinado por Gisèle Sapiro, que reunió a más de un centenar de colaboradores de diferentes países y de diversas procedencias disciplinares, se presenta como una de las más ambiciosas empresas de investigación sobre la obra de Pierre Bourdieu. Organizado a partir de entradas que recuperan líneas de investigación, disciplinas, eventos político-culturales o tradiciones intelectuales con (y contra) las cuales se posicionó Bourdieu, el diccionario recupera episodios de la trayectoria biográfica del sociólogo francés además de voces temáticas que permiten descubrir las recepciones de su monumental labor académica y política en variados contextos geográficos y temporales. Así, el volumen no solo supone una introducción informada a las dimensiones centrales (y periféricas) de la vastísima producción de Bourdieu sino que ofrece una aproximación plural a las variaciones de intereses, diálogos y combates que movilizó la sociología del intelectual “más citado del mundo”. A través de las 646 entradas, el perfil “internacional” de este diccionario se evidencia no solo en las firmas de los participantes sino en la atención al derrotero transnacional de la obra bourdieusiana.

A partir de la respuesta de Sapiro a la pregunta “Qui est Pierre Bourdieu?”, ensayo introductorio al

volumen, las entradas se agrupan por categorías: conceptos, personas, objetos y temas, obras, lugares-instituciones-revistas, corrientes intelectuales y paradigmas, disciplinas y sub-disciplinas, métodos, acontecimientos y períodos, y países-regiones-ciudades, entre ellas algunas dedicadas a la Argentina (Gustavo Sorá), Bolivia (Franck Poupeau), Brasil (Afrânio García Jr.) y Chile (Fernanda Beigel y Juan J. Morales). Además de las nociones más frecuentadas de la constelación conceptual de Bourdieu (campo, *habitus*, capital, interés) el diccionario ofrece muy interesantes entradas a palabras clave menos visitadas, a los vínculos menos obvios con diferentes tradiciones culturales o un recorrido intensivo por algunos de sus principales libros. El “mosaico” planteado en el diccionario resulta un balance reflexivo, pero también una renovada propulsión al estudio en detenimiento de Pierre Bourdieu.

Ezequiel Grisendi
UNC

Stefan Müller-Doohm,
Jürgen Habermas. Una biografía, traducción
de Alberto Ciria,
Madrid, Editorial Trotta, 2020,
642 páginas

El principal interés de esta obra radica en que, a diferencia de anteriores biografías sobre Habermas, indaga en su vida pública: sus ideas y sus obras funcionan como mojoneros de un derrotero, recuperan sus prácticas de sociabilidad, el camino del reconocimiento académico, las estrategias editoriales y la combinación de reflexión filosófica con intervención pública. En el prólogo, el autor deconstruye la engañosa unidad de la Escuela de Frankfurt y el lugar que se le asigna a Habermas en ella. La primera parte de la obra rastrea sus primeros años bajo el nazismo, el punto de inflexión que representó la posguerra, sus estudios en Gotinga, Zurich y Bonn, su tesis sobre Schelling, su trabajo como periodista y sus inicios como intelectual público. La segunda parte trata los vínculos con Adorno y Horkheimer y culmina con su dimisión en 1981 al Instituto Max Planck. Es la época del teórico social y de obras como *Teoría y praxis o Ciencia y técnica como “ideología”*. La tercera comienza con un giro hacia la teoría de la comunicación y el pragmatismo (su gran obra *Teoría de la acción comunicativa*), y cierra con su polémica posición frente a la Guerra del Kosovo. El último apartado traza su derrotero desde el debate Goldhagen y culmina con sus críticas al gobierno Merkel en 2013, cuando la unidad de

Europa y la democracia participativa devienen sus principales preocupaciones. Desde la obra clásica de Thomas McCarthy (1981) sobre el pensamiento habermasiano, el mundo angloparlante ha sido muy receptivo con su obra y, de hecho, algunos de los estudios más importantes se han publicado originalmente en inglés. A juzgar por la casi prescindencia de alusiones a esa tradición y, en realidad, a cualquier otra, esta biografía parecería buscar la reapropiación del universo de Habermas por y para los alemanes. Por otro lado, pertenece al conjunto de las que se escriben en vida de sus biografiados, situación que la torna aun más provisoria. A lo que se suma el hecho de que Habermas, de una erudición y productividad poco comunes, continúa muy activo, sigue reformulando sus ideas y publicando obras de valor, como su último y monumental *Auch eine Geschichte der Philosophie* (2019), donde indaga la relación entre conocimiento y creencia en la historia de la filosofía occidental. Aunque difícilmente se convierta en un clásico, esta biografía constituirá, de todos modos, una referencia necesaria no solo para restituir la vida pública de uno de los intelectuales más incisivos y comprometidos de los últimos tiempos, sino también un modelo sobre la forma en que los alemanes del siglo xx representan a sus intelectuales.

Andrés G. Freijomil
UNGS

Andrea Gamberotto,
Vital Forces, Teleology and Organization. Philosophy of Nature and the Rise of Biology in Germany,
Cham, Springer, 2018, 156
páginas

El libro tematiza el proceso histórico-intelectual que, entre fines del siglo XVIII y principios del XIX, conduce a la constitución de la biología en Alemania. El autor discute las reconstrucciones históricas que ven en las teorías vitalistas y en la *Naturphilosophie* romántica obstáculos para su desarrollo, y, por el contrario, sostiene que ellas han cumplido un rol clave en la delimitación de la biología como un campo autónomo con respecto a la física y a la química. Confronta con Timothy Lenoir, quien en su influyente *The Strategy of Life* (1982) había afirmado que a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de la epistemología kantiana y en el marco de la Escuela de Gotinga, se gesta un “teleomecanicismo” en el cual el principio teleológico asume un sentido gnoseológico (no ontológico), lo que permite tanto una conciliación con el materialismo naturalista como una diferenciación con las metafísicas vitalistas y románticas. Con esta tesis, Lenoir buscó desmontar las historias de la biología que contraponen retroactiva y acríticamente causalidad eficiente y teleología, reconociendo la legitimidad epistémica de esta última en la génesis de la biología.

Retomando cuestionamientos de Richards y Zammito, entre otros, Gamberotto subraya que la tesis

de Lenoir es conceptualmente arbitraria e históricamente insostenible. Afirma que su rehabilitación de la teleología es (aún) “culposa” y no supera los problemas metodológicos de las tradicionales historias de la biología, además de sobrevalorar el impacto de la tercera crítica de Kant e infravalorar el rol jugado por las corrientes vitalistas, románticas y poskantianas. La tesis del libro es la siguiente: en el período tematizado hubo una transición desde una concepción externa de la teleología (vinculada con la intención, el diseño inteligente, etc.), hacia una concepción interna (que piensa la vida como proceso autónomo y “autoorganizado”). Esta última despuntaría en aquellas corrientes, y su reivindicación de la especificidad ontológica de la vida habría contribuido a constituir a la biología como ciencia unificada. En los dos primeros capítulos, el autor se focaliza en la Escuela de Gotinga, distingue varios sentidos de “vitalismo” y analiza la formación de la fisiología comparada como superación de la historia natural taxonómica. En los dos últimos, analiza la *Naturphilosophie* romántica, su vínculo con los vitalismos precedentes y su consumación en la obra de Treviranus (el primero en emplear la palabra “biología” en el contexto germanoparlante). En la conclusión, aborda la lectura de Hegel de los *Naturphilosophen* en contraposición a la teleología (externa) kantiana.

Juan Manuel Heredia
UNQ / UBA / CONICET

Dora Barrancos,
Historia mínima de los feminismos en América Latina,
Ciudad de México, El Colegio de México, 2020, 274 páginas

Barrancos ofrece en este libro una sucinta historia de los feminismos en América Latina que será de gran utilidad para un público amplio de estudiantes e investigadores. El libro se concentra en el siglo XX, aunque hace algunas menciones a tiempos previos y posteriores. El estudio de los casos está dividido en dos partes estructuradas de acuerdo a un criterio geográfico. La primera parte se ocupa de México, Centroamérica y el Caribe. La segunda sección trata los feminismos en América del Sur. Siguiendo este esquema la autora dedica un apartado a cada país.

La introducción que abre el libro ofrece un breve pero equilibrado resumen de la historia del término, de las discusiones que han acompañado a los movimientos feministas y del accionar de estos en el mundo occidental. Allí Barrancos presenta datos históricos y también se adentra en aquello que podríamos considerar parte de la historia intelectual del feminismo. La sección comienza definiendo qué es lo que se entiende como feminismo y delinea algunas consideraciones generales. Estas últimas son importantes para luego guiarse por los casos particulares. Allí explica la progresión de las demandas de los grupos feministas y las relaciones del feminismo con otros movimientos sociales. En la definición que provee Barrancos el feminismo

constituye una corriente de pensamiento y de acción política. Estas dos dimensiones se encuentran desarrolladas a lo largo del trabajo.

Para abordar los casos individuales Barrancos se detiene en algunos puntos que se repiten y estructuran los distintos apartados. Para cada caso provee un análisis de la obra y el pensamiento de las figuras precursoras, de las relaciones del feminismo con las historias políticas nacionales y de los principales proyectos de esta corriente en cada nación. La autora también describe el estado de los estudios de género en cada ejemplo. La imagen que emerge del conjunto subraya el plural con el que Barrancos titula el libro: el feminismo en América Latina asumió tiempos y características diferentes según el caso nacional.

El postfacio se ocupa de los feminismos del siglo XXI. Según la autora estos han cobrado un protagonismo inédito, convirtiéndose en un acontecimiento de masas. Los feminismos contemporáneos traen consigo nuevas agendas y convocatorias que en la mirada de Barrancos revelan “la excepcional fortaleza que ha tomado la identidad feminista en la región” (p. 407).

Flavia Fiorucci
UNQ / CONICET

Marixa Lasso,
*Erased: the untold story
of the Panama Canal*,
Cambridge (MA), Harvard
University Press, 2019, 344
páginas

La posición estratégica del istmo panameño lo puso en la encrucijada de intereses globales desde los tiempos de la Colonia, y ya en el período independiente fue razón de la inestabilidad política del área, que hizo que Panamá tuviera un estatuto variable (estado federado, provincia, estado independiente), en una combinación complicada de alianzas, movimientos autonomistas y avances de las potencias mundiales por el control del tránsito transoceánico. Así, la separación de Panamá de Colombia en 1903 estuvo asociada a la posibilidad de un acuerdo con los Estados Unidos para la construcción de un canal que el senado colombiano había rechazado: el mismo año en que se independiza, se firma el tratado y en 1914 se termina una de las obras más asombrosas de la época, que dejó a los Estados Unidos con el control de la franja por todo el siglo. Todo eso es historia conocida.

Lo que no lo era, y se encarga de contar Marixa Lasso, es que las activas ciudades panameñas de la *zona* bajo dominio norteamericano fueron erradicadas entre 1913 y 1916, desplazando a 60.000 habitantes (el 14% de la población de Panamá en la época). Una erradicación innecesaria en términos técnicos (la mayoría de esas ciudades no quedaba afectada por las obras), dictada por razones políticas e ideológicas,

que impusieron en la *zona* una idea virginal y romántica del trópico. Esa decisión iba a “borrar” no solo las ciudades mismas con su población y su larga historia; también los debates políticos y culturales de los primeros años de control norteamericano sobre el futuro de la *zona*. Lo que se “borró”, sobre todo, fue la propia historia de la modernidad panameña. Y esto es uno de los aspectos más interesantes del libro: no contrasta la intervención norteamericana con alguna esencia local, sino con la temprana modernización debida a la propia función del tránsito transoceánico, en el que las ciudades y sus pobladores jugaron siempre un papel comercial y tecnológico de avanzada. Y también político, dice la autora, si se piensa en el republicanismo enraizado en la región desde la Independencia. Todo eso fue “borrado” por un imaginario racista que debe excluir al trópico del Occidente moderno y civilizado.

La “historia no contada” de la zona, entonces, es la del trópico moderno, las ciudades desaparecidas y su gente, los debates por su futuro y la imposición de ese imaginario eurocéntrico. Una historia fascinante, aunque desde otras regiones del continente sea lícito cuestionar la tendencia del libro a generalizar para toda América Latina sus conclusiones, ya que es posible encontrar muy diversos tipos de relación entre las múltiples modernidades locales y las representaciones sobre ellas de las varias potencias imperiales actantes.

Adrián Gorelik
UNQ / CONICET

Horacio Tarcus,
Las revistas culturales latinoamericanas. Giro material, tramas intelectuales y redes revisteriles, Buenos Aires, Tren en movimiento, 2020, 128 páginas

En este nuevo libro Horacio Tarcus, haciendo gala de su erudición y su conocimiento del mundo revisteril, como parte de su propia historia personal como editor de revistas y director del CEDINCI y del portal de revistas AMERICA LEE, nos propone un sintético pero rico recorrido por los estudios que desde diversas perspectivas han tomado como actores a las revistas culturales latinoamericanas.

Mucho se ha dicho sobre las revistas culturales y es por eso que el libro más que proponer una definición propia, es una invitación a recorrer los procesos que han impulsado su estudio y sus múltiples definiciones. Es así que tomando los aportes y las herramientas de diversas disciplinas que van desde la historia literaria a la nueva historia intelectual, se revisitan los trabajos que abordaron revistas pasando de la dimensión textual a la material, de la producción a la recepción, del autor al lector, de lo individual a lo colectivo, de la cultura letrada a la cultura plebeya, de lo nacional a lo internacional, de lo sustancial a lo relacional, de lo autoral a lo reticular. Iniciando su recorrido en 1917 con las revistas literarias y finalizándolo en la era digital con las revistas del siglo XXI, las revistas culturales son entendidas por Tarcus como un sub campo dentro del campo

intelectual, con una lógica propia que llama campo revisteril y que se refiere al campo de fuerzas donde la revista “luchó por su reconocimiento reconociendo relaciones sincrónicas de alianzas, competencia y rivalidad y linajes diacrónicos de legitimación”.

De este modo el libro da cuenta e invita a pensar los estudios sobre revistas como un campo de estudios emergente y en movimiento. Si bien los primeros esfuerzos por explorar las revistas latinoamericanas provinieron, a mediados del siglo xx, de los Estados Unidos, entre 1980 y 1990 de Europa y recién en los años 90 de América Latina con las primeras cartografías, las antologías o las ediciones facsimilares, hoy este campo se ve enriquecido por los portales digitales, el furor hemerográfico y la proliferación de grupos, centros y proyectos sobre revistas (fundamentalmente radicados en México, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil). Es así que, sin ánimos de clausurar su estudio, el libro cierra con una contribución a una bibliografía sistemática sobre revistas culturales de América Latina; una minuciosa cartografía que se convierte en un excelente mapa de ruta, que en su manifiesta no exhaustividad, invita al lector y al estudioso de las revistas a consultarlo y completarlo.

Martina Garategaray
UNQ / CONICET

Ivette Lozoya López,
Intelectuales y revolución. Científicos sociales latinoamericanos en el MIR chileno (1965-1973), Santiago de Chile, Ariadna Ediciones, 2020, 349 páginas

Este libro se plantea una cuestión interesantísima: las relaciones entre intelectuales y revolución en una Santiago de Chile desbordante de ambos. En efecto, para 1965 se había consolidado en esa ciudad el nodo más denso de la institucionalidad latinoamericana de las ciencias sociales (con CEPAL y FLACSO como ejemplos de punta), a la vez que el proceso de profundización democrática iniciado en el sexenio demócrata-cristiano (1964-1970) y continuado en la frustrada experiencia socialista (1970-1973) venía favoreciendo la instalación de un núcleo de intelectuales exiliados por los golpes de Estado en sus países (especialmente el Brasil y la Argentina), así como una intensificación de la vida política, la movilización social y la compulsa teórica e ideológica acerca de las vías para una revolución que parecía asequible en el fragor de la Guerra fría.

La autora elige bien las canteras temáticas que aborda: desde el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina, hasta la imbricación de los académicos latinoamericanos en la vida universitaria y política en Chile; desde la elaboración de un pensamiento autónomo (las diversas variantes de la teoría de la dependencia) hasta la incorporación de un grupo de

cientistas sociales al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), de cuyos dirigentes se hace un seguimiento detallado, con un trabajo de fuentes de interés intrínseco.

Eso sí, el enfoque de la investigación surge de una reacción a lo que define despectivamente como un historicismo aséptico, al que le opone una identificación enfática con el objeto de estudio, que toma la forma de una historia épica. Es tan inflamada la descripción del momento que vivían las ciencias sociales comprometidas, como la de la evolución de la dirigencia del MIR hasta la elección de la vía armada. Y la mimetización de la autora con esa vertiente específica es tan completa que, por ejemplo, en lugar de examinar analíticamente los conflictos entre la primera generación de dirigentes del MIR (en contra del foquismo) y la de los jóvenes que los desplazan (a su favor), se limita a describir a los primeros con juicios idénticos a los acuñados por los segundos para descalificarlos: “eran de una generación donde la reflexión política nunca necesitó superarse para convertirse en acción revolucionaria”. Solo un ejemplo del modo en que el partidismo obstaculiza la historia intelectual anunciada, convirtiendo un proyecto promotor de uno de esos típicos relatos edificantes que las organizaciones políticas se narran a sí mismas sobre su rol en la Historia.

Adrián Gorelik
UNQ / CONICET

Florencia Guzmán y María de Lourdes Ghidoli (eds.), *El asedio a la libertad. Abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur*, Buenos Aires, Biblos, 2020, 447 páginas

Continuando con la línea de trabajo inaugurada por el Grupo de Estudios Afrolatinoamericanos en sus *Cartografías afrolatinoamericanas* (2013, 2016), el libro compilado por Florencia Guzmán y María de Lourdes Ghidoli reúne once trabajos que abordan desde diferentes perspectivas la abolición y la posabolición de la esclavitud en el Cono Sur a lo largo del siglo XIX. En función de ello, los autores establecen un diálogo interdisciplinar que comprende la historia política, intelectual, social (del trabajo y de la justicia), la antropología histórica y los estudios de la cultura visual.

En su ensayo sobre el patrocinio jurídico a los esclavos en Buenos Aires entre 1806 y 1821, Lucas Rebagliati analiza el modo en que los actores implicados resuelven el dilema entre la libertad y la propiedad. Centradas en aquel espacio, Paulina Alberto y Florencia Guzmán introducen la perspectiva de género, poniendo en evidencia la precariedad estructural de la libertad de las mujeres esclavizadas y sus descendientes durante el período abolicionista. Agustina Barrachina también apela a esa perspectiva para estudiar la educación segregada de las niñas afrodescendientes en las escuelas de la Sociedad de

Beneficencia. Por su parte, Magdalena Candiotti analiza un manual de piedad dirigido a pardos y morenos, mostrando la ambigüedad que encerraban las políticas del clero hacia la población afrodescendiente. Partiendo de la noción de raza como eje articulador, María de Lourdes Ghidoli da cuenta de la relación entre afrodescendencia y cultura visual durante el proceso abolicionista y posabolucionista.

Ampliando el recorte espacial clásico de la historiografía abolicionista rioplatense, Fátima Valenzuela indaga en el proceso de abolición gradual de Corrientes. En esa misma línea, Guido Cassano da cuenta del proceso de militarización de afrodescendientes y su posterior integración al mercado laboral en Carmen de Patagones. Situado en Montevideo, Alex Borucki muestra cómo los juicios por la libertad de los soldados libertos condujeron a la difusión de ideas abolicionistas en la prensa entre 1828 y 1831. Florencia Thul Charbonnier también indaga en ese espacio para mostrar las prácticas continuadoras del tráfico de esclavos por comerciantes brasileños entre 1830 y 1852. Por último, Hugo Contreras Cruces reconstruye las representaciones sobre la población afro que circulaban en Chile en el período posabolucionista para explicar las razones de su supuesta desaparición social y dilución cultural.

Francisco Sosa
UNSAM / CONICET

Beatriz Bragoni,
San Martín. Una biografía del Libertador,
Buenos Aires, Edhasa, 2019,
336 páginas

La biografía sobre San Martín de Beatriz Bragoni representa el estudio más detallado hasta ahora publicado sobre la vida de uno de los principales “héroes” de la historia argentina. La autora no solo reconstruye con un dominio notable de fuentes primarias y secundarias –centradas en la nueva historia política argentina y latinoamericana– la trayectoria de San Martín desde su juventud –cuando como joven oficial del ejército realista combatió en las guerras atlánticas– hasta su exilio, ostracismo y muerte en Francia en 1850. Propone también, a partir del género biográfico, una historia conectada de la independencia en el Río de la Plata y de los usos públicos del militar durante la segunda mitad del siglo XIX y el XX.

En los primeros cinco capítulos Bragoni sigue la trayectoria de San Martín por la Península ibérica, el Río de la Plata, Chile y Perú, en su transformación política y militar de teniente coronel en gobernante-guerrero de las independencias (dinamizadas por la Logia Lautaro, a la que pertenecía). Desde su llegada a Buenos Aires en 1812, San Martín adquirió un rol central en la dinámica de la militarización de la política del Río de la Plata: primero con la creación del Regimiento de Granaderos –base para la profesionalización de ejército–; luego con su plan de independencia que implicaba cruzar la cordillera,

independizar a Chile y, a través del Pacífico, al Perú. La guerra local se transformaba en una continental. La historiadora muestra la relevancia que el líder militar tuvo en la declaración de independencia del Congreso de Tucumán en 1816 y en el Directorio de Pueyrredón. Bragoni analiza la inclinación de San Martín por la monarquía constitucional en relación a su idea del orden y a su rechazo a las divisiones y los desbordes populares, que identificaba con la anarquía y el federalismo.

En el capítulo sexto y séptimo, la autora explora el “peregrinaje del guerrero” iniciado con la dimisión de San Martín como Protector del Perú en 1822, luego de su entrevista con Bolívar en Guayaquil: describe sus estancias en Europa, su viaje a Buenos Aires en 1829 y el “desembarco imposible” ante la guerra entre unitarios y federales, su instalación en Francia y, tras su muerte, el “rescate de San Martín del olvido” como héroe de la patria durante la segunda mitad del siglo XIX. En el último capítulo, la autora examina los usos públicos de San Martín para interpelar los distintos presentes de la Argentina en el siglo XX en un ejercicio de historia y memoria.

Publicada en la excepcional colección de Edhasa, Bragoni logra desmitificar a San Martín y presentarlo como un hombre atravesado por las tensiones y los dilemas de la revolución. Estas lo convierten en un héroe trágico y en un problema histórico e historiográfico constitutivo de la Argentina como nación.

Gabriel Entin
UNQ / CONICET

María Vicens,
Escritoras de entresiglos. Un mapa trasatlántico. Autoría y redes literarias en la prensa argentina (1870-1910),
Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2020, 340 páginas

¿Cómo fue el proceso por el cual ingresaron las mujeres al campo de la escritura profesional en la Argentina? Si bien ya teníamos respuestas parciales a esta pregunta, el libro de María Vicens –*Escritoras de entresiglos: un mapa trasatlántico*– ofrece una visión de conjunto que se convertirá en un aporte fundamental para entender este proceso y para pensar los modos en que las mujeres se convirtieron en intelectuales en la Argentina.

El estudio de Vicens reconstruye con erudición y una cuidada atención a los matices los perfiles autorales de las primeras escritoras mujeres hispanoamericanas que desarrollaron su labor en el campo cultural argentino de entresiglos, desde las últimas dos décadas del siglo XIX hasta el Centenario. Para evaluar cómo se da la visibilización y la legitimación de la figura de la escritora en la Argentina, Vicens investiga tanto los textos escritos como los soportes materiales, las prácticas, las poses y los intercambios a los que estas mujeres apelaron para dar a conocer sus obras y legitimarse como autoras. El trabajo analiza una gran cantidad de casos y se enfoca en los periódicos literarios para mujeres que aparecieron en ese momento: *La Ondina del Plata*, *El Álbum del Hogar* y *La Alborada del Plata*, pero

también incluye otros diarios como *La Nación* y *El Correo Español*.

Dividido en cuatro largos capítulos y un epílogo, la mayor parte del libro está dedicada a las figuras precursoras. Para abordarlas la autora va y vuelve de un lado del Atlántico para demostrar que las carreras de esas primeras escritoras se tejieron en una geografía de publicaciones, viajes, visitas, amistades y redes transatlánticas unidas por una lengua en común. Vicens encuentra que para estas escritoras la retórica sororal constituyó una estrategia de legitimación y un refugio en un campo progresivamente más refractario a la participación femenina. La investigación identifica a la prensa periódica como un instrumento clave en ese proceso de legitimación de la figura de la mujer de letras. El capítulo cuarto y el epílogo se adentran en el siglo xx. Allí la autora observa que en ese contexto se producen una serie de giros que asocia a la emergencia de una figura nueva: la de la escritora moderna. En oposición a sus antecesoras, esta deja de lado la retórica sororal, privilegia la escena nacional, a la vez que articula un discurso que confronta más abiertamente con las representaciones más tradicionales de la mujer.

Flavia Fiorucci
UNQ / CONICET

Catalina Fara,
Un horizonte vertical. Paisaje urbano de Buenos Aires (1910-1936),
Buenos Aires, Ampersand,
2020, 273 páginas

El libro de Catalina Fara, basado en su tesis de doctorado, retoma y desarrolla un universo de problemas, temas y fuentes que cuentan con un considerable desarrollo en el país. Se ocupa de la construcción de imaginarios urbanos en la modernización de Buenos Aires entre dos fechas clave para analizar las distintas formas en que la urbe fue figurada por la producción cultural. Desde 1988, cuando Beatriz Sarlo publicó *Una modernidad periférica*, al estudio de representaciones literarias se sumaron los registrados por la historia urbana y del paisaje (en varias obras de Adrián Gorelik y Graciela Silvestri, así como en el libro editado por Margarita Gutman y Thomas Reese sobre el Centenario, entre otros) y los producidos por la historia de la cultura visual (dentro de los cuales destacamos a Laura Malosetti y a Verónica Tell).

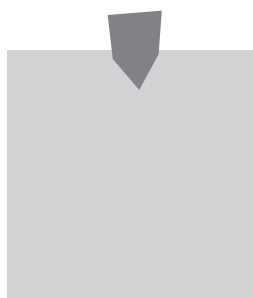
El libro abreva de esta “tradición” de las relaciones entre cultura y Buenos Aires moderna, recortando temas que amplía y desarrolla como conjunto. Se lee como una suerte de panorama o trama coral de imágenes literarias y visuales sobre la ciudad, privilegiando las últimas. El concepto de imaginarios urbanos resulta un instrumento muy productivo para construir este universo amplio de representaciones obrantes en la literatura, la prensa, la pintura,

la fotografía o las postales, entre otras; al mismo tiempo, el concepto no estimula a calibrar de manera precisa los vínculos dentro de ese conjunto heterogéneo de materiales. Sin embargo, el interés de la autora en la pintura y en la cultura visual, presente a lo largo de toda la obra pero desarrollado de manera específica en los dos últimos capítulos, permite organizar de manera más precisa las relaciones entre formas de ver, imágenes y ciudad al complejizar ese vínculo contemplando trayectorias de artistas o grupos, propuestas estéticas y disputas del campo intelectual. Allí se encuentra el sector más original del libro, con aportes como el de la construcción de itinerarios de pintores en la ciudad –siguiendo los mapas que delinean sus obras– que tal vez podrían sugerir aun más preguntas que las expuestas.

Se destaca la edición de Ampersand, editorial en que este rico libro encuentra un adecuado lugar integrando la colección Caleidoscópica, dirigida por Sandra Azir.

Anahi Ballent
UNQ

Obituarios



Prismas

Revista de historia intelectual
Nº 25 / 2021

Marc Fumaroli (1932-2020)

Tras la vigía o el libelo, no han sido pocas las publicaciones de Francia y el mundo que en junio de 2020 despidieron con algún calificativo altisonante a Marc Fumaroli, uno de los grandes historiadores de la literatura francesa del siglo xx: “Chateaubriand pierde un amigo” (*Le Figaro*), “Brillante reaccionario de las letras” (*La Croix*), “Un príncipe del espíritu” (*Revue des deux mondes*), “La alegría del saber” (*El Mundo*), “Defensor de la cultura francesa” (*The New York Times*), “El esteta liberal contra el socialismo cultural” (*Contrepoints*), “El último profesor” (*Le Point*), “El antimoderno” (*France24*), “Más palabras que modas” (*Marianne*). Han sido pocas las publicaciones –*Le Monde* entre ellas– que contuvieron sus pasiones al anunciar su fallecimiento y lo cierto es que nada tiene de sorprendente. Marc Fumaroli no solo ha sido uno de los más importantes especialistas en la literatura del inefable siglo xvii francés, escritor de una prosa exquisita y un notable restaurador de la tradición retórica clásica, sino también un irreverente polemista que, bajo el venerable acorazado que proyectaba su erudición, bregaba por la sacralización de la alta cultura y combatía la profanación del arte: “mi cultura es la del alma, no la de las masas”, confesó en 2012. Partidario de un “mecenasmo operativo” que, por momentos, recuerda las exhortaciones de Jacques Barzun en *La casa del intelecto* (1959) y, sobre todo, de Allan Bloom en *El cierre de la mente moderna* (1987), desde los años 1980, Fumaroli se invistió como el enemigo declarado de una “religión” estatal patrocinada por emblemáticos ministros socialistas de asuntos culturales, quienes, sostuvo, burocrataron el arte y la cultura a través de un “totalitarismo brechtiano” que instauró el clientelismo populista. En efecto, con la obra

El Estado cultural. Ensayo sobre una religión moderna (1990) su voz comienza a ser conocida por fuera del círculo académico gracias a lo cual termina investido como el mordaz intelectual público de una forma *vieillissante* y no menos elitista de entender la literatura, el arte y la cultura universitaria. Su defensa de la lengua francesa como un actual reducto de sofisticación ante el imperio del inglés (ampliamente desarrollada en el estudio histórico de 2002, *Cuando Europa hablaba francés*) y su lucha por la conservación del latín y el griego en la enseñanza secundaria, funcionaban como anticuerpos frente al “fanatismo igualitario” que inauguró la “utopía cultural” del Mayo francés, el cual, según ha lamentado, terminó otorgándole un escandaloso lustre al *pop art*, al *rock* y, en suma, a todo el arte contemporáneo tal como lo describe en *París-Nueva York-París. Viaje al mundo de las artes y de las imágenes* (2009). Sin embargo, ese imaginario aristocrático de un mundo ya inexistente, si es que tal mundo alguna vez tuvo lugar, tampoco debería traducirse en un simple bati-burrillo liberal (pese al modo en que el público de centro-derecha siempre se ha identificado con sus obras y declaraciones), sino en la nostálgica trinchera de una *culture savante* que jamás debía ceder ante el mal gusto, ante el consumismo que la cultura del espectáculo trajo consigo, ante la mercantilización de las bellas artes y las *belles lettres*, ni ante el vampirismo de empresas como *Amazon* que, entre otras cosas, condenan las ancestrales librerías a una ominosa extinción. En todo caso, cualquier asomo de resistencia libertaria que pueda haber aquí se diluye tras un encomio conservador muy borgesiano que, inevitablemente, se confunde, refracta y da sentido a la zona más erudita de su obra.

Marc Fumaroli nació en Marsella el 10 de junio de 1932 en el seno de una familia de origen corso, pero con el traslado de su padre como funcionario colonial a Marruecos, se instala en la ciudad de Fez donde pasa toda su infancia y adolescencia. Realiza sus estudios secundarios y el bachillerato en el *lycée* de Fès-Ville-Neuve donde, desde los 12 años y a instancias de su madre, ya reía con Molière y se extasiaba con Corneille en aras de “recrear mentalmente varias épocas a la vez”. Más allá del mero relato de infancia, hay en la elección de este recuerdo no solo una evocación de su futura predilección por la literatura del siglo XVII, sino un modo de asumir el tiempo histórico, siempre atravesado por la imaginación bibliográfica de un pasado literario cuya sociabilidad intentaba reconstruir, pero también emular en un presente que, no obstante, siempre tuvo algo de inhóspito. De allí, tal vez, que nunca se haya mostrado muy elocuente sobre su vida privada y se haya negado, en más de una ocasión, a escribir sus memorias. Con todo y quizá por esa misma razón, de lo que no cabe ninguna duda es del asiento institucional que, desde un principio, supo darle a su carrera, a juzgar, al menos, por la imperturbable fluidez con la que transita cada instancia académica. Así, de regreso a Francia, cursa el ciclo superior en el *lycée* Thiers de Marsella, continúa, luego, en la Universidad de Aix-en-Provence y en la Sorbona, donde recibe su *agrégation* en letras clásicas en 1958. Entre septiembre de aquel año y enero de 1961, en plena Guerra de Argelia, realiza el servicio militar en la *École militaire interarmes* de Coëtquidan y sirve en el VI Regimiento de Artillería en Colbert, en la región de Constantinois. A su regreso, enseña durante dos años en el *lycée* François-Jean Armorin de Crest en la fantástica zona montañosa de la Vallée de la Drôme. Entre 1963 y 1966, el joven Marc ingresa como pensionista de la prestigiosa Fundación Thiers (donde también se habían alojado Marc Bloch, Michel Foucault o Pierre

Nora), un trienio durante el cual solo quince jóvenes promesas ya graduados (y, por entonces, aún asistidos por un ayuda de cámara), podían continuar con sus investigaciones sin desvelos económicos. Es allí donde prepara una tesis sobre Corneille que publicará un cuarto de siglo más tarde. En 1965, había ingresado como profesor asistente en la Facultad de Lille y, once años después, defenderá su tesis doctoral de Estado en letras con una obra que, tras publicarse en 1980, marcará una inesperada ruptura en los estudios literarios y, en particular, en la historia de la retórica, *L'Âge de l'éloquence. Rhétorique et "res literaria" de la Renaissance au seuil de l'époque classique*. Allí revela todo un “punto ciego” de operaciones estéticas, juicios artísticos y procesos argumentativos en la literatura de las élites que, bajo los reinados de Luis XIII y Luis XIV, se ven regidos por la presencia aplastante de la elocuencia retórica. Cabe recordar que desde fines de los años 1950 el rescate de la retórica había encontrado, en el ámbito de las ciencias humanas, un clima muy propicio con la circulación de los tratados de argumentación de Chaïm Perelman y Stephen Toulmin, pero también con importantes obras de corte literario, epistemológico y estilístico como los de Brian Vickers, Walter Ong o Andrea Battistini, quienes ya habían advertido la significación de la historia de la retórica en aquellos campos. Sin embargo, el gran mérito de Fumaroli ha sido, en primer término, señalar que durante el *Grand siècle* las letras y la retórica eran dimensiones indistintas (de allí, la *res literaria*), consonancia que en el siglo XIX la tradición francesa obliteró tras la conversión de la primera en saber autónomo y la expulsión de la segunda del campo literario, hecho que coincide con la creación en 1894 de la *Revue d'histoire littéraire de la France* y la desaparición de la retórica de los programas escolares. En segundo lugar, lejos de ser una pieza más del universo cultural del Antiguo Régimen, la elo-

cuencia retórica era, en realidad, el dispositivo central que ponía en funcionamiento todo el engranaje literario, la producción de ideas y el ejercicio de las instituciones, tanto seculares como eclesiásticas: en definitiva, la “nervadura” que sostenía todo el edificio de la civilización. De tal modo, bajo su impulso, esta nueva línea de investigación (que no solo resignificaba un objeto literario, sino un método para abordarlo) tomará carta de identidad con un coloquio, luego libro, *Critique et création littéraires en France au xvii^e siècle* (1974), con la creación de la *Société internationale pour l’histoire de la rhétorique* (1977), la publicación de su tesis sobre Corneille bajo el título de *Héros et orateurs. Rhétorique et dramaturgie cornéliennes* (1990) y, finalmente, con una obra fundamental que, de algún modo, sintetiza este campo del arte, publicada en 1999 bajo su dirección, *Histoire de la rhétorique dans l’Europe moderne, 1450-1950*. En este proyecto de largo aliento ya es posible observar de qué modo Fumaroli combinaba una práctica personal y erudita de gran penetración con su disposición colectiva en la formación de investigadores y la responsabilidad en revistas académicas como *xvii^e siècle* (que dirigió entre 1978 y 1994) y su intervención pública en diversos medios impresos como *Le Point*, *L’Express*, *Le Débat*, *Le Figaro* y *Le Monde*.

En rigor, el proyecto intelectual de Marc Fumaroli consistió en devolverle a la literatura francesa la historicidad perdida tras la hegemonía de un estructuralismo que hizo del texto deshistorizado y la ausencia de autor un bien común, algo que recuerda en el prefacio de la tercera edición de *L’Âge de l’éloquence*. No es casual, en este sentido, que haya sido discípulo de Raymond Picard –el gran adversario de Roland Barthes– y de quien heredará en junio de 1976, el mismo mes en que defendió la tesis doctoral, su cátedra en la Université Paris-Sorbonne. De tal modo, es innegable que su recuperación de aquel momento

precientífico del siglo xvii en que las *belles lettres* no habían sido fagocitadas por la normalización positivista y la *res literaria* aún comprendía la elocuencia retórica, es una operación de corte historicista. A este respecto, su obra coincide con la fuerte recomposición que durante los años 1980 llevó a cabo la Escuela de Cambridge al recobrar el contexto ilocutorio de los clásicos del pensamiento político moderno mientras, en los Estados Unidos, Stephen Greenblatt, más atento al mundo social en el marco de un movimiento que dio en llamar, precisamente, neohistoricismo, hacía lo propio con las obras de Shakespeare. Por otro lado, con *L’Inspiration du poète de Poussin. Essai sur l’allégorie du Parnasse* (1989) y *L’École du silence. Le sentiment des images au xvii^e siècle* (1994), Fumaroli comienza a extender la rehabilitación de los contextos sincrónicos a producciones plásticas donde las fuentes antiguas y modernas, junto con la retórica y la mitología se convierten en combinatorias cifradas que permiten recuperar símbolos perdidos y alusiones secretas, modelo que también sigue, cual Vasari moderno, en *Le Comte de Caylus et Edme Bouchardon. Deux réformateurs du goût sous Louis XV* (2016). Inseparable de su ingente producción ha sido el *cursus honorum* que legitima una obra monumental, premia institucionalmente una erudición desusada y resguarda la iniciativa de una posición ideológica políticamente incorrecta. A este respecto, prácticamente no hay en Francia (y el mundo occidental) reconocimiento académico u honorífico que se le haya resistido. Más allá de su presencia en la Sorbona hasta su jubilación en 2002, con su ingreso triunfal al *Collège de France* en 1986 –gracias a los buenos oficios de Yves Bonnefoy y Jean Delumeau– con la cátedra “Rhétorique et société en Europe (xvi^e-xvii^e siècle)” comienza un ciclo que culminará, como un designio de literatura e historia, en 1995 con su elección en la *Académie française* donde sucede a Eugène Ionesco

y en la *Académie des Inscriptions et Belles-Lettres* a Georges Duby en 1998. A todo ello debemos añadir una larga serie de presidencias y membresías en sociedades académicas francesas y extranjeras, seminarios en universidades de todo el mundo, varios doctorados *honoris causa* e ilustres galardones, entre ellos, el Premio Balzan en 2001.

Con todo, de allí también se desprende la representación que Marc Fumaroli construyó de sí. Se trata de un erudito a la vieja usanza que publica obras de una formidable paginación –sus *Exercices de lecture. De Rabelais à Valéry* (2006) son otra muestra de ello– y produce un tipo de saber tensado por lo nuevo y lo clásico, por rigurosos criterios filológicos propios del mundo contemporáneo y por juicios estéticos de filiación decimonónica que lo llevan a reducir la distancia histórica con figuras del pasado cuya imaginaria familiaridad no quiere perder. Dos trabajos recuperan este ánimo de conversación, *La diplomacia del ingenio. De Montaigne a La Fontaine* (1994), que supuso una renovación primordial para esta institución literaria, y *La República de las Letras* (2015), su último trabajo sobre el *Grand siècle* donde, con indisimulable admiración, recrea las prácticas del *otium litteratum*. Pero también debemos sumar un tipo de escritura que no amputa su costado de prosa poética porque tal es la clave con la cual, justamente, anuda ambos mundos. Tanto en *Le Poète et le roi. Jean de la Fontaine en son siècle* (1997) como en *Chateaubriand. Poésie et Terreur* (2003) se espejan claramente ambas resistencias. En este sentido, recordemos que la obra de Fumaroli ha sido asociada con la historia literaria que practicaron René Pomeau, el gran especialista en Voltaire, o Paul Bénichou (a quien dedica el *Chateaubriand*). Sin embargo, son otras las filiaciones que ha reclamado para sí, una suerte de heráldica legendaria que lo anclaba en una tradición aun más recóndita. Esa tradición parte de Saint-Beuve, continúa con Henri Bremond y cul-

mina con Paul Hazard, pero que, a la hora de tomarlos como modelos, se decanta por una restauración de los grandes clásicos que también recuerda los ejercicios de canonización jerárquica de Harold Bloom, con quien comparte su rechazo hacia aquellas letras que hacen de la identidad poscolonial o de género un motivo de producción creativa. Pese a ello, también ha recuperado figuras olvidadas o subestimadas por la historia literaria (tal el caso, por ejemplo, de las *Mémoires* de Henri de Campion que edita para *Mercure de France* en 1967 y las *Fables* de La Fontaine, que presentó y comentó para la Imprimerie nationale en 1985) que, gracias a sus trabajos, adquirieron un valioso protagonismo, rescate que sí lo acerca a la puesta en visibilidad de interlocutores de más bajo perfil, tal como podríamos encontrarlos en un Skinner o en un Pocock. Pero también es cierto que su obra declina aquel historicismo cuando el contexto histórico de producción se erige para universalizar un movimiento francés donde vidas y obras discurren por una larga duración transhistórica que, en más de una ocasión, reniega de la verdadera utilidad de las periodizaciones. Si bien Fumaroli descrea de cualquier cometido teleológico, su tratamiento de la literatura es, en este punto, intrínseco a un tipo de reparación eternizante e impresionista (y bastante lejos de Bénichou) donde las figuras célebres y redescubiertas nunca pierden su carácter de perdurable genialidad y son evaluadas a partir de criterios estéticos que permiten actualizar o no su impostergable sitio en el parnaso literario. Y, en este contexto, la celebración de una “excepcionalidad francesa” que se negó a objetivar, nunca dejó de esencializar en buena parte los objetos que indagó. Ello tal vez explique por qué –salvo por su participación en *Les Lieux de mémoire*, dirigido por Pierre Nora, donde interviene con tres textos “La Coupole”, “La conversation” y “Le génie de la langue française”–, no ha dialogado más estrechamente con una historiografía socio-

cultural con la cual ha compartido intereses análogos. En todo caso, esta concepción derivó en una profunda desconfianza hacia cualquier estilo que se apartase del clasicismo tal como lo fijó Boileau en su *Art poétique* (1672), cuando clamaba contra el estilo barroco, “evitemos esos excesos y dejemos para Italia la deslumbrante locura de las falsas pedrerías”. Al prologar la reedición de *Barroco y clasicismo* de Victor-Lucien Tapié en 1980, Fumaroli prolonga y reafirma aquel juicio: “delicioso apareamiento entre disciplina universitaria e imaginación novelesca, entre *philollettres* y ensueño, escuela de *Annales* y tu-

rismo sentimental”. En este sentido, su concepto del arte y la literatura parece no haber cruzado el umbral de una representación mimética como imitación de la realidad, ni tan siquiera en un sentido creativo tal como la entendía Paul Ricœur al cargar con nueva semántica la *mimesis* en Aristóteles. Y tal vez sea aquella extraña alquimia la que fascina y desconcierta en su obra: el abrumador teatro de una erudición que logra reanimar hasta al más exangüe de sus héroes.

Andrés G. Freijomil

Universidad Nacional de San Martín

Dominique Kalifa (1957-2020)

“Estudia el delito de Belle Époque, los bajos fondos. Y preside una sociedad de amigos de Fantômas.” Tales los primeros datos sobre Dominique Kalifa que me ofrecía un colega, hace muchos años ya, antes de internet y las sendas trazadas por algoritmos. Lo menos que podría decirse es que no éramos muchos los que transitábamos esos temas en aquel momento, así que el dato –ofrecido como quien comparte una rareza– fue apreciado en su justa medida. Un perfil que combinaba la apuesta al mundo del crimen como tema de la historia y el liderazgo del club de fans de un héroe maldito de la cultura popular del 900 plantaba de por sí el germen de la curiosidad.

No hacía falta más. La descripción impulsó la búsqueda precipitada, y esa búsqueda el hallazgo de un primer libro, que resultó ser también el primero de una obra vasta y personalísima. Un trabajo de escala mayor, además, que desde la primera ojeada revelaba síntomas de calidad. *L'encre et le sang. Récits de crime et société à la Belle Époque* (Fayard, 1995) era fruto de una tesis doctoral escrita en la Universidad de Paris-Jussieu bajo la dirección de Michelle Perrot, y defendida apenas el año previo a esa publicación en una editorial mayor. Recuerda esta historiadora, profesora y maestra del joven Kalifa, la nitidez precoz de sus intereses, la seguridad en el rumbo de aquel primer proyecto, rasgos que llegaban junto al aire vagamente provocador de su sonrisa, y detalles de apariencia que sugerían cierto gesto de resistencia a las discretísimas reglas vestimentarias de la academia.¹

Desde el principio fue claro que no era el estudio estructural de la prisión o el crimen lo que más interesaba a este nuevo investigador. Se trataba más bien de interrogar las vías de acceso a esos mundos, los relatos que los representaban, aquellos destinados a las grandes mayorías. Tal sería su campo de exploración, definido con audacia en disputa abierta con Roland Barthes, y los análisis estructuralistas (ahistóricos) del *faits divers*. La prueba del valor heurístico de materiales largamente despreciados, como los reportes policiales de prensa y las crónicas del submundo delictivo, tendría el efecto de una potente renovación, una suerte de detonante que a partir de entonces iría desplegando sus vertientes.

Los años siguientes verían el desarrollo de una vasta agenda: ensayos sobre delito y cultura (*Crime et culture au XIX^e siècle*, Perrin, 2005); estudios sobre los detectives privados parisinos (*Naissance de la police privée: Détectives et agences de recherche en France*, Plon, 2000); sobre la prisión colonial (*Biribí. Les bagnes coloniaux de l'armée française*, Perrin, 2009); sobre la policía urbana (*Le commissaire de police au XIX^e siècle*, codirigida con P. Karila-Cohen, Ed. de la Sorbonne, 2000); sobre la investigación judicial (*L'enquête judiciaire en Europe au XIX^e siècle*, codirigida con Jean-Luc Noël y Jean-Claude Farcy, Créaphis, 2007), entre otros. Sin duda, estos títulos resonaban con los que iban surgiendo del desarrollo de un campo específico de historia de las fuerzas de seguridad. Pero el vistazo más distraído a los sesgos y tonalidades de ese recorrido marca una diferencia inmediata. Incluso los estudios anclados en el repertorio temático más tradicional (la prisión, la justicia, la policía) insinuaban el potencial de irradiación en otras direcciones. En

¹ “Hommage à l'historien Dominique Kalifa”, *Le cours de l'histoire*, 18 de septiembre de 2020, Radio France Culture. Disponible en <<https://www.franceculture.fr/emissions/le-cours-de-lhistoire/a-lhistorien-dominique-kalifa>>.

el universo historiográfico de Kalifa, el interés último en ese mundo radicaba en las posibilidades que se abrían hacia los imaginarios urbanos, un objeto que abarcaba las vías mismas de construcción de esos universos, como el periodismo, la prensa, las culturas de masas. Inscripta desde el principio en el corazón de la empresa, esta inquietud marcaría el carácter de toda la obra, su expansión a la vez variada y coherente.

Así, aquel historiador asociado a los imaginarios del delito demostró ser un promotor fundamental de la historia de la prensa y la cultura masiva. Entrelazados con sus obras más identificatorias estaban, en efecto, su breve *La culture de masse en France* (La Découverte, 2001) y, sobre todo, el monumental *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIX^e siècle* (Nouveau Monde, 2011), un volumen colectivo de más de 1700 páginas, codirigido con Marie-Ève Thérénty, Alain Vaillant y Philippe Régner. Punto de llegada de numerosas investigaciones, el proyecto insinuaba desde su mismo título una aproximación distanciada de los usos más tradicionales del diario como fuente de la historia. El recorrido que trazaba el índice, y la densa introducción programática, establecían el poder simbólico estructurante de los diarios decimonónicos, sus intersecciones urbanas, su carácter de máquina de imaginarios colectivos. Historia “cultural” y “literaria” del diario: una aproximación tramada por la inquietud por las sensibilidades, la sociología de la producción y la lectura, cierta inflexión antropológica en el estudio de los consumos y fuertes afinidades con los aportes de la literatura.

En el febril ciclo productivo del Kalifa de los años 2000 figura *Imaginaires et sensibilités: études pour Alain Corbin* (Créaphis, 2005), un volumen colectivo coorganizado con Anne-Emmanuelle Demartini en honor de quien había sido su otro gran maestro. La influencia de Corbin –cuya cátedra de Histo-

ria del siglo XIX en la Sorbona Kalifa heredaba en 2002– es perceptible a muchos niveles, en efecto, comenzando por el interés en el ejercicio de la reconstrucción-mosaico, y la aproximación más bien oblicua, a partir de figuras oscuras o inusuales, al abordaje de los imaginarios colectivos. No sin razón, muchos reconocen aquí el centro neurálgico de su obra. Los imaginarios de esa París de Belle Époque, reconstruidos a partir del cruce de archivos de prensa y literatura de gran circulación, eran el núcleo que anudaba las tantas inflexiones parciales –hacia el delito, hacia la prensa y la literatura, hacia la ciudad–.

Es un testimonio del cruce de estas genealogías con las búsquedas del propio Kalifa –y de un camino singular en el ámbito de la historiografía francesa– que uno de los estudios más ambiciosos de su fase madura volviera sobre la reconstrucción de los imaginarios del bajo fondo con recorridos que renovaban las perspectivas por él mismo establecidas años antes. Escrito durante una estancia en Inglaterra, *Les basfonds. Histoire d'un imaginaire* (Seuil, 2013) introducía un aliento transnacional (trans-urbano, más bien), y la pregunta por la circulación de ciertas estructuras sensibles. Y si bien París mantenía el lugar prominente (inevitable, por lo demás), esa cartografía era puesta en una perspectiva que reservaba un lugar genuino –en el argumento, no en la nota de compromiso– a los estudios sobre otras ciudades europeas, norteamericanas, y latinoamericanas también.

Además de exhibir sintonía con los vientos historiográficos, es posible ver allí los rastros de las derivas del Kalifa de esos años, profesor instalado en el corazón del sistema académico francés, a la vez que historiador de perfil internacional cada vez más conspicuo. Sacando provecho de un trilingüismo muy inhabitual entre sus compatriotas (hablaba perfectamente inglés y español), iría cultivando vínculos con colegas en universidades de todo el mundo, multiplicando visitas a los Estados

Unidos, España, el Japón, Inglaterra, México y el Brasil, un movimiento en paralelo con el inicio de un ciclo de traducciones de su obra al inglés, el portugués y el español. En esos años, su seminario de la Sorbona devendría en escenario del paso de muchos profesores invitados, que hablaban con los acentos más diversos a una audiencia salpicada de estudiantes internacionales.

Es momento de volver sobre aquella alusión, en la primera recomendación de café, a la figura de Kalifa como promotor del héroe maldito Fantômas. Pues pronto fue evidente que no se trataba de un detalle, sino de otro síntoma de un compromiso con la historia que tenía mucho de entusiasmo y de audacia. “Kalifa was a joy ful historian”, tal es el título de la evocación reciente de un colega norteamericano, Thomas Dodman.² Muchos reconocíamos esa chispa. Ni la hiperproductividad, ni la centralidad creciente en un campo tramado de hitos y reglas seculares, ni el peso aplastante de la gestión: nada de eso parecía disolver cierto sentido lúdico de las cosas. El poder académico ganado –el acceso a subsidios y viajes, los vínculos editoriales, las conexiones de ultramar– era puesto al servicio de empresas que mantenían vivo ese elemento de aventura y goce intelectual.

El gesto de libertad implícito en la promoción de un personaje ficticio que habitaba sus archivos era mucho más que una marca de apego juvenil, en efecto, como lo muestra la persistencia de este compromiso a través de las fases de laboriosa construcción de un lugar en la disciplina, y más allá (*Tu entreras dans le siècle en lisant Fantômas*, Vendémiaire, 2017). En ese camino, otra deriva tocaba a la experimentación en los formatos, a las preguntas por las poéticas de la historia, a la exploración de sus posibilidades. La per-

durable asociación con Philippe Artières –la figura de su generación que más intensamente apostaba al estudio de las prácticas de la escritura y los personajes en los bordes– dio por resultado *Vidal, le tueur de femmes* (Verdier, 2001), la biografía de un asesino del 900 escrita a partir de multitud de rastros dispersos. A esto seguiría el proyecto conjunto “Histoire et archives de soi”, un dossier-libro sobre los archivos personales como materia de la historia, publicado en *Sociétés & Représentations* (CREDHESS, 2002). Luego, en 2008, Artières y Kalifa se unían a Sylvain Venaire, Stéphane Michonneau y Anne-Emmanuelle Demartini en torno a una empresa planteada al límite del divertimento. Un dossier hallado por Artières en una feria de objetos usados fue distribuido entre los cinco, y cada uno invitado a escribir veinte páginas sobre el personaje al que referían los documentos –un tal Bertrand– sin comunicarse con los demás. De ese ejercicio, tramado de reglas al estilo Oulipo, nacía *Le dossier Bertrand. Jeux d'histoire* (Manuella, 2008), un perfil hecho como un collage, a partir de las miradas cruzadas de los cinco participantes. Ejercicio-juego, el libro reivindicaba el deseo como motor de la escritura de la historia, a la vez que ponía en evidencia la naturaleza epistemológica de ese producto (confrontando métodos en torno a un mismo corpus), y también su dimensión poética (poniendo en evidencia el carácter textual de toda narrativa sobre el pasado). Cuenta Venaire que Kalifa organizó para la ocasión un encuentro en el Centro de Estudios del siglo XIX, que dirigía, y que los recibió vestido con un deslumbrante traje blanco, acompañando la aventura con uno de esos despliegues de elegancia dandy, propio de su paleta de gestos a la vez elegantes y humorosos.³

² En < <https://frenchculture.org/books-and-ideas/12278-dominique-kalifa-was-joyful-historian>>.

³ Sylvain Venaire, “Dominique Kalifa est mort”, *L'Histoire*, 14 de septiembre de 2020.

Que semejante repertorio de intervenciones en la arena académica conviviera con veinte años ininterrumpidos de colaboración como reseñista de libros en el diario *Libération*, y que esa participación se extendiera luego a Twitter, en una cuenta personal que difundía actividades, lecturas y entusiasmos muy diversos: todo eso habla de la fidelidad a ciertos gustos, y también de la opción por circulaciones que excedían las vías más predecibles de la profesión. Incluso dentro del universo disciplinar, es notable que la vasta obra producida en esos años no encontrara su forma de expresión principal en la proliferación de artículos en revistas académicas internacionales, sino en la publicación de libros, un formato más tradicional, de circulación más abierta e indeterminada. Cómo no decir, por fin, lo más evidente: que este alcance de registros hablaba a gritos de una capacidad de trabajo del todo extraordinaria —en la lectura, no menos que en la investigación y en la escritura—. Y que este rasgo era más notable por no ser nunca enfatizado en la conversación, ni puesto en escena como tal, dejando que se revelase en sus frutos, evitando el gesto autosacrificado de historiador industrial.

Este Dominique Kalifa es el que vendría a Buenos Aires en 2017, en una visita largamente prometida. Para entonces, éramos viejos conocidos. La lectura de su obra temprana había impulsado las primeras reseñas, seguidas de intercambios de mail, y muy rápidamente, de las primeras invitaciones. La relación con los colegas brasileños, argentinos y mexicanos fue larga y fructífera. Kalifa (Dominique) atribuía risueñamente su cultivo de estos vínculos a un cosmopolitismo difuso ligado a sus orígenes sefaradíes, en este caso facilitado por su manejo del español obtenido en una estadía de juventud en Panamá. Por nuestro lado, las razones para interesarnos apenas necesitan explicación. El acceso a su obra había transcurrido en pleno desarrollo de importantes campos de estudio de la cuestión

criminal en la región. No tardó su trabajo en ganarse un lugar de referencia, sobre todo entre quienes estábamos interesados en las posibilidades de acceso, por la vía de las narrativas del delito, a los problemas de la cultura urbana. Habíamos encontrado un referente, que quería ser un aliado, que muy pronto era un amigo.

Entusiasta como siempre, traía bajo el brazo su nuevo libro, *La véritable histoire de la “Belle Époque”* (Fayard, 2017), un título que evocaba el territorio que ya era familiar a quienes conocíamos su obra, pero marcaba en verdad el inicio de un proyecto de largo aliento. Se proponía allí el estudio de los “crónimos”, los nombres de época. Y se ponía la etiqueta “Belle Époque” al servicio de una reconstrucción que abordaba las resignificaciones de esa expresión a lo largo de todo un siglo. Ya estaba en marcha, a esas alturas, la gran empresa subyacente, un volumen colectivo bajo su dirección que exploraba los casos de mayor impronta en los imaginarios colectivos (*Les noms d’époque. De “Restauration” à “années de plomb”*, Gallimard, 2020). Se abría una cantera de proporciones, con subproductos y discusiones por delante. Nada menos parecido a una obra final.

Colegas de todo el mundo han evocado a Dominique Kalifa en los últimos meses, echando mano como han podido de alternativas a la expresión directa de la emoción. Unas importantes jornadas en su homenaje se preparan en la Sorbona, su hogar académico, para fines de este año. El tiempo empieza a pasar, y con él aparecen las vías más sosegadas del balance historiográfico. Agradezco la invitación de *Prismas* a escribir estas líneas, buscadas en los únicos lugares posibles: en las derivas de esa obra desbordante de posibilidad, y en lo que nos mostró una manera a la vez comprometida, lúcida e imaginativa de habitar la historia.

Lila Caimari

Universidad de San Andrés / CONICET

Sobre la revista

Prismas. Revista de Historia Intelectual es un anuario que se publica ininterrumpidamente desde 1997, actualmente en formato papel y digital, incorporando la publicación continua de artículos aprobados.

La revista busca contribuir a la conformación de un foco de elaboración disciplinar en historia intelectual. En función de ello, difunde la producción de investigadores cuyo objeto de estudio lo constituyen ideas y lenguajes ideológicos, obras de pensamiento y producciones simbólicas, o bien que utilizan metodologías que atienden a los procedimientos analíticos de la historia intelectual, entendida en sentido amplio. Asimismo, da cuenta en sus diferentes secciones de debates teóricos sobre la disciplina o textos clásicos de la misma, y de la producción más reciente.

La edición en papel de *Prismas* es de frecuencia anual; la edición on-line es de frecuencia semestral (cada volumen impreso se desdobra en dos números on-line).

Convocatoria para la publicación de artículos

Prismas convoca a investigadores para que envíen trabajos de investigación originales en idioma español dentro del campo de la historia intelectual y cultural, para su publicación en la sección Artículos de los próximos números.

Presentación de trabajos para la sección “Artículos”

La sección “Artículos” se compone con trabajos inéditos enviados a la revista para su publicación. La evaluación de los mismos sigue los siguientes pasos: en primera instancia deben ser aprobados por el Consejo de Dirección de Prismas en términos de su pertinencia; en segunda instancia, son considerados de modo anónimo por pares expertos designados ad hoc por el Consejo de Dirección. Cada artículo es evaluado por dos pares; puede ser aprobado, aprobado con recomendaciones de cambios, o rechazado. En caso de que haya un desacuerdo radical entre las dos evaluaciones de pares, se procederá a la selección de una tercera evaluación. Cuando el proceso de evaluación ha concluido, se procede a informar a los autores del resultado del mismo.

Los artículos deben observar las siguientes instrucciones:

- No exceder los 70.000 caracteres con espacios (incluyendo resúmenes, notas al pie y bibliografía).
- Deben ir acompañados de un resumen en castellano y en inglés de no más de 200 palabras; de entre tres y cinco palabras clave; y de las referencias institucionales del autor, con la dirección postal, teléfono y dirección de correo electrónico.
- Para ver las normas de estilo y enviar manuscritos de artículos dirigirse a:
<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/about/submissions>

Presentación de trabajos para la sección “Lecturas”

La sección “Lecturas” se compone de trabajos que abordan el análisis de un conjunto de dos o más textos capaces de iluminar una problemática pertinente a la historia intelectual. No deben exceder los 35.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en el punto anterior. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por el Consejo de Dirección.

Presentación de trabajos para la sección “Reseñas”

La sección “Reseñas” se compone de análisis bibliográficos de libros recientemente aparecidos, vinculados con temas de historia intelectual en una acepción amplia del término (historia cultural, de las ideas, de las mentalidades, historiografía, historia de la ciencia, sociología de la cultura, etc., etc.). Los trabajos deben estar encabezados con los datos completos del libro analizado, en el siguiente orden: Autor, Título, Ciudad de edición, Editorial, año, cantidad de páginas. No deben exceder los 15.000 caracteres con espacios. Pueden llevar notas al pie, para las que valen las mismas indicaciones realizadas en los puntos anteriores. La evaluación de los trabajos recibidos es realizada por los editores.

Envío de manuscritos

La revista Prismas recibe propuestas en: <https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas>

Prismas se publica en versión electrónica en el portal de revistas de la UNQ:
<https://prismas.unq.edu.ar/OJS/index.php/Prismas/index>

La revista está incluida en el Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas y Scielo, e indexada en Latindex catálogo 2.0, Redalyc, el Hispanic American Periodical Index (HAPI) y el Directorio de Revistas en Acceso Abierto (DOAJ)

